CIENCIA, COMPROMISO Y CAMBIO SOCIAL

Orlando Fals Borda

antología

Nicolás Armando Herrera Farfán
Lorena López Guzmán
(Compiladores)

CIENCIA, COMPROMISO Y CAMBIO SOCIAL

ORLANDO FALS BORDA

ANTOLOGÍA

Nicolás Armando Herrera Farfán
Lorena López Guzmán
(compiladores)

LANZAS Y LETRAS
EDITORIAL EL COLECTIVO
EXTENSIÓN LIBROS

Colección Pensamiento Latinoamericano
Montevideo, 2014

Herrera Farfán Nicolás Armando / López Guzmán Lorena. (Comps.)
Ciencia, compromiso y cambio social. Textos de Orlando Fals Borda
1a ed. - Buenos Aires: El Colectivo - Lanzas y Letras - Extensión Libros, 2012.
460 p. ; 15x22 cm. - (Colección: Pensamiento Latinoamericano)
1. Ensayo Sociológico. I. Herrera Farfán, Nicolás, comp. II. López Guzmán, Lorena, comp. III. Título
CDD 301

Diseño de tapa: Sebastián Hernández
(a partir de diseño de Alejandra Andreone).
Diagramación Interior: Alejandra Andreone

Editorial El Colectivo
www.editorialelcolectivo.org
editorialelcolectivo@gmail.com

Ediciones Lanzas y Letras
www.lanzasyletras.org

Extensión Libros.
Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio (CSEAM)
Brandzen 1956, apto 201
11200 Montevideo, Uruguay
tel. (598) 24090286 y 24025427
fax. (598) 24083122
editorial@extension.edu.uy
www.extension.edu.uy

ISBN: 978-9974-0-1125-0

2ª edición, Montevideo 2014

Copyleft

Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).

No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.

Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de liciencia se mantengan para la obra resultante.

"Nadie puede ser verdadermanente revolucionario
si no confía en los valores del pueblo."
Camilo Torres Restrepo

"No hay práctica revolucionaria, sin teoría revolucionaria y viceversa."
V. I. Lenin

"Quien pretenda decir que solamente un técnico, un arquitecto, un médico, un ingeniero, un científico de cualquier clase está para trabajar con sus instrumentos, solamente en su rama específica, mientras su pueblo muere de hambre, o se mata en la lucha, de hecho ha tomado partido por el otro bando. No es apolítico, es político pero contrario a los movimientos de liberación."
Ernesto Guevara

"Con paso firme se pasea hoy la injusticia.
Los opresores se disponen a dominar otros diez mil años más.
La violencia garantiza: `Todo seguirá igual´.
No se oye otra voz que la de los dominadores,
y en el mercado grita la explotación: `ahora es cuando empiezo´.
Y entre los oprimidos muchos dicen ahora: `jamás se logrará lo que queremos´.
Quien aún esté vivo no diga `jamás´.
Lo firme no es firme.
Todo no seguirá igual.
Cuando hayan hablado los que dominan,
hablarán los dominados.
¿Quién puede atreverse a decir `jamás´?
¿De quién depende que siga la opresión? De nosotros.
¿De quién que se acabe? De nosotros también.
¡Que se levante aquel que esta abatido!
¡Aquel que esta perdido que combata!
¿Quién podrá contener al que conoce su condición?
Pues los vencidos de hoy son los vencedores de mañana
y el jamás se convierte en hoy mismo."
Bertolt Bretch

Índice

Presentación 7

Introito. Orlando Fals Borda: sentipensante tropical 15
"Me queda la angustia de la continuidad" 17
"Uno siembra la semilla, pero ella tiene su propia dinámica" 25

Sección i: teoría

La subversión: entre la historia y la utopía 45
La subversión justificada y su importancia histórica 47
De la subversión y la finalidad histórica 53

Ciencia propia y subversiva 61
Antecedentes de una idea 63
El pro y el contra del reto 73
El neohumanismo en la sociología contemporánea 77
Ciencias sociales, integración y endogénesis 81

Colonialismo intelectual y eurocentrismo 91
La superación del eurocentrismo (con Luis Eduardo Mora-Osejo) 93
Casos de imitación intelectual colonialista 103

La antiélite: agente de cambio 107
La antiélite y su papel en el cambio social 109
La hora de la antiélite 119
Primera lección: saber interactuar y organizarse 123
Universidad y sociedad 143

La praxis: ciencia y compromiso 147
¿Es posible una sociología de la liberación? 149
Por un conocimiento vivencial 155
Retorno al compromiso práctico 165
La crisis, el compromiso y la ciencia 173
El tercer mundo y la reorientación de las ciencias contemporáneas 195
Irrumpe la investigación militante 205

Sección ii: métodología (IAP) 211

El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis 213
Reflexiones sobre la aplicación del método de estudio-acción en Colombia 241
Romper el monopolio del conocimiento. Situación actual y perspectivas 253
Orígenes universales y retos actuales de la IAP 265
Transformaciones del conocimiento social aplicado: lo que va de Cartagena a Ballarat 283
Situación contemporánea de la investigación-acción-participativa y vertientes afines 295
La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación acción (participativa) 301
La investigación: obra de los trabajadores 321
La investigación participativa y la geografía 327
La IAP y la psicología 333

Sección iii: praxiología 349

Movimientos sociales y política 351
El papel político de los movimientos sociales 353
Algunas reflexiones actuales sobre movimientos sociales 367

Poder popular, revolución y socialismo raizal 371
Las revoluciones inconclusas en América latina 373
En torno al poder popular y la IAP 389
Posibilidad y necesidad de un socialismo autóctono en Colombia 399
Elementos y desarrollos del socialismo raizal 409

Globalización e integración regional 413
La globalización y nosotros los del sur 415
La glocalización: una mirada desde Mompox 423
Hacia la gran Colombia Bolivariana: bases para enfrentar peligros internacionales 429

Epílogo: Vigencia de las utopías en América 437

Fuentes (de donde tomamos los textos) 449

Presentación

La historia reciente de Colombia comprendida entre el Siglo XX y lo corrido del Siglo XXI ha estado atravesada por un *continuum* histórico de violencia (Sánchez, 2006). Un siglo que se ha caracterizado por sucesivas, cruentas, mutantes e institucionales guerras que se promovieron –y aún hoy se siguen haciendo– bajo la institucionalidad gubernamental. Estas guerras, además, han estado bajo el amparo de aliados extranjeros, especialmente con los distintos gobiernos norteamericanos, lo que ha permitido el saqueo de los recursos, en pro de mantener el control político del Estado e impedir el alumbramiento de nuevos y mejores destinos ligados a las esperanzas populares. En este sentido, va de suyo que compartimos ampliamente la tesis de que lo que ocurre en Colombia no es "una confusa mezcla de violencias" (Cepeda y Girón, 2006) sino la construcción de un modelo de terror y silenciamiento de la oposición, el cual garantizó la perpetuidad de los intereses de la burguesía nacional y transnacional en las decisiones nacionales (Carrillo y Kucharz, 2006).

Desde la "Guerra de los Mil Días" a finales del siglo XIX hasta los "falsos positivos" que caracterizaron el saliente gobierno encabezado por Álvaro Uribe Vélez (cuyo ministro de defensa era el actual presidente Juan Manuel Santos), este modelo de terror, barbarie y silenciamiento ha buscado su justificación en la cristalización de una historia hegemónica, que a su vez ha sido reproducida en los medios de comunicación y se ha promovido como valor y símbolo de vida. El propósito de naturalizar (Montero, 2003) este recorrido histórico no es otro que el de desarmar, desactivar y deslegitimar la resistencia mediante múltiples estrategias: la mentira mediática, la represión sistemática (que incluye asesinatos, destierros, exilios, persecuciones) y la guerra psicológica (Martín-Baró, 1990a y 1990b; Lira, 1990). Así pues, la ideología se convierte en "consenso" justificador de la acción social de la clase dominante.

Ante un escenario donde la ópera prima es la guerra, la violencia es reciclable y la muerte se naturaliza como medio y fin último, nos surgen preguntas como: ¿qué piensan los académicos?, ¿qué debates surgen ante una historia que reivindica constantemente al vencedor y al victimario?, ¿qué tipo de academia puede surgir en medio del conflicto?

En este sentido, la tradición académica colombiana ha estado encaminada hacia la justificación y mantenimiento del orden de las cosas, ya sea ocultando, resaltando o ignorando problemas, situaciones o preguntas[1]. Sin duda, no es responsabilidad absoluta de los(as) intelectuales, pero tampoco se ha hecho sin su participación. Participación no quiere decir consentimiento ni aprobación, ya que en muchos casos se ha sido presa de la alienación o de la repetición vacía de modelos, metodologías, teorías y paradigmas importados acríticamente en una clara evidencia de colonialismo intelectual; y en otros presa del terror, la persecución, la coacción o la cooptación. Por fortuna, en Colombia han existido honrosas excepciones a esta regla.[2]

En las primeras décadas del siglo XX, se ha podido valorar la emergencia de académicos(as) e intelectuales que han asumido una actitud axiológica: la vinculación orgánica a las luchas populares y su búsqueda de aportar en el avance de éstas, desde una opción ético-política. El accionar de estas pléyades ha sido claramente subversivo. La producción intelectual se ha hecho al calor de la organización popular y de la promoción de nuevas y variadas formas de concebir la vida, el trabajo, la historia, la ciencia y la cultura acorde a los cambios y transiciones económicas, políticas y cuturales del país en la primera mitad del siglo XX. La posición fue anticonformista, pero de nuevo cuño: no fue un anticonformismo emocional, por frustración o simplemente generacional. Fue un anticonformismo a la vez científico (Torres, 2010) y sistémico (Martín-Baró, 1989), lo que los convirtió en verdaderas antiélites (Fals Borda, 1971 y 2007) que propugnaron por el cambio de las estructuras del poder y la construcción de un pensamiento científico acorde a las realidades inmediatas, cercanas y propias del contexto violento-cíclico colombiano.

Si se hablara de algún tipo de "beneficio" de la guerra, habría que decir que su presencia constante permitió que la academia gestase ideas en correlación con la realidad colombiana y la acción participativa con la misma, en un diálogo entre el saber y el hacer, constituyéndose así un diálogo recíproco y horizontal con el saber popular y cotidiano de nuestros pueblos.[3]

1 Althusser (1969) nos lo deja muy en claro cuando al referirse a la escuela afirma que "en la escuela se aprenden las 'reglas' del buen uso, es decir de las conveniencias que debe observar todo agente de la división del trabajo, según el puesto que está 'destinado' a ocupar: reglas de moral y de conciencia cívica y profesional, lo que significa en realidad reglas del respeto a la división social-técnica del trabajo y, en definitiva, reglas del orden establecido por la dominación de clase" que permite la reproducción y la sumisión a la ideología dominante.

2 Resaltamos, entre otras, las siguientes experiencias: el papel intelectual y político del Partido Socialista Revolucionario (PSR), a la cabeza de María Cano, Ignacio Torres Giraldo, Raúl Eduardo Mahecha y Tomás Uribe Márquez, quienes no sólo promovieron la organización sindical en los años veinte si no que libraron una lucha frontal contra el colonialismo político-intelectual al cual la Komintern los quiso someter; la experiencia del grupo de Los Nuevos quienes promovieron la superación de "La Regeneración Conservadora" a partir de la actualización del ideario del Partido Liberal, la organización popular y la movilización estudiantil, lo cual conduciría al triunfo electoral del partido en 1930. Dignos de resaltar son Alberto Lleras Camargo, Luis Tejada, Germán Arciniegas y Jorge Eliécer Gaitán.

3 No necesariamente debe hablarse de negatividad en la guerra. Ignacio Martín-Baró (1990c: 35) advertía, al referirse a la realidad salvadoreña que muchos salvadoreños en medio de la guerra habían podido sacar "a relucir recursos de los que ni ellos mismos eran conscientes o se replantean su existencia de cara a un horizonte nuevo, más realista y humanizador". Esto parecería ser consecuente con la generación de teorías y saberes antisistémicos propios de la historia académica colombiana. Hace poco conversábamos con un dilecto amigo argentino y nos relataba cómo se asombraba de la manera como escribía otro grande, Estanislao Zuleta, quien postulaba sus sentencias en tono vehemente y mordaz, "como si te retara", decía.

Sobre Orlando Fals Borda y su obra

La obra de Orlando Fals Borda tuvo su génesis en esta esquina del sur del continente. Un lugar donde se ha hecho inevitable e indudable el impacto del trópico a la hora de la producción literaria y científica. Si no, ¿qué habría sido de Celestino Mutis sin su Expedición Botánica, Gabo sin su Macondo y el realismo mágico, Orlando Fals Borda sin sus "sentipensantes" y el socialismo raizal? Sí, sólo en esta tierra, de hijos e hijas del trópico se pueden parir pensamientos otros que la exacerbada razón de las sociedades "occidentalizadas" se encargaron de aniquilar, esclavizar, evagelizar, colonizar y adoctrinar. La antítesis a esta homogeneización del pensamiento europeo y norteamericano sembró semilla en este trópico del sur con la gran obra del maestro Fals Borda, que como muchos otros demostraron que otra academia era posible, rompiendo así los cánones tradicionales de la ciencia aséptica y hegemónica.

Estamos convencidos de que Orlando Fals Borda brilla con luz propia en la constelación de las honrosas excepciones. Hizo parte de una antiélite que marcó la historia del país. Su nombre figura junto a esos(as) otros(as): Camilo Torres Restrepo, María Cristina Salazar, Germán Guzmán Campos, Germán Zabala, Eduardo Umaña Luna, Antonio García Nossa, Gerardo Molina. Su producción intelectual recupera lo mejor del pensamiento antisistémico y contrahegemónico colombiano y la filigrana de la epistemología y metodología de la investigación en ciencias sociales, dialogando siempre con sus contemporáneos. No construyó una suerte de "demagogia pseudocientífica" sino un corpus teórico-práctico que fuera útil para la ingente tarea de la emancipación social y humana desde nuestras propias experiencias, sentires, tradiciones y ambiente: el trópico y el subtrópico. Siempre quiso ser más útil que importante, y conservó la humildad de quien está convencido que es un obrero más de la gran obra del cambio social: el socialismo, con todas las letras.

Su obra es tan prolífica y activa como su vida misma. Los temas tratados son también múltiples y podrían seguirse en términos de antagonismos teórico-políticos: a la tradición académica del colonialismo intelectual le antepuso la endogénesis contextual; promovió la "sociología de la crisis" en oposición al funcionalismo norteamericano; a la división territorial en función de los intereses del capitalismo supo promover el Kaziyadu[4] y discutir nuevas formas de ordenamiento territorial que respondieran a las tradiciones y saberes de los pueblos; frente a las teorías y prácticas del socialismo importado, transgénico y dogmático, supo promover un socialismo raizal y tropical; frente a la visión de una ciencia aséptica e indiferente, teorizó sobre el compromiso, la militancia y la superación de la neutralidad valorativa (que no existe, por cierto). Categorías como antiélites, subversión y cambio social, se pasean por las líneas de las obras del maestro.

Orlando Fals Borda es un pionero que supo comprender que la universalidad de la ciencia no estriba tanto en su abstracción de la realidad ni en la búsqueda de categorías replicables en cualquier contexto, cuanto en la

4 Kaziyadu es vocablo de la lengua huitoto que significa una gran cosa: el amanecer, el despertar. Es otra forma de expresar lo que a muchos de nosotros nos han enseñado en las universidades sobre desarrollo o desarrollismo. Ka Zi Du, significa el amanecer, el despertar de un pueblo y eso no es "desarrollo".

construcción de un corpus teórico que pueda ayudar a comprender las vivencias y las experiencias sociales en una historia y un territorio concretos como un primer paso para la transformación de condiciones de miseria, opresión y sumisión. Sus aportes a la Investigación-Acción Participativa (IAP) y sus planteamientos teóricos de sociología militante y de la liberación, son muestras evidentes de ello.

Sobre el surgimiento del libro

Durante nuestra estadía en Argentina hemos venido intentando promover debates e intercambiar experiencias sobre la realidad colombiana y sus actores sociales. Más allá de cualquier sentimentalismo o patrioterismo rancio, propio de esa construcción de nación decimonónica hegemónica y homogénea (con sus símbolos y lema de "Orden y Progreso"), fuimos llegando a la conclusión de que el desconocimiento era tal que la especulación y la emocionalidad (nostálgica, las más de las veces) terminaban cumpliendo el papel de "verdad revelada" sobre la historia y la actualidad de nuestro país. En muchas ocasiones el esfuerzo por socializar lo que ocurre en Colombia (el alarmante exterminio de la oposición política y la opresión de la clase popular[5]) ha quedado reducido a la exposición de cifras descarnadas, los intereses partidarios o la lucha contra un régimen, perdiendo de vista el proceso histórico de opresión, violencia estatal y paraestatal, intervencionismo, desarraigo y miseria y con ello la naturaleza estructural de la actualidad nacional; en otras ocasiones, el deseo por querer dar cuenta de la realidad colombiana ha sido pasado por estudio y conocimiento de dicha realidad. Aunado a esto, nos encontramos muchas de las veces ante un vacío epistemológico y el desconocimiento de autores y autoras antisistémicas que han puesto lo mejor de sí en favor del cambio social.

En este sentido, esta publicación surge de una certeza que, sin chauvinismo ni prepotencia, podríamos enunciar de la siguiente manera: Colombia ha aportado elementos importantes, ideas relevantes y experiencias significativas para el avance de las luchas populares, para la construcción de la emancipación continental y para el fortalecimiento del pensamiento latinoamericano.

Hoy Colombia es el nuevo laboratorio de guerra del continente, donde se aplica consistentemente la Guerra de Cuarta Generación y la guerra psicológica contra un pueblo que no deja de luchar y unas guerrillas que no han podido ser derrotadas. Orgullo por la heroicidad de nuestro pueblo que en medio del horror se sigue organizando y sigue buscando caminos de emancipación no necesariamente armadas, y vergüenza por jugar el tristemente célebre papel de "peón del Imperio". Su ubicación geográfica la hace vital: como esquina superior de América del Sur, puede incidir favorablemente en los procesos sociales y politicos de cambio que se vienen dando en muchos de sus vecinos (Ecuador, Venezuela y Nicaragua) y en la andina Bolivia, todos miembros de la ALBA. Pero también puede ser la punta de lanza que desestabilice dichos procesos propugnando al fortalecimiento de la derecha latinoamericana, bajo la égida imperialista.

5 Tomamos de Camilo Torres (2010) el concepto "clase popular" para describir los pobres de Colombia. Una categoría mucho más amplia que se emparenta con "pueblo", la empleada por Fidel Castro en *La historia me absolverá*.

Consideramos que si hurgamos en la historia colombiana y en la academia nacional podremos encontrar herramientas para comprender no sólo esta realidad dolorosa que nos atraviesa, sino para avanzar en las luchas contrahegemónicas y construir un verdadero cosmopolitismo de oposición (De Sousa Santos, 2003). Parte de nuestros esfuerzos están en aportar en primera instancia a las luchas sociales argentinas y consideramos que avanzar en la indagación y socialización de nuestros propios referentes es un aporte en este sentido. Sumado a ello, consideramos que es un ejercicio académico vital en pro de visibilizar la realidad colombiana que no ha sido tan diferente de otros escenarios latinoamericanos en los diversos contextos históricos (como por ejemplo y en su momento lo fue la Argentina sumida en Dictadura). De igual manera, la búsqueda por nuestros ancestros académicos se convierte en una forma de devolverle dignididad al pueblo anónimo, ese que no está en las páginas de la historia oficial pero que día a día combate los estragos de la guerra sembrando esperanzas de un nuevo país.

Recuperar de esta manera la memoria histórica significa reinventarnos a nosotros mismos e impulsar las batallas por la emancipación humana y la superación histórica del capitalismo. En tiempos de la batalla de ideas, nuestros autores raizales cobran una vigencia enorme en la construcción del Socialismo del siglo XXI y de una ciencia transformadora y raizal (Borón, 2009 y 2010; De Sousa Santos, 2010; Houtart, 2008).

En la misma línea de pensamiento nos encontramos con compañeros y compañeras de las dos editoriales que favorecen la publicación: El Colectivo y la editorial colombiana Lanzas y Letras, quienes han impulsado y acogido esta iniciativa de socialización. Que dos editoriales militantes confluyan en iniciativas de este tipo nos indica que podemos avanzar en las luchas ideológicas más allá de las fronteras.

Que esta obra inaugure una colección sobre pensamiento latinoamericano y que una colección sobre investigación y movimientos sociales de sta editorial argentina lleve por nombre Orlando Fals Borda, es un reconocimiento justo y merecido a los esfuerzos del maestro durante sus casi cincuenta años de ciencia y compromiso por el cambio social.

Sobre el contenido del libro

El presente libro trata de dar cuenta de la complejidad de la obra de Fals y de la superación que él promovió de la visión parcializada y limitada a la cual se vieron abocadas las disciplinas de ciencias sociales durante todo el siglo XX (Smith, 1997).

Su propósito no es el de la curaduría académica ni de la reverencia contemplativa. No intentamos reconstruir "el camino" de Fals, más bien buscar pistas que nos aporten hoy para la praxis. Por eso la persona que se acerque a este material intentado seguir, como en el famoso cuento de Hansel y Gretel, el proceso y las preguntas del maestro, podría incurrir en decepción.

La publicación tiene una intencionalidad política manifiesta: la recuperación de la memoria histórica como herramienta de acción política hoy. Esto quiere decir que nos interesa compartir a Fals Borda, porque nos puede aportar al quehacer político cotidiano, ya sea desde nuestro lugar de científicos y científicas sociales comprometidas o desde la mili-

tancia social de base. Por eso el nombre de la obra, *Ciencia, compromiso y cambio social,* revela claramente nuestras intenciones (y creemos que las de Fals también).

Es un libro que se organiza de acuerdo a preguntas y no a partir de cronologías. No intentamos reconstruir el abecé falsbordiano, ni creemos que sea un manual de IAP. Es sólo un aporte al debate, o mejor, un insumo para los debates (que se vuelcan a la acción política y que luego regresan a la reflexión teórica). Por eso se puede tener la certeza que, si bien están relacionados internamente todos los textos que componen la compilación, no está hecho para leerse "de corrido" o "en orden".

El introito fue pensado desde Fals Borda mismo. No quisimos hacer una suerte de "Estudio introductorio" a la usanza de los libros que presentan un autor. Preferimos, mejor, darle la posibilidad a Fals de que se presentara a sí mismo de manera dialógica, íntima y sincera. Por ello incluimos una carta y una entrevista, en las cuales los lectores y lectoras puedan aproximarse a su recorrido vital, sus apuestas personales y su constitución en intelectual de avanzada. Lejos de cualquier asomo de arrogancia intelectual o de cualquier esfuerzo egocéntrico, los dos documentos nos llevan a lo profundo de las decisiones y al corazón de las opciones asumidas por el maestro. El resto del contenido está dividido en tres grandes partes.

La primera parte (Teoría) busca abordar algunos planteamientos teóricos de Fals Borda: la subversión como categoría de análisis, la importancia de la constitución de una ciencia propia y subversiva que se oponga al eurocentrismo y el colonialismo intelectual y que termine constituyendo verdaderas antiélites intelectuales que se caracterizan por la praxis revolucionaria en la cual sabrán conjugar ciencia con compromiso social.

En el segundo apartado (Metodología), se retoman documentos que giran en torno a la Investigación-Acción Participativa (IAP), cuya finalidad estriba en acercar-nos a esta metodología, en superar la visión fantasmagórica, idealizada o mitificada de lo que significa esta modalidad de abordar la ciencia y el saber para la transformación social.

La tercera parte (Praxiología), se esfuerza por poner a dialogar al maestro con problemas prácticos de las luchas contemporáneas: la caracterización de los movimientos sociales, el poder popular, la revolución, el socialismo raizal, la globalización y la integración regional.

El libro concluye con un epílogo, "Vigencia de las utopías en América Latina", que apuesta por ser una provocadora invitación a seguir en la tarea de la construcción de los mundos posibles y necesarios que tanto se promueven desde el Foro Social Mundial.

Ahora bien, en cuanto al tratamiento o edición de los artículos contenidos en esta compilación es menester hacer una aclaración: sólo se hizo una revisión general de las normas que rigen los textos. Teniendo en cuenta que los textos reunidos viajan cuatro décadas, se mostraban disparidades en los estilos de la escritura técnica académica. Al final de la publicación podrán encontrarse las pistas de dónde extractamos los textos acá presentados, y allí se indica la edición de la cual los tomamos o el número de la revista en la cual aparecieron. Algunos de ellos los encontramos por internet, así que están señalados los enlaces virtuales de donde fueron capturados.

Palabras finales

Por último, no queremos dejar pasar estas líneas sin reconocer los esfuerzos de muchos y muchas en la posibilidad de que este libro vea la luz.

La obstinación de Fernando Stratta, el impulso inicial de Francisco Longa y el apoyo siempre presente de Uverney Quimbayo Cabrera.

La solidaria disposición que mostraron Lola Cendales (Dimensión Educativa) y Carlos Arango Cálad (Universidad del Valle) para que diversos textos incluidos en esta obra pudieran aparecer.

El papel germinador de Miguel Eduardo Cárdenas, quien trabajó treinta años al lado del maestro y nos impulsó en esta bella aventura de conocer un poco más el trabajo de Fals Borda para poder seleccionar esta compilación que ahora queda en sus manos.

Muy a pesar de que intentamos por todos los medios poder comunicarnos con los comités editoriales de diversas revistas de donde extractamos ciertos artículos, fue imposible para nosotros entablar el diálogo. Incluimos los artículos en la presente edición, citando integralmente las fuentes de donde los hemos tomado y ofrecemos excusas si alguien llegase a molestarse por este homenaje al maestro Orlando Fals Borda en su tercer aniversario de fallecimiento.

Los compiladores, Buenos Aires, Otoño de 2011

Bibliografía

Althusser, L. (1969). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado.* Recuperado el 31 de enero de 2011, en: http: //www.liber-accion.org/

Borón, A. (2009). *Socialismo del Siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.

— (2010). *Pensamiento crítico y emancipación social.* [CLASE VIRTUAL]. Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, Septiembre 2010.

Carrillo, V. y Kucharz, T. (2006). *Colombia: Terrorismo de Estado. Testimonios de la guerra sucia contra los movimientos populares.* Barcelona, España: Icaria editorial.

Castro Ruz, F. (2005). *La historia me absolverá*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Luxemburg.

Cepeda Castro, I. y Girón Ortiz, C. (2006). La "guerra sucia" contra los opositores políticos en Colombia. En V. Carrillo & T. Kucharz (Eds.), *Colombia: Terrorismo de Estado. Testimonios de la guerra sucia contra los movimientos populares.* (pp. 147-171). Barcelona, España: Icaria editorial.

De Sousa Santos, B. (2003). *La caída del Ángelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política.* Bogotá, Colombia: ILSA-Universidad Nacional.

— (2010). *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del sur.* Buenos Aires, Argentina: Editorial Antropofagia.

Fals Borda, O. (1971). *Las revoluciones inconclusas en América Latina.* México, México: Siglo XXI editores.

— (2007). *Hacia el socialismo raizal y otros escritos*. Bogotá, Colombia: Ediciones desde abajo.

Houtart, F. (2008). *El camino a la utopía desde un mundo de incertidumbre.* La Habana, Cuba: Ruth Casa Editorial.

Martín-Baró, I. (1989). Sistema, grupo y poder. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.

— (1990a). La importancia social de la opinión pública. En G. Pacheco & B. Jiménez (Comp.), Ignacio Martín-Baró (1942/1989). *Psicología de la liberación para América Latina.* (pp. 57-65). Guadalajara, Jalisco, México: Iteso-Universidad de Guadalajara.

— (1990b). De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador. En I. Martín-Baró (Ed.), *Psicología Social de la guerra.* (pp. 159-173). San Salvador, El Salvador: UCA Editores.

— (1990c). Guerra y Salud Mental. En I. Martín-Baró (Ed.), *Psicología Social de la guerra.* (pp. 23-40). San Salvador, El Salvador: UCA Editores.

Montero, M. (2003). *Teoría y práctica de la Psicología Comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad.* Buenos Aires, Argentina: Paidós

Lira Kornfeld, E. (1990). Guerra psicológica: intervención política de la subjetividad colectiva. En I. Martín-Baró (Ed.), *Psicología Social de la guerra.* (pp. 137-158). San Salvador, El Salvador: UCA Editores.

Sánchez, G. (2006). *Guerras, memoria e historia.* Medellín, Colombia: La Carreta Editores.

Smith, R. (1997). *La historia de las Ciencias Humanas.* (A. M. Talak, Trad.). Recuperado el 31 de enero de 2011, en: http://www.elseminario.com.ar/

Torres Restrepo, C. (2010). La universidad y el cambio social. En C. Korol, K. Peña & N. Herrera (Comp.), *Camilo Torres. El amor eficaz*. (pp. 33-38). Buenos Aires, Argentina: América Libre ediciones.

— (2010). Reportaje de Armin Hindrichs y Fernando Foncilla. En C. Korol, K. Peña & N. Herrera (Comp.), *Camilo Torres. El amor eficaz.* (pp. 99-109). Buenos Aires, Argentina: América Libre ediciones.

INTROITO

Orlando Fals Borda: Sentipensante Tropical

“Me queda la angustia de la continuidad”

Carta a Pedro Santana

Mi apreciado Pedro:

La invitación tuya y de los colegas del Foro por Colombia a concelebrar el histórico número 50 de nuestra revista, sumada a la generosa sugerencia de que yo mismo escogiera la forma y el tema de mi expresión congratulatoria, no podía dejarse de lado. A los lazos de amistad contigo y con el grupo fundador desde los inicios de la aventura en 1982, se han unido los fuertes vínculos de la esperanza en las transformaciones sociales y políticas que entonces vislumbrábamos.

Son más de dos décadas de grandes eventos nacionales en los que hemos participado, muchas veces juntos, otras distanciados, pero siempre mutuamente respetuosos y ligados por valiosos ideales de trabajo con y para el pueblo colombiano, del que quisimos aprehender su ciencia y apreciar su cultura. Esto, por viejas razones de casta y estirpe, era en sí mismo un proceso de alejamiento intelectual y político de nuestras tradiciones, en el que apenas participaba una minoría preocupada, mayormente juvenil, a la que pertenecíamos quizás por la fuerza de los hechos, a pesar de nosotros mismos y de la “neutral” herencia educativa que habíamos recibido. Era una especie de revolución multimodal compuesta por violencias estructurales y de sus efectos, que ha condicionado el trágico sino de mi generación. Pero aún así, en tan difíciles circunstancias, todos quisimos desarrollar aquélla transformación radical y llevarla a buen puerto. Todavía no hemos llegado.

Evaluar este intenso período de cambios en Colombia –los buenos y los malos–, podía haber sido tema adecuado para mi contribución. Tarea necesaria, sin duda. Pero como sé que tú y nuestros colegas la han venido haciendo con lucidez y constancia, decidí descartarla.

Pensé, en cambio, que podía ser más útil y quizás interesante hacer el raro ejercicio de autoexaminarme –algo que he hecho poco en público, y más para mis adentros–, sin caer en narcisismos o en apologías autobiográficas, a la luz de lo ocurrido en el período que estamos recordando.

A ello se añade el factor inevitable de la vejez, con mi penúltimo deseo de explicarme a mí mismo y a los demás, antes de morir, cómo y por qué he actuado como lo he hecho en el contexto regional, nacional e interna-

cional. Me lo ha inducido, en parte, la lectura de la autoevaluativa carta de Julio Cortázar a Roberto Fernández Retamar del 10 de mayo de 1967, reproducida hace poco a raíz del vigésimo aniversario de la muerte de aquel prodigioso escritor. Y, como él, yo también empiezo proclamándome como "intelectual del Tercer Mundo".

Lo universal y lo particular

Quiero hacer esta proclamación de partida porque así me he sentido para tomar mis más importantes decisiones en los trabajos que he realizado: como del Sur del mundo, latinoamericano, colombiano y costeño; y últimamente también como declarado tropical. Pero a diferencia de Cortázar cuya diafanidad argentina tuvo como referente un concepto de universalidad demasiado impregnada, en mi opinión, por Francia, su segunda patria, he tendido más bien a referenciar lo universal en las especificidades de mis gentes y culturas, evitando convertirme en parroquial. No fue siempre así, en especial al comienzo de mi periplo profesional. Porque cuando empecé a sentir las incongruencias de la llamada "ciencia universal" aprendida en el Norte al aplicarla a nuestro contexto regional, hube de investigar y entender las raíces ambientales e históricas y las razones culturales del pueblo del común que pudieran aclarar aquellas incongruencias, con el fin de ofrecer bases firmes para un cambio social que se ha considerado indispensable.

Fue cuando empecé a denunciar el "colonialismo intelectual" (1970) así de derechas como de izquierdas, una vertiente a la que accedieron luego colegas tan valiosos como Aníbal Quijano, Pablo González Casanova, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Edgardo Lander y Boaventura de Sousa Santos. Creo que esta autocrítica ha sido justificada, con consecuencias de orientación para mis trabajos de campo y mis publicaciones. El redescubrimiento y revaloración del mundo tropical realizado en esta forma con el eminente biólogo Luis E. Mora Osejo (*La superación del eurocentrismo*, 2002, traducido ya a varios idiomas) ha sido, por estas razones, uno de mis grandes goces recientes, que lamento no poder profundizar en el tiempo que me queda, porque me parece un reto contemporáneo de la mayor trascendencia.

Quizá en este aspecto práctico y contextual del cambio, visto por un intelectual como yo, que he sido sociólogo antes que novelista, mi intelecto se aleja un poco del modelo de Cortázar y de escritores demasiado eurocéntricos: he tratado de contestar el "para qué" del conocimiento en su entorno específico, de tal manera que viajara más allá del estilo ante todo descriptivo e imaginativo de los escritores del "boom".

Siguiendo entonces a maestros como Galeano, García Márquez y Carpentier, traté de sumar la historia local a la morfología literaria. Y de *Rayuela* de Cortázar tomé la metodología polifónica que los lectores han observado en mi *Historia doble de la Costa* (1979-1986). Estas decisiones sumatorias de disciplinas me han parecido adecuadas, porque quise combinar también lo universal (Canal B, "logos") con lo regional (Canal A, "mythos") sin perder el sabor de lo propio que me brindaba la identidad cultural del entorno. Y esta multihistoria sigue con vida.

Mi activismo político

Lo anterior puede parecer suficiente para muchos escritores e investigadores, pero no lo fue para mí. El propósito de casi todos mis trabajos ha sido claramente político en el buen sentido del concepto: quería informar y enseñar sobre las realidades encontradas a través de investigaciones interdisciplinarias en el terreno, con el fin de llevar a los lectores, a las masas y a sus dirigentes a actitudes y actividades capaces de cambiar la injusta estructura social existente, especialmente en los campos. Así contestaba el comprometedor "para qué": para defender el control y uso de tierras y aguas –con el elemento humano– que han nutrido la vocación histórica y la identidad cultural de nuestros pueblos, hoy amenazados por ALCAs y TLCs, lo cual es estratégico para la sobrevivencia del Sur y hasta del mundo.

¿Fue eficaz este tipo combinado de trabajo? No del todo, a decir verdad, porque la situación de Colombia y de la Costa Atlántica en particular se ha empeorado desde cuando retorné a mi tierra con aquel buen propósito de estudiar para transformar. Es posible que la *Historia doble...* esté más bien cumpliendo un proceloso papel informativo y formativo de eventuales conductas, convergentes con el proceso de transformación esperada, como sigue siendo mi propósito de sociólogo activo. Este punto lo desarrollaré más adelante. De todos modos, ante aquellas perspectivas de la triste y resistente realidad encontrada, fue estimulante para mí que tú y el Foro se hubieran declarado a favor de la solución teórico-práctica o política que la Fundación Rosca venía adelantando conmigo desde 1970, con el apoyo de marxistas críticos. Así nació la investigación-acción participativa (IAP), con este tipo de sesgo ideológico que reflejaba un determinado tipo de compromiso con la acción popular a mediano y largo plazo.

Como recordarás, el Foro entró con firmeza a este campo, organizando el segundo gran simposio nacional sobre la IAP en 1985 en el teatro del SENA en Bogotá. Pero ya se veían venir las peores masacres y matanzas políticas de la historia del país, desde las de la Unión Patriótica hasta las de las motosierras de autodefensas. El intelectual tercermundista colombiano tenía que tomar partido y comprometerse en tan complicado y saturante conflicto de violencias múltiples. No podía yo mismo declararme neutral en esta situación, y tomé partido por las causas del pueblo.

Al autoexaminarme ahora, me parece que fue una solución consecuente con lo que venía observando y aprendiendo. Este proceso me llevó a sentirme intelectualmente apoyado por escuelas críticas de la academia, como la de los antropólogos de la acción (Stavenhagen, Tax, Park) y la de los constructivistas (la "cosmovisión participante" de Reason, el "antiorientalismo" de Said), dejando atrás a ortodoxos como mis viejos y queridos amigos de la Escuela de Altos Estudios de Paris ("intervención" de Touraine) que desafortunadamente siguieron en los esquemas obsoletos del objetivismo funcionalista.

Sin embargo, la estricta acción política nunca me atrajo. Ni siquiera busqué la presidencia de la AD-M19 cuando se me eligió. A la política activa llegué de rebote o a instancias externas como también me ocurrió en Córdoba o por la revista *Alternativa* (1974). Fue casi siempre como resultado de algún libro: *Campesinos de los Andes* (1955) me llevó al Concejo Municipal de Chocontá; *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957) al Viceministerio de Agricultura; *La insurgencia de las provincias* (1988) a la Asamblea Nacional Constituyente. Fueron

libros útiles desde estos puntos de vista, que llenaron vacíos en el conocimiento de la realidad regional y nacional, según opinión autorizada. Hubo también el trabajo en equipo con colegas como el inolvidable Carlos Urán, Adalberto Carvajal, Carlos Jiménez Gómez, Miguel E. Cárdenas y otros, con quienes se organizaron movimientos sociales como los muchos de Colombia Unida, sembrando conceptos entonces nuevos, como los de "democracia participativa" y "equilibrio regional" que llegaron a incorporarse en la Carta de 1991. A estas campañas igualmente se sumó la revista *Foro* desde su primer número en 1986, lo cual fue gran elemento motivador y movilizador.

No me cabe duda de que trabajamos duramente y de buena fe (con transparencia, se diría hoy), y con el idealismo del "hombre nuevo". Como dije atrás, nos afectaba la inmensa tragedia del pueblo colombiano trabajador y humilde. Las dificultades y peligros de estas tareas fueron inmensos, y aún así se trabajó con denuedo y algún resultado. Ni por las represiones subsiguientes percibí ninguna dispersión importante de las bases, organizadas o no.

Casi sin que lo sintiéramos, se iba realizando una suma de experiencias, conocimientos y recursos de las bases que iba hacia arriba y las cúpulas, en una acumulación dinámica que encontró asidero en universidades, sindicatos y organismos sociales de muy diversa índole, incluso de mujeres, jóvenes, indígenas y afrocolombianos. Concluyo entones que un activismo de este tipo era una especie de mandato histórico al que no podía oponerme: era una vivencia total y penetrante.

La coyuntura actual

Un punto de llegada para esta vivencia ha sido el Frente Social y Político (FSP) impulsado desde la CUT por Luis Eduardo Garzón y compañeros desde 1999. A él llegué junto con el brillante ex magistrado y senador Carlos Gaviria y dirigentes regionales, atraídos por aquello de "lo social" antes que "lo político", que hace del FSP un proyecto interesante y casi único en Colombia. No nos hemos arrepentido de ingresar al Frente y participar de su desarrollo y crecimiento. Luego sobrevino la eclosión política del 26 de octubre de 2003. De un tajo y casi inesperadamente, emergió la corriente de opinión crítica de una nueva izquierda popular y democrática, la que se venía preparando y trabajando sin mucha prensa por varias décadas y desde abajo, en los movimientos anteriores y con nuestros libros y revistas. Y el pueblo con sus votos renovó las esperanzas del cambio en el país y en el gobierno. Una importante brecha se abrió, por la que podemos seguir irrumpiendo con determinadas campañas, por lo menos hasta el año 2006.

Mi entusiasmo por lo ocurrido el año pasado me llevó a recordar el único caso similar en nuestra historia de toma del poder estatal por organismos populares no bipartitas: ocurrió en 1854 con la revolución artesanal que venía andando con las Sociedades Democráticas de entonces y con la primera antiélite socialista de que tengamos noticia, con el fin de resistir las políticas del librecambio inglés. Experiencia de corta vida (ocho meses) que de todos modos demostró que el pueblo organizado puede acceder al poder. Eso fue lo que quise destacar con el triunfo de octubre por el FSP, el Polo, la Unidad Democrática, el PSD y otras fuerzas nuevas en Bogotá, Cali, Pasto, Barrancabermeja, Floridablanca, Inzá y muchas otras partes. Ahora queda nítida la responsabilidad de aprovechar este portillo abierto para afirmarse dentro de

la estructura del Estado, ampliar las bases y prepararse bien para elecciones futuras, como se ha hecho en Venezuela y en otros países suramericanos.

En este momento estamos y estoy. El apoyo del Foro ha sido y ha vuelto a ser fundamental y estratégico. Pero tal como la veo, la situación no está más en manos de mi generación, sino en las de ustedes y de las que siguen. Sólo me queda la angustia de la continuidad de la acción política alternativa y convergente, la de persistir con generosidad e inteligencia en la suma de las diferencias de vertientes y tendencias de izquierdas, para no dejar que el viejo país de explotadores y sus clases dominantes tanatomaníacas vuelvan a levantar cabeza.

En mi propia experiencia he visto que es posible sumar estas fuerzas diversas como lo sugiere, por ejemplo, Boaventura de Sousa en su magnífica obra *La caída del Ángelus Novus* (2003), aplicando una "teoría de la traducción" que haga mutuamente inteligibles las opiniones y aspiraciones de cada grupo. Observo que, en mi propio caso, he necesitado algo así para ver que los esfuerzos en esta dirección iniciados por Francisco de Heredia en la década de 1920, continuados por líderes como María Cano, Raúl Mahecha, Antonio García, Camilo Torres Restrepo, Jaime Pardo, Carlos Pizarro y Gerardo Molina, no hayan sido en vano.

Todo ello porque, como Cortázar lo expuso, quiero que en lo que logre seguir escribiendo y haciendo se asome "una voluntad de contacto con el presente histórico del hombre y una participación en su larga marcha hacia lo mejor de sí mismo como colectividad y humanidad". Como Cortázar, "estoy convencido de que sólo la obra de aquellos intelectuales que respondan a esa pulsión y a esa rebeldía se encarnará en las conciencias de los pueblos". Esa obra avanza de la mano del socialismo telúrico enraizado en nuestros trópicos, gran desafío del que he venido hablando desde las tribunas del FSP y de la UD, y que elaboro en mis últimos libros, *Ante la crisis del país* (2003) y *¿Por qué el socialismo ahora?* con los colegas Jorge Gantiva y Riardo Sánchez (2003).

Mi mayor frustración

Paso ahora a mi último punto. Tradicional y culturalmente, mi tierra, la Costa Atlántica, ha sido un reconocido "remanso de paz". Crecí en ese ambiente plácido de la confianza mutua y del dejadismo, y de la informal y gozosa mamadera de gallo. Con ese ethos expansivo y tolerante fui al exterior a estudiar, y regresé a Barranquilla en 1948 justo a tiempo para sentir el grave impacto nacional del 9 de abril. Respondí a la tragedia con un recurso recóndito que hallé en el ethos costeño: la música. Compuse entonces, en un viejo piano de la iglesia de la calle del Sello, una pequeña cantata para coro mixto que titulé "Mensaje a Colombia". Era una ingenua y patriótica invitación a los colombianos para volver a los senderos de la paz.

No recuerdo bien qué hice con aquella partitura. Seguramente la mostré a mis más cercanos amigos de entonces, veinteañeros y músicos principiantes como yo, que me ayudaban en el coro de la iglesia: el violinista Luis Biava (hoy de gran fama internacional), el pianista Luis Rosensweig y mi primo wagneriano y pianista también, Benjamín Anaya. Supongo que les gustó, porque no me hicieron destruir el mamotreto. Pero este quedó volando inédito y olvidado de gaveta en gaveta. Es posible que mi conmovido espíritu juvenil descansó pronto, porque la temible Violencia de la mariapalito bicéfala que

rugía en el interior del país todavía no lanzaba sus mordiscos hacia el norte, hacia mi tierra y mis gentes.

Aquella partitura también descansó, como secreto guardado, hasta el año pasado cuando fue descubierta por algunos curiosos entre los papeles del Fondo Fals del Archivo General de la Universidad Nacional en Bogotá, donados por mí para formalizar el archivo histórico de la institución. Pronto llegó al conocimiento del Conservatorio Nacional de Música, el buen vecino del Archivo, cuyos maestros decidieron interpretarla en su gran concierto semestral, ante toda la Universidad. Ese 28 de mayo de 2003 fue un día sublime para mí, como podrá comprenderse. Pero también fue frustrante. Porque, al escuchar cómo aquel gran Coro del Conservatorio respaldado por aquella magnífica Orquesta Sinfónica, articulaban mi viejo "Mensaje de esperanza" de cincuenta años atrás, tuve que admitir que este se dirigía ya no solo a los cachacos violentos del interior del país, sino también a mis coterráneos, salpicados al fin por la sangre y el terror desbordados de los Andes.

Como era evidente que mi mensaje musical no había surtido efecto, en aquel día de "estreno mundial" pedí a los músicos y cantantes universitarios que lo interpretaran como una reiteración final por la paz nacional. Siendo jóvenes, pensé, el "Mensaje" podía todavía vibrar y vivir en sus mentes y corazones e ir contagiando el ambiente, buscando el efecto multiplicador de la concepción altruista y costeña de la pieza.

Pero, ¿qué había pasado en mi tierra desde 1948? Hubo un primer fatal descuido de la clase dominante –desde terratenientes hasta industriales, comerciantes y políticos– por la suerte del campo que era fuente de su riqueza y poder: no sintieron la urgencia de la transformación por la justicia, dejando a las clases trabajadoras al arbitrio de la ley de la fuerza, y de la explotación capitalista más salvaje. Esta ley brutal se aplicó entonces con cierta facilidad por agentes externos comprometidos con la Violencia del interior del país.

Hubo guerrillas ideológicas armadas. Pero ante todo chulavitas y paisas paramilitares que, bajo instrucciones presidenciales de "sembrar violencia y no dejar ni la semilla de las chusmas", se movieron hacia el corazón del Sinú. Cumplieron bien sus diabólicas consignas. Sangre inocente y campesina fue cubriendo poco a poco veredas y playones, y fue subiendo hacia los Montes de María, por un lado, y por el otro por las ciénagas de mis primos, los hombres hicoteas de San Martín de Loba y Magangué, y por los tranquilos rastros de mis abuelas chimilas de Mompox y de Pijiño.

La mancha sangrienta se fue extendiendo más al norte sin que los dirigentes costeños actuaran para atajarla, hasta alcanzar los fabulosos paraísos del Cesar y del Ariguaní, y subió secando los 56 ríos de la Sierra Nevada de Santa Marta, hasta casi saturar con el terror nuestra ancestral cultura del humor y del dejar hacer.

Insistí entonces, con colegas de los Andes, en el análisis del trágico fenómeno de la Violencia política. Aquel libro de 1962 causó mucho ruido, pero los culpables lograron sepultarlo, al menos por un tiempo. Las danzas macabras de la destrucción y el sectarismo continuaron. Volví sobre el asunto en la *Historia doble...*, destacando en cada tomo el valor de antihéroes caribeños no violentos como Juan José Nieto y Francisco Serpa. Revaloré la resistencia civil local y exalté al San Jorge macondiano con su santoral popular. Todo resultó muy corto para paliar la tragedia desatada.

Sin embargo, aquella violencia extraña a mi terruño natal empezó a ser endógena. Ahora vemos en la Costa a "soldados campesinos" y paramilitares "Rambos" o "Amaurys" reclutados en nuestros propios pueblos, que retornan descompuestos por aquella filosofía cuartelaria que nunca floreció en nuestra tierra, actuando como matones desaforados, informantes alérgicos a todo lo "raro", y despreciando el palo cavador, el surco del maíz y el acordeón. Perdieron o están perdiendo las raíces de la costeñidad que tanto llenaba y alegraba nuestras vidas.

La geohistórica región Caribe está así dejando de ser costeña. Estamos sucumbiendo a la Violencia foránea y a la delincuencia resultante. De poco han servido "Mensajes" musicales, libros, revistas, sermones y discursos. Tampoco leyes, decretos y bravatas de gobernantes. El gobierno sigue comprando tanques pensando en guerras territoriales obsoletas y se pliega a designios orwellianos del complejo militar-industrial y neoliberal del Norte. De allí que me asocie al grito herido de Armando Benedetti Jimeno en su columna periodística, pidiendo al Presidente de la República defender lo que queda de pacífico en Barranquilla. Y también en las fronteras y en el resto del país.

Por eso, mis colegas y amigos, ésta es mi mayor frustración como sociólogo y como ser humano. Pasé casi toda mi vida en guerras múltiples, a veces deformadas, o sufriendo sus trágicas consecuencias, tratando de entenderlas y explicarlas, combatiendo el belicismo con ideas, propuestas y algo de malicia indígena. Pero ya no tengo tiempo, en mi vejez, de seguir campaneando sobre la Violencia o por la Segunda Gran Colombia (ver el número anterior de la revista *Foro*) que es mi actual preocupación. Por fortuna están listos y activos los contingentes de relevo gubernamental, como los veo surgir desde abajo, desde afuera y desde el Sur del continente y del país. Esta es la nueva esperanza, porque mi Generación de la Violencia fracasó: muchos compañeros murieron, algunos de manera cruel e injusta. Yo mismo no sé cómo me salvé de la muerte, cuando a ésta la vi cerca en una calle de Montería. Porque Córdoba se ha estado volviendo andina, como su nombre.

El esfuerzo de reconstruir nuestra sociedad y el ethos de tolerancia y paz queda ahora en las manos y en los corazones de las nuevas generaciones, que veo más aptas, liberadas, informadas e imaginativas que la mía. Las guerras, la intolerancia, la estulticia gobernante deben terminar en esas buenas manos. Según mis orígenes presbiterianos de la Arenosa, parece que tendré licencia de seguimiento de estos reclamos y de la contradictoria vida terrenal, desde el sitio del otro mundo que el hado me asigne. Tengan la seguridad, amigos Pedro y colegas del Foro, de que me seguiré examinando y examinando a los demás para que los colombianos lleguemos por fin a ganar la paz con justicia y prosperidad general, que nos merecemos por lo menos desde la misteriosa llegada de Bochita a estos trópicos. No sigamos siendo los "dejaos" del paseo de la historia.

Reciban esta carta-testimonio tan pesada en explicaciones y juicios, con el afecto y la amistad de siempre de quien les sigue admirando por sus logros,

Orlando Fals Borda
Fundación Nueva República y veedor del FSP

“Uno siembra la semilla pero ella tiene su propia dinámica”

Orlando, quisiéramos una conversación con usted sobre la investigación participativa en su historia de vida y una primera inquietud que queremos plantearle es por la experiencia personal previa a la formalización de la IAP, como cuáles fueron las primeras intuiciones o raíces…

Creo que hubo algunas raíces familiares, en mi casa mi madre era una persona muy inteligente, una literata realmente, autora de dramas y cantatas y cosas así, que tenía mucha sensibilidad social, como dirigente de la Iglesia Presbiteriana tuvo mucho que ver con trabajo con las mujeres por ejemplo, fue presidenta de la Sociedad de Señoras de la Iglesia Presbiteriana y había organizado una campaña nacional contra el cáncer en una radioemisora. Ella, una de las primeras mujeres en Barranquilla que tuvo una hora de radio en la emisora Atlántico en los años treinta.

Mi papá, que era otro intelectual, un maestro de escuela muy querido en Barranquilla, que había escrito ya algunos folletos, artículos, periodista en *La Prensa* de Barranquilla, y que siempre estuvo muy atento a mi desarrollo intelectual porque recuerdo que me llevaba libros de lectura, empezó con la colección Sopena, cuentos de Perrault… y después empezó a subir de nivel y entre los libros que me llevaba recuerdo mucho *Los Bedas* y luego fue y habló con el director del colegio que me regalara la guía para el griego, claro está que a mí sí me gustaban esos idiomas; el latín sí me encantaba; tanto, que escribí un ensayo en latín cuando estaba en sexto de bachillerato, ¡lo escribí en latín!

Luego pasas del bachillerato a la universidad en Estados Unidos…

Sí, pero primero a la Escuela Militar de Cadetes. Me salvó mi mamá, porque sí yo ya estaba decidido a seguir. Al año y medio me llegó una carta diciendo que hay posibilidades, me quedaba en la Escuela o me iba para Estados Unidos con todo pagado. Entonces yo pedí la baja.

¿Fue a estudiar sociología?

No, yo no sabía nada de sociología, de que existiera ni nada por el estilo, eso fue por refilón en Estados Unidos. Yo escogí como mis principales materias: Literatura Inglesa y Música. Nada de lo social. Allí me inicié, me encarrilé por la música y por la literatura y punto. Pero en el penúltimo

semestre vi que un viejito profesor, que era sociólogo, estaba ofreciendo un curso de sociología con base en un texto de él. Entonces yo tomé ese curso de sociología, pero eso fue todo. Cuando regresé a Barranquilla me esperaban con la dirección de los coros del Colegio Americano y de la Iglesia, llego como a mediados de 1948 o antes, en el 47 y después del 48 es la muerte de Gaitán, yo estaba en Barranquilla y hubo una rebelión bastante fuerte y me inspiré y escribí una cantata pequeña que se titula "Mensaje a Colombia", con un aire patriótico pidiendo la paz que uniera a los colombianos, se reconstruyera el país. Me salió esa preocupación por la situación pero en forma de música, en cantata.

Entonces los estudios en Iowa inicialmente fueron de Literatura y Música, volvió a Barranquilla al coro...

Pero no solamente la música, también fui director de un Centro Juvenil Presbiteriano (CJP). Eso fue interesante, el pastor de la iglesia era Richard Schaull, que después llegaría a ser uno de los iniciadores de la teología de la liberación… él tiene una concepción muy distinta del pastor y le dio esa dimensión social, juvenil al CJP, que muchas personas todavía recuerdan en Barranquilla porque fue como una especie de motor de transformar la forma de pensar y de actuar en las iglesias. Este Centro Presbiteriano tiene actividades culturales y deportivas, se representaban obras de teatro clásico español, exposiciones de pintura con la ayuda de Alejandro Obregón, actividades literarias con Álvaro Cepeda Samudio... Todo este grupito costeño actuando alrededor del CJP, hemos sido amigos, con Álvaro Cepeda fuimos compañeros del colegio, nos graduamos en Estados Unidos, una amistad hasta su muerte.

Fíjate lo que representaba ese espacio y lo que representó, ¿no?

Sí, porque fue formativo para un montón de gente, jóvenes.

¿El CJP fue iniciativa de Richard Schaull?

No, mía; yo la llevé, porque es que yo había sido presidente de la sociedad de jóvenes antes de ir a Estados Unidos. Entonces ya tenía mis amigos ahí, y también del coro. Estaba muy vinculado a la iglesia, muy vinculado tanto que uno de esos misioneros que venían me invitó, que por qué no me hacía pastor; pero mis actividades eran mucho más que religiosas, desbordaban la religión, lo que me atraía de la iglesia no eran ni los dogmas, ni los versículos de la Biblia, era la música que se cantaba allí. A través del CJP logré que la Iglesia Presbiteriana hiciera una proyección sobre la sociedad barranquillera y costeña y allí es donde encajan todas estas actividades no religiosas, entonces es una especie de iglesia laica muy abierta, muy tolerante y ecuménica, iban algunas religiosas. Con Schaull siguió una amistad muy grande, cuando lo pasaron aquí a la Iglesia Presbiteriana de Bogotá, de pastor. Dio la casualidad que yo también me vine; dejé Barranquilla y me vine para acá y tuve la osadía de presentarme aquí en Bogotá como sociólogo.

¿Eso fue en el año 51-52?

Eso fue en el 49 después de la muerte de Gaitán y después del mensaje que le había compuesto. Entonces acá Shaull me nombró director del coro de la iglesia de la calle 24. ¡Ah! eso fue una experiencia extraordinaria, porque es que no había muchos coros en Bogotá, coros de cuatro voces. Shaull

apoyando todas estas cosas, fíjate como él pensaba, no solamente en la Biblia, sino en la cultura, en otras actividades, en la sociedad, en el bienestar, en la felicidad de los jóvenes, porque todos los que estábamos con él eran jóvenes, yo no tendría más que 25, 26 años, por ahí 24.

A Shaull lo volví a encontrar ya como un teólogo de la liberación en Europa, ya después que me había salido de la universidad y estaba en las Naciones Unidas en Ginebra. Me invitaron a dar una conferencia sobre problemas latinoamericanos, una serie en la que Shaull ya había participado, yo tenía unos textos de él y escogí un tema que fue premonitorio: "Subversión y desarrollo en América Latina", era un intento de enfocar el concepto de subversión desde el punto de vista positivo y no negativo como aparece en los diccionarios.

¿Cómo es que llega a Bogotá y se presenta como sociólogo?

Había venido con la excusa de enseñar inglés en el Colegio Americano; eso me aburrió rápidamente y entonces recordé algunas de las cositas que me había enseñado aquel sociólogo; entonces decido presentármele al Ministro de Educación, Fabio Lozano, le dije soy sociólogo, acabo de venir de Estados Unidos, y coincidió que se estaba desarrollando con su auspicio un proyecto de Naciones Unidas, creo que se llamaba el Municipio Piloto para asuntos administrativos, y como proyecto piloto estaba el Municipio de Vianí, Cundinamarca, yo dije, sí, me interesa mucho, el Ministro dijo, lo vamos a nombrar encargado de los archivos, porque hay mucho papel desordenado ahí en esa oficina en Vianí, tiene que ir y vivir allá. Ese fue el problema, porque me dice, vaya y organice el archivo, pero por ninguna razón establezca ningún contacto con la gente del pueblo. Me empleó como un técnico, no como sociólogo; claro, yo llegué al pueblo y lo primero que hice fue hacerme amigo del cura y le ofrecí ser su organista en la misa. Entonces el trabajo en el archivo lo organicé en 10 días y por ahí como a los ocho días llegó Ospina, mi jefe, vio el archivo organizado; pero lo primero que le dijeron era que yo había estado muy metido con el cura y con el alcalde y que iba a las tiendas a tomar cerveza. "Usted no ha obedecido las reglas, por lo tanto, lo voy a destituir, presente su renuncia si no quiere que lo destituya". Me echaron del primer puesto de sociólogo a los 20 días porque había establecido contacto con la gente, fue el comienzo realmente de mi carrera sociológica. Allí no sé cómo descubrí un librito publicado por dos abogados del Ministerio de Economía que habían trabajado con un gringo, que ese sí era sociólogo, era un estudio de Tabio, Cundinamarca, que resultó ser el primer estudio sociológico moderno hecho en este país en el año 48, yo no tenía ni idea de quiénes eran, ni Lynn Smith, él era profesor en Minnesota de Sociología. Ese fue el primer libro que se escribió en este país de sociología rural. Y el profesor Smith tuvo la buena idea de incluir como apéndice de ese estudio de Tabio los formularios de la encuesta, donde sacó la información que luego cuantificó para el análisis de Tabio. Ahí yo aprendí cómo era una herramienta de investigación sociológica, la más sencilla, la encuesta. Me interesó mucho ese folleto, todavía lo tengo; ese fue el que me iluminó en relación con el trabajo que iba a seguir toda mi vida.

Desempleado, dije, voy a ver cómo utilizo lo poco que sé. Una de las cosas que sé es el inglés, entonces salió un aviso de una compañía americana, Winston Brothers Company, estaba construyendo represas por cuenta del

gobierno nacional, una en Sisga y la otra en Neusa. Necesitaban un secretario bilingüe español-inglés, yo fui y me presenté. Y me nombraron secretario personal del director de la represa. Me tocó ir al campamento de Sisga, eso era en pleno campo y estaban empleando, llamando a obreros de la región para el trabajo de construcción de la represa, campesinos puros. Poco a poco, me fui dando a conocer y llegué a ser jefe del campamento, pero como estaban empleando obreros conocí a algunos de una vereda entre Sisga y Chocontá; los camiones de la empresa iban todos los días, recogían a estos obreros, los llevaban al campamento y al trabajo por la mañana y, por la tarde, los volvían a llevar a sus casas. Todos arraigados en su casa de campo, eran campesinos, campesinos. Me hice amigo de ellos, de dos o tres, me invitaron a sus casas, adquirí la costumbre quedarme con ellos en sus casas cada fin de semana, hasta cuando una familia me adoptó de hijo y me mudé a vivir allá; una casa totalmente humilde, sobre tierra, techo de paja, sin puertas prácticamente, una familia típica, el papá y la mamá, y ambos ya más o menos viejos; dos hermanos, el obrero que estaba en Sisga y un nieto y yo. Esa llegó a ser mi familia. Aprendí de todo lo que es la vida, me enseñaron desde cómo sacar la papa hasta cómo guiar los bueyes, el uso de la hoz..., me convertí en un campesino con ruana y con sombrero, igualito como un campesino de allí, empecé a hablar como ellos y a bailar!, aprendí a bailar torbellino y bambuco, a tocar tiple y a cantar con ellos.

Allí empecé a acumular los datos, la vereda se llama Saucío. Muchos años después los campesinos me contaron que había unos debates en las tiendas y en las casas conjeturando quién era yo, que si era un comunista que había llegado a sacar datos, que cómo era tanta preguntadera, qué cuántos hijos tenía, que cuántas mujeres; Ellos recordaron una cosa que yo hice, ignorante de las costumbres y creencias de la gente, como había leído eso de la antropología física y las medidas del cuerpo humano, etc., me presenté un día con una balanza para pesarlos, después me dijeron las resistencias a pisar esa balanza, porque si se pesaban eran para pesar sus pecados y entonces no iban a entrar al cielo, que si lo pesaban en esta vida en la otra no los iban a pesar. Pues qué tal yo, ¡invitándolos a pesarse ahí y caer al infierno! Eso era antropología física, la medida; como se suponía que las ciencias sociales debían ser como la física, exactas, medibles.

Bueno, pero al fin hubo algunos valientes que se dejaron pesar y como no les pasó nada y estaban felices, común y corriente. Logré unos datos antropológicos muy interesantes. En realidad no sé cómo encajé porque con mi origen citadino, costeño y trabajando en una represa sin ninguna vinculación con nadie ahí, fui a setenta familias en esa vereda, y sí, hubo peligro de que me cerraran las puertas como comunista, porque se corría mucho esa bola, este es un comunista que viene quién sabe a qué, nos van a aumentar los impuestos de pronto… Decidí agarrar el toro por los cuernos, me fui a hablar con el cura párroco y le expliqué lo que estaba haciendo. Resultó un párroco sumamente simpático, abierto, creo que él hablo con alguien de la empresa, con mi jefe seguramente, pero los informes que tuvo parece que fueron positivos porque al siguiente, domingo, desde el púlpito me dio la bendición. ¡A partir de ese momento se fue Satanás! A partir de entonces hubo una amistad muy grande con este cura y por supuesto con su familia, porque resultó que la hermana del cura se había casado con el hijo del principal hacendado de Saucío. Me había quedado solamente con

los campesinos, nunca me había metido con el hacendado hasta cuando el cura me presentó. Entré a la hacienda a conocer. Completé el equilibrio, digamos, geopolítico de la región, pero esta vez con la bendición del cura y los dueños de la hacienda fueron apoyos hasta el punto que abrieron sus archivos y me mostraron todas sus escrituras, los orígenes de la hacienda, había sido formada en el resguardo indígena chibcha original.

¿Cuánto tiempo estuvo en esa empresa vinculado a la región?

En el año 51 yo seguía de jefe de campamento. Por ese tiempo se publicaba una revista en inglés de la Empresa Winston Brothers. Me pidieron un día que escribiera unas reflexiones sobre la región, una introducción a Colombia, o algo por el estilo; y se lo mandé a la compañía, a la oficina principal que era en Minneapolis, Minnesota, allá estaba la gerencia general. Ese artículo gustó mucho. Cuando vino el gerente general de Minneapolis a revisar los trabajos en la Represa del Sisga, me preguntó, ¿usted no quiere ir a Minnesota? Necesitamos allá también uno que hable español, y como usted ya conoce todo por aquí se nos ocurre que usted podría ser el que coordine los trabajos de Colombia; yo le dije al gerente mire, estoy muy agradecido, voy a considerarlo pero pongo una condición y es que me den permiso de presentar mis estudios de sociología en la Universidad de Minnesota y sacar mi máster; y el viejo aceptó, y me pagó el viaje y me pagó todo pero que tenía que cumplir con mis obligaciones en la oficina. Ese sí fue el período más duro de mi vida por el peso del trabajo, porque tenía que hacer todo el trabajo más tiempo completo de estudiante, dos tiempos completos. Por fortuna el sueldo era muy bueno, tanto que tuve para comprar carro y tenía casa... muy buen sueldo, ¡y mis antiguos jefes eran ahora mis subordinados! Allí tengo el problema de cómo presentar los textos, ya había completado mis estudios, con base en esa encuesta del profesor Smith. Yo me presento donde el profesor Nelson, se llamaba, y entré pues al programa de máster. El había hecho un libro sobre Cuba de sociología rural, me dice, preséntame los materiales que ha recogido en Saucío; tenía retratos, mapas, los análisis de las encuestas, toda la información. ¿Sabe lo que hizo el profesor? Llamó por teléfono al profesor Smith, que estaba enseñando en Florida, como vio que era resultado del estudio de Tabio que estaba conectado con él, y le dice, aquí tengo un estudiante tuyo.

Esa preocupación metodológica, ético-política, de vincular al otro a la producción de conocimiento aún no pesaba mucho…

Eso no había nacido, pero después ocurrió cuando empecé a escribir, mi tesis de máster sobre la vereda de Saucío, desarrollada luego en mi libro *Campesinos de los Andes*. En un año cumplí todos los requisitos del máster, ¡pero quedé molido! Yo estaba en la Winston Brothers todo el tiempo, eso me favoreció, pues yo recibí el grado de máster y entonces el profesor Smith, el de Florida, empezó a intrigar para que yo me fuera a donde él a trabajar el doctorado en sociología, hasta que lo consiguió, gracias a la Fundación Guggenheim de Nueva York, donde él era asesor, que me otorgó dos premios para financiar el doctorado. En La Florida hice el doctorado con la tesis sobre *El hombre y la tierra en Boyacá*; esa es mi tesis de doctorado que salió publicada en un libro, primero que *Campesinos de los Andes*.

¿Durante el tiempo del doctorado venía a Colombia?

Yo sí vine acá cuatro meses para trabajar en la tesis del doctorado en Boyacá, por el problema del minifundio, la pobreza en Boyacá que nos llamó la atención tanto al profesor Smith como a mí. Él luego escribió un libro sobre Colombia con el Ministerio de Economía, una monografía sobre Tabio. Fue el nacimiento de la sociología rural en Colombia. Ese libro me sirvió de biblia en los primeros años.

Había que destacar la pobreza y el problema del campo como elementos esenciales para explicar la situación de atraso de Colombia y de la violencia actual. La violencia en Colombia como fenómeno político se inició en el campo, fue un enfrentamiento entre campesinos inducido desde arriba, impulsado por los políticos, por el propio Presidente Ospina Pérez, o el ministro de gobierno José Antonio Montalvo, luego el Presidente Laureano Gómez, horribles figuras de la historia colombiana, porque a ellos se les debe mucho de lo ocurrido después, porque la consigna que sembró Montalvo desde el Congreso era combatir "a sangre y fuego", esa fue la orden que le dio a los conservadores para combatir a los liberales.

Menciono lo de Boyacá en el sentido de que el libro que luego saqué con mi tesis, tenía como subtítulo *Bases para una reforma agraria* y que –todavía está pendiente ese problema– va al fondo de la cuestión nacional. El subtítulo me llevó al Ministerio de Agricultura. Una vez que salió el libro con propuestas sobre cómo hacer una reforma agraria en Colombia, primera vez que se planteaba el problema agrario en esa forma, aunque antes había los intentos de los socialistas como Gerardo Molina, Antonio García, Jorge Eliécer Gaitán, pero eran políticos. Realmente el libro de Boyacá para algunos es el mejor que yo he escrito. Al salir el libro, inesperadamente, me llama Augusto Espinoza Valderrama, el Ministro de Agricultura del gobierno de Alberto Lleras, y me dice, bueno, leí su libro, me gusta mucho, venga para acá a ponerlo en práctica. La praxis. Yo de bobo caí por la praxis (eso fue en el 58-59). Ahí está precisamente una de mis debilidades, el sesgo hacia la práctica, que no solamente la teoría académica sino, bueno, que lo que uno aprende y descubre, pues que tenga cierta resonancia o reconocimiento con el fin de transformar lo que uno encuentra defectuoso en la sociedad, que es mucho, pero esa fue la función, digamos, formal, histórica, tradicional de la sociología desde cuando se fundó por Comte.

¿En este contexto es cuando conoces a Camilo Torres?

Ya conocía a Camilo antes de regresar a Florida. Nos conocimos aquí en Bogotá. El vino a Bogotá por un corto tiempo desde Lovaina y me parece, si mal no recuerdo, que iba de Lovaina a Minnesota. El estaba haciendo unos cursos precisamente sobre sociología económica, nos descubrimos mutuamente y vimos que nuestros intereses eran muy similares, y eso abrió después otras puertas.

¿Ahí surgió la idea de la Facultad de Sociología?

Sí y no; es que miren las cosas. Me llama Augusto Espinosa Valderrama, el Ministro de Agricultura, a mediados del 58, cuando vine a trabajar en Boyacá. En ese período el Rector de la Universidad Nacional era Mario Laserna que tenía como su Decano de la Facultad Economía al mejor científico social que yo he conocido, un economista, pero un economista con corazón,

humano, no como los inhumanos que hoy están en Planeación Nacional, era el Doctor Luis Ospina Vásquez, gran historiador, se metía de cabeza en los archivos y no le tenía miedo como hoy los economistas, que si no tienen un computador delante no estudian. Este se metía en los archivos y escribió ese famoso libro *Industria y protección en Colombia*; él y yo nos hicimos muy buenos amigos y llegó él a la Facultad de Economía e hizo campaña para que se abriera un Departamento de Sociología en la Facultad de Economía y convenció a Laserna, que era el Rector. Resulta, entonces, que a finales del año 58 quedó aprobado el Departamento de Sociología, pero yo no tenía ni idea de todo esto.

Me llamó Augusto Espinosa y me convenció. Yo le dije sí, cómo no, puede nombrarme. A los cinco días me llamó Laserna para contarme que se había aprobado el Departamento de Sociología y que yo debía ser el primer director. ¿Qué hago yo? Había pasado por esa experiencia de dos cargos en Minnesota; pero yo siento que hay que pensarlo muy bien y casi me niego a asumir las dos cosas, porque yo iba a entrar al Ministerio como viceministro, como encargado de la continuidad técnica. Decidí aceptar las dos cosas, ¡y fue genial! Acepté las dos cosas, pues no era ilegal, pero sí muy pesado. Fue positivo porque en realidad lo que conseguí con esa decisión fue dos apoyos, el gubernamental y el académico, los logré combinar. Por ejemplo, cuando en la Universidad empezamos a pensar en publicar cosas e iniciar la serie de monografías sociológicas, que llegó a tener 30 ó 40 títulos, y la Universidad Nacional no tenía dinero para publicar, ni tampoco para investigar, el único que estaba insistiendo en esas cosas era el Departamento de Sociología. Como no había dinero en la Universidad, hacía imprimir en el Ministerio de Agricultura y salía a nombre del Departamento de Sociología-Universidad Nacional, y nadie sabía de dónde salía; yo no sé si era peculado o qué, pero todo en aras de la ciencia. La primera monografía fue de François Houtart. Aproveché su visita a Bogotá para dar una conferencia sobre problemas de la mentalidad religiosa en las ciudades y le pedí el texto, lo traduje al español, y fue el número 1 de la serie de monografías. Eso sirvió para varios frentes de relaciones públicas y de defensa del nuevo Departamento de Sociología.

¿Cómo fue la experiencia de constitución de un grupo de investigación?

Una vez que ya se decidido la aprobación del Departamento, aparece Camilo Torres. Me visita en el Ministerio de Agricultura y con él vimos cómo iniciar ese año de estudios. Estaba próximo el comienzo del semestre, el 15 o 20 de enero, y los estudiantes estaban inscritos en otras carreras. El problema era cómo iniciar ese Departamento en ese mismo semestre para aprovechar el entusiasmo de las autoridades universitarias. Entonces ambos hicimos un folletico explicando lo que era sociología y lo que había que hacer, qué se esperaba con eso. Como las filas estaban largas inscribiéndose en todas las facultades, Camilo y yo distribuimos el folleto y lo repartimos personalmente en esas filas. De ahí salieron los primeros 21 estudiantes.

¿Usted y Camilo eran las únicas personas con formación académica en sociología?

Éramos los únicos. La otra persona que después llegó, pero que entonces (me lo echa en cara cada vez que puede) tuvo que irse a la Universidad Javeriana, porque ya en la Nacional no había manera, fue María Cristina Salazar.

Ella había estudiado en la Universidad Católica de Washington, tenía su PHD, llegó un año después; los dos primeros fuimos Camilo y yo. Camilo toma todo lo de metodologías y yo tomo las teorías e iniciamos ahí mismo.

Me conseguí unos profesores que no eran sociológicos ni profesionales, pero que me parecían bien orientados y leales; uno un profesor de Ciencias Sociales de un colegio en Corozal, Sucre; lo escogí por allá y le dije, quiere ir a enseñar sociología en Bogotá y me aceptó y se vino con toda la familia. Es Carlos Escalante. Era un profesor de colegio, no era universitario y me lo traje y siguió siendo profesor de sociología hasta hoy. Y la otra adquisición fue el Secretario del Departamento, otro costeño, fueron 2, 3 costeños, Carlos es costeño, este secretario fue costeño, de Magdalena, y yo.

Al año y medio de haber sido conformado el Departamento, se fue el doctor Luis Ospina Vásquez de la Decanatura y entró otro que empezó a interferir el crecimiento del Departamento de Sociología, que en ese momento dependía de Economía, celos de que creciera este Departamento, nosotros funcionábamos apenas en un salón que nos dieron en la Facultad, creo que era de enfermería, ahí nos metieron con un escritorito y un estante vacíos y un día que nos molestaron mucho los economistas, descubrimos que a la entrada de la Universidad por la calle 26 había una estructura de una casa que había sido incendiada, por descuido supongo, era donde vivían familias de los profesores, abandonada totalmente, entonces con el secretario dijimos, nos vamos de esta oficina, aquí no hay nada, nos vamos a ocupar esa casa por más incendiada que esté. Entonces en un atardecer, con los 21 estudiantes, cargamos los dos muebles entre todos, hicimos caravana por tres cuadras que nos separaban del edificio y nos tomamos la casa. Nos quedamos allí, pero a los diez días que se dieron cuenta los de Economía dijeron, no, tienen que salirse de ahí. Nos iban a meter la policía, que éramos invasores, les demostramos que ya habíamos arreglado la casa, la limpiamos, la pintamos. Con base en esa estructura conseguí en el Ministerio de Agricultura una partida suficiente para convertirla en el edificio que hoy es; en la Facultad de Sociología.

Las ventajas de estar en el Ministerio…

Las ventajas vinieron después. Duré dos años en esa aventura, dos años dirigiendo el Ministerio y dos años dirigiendo el Departamento.

¿La oficina del INCORA tenía relación con el Departamento?

Claro, el primer contrato que hizo INCORA (Instituto Colombiano para la Reforma Agraria) para investigar el problema agrario fue con la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. Además yo era el presidente del Comité Técnico de INCORA, con Camilo; quien estaba en la Junta Directiva del INCORA y yo estaba presidiendo el Comité Técnico.

¿Por qué se va María Cristina a la Universidad Javeriana?

La Universidad Javeriana abre la Facultad de Sociología con María Cristina, pero cuando se dieron cuenta que era amiga de nosotros, los de la Nacional la destituyeron, la expulsaron y cerraron ahí mismo la Facultad. Fue algo muy triste, muy abusivo de parte del rector de la Javeriana. Ella había iniciado allí la enseñanza de la sociología moderna, en la misma vertiente que nosotros dos años antes. Ella llegó al momento de decidir cómo mejorar la docencia y la investigación en su Departamento de Sociología en

la Javeriana. Como era amiga de Camilo Torres, hizo un Comité de Consulta con él, Andrew Pearse (profesor de la UNESCO) y yo. Cuando los jesuitas supieron de las reuniones que estaba teniendo María Cristina con ese grupo "subversivo", la despidieron.

¿Cómo se llega a la investigación sobre la violencia, estaba en el Ministerio o se encontraba fuera de él?

A los dos años me nombraron decano. Era el año 61, cuando se creó la Facultad. El trabajo se hizo más duro y pedí la renuncia al Ministerio. Ya pude dedicarme de tiempo completo a la Universidad. Se abrieron algunas cosas nuevas en realidad con la presencia de Sociología en la Universidad, fue como un viento nuevo. Para empezar lo de investigación, porque es increíble que la Universidad Nacional no investigara nada, excepto en el Instituto de Ciencias Naturales. En Ciencias Sociales no había nada, es que no había Ciencias Sociales. En teoría sociológica existía un curso que enseñaba Bernal Jiménez en la Facultad de Derecho. Derecho era quien tenía Sociología. La enseñanza de la sociología estaba en manos de los abogados. Con la Facultad de Sociología comenzamos a movernos. Como yo tenía contactos gubernamentales se convirtieron en internacionales. Fue cuando empecé a traer los mejores sociólogos de América Latina y se creó lo que se llamó el Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo (PLEDES). Vinieron igualmente lo mejor de la sociología de Estados Unidos y de España. La Facultad adquiere prestigio. Cuando ya no cupimos en ese pequeño edificio que habíamos reconstruido con nuestras propias manos y con la ayuda del Ministerio, el gobierno pidió un crédito internacional de la AID de Estados Unidos para construir un edificio nuevo, muy completo, lindo, donde está hoy. Ese edificio fue estrenado en el año 61 con un Congreso Latinoamericano de Sociología.

¿En lo que fue haciendo y trabajando, qué pudo haber dado cauce a la IAP?

Sí, la semilla está ahí con la presencia de Camilo. Su aporte es el compromiso; compromiso con las luchas populares, con la necesidad de la transformación social. Pero, ¿cómo se descubre eso en la Facultad? Se descubre por una autocrítica de los marcos de referencia que nos habían enseñado en Europa y en Estados Unidos, tanto a Camilo como a mí; porque ese marco de referencia tenía que ser la última palabra en la profesionalización de las Ciencias Sociales que era condicionada por la escuela positivista y funcionalista, es decir, cartesiana. Era obligatorio que uno tenía que ser exacto, muy objetivo, muy neutro, a imitación de los físicos que para nosotros se nos presentaba como el ideal del científico. Era el marco de referencia que yo tenía. Se hablaba del hecho social, de problema social, hechos, ya cuando se habla de hechos es poco confiable, limitado, un hecho puede ser positivo, negativo, como sea, un hecho se analiza y se mide, se trata de entender y listo. Pero llegó el momento en que la aplicación de ese marco que proviene de un análisis funcionalista de una sociedad más o menos estable como la norteamericana, un modelo de equilibrio social, de orden en la sociedad, no de desorden, el conflicto queda por fuera como algo perjudicial, algo marginal, inconveniente o disfuncional, como se decía entonces, no era funcional para la sociedad. Si se aplica a esta sociedad conflictiva, en plena violencia, un modelo que se diseñó para entender el equilibrio social, no el cambio social, y el conflicto menos; entonces había allí una clara falla, un

desajuste de la explicación y del análisis. Por supuesto, Camilo ya lo había sentido y entonces había empezado a hablar del nuevo tipo de sociología latinoamericana; ahí fue cuando él presentó ese punto de vista en Buenos Aires, creo que en el 61. Junto con Camilo descubrimos la existencia del fondo de documentación de la Comisión Oficial de Estudio de las causas de la violencia, que había nombrado el presidente Alberto Lleras. El Secretario de esa comisión era Monseñor Germán Guzmán Campos, que tuvo la buena disposición de conservar esa documentación. Camilo me convenció de que fuéramos a visitar a Monseñor Germán Guzmán, que era entonces párroco del Líbano, Tolima, e hicimos la expedición él y yo, también nos acompañó Roberto Pineda Giraldo, el marido de Virginia Gutiérrez, ambos antropólogos, que habían estado huérfanos cuando Laureano Gómez cerró la Escuela Normal Superior. Encontraron una mamá en el Departamento de Sociología y todos vinieron en masa, todos se juntaron, una gran cosa. Los tres hicimos esa expedición al Líbano a convencer a Mons. Germán. Allá vimos el archivo y lo convencimos que se viniera a trabajar a la Facultad de Sociología. El hizo los trámites para salirse de la parroquia y nos llegó con todas las cosas y trabajamos juntos escribiendo el primer tomo sobre la violencia. Lo hicimos en secreto, nadie sabía que lo estábamos haciendo porque era muy delicado. Habíamos decidido decir las cosas con nombre propio, fechas y sitios. Teníamos toda la documentación necesaria a la mano. Al analizar ese trabajo, su intensidad, la naturaleza del conflicto, pues rompió en mi cabeza todo el esquema que había llevado del funcionalismo; no se puede explicar con el marco de referencia aprendido en las aulas de mis maestros. Escribí como conclusión de ese tomo mi primera expresión de alejamiento de ese modelo funcionalista, nosotros teníamos que asumir una posición mucho más clara, comprometida con las soluciones, y por eso el libro de la violencia termina con 27 o 30 recomendaciones al gobierno, a la sociedad colombiana, a la iglesia, y a la universidad, a todo el mundo, de cómo resolver el problema de la violencia. Son recomendaciones que si uno las lee todavía hoy eran muy lógicas, obvias, muy posibles; pero nunca fueron atendidas; fueron inspiradas precisamente en la sensación que teníamos de comprometernos con algo que sirviera a la sociedad. Una sociología comprometida con la transformación social.

¿Hay una lectura del marxismo para llegar a esta sociología comprometida?

Mientras tanto ya habían salido varias monografías desde la colección de la Facultad, todas las cuales fueron realmente terminadas con recomendaciones. Era sociología aplicada, se inspiró mucho en el quehacer, en la praxis. Para sorpresa de ustedes, a mí nunca me dieron clases de marxismo en Estados Unidos, en ninguna universidad. No había leído a Marx ni siquiera cuando escribí ese capítulo final del segundo tomo sobre la violencia. En ese capítulo no llego sino a la etapa de la teoría del conflicto social. Pero la actitud y la intención de nosotros como sociólogos, encaminando ese fenómeno, demostró que había necesidad de una transformación interna, de sentimiento, de la actitud, eso lo llamamos compromiso; y Camilo lo asume y lo transmite para su propia interpretación y luego su vida, su entrega. La idea de compromiso con los problemas de la sociedad para resolverlos, primero entenderlos y luego resolverlos, es una de las raíces de la investigación participativa.

¿En esa búsqueda por resolver los problemas sociales aparece la mediación política?

Sí, porque entonces era obvio, como se dice en el libro de la violencia, la violencia se inicia por los conflictos políticos que existen, a los que se añaden luego los problemas económicos y más tarde los problemas religiosos, los problemas culturas y de toda índole, hasta llegar al narcotráfico. Es decir, fue creciendo la violencia en un fenómeno de muchas cabezas, en una hidra que ya no se podía cortar sino desde abajo, desde el cuello, y es lo que nunca quiso hacer ningún gobierno. Las recomendaciones iban directamente a ese cuello de la hidra. Cortarlo todo. Ese era el compromiso, de hacer las cosas a fondo y bien. Sin embargo, ese fue una de las raíces de la IAP. Y eso se lo debemos a Camilo Torres Restrepo.

En buena medida la categoría de compromiso tiene una raigambre ética, en la tradición previa de ciencias sociales no había nadie que la hubiera utilizado…

Sin embargo, vean que Sartre lo usó después. Yo creo que Marx sí hablaba algo de compromiso con la clase trabajadora. Sí creo que había más conciencia de la necesidad del cambio en el siglo XIX que en el XX. Precisamente por ese afán tecnicista o cientifista de parte de los científicos sociales, de mis maestros, que había que ser científico según el modelo de las ciencias naturales y se olvidaron que los físicos, que tanto adoraban, ya estaban dando ese salto a lo que llamamos después el principio andrópico y luego el principio de los físicos cuánticos, el principio de la indeterminación. Entonces si los físicos empiezan a hablar de indeterminación ¿dónde queda esa objetividad, dónde queda esa exactitud y medición de los fenómenos que observan?: en cero. Ellos fueron mucho más sinceros, mucho más claros científicamente hablando que los sociólogos, que habían debido reconocer ese hecho obvio, que lo observable no es absoluto y que tiene interpretación y reinterpretación. Ahora, hasta los matemáticos están buscando interpretación.

¿Las primeras experiencias de investigación con los campesinos es posterior a la salida de la Universidad Nacional?

No, fue anterior. Por ejemplo, la Acción Comunal nace con la Escuela de Saucío. Eso fue hijo de la investigación que yo había hecho de Campesinos de los Andes. Se hace esa experiencia como en el año 58.

¿Cómo surge la Acción Comunal?

En parte, de noticias que algo así se estaba haciendo en las Filipinas a través del Centro Interamericano de Vivienda CINVA, del cual yo era consultor. Allí se intuyó que la acción de la comunidad organizada podía resolver muchos problemas empleando lo que se llamó entonces la mano de obra local. En el CINVA, se había hecho el invento de una máquina para hacer ladrillos que era un adobe mejorado y que bajaba el costo de las construcciones. Realmente un invento para hacer la vivienda social que tanto se habla. Todos aprendimos a hacer ladrillos. Con el CINVA se hicieron dos ensayos, uno Tabio y otro en Saucío. Lo de Tabio no resultó, lo de Saucío, sí. ¿Por qué? Yo creo que fue por la relación de amor que tuve con la gente. Por el vínculo. Hay dos obras que he escrito con amor: una, *Campesinos de los Andes,* y la otra, *Historia doble de la Costa*. La escuela en Saucío se hizo en un record de tres meses con esa maquinita que el CINVA había traído de Filipinas y con el ingeniero que también lo puso el CINVA. Era un arquitecto magnífico que

hizo los planos de la escuela, que todavía está allí, es monumento nacional. Ahí nació la Acción Comunal, la primera Junta de Acción Comunal fue la de esa escuela de Saucío en Colombia. ¿Qué pasa entonces? Esa experiencia quedó allí, y cuando yo ya estaba en el Ministerio llevé allá a varios ministros para que aprendieran. Al de agricultura, Augusto Espinosa, lo llevé; a los sucesores de él y también al de Educación, Abel Naranjo Villegas; él fue el primero que dio vía libre para la Acción Comunal. ¿Qué fue lo que hizo?: Abel Naranjo Villegas, ministro de educación del gobierno de Lleras Camargo, descubrió el asunto de la importancia de la acción comunal y aprendió de la experiencia que se estaba haciendo allí. Y entonces nos pidió a Camilo Torres y a mí que hiciéramos el primer borrador del decreto, donde se hizo la primera reglamentación oficial de la Acción Comunal.

¿Cómo se da la continuidad de la investigación con campesinos desde la Facultad de Sociología?

Cuando entré a la Universidad Nacional, ya venía desde el 50 la experiencia campesina de Saucío, y, por supuesto, yo planteé en la Facultad de Sociología la práctica de salir al terreno a investigar la realidad social, económica, política y cultural. En lo que fuimos muy distintos a todas las Facultades existentes, siempre hubo grandes resistencias por lo que eran muy puristas en la tradición científica europea, clásica, discusión de ideas más que todo en transmisión rutinaria de las ideas, del saber y esa insistencia de Sociología de salir al terreno, pues, poco a poco, fue rompiendo esas resistencias, ese eurocentrismo, digamos, cartesiano, hasta el punto que ya hubo relaciones muy directas entre Universidad Nacional y el gobierno en relación con políticas de desarrollo social, con la Reforma Agraria; esa fue una cosa muy importante porque esta política del INCORA (Instituto Colombiano de la Reforma Agraria) tuvo como primer apoyo investigativo e institucional a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. El primer contrato que se hizo que fue para investigar el problema de la tierra en Cunday, Tolima, pues allá fuimos a caballo con los estudiantes, y fue una expedición, un contrato formal, se vio allí una participación directa de la Universidad en la búsqueda de soluciones a problemas concretos. Fue el comienzo de ese nuevo concepto que ya tomó mucha fuerza ahora, que es el de la universidad participativa, un movimiento mundial que articula la universidad con la sociedad.

El tema de la reforma agraria se afirma como preocupación en su campo de investigación de ahí en adelante...

Sí, yo nunca dejé de ser sociólogo rural, eso me confirmó mi profesión ya con más seguridad. Después al entrar al conocimiento de la realidad con Camilo y con otros profesores empezamos a sentir las tensiones de lo que habíamos aprendido y lo que veíamos en el terreno, hay una tensión que se resolvió a favor de modelos nuevos, de paradigmas alternativos y ese paradigma alternativo, que ya no era cartesiano, fue lo que poco a poco se consolidó en la IAP –Investigación Acción Participativa–. Al principio, yo me opuse a que se considerara como un paradigma alternativo, para no asustar más a los intelectuales y a los académicos rutinarios; porque, ¿qué tal con otro paradigma, otra forma de entender la realidad? Y decir que Descartes no tenía razón, que Hegel estaba equivocado, etc., no..., eso era atrevido y

yo pensé, pues, que la IAP era ante todo un método de investigación, no era todo un complejo de conocimientos; fue método, fue trabajo en el terreno y con resultados muy distintos a lo que habría sido con una aplicación de positivismo funcional. Y esa doctrina o esa forma se llevó, entonces, al Congreso Mundial en el 77, el de Cartagena.

¿Se venía gestando en esa relación universidad-realidad?

Ya en el 68, después de la muerte de Camilo y la crisis universitaria, las huelgas, etc., pues, me retiré de la Universidad; renuncié totalmente y durante 18 años no volví. Eso fue en el año 70, en protesta por la rutina académica y la falta de apoyo a aquello que pensábamos nosotros debía ser investigado y transformado, porque lo interesante allí fue el énfasis en la acción, investigar para transformar, ese fue nuestro esquema; investigar para qué, bueno, para transformar. ¿Por qué?, porque hay injusticia, hay explotación y el mundo tiene que ser más satisfactorio, y especialmente la parte colombiana del mundo. Y esa fue una crisis en la Facultad. Estuve 18 años por fuera construyendo la IAP.

¿Fue una búsqueda fuera de la academia?

Sí, totalmente. Nació esa idea ni siquiera en Bogotá, eso fue en Ginebra, Suiza, con un grupo de colombianos que nos encontramos allá en mi oficina cuando yo era director de investigaciones del Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social con sede en Ginebra; ya me había ido desde el año 68, un poquito después de la muerte de Camilo; ese fue el mismo año en que me casé con María Cristina. En Ginebra logramos entonces entre estos colombianos que eran antropólogos, sociólogos y economistas –éramos 5– conformar la Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social, con la idea de regresar a Colombia a ponerlo en práctica y así se hizo, yo completé mis dos años en Ginebra y me vine.

¿Cómo estaba conformado el grupo?

El único sociólogo formal era yo; antropólogo estaba Víctor Daniel Bonilla, estaba Jorge Ucrós, estaba Gonzalo Castillo, teólogo; interesante, dos de estos compañeros eran ex ministros evangélicos presbiterianos ambos y yo también; lo más interesante es que la mitad de este grupo de seis científicos sociales éramos presbiterianos. El otro era Augusto Libreros, economista, fue profesor de la Universidad del Valle. Era un reto intelectual muy fuerte que nos obligó hasta estudiar el marxismo y a ponerlo en práctica; ese fue nuestro paradigma alternativo, el marxismo.

¿Y Freire andaba también allá en Ginebra?

También. Todo esto convergió en Ginebra, fue un momento ecuménico muy importante. Pero una vez que desarrollamos eso, digamos la intencionalidad, entonces decidimos venir a Colombia a ponerla en práctica. Regresamos a finales del 69 con una expectativa, se formalizó La Rosca de Investigaciones Sociales aquí en Bogotá. Con esa decisión empezamos juntos a poner en práctica en Colombia y la metodología se fue desarrollando por esa decisión de salir otra vez al terreno y ya sin los lastres de la institución académica, sin la talanquera de la academia, éramos totalmente autónomos. ¿Pero cómo conseguimos eso? Con el apoyo de la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos y del gobierno holandés. Fue la primera

vez que un gobierno europeo apoya a una ONG directamente. Los campesinos colombianos y La Rosca de Investigación Social se responsabilizaron éticamente del manejo de los recursos. El Ministerio de Desarrollo Económico de Holanda ha seguido apoyándonos, hasta el punto de financiarnos los pasajes aéreos para el Segundo Congreso en Cartagena en el 97.

Por otro lado tuvimos el apoyo de las Iglesias, por el contacto con los tres presbiterianos eso fue definitivo, era el momento que se constituyó en Estados Unidos un Comité muy especial que se llamaba Autodesarrollo de los Pueblos de la Iglesia Presbiteriana; que también rompía su tradición de apoyo a los misioneros norteamericanos. Y ese fue el gran problema, porque los misioneros gringos en Colombia que antes recibían dineros directamente de la Iglesia Presbiteriana, nos acusaron de comunistas y que por lo tanto la Iglesia debía dejar de apoyarnos. Eran principalmente los que estaban en Córdoba, donde me encontraba trabajando con los campesinos. Nos habíamos dividido el país, yo en la Costa Atlántica, Augusto en el Pacífico, Gonzalo en Tolima, Víctor Daniel en el Valle y en el sur, ahí comenzamos y después entramos a otros campos bastante arriesgados como la revista *Alternativa*, con Gabriel García Márquez.

En este momento la academia... haber roto con la academia para arriesgarse a construir algo distinto…

Lo extraordinario fue que se consiguieron los recursos suficientes, tanto de una Iglesia como de un gobierno..., dos columnas; y luego también lo de la revista *Alternativa* con el apoyo de García Márquez y de otros intelectuales, estaban los mejores periodistas colombianos, fue una escuela, una escuela con nuevo enfoque, nueva forma de presentación e interpretación de las noticias… Para mí como académico era todo un reto… me rechazaron los primeros artículos por pesados… Mi columna se llamaba "Historia prohibida". La nueva historia de Colombia porque era más atrevida que la de Jaime Jaramillo Uribe, y muchos prefirieron este enfoque más crítico, pero por supuesto eran convergentes. Fue toda una cascada de eventos que fueron cambiando el sentido de la vida de muchos.

En el trabajo con los campesinos de la Costa, cuya pretensión mayor estaba en lo metodológico ¿cuál fue el mayor hallazgo o la mayor confirmación que posteriormente ustedes recogieron para la propuesta investigativa?

La insistencia en que teoría y práctica debían ser juntas, no separadas como etapas o dos momentos separados, distintos, sino que se hiciera un ritmo interpretativo, pero de un proceso común, un proceso único. Que ese ritmo fue lo que llamamos ritmo reflexión y acción. Fue como un semillero que después se desarrolló en la práctica y en los efectos concretos, en la aplicación del conocimiento. Fue la diferencia radical con la academia. Porque la pregunta básica era: ¿para qué el conocimiento y para quiénes va el conocimiento? Esas preguntas no se las hacía la academia.

¿De dónde viene la idea de organizar el Congreso del 77?

Yo creo que fue virtud de las relaciones internacionales que fueron desarrollándose a partir del año 70 con La Rosca; mis viajes al exterior descubriendo personas e instituciones que resultaron ser muy convenientes con esto, personalidades como por ejemplo Mohammad Anisar Rahman que es coautor del libro *Acción y Conocimiento*, de Bangladesh, economista, exila-

do de su país, era el director de los programas de participación de la OIT, era participación limitada, participación dirigida, participación manipulada, tutelada. El contacto con Rahman fue derivando hacia una participación auténtica. Fuimos escuchando que habían intentos semejantes en diversos países; lo interesante era que estos países eran todos del sur, del Tercer Mundo: En la India, en México, en Egipto, en Brasil…

Fue como una cantera…

Sí, porque estaba hasta Stavenhagen, fue cuando él escribió su gran artículo sobre "descolonizar las ciencias sociales" para los antropólogos norteamericanos e ingleses y que fue publicado en la revista oficial de ellos, ¡fue un escándalo! Y ahí cita ya en ese artículo a La Rosca y a mi trabajo y el énfasis en la acción y la práctica. Entonces él estaba en México y en Brasil estaba Paulo Freire, aunque se encontrara en Ginebra…

Aunque no hubo un contacto muy permanente con Freire, sin embargo, estaba la mutua influencia; de uno y otro…

Sí, claro y luego la práctica misma nos obligó a vernos, como cuando apoyamos a la Revolución Sandinista en Nicaragua; fuimos juntos. Luego en África. También apareció otra corriente, la finlandesa con Marja Liisa Swantz, todos en los mismos años, del 69 en adelante; hubo una especie de "telepatía internacional", coincidencia, Marja Liisa había partido de Finlandia a Tanzania. Ella es socióloga y hoy sigue enseñando en la Universidad de Helsinki. En Tanzania también puso las semillas; es una de las grandes pioneras de la IAP en el mundo: Asia con Rajesh Tandon en la India, México con Stavenhagen y otros, había muchos más en Brasil, en Chile, en Colombia.

Volvamos al Congreso Mundial de Cartagena en el 77…

Una vez descubiertos estos cinco grupos de diversos países, convencimos a la UNESCO de que nos financiara el Congreso, con el Banco de la República de Colombia, ellos dos financiaron el Congreso. Yo tenía una propuesta, mi informe sobre la praxis, capítulo que después pasó al libro *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, que luego se tradujo a varios idiomas y enseguida lo reprodujeron en Europa. En Cartagena participó un suizo que se llama Heinz Moser. El después creó un grupo de trabajo en Alemania y Austria para traducir al alemán nuestros trabajos.

De Cartagena salió una discusión sobre investigación militante que llegó a Nicaragua…

Sí, eso de la investigación militante se discutió en Cartagena, fue por iniciativa de los venezolanos, de Roberto Briceño que todavía está allí en la Universidad Central de Venezuela, es director de investigaciones. La militancia que él tenía en mente era más que todo gramscianismo, pero se interpretó como militancia política, de partido comunista principalmente; lo que produjo resistencia. Entonces se fue bajando el tono hasta llegar a participación popular, participación ciudadana.

Del Congreso para acá, ¿cuáles han sido los momentos clave de la propuesta de investigación que consideras relevante?

Después de la experiencia de La Rosca está la revista *Alternativa*, está los libros que se publicaron en Punta de Lanza. Sí, sacamos buenos libros: *La historia de la cuestión agraria en Colombia*; *La subversión en Colombia*; saqué

nuevas ediciones de *El hombre y la tierra en Boyacá* y de *Campesinos de los Andes*, fue un tiempo de escribir, reflexionar y sistematizar. Después vino la Revolución de Nicaragua y los vínculos con el CEAAL (Consejo de Educación de Adultos de América Latina), al mismo tiempo con Freire. En Cartagena hubo mucho educador popular. De ahí en adelante se dio una aproximación entre educación popular, investigación y ciencias sociales. Eso se expresó en la asamblea mundial de educación de adultos del CEAAL en Buenos Aires en 1985. Allí hubo una discusión muy interesante sobre la participación popular y la investigación. Esa discusión con Rodríguez Brandão de Brasil fue publicada en un libro del Instituto del Hombre, en Uruguay, qué maravilloso ese folleto porque sí resumió el estado de la cuestión hasta ese momento.

¿Y el trabajo de la Historia doble?

Sí, el último volumen fue en el 86. Ya había vuelto al terreno; estaba en eso; fueron 12 años de trabajo de la Costa. Me mudaba a Mompox, a Sincelejo y a Montería. Fue la época también cuando nos pusieron presos por la persecución al M-19. Yo estaba en Mompox trabajando en la historia local y María Cristina estaba aquí, ella siguió aquí en la Universidad, en el Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Humanas. María Cristina estuvo presa 14 meses y a mí me soltaron a las dos semanas por la presión internacional sobre el presidente Turbay Ayala. Era una montaña de telegramas de todas partes del mundo protestando por mi prisión, entonces Turbay dio la orden de que me soltaran rápido. Pero fue muy maquiavélico, porque me soltó y mantuvo a María Cristina, porque era una forma de castigo. La década de los 80 para mí, fue un poco más de investigación sobre el terreno, pero también de reflexión y de sistematización de la metodología, que da como resultado La Historia doble de la Costa. Esa sí fue mi magnum opus... Fue trabajar en el terreno todo lo que teníamos conceptual y metodológicamente. Eso lo logré poner en el canal b de la Historia doble, pero al mismo tiempo nació el movimiento territorial, el ordenamiento territorial. Eso nació con Mompox. En el año 86 se hizo una serie de encuentros regionales, encuentros locales. Estando en Mompox me di cuenta de lo absurdo de las fronteras internas administrativas colombianas. El mapa político. Mompox estaba en el puerto de un río perteneciente a Bolívar y al otro lado del río era el Departamento del Magdalena y las nueve poblaciones del otro lado del río o del lado del Magdalena no pertenecían a Bolívar y eran sucedáneas de Mompox. Sus hijos iban a estudiar a los colegios de Mompox, el mercado principal era en Mompox, pasaban el río todos los días de ida y vuelta, en fin..., era un espacio que yo veía pertenecía social, económica, cultural, educativa y, religiosamente a Mompox. Yo decía, este país está muy mal distribuido en sus divisiones territoriales, y empezamos a proponer con los intelectuales locales, los maestros, los profesores de los colegios de Mompox que se constituyera un departamento independiente: Departamento del Río, separando secciones de Magdalena, Bolívar y Cesar. Este fue el comienzo del movimiento, con los maestros.. Los maestros siguieron siendo mi principal fuente de apoyo político. Por ejemplo, para la votación por mi nombre en la lista del M-19 para la Asamblea Constituyente, el 90% de los maestros de la Provincia de Mompox votaron por mí, el 90%!. Entonces allí se levanta una voz de protesta, desde la provincia: ¡queremos

un departamento nuevo con provincias autónomas! Se empiezan a hacer una serie de reuniones con los maestros principalmente en toda depresión momposina; la primera fue en Mompox, la segunda en Magangué, la tercera en San Marcos y la cuarta en El Banco. Y se levanta una voz poderosísima de los maestros y de los políticos que empezaron a sumarse a este movimiento de independencia, de autonomía de las provincias y se articula un gran encuentro que se hizo en El Banco reuniendo a representantes de todos estos pueblos y de ahí sale, entonces, la consigna de *La insurgencia de las provincias* como título de un libro que yo llevé a la Universidad cuando me restituí en 1988. Fue mi primer libro en el IEPRI (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional), y la segunda publicación del IEPRI. Ese libro lo señalo porque fue como la chispa que incendió la pradera pidiendo nuevo ordenamiento territorial en Colombia. Es la voz de la provincia.

Eso fue lo que lo llevó a la Asamblea Nacional Constituyente, dos años después…

Es que las ideas tienen una dinámica propia, uno las siembra, pero también es lo malo, es lo que estoy viendo en estos momentos con la IAP, porque uno la sembró con la idea de que fuera radical, para cambios radicales de la sociedad, transformación a fondo de las cosas, pero una vez que se establece, se institucionaliza en las universidades, adoptándolas casi en todas partes como parte de la cátedra, entonces como que se castra la idea y ya uno no está como tan satisfecho.

Vuelto tema de clase se mata el dinamismo que tenía…

Por eso yo he insistido en que la IAP no se debe enseñar en una clase, sino salir al terreno y dándole continuidad en el tiempo, no estar sujeta a las reglas formales de la academia porque eso contradice toda su filosofía. Si la universidad se compromete con los profesores a mantener la continuidad del trabajo en terreno, está bien; y esa es la primera regla que yo he puesto para lo que ahora se llama universidad participativa, que es distinto a extensión universitaria. Ese es el sentido de la discusión que acabo de plantear a Palacios, el rector de la Universidad, en la carta que yo le mandé. El habla de extensión universitaria como una cosa ahí, de universidad que sale a ver qué pasa pero sin ningún compromiso. La idea es de universidad participativa que implica una IAP fiel a las intuiciones del inicio.

¿Qué otros desarrollos ha tenido la IAP?

En realidad se ha ido enriqueciendo la idea desde muchos ángulos. El ángulo filosófico, está la escuela inglesa con Peter Reason y Hillary Blackbourne, que hablan de la visión participante del mundo, ellos han elaborado esa idea que es bastante comprensiva y que por supuesto orienta. Es una escuela filosófica que va más allá de la escuela fenomenológica de Husserl, de la cual partimos. Ya con la filosofía de la cosmovisión participante nos afirma más todavía en lo que queremos hacer filosóficamente.

Por el otro lado, por la parte práctica, surge la escuela de la investigación acción, la escuela de Sussex en Inglaterra con Robert Chambers, es la aplicación rápida, fácil, facilista de la investigación acción, para resolver problemas concretos, de corto plazo, lo que llaman el Diagnóstico Rápido Participativo (DRP). Eso son acciones puntuales. Chambers estuvo en Cartagena en el 97 explicando, no es divergente, es convergente, pero da

un aspecto más práctico, incluso fue el puente para que la IAP llegara al Banco Mundial, y el Banco Mundial tuvo que crear un grupo de trabajo interno de participación, para imponer sus reglas de participación popular a los convenios y contratos que hacía con los gobiernos. Hoy no hay ningún convenio del Banco Mundial que no tenga la cláusula que tiene que aplicar la IAP o el diagnóstico rápido, empiezan con el diagnóstico y luego siguen con la IAP, si quieren ser consistentes. Y por ese lado se añadió la maravillosa experiencia de los educadores australianos con los aborígenes, que eso fue también una cosa extraordinaria, porque el problema aborigen en Australia era peor que los indios en Colombia, estaban acabando con ese pueblo, esa cultura, hasta cuando estos educadores, Stephen Kemmis y Robin McTaggart, descubren la IAP. ¿Cómo la descubren? Por el libro de *Por la praxis*, el artículo mío del libro traducido al inglés, lo traducen a los idiomas aborígenes y llega entonces a la idea de la escuela viva con los profesores aborígenes para transformar la situación existente en el norte de Australia.

Es la investigación acción en la escuela…

Para mí, una rama de eso está en Australia. Además Kemmis tiene un contacto muy intenso con España. A él lo invitaban cada rato a dictar conferencias sobre este tipo de educación participativa y emancipatoria. Otra consecuencia fue lo que se llamó gestión de procesos, que fue el acercamiento a las empresas y a los economistas, tiene su principal expresión en Noruega. Fue del grupo que llegó a Cartagena desde Escandinavia encabezado por Stephen Toulmin y Bjorn Gustavsen. Ellos acababan de publicar el libro *Más allá de la teoría* (Beyond Theory), precisamente para llevarlo al congreso del 97.

Los congresos han sido como impulsores de la idea, ahí se plantean elementos innovadores…

Así es. El primero de esa serie fue en Canadá, en Calgary (1984), ahí fue donde yo descubrí lo que estaban haciendo con la IAP en Australia. Llegó una delegación de los aborígenes y salen que ya conocían todo lo nuestro! Eso fue una cosa impresionante. Luego me invitaron a Australia. Ahí fue cuando me recibieron los aborígenes y me hicieron hijo del clan, lindo! Me hicieron la ceremonia. Estuve una semana y me llevaron a pescar con ellos, descendemos conjuntamente de los cocodrilos, me dieron un nombre bellísimo, Gamba, que significa encuentro de aguas, el agua del mar con el agua dulce de los esteros.

Como todas las cosas generan críticas, algunas positivas que llevan a revisar, otras quizás no…

Sí, una vez que la universidad adoptó la IAP, la primera de ellas fue Calgary en Canadá, empezaron a cooptar la idea, eso corrió con mucha rapidez en Europa y en Estados Unidos

En esa cooptación de la propuesta por la academia, ¿qué ha pasado?

Sale ganando la empresa, sale ganando la universidad, sale ganando la institución y pierde fuerza la IAP, pero ya es algo que yo no puedo evitar; porque es que uno siembra la semilla y ella toma su propia dinámica, cae en buena tierra, cae en mala tierra, cae en tierra infértil, crece o no crece según esas circunstancias o según los contextos y eso va más allá de las fuerzas de cualquier persona. Cada universidad o cada grupo intelectual tienen todo

el derecho de adaptar esa idea a las circunstancias de su propio trabajo, sus necesidades implicativas, transformativas... En estos momentos yo creo que sí hay nuevos desarrollos, que están por esos lados de aplicación; por ejemplo, el Congreso último en Pretoria, ya fue mucho más enfático en gestión de procesos que en la participación popular, distinta a la del Congreso anterior en Australia que enfatizó la participación popular.

Cada Congreso enfatiza algo…

En Pretoria se enfatiza gestión de procesos, es también una tendencia australiana, en inglés eso se llama Proccess Manager, manejo de procesos o gestión de procesos que es lo administrativo en las instituciones, en las empresas, en los gobiernos, cómo se pone en práctica todas estas ideas en el contexto administrativo, práctico e institucional, tradicional.

¿Cuáles serían en este momento los ejes de debate, los puntos clave en los cuales debería detenerse la investigación?

Bueno, yo en Australia insistí en que uno de los problemas centrales en este momento para los congresos sucesivos era el de la cooptación. ¿Qué significa la cooptación? ¿Qué consecuencias tiene en la teoría y en la práctica? Ese es uno de los focos de debate. Otro sería el de la universidad participante. Porque ya es el reto interno, es decir, la universidad misma transformándose en otra cosa distinta al modelo academicista, alemán, cristiano, del siglo XIX. El impacto de la IAP debe llevar a eliminar las facultades y los departamentos en las universidades. La educación debe hacerse no pensando en la academia sino en el mundo, en la vida, en el contexto. Es educar en los problemas reales. Obliga a transformar las facultades y los departamentos y a hacer estructuras con base en problemas sociales y contextos culturales y no con base en problemas formales de la institución.

Hay un nivel de la investigación que tiene que ver con la academia y desde ahí habría que plantearlo...

Pero transformando la academia, lo cual viene a ser una aplicación de la IAP, una autoaplicación interna.

¿Qué otro tema de debate?

Lo tercero sería estudiar realmente si estamos ante un nuevo paradigma o no; yo creo que ya es el momento. En el 77 yo me opuse por razones, digamos, más que todo de prudencia, de modestia, por no hacerle competencia justa a Hegel, a Kant, a Habermas. En Cartagena, en el 77, sí se insistió. Hubo un suizo, Heinz Moser, que habló abiertamente, estamos ante un nuevo paradigma en las ciencias sociales y tenemos que trabajar. Lo dice claramente, pero nunca tuvo repercusión, ahora sí creo que es el momento.

Un paradigma que también tiene que irse revitalizando…

La idea de la cosmovisión participante de Reason es un paso hacia allá, hacia ese paradigma alternativo, ya se están dando los pasos, yo lo veo así, y eso va a ser una revolución muy importante en la concepción científica de todas las ciencias, que ya se ve, hasta en la Universidad Nacional. Por ejemplo, los matemáticos; uno diría, bueno, las matemáticas qué tienen que ver con la IAP, pues bastante, hasta el punto que han propuesto una nueva disciplina: etnomatemáticas. ¿Cuál es el problema de ellos? Cómo enseñar para no asustar, y segundo, cómo comunicar lo que los matemáticos descu-

bren sin la jerga que les aparta del resto de la humanidad. Entonces recibieron algunas indicaciones que la IAP tenía respuestas a esas preocupaciones y es verdad. El problema de la comunicación y el problema de la enseñanza vital, de la enseñanza comprometida con la realidad.

Lo que Stenhouse llama aprendizaje significativo…

Claro, es que educar es investigar. Ya hay seis grupos en el mundo de etnomatemáticos, entre ellos uno en Colombia, en la Facultad de Matemáticas de la Universidad Nacional. La profesora Myriam Acevedo mandó a sus estudiantes a que pensaran sobre la enseñanza de las matemáticas para los indígenas del Amazonas. Escribieron una tesis magnífica más de antropología que de matemáticas. Era para el Magíster en la Facultad de Ciencias, eso fue hace cuatro meses. Me nombraron jurado de la tesis con los matemáticos, ¡qué tal eso! Pues aprobaron la tesis y la laurearon. Esto abre una nueva perspectiva y vamos a entrar por ahí, como yo insistí en la continuidad, ya nombraron otro grupo de matemáticos jóvenes para otra tesis en el Amazonas.

La Universidad si quiere aproximarse a la realidad tiene que abrirse a otros ritmos y tiempos…

Mire los síntomas tan positivos en la Universidad Nacional, donde tuve que salirme porque no había ambiente, pero después del 88 cuando regresé se hizo el PRIAC (Programa de Relación de la Universidad Nacional con la Comunidad) que empezó principalmente con trabajadoras sociales y sociólogos. Se montaron a este tren los agrónomos, la medicina, la enfermería, la odontología.

La posibilidad de potenciar la Universidad se dio haciendo trabajos al margen de ella, no dentro sino desde fuera.

Ese fue el secreto del asunto. Creo que estuvo bien así. Ahora, después de viejo, lo veo con calma. Lo más satisfactorio fue el año pasado cuando el decano de la Facultad de Ciencias Humanas me invitó a dar la clase inaugural. Hizo reunir a toda la Facultad de Ciencias Humanas, a todas las disciplinas bajo un mismo techo a escuchar un profesor. Fue cuando hablé de los nuevos paradigmas, ahí entonces me saqué el clavo y está publicado, porque hicieron un folleto que se agota cada vez que lo sacan y es un capítulo del libro de la *Crisis colombiana*, eso me satisfizo mucho. Después vinieron las celebraciones de los 40 años del Departamento de Sociología. Entonces ahí sí los profesores que estaban allí hablaron de la IAP.

La propuesta está ahora en manos de otra gente que la seguirá enriqueciendo…

Aunque yo creo que esa evolución en Ciencias Humanas se debió más a la presión de los estudiantes que a la de los profesores, más de abajo para arriba. Son profesores nuevos, no eran de mi generación, son profesores excelentes, muy preocupados por las cosas como Gabriel Restrepo. El ha sido de los grandes profesores de la evolución interna en la Facultad de Sociología.

SECCIÓN I: TEORÍA

LA SUBVERSIÓN: ENTRE LA HISToRIA Y LA UTOPÍA

La subversión justificada y su importancia histórica

El mundo de las palabras encierra cosas insospechadas, a veces tan sutiles, que su verdadero sentido no se revela sino a escritores geniales o a aquellos devotos de la lingüística que hacen de esa fascinante búsqueda la razón de ser de su existencia.[1] Al acceso del lego queda un universo simplificado de palabras en que los objetos se interpretan según pautas transmitidas de padres a hijos por la tradición. Muchas veces los términos señalan contrastes profundos –lo negro, lo blanco–, y como la tradición es fuerte, esos contrastes primarios se trasladan al campo de lo moral. Aparecen entonces vocablos que tienen que ver con "lo bueno" y "lo malo", "lo apropiado" y "lo condenable", a través de los cuales se enseña desde pequeño a comportarse en sociedad.

Pero generalmente no se entrena para buscar otros tonos y dimensiones que la vida real pudiera ir produciendo. Esto es natural, por el proceso simplista de la enseñanza del niño. Lentamente, ya en la adolescencia, empieza a dibujarse ese indefinido universo de lo ambiguo y de lo inclasificable. Al entrar a ese mundo inasible, se descubre, perplejo, que el contacto con la realidad puede volver tornasol el colorido simple de los conceptos y de las ideas de las cosas que transmiten las palabras, dejando muchas veces sin sentido los vocablos aprendidos.

Al perder el fondo tradicional, el lenguaje se vuelve entonces confuso, en tal forma que una palabra dicha por una persona puede no entenderse en el mismo sentido por otra, aunque posea una cultura semejante.[2] Cuando esto ocurre –cuando en la comunidad empiezan a hablarse lenguajes diferentes

1 Cómo cambia el sentido de las palabras a través de los años es materia de interesantes estudios, pues este proceso refleja el desarrollo social. Por ejemplo, véase lo ocurrido con el concepto de "antropología". Cómo se entendía este concepto en España a principios del siglo XIX queda constando en el *Diccionario de tropos y figuras de retórica* de Luis de Igartuburu, publicado en Madrid en 1842. Se definía así la antropología en aquella época (p. 30): "término introducido por los teólogos en el lenguaje gramatical, por el que se entiende aquella especie de Prosopopeya o Personificación, por la cual los hombres se ven obligados, hablando de Dios, a atribuirle partes corporales, un lenguaje, gustos, afecciones, pasiones y acciones que sólo pueden convenir a los hombres".

2 Algunos sociólogos han entendido bien este problema. Por ejemplo, Camilo Torres Restrepo preparó una lista de palabras que se entendían de manera diferente por las clases superiores y los grupos de trabajadores y campesinos colombianos. Publicó esa lista en *El Espectador* de Bogotá a mediados de 1964. Está reproducida en la edición de sus obras por el Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca, México, 1967, y en la edición francesa, *Écrits et paroles*, París, 1968, pp. 171-172.

aunque el idioma sea el mismo–, aparece el cisma ideológico que distingue una profunda transición social: los gobernantes se aíslan en aquella fraseología vacua de todos conocida; los pobres murmuran de su "lucha" y su "necesidad" en un contexto difícilmente aprehensible a los intelectuales; los jóvenes adoptan una jerigonza propia que abre aún más la brecha entre las generaciones; los sacerdotes gesticulan en el púlpito sin llegar a la mente de los feligreses; muchos profesores no logran hacer despertar el talento de sus estudiantes cuyo universo real se sitúa más allá de la imaginación de los preceptores rutinarios. Y así en otras expresiones comunes de la vida en sociedad.

La Torre de Babel de ideas que es síntoma de la transición social profunda lleva muchas veces a hacer revaluaciones de aquello aprendido en la niñez, es decir, de las creencias relacionadas con asuntos fundamentales y con la orientación personal. El impacto del cisma, el descubrimiento de la ambigüedad, la aparición de la perplejidad, van llevando a una redefinición de la vida. Es como si se volviera a nacer y se sintiera otra vez las tensiones del crecimiento. Pero esta vez se puede tomar una dirección distinta, adquiriendo el hombre dimensiones que quizá no plazcan a sus mayores y que a la vista de éstos pudieran parecer deformaciones. Pero he ahí la esencia del asunto: en ese momento, lo que es monstruoso, inmoral, malo o negro para aquellos dejados atrás inmersos en la tradición, podrá ser moral, conveniente, o blanco para aquellos otros que añadieron nuevas dimensiones a su vida y enriquecieron el vocabulario vital.

Son muchas las palabras que tienen ese tinte tornasol y que cambian de color según el ángulo del que se miren, especialmente cuando se ven a la luz de las cambiantes circunstancias históricas: violencia, justicia, libertad, utilidad pública, revolución, herejía, subversión. Puede verse que son conceptos arraigados en emociones, que hieren creencias y actitudes y que inducen a tomar un bando definido. Por eso son valores sociales; pero pueden ser también antivalores, según el lado que se favorezca durante el cisma de la transición. Cada uno de esos conceptos lleva en sí la posibilidad de su contradicción: no se justifican sino en un determinado contexto social. Bien pueden entenderse según la tradición, pero también pueden concebirse y justificarse con referencia a hitos colocados hacia el futuro que impliquen un derrotero totalmente distinto a aquel anticipado por la tradición.

Esta es la posibilidad relativa, contradictoria, flexible, futurista, que no se enseña en la niñez cuando las cosas son más bien blancas o negras. Quizá el entrenamiento en la contradicción desde niño sea insufrible y no produzca sino esquizofrénicos o locos. Pero ocurre que la desadaptación surge en la sociedad, quiérase o no, cuando ésta se halla inmersa en momentos de conflicto y tensión como los actuales. Evidentemente, no se entrena para anticipar estas tensiones ni para vivir en mundos tan conflictivos. Si así fuera, sería fácil entender la naturaleza real de la "subversión" que ocurre hoy por campos y ciudades, en universidades y entre intelectuales, en las clases altas y en las bajas, y de cuyas consecuencias se lee a diario en los periódicos de todo el mundo.

Pero la palabra "subversión" es una de aquellas que no se entiende sino para referirse a actos que van en contra de la sociedad, y por lo tanto designa algo inmoral. Sin embargo, llega el momento de preguntarse: ¿cuál

es la realidad en que se mueve y justifica la llamada "subversión"? ¿Qué nos enseña sobre este particular la evidencia histórica? ¿Qué nos dicen los hechos actuales sobre los "subversores", "antisociales" y "enemigos de la sociedad"?

Una vez que se estudian las evidencias y se analizan los hechos, aparece aquella dimensión de la subversión que ignoran los mayores y los maestros, que omiten los diccionarios de la lengua y que hace enmudecer a los gobernantes: se descubre así cómo muchos subversores no pretenden "destruir la sociedad" porque sí, como un acto ciego y soberbio, sino más bien reconstruirla según novedosas ideas y siguiendo determinados ideales, o "utopías", que no acoge la tradición. Como lo observaba Camus, el rebelde es un hombre que dice "no", pero que no renuncia a su mundo y le dice "sí", por cuanto en ello va el sentido de la conciencia de su lucha.[3] Esta falta de congruencia consciente con la tradición puede ser muy positiva, y hasta constructiva. ¿No ocurre a veces que la falta de moral y el sentido encubierto de la destrucción se hallan precisamente en la tradición?

Como en épocas pasadas, cuando hubo similares cismas ideológicos, este esfuerzo de reconstruir a fondo la sociedad es penoso, contradictorio, violento y revolucionario; asimismo va contorneando y forjando en su yunque al nuevo pueblo y al nuevo hombre. Este, en el fondo, será un rebelde, y sus actitudes girarán en torno a la rebeldía. El acto de la revuelta, con el movimiento contrario que implica la palabra, hace al hombre andar por nuevos senderos que antes no había vislumbrado, le hace pensar y le hace dudar, adquiriendo, quizá por primera vez, la conciencia de su condición vital. Esta conciencia es subversiva. Además, como la rebelión implica esta conciencia, y aquella en sí misma es constructiva, el subversor rebelde adquiere una actitud positiva hacia la sociedad: no puede dejarse llevar por el resentimiento –en el sentido de Scheler– que es una intoxicación de uno mismo y que no proyecta una imagen futurista. Lejos de consumirse como un resentido, el subversor se sacrifica por el grupo y se torna en un gran altruista. Por eso, al fin de cuentas, la conciencia del subversor rebelde es una conciencia de la colectividad que despierta y que lleva a todos a una inusitada aventura existencial.

Con el correr del tiempo y el descubrimiento de las nuevas perspectivas sociales, los llamados "subversores" pueden llegar a ser héroes nacionales o mártires y santos seculares. Por eso luego se canonizan o veneran. Recuérdese no más al monje Savonarola, tan subversivo y herético en sus días, que hubo de ser quemado vivo. Hoy es respetado y va en cambio a los altares. Recuérdese a los otros rebeldes de la historia –Jan Hus, Lutero, Espartaco, Moisés para hablar de los más antiguos– a quienes hoy se adscriben funciones positivas de regeneración o renovación social. Reléase la historia de las naciones y véanse los casos concretos de la llamada "subversión" que en los momentos de su aparición no fueran arduamente criticados, acerbamente incomprendidos, mil veces cruentamente sofocados por personeros de la tradición cuya estatura moral no alcanzaba ni al tobillo de los revoltosos, y cuya causa de defensa del orden no podía ser justa. En estos casos los antisociales no podrían ser los subversores, sino aquellos que defendieron el orden injusto, creyendo que era justo sólo porque era tradicional.

3 Camus, A. (1951). *L' homme révolté*. París, Francia: Gallimard, pp. 25-36.

Sin ir tan lejos, puede ilustrar esta tesis lo ocurrido a los jóvenes del Nuevo Reino de Granada que se atrevieron a traducir *Los derechos del hombre y del ciudadano* en Santa Fe de Bogotá, y a pensar distinto en 1794: se les expulsó de las universidades y seminarios, se les encarceló, se les desterró. El chantre de la Iglesia neogranadina de aquellos días de cisma les llamó "ociosos, libertinos, y dedicados a la moderna por sus perversas máximas, inclinados y propensos a la subversión".[4] Y luego se registran, para vergüenza de la Iglesia y del chantre mismo, que aquellos jóvenes "libertinos y subversivos" eran en realidad los campeones de la nueva libertad. Pero esto no se aceptó de veras sino en 1819, cuando el movimiento de independencia se había fertilizado con la sangre y vigorizado con la persecución de aquellos llamados "subversores" de unos años atrás. De seguro este conflicto se ha venido repitiendo periódicamente, cada vez que aparecen rebeldes verdaderamente motivados hacia la transformación social y que poseen una nueva visión de las cosas. Así irrumpen en la historia aquellas personas que ponen en duda, con razón y justicia, la herencia del ancestro y el acervo tradicional.

El período que se vive hoy en muchas partes del mundo es un momento histórico subversivo en el mismo sentido futurista, constructivo y positivo que tenían los fundadores de las repúblicas americanas en el siglo XVIII. Muchos lo han sostenido y documentado ya: vivimos el momento decisivo de una subversión histórica en que se sientan las bases de una nueva sociedad.

Volvamos, pues, a preguntarnos: ¿qué hay detrás de la palabra "subversión"? Quizá pueda verse ahora que esta palabra tiene una significación infundida por la realidad social y la relatividad histórica. No es un concepto blanco, ni tampoco es negro. Surge del proceso de la vida colectiva como un hecho que no puede negarse y al que es mucho mejor mirar de frente para entenderlo en lo que realmente es. No es moral ni inmoral, porque su naturaleza no proviene sólo de la dinámica histórica del pasado, sino de la proyección utópica que tiene la acción subversiva hacia el futuro.

Esta posibilidad de la función positiva de la subversión (problema epistemológico en el fondo) se olvida periódicamente por los pensadores ortodoxos que tienden a saturarse de la tradición. El análisis de las experiencias latinoamericanas (y de otras partes) prueba que muchas transformaciones significativas y profundas de la sociedad han sido posibles por efecto de la acción subversiva y el pensamiento rebelde. Esto en sí no es nuevo. Pero al llevar la tesis al período actual, para poder entender estos momentos decisivos de la colectividad, es necesario darle al concepto de subversión aquella dimensión sociológica que permita una explicación menos deformada e interesada, y menos nebulosa, que la ofrecida por publicaciones periodísticas y la influyente literatura "macartista". Esta explicación sociológica no puede ser otra que la basada en la comprensión de hechos sociales, como las ideologías, las motivaciones, las actitudes, las metas y la organización de los subversores mismos. Por supuesto, estos hechos van cambiando con los tiempos, porque las causas por las cuales se rebela se van modificando. Pero la explicación sociológica podría ofrecer respuestas y evidencias que en otra forma serían imposibles de alcanzar en este campo.

4 Posada, E. e Ibáñez, P. M. (eds.) (1903). *El precursor*, Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional, p. 50.

Muchos de estos hechos sociales que causan la subversión, o que la conforman, escandalizarán a aquellos miembros del "sistema" tradicional que se benefician económica y políticamente en las incongruencias y las inconsistencias del orden social existente, y que son expuestas al sol por los subversores. La aprobación de los grupos privilegiados no puede esperarse cuando los cambios propuestos son tan profundos que echan por tierra sus intereses creados. En todo caso, para comenzar a entender este asunto, tómense como punto de partida las motivaciones y pretensiones de los rebeldes. Cuando la rebeldía nace del espectáculo de una condición propia, injusta e incomprensible, o cuando surge de observar en otros los efectos degradantes de la opresión, o cuando a través de la rebelión se busca la solidaridad humana como defensa de una dignidad común a todos los hombres, así, con todo esto, el ser subversor no puede convertirse sino en algo positivo para la sociedad.

Dentro de esta filosofía de la subversión justificada podrán entenderse otros conceptos sociológicos relacionados: cambio marginal, cambio significativo, antiélite, guerrilla. Estos conceptos tratan de representar elementos de una sociedad parcial que se transforma en el seno de otra que persiste en la tradición: son una "contra-sociedad", pero con elementos que van mucho más allá de aquella postulada por Mendras.[5] Así, la subversión se descubre como una estrategia mayor y un proceso de cambio social y económico visto en toda su amplitud, y no sólo como una categoría para analizar la conducta divergente o los grupos marginales producidos por la industrialización.

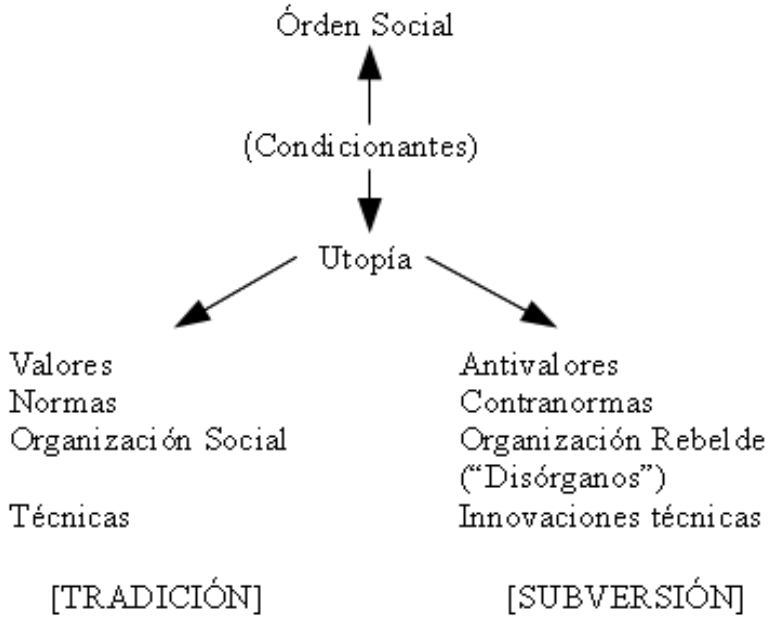
Sociológicamente, puede entonces ofrecerse una definición de subversión que traduzca la realidad actual, ya que ésta no se anticipa en los textos comunes o en la enseñanza familiar. La subversión se define como aquella condición o situación que refleja las incongruencias internas de una orden social descubiertas por miembros de este en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas ("utopía") que una sociedad quiere alcanzar.[6]

Al articularse la subversión como una condición particular en el seno de una sociedad, se integran sus componentes para contradecir o contraatacar aquellos otros que se articulan por parte, y se integran a la vez, alrededor de la tradición. Así, a los valores de la tradición se contraponen los antivalores de la subversión; a las normas de la tradición, las contranormas de la subversión; a la corriente organización social, la organización rebelde, subversiva o revolucionaria; y a la tecnología heredada, la innovación tecnológica correlativa de la subversión. Esta articulación de la subversión como condición social puede diagramarse de la siguiente manera:[7]

5 Mendras, H. (1967). *Pour une sociologie de la contre-societé. Revue Française de Sociologie,* VIII, pp. 72-76. Mendras se basa en la investigación de un tugurio parisiense realizada por Jean Labbens en 1964, en la que se plantea el problema de las relaciones entre miembros de ese tugurio, considerados como marginales y *deviant*, y la sociedad mayor, de naturaleza industrial, que lo engendró.

6 Fals Borda, O. (1967). *La subversión en Colombia*, Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia-Tercer Mundo Editores, pp. 28-29. Véase la edición inglesa (1968), Subversión and Social Change, Nueva York, USA: Columbia University Press.

7 Este diagrama se basa en el presentado en el libro *La subversión en Colombia*, p. 244. Véase la definición de "disórgano" más adelante.



Según la evidencia histórica disponible, un país puede cambiar de verdad sólo cuando se integran todos los componentes subversivos mencionados y persisten por más de una generación. Si por alguna causa el proceso del cambio se detiene por un tiempo prudencial, ocurre naturalmente una frustración. Por eso, como antes se dijo, la tarea de la transformación integral es dura: en Colombia, por ejemplo, no ha habido sino dos revoluciones exitosas en toda su historia.[8] Tal esfuerzo de cambio requiere una combinación de factores y mecanismos sociales para asegurar el éxito entre los cuales descuella la persistencia y el fervor permanente por los ideales de la subversión.[9]

El no haber tenido los rebeldes suficiente conciencia de las complejidades inherentes a la transformación subversiva de la sociedad parece ser una causa de que en la historia de América Latina se registren hoy revoluciones dejadas a medio camino. El conocer tales problemas del cambio profundo, por lo tanto, debe ser elemento importante dentro de la lucha por la reconstrucción de las sociedades. La latinoamericana no es excepción. Nuestro pueblo ha visto negadas sus esperanzas de redención, los talentos de nuestras gentes se han despilfarrado y el ideal de progreso que les ha animado en muchas ocasiones se ha desvanecido en la humareda de guerras civiles caóticas y sin rumbos.

Esto es menos de lo que nos merecemos en América Latina como herederos de grandes civilizaciones. ¿Podremos los latinoamericanos volver a conceptualizar en palabras e ideas las metas valoradas del nuevo hombre? ¿Podremos llevar las palabras a la acción? He aquí las cuestiones que permitirán determinar si la revolución que se avecina quedará o no inconclusa como otras que han pasado.

8 Íbid., p. 249.

9 Ibídem, p. 92-93 et passim.

De la subversión y la finalidad histórica

Aunque el tema es tan antiguo como las civilizaciones históricas, la relación entre el orden y la violencia ha encontrado su más conocido expositor en Thomas Hobbes. A través de las páginas de su *Leviatán* (1651) se presentan con dramática fuerza los polos opuestos del violento y primario "estado natural" y del coercitivo y ordenado "estado social", con el fin de explicar la razón de ser o el propósito de la vida en comunidad. La comunidad se ha organizado para controlar la violencia que primaría entre los hombres en vista de la escasez de los recursos de que disponen para subsistir. Pero la conquista de la violencia no implica que se haya vacunado a la sociedad contra ella. En efecto, el orden que emerge a través de la coerción social lleva en sí mismo los ingredientes suficientes para hacerlo problemático: es un orden basado en tensiones, incongruencias y anomias.

Es lógico esperar que un orden social tan precario sufra alternativas de significación, y la historia universal así lo demuestra. Ilustres estudiosos desde Heráclito hasta Toynbee han escrito sobre el devenir y el fluir, la tesis, antítesis y síntesis, el Yin y el Yang, la Luz y las Tinieblas, el mundo terreno y la Nueva Jerusalén. Las sociedades humanas experimentan ritmos que van de una relativa estabilidad a un período de intensa mutación, para advenir a otra etapa de relativa estabilidad. Los altibajos principales aparecen como oleadas que surgen de empeños colectivos para transformar la sociedad, de acuerdo con determinadas pautas religiosas, ideales o políticas.

Para entender la historia colombiana en sus grandes ritmos y desde el punto de vista sociológico, resulta importante analizar concretamente los empeños colectivos que periódicamente han surgido para transformar la sociedad local. Tales esfuerzos son movimientos sociales, y como tales poseen una dinámica propia con mecanismos adecuados para llegar a las metas que se proponen, a través de las cuales se define el propósito de la sociedad. Por eso, en el fondo, son luchas teleológicas que se traducen en elementos sociales. Un análisis socio-histórico así concebido permite aguzar y perfeccionar la observación de las situaciones generales actuales de conflicto que caracterizan la vida en las comarcas de Colombia y otros países latinoamericanos, vincula esas situaciones a eventos significativos del pasado histórico, y lleva a una concepción anticipante o proyectiva de los

fenómenos estudiados, estableciendo un método adecuado de predicción. Porque tendría implícito el reconocimiento del telos o propósito de la sociedad, sin el cual, si seguimos a Hobbes, no se entendería la vida humana ni sería posible la organización social (cf. Hegel, 1896).

Telos y utopía

Distinto a como son los procesos del mundo orgánico, los del superorgánico llevan en sí mismos una finalidad fundamental. Esta es la tesis clásica de la sociología desde los días de Comte, Spencer y Ward. El primero, como se sabe, acepta el "desarrollo" como inmanente a la sociedad, para llevar al hombre, a través de sucesivas etapas, hacia la sociedad positivista (1851-1854). El segundo establece una "ley del progreso" que conduce a metas de libertad, seguridad y riqueza por medio de sucesivas diferenciaciones en los grupos (1857). El tercero menciona una "ley de agregación" para explicar el tránsito del universo de una cosmogenia a una sociogenia, en la que esta última etapa debería permitirle al hombre controlar la sociedad para alcanzar el sumo bien y la felicidad (1883).

Despojadas del misticismo que impidió la seria consideración de estas teorías en las décadas siguientes a las de su exposición, bien puede verse su básico acierto a través de las incidencias históricas. En efecto, en cada uno de los grandes ritmos o empeños colectivos periódicos que se han estudiado en Colombia, se destacan las metas hacia las cuales se han movido las sociedades: en buena parte han sido "utopías", estimulantes ideas que aguijonean la acción para llegar a una "tierra prometida", pero que al fin se condicionan o decantan por la realidad ambiente, dejando residuos en la historia con improntas de las tensiones producidas.

Para el análisis sociológico de la historia colombiana el concepto de utopía se ha encontrado útil y revelador. Complejos culturales de ese tipo se encuentran al comienzo de cada uno de los grandes períodos de transición examinados. Una vez diluida una utopía y dirimido el conflicto subsiguiente dentro de los elementos de la sociedad, aparece un nuevo orden social relativamente estable, pero aún con las tensiones e incongruencias implícitas. Por esta razón, aparte de la explotación que se ha hecho de las teorías de los sociólogos del conflicto (especialmente los del siglo XIX, cuyas circunstancias eran similares a las de los observadores en los países que surgen hoy), para fines del presente libro se ha buscado sustentación teórica en dos obras aparentemente contradictorias, que llegan a complementarse en el plano de la sociología del conocimiento y en la interpretación proyectiva de la historia: *Ideología y utopía*, de Karl Mannheim (1941) y *Die Revolution*, del anarquista alemán Gustav Landauer (1919).

Mannheim concibe la utopía como un complejo de ideas que tienden a determinar actividades cuyo objeto es modificar el orden social vigente; son "orientaciones que trascienden la realidad cuando, al pasar al plano de la práctica, tiendan a destruir... el orden de cosas existente en una determinada época" (1941: 169). Como tal se opone a la "ideología", que es el complejo de ideas que buscan el mantenimiento del orden establecido o el de una particular situación social. *Ex hypothesi*, la utopía ("sin lugar") es irrealizable, lo cual lleva a Mannheim a postular la existencia de utopías absolutas y relativas; estas últimas son las que se alcanzan parcialmente,

con su porción de ideología. Hay por lo mismo cierto proceso de pérdida o decantación en la transición que va de una utopía a su realización, sin que ninguna se pueda alcanzar de lleno, antes bien la realización de la utopía deja al descubierto las inconsistencias, contradicciones e "hipocresías" de las sociedades humanas.

La naturaleza misma del orden social vigente es blanco de la observación crítica de Landauer. Lo llama *die topie*, o "topía", y establece para ella características de estabilidad y autoridad, conformadas por las instituciones tradicionales en un período determinado de tiempo (1919: 12). La relativa estabilidad de la topía va cambiando gradualmente, hasta que llega a un punto de equilibrio inestable: allí surge la utopía para llevar a formas de acción colectiva y de exaltación popular. No obstante, este ritmo no realiza la utopía, sino que conduce a una nueva topía, debido al proceso interno de contradicción, implícito en toda sociedad humana; y así se escalona el ritmo sucesivamente. Ahora bien, aparece un período histórico durante el cual la antigua topía no existe más, y tampoco se ha alcanzado la nueva. Este período conflictivo y anónimo se denomina "revolución" y lleva de la relativa estabilidad de la primera topía a la relativa estabilidad de la segunda.

Tanto Mannheim como Landauer están de acuerdo, por lo tanto, en que las utopías solo se ganan parcialmente, dejando residuos en las topías y órdenes sociales, o produciendo utopías relativas. Esto implica no solo un proceso evolutivo histórico, sino también uno dialéctico, pues la topía, o el orden vigente, permite que surjan "ideas y valores que contienen... las tendencias irrealizadas que representan las necesidades de cada época... capaces de destruir el orden vigente" (Mannheim, 1941: 175).

Sin embargo, aunque postulan el papel de una minoría en la incepción de la utopía, ninguno de estos dos pensadores se detuvo lo suficiente como para indicar qué elementos sociales intervienen en el período "revolucionario", esto es, cuáles son los elementos dialécticos del proceso de decantación de la utopía absoluta. Este es un vacío que bien merece ser llenado. Porque, precisamente, Colombia y la América Latina se encuentran en uno de esos períodos de transición entre órdenes sociales, cuando se quiere descartar una topía de cuatrocientos años, para buscar, a empujones, una nueva sociedad.

Resultó infructuosa la búsqueda, en la literatura consultada, de un planteamiento específico de esta clase, particularmente conectado con la nomotecnia sociológica. Los pensadores dan el salto de una etapa de desarrollo histórico a otra, señalando que existe el período agudo de transición, pero sin dar indicaciones sistemáticas sobre la naturaleza misma de este. Los principales autores describen aspectos generales o parciales del fenómeno. Así, por ejemplo, Marx en sus estudios de la revolución en Francia (1928, trad. inglesa de C. P. Dutt), y Engels en los de Alemania y Austria (1933, ed. inglesa de la Marxist Library), establecen la interrelación de ideologías y grupos económicos para la promoción y frustración de movimientos sociales; Ogbum describe las situaciones de retraso cultural entre los componentes materiales y no materiales de un orden social (1922; ed. rev. 1950); Toynbee subraya el papel del cisma en el cuerpo social, las minorías creadoras y dominantes y el proletariado interno y externo, es decir, muestra la importancia de la organización social en el proceso de formación y deca-

dencia de las civilizaciones (1947); Sorokin destaca la importancia de los valores y las ideas en el cambio social, para llevar a una sociedad de un tipo de cultura ideacional a otra idealista o sensorial (1957). Seguramente, con base en tales autores se puede derivar un marco sociológico integrante que permita ordenar y sistematizar las observaciones sobre los hechos mismos de la transición. Análogos resultados pueden obtenerse de la lectura de los modernos continuadores de la sociología del conflicto: Simmel (1908; ed. 1955), Coser (1956; ed. 1961), Munch (1956) y Dahrendorl (1958, 1959).

Lo que se necesita, en últimas, para entender los ritmos socio-históricos colombianos, es un concepto maestro semejante al de "revolución" de Landauer, que describa y analice satisfactoriamente la condición o situación de la transición específica, o la conformación del orden cambiante durante el período crítico, y no solo los procesos del cambio (diferenciación, revolución, conflicto, asimilación, aculturación, acumulación, adopción, etc.) definidos corrientemente, o sus resultados. Se necesita un "modelo" o una abstracción mental que abra la posibilidad del análisis de los componentes del orden social vistos en una etapa muy dinámica y contradictoria, y que también logre sistematizar las observaciones adecuadamente. En cierta forma, habría de obtenerse una "instantánea" del proceso de transición, en el sentido de Bergson (1930: 327), no solo para determinar sus elementos y factores sincrónicos, sino para facilitar la aprehensión diacrónica del fenómeno, dentro de su dinámica peculiar, para establecer sus relaciones de causa y efecto en el tiempo. Este intento de armonizar lo estructural con lo dinámico, con fines de entender una situación de cambio, podría ayudar a analizar el temple de la sociedad que se tiene hoy entre manos en Colombia y en la América Latina, y que tiende a eludirse cuando va sometida al rigor científico.

Si se toma, pues, el período crítico de la transición misma y se concibe como expresión temporal de una entidad o hecho en sí mismo, podrían aislarse los elementos sociales que llevan de un orden social a otro. Es importante reconocer las posibilidades que ofrece el concebir esta entidad superorgánica como un tipo de sociedad transicional, con su propia forma de integración, distinta de la sociedad relativamente estable de la que surge en un momento histórico. La tipología de esta clase no ha dejado de hacer incursiones en la literatura sociológica; pero no lleva muy lejos, aparte de demostrar lo esperado, es decir, que las sociedades que cambian rápidamente muestran contrastes internos agudos.

En cambio, el estudio de la dirección de la transformación (que es otra forma de plantear el telos) puede llevar a entender el problema del cambio de órdenes sociales de manera más definida, porque no es suficiente con decir que existen tipos de sociedades transicionales, cosa por demás sabida, sino establecer la esencia y características teóricas y empíricas del fenómeno concreto de la transición.

Los sociólogos mencionados atrás están de acuerdo en sostener que el cambio social en momentos de desarrollo intenso implica una dirección y que tiene una finalidad o propósito colectivo expreso. Estas metas son las que determinan la dirección del proceso: sujeto al acondicionamiento producido por elementos tecnológicos, económicos o demográficos, es un factor valorativo el que en últimas hace mover a una sociedad en determinado sentido, para dejar su marca en la historia.

La explicación teleológica, que ha tenido tan distinguidos propulsores en la sociología, es altamente pertinente aquí. Ella lleva nuevamente a las tesis iniciales sobre topía y utopía, pues no puede haber utopías, ni sociedades con movimientos sociales conscientes, sin metas. Y en realidad, bien se ve para el caso de Colombia que ha habido por lo menos tres ocasiones en que aparecen utopías absolutas o relativas dentro de contextos económicos, sociales y tecnológicos, que van produciendo transiciones agudas y penosas: 1) la transición misional, cuya ideología impulsó a los conquistadores y los padres doctrineros a modificar la forma de vida americana y construir con ella una nueva sociedad mediante la alianza de la cruz con la espada; 2) la transición liberal-democrática, que en parte era una reacción contra la topía anterior, contra las "cornetas y campanas" (Sarmiento, 1883), y que hizo descartar parcialmente, por primera vez, la herencia colonial a mediados del siglo pasado; y 3) la transición socialista, cuya ideología surge en Colombia visiblemente desde 1925, en respuesta a los modernos movimientos de redención del proletariado, por su descubrimiento de los mecanismos de control de los medios de producción y por el impulso popular para ganar el "progreso" y un mejor nivel de vida.

Como veremos, las tres utopías que aparecen en esos periodos se decantaron al cabo de un tiempo, dejando tras de sí residuos en forma de órdenes sociales, condicionados por las metas o propósitos colectivos que se perseguían. Un cuarto período de transición parece delinearse en nuestros días, al combinarse las condiciones sociales y económicas del momento con una reiteración más auténticamente americana de la utopía socialista. Así en el pasado como en el presente, en todos estos períodos se destaca plenamente el telos; y el esfuerzo de llenar ciertos modelos o de alcanzar determinadas metas ha llevado o lleva a períodos de agudos conflictos sociales en que cumplen determinadas funciones teléticas las ideologías, los grupos, las instituciones y las técnicas.

Se ha postulado que estos períodos son expresiones temporales de un hecho social en sí mismo –la "revolución" de Landauer– que hace las veces de puente entre las realidades que quedan como residuos de la utopía frustrada, por una parte, y aquella que se busca infructuosamente, por otra. Vale decir, entre la topía o el orden social que se quiere superar, y la otra u otro que aún no se alcanza. Esa es la entidad específica que recibe atención central en este libro, y para cuyo estudio se propone concebirla sociológicamente. Es la situación o condición que, dentro de una sociedad, se llama subversión.

Subversión: concepto teleológico

La condición de subversión ha sido vista, tradicionalmente, como una amenaza para la sociedad, porque busca destruirla. Así se percibe desde el tiempo de los romanos, como cuando Cayo Salustio hablaba de "subvertere leges ac libertatem" al referirse a Catilina. La misma idea latina se transmite al idioma castellano, en cuyos diccionarios aparece "subvertir" como "trastornar, revolver, desordenar, destruir... en sentido moral, como subvertir el orden social" (Real Academia Española), preservándose en igual sentido negativo, como algo malo o inmoral, en todos los diccionarios y textos ortodoxos. Se emplea también en la literatura macartista,

en simposiums y congresos anticomunistas y, en general, por personas acomodadas en el orden social que temen la acción de grupos rebeldes. Este sentido ha predominado históricamente, olvidándose de que aquellos que lo originaron eran ciudadanos satisfechos con el *statu quo* y beneficiarios de sistemas imperantes (a veces aberrantes), como era el caso de Cayo Salustio.

La definición ortodoxa de subversión se ha concebido en tal forma que la convierte, por reacción, en elemento justificante del orden social vigente en un momento histórico determinado. Quien subvierte es enemigo de la sociedad: es un antisocial. Cosa semejante ocurre con la idea de herejía y de los herejes, cuyo destino es la pira. Las instituciones y sus personeros, no menos que los diccionarios y las academias, se convierten así en guardianes del orden establecido, sin importarles la necesidad de su cambio y manteniendo la ficción de su vitalidad. En los casos genuinos de subversión y herejía, se olvida con frecuencia que muchos subversores y herejes pasan a ser, con el tiempo, héroes de la sociedad nueva y santos de la Iglesia revitalizada. Sus actitudes y creencias no fueron comprendidas en su tiempo, porque afectaban intereses creados. Dentro de la perspectiva histórica, los antisociales resultan ser otros: son los que defienden un orden injusto, creyendo que es justo solo porque es tradicional.

En realidad, los subversores de esta categoría no quieren destruir sino lo que consideran incongruente con sus ideales, y tratan más bien de reconstruir la sociedad según nuevas normas y pautas. Probablemente el primer rebelde de este talante fue Moisés, acaudillando a su pueblo ante la tiranía de los Faraones. Según las Sagradas Escrituras, la rebelión de Moisés fue legitimada por el mismo Jehová y respaldada por la divinidad con grandes plagas contra aquellos opresores que defendían el orden social. A esos orígenes subversivos de la nación judía llamarán la atención todas las voces proféticas de protesta social en la historia el Viejo Testamento (Castillo, 1967). De la misma manera, aunque sin la sublimidad mosaica, puede pensarse en los grupos subversivos colombianos de 1850 y 1922, combatiendo por ideales que consideraban justos, con sincero afán de crear una nueva sociedad. Entonces eran vistos como malos elementos, peligrosos y hasta traidores. Hoy muchas de sus innovaciones son aceptadas, y se reconoce que tenían razón. Si se conociera el vocablo chibcha para "subversor", quizás sabríamos cómo consideraba nuestro pueblo americano de indeseables a los caciques cristianados que colaboraron con los españoles para destruir las instituciones nativas; son los mismos que luego reconstruyeron la sociedad americana dentro del mundo señorial, que encuentra su justificación normativa y moral más adelante.

La persistencia de la idea de subversión como algo inmoral frente a la evidencia histórica que demuestra que la subversión puede ser moral, plantea un problema para la epistemología. Un concepto que pierde su sentido al cabo de unos años, es inútil o incompleto, porque no responde a la realidad. Esto nos indica, en cambio, que el subversor no sólo destruye lo que cree incongruente, sino que quiere reconstruir dentro de nuevas pautas morales. Por eso no es un criminal común. No parece ser ese tampoco el sentir de los tiempos modernos, cuando se tiende a revaluar las bases tradicionales de todas las sociedades.

En el presente caso, la idea sociológica de subversión debe ofrecer la posibilidad de analizar situaciones reales de conflicto social y de transición

entre una forma de vida y otra, reconociendo que en ambas pueden existir conjuntos normativos y morales autónomos de relativa aceptación, eliminando del concepto su ingrediente tradicional de inmoralidad.

En efecto, al analizar en los próximos capítulos los componentes del orden social durante los períodos de transición en Colombia, se pueden discernir sus propios elementos y los elementos contrarios que surgen por el proceso dialéctico inherente, al descubrirse las incongruencias e inconsistencias normativas de la sociedad. Por una parte, los propios elementos del orden mantienen su finalidad y se coligan alrededor de la condición de tradición. Por otra parte, los elementos contrarios se refractan por el conflicto y se integran a su vez entre sí, para formar la entidad que expresa y busca el cambio, y cuya condición se identifica aquí como subversión. Esta puede definirse entonces, sociológicamente, como aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiere alcanzar.

Finalmente, el período de una subversión corre desde el descubrimiento articulado de las incongruencias del orden vigente producido por impactos utópicos en condiciones históricas, económicas o sociales determinadas, hasta la emergencia del nuevo orden social, de acuerdo con las metas que se habían propuesto alcanzar aquellos grupos que antes se consideraban rebeldes o utopistas.

Ciencia propia y subversiva

Antecedentes de una idea

Toda idea importante requiere un proceso de gestación. Las que anteceden, relacionadas con crisis, compromiso, liberación y autonomía, me fueron enseñadas por diversos colegas de varios países, como se menciona en el capítulo anterior. Pero más directamente debo manifestar cuánto debo en este campo a los de mi propia universidad, y especialmente a Camilo Torres. A través de la amistad y del trabajo que realizamos en la facultad de sociología de la Universidad Nacional de Colombia fui absorbiendo las invaluables enseñanzas de todos ellos.

Hacía poco que Camilo Torres había expuesto en Buenos Aires sus ideas sobre una sociología auténtica latinoamericana, que tanto efecto han tenido desde entonces, dentro y fuera de Colombia. Sus palabras replanteaban la función actual y la justificación de la sociología como ciencia rebelde y subversiva, puesta al servicio de la causa de la transformación real de América. Poco a poco sus ideas iconoclastas fueron calando, dentro de aquel ambiente a la vez caldeado y reaccionario que caracterizaba a la Universidad Nacional entre 1963 y 1965. Se consolidó la facultad de sociología, es cierto, dentro de las normas tradicionales universitarias y con un plan de estudios desarrollista que le permitió sobrevivir y progresar un tanto. Pero se trabajó casi en seguida para reorientar la enseñanza y la investigación, dándoles un mayor énfasis latinoamericano y colombiano y buscando un marco interdisciplinario enraizado en los más candentes problemas sociales nacionales. De allí nacieron el Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo, primera escuela sociológica universitaria de graduados en toda la región, organizada y dirigida por latinoamericanos meritorios, y la nueva Facultad de Ciencias Humanas, que pretendía romper las barreras entre las disciplinas sociales, para hacer de ellas un verdadero motor de cambio dentro de la Universidad y en el país. Parecía, pues, llegarse al clímax de la organización de las ciencias sociales en Colombia.

Dentro de aquel ambiente de restructuración interna y desafío institucional, durante una semana de celebraciones en honor de la sociología, el 28 de octubre de 1965 pronuncié las siguientes palabras, con el tema de "Nuevos rumbos y consignas para la sociología"[1]:

1 Fals Borda, O. (1965). Nuevos rumbos y consignas para la sociología. *Lectura Adicional No. 179*, Bogotá: Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia.

"Es lógico tratar aquí asuntos relacionados con nuevos rumbos y consignas para la sociología en Colombia, porque esta facultad ha sido el principal centro formativo de esa ciencia en el país, y además ha sido foco de agitación intelectual y de creatividad académica. Hay razones para sentirse satisfechos por lo alcanzado en los años pasados desde 1959, cuando se creó el departamento de sociología; pero es también indispensable que se recapacite, para propender a una reorientación necesaria. Este puede ser un momento adecuado para el examen, porque se cumple una etapa de siete años y se inicia otra dentro de la nueva política de integración universitaria.

Hace siete años se partió de nada: una pequeña oficina, un escritorio, un estante de libros vacío, y dos profesores de cátedra. Pero se crearon las bases institucionales de la realidad actual. Hubo errores: quizá los naturales por falta de experiencia y de recursos. Además, fue casi inevitable que se identificara a la facultad con su primer decano, por la naturaleza de las luchas universitarias e ideológicas de aquel entonces y la intensidad del esfuerzo por alcanzar una identidad profesional, en competencia con otras carreras ya establecidas.

Ahora se inicia una nueva etapa integracionista, que comienza con mucho: lo que se ha logrado ganar atrás. En esta etapa, la nueva facultad que se crea (la de ciencias humanas) no podrá confundirse con ninguna persona en particular. Además, deberá seguir institucionalizando la autocrítica constructiva, para perfeccionar su acción. Lo que sigue es una expresión de esa autocrítica, como el esbozo de un plan que pudiera adelantarse aquí en los próximos diez o quince años.

El problema: necesidad de una reorientación

Hasta ahora hemos sido quizá demasiado provincianos en nuestra concepción de la sociología, probablemente por la necesidad de cimentarla como carrera (por la supervivencia de la facultad) y con el fin de redondear nuestra imagen profesional. Actualmente se siente la urgencia de alcanzar una visión más amplia de los fenómenos que nos rodean, como condición indispensable para ser un verdadero sociólogo. A esta meta podría llegarse por tres vías, que pueden ser simultáneas:

• Obtener una visión introspectiva de la cultura colombiana y latinoamericana, haciendo un mayor uso de la autonomía creadora. Esto implica tratar de 'andar solos', con fuerzas propias y en las direcciones a que nos lleve una constructiva y fructuosa 'imaginación sociológica', al estilo de las exigencias de C. Wright Mills. La realidad latinoamericana en transformación merece ideas propias para explicarla, y una metodología propia para describirla, lo cual nos lleva a poner, en principio, en cuarentena aquellos conceptos conocidos que hemos aprendido en textos y en aulas –tales como el orden primitivo, élite, casta, burguesía, el uso parcial del formulario–, no para eliminarlos sino para buscar su exacta validez en nuestro ambiente local.

Implica también reinterpretar los valores nacionales y regionales (folclor, ciencia popular, tradición raizal) en el contexto del cambio, destacando los nuevos que vayan surgiendo con autenticidad, y también reco-

nocer el gran desafío que en los órdenes tecnológico y social representan los trópicos para la innovatividad humana.

Este no es un nacionalismo a secas. No es aquel romántico, sentimental o emotivo de décadas pasadas. Es otro de naturaleza selectiva, basado en elementos relacionados con el desarrollo y el cambio social profundo. Es un nacionalismo que mira hacia el futuro y que lleva, además, a una especie de nacionalismo continental dentro de la región latinoamericana. Un nacionalismo amplio nos ayuda a entender mejor la realidad colombiana, porque nos permite colocarla en una perspectiva adecuada, que destaca sus varias dimensiones.

• Crear una sociología comprometida con el desarrollo, es decir, que dentro de las normas científicas se identifique con las metas radicales de progreso, bienestar y justicia social que se ha fijado el pueblo. No se crea que este afán de responder a las necesidades y aspiraciones de los pueblos lleve a actitudes irracionales o a la frustración de la ciencia. Por el contrario, puede ser acicate para realizar descubrimientos o invenciones de gran alcance, como ocurrió con Caldas y la hipsometría, dentro del contexto desestimulante de la colonia a comienzos del siglo XIX. Aquel afán patriótico no elimina la objetividad científica, sino que la coloca dentro de un contexto realista de cambio social. Implica, en todo caso, una sociología dinámica, problemática, vital, al estilo de la de Engels y Ward, o al de la resucitada por Simmel y Mills. Es una ciencia que adquiere como norma el ideal de servicio, antes que la fama o el lucro.

• Declarar la independencia intelectual, para estimular nuestros talentos y nuestra propia dignidad, combatiendo el colonialismo. Obviamente, esto no significa rechazar lo que hacen otros grupos de diferentes latitudes solo por ser de naciones extrañas; tal cosa sería un miope etnocentrismo, un síntoma real de inferioridad.

Tampoco esta independencia intelectual lleva a ignorar los descubrimientos válidos de naturaleza acumulativa que se realizan en muchos sitios, y que deben tomarse en cuenta por todo científico serio, aunque en este sentido deba anotar que nos favorece la proyección de la curva de acumulación del conocimiento, que es geométrica.

Así, en un tiempo relativamente reducido sería posible que las distancias de hoy se acortaran bastante. Ni mucho menos debe convertirse esta independencia en capote bajo el cual esquivar compromisos con las metas sociales propuestas, como bien lo señaló en su conferencia de Buenos Aires nuestro profesor, el padre Camilo Torres.

La independencia intelectual de que aquí se habla significa, entre otras cosas, crear nuevas formas de trabajo y pensamiento, que sean a su vez aportes a la comunidad universal de científicos. Significa poder tratar de igual a igual con colegas de otros países hoy más adelantados, no por lo que digamos o escribamos en floridas frases, sino por los hechos palpables de la ciencia que hagamos, como evidencias presentadas en macizos estudios, en impecables trabajos de investigación, en libros y monografías, como resultado de nuestra metódica organización mental y madurez conceptual. Significa no temer a las nuevas corrientes intelectuales, sino ser receptivos a todas, sin dogmatismos o prejuicios, porque

sabremos discriminar entre lo que nos sirve y lo que nos es inútil para el desarrollo de nuestra ciencia.

En fin, declarar la independencia intelectual significa alcanzar dentro del mundo de la ciencia y de las letras dignidad y autoridad propias.

Soportes intelectuales para la política de amplia visión

Para alcanzar el éxito en esta reorientación ideológica vamos a tener que realizar varios actos de trascendencia.

Uno es el examen de la propia realidad social para traducirlo en investigación sistemática y docencia, siguiendo el derrotero que hemos llevado hasta ahora, pero colocándolo con más claridad dentro del marco de la sociología comprometida con el desarrollo de que hablaba antes. En este campo es pertinente recordar que no podría haber sociologías dadas sin una aplicación específica. Así, la sociología de la educación debería servir por lo menos para plantear la planificación educacional; la sociología de la medicina, para la democratización de la salud; la sociología urbana, para los problemas de desarrollo regional; la sociología del conflicto, para racionalizar la liberación de los grupos oprimidos o marginados. Además, sobresalen campos nuevos como el desarrollo político y los problemas demográficos, actividades que en buena hora se han confiado al Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo, basado a su vez en una intensificada y reenfocada enseñanza a nivel de pregrado.

El campo de la sociología de las transformaciones sociales y del conflicto lleva a reconocer también la interdependencia de la primera con otras ciencias sociales: la antropología, la historia, la economía, la psicología y la geografía. Es posible que aquí en Colombia –como en los países en vía de desarrollo– se encuentren factores más positivos para llegar a una ciencia integral del hombre, su cultura y su sociedad, que en países avanzados, porque en éstos la ciencia se encuentra demasiado parcelada y alrededor de las parcelas se han creado fuertes intereses. Aquí es posible aún llegar a concebir una ciencia de síntesis.

Otro acto fundamental para alcanzar las metas de la política de amplia visión es el examen de fenómenos complejos de naturaleza internacional. Es necesario que conozcamos mejor a nuestros vecinos, para aprender de su experiencia histórica, pero sin rendir culto a sus culturas. Así como científicos de países dominantes vienen aquí a estudiarnos, también nosotros debemos intentar estudiarlos a ellos; y, como ellos, establecer en nuestra universidad cátedras de estudios norteamericanos, europeos, africanos y asiáticos.

Esto puede llevarnos a investigar fenómenos o instituciones como el "imperialismo", para una determinación precisa y seria de sus características, sus manifestaciones, los lazos con diversos países, su incidencia en las naciones independientes. Lleva también a vincularnos mediante la investigación y la asistencia técnica a los países del tercer mundo, entre los cuales es meritorio destacar a los del África, que son excelentes laboratorios sociales, casi todos en plena y acelerada evolución. Los africanos prefieren trabajar con los técnicos de países subdesarrollados, quizás por la mayor afinidad del atraso común y por la cercanía a los métodos de

trabajo y de encuesta que hemos desarrollado frente a problemas reales que también nos son comunes, como la falta de estadística, el analfabetismo y el- atraso agrícola-técnico. Ya se ha hecho algo allí por latinoamericanos. En efecto, la CEPAL ha destacado misiones técnicas nuestras en Egipto y en Gana, y el médico colombiano Santiago Rengifo participó activamente en la planeacion de la salud pública en el Congo. En fin, nuestro apoyo al desarrollo del África debe ser un reto científico y técnico para nosotros, que nos beneficiará por las ventajas que trae el método comparativo de investigación.

También será deseable promover la colaboración de igual a igual con científicos respetables de otros círculos. No cabe duda de que hay grupos de científicos sociales de avanzada en los Estados Unidos que se identifican con nuestros problemas y que son conscientes de los suyos propios; que no tienen empacho en protestar por actos incongruentes como la invasión a la República Dominicana, y que se han comprometido también con el desarrollo de la sociedad norteamericana, para llevarla a una nueva etapa de progreso y tolerancia. Hay grupos franceses de quienes tenemos mucho que aprender. Touraine en sociología del trabajo; Monbeig en geografía humana; Levi-Strauss en antropología; Lefebvre en historia social. Existen otros en Europa (holandeses, suecos, alemanes) que aportarían técnicas avanzadas en psicología social, economía y planificación. Y aun otros en países socialistas como Cuba, la Alemania oriental, Polonia y Yugoslavia, donde ya conocen esta facultad.

Por supuesto, es indispensable continuar también la conformación del equipo latinoamericano que va a plantear los problemas teóricos y prácticos del desarrollo de esta región, y cuya base se encuentra hoy en el Programa Latinoamericano. El concurso intelectual (y ojalá personal) de los colegas de los países hermanos será invaluable para esta importante tarea: Cardoso, Sunkel, Furtado, González Casanova, Fernandes, Silva, Costa Pinto y tantos otros.

Finalmente, hay dos modalidades adicionales que también son soportes intelectuales para la nueva política de amplia visión: el continuar estudios serios de ideologías modernas (marxismo, integracionismo, desarrollismo, pacifismo, etc.), con su espíritu crítico y objetivo. Por ejemplo, sería muy útil tomar como punto de partida para examinar los aspectos metodológicos del marxismo los que plantea Sartre en su libro Problemas del método. *Y luego, continuar así mismo con nuestra aspiración a cátedra libre, bajo la modalidad de ofrecer recursos opcionales de tema libre. Esta vieja aspiración estudiantil puede concretarse bien en esta forma.*

Cambios en la orientación económica

Los rumbos y consignas anteriores implican también un cambio en la orientación económica de nuestras instituciones universitarias. Hasta ahora se ha dependido mucho de las contribuciones y aportes de entidades internacionales y extranjeras (fundaciones Rockefeller y Ford, Unesco, Universidad de Münster, aportes de Francia), que seguramente han sido importantes para nuestro progreso, pero que tienen funciones limitadas, como bien lo reconocen los donantes. La limitación surge del

hecho de que aquellas contribuciones no se conciben –ni se aceptan– sino como partes de una etapa dada de desarrollo institucional. Por !o mismo es necesario ganar la independencia financiera, echando raíces en entidades colombianas que se interesen tanto por lo que hacen los sociólogos que no vacilen en contribuir generosamente para el progreso de nuestras escuelas e institutos.

Esto lleva a reconocer que tanto los colombianos como los latinoamericanos debemos responsabilizarnos de nuestros propios programas y estar listos a absorber sus costos. Por supuesto, esto debe alcanzarse sin compromisos, consagrando siempre la autonomía de la facultad y de la universidad en el plano científico, académico e ideológico. Los programas de investigación y docencia no podrán supeditarse nunca a los deseos de los donantes, excepto en cuanto estos deseos confirmen nuestra orientación independiente.

A pesar de todas estas metas e ilusiones, que implican mucha dedicación y constancia, no debemos contentarnos con crecer solos. También debe crecer la universidad mediante nuestra acción y nuestra filosofía de la vida y de la ciencia. Después de todo, se involucra toda una generación en una empresa gigantesca como la que se propone. Un grupo pequeño, aislado, no podrá tener éxito. Por lo tanto, hay que levantar el ánimo colectivo en busca de la dignidad histórica de nuestra generación. Es esta una misión que debe llenar de orgullo y satisfacción a los sociólogos de hoy.

Hemos cumplido una etapa intensa de siete años de la que ya se ven grandes y óptimos frutos. Nos enorgullece haber contribuido a la transformación de la universidad colombiana. Ahora empieza una nueva etapa: la de pensar en grande a través de la ciencia que hemos escogido como la ciencia de síntesis. Debemos usarla como herramienta de liberación espiritual, política, intelectual, en el plano personal y en el plano colectivo.

Puede ser que la universidad, como antes, siga por la nueva trocha que queremos abrir en la cuesta del conocimiento, para llegar a ver los más amplios horizontes de nuestro porvenir, como nación digna y como pueblo erguido, dueño de su destino, dueño de sus propios recursos y dueño de su propia alma".[2]

Pero las circunstancias para aquella gran aventura intelectual y científica que se proponía no resultaron propicias. Quizás se sobrestimó el potencial real de la facultad de sociología. Y aunque se registraron efectos positivos en muchos campos, a partir de la creación de la facultad de ciencias humanas se empezaron a sentir nuevos problemas y tensiones para los cuales no se estaba completamente preparado.

El impacto de la nueva facultad –que no respondió a lo esperado– hizo descontrolar el equilibrio político sobre el cual se había sustentado la de sociología. Además, la muerte de Camilo Torres en febrero de 1966 produjo crisis personales y colectivas de entidad que debían llevar a una nueva concepción de la sociología en Colombia. Ya en agosto de 1967, al organizarse el II Congreso Nacional de Sociología en Bogotá, se sintió la necesidad de volver a dar una campanada de alerta. En la sesión inaugural se invitó a los sociólogos presentes a meditar sobre el problema del compromiso, posi-

2 La bastardilla y la sangría son nuestras [N. de los E.].

ción que no mereció comentarios sino algunas observaciones críticas. Este punto de vista no había de quedar consagrado sino en el plano internacional en México, en 1969, como se ha dicho en capítulos anteriores.

Mi discurso de 1967, titulado "Hacia una sociología comprometida"[3], dice así:

> *"Hace poco más de cinco años fue fundada en Bogotá la Asociación Colombiana de Sociología, por un grupo de profesionales interesados en el progreso de las disciplinas sociales en Colombia. Fue un comenzar modesto, porque la sociología apenas se esbozaba en el país como una profesión moderna, que cruzaba los umbrales dejados a medio franquear por un distinguido grupo de pensadores. Aún así, aquella pequeña asociación adquirió el impulso suficiente para organizar el Primer Congreso Nacional de Sociología entre el 8 y el 10 de marzo de 1963, y el VII Congreso Latinoamericano de Sociología entre el 13 y 18 de julio de 1964.*
>
> *Estos dos eventos científicos demostraron ser jalones en el desarrollo de la sociología en nuestro país y en el hemisferio. El Primer Congreso estuvo presidido por nuestro inolvidable amigo y colega y miembro fundador de nuestra Asociación, el padre Camilo Torres Restrepo, a quien rendimos homenaje de agradecimiento y emocionada recordación en este momento. El padre Torres encabezó el movimiento de independencia intelectual de aquel entonces, no solo respecto de la herencia teórica y un poco superficial que habíamos recibido, sino en relación con la orientación de la labor científica, que había de dirigirse más y más hacia la problemática colombiana.*
>
> *El VII Congreso Latinoamericano protocolizó la marcada transición que se venía operando hacia una sociología independiente y autóctona de la región. Se buscó articular una voz propia de los científicos sociales de nuestros países. El éxito en este sentido fue tan estimulante que a partir de ese congreso cristalizó un gran movimiento intelectual latinoamericano y latinoamericanista, que llevó a renovar parcialmente la anticuada asociación regional y que dio ánimo a los sociólogos locales para producir obras de envergadura que enaltecen la ciencia sociológica.*
>
> *Es obvio que la sociología ha crecido en Colombia, como en muchos otros países, a pesar de todos los obstáculos, las incomprensiones y las campañas de descrédito puestas a su paso por los campeones de intereses creados. Nuevos valores humanos de esta ciencia han aparecido, en números crecientes, sujetos ya a una estricta disciplina universitaria. El impacto de estos nuevos elementos empieza a sentirse, y a ellos debe abrírseles el paso para que ocupen pronto las posiciones más eminentes de la profesión en el país. Estos científicos de nueva estampa ya han producido importantes estudios, como los presentados en este congreso. Están desarrollando técnicas más precisas, ofreciendo una adecuada temática de investigación y novedosos criterios para fijar prioridades en ella y transmitir el conocimiento adquirido a sucesivas promociones de sociólogos.*

3 Fals Borda, O. (1967). Hacia una sociología comprometida. Gaceta del Tercer Mundo. Nos. 42-43, Bogotá. Reproducido aquí con revisiones menores para hacer más clara la presentación del pensamiento; octubre de 1967.

Ver este impresionante progreso de la sociología en los últimos años es algo que estimula, y que a mí personalmente me emociona.

Pero en los actuales momentos históricos de Colombia ya empieza a sentirse la necesidad de algo más trascendente. Ahora el país se agita de manera positivamente subversiva, para buscar nuevas formas de organización y de acción social y económica que reemplacen las que no le satisfacen. El país está tratando de articular nuevas metas valoradas para la acción colectiva, con el fin de ganar, por la razón o por la fuerza, un futuro mejor. Siendo esto así, los sociólogos y otros científicos nacionales adquieren una nueva obligación: la de trabajar por el advenimiento de ese nuevo orden social a que el país aspira y por el cual el pueblo deja sentir sus urgencias y anhelos, dentro de una época de transición azarosa y llena de riesgos y peligros.

El riesgo, el azar y el peligro de este momento histórico son las condiciones dentro de las cuales la presente generación de sociólogos y otros intelectuales debe hacer una contribución original y fructuosa de alcance universal. Si no por otra causa, porque esa es la situación real en que se vive y trabaja día a día. La plenitud del saber, en estas circunstancias, no podrá venir de la lectura rutinaria de los libros –usualmente importados, para protocolizar el coloniaje cultural–, ni del rito vacío de la enseñanza universitaria, que en muchas partes se detuvo en décadas pasadas, quedando sujeta a estériles repeticiones insulsas o a la ola de falsos mitos y héroes con pies de barro. La plenitud intelectual surgirá de la respuesta autónoma que se dé a los problemas del riesgo y del azar de nuestro desarrollo, mediante la investigación disciplinada e independiente, la meditación seria y la acumulación sistemática del conocimiento adquirido.

La creatividad intelectual y artística que quiere recibir la estimación universal no puede estar sujeta a marcos conformistas. Hoy más que nunca es necesario romper los moldes existentes y lanzarse más allá para estar de frente a la contradictoria, azarosa y peligrosa realidad de la subversión moral y de la potencialidad revolucionaria, que son síntomas evidentes de nuestro mundo y nuestra época. Esta es la tarea de una generación decisiva, quizás la nuestra, y por eso son pocos los años disponibles para realizarla. Implica esta tarea un compromiso con el futuro de nuestra sociedad y la adopción de nuevos criterios para fijar prioridades y decidir qué es lo más importante en relación con ese futuro. La respuesta a los interrogantes científicos y el estímulo al esfuerzo necesario para contestarlos deberán provenir de una ciencia comprometida con esa gran lucha social, económica y política que es la creación de un nuevo país.

Existe un peligro en esa función creadora del compromiso con el desarrollo moral subversivo: tradicionalmente los intelectuales colombianos hemos sido muy dados a solo hablar y escribir, y a pensar que en esta forma llenamos nuestra obligación moral para con la sociedad que se transforma. Evidentemente, eso no es suficiente. Así se ha venido haciendo desde hace mucho tiempo sin que se produzca casi ningún efecto en el sistema social y económico combatido. Por el contrario, el dejar discutir ideas y publicar artículos y libros (no importa cuán extremistas sean) puede ser beneficioso para el sistema, ya que permite a sus defensores destacar la 'amplitud' del debate y lo 'democrático' de sus instituciones. Lo impor-

tante es dar el segundo paso más allá de la expresión puramente literaria, científica o artística, para tornarse en participantes o impulsores activos del desarrollo, en críticos honestos de los sistemas imperantes, en vigilantes de los peligros de frustración que experimenta ese desarrollo, para que las palabras y las tesis vayan respaldadas por los hechos o iluminadas con el ejemplo.

Alguno podrá preguntarse legítimamente si esto va más allá de la ciencia para pasar a la política. No puede discutirse que tales riesgos existen, aunque comparados con los otros que presenta la vida corriente en nuestras sociedades en crecimiento no presenten ninguna desventaja especial. El hecho es que no podemos evitar esos riesgos ni ignorarlos para permanecer por encima o por debajo de ellos, sino que nos compelen a tomar una actitud definida ante ellos.

Por eso no es posible sostener que solo existe compromiso en los científicos o personas que favorecen el desarrollo, pues también existe otro compromiso en las personas o científicos que por acción u omisión favorecen el statu quo*. Su compromiso puede ser inconsciente, es decir, creen que su actitud de apoyo a los sistemas imperantes es objetiva y libre de prejuicios. Pero en el fondo eso no es así: en la realidad están comprometidos con esos sistemas y llevan el prejuicio de su continuidad y defensa. En consecuencia, es importante sacar a luz esas ideas e ideologías conscientes o inconscientes, tomarlas en cuenta en la investigación y proceder según tales hechos con toda seriedad, guardando los cánones del método científico. Esto es parte de la aventura intelectual que hoy propongo a la comunidad universitaria especialmente.*

No se diga tampoco que esta aventura es totalmente heterodoxa o novedosa. En las ciencias económicas, por ejemplo, se ha venido haciendo investigación comprometida desde hace unos veinte años, con Galbraith, Hagen, Hirschman, Currie, Furtado y Prebisch, economistas muy conocidos y respetados. A nadie se le ocurre decir que ellos no son científicos porque se comprometen con sus valores o ideologías; por lo contrario, se reconoce que su productividad y originalidad se afianzan en este compromiso.

Hoy la sociología está llegando a esa misma etapa de eficacia en la acción y en la planificación. En efecto, ya existe una corriente innovadora sobre el particular en la América Latina. La sociología comprometida tiende a formar parte de un serio aporte conceptual y teórico de un distinguido grupo de sociólogos latinoamericanos, como Pablo González Casanova, Fernando Henrique Cardoso, Rodolfo Stavenhagen, José A. Silva Michelena y Jorge Graciarena.

Todos estos científicos han tenido o tienen la posibilidad de participar en la lucha por el cambio con fines de observación y de conocimiento de la dinámica intrínseca en tales procesos. Son claras las ventajas que esto tiene para la ciencia. La ciencia deriva de tales experiencias de acción nuevos conceptos, nuevas teorías y un nuevo entendimiento a fondo de los fenómenos que le competen. Este es, precisamente, el reto científico del momento: el llegar a demostrar que aun comprometiéndose activamente con el esfuerzo nacional revolucionario también se puede hacer ciencia, y ciencia respetable en nivel universal. El diseñar nuevos marcos conceptuales basa-

dos en nuestras realidades conflictivas, sin apoyo en muletas ideológicas foráneas –el andar solos y sin miedo–, respondería a la necesidad de servirle al país y al mismo tiempo enriquecería la ciencia social.

No es esto tampoco cosa nueva en la sociología misma. Desafíos intelectuales de este tipo, condicionados por la historia y por el crecimiento de sus sociedades, fueron aceptados y utilizados científicamente por Malthus, Smith, Marx, Comte, Ward y otros sociólogos comprometidos del siglo XIX, como también tiende a ocurrir, de manera creciente, hoy, cuando se descarta el funcionalismo estructural o se complementa este con el modelo del desequilibrio social. Tal es el desafío del conflicto subversor y revolucionario que nos absorbe y que no puede pasar por alto el científico en los países que avanzan y crecen. La actitud necesaria lleva a un compromiso del científico con su pueblo, con el cual se identifica en sus aspiraciones. La ciencia nacional deberá reflejar esas aspiraciones, como se enraizarán las ideas e interpretaciones de su cultor en las angustias de las gentes y en el diario trajín de la vida del pueblo.

En conclusión, puede verse que en la sociología comprometida se aplica el método científico de investigación con una nueva dimensión de la objetividad, dentro de un marco de referencia ideológico que señala prioridades de trabajo. Esta ideología es la del cambio revolucionario, entendido como un esfuerzo total y profundo para cambiar el actual orden social y llegar a otro que se considera superior. La sociología queda así comprometida con el cambio en cuanto se orienta a estudiar problemas reales y agudos, vividos por la sociedad. Está en oposición a una sociología que estudie problemas formales con baja probabilidad de aplicación para la solución de los problemas del desarrollo.

Un desafío de la naturaleza del que describo no aparece sino en momentos cruciales de la nacionalidad: es el reto a la verdadera creatividad, que tiene dimensión universal. Según síntomas observables, este parece ser uno de tales momentos. El hecho de que celebremos el segundo congreso durante esta extraordinaria coyuntura de nuestra historia puede abrir grandes perspectivas científicas, y de este congreso cabe esperar indicaciones adecuadas para tan trascendental tarea.

La contribución de cada uno de nosotros a través de ponencias o de la discusión de ellas podrá servir como hilo conductor que nos lleve a esa meta que buscamos: la de la permanente superación de la ciencia sociológica puesta al servicio de nuestra sociedad. Claro que este es el sino del científico comprometido. Solo que hoy esa misión de crear, contribuir, construir, guiar, criticar y luchar por una mejor sociedad se siente con mayor urgencia que nunca.[4]

4 La bastardilla y la sangría son nuestras [N. de los E.].

El pro y el contra del reto

Una de las características de nuestra ciencia imitativa es la de no contar con suficiente información ni documentación sobre casos como los que anteceden, que pueden multiplicarse en lo educativo, lo comercial, lo artístico, etc. La situación se explica así: análisis como estos sirven para revelar los mecanismos sociales que han venido funcionando para mantener el *statu quo.* Siendo que parecen actuar también con ese objeto, ¿para qué preocuparse? Evidentemente, quienes se preocupan por tales cosas no pueden ser sino agentes provocadores o científicos rebeldes, comprometidos con la subversión del orden existente. En consecuencia, mientras más silencio e ignorancia haya sobre estos asuntos, mejor.

Aún así, el mero escarbar por tales campos dramatiza la crítica situación por la que pasan las masas latinoamericanas y, con ellas, quienes las dirigen y orientan. Ni siquiera los científicos comprometidos con el *statu quo* pueden pasar por alto tales problemas: la situación se les evade y descompone con gran rapidez, en tal forma que se agotan las formas de parche, de acomodo, de bombero, de reforma, en fin, de "desarrollo", sin que se logre aliviar los problemas encontrados. De ahí que la crisis actual del reformismo constituya, en esencia, también la crisis de toda una forma de vida y de su concepción explicativa; es decir, de la ciencia y del conocimiento sobre los que se ha construido.[1]

El reto del Informe Rockefeller, como hemos visto, lleva este problema al clímax, bajo el signo del mercado del dólar y de la espada de Damocles del Pentágono y el Consejo Interamericano de Defensa. Frente a la crisis del reformismo se aconseja ahora oficialmente la imposición de medidas de violencia. A la amenaza político-militar siguen la coacción científica y tecnológica y la penetración cultural y espiritual. Así se cree que terminará, de una vez por todas, la crisis social.

Pero tampoco podrá haber más enfermo, porque la medicina viene a ser más perjudicial que la enfermedad. Con tal política, los Estados Unidos alie-

1 Véase un análisis de los mecanismos o "leyes" del reformismo (desarrollismo) en América Latina a través de la organización campesina, en el volumen *Estudios de la realidad campesina* (No. 2 de la serie sobre "Instituciones rurales y el cambio dirigido"), publicado por el Unrisd (Instituto de las Naciones Unidas de Investigaciones para el Desarrollo Social), Ginebra, Suiza, 1970.

nan a aquellos de sus amigos que esperarían una posición más positiva, más comprensiva, menos dogmática y macartista. Es una política que aleja más que une a los pueblos del norte y del sur, que dramatiza las incongruencias internas del imperio y que mina su credibilidad.

Hemos visto cómo la ofensiva cultural hemisférica ya va andando. Está debilitando la autonomía intelectual y científica de la América Latina, lo único que le queda a ésta como identificación de su personalidad y de su historia. Los ejemplos de infiltración cultural que se presentan en capítulos anteriores revelan en cierta medida los peligros que se afrontan, los despilfarres que han ocurrido y que van a venir, las humillaciones que se esperan. ¿Qué podemos aprender nosotros, científicos del tercer mundo, de ese avance de Armagedón que pretende reducirnos a robots y servidores de modelos extraños, pero que nos consume al mismo tiempo de inanición porque chupa como sanguijuela nuestros recursos de toda clase, que son muchos? ¿Será que estamos condenados a servir siempre de carne de cañón, como objetos de una política fabricada en otra parte, como curiosidades antropológicas que van a adornar museos e institutos de lugares extraños?

Por fortuna ha habido casos que nos señalan la vía autónoma y que nos enseñan una gran lección: mientras más latinoamericano, mayor el respeto que se suscita en nivel universal. Se es respetado por lo que se es, no por lo que se imita; por el aporte propio, que crea un nicho en la ciencia o en el arte mundial. Es así como fulguran personalidades como Caldas, Finlay, Lleras Acosta, Houssay, Fernando Ortiz, que sin perder su esencia latinoamericana, sin dejar de echar raíces en su propio medio, merecieron el respeto universal. Es la razón de ser y la gloria de un Rivera, de una Mistral, de un Neruda, de un García Márquez. Éstos son genios de la cultura latinoamericana que lograron liberarse del servilismo que ha caracterizado a muchos de nuestros intelectuales y artistas. Levantaron la cabeza y vieron el verdadero horizonte de nuestro pueblo. Contestaron anticipadamente el reto de Rockefeller, cada uno en su sitio y en su época.

Tener estas actitudes de rebeldía intelectual puede parecer peligroso a algunos, como un salto al vacío que llevara a la pérdida de lo que ya tenemos en el campo de la cultura, la ciencia y el arte, porque pertenecemos todos a la corriente de la civilización occidental. Esta crítica no se justifica, a menos que se piense según los marcos de referencia y los criterios de importancia que nos tientan desde afuera. Si se recuerdan las becas, prebendas y cargos que dependen de ese contacto con las instituciones dominantes extranjeras (y con algunas nacionales); si se aceptan porque sí los modelos y conceptos que hemos aprendido en libros y sistemas importados, podríamos llegar a tener la sensación de que saltamos al vacío. Pero la experiencia puede ser sorprendente: el tal vacío no existe sino en cuanto a la parquedad intelectual. Hay vacío donde no se trabaja, donde no se piensa, donde no se investiga y se pregunta y se critica. El rigor de la ciencia es disciplina personal, y ésta no se aprende ni se guarda necesariamente en medios artificiales extraños: se lleva consigo, se madura y fortalece en el contacto con la realidad ambiente.

Por eso el esfuerzo de tener ciencia propia y de librarse del colonialismo intelectual es tarea esencial, así en nivel personal como en nivel colectivo. Y este esfuerzo, riguroso y serio, ganará el respeto del mundo y se unirá, tarde o temprano, a la corriente intelectual universal. Pero esta relación ya será en otro plano: de igual a igual y no de dominante a dependiente.

¿Qué se puede perder con una decisión del tipo que proponemos, si casi nada escapa ya, en nuestro medio, a la órbita agigantada de la homogeneización a lo Puerto Rico y del mercado de consumo a lo obsoleto? Ciertamente, el reto de Rockefeller puede galvanizar el poderío latente de nuestro subcontinente, para producir una nueva sociedad, con una cultura y una ciencia remozadas. Dejad, entonces, que se frunza el ceño ante la ciencia rebelde y subversiva, la sociología de la liberación, el compromiso-acción y el estudio de la crisis.

Dejad que se rompa el cordón umbilical con nuestras madres putativas de las zonas templadas.

Las leyes estadísticas sobre la distribución normal de la inteligencia pueden seguirnos favoreciendo. Nuestro pueblo seguirá en acelerado crecimiento en todo sentido. Pero faltaría la decisión del trabajo arduo y constante. Los científicos e intelectuales deberíamos estar a la cabeza y dar ejemplo, con nuestra industriosidad e ingeniosidad, con nuestra adaptabilidad creadora, con nuestra filosofía de servicio, con nuestra seriedad de propósitos.

¿Será esto una simple ilusión? No necesariamente. Otros pueblos, aquellos que hoy nos dominan, nos han mostrado cómo trabajar para realizar algunos ideales. El reto destaca la acción e impele hacia adelante. O ciencia rebelde, nueva, constructiva, o ciencia de segunda clase, imitativa y desadaptada. Se juega el porvenir de nuestro pueblo, su propia identidad, su explicación de sí mismo, su razón de ser. La suerte está echada. Puede ser que recojamos ese porvenir.

El neohumanismo en la sociología contemporánea[1]

Me complace compartir hoy el lanzamiento de la nueva Red Colombiana de Facultades de Sociología, feliz iniciativa que llena un vacío profesional en nuestro país, y departir con ustedes sobre el importante tema inaugural que enfoca a la sociología con lo cognitivo. Espero que las presentes reflexiones puedan ser de utilidad en el valioso esfuerzo de transformar y crear conocimiento en un alto nivel académico. Los asuntos que nos competen como educadores y educandos son apremiantes en un país en crisis como el nuestro. Saber confrontarlos y entenderlos son pruebas reinas de la justificación del esfuerzo que todos realizamos.

Permítanme iniciar estas reflexiones recordando el ya medio gastado tema de la ruptura epistemológica que nos ha llevado a retar algunos paradigmas en nuestra disciplina. Este parece ser ya un hecho difícil de negar. El enfoque que deseo proponerles al respecto es sencillo: se trata de preguntarnos si podemos adelantar un tipo de educación universitaria que sea más humanista que la actual, dando por sentado que la que tenemos está cada vez más ligada al dominio de la mentalidad instrumental y al pragmatismo. No se sorprendan que en esto me salga de las normas imperantes que presionan a nuestras instituciones para que se privaticen y se conviertan en negocios. Porque, por supuesto, no estoy de acuerdo con tan degradante alternativa que cierra puertas a la ciencia y a la investigación básica, así como a las clases menos favorecidas. Por algo debemos respetar la ideología universalista que ha caracterizado a nuestras instituciones desde hace siglos como actividades eminentemente públicas.

Esta posición neohumanista se basa en las evidentes tensiones y destructivos conflictos y procesos que el modelo capitalista dominante nos ha traído. La crisis, ya extendida y extendiéndose por el mundo, ha llevado a reexaminar a la persona humana y a ideales altruistas como pivotes del esfuerzo contemporáneo del cambio social.

Nada nuevo, dirán ustedes, y ello es cierto aunque a veces la crisis se disimule o disfrace con falsas modalidades de progreso y modernidad, y con estadísticas y encuestas doctoradas. En los últimos tiempos han surgido matices que dinamizan aquel antiguo ideal que exige no sólo educar para

1 Para la Red Colombiana de Facultades de Sociología, Universidad Santo Tomás, en Bogotá, agosto 17 de 2005.

transmitir sino para transformar. Entre estos matices sobresale el énfasis que se adjudica en instituciones de vanguardia a una educación que muestre y valorice las diversidades culturales, étnicas y de género, y no preserve los consensos del viejo orden jerárquico, exclusivista, rutinario y a veces dogmático. La nueva educación humanista sería subversiva y amorosa al mismo tiempo, lo primero –la subversión– por cuanto desarraiga por las bases aquello que es congruente con las utopías; y lo segundo –el amor– porque no puede hacerlo como simple afán destructivo o egoísta.

En este contexto, la educación humanista sigue cultivando el desarrollo de la Razón, pero también reconoce capacidades intuitivas, extra-académicas y hasta esotéricas. Estas son las que provienen de vivencias y experiencias con frecuencia espontáneas, originadas en la historia de los pueblos y en el sentido común, en esa inteligencia raizal que siente e imagina porque se abre al goce de la vida. ¡Cómo sería de agradable trabajar en una institución que permita estas expresiones, donde no se privilegien las ciencias llamadas "duras", la objetividad autoreferenciada y lo mensurable, aunque sin desconocerlo en lo necesario! Recordemos que ahora, en la época cuántica, los físicos, los teóricos de sistemas abiertos y los teóricos del caos se han acercado con creciente respeto a nuestras ciencias llamadas "blandas" y están aplicando, con inesperados resultados, principios de origen sociológico, como los que los mismos físicos han llamado "antrópicos". Parece, pues, adecuado combinar estas vías distintas de obtención de conocimientos, con los que se enriquece la ciencia en sus varios niveles de producción y con la suma de saberes diversos.

El humanismo educativo tendría que ser no solo social, vivencial y múltiple, como lo vengo sugiriendo, sino referido a las mayorías populares y a sus historias de base. La universidad y las aulas tendrían que deselitizarse, dejar de ser espacios monopólicos y ampliarse a contextos comunitarios cuyos problemas y cuestionamientos se incorporarán a la educación superior. También en el pregrado, por supuesto. Las tesis que se desarrollen aquí podrían reflejar esta preocupación por la justicia de las mayorías hoy ausentes, explotadas, ignoradas y sin voz, lo cual llevaría a trabajos bastante originales y, ante todo, útiles para la sociedad.

Por lo mismo, la excelencia de nuestra profesión no podrá medirse con los estándares de especialización de Harvard o de Oxford –muchos de cuyos egresados son de infame memoria entre nosotros como gobernantes y dirigentes– sino en cuanto al nivel de pertinencia que adquieran en su sintonía con lo propio, en concreto, con el trópico que, por fortuna, es nuestro entorno vital. Hay que trabajar con alegría y construir con orgullo el ethos tropical que es propio nuestro.

No predico un absurdo aislamiento sino un equilibrio con referentes endogenéticos. Me parece que nuestros indicadores de excelencia podrían relacionarse con la manera como nos acercamos a nuestra exuberante y fascinante realidad tropical, que va desde los páramos hasta la selva pluvial en una miríada infinita de sistemas abiertos, y a la forma como analizamos y acumulamos el conocimiento derivado de estos semidesconocidos mundos. En esta forma, una buena escuela científica social sería capaz de realizar una tarea de valor universal, y al mismo tiempo crear conciencia de transformación con vocación regional y conexa con las necesidades prácticas y aspiraciones de nuestras mayorías populares.

Por eso los actuales países dominantes no pueden seguir siendo nuestros modelos, aunque lleguemos a aprender de ellos sobre procedimientos y herramientas técnicas para estudiar e investigar en el terreno, como muchos colegas ya lo están haciendo con buen juicio. Las sociedades dominantes han confesado su propio fracaso en relación con la modernidad capitalista. La idea de progreso humano, la del viejo Iluminismo, resultó demasiado ambigua. Acá no nos ha servido mucho. La razón instrumental de este tipo no nos ha satisfecho. Debemos tener la valentía de saber independizarnos y volar con nuestras propias alas.

Ya podemos presentar, de manera convincente, sobre la realidad de una ciencia social activa, la de la IAP de reconocimiento universal, con experiencia de campo, servicios sociales significativos en comunidades pobres y marginales, prácticas profesionales reinventadas y adaptadas a las circunstancias del medio ambiente natural. Todo lo cual permitiría cambiar la tradicional percepción académica "pura" o "no contaminada" de nuestra realidad al rebotar, aquellos trabajos, en el medio universitario mismo. Así, a la explosión de la salida al terreno de la realidad, se añadiría la implosión institucional hacia dentro, que podría llevar a otro tipo de universidad, más ligada a los pueblos.

¿Será mucho pedir? Apelo a vuestro optimismo: no nos dejemos dominar por la inaceptable negatividad de Hegel para quien el mundo comenzaba y terminaba en el Estado Prusiano y en su "Espíritu". No creo que los pueblos del Sur del mundo estemos condenados por naturaleza a ser eternos subdesarrollados o malos repetidores de modelos foráneos de desarrollo, en el fondo inaplicables aquí por razones contextuales.

En resumen: el problema cognitivo por ustedes planteado en las ciencias sociales y el de la educación neohumanista tienen que ver con el cambio de paradigmas. Este ha avanzado. Pero, más que eso, se trata de un problema de praxis formativa cuya solución escapa a la institución elitista y aislada, y pasa a esa alianza de sujetos activos como sería la conformada por los pueblos con su saber y por los disciplinados sociólogos y otros intelectual comprometidos con su pueblo y con una ciencia útil y más universal.

Ciencias Sociales, integración y endogénesis[1]

Como se recordará por los más antiguos, la fundación en 1966 de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional fue resultado de una política de integración de escuelas y facultades dispersas en Bogotá y en el campus universitario, iniciada un año antes por el rector de entonces, el distinguido médico doctor José Félix Patiño. El doctor Patiño y sus antecesores en el cargo, a partir de otro conocido intelectual y filósofo, el doctor Mario Laserna Pinzón, habían observado que las universidades colombianas en general, y la Nacional en particular, se habían vuelto "refractarias a las transformaciones nacionales" y se encontraban "atrás del progreso, aisladas, sordas y ciegas". La Universidad Nacional, como alma máter de Colombia, necesitaba del más fuerte refregón reformista, esfuerzo que se concretó en corregir la dispersión de las escuelas y unidades que venían funcionando como "feudos individuales".[2]

Había un gran consenso para estos fines en los grupos dominantes del país, inspirado en filósofos críticos que desde comienzos del sigo XX habían sentado doctrina sobre un "nuevo saber" y una "nueva ciencia" vinculada a los pueblos y sus quehaceres y preocupaciones, en claustros menos exclusivos o elitistas, y menos escolásticos y conventuales que como se venía practicando. Notables entre tales pensadores fueron el español José Ortega y Gasset, los mexicanos Lucio Mendieta y Núñez y Roberto MacLean y Estenos, el peruano Luis Alberto Sánchez y el argentino José Ingenieros. Los latinoamericanos citados fueron voceros del importante movimiento renovador de 1918 en la Universidad de Córdoba, Argentina, cuyos estudiantes, cansados de la rutina académica repetitiva y desorientadora, sin raíces propias, habían exigido la acción recíproca entre universidad y pueblo como base de la grandeza de la nación.

En la década de 1960, estas reflexiones críticas fueron recogidas e impulsadas por los ministros de educación del Frente Nacional, doctores Abel Naranjo Villegas (conservador) y Pedro Gómez Valderrama (libe-

1 Primera Lección Inaugural de Semestre, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Auditorio León de Greiff, Bogotá, 20 de agosto de 2002. Reproducida en el N° 1 de la serie "Grandes Conferencias" de dicha facultad, febrero de 2003.

2 Patiño, J. F. (1966). *Hacia la Universidad del desarrollo*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, p. 4-6.

ral), y por los escritores Carlos Medellín y Jaime Posada, entre otros. De sus indicaciones surgió la tesis integradora y reformadora, que sintetizó el rector Patiño de la siguiente manera: "La misión [de la Universidad] debe transformarse para que pueda adelantar una acción basada no en la tradicional clase o conferencia magistral, sino en la investigación, en el conocimiento de los problemas que la rodean, para formular soluciones".[3]

Releer estas tesis hoy, después de cuarenta años, sería muy gratificante porque reflejan un gran clamor nacional y popular para combinar la teoría con la acción. Pero aquella tarea resultó difícil y lenta desde sus comienzos. Nuestra universidad no ha desarrollado todavía a plenitud aquellos planteamientos. Lo que podemos deducir al cabo de estos cuatro decenios de atraso es la misma conclusión a la que llegó el rector Patino cuando sostuvo, con cierta tristeza, que la Universidad es "de las instituciones más tradicionalistas del país, la más reacia a aceptar el más insignificante cambio, un pesado fardo que la nación lleva sobre sus hombros". Decepcionante constatación, porque muchos de nosotros hemos abrigado la idea de que la Universidad debe pertenecer a una vanguardia que, además de buscar el conocimiento, estimula el cambio social y el progreso de los pueblos.

Esta resistencia institucional al cambio, por supuesto, no es exclusiva de nosotros y viene de muy atrás. Dejando a un lado los problemas de elitismo y clase social que inciden en este asunto, creo que tal resistencia se relaciona también con problemas de concepción y método en los trabajos científicos y con aspectos de filosofía educacional y pedagógica que hoy definimos como componentes de paradigmas y epistemes. Trataré de enfocar este ángulo más adelante.

Pero también hay otro elemento conceptual y empírico que en las décadas pasadas no se veía tan claro como ahora. Se trata de una hipótesis a primera vista obvia, que es el principio de la endogénesis contextual. Este principio sostiene que las realidades básicas observables van condicionadas al entorno vital a través del proceso de la socialización, lo cual induce a la creatividad orgánica, al aprecio y respeto por las raíces culturales y por las características específicas del ambiente natural y social de los pueblos, en nuestro caso el de los trópicos, así amazónicos como andinos y chocoanos.

Poniendo este asunto en términos de la historia de las ciencias, la inesperada resistencia universitaria al cambio social encuentra su mayor soporte en la defensa de ideas, conceptos y métodos que para justificar sus trabajos hacen muchos maestros, olvidándose de contextualizarlos, es decir, sin confrontarlos suficientemente con la realidad de sus propias comunidades, regiones y culturas, con el trópico nuestro. No logran tampoco una tarea creadora pertinente, ni caen en cuenta de los posibles ajustes y correcciones que los epistemes iniciales o heurísticos hubieran sufrido con el curso de los años y la acumulación de conocimientos. Se olvidan con frecuencia del hecho de que los paradigmas dominantes, como constructos sociales, también sufren los efectos del tiempo y del uso. Así ha ocurrido con los cuatro paradigmas más importantes, que son el racionalismo cartesiano (al que se suma el positivismo después), el

3 Ibid., p. 19. Cf. Puyaría, A.M. & Serrano, M. (2000). *Reforma o inercia en la universidad latinoamericana.* Bogotá, Colombia: IEPRI-Tercer Mundo Editores.

mecanicismo newtoniano, el materialismo dogmático y el funcionalismo parsoniano. Honesto es confesar que a pesar de los ajustes y críticas que esos paradigmas eurocéntricos han sufrido, todavía hay síntomas de una aceptación casi ciega de ellos en la enseñanza y en la investigación científica y pedagógica aquí y en otras instituciones, asunto del que también retornaré más adelante.

Antecedentes del atraso universitario

Lo más increíble sobre la falla en el reconocimiento de la hipótesis de la endogénesis contextual en la universidad, es que dicha hipótesis se ha presentado y discutido cíclicamente desde la época colonial y en los más altos círculos. En efecto, a partir de las reformas inspiradas en la Ilustración por el rey Carlos III de España, el arzobispo-virrey Antonio Caballero y Góngora había propuesto aquí en 1787 un Plan de Estudios Generales para suplantar las ciencias especulativas por las exactas porque, según el arzobispo-virrey, "un reino lleno de producciones que utilizar, de montes que allanar, de pantanos que desecar, de aguas que dirigir (...) necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza (...) que de quienes discuten el ente de razón, la primera materia y la forma sustancial".[4]

La observación y explicación sobre lo propio fue lo que entonces creó la ideología autonomista que permitió el florecimiento de sabios criollos, como Francisco José de Caldas, el primer inventor colombiano de alcance universal (con el hidrómetro), precisamente por seguir el consejo del arzobispo-virrey, y por considerar el contexto de nuestro trópico y de sus habitantes. Tal fue la misma actitud fascinada con lo americano que tuvo el ingeniero italiano Agustín Codazzi con la Comisión Corográfica de 1850, que representó un "retorno a la naturaleza". A lo mismo había contribuido el educador venezolano Simón Rodríguez cuando aconsejó: "O inventamos o erramos"; y también don Rufino Cuervo, futuro rector de la Universidad quien, cuando era gobernador de Cundinamarca en 1831, organizó sin asesores externos el primer servicio de extensión agrícola dirigido al campesino, con un semanario técnico e informativo.

Sin embargo, ya en el siglo XIX, a la educación nacional se la fue europeizando, primero con el invento de la escuela lancasteriana que había que copiar de los ingleses, luego con la de los normalistas alemanes y con la de los neotomistas españoles. No todo malo, por supuesto, como bien lo distinguió don Dámaso Zapata, el director educativo santandereano. Hubo importantes expresiones nacionalistas convergentes, como la del periodista Emiro Kastos y la de algunos políticos del radicalismo.

Pero hasta en aquellas innovaciones los extranjeros admitieron la pertinencia del principio de la endogénesis contextual y gustaron de aplicarla, embrujados como quedaron por el trópico; y aquí se quedaron. El entorno inicial para el invento de la escuela había sido la zona templada septentrional con su propia historia, cultura y ambiente. Pero fuimos los colombianos los que empezamos a engolosinarnos con lo extranjero descontextualizado, y a caer víctimas de un agudo colonialismo intelectual

4 Cit. por Fals Borda, O. (1962). La educación en Colombia. *Monografía No. 11*, pp. 72-76, Bogotá, Colombia: Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia.

–así de derechas como de izquierdas– que todavía nos asedia. Es el que el economista egipcio Samir Amin definió como "eurocentrismo", elemento culturalista del apitalismo moderno en expansión.[5]

Ya en el siglo XX, bajo el impacto del capitalismo, se avanzó de todos modos en la búsqueda de la autenticidad y la autonomía científica, desde Córdoba hasta México, como hemos recordado. En Bogotá culminamos en los años sesentas redescubriendo lo esencial de la investigación de nuestras realidades, por encima de la pura teorización o normatividad. La Universidad Nacional estaba ausente de ese esfuerzo, con la excepción del Instituto de Ciencias Naturales. Observándolo, el presidente Alberto Lleras Camargo propuso en 1961 (en un mensaje al Congreso) que la universidad se convirtiera en "centro de investigaciones (...) si la nación no quiere seguir siendo una modesta colonia de inteligencia ajena". De haberse elaborado esta directriz presidencial, habríamos convertido desde entonces la endogénesis contextual en una política de Estado. Pero no fue así.[6]

Algunas transformaciones de este tipo, sin embargo, empezaron en la nueva Facultad de Sociología, creada en 1959 como departamento en la Facultad de Ciencias Económicas, gracias a la apertura humanista del eminente decano de economía de entonces, el doctor Luis Ospina Vásquez. Sociología pronto se organizó como Ente interdisciplinario con el empleo de profesores que eran sociólogos, antropólogos, abogados, geógrafos y economistas, y estableció una Sección de Investigación que enfocó la diversa realidad colombiana. A los dos años había publicado doce monografías originarias de diferentes disciplinas afines.

El impacto de esta iniciativa en el resto de la universidad no se hizo esperar por la generosidad y dedicación de los otros directores y decanos, incluyendo trabajo social, historia, filosofía, psicología, lingüística, literatura e idiomas. Así se logró llegar a la actual Facultad de Ciencias Humanas, hoy a cargo del distinguido historiador Carlos Ortiz, con sus diez departamentos, dos escuelas, el Centro de Estudios Sociales y el naciente Instituto de Educación, que pueden constituir una comunidad académica interdisciplinaria.[7]

---

5 Amin, S. (1989). *El eurocentrismo: Crítica de una ideología.* México, México: Siglo XXI Editores.
Amin encabeza una pléyade de intelectuales críticos y autocríticos contemporáneos (Said, Nandy, Wallerstein, el grupo hindú de Lokayan) que han señalado, a partir de la década de 1980, las realidades y limitaciones del colonialismo intelectual, en especial cómo afecta a las universidades del Tercer Mundo o postcoloniales en su creatividad. La negación de la universidad como institución mimética y la búsqueda de alternativas científicas fuera de ella, fueron temas previamente planteados por Rodolfo Stavenhagen (1971), Sergio Bagú (1970) y el presente autor (Ciencia propia y colonialismo intelectual, México: Nuestro Tiempo, 1970 y sucesivas ediciones).
Cf. El planteamiento de la profesora canadiense Rosalind Boyd, "Formaciones intelectuales emergentes (...) en una era poscolonial", en Flórez-Malagón, A. G. & Millán de Benavides. C. (eds.) (2000). *Desafíos de la transdisciplinaríedad,* Bogotá, Colombia: Pensar, p. 106-126, interesante análisis de este tema, pero limitado al África y Asia.
Conviene también recordar estudios autocríticos anteriores de la civilización occidental, como los de Nietzche y Spengler.

6 Patiño insistió en esta tesis en 1966.

7 La producción intelectual en ciencias sociales en Colombia ha sido extraordinariamente rica e interesante. Al recordar los muchos y meritorios homenajes realizados a los Maestros en los últimos tiempos, véanse, por ejemplo, las ponderadas historias y evaluaciones hechas en la *Revista de Ciencias Sociales,* 3 (junio 1999) y 4 (agosto 1999) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, también reproducidas en forma de libro: Discurso y razón, editado por Francisco Leal Buitrago y Germán Rey, Bogotá: Ediciones Uniandes / Fundación Social / Tercer Mundo, 2000, que incluyen la sociología, la historia, la filosofía, la psicología, la ciencia política, la

Los departamentos académicos y el eurocentrismo

No obstante, la expresión más clara y aberrante del eurocentrismo universitario que persiste, no se encuentra en la investigación. Ha estado más bien en la implantación imitativa de la estructura del departamento profesional, jerárquico y estatal, como se había hecho en Alemania a principios del siglo XIX por propuestas de Heinrich Fichte, Guillermo de Humboldt, George W. Hegel y otros filósofos. Ya vimos que este era el legado contra el cual se actuó entre 1964 y 1966 con la política integracionista y autonómica de la Universidad Nacional. Como lo hemos recordado, el propósito del rector Patino no podía ser más claro. Pero la unificación de aquellos feudos profesionales dispersos e imitaciones de lo europeo y su espíritu en que se habían convertido los departamentos, sólo podía conseguirse estimulando relaciones interdisciplinarias entre sí, y evitando las duplicaciones administrativas en la organización de las unidades. Se procedió entonces a combinar campos profesionales afines en las grandes unidades que hoy tenemos. El esfuerzo fue notable: de 27 unidades, la Universidad Nacional se redujo a 9 grandes facultades, y la investigación se multiplicó. Algunos años después, la extensión universitaria se fue formalizando e intensificando en la sede de Bogotá con el Programa de Acción Comunitaria (PRIAC). Hace poco pasó a nivel nacional mediante acuerdo del Consejo Superior, con trabajos interesantes de "doble vía" desde y hacia la Universidad, con profesores, estudiantes y vecinos en muchos puntos del país, en un formidable esfuerzo coordinado e interdisciplinario[8].

Se ha avanzado, pues, en este sentido participativo desde los días del Consejo Interfacultades de Desarrollo de la Comunidad que presidió el padre Camilo Torres Restrepo en 1961, iniciativa desautorizada pronto por las directivas timoratas de la universidad de entonces.

Sin embargo, para nadie es un secreto que la vieja feudalización europeizante ha seguido en las facultades integradas, en la forma de departamentos profesionales estancos a guisa de las normas y modas del occidentalismo dominante, pero descontextualizado aquí. Todavía no hay suficientes proyectos de enseñanza y de investigación aplicada que logren combinar-

economía, la geografía, la educación, el género, la comunicación, el urbanismo y la antropología. Estos estudios muestran avances en las ciencias sociales y en las universidades, así oficiales como privadas, con interés de superar los obstáculos y desafíos planteados en el presente capítulo. Por ejemplo, en su cuidadoso análisis, los profesores Nohra Segura y Alvaro Camacho Guizado hacen un reconocimiento a la IAP (investigación-acción participativa) como principal contribución de la sociología colombiana a nivel mundial.

Sin embargo, no pueden olvidarse las críticas a la enseñanza universitaria rutinaria y al dogmatismo reduccionista que algunos maestros independientes, como Estanislao Zuleta –destacado precursor del pensamiento complejo, según el colega Fabio Giraldo Isaza– venían haciendo desde los años setentas contra la jerga profesional, la verdad fetichista de conceptos fijos, y los redundantes marcos teóricos en metodología. Ver su conferencia de 1978 en la Universidad Libre de Bogotá, "Acerca de la naturaleza de las ciencias sociales", que ha reproducido la Fundación para la Investigación y la Cultura de Cali (febrero de 2003).

8 A este dinámico grupo pertenecen profesionales dedicados y visionarios como Luz Teresa Gómez de Mantilla, Normando Suárez, Patricia Rodríguez (sociología); Rafael Malagón, Carolina Morales (odontología); Carlos Reverón (economía); Martha Bello, Bertha Niño, Juanita Barrero, Leonor Perilla (trabajo social); William Pérez, Jorge Parra (agronomía) y colegas de las diversas sedes de la Universidad. Véanse también los proyectos del Programa Red de la Universidad Nacional coordinado por José Gregorio Rodríguez, y el libro *Interdisciplinariedad y curricula,* editado por Carlos Miñana Blasco, Bogotá: Universidad Nacional, 2002.

los, ni más presencia conjunta de los departamentos en proyectos prácticos en veredas, barrios, regiones, empresas e instituciones varias, como sería saludable y productivo. La salida fácil en la tarea profesoral sigue siendo la conceptualización oral y repetitiva, aunque los decanos, como el de Ciencias Humanas, están creando áreas comunes y cursos comunes a las diversas disciplinas, grupos de trabajo compartido que son prometedores, y "lecciones inaugurales" como ésta, que reúnen a todas las vertientes bajo un mismo techo de análisis y discusión.

En estos casos, las cercanías disciplinarias se descubren gracias a la concepción participante que los profesores, directores y estudiantes tengan de problemas específicos del entorno. Es obvio que una integración académica verdadera no se haría al nivel formal o con los diseños puramente teóricos o administrativos de las facultades europeizantes, lo cual sería como sumarlas artificialmente. Ello porque la integración auténtica resultaría de la articulación en su origen de los conocimientos y de su transmisión, así como de las filosofías de su aplicación. Se trata de un problema más del pensamiento y de la convicción personal ante realidades propias como la del trópico, que de directrices formales desde arriba.

La integración auténtica se haría, por lo tanto, con base en la adopción de epistemes organizados en paradigmas abiertos, flexibles y contextualizados a lo concreto nuestro, que reemplacen a aquellos que por su naturaleza cerrada y dogmática, o por haber sido concebidos para otros contextos, impiden dar este paso fundamental. Lo cual a su vez permitiría crear un nuevo tipo de universidad con una estructura más apropiada y orientada hacia las comunidades regionales, sus pueblos y problemas en la extensión por vía doble ya mencionada, que podríamos llamar "universidad participativa", una idea-acción alejada del modelo mercantil de educación. Pero éste es un tema para otra ocasión.

Construcción de nuevos paradigmas

Es posible que algunos observadores interpreten el conservadurismo académico que el rector Patino condenaba en 1966 llamándole "ciego y sordo", como algo explicable y hasta conveniente. Por regla general, el argumento de defensa se basa en el convencimiento de los académicos de que los paradigmas mencionados (el cartesianismo con positivismo, el mecanicismo, el materialismo dogmático y el funcionalismo) brindan certeza y validez en los resultados de las observaciones o de los trabajos que ejecutan. Si horadamos un poco en la naturaleza epistémica de este curioso fenómeno, veremos que esa defensa no tiene mucho valor.

En efecto, los paradigmas mencionados tienen la particularidad del cerramiento lógico, esto es, tienden a convertirse en verdades eternas por repetición y reiteración, casi como el escolasticismo que condenaba el arzobispo-virrey. En estos casos se constata lo conocido, pero no se descubren los hechos que se desvían de la norma teórica o referencial. La explicación de la realidad se acomoda entonces a la norma, y las reglas del método se vuelven rígidas. El observador rechaza aquello que no se acomoda al marco de referencia propuesto. La insistencia profesoral en demostrar objetividad según reglas de consistencia interna, en estos casos, convierte a los paradigmas en que se basan, en expresiones autorreferidas, es decir, en

tautologías. Se establece así una distancia infranqueable con las condiciones cíe los entornos que se desvían de la norma original. La explicación de la realidad –siempre dinámica y cambiante– se acomoda a la norma, y las reglas del método tienden a convertirse en dogmas. En estas condiciones, la predicción se vuelve improbable, como puede constatarse casi diariamente en lo social y otros aspectos de política económica, y la regla de la validez se vuelve relativa al tener como sola referencia el contexto originario.

Cuando estas tautologías y otras muestras de espuria confirmación de evidencias siguen su cauce sin mayor crítica o reflexión, se transforman en verismos o en acumulaciones simples de datos que no añaden al conocimiento de la dinámica social real, como ocurrió con Talcott Parsons. Al analizar las tendencias homeostáticas de la sociedad norteamericana que era su contexto, Parsons prefirió definir como patológicos "6 desviaciones, aspectos válidos del cambio social no acomodables. Por eso no avanzó ni profundizó en el conocimiento de lo social no normativo, al omitir variables y atributos que habrían desvirtuado su paradigma, dejándolo eternamente infalseable. A este distinguido sociólogo ya no se le brinda la atención de antes en las universidades norteamericanas.

Cuando, además, estas certezas a medias se refuerzan con valores unidos a la defensa de intereses, como ocurre con los de manipuladores de una contabilidad fraudulenta criticados por Joseph Stiglitz[9], surge la figura de los "perros guardianes" de los paradigmas que describió Thomas Kuhn en su estudio de la "ciencia normal". Ya aquí el interés no es más científico ni altruista, ni para buscar la verdad o la validez, sino actitudes y actividades que pueden ser torcidas, con consecuencias perjudiciales para la sociedad y los estudiantes. En estos casos de dudosa ortografía y fallas éticas, ni con abstrusos cálculos se puede disimular la falta de seriedad o consistencia técnica. Las graves fallas cometidas en la planeación socioeconómica por entidades como el Fondo Monetario Internacional y muchos gobiernos, como el colombiano, son más que convincentes: son aterradoras y deben ser investigadas, denunciadas y castigadas.

El cartesianismo positivista tan aducido por este tipo sesgado de explicación y descripción no puede comprender lo tropical, ni dar salidas ciertas a los problemas del mundo actual; no puede llevar a la integración disciplinaria, ni a desbordar la departamentalización estanca. En el caso de la economía, habría que retornar, en mi opinión, a los valores ideales de los fundadores de la disciplina, como Adam Smith y Henry George, o acudir a las tesis autocríticas de economistas humanistas como Schumpeter, Keynes, Myrdal, Max-Neef y Amartya Sen. Esta escuela de pensamiento neoeconómico que supera el eurocentrismo con sus propios elementos, nos hace falta en nuestro país y en nuestra universidad. Cosa semejante puede concebirse para otras disciplinas sociales y hasta naturales, en sus respectivas facultades.

Por otro lado, es increíble que todavía se sostengan en nuestras universidades estos paradigmas auto-referidos y dogmáticos, cerrados por los sabios "perros guardianes" para defender intereses creados, a pesar de las conclusiones sobre la materia y sus partículas últimas a que llegaron los físicos cuánticos en los años rebeldes de 1920. Tanto el principio antrópico

9 Stiglitz, J. (2002). *El malestar de la globalización*, Madrid, España: Taurus.

de Niels Bohr como el de la incertidumbre de Werner Heisenberg –a los que tuvo que dar su asentimiento el mismo Einstein– tumbaron los andamios dualistas del paradigma cartesiano que ofrecían las tesis clásicas sobre predicción, objetividad, neutralidad valorativa y metodologías deductivas que son parte del lastre rutinario. Los cuánticos destruyeron las barreras que, para la explicación científica, se habían puesto entre las disciplinas naturales y las sociales. Ahora el método investigativo es esencialmente el mismo y su aplicación es contextual. Por eso, tan científico es describir cómo medir, apreciar lo imaginativo y lo factual. También lo irregular, lo coyuntural, lo fractal, lo inesperado tienen relevancia científica. En consecuencia, nuevas reglas han aparecido sobre validez y rigor que, aparentemente, no han sido recibidas y menos acogidas en la universidad rutinaria, siendo que han pasado ochenta años desde cuando aquellas fueron expuestas en Europa.

La revolución cuántica ha abierto así nuevos horizontes en la búsqueda científica que son accesibles con paradigmas diferentes de los que hoy dominan, pero que ya no sirven para obtener conocimientos útiles, en especial para el cambio social y el progreso económico que pongan fin a las catástrofes que nos anuncian. Teorías distintas han aparecido, mejor acopladas a los tiempos modernos y sin sujetarse a lo euroamericano, entre las cuales descuellan: la de sistemas, la de la complejidad, la crítica marxista, la holística, la del caos y las conectadas con metodologías participativas, como la constructivista.

Las crisis de nuestro mundo y de nuestra nación son tan evidentes cuanto indefendibles. Los paradigmas que vengo criticando solo sirven ahora como sostenes de un *statu quo* desequilibrado e injusto que todos –menos los beneficiados directos– dicen que hay que cambiar. Impiden la renovación universitaria y también la reconstrucción del país. Son paradigmas que justifican e impulsan políticas equivocadas como la del desarrollismo arrasador del ambiente y el capitalismo neoliberal explotador, que las mayorías del mundo sufren y quieren revocar. Por eso es inconsistente en científicos sociales y naturales, y en profesores, académicos y estudiantes que sigamos ajustando nuestros juicios y valores y los pénsumes de nuestras escuelas, a aquellos moldes obsoletos y perjudiciales en tantos sentidos. Nuevas políticas deben ser inspiradas por nuevos paradigmas abiertos y flexibles, como los humanistas que mencioné. Sería ilógico que no fuera así.

El reto autonómico del trópico

Con todos los consejos recibidos desde el virreinato sobre contextualización; con los elocuentes ejemplos personales de sabios como Caldas, Simón Rodríguez y Agustín Codazzi; con las directrices del presidente Alberto Lleras; con las críticas del rector Patino, con todo eso y mucho más, el departamentalismo estanco y rutinario no se corrigió en nuestra universidad con la reforma de 1966. Nuestra alma máter siguió comprometida con paradigmas eurocéntricos inaplicables a nuestra dinámica realidad y destructores de nuestro trópico y de nuestra sociedad y cultura. La reforma de entonces quedó a medio camino. Pero de pronto se puede volver a recorrer y hacer que fructifique, para bien de todos. Nunca es tarde para hacerlo.

En efecto, hay una parte inmensa del planeta donde, por razones de endogénesis contextual, no puede servir ninguno de los paradigmas-lastres que

he señalado, o que si llegan allí, lo destruyen (ver el capítulo 6). Son los mismos que desafortunadamente se han adueñado también de nuestras mentes. Esta parte del planeta, todavía mayormente intocada por los europeizantes y por las multinacionales, es la del trópico andino y amazónico al que pertenecemos, el que ha sido y es pulmón del mundo. Por aquí hay una estratégica salida: este inmenso y rico trópico ha sido nuestro desde adentro y desde el comienzo de los siglos. Somos tropicales por socialización y por la fuerza del destino, así como Descartes, Newton, Marx y Parsons fueron ejemplares humanos socializados a su vez en el mundo de la zona templada con sus peculiares culturas, naciones e historias.

Descartes estuvo constreñido por los efectos de la Guerra de Treinta Años, pero aun así fue un rebelde en sus días y salió de la universidad atrasada donde había empezado a oler mal por sus ideas subversivas: tomemos nota de ellas. Newton era heredero clandestino de los magos medievales de quienes derivó gran parte de sus conocimientos, hoy revaluados. A Marx y a sus colegas hay que descontarles, comprensiblemente, su ignorancia de las cosas de América y del trópico; pero ello no inválida la dramática vigencia de sus análisis del capitalismo que se importó e instaló en nuestras tierras. Y Parsons quedó subsumido por el cuadrado universo homeostático de América del Norte, de allí su actual marginalidad en las universidades, con excepción de la nuestra aquí. Tal fue el caso también de la concepción de Hegel sobre la enseñanza de la filosofía en la Universidad de Berlín, de la que había sido titular, cuando Schopenhauer lo tildó a él y a sus colegas, de "repugnantes charlatanes" y "filósofos funcionarios y parásitos (del Estado)". Estaba en juego la independencia de la filosofía y la de la Universidad frente al empleador gubernamental. El acomodaticio paradigma hegeliano, con su visión universal del Estado prusiano, ya estaba cuestionándose en 1851 en la propia Alemania; pero aquí se sigue citando a Hegel como a un semidiós.[10]

Como constructo social, todo paradigma está, pues, sometido a las fuerzas de la historia, y ésta no perdona. Por eso, nuestro reto científico principal, en estos momentos, es vernos hacia dentro sin perder la perspectiva externa y global y hacer de nuestro mundo nuestro propio parque científico, cultural y político, creando de nuevo y proponiendo adecuados paradigmas alternos debidamente contextualizados y suficientemente útiles para nuestros fines vitales.

Nuestro parque surge con el trópico andino y amazónico del que todavía somos dueños. Sólo nosotros podemos acceder al ethos del trópico con firmeza y empatía, apelando a su espíritu y sus mitos, entendiendo su lenguaje. Éste es un idioma y una simbología que se encuentran lejos de las fuentes grecolatinas de Caro y Cuervo y de la secuencia clásica del Mar Mediterráneo: Egipto-Grecia-Roma-Judea. Para el efecto, tenemos que recuperar la savia de nuestras civilizaciones ancestrales, las de nuestras propias Atenas y Babilonias mesoamericanas y andinas con sus propios Aristóteles y Pitágoras, yunque no sepamos aún sus nombres vernáculos: a todos hay que buscarlos en la floresta aún virgen de nuestra historia auténtica, la que comienza antes de 1492, como lo empezó a hacer Gerardo Reichel entre los tukanos del Vaupés.

Tenemos que escarbar y recobrar esta historia y redescubrir los conceptos, la cosmogonía y las formas de pensar y explicar el mundo extraor-

10 Schopenhauer, A. (1994) *Contre la philosophie universitaire*. (A. Dietrich, trad.). París, Francia: Editions Payot et Rivages, p. 96, 101-126. También ataca a Fichte y Scheiiing por los mismos motivos, p. 119-123.

dinario que europeos y misioneros destruyeron en parte, y también el que recrearon aquí los afrocolombianos que resistieron las crueldades de la esclavitud. Tenemos que aprender a hablar huitoto, chibcha, quechua, y no sólo en castellano, inglés o francés. Porque nuestra tradición es más compleja y amplia que la de los europeos, como lo es también la fauna, flora y alimentos en comparación con los de las zonas templadas de la tierra. Aquí el sol es más radiante y en los Andes tenemos las cuatro estaciones en un solo día. Por eso, a aquella secuencia formativa del Mediterráneo que nos han inculcado desde la cuna, debemos añadir nuestro propio panteón anfibio con las maravillas explicativas de los grupos humanos que ocuparon e hicieron producir antes que nadie todas estas tierras, empleando para ello una cadena formativa muy diferente: la Maya-Arawak-Chibcha-Inca-Guaraní, la de la "América Profunda", que es tanto o más rica que la otra secuencia.

El contexto tropical es el que nos permitirá superar el servilismo intelectual y la parcial alienación con complejo de inferioridad que para nuestro propio desconcierto son los que han reinado en nuestras universidades. Liberarnos de nuestros complejos respecto al Norte podrá llegar a ser el lema y la meta de una Facultad de Ciencias Humanas sintonizada con el mundo y participante con la vida local, regional y nacional, una facultad con membranas sensibles entre sus secciones, la facultad creadora, útil para los pueblos y receptiva del entorno ambiental, social y cultural de la nación colombiana, la ideal Facultad de Ciencias Humanas por la que venimos luchando desde 1966.

COLONIALISMO INTELECTUAL Y EUROCENTRISMO

La superación del eurocentrismo. Enriquecimiento del saber sistémico y endógeno sobre nuestro contexto tropical[1]

Preámbulo

Esta es la segunda versión del "Manifiesto por la autoestima en la ciencia colombiana" que suscribí con el doctor Mora Osejo en 2001, puesta al día y publicada el 5 de junio de 2002 por la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en Bogotá.

Aquella edición de la Academia contó con una valiosa introducción escrita por el doctor Santiago Díaz Piedrahita, presidente de la Academia Colombia de Historia, en la cual trazó algunos importantes antecedentes de nuestra iniciativa: la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1783-1816) y la Comisión Corográfica (1851-1859). Estos esfuerzos sirvieron al país para investigar los recursos naturales con el fin de ponerlos al servicio de la sociedad, y para adquirir conciencia de sí mismo y de su identidad. La activación económica lograda entonces fue evidente por varias décadas.

El doctor Díaz Piedrahita nos recuerda también que, más adelante, la ciencia colombiana vivió un renacimiento en la organización de la universidad y la creación de centros de investigación de problemas concretos del intertrópico, como el Instituto Nacional de Higiene, el Herbario Nacional, la Oficina de Longitudes y el Laboratorio Químico, que fueron oficiales, y el Instituto Samper Martínez y los Laboratorios CUP que fueron privados, hasta cuando fueron avasallados por la presión de laboratorios multinacionales. Concluyó el doctor Díaz que se necesitan metodologías adaptables a nuestras particularidades, y que todavía es tiempo de formar conciencia en el sentido indicado por el Manifiesto.

En efecto, en nuestro país, como en otros, estos temas siguen teniendo vigencia, en vista de la desorientación que se experimenta con frecuencia en las universidades y centros tecnológicos, educativos y culturales en relación con el papel de la ciencia y la responsabilidad que tienen los científicos de ocuparse del estudio y análisis de las causas de lo que viene

1 Escrito con el biólogo Luis Eduardo Mora-Osejo.

ocurriendo en nuestras sociedades y territorios[2]. Como lo hemos dicho, estas instituciones creen cumplir a cabalidad con su cometido transfiriendo conocimientos obtenidos de realidades correspondientes a otras latitudes diferentes a las nuestras. Por eso, queremos insistir otra vez, ante el país y sus autoridades, para retomar las tesis del primer Manifiesto con aclaraciones y argumentaciones adicionales que creemos necesarias. Esperamos de nuevo que este documento pueda servir a los ajustes estructurales sugeridos.

Hipótesis del contexto

Los marcos de referencia científicos, como obra de humanos, se inspiran y fundamentan en contextos geográficos, culturales e históricos concretos. Este proceso es universal y se expresa en diferentes modalidades. Se justifica en la búsqueda de plenitud de vida y satisfacción espiritual y material de los que intervienen en el proceso investigativo y creador, así como de los que lo difunden, comparten o practican.

Este principio no es nuevo y ya otros han escrito, aunque de paso, sobre "contextos". Aquí tratamos de combinarlo con "endogénesis" y le añadimos nuestra vivencia de muchos años con comunidades rurales y urbanas y sus líderes, así como nuestra propia experiencia de socialización.

Vemos la contextualización como un principio general. En la literatura científica se encuentran referencias pertinentes en los ensayos de W. E Ogburn y W. I. Thomas cuando hablan de "definición de la situación". Para sociólogos del conocimiento, como Karl Mannheim, la contextualización se expresa como "visión". Y para Berger y Luckmann, "aglomeraciones de realidad y conocimiento se relacionan con contextos sociales específicos".[3]

Filósofos de la biología como Ernst Mayr, que han combatido las interpretaciones mecanicistas y deterministas en la biología, ampliaron la idea de contexto a partir de los conceptos de "sistemas vivos" y "sistemas complejos abiertos", para acomodar niveles jerarquizados que van del núcleo a la célula, el sistema orgánico, el individuo, la especie, el ecosistema y la sociedad.[4]

Esta definición sociobiológica incluye nuestro planteamiento, ya que nosotros reconocemos, como elementos de contexto, aquellos significados, símbolos, discursos, normas y valores que van conectados a sistemas complejos y abiertos de espacio/tiempo, que son biológicos, ecológicos, sociales y culturales. También abre la puerta para examinar los efectos del eurocentrismo sobre lo sociobiológico, como elemento cultural limitante producido por el capitalismo moderno en expansión. Puede recordarse la definición de Samir Amin y otros críticos en el capítulo anterior[5], que cubre los aspectos universitarios e institucionales de este asunto.[6]

2 Al respecto ver en la Parte II de la presente sección el texto "Ciencias sociales, integración y endogénesis". [N. de los E.].

3 Mc Graw-Hill; Ogburn, W. F. (1922). *Social Change.* New York, USA: Huebsch; Manheim, K. (1941). *Ideología y utopía.* México, México: Fondo de Cultura Económica; Berger, P. & Luckmann, T. (1979). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

4 Mayr, E. (1988). Toward a NewPhilosophy of Biology. Cambridge, MA.: Harvard University Press.

5 Hace referencia al texto antes nombrado: "Ciencia, integración y endogénesis". [N. de los E.].

6 Amin, S. (1988). *Eurocentrismo: Crítica de una ideología*. México, México: Siglo XXI Editores.

Dificultades del eurocentrismo

En nuestro país, como en muchos otros, se acepta la validez del conocimiento científico organizado en Europa y luego con gran éxito transferido a Norteamérica. Quizás en razón de tal éxito se llega al extremo de considerarlo también suficientemente adecuado, tanto en su modalidad básica como aplicada, para explicar las realidades en cualquier lugar del mundo, incluidas las de los trópicos húmedos.

Tan elevado aprecio por el conocimiento originado en Europa, de frente a las realidades naturales, culturales y sociales de ese continente, impide percibir las consecuencias negativas que ello implica cuando se transfieren y se intenta utilizarlos para explicar realidades tan diferentes, como las que son propias del medio tropical complejo y frágil, y sobre todo tan diferente al de las zonas templadas del planeta. Quizás por esto mismo, ni siquiera en nuestras universidades, y menos aún en los centros tecnológicos, educativos y culturales perciben la urgente necesidad de nuestras sociedades de disponer, junto al conocimiento universal, de conocimientos contextualizados con nuestras realidades singulares y complejas.

Nos hace mucha falta comprender y aceptar que la sola transferencia de conocimientos básicos o aplicados, válidos para explicar fenómenos o sucesos característicos de otras latitudes o la introducción a nuestro medio de innovaciones o productos, así sean sorprendentemente sofisticados, novedosos y de comprobada utilidad para otros medios, no siempre resultan apropiados para concebir soluciones surgidas en nuestro medio; por el contrario, suelen generar situaciones caóticas y oscurecen la urgencia de promover el conocimiento científico básico o aplicado y tecnológico para captar nuestras realidades y enriquecer nuestros recursos naturales con el valor agregado del conocimiento científico o tecnológico.

Desde luego, se requiere también que nuestros científicos extiendan su acción, en el sentido de contribuir a llenar los vacíos de conocimientos para que nuestras comunidades puedan aprovechar sustentablemente esos recursos. Esto último implica que nuestros científicos difundan ampliamente los conocimientos que con tal fin obtengan y los pongan al alcance de las comunidades rurales y urbanas, quienes apoyadas en tales conocimientos, de suyo contextualizados con las realidades locales y regionales, puedan resolver las dificultades que en un momento dado las agobien.

Cabe, sin embargo, señalar que la utilización de conocimientos científicos modernos, tanto básicos como aplicados, transferidos desde los países europeos a otros países del hemisferio norte, a raíz de acontecimientos relacionados con el poder político-militar, económico y tecnológico, obtuvieron éxito merced al impacto positivo por ellos producido, en favor de las sociedades de los países nórdicos beneficiados.

Con el transcurso del tiempo, tales procesos de transferencia generaron un patrón mundial para la comparación del nivel de desarrollo alcanzado por un determinado país, con respecto al país europeo de donde procediera el conocimiento utilizado para solucionar problemas inherentes al desarrollo económico. El patrón se expresa en una escala de tal modo que el sitio que ocupe un determinado país en tal escala,

señale la magnitud de la brecha que lo aleja de los países del hemisferio norte de donde procedan los conocimientos y las tecnologías utilizadas y que de hecho se califican como desarrollados; en contraste con los llamados países subdesarrollados, recipiendarios del conocimiento y de las tecnologías, como los países tropicales, o del hemisferio sur.

La linealidad implícita de este modelo desconoce la complejidad y elevada fragilidad del medio tropical, en donde la intervención humana sobre el medio, tal que se ajuste a la condición de sustentabilidad, requiere del conocimiento contextualizado que tenga en cuenta la interrelación sistémica de las mencionadas características, así como las igualmente complejas interrelaciones de las comunidades multiétnicas y multiculturales de la sociedad. Sobre todo, si no sólo se trata de alcanzar un lugar más alto en la mencionada escala lineal, sino el "desarrollo sustentable" que asegure la persistencia de la vida en nuestro medio y la disponibilidad de los recursos naturales, indispensables tanto para las presentes como para las futuras generaciones. Pero también la biodiversidad, en particular, en nuestro país poseedor de una de las más elevadas del planeta.

De lo contrario, en un mundo económicamente globalizado, cada día se tornará, en sociedades como la nuestra, más y más imperceptible el papel decisivo que corresponde al conocimiento sobre nuestras realidades para el logro de los objetivos expuestos. La ignorancia sobre nosotros mismos, sobre nuestro origen, nuestro devenir histórico, nuestra geografía, nuestros recursos naturales, entre otros; más pronto que tarde, nos llevará a convertirnos en el gran mercado de los productos y tecnologías de los países poderosos y, sin que nos lo propongamos, en promotores de la economía del consumo. La misma que nos conducirá hacia el endeudamiento cada vez mayor y a la sobreexplotación de nuestros recursos.

Nivelación de paradigmas

Sin embargo, con base en la hipótesis del contexto que acabamos de señalar, estos hechos no prueban que los paradigmas dominantes -tales como el positivismo cartesiano, el mecanicismo newtoniano y el funcionalismo parsoniano- sean superiores, mejores o más eficaces para fines específicos, que aquellos otros paradigmas que puedan construirse o generarse en otras latitudes, que conduzcan al fortalecimiento de nuestro mundo. De donde resulta que todos esos conocimientos devienen en constructos. Por esta razón es comprensible que si un marco científico de referencia no se arraiga en el medio donde se quiere aplicar, aparezcan rezagos y desfases teórico-prácticos, con implicaciones disfuncionales para los sistemas culturales, sociales, políticos y económicos. Tal ha sido el caso de nuestro país y de sus ambientes, de nuestras culturas y de nuestros grupos humanos. La situación empeora cuando los marcos de referencia que se emplean aquí resultan copias textuales o limitaciones impuestas de paradigmas desarraigados del contexto propio.

Estas imitaciones o copias, que resultan inviables, son fuente de desorganización y anomia que llevan a tensiones expresadas en violencias, desórdenes y abusos destructivos del medio ambiente. Necesitamos, pues, construir paradigmas endógenos enraizados en nuestras propias circunstancias, que reflejen la compleja realidad que tenemos y vivimos.

Complejidad y vivencia en el trópico

Las condiciones vitales del país tropical colombiano –así amazónico como andino– son únicas y diversas y por lo mismo inducen y exigen explicaciones propias, manejos técnicos e instituciones eficaces según paradigmas endógenos, alternativos y abiertos. Como viene sugerido, estos constructos necesitan reflejar el contexto que los sustenta. Desde el punto de vista del científico, el conocimiento de las realidades locales resulta tanto más útil y rico cuanto más se liga con la comprensión y autoridad de la vivencia personal. Autoridad científica e intuición que provienen del contacto con la vida real, las circunstancias, el medio y la geografía. Por lo mismo, de esta endogénesis pueden surgir descubrimientos e iniciativas útiles para la sociedad local que alivien las crisis del propio contexto. Nosotros, los que pertenecemos a los trópicos, poseemos recursos privilegiados para acceder a estos conocimientos especiales y sistematizarlos, con la contribución de los pueblos indígenas involucrados de origen.

Es sabido que las características del medio tropical contrastan con las de las zonas templadas de la Tierra. Pero de allí proceden las recomendaciones equivocadas muchas veces para el desarrollo económico, que nos han predicado como suficientes o finales. Los paradigmas cerrados de otras partes llevan con frecuencia a la castración intelectual en nuestro medio y al colonialismo intelectual. Además, son los mismos que en las últimas décadas, y en particular en los países tropicales, han incidido negativamente en el deterioro de las relaciones hombre-naturaleza. Recordemos, entre otros ejemplos, que en la selva amazónica (donde se suponía, de acuerdo con los paradigmas foráneos, presencia de suelos ricos en nutrientes minerales) la escasez de nutrientes del suelo alcanza grados críticos, por lo cual las especies tienen que utilizar las más sutiles posibilidades para tener acceso a aquéllas. Son nuestros grupos campesinos y aborígenes los que mejor conocen de estos ciclos vitales del continuo crecimiento, y los que han creado o descubierto variedades de plantas útiles, así como formas de conducta y organización social congruentes con esas condiciones básicas. Pero los paradigmas cerrados construidos en las zonas templadas, por regla general son incapaces de acomodar estas antiguas sabidurías indígenas.

He aquí una ilustración de lo que venimos diciendo: en nuestras tierras se registran los índices de diversidad orgánica más altos. Cada día es más evidente la extraordinaria diversidad biológica de nuestras selvas húmedas y de los bosques y páramos, así como de las sabanas, arrecifes de coral y pisos de los mares profundos. Retos similares se encuentran en las costumbres, valores y formas de organización social que nos hemos dado, y que debemos ir ajustando con el paso del tiempo y con la multiplicación de las necesidades. Pero también es aquí donde se presentan ahora los mayores descensos en la biodiversidad, y los mayores peligros para la supervivencia de la sociedad y de la vida, no sólo en Colombia sino en el mundo entero.

Necesidad de la endogénesis

Así, la endogénesis explicativa y reproductiva es necesaria entre nosotros porque las condiciones locales que impone el contexto andino y tropical son infinitas. Ello no está anticipado adecuadamente por los paradigmas eurocéntricos. Debemos ser conscientes de las marcadas diferencias del trópico en cuanto al clima, al suelo y al grado de complejidad y fragilidad de nuestros ecosistemas en comparación con los de las otras zonas. Ello condiciona la conducta humana y enriquece el acervo cultural.

La reconstrucción de la armonía entre el hombre y la naturaleza en nuestro país obviamente implica empezar por conocer las peculiaridades del medio en el cual nos corresponde vivir. Esto lleva a investigaciones científicas independientes dirigidas a conocer la intrincada realidad natural y nuestro desenvolvimiento social y cultural. Ello puede hacerse dentro del marco de una concepción holística y sistémica que advierta sobre la inconveniencia de generalizar los conocimientos de un fragmento de la realidad a toda ella.

Recordemos que el clima tropical se caracteriza por la estacionalidad térmica circadiana: verano en el día, invierno en la noche, condición que se acentúa a medida que aumenta la altura en las montañas. El clima tropical se caracteriza también por la ocurrencia de oscilaciones intermitentes de la radiación, de la humedad relativa y de la temperatura durante el período de luz del ciclo diario, no obstante la estabilidad de los promedios mensuales de parámetros climáticos. Además, en los trópicos, en áreas relativamente reducidas, existen centenares de especies de árboles y de otros organismos, pero de cada una se encuentran pocos individuos en el mismo sitio. Las abundancias suelen ser bajas, especialmente de la megafauna.

La estructura del hábitat, a manera de una malla fina de nichos específicos, es la forma como se concreta la gran complejidad y biodiversidad de los ecosistemas tropicales. Éstas son características propias de nuestro medio, que han condicionado a la vez formas de pensar, sentir y actuaren nuestros grupos culturales y étnicos, cada cual en su lugar y en su región. De este flujo dinámico pueden obtenerse soluciones efectivas para problemas dados, por ser relevantes al medio contextual. Estas soluciones no pueden entenderse ni aplicarse copiando o citando esquemas de otros contextos como autoridad suficiente, sino liberándonos de éstos con el fin de ejercer la plena autodisciplina investigativa de la observación y la inferencia.

Creatividad nacional y suma de saberes

Es por lo tanto posible, lógico y conveniente desarrollar paradigmas científicos y marcos técnicos de referencia que, sin ignorar lo universal o lo foráneo, privilegien la búsqueda de la creatividad propia. Para esta tarea autopoiética, la idoneidad de nuestro elemento humano ha sido ampliamente confirmada y conocida desde hace siglos –por lo menos desde el sabio Francisco José de Caldas–, por su acceso relativamente expedito a los elementos intrínsecos del medio natural, por su creatividad y producción con conocimientos tradicionales y modernos, sin necesidad de xenofobia. Todo esto lo hemos realizado hasta ahora, como lo demuestran concur-

sos recientes de inventores colombianos, pero en condiciones difíciles a causa de la pobreza y explotación existentes, la discriminación política y de clases, la dependencia político-económica y el fraccionamiento de la sociedad, sin olvidar la subordinación anímica y mental.

No se trata de aislarnos del mundo intelectual externo ni de ser xenófobos. Se requiere cumplir con una necesidad de acumulación de conocimientos congruentes con nuestro crecimiento y progreso, que se define como "suma de saberes". La acumulación de los norteños y su superioridad técnica no pueden negarse. Pero pueden ligarse, de manera horizontal y respetuosa, con lo que los sureños hemos aprendido y descubierto en el contexto propio y con la ciencia popular de suyo contextualizada.

Por fortuna, la llegada del nuevo siglo coincide con la disponibilidad de novedosas herramientas analíticas de tipo abierto que se derivan de saberes consolidados de diversa índole. Al combinarlas acá, con buen juicio crítico, pueden ayudarnos a entender las dimensiones complejas, irregulares, multilineales y fractales de nuestras estructuras tropicales, así sociales como naturales. En esta forma sumatoria, teorías de europeos sobre complejidad y sistemas (P.B.Checkland, Ernst Mayr) se enriquecen con las de Maturana o con las de los indígenas Desana ("circuitos de la biosfera") estudiadas por Reichel; la teoría del caos (Mandelbrot, Prigogine) se refresca con los estudios de la cotidianidad de la colega venezolana Jeanette Abuabara; la cosmovisión participativa de Peter Reason se contextualiza con la utopía participativa de Camilo Torres; el holismo de Bateson y Capra encuentra apoyo en pensadores orientales y aborígenes. Se perfila así una alianza de colegas del norte y del sur en la que podemos tomar parte motivados por los mismos problemas e impulsados por intereses similares, una alianza entre iguales que logre corregir en todas partes los defectos estructurales e injusticias del mundo contemporáneo.

Política científica propia

Este desarrollo propio en la resolución de conflictos sociales y disfunciones con la naturaleza, debe ser meta principal de las políticas científicas y culturales de nuestro país. Como hemos dicho, la simple repetición o copia de paradigmas eurocéntricos debe detenerse si entendemos por cultura la interacción de la sociedad con el medio social y natural que la sustenta. Tenemos que potenciar tal interacción con el conocimiento de nuestra historia, de nuestras realidades geográficas y de nuestros recursos de tal modo que resulten valores compartidos, generadores de solidaridad, robustecedores de nuestra identidad cultural.

Para evitar tal insuceso, entre otros, nuestros centros educativos, académicos y científicos deben asumir el compromiso de superar la tendencia a considerar a la enseñanza que se imparte en cualquiera de los niveles educativos como simple transmisión de la información que luego los alumnos deben repetir de memoria cuando enfrentan las pruebas de evaluación. Se debe también superar aquella confusión de equiparar el significado del vocablo conocimiento con el del vocablo información. Por el primero se debería entender el enunciado de interpretaciones abstractas explicativas de los factores o causas implicadas en la ocurrencia de un determinado fenómeno, natural o social. Interpretaciones a la vez

interrelacionables y conformantes de un cuerpo de explicaciones total, dotado de la capacidad de generar predicciones, sometibles a la prueba de la observación o experimentación.

En síntesis, se trataría de obtener que el conocimiento resulte de la confrontación dialéctica de tales cuerpos de explicaciones o "saberes", conformadores de las líneas de pensamiento con la realidad local, regional o universal. Los conocimientos así obtenidos, pueden formularse en forma de teorías, modelos o enunciados.

Por otra parte, la información se refiere a hechos, acontecimientos cualitativos y cuantitativos en referencia a fenómenos de las realidades sociales o naturales del ámbito local, regional, o universal. Sin embargo, la información puede contribuir a originar conocimiento, si de la interrelación de sus contenidos surgen interpretaciones explicativas, sometibles a prueba.

Estas diferenciaciones deberán tenerse en cuenta en el establecimiento de criterios para la evaluación del rendimiento y nivel de calidad académica, científica o tecnológica en nuestras instituciones educativas, en sustitución de aquellos criterios que apuntan a medir la simple capacidad de retener en la memoria, así sea pasajeramente, la información sobre los temas o asuntos expuestos en las cátedras o en los textos de estudio y consulta. Sobra destacar la importancia que esto tendría tanto en la formación, en nuestros países, de nuevas promociones de científicos, así como en los procesos de creación de los conocimientos indispensables para señalar el camino apropiado que conduzca a nuestra sociedad hacia el desarrollo sustentable endógeno.

Universidad participativa

Nuestros centros educativos, académicos y científicos deben establecer criterios, de acuerdo con las metas ya enunciadas, para la evaluación de las tareas e informes técnicos. Tales criterios deben ser prioritariamente de inspiración local y no transferidos desde las regiones del mundo hoy dominantes. Los productos de nuestros trabajos, deben ser juzgados principalmente por su originalidad, pertinencia y utilidad para nuestra propia sociedad. No pueden valer más por el sólo hecho de comunicarse en inglés, francés o alemán, entre otras lenguas europeas, o por publicarse en revistas de países avanzados. Tampoco debe perderse el vínculo vital con lo propio y regional en las comisiones educativas que se realicen en el exterior, ni tampoco querer repetir aquí versiones de lo asimilado e inspirado en contextos foráneos.

Controlar la explotación inequitativa del conocimiento que producimos cuando los interesados de otras latitudes desconocen los aportes y derechos de los creadores raizales e indígenas, debe ser motivo de permanente preocupación. No estamos proponiendo el retorno a formas coloniales de explotación y exportación de productos tropicales, sino atender a un desarrollo integral de éstos, que comprenda su valor agregado y las técnicas de su transformación. Para estos fines conviene anticipar un uso sustentable y autonómico de nuestros recursos de tierra, agua, viento, sol y otras fuentes de energía, así como las formas productivas y reconstructivas de la ocupación humana del territorio, para lo cual es indispensable disponer de conocimientos científicos contextualizados como viene dicho.

Nuestras crisis se agudizan, entre otras razones, por la carencia de una conciencia activa sobre el papel que ha tenido y tendrá el conocimiento científico en el desarrollo de la humanidad, sea que provenga de las ciencias naturales o de las ciencias sociales. Tampoco existe clara conciencia sobre el papel cumplido por el pensamiento racional causal en el desarrollo de la ciencia postrenacentista. Menos aún sobre el que corresponderá al pensamiento sistémico complejo en el desarrollo y unificación de las ciencias en las cuales podemos sustentar la interdisciplina.

Para apoyar estos procesos, necesitamos universidades democráticas y altruistas que estimulen la participación creativa de los estudiantes en la búsqueda de nuevos conocimientos, y en tal medida consideren la investigación como herramienta pedagógica del mayor valor, sustentadora de la autonomía académica. Que tengan por tarea prioritaria la consolidación de un ambiente cultural que propicie la creatividad a lo larga de todas las etapas de formación que contribuyan al proceso de reconstrucción social y al bienestar de las mayorías desprotegidas de la población. Se requiere universidades participativas comprometidas con el bien común, en especial con las urgencias de las comunidades de base, que mediante técnicas de educación, investigación y acción combinadas tomen en cuenta la formación de ciudadanos capaces de emitir juicios fundamentados en el conocimiento de las realidades sociales y naturales. Las universidades participativas deben ser crisoles centrales de los mecanismos de creación, acumulación, enseñanza y difusión del conocimiento.

Esto contribuirá a sustituir las definiciones discriminatorias entre lo académico y lo popular y entre lo científico y lo político, sobre todo en la medida en que se haga énfasis en las relaciones complementarias. Así también merecemos vivir y progresar de manera satisfactoria y digna de autoestima, empleando nuestros grandes y valiosos recursos.

Luis Eduardo Mora-Osejo, por las Ciencias Naturales.
Orlando Fals Borda, por las Ciencias Sociales.[7]

7 Traducida al inglés, la presente versión se publica en dos revistas científicas de Europa durante el primer semestre de 2003, con lo que se espera establecer una discusión directa sobre el tema con colegas europeos y norteamericanos.
Como dato adicional recordamos que el sociólogo brasileño Gilberto Freyre fundó en el Instituto Joachim Nabuco de Rio de Janeiro en el decenio de 1940 la revista Tropicologia, que todavía se publica. Otros autores han mencionado el tópico en diversas ocasiones, de modo que este puede seguir bajo la lupa de los colegas por un tiempo.
El doctor Luis Eduardo Mora-Osejo es autor y Profesor Emérito de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia y ex-Rector de la Universidad de Nariño, Premio Nacional al Mérito Científico por Vida y Obra, Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Doctor en Ciencias de la Universidad Jobannes Gutenberg de Mainz (Alemania). Ha recibido muchos otros premios y grandes distinciones en Colombia y en el exterior.

Casos de imitación intelectual colonialista

Hasta ahora hemos enfocado aspectos teóricos del colonialismo intelectual implícitos en diversas modalidades del compromiso (el compromiso-pacto), o al hablar de manera general sobre una ciencia rebelde que responde a una crisis, o de una sociología de la liberación.

Es necesario ser más específicos y señalar ejemplos concretos de colonialismo intelectual entre nosotros. El presente capítulo enfoca sumariamente el problema, relacionándolo con los científicos sociales[1]. El siguiente lo hace en cuanto a la política reformista o desarrollista que ha caracterizado la formación (y deformación) de cooperativas en América Latina.

Comencemos haciéndonos una pregunta:

¿La fuga de talentos puede realizarse sin emigrar de un país a otro? Cuando un científico que permanece en su tierra adopta como patrón de su trabajo exclusivamente aquel desarrollado en otras latitudes, sin hacer un esfuerzo crítico para declarar su independencia intelectual, puede producirse también aquel despilfarro de la inteligencia y del esfuerzo autóctonos que caracteriza al "robo internacional de cerebros". La creatividad personal da paso entonces al servilismo y a la imitación fatua y muchas veces estéril de modelos extranjeros considerados avanzados, que sirven más para la acumulación del conocimiento en las naciones dominantes que para el entendimiento de la propia cultura y la solución de los problemas locales.

Este asunto del servilismo está muy vinculado a la práctica de colaboración entre investigadores de distinta nacionalidad y de diferentes disciplinas. Vale la pena examinar algunos aspectos aplicables a las ciencias sociales, para deducir pautas que permitan combatir el despilfarro del talento, especialmente en nuestros países latinoamericanos, que tan necesitados están de realizar el más amplio uso de sus escasos recursos humanos, económicos y tecnológicos.

1 Estudio publicado originalmente en *Diálogos* (Colegio de México), No. 29, septiembre-octubre, 1969, y basado en la intervención que hice en un simposio sobre "Colaboración internacional en ciencias sociales", realizado en la Universidad del Estado de Nueva York. Stony Brook, marzo, 1968. Cf. la conferencia que dicté en la Universidad de Columbia, Nueva York, el 2 de diciembre de 1966, bajo los auspicios del Nacla (North American Congress for Latin America), sobre "Prejuicios ideológicos de norteamericanos que nos estudian"; y otras críticas similares hechas por mí en los Estados Unidos.

Como punto de partida tomemos la tesis de que tener un compromiso social es no sólo una forma apropiada para reconstruir la sociedad, sino también un reto para crear una ciencia seria que sea propia a la vez. Esta es aquella disciplina que, al enfocar las necesidades y objetivos supremos de la sociedad local, llena también todos los requisitos académicos de acumulación del conocimiento, la formación de conceptos y la sistematización universal.

El reto de la ciencia comprometida ha, sido aceptado en toda su potencialidad creadora por científicos como Barrington Moore, Maurice Stein, Louis Wirth, Gunnar Myrdal, Arthur Vidich, Irving Horowitz y algunos otros que derivaron su inspiración de la tradición de la sociología dinámica, la sensibilidad política y el celo misionero por el cambio social, actitudes que resucitó C. Wright Mills. Estos sociólogos llenaron los requisitos exigibles en cuanto a idoneidad, pertinencia e integridad, para producir una ciencia propia y seria, poco sujeta a la fuga del talento en sus respectivas sociedades.

Cuando se aplican estos criterios a la ciencia social latinoamericana -con el contexto mundial en mente- puede descubrirse un panorama triste "que no inspira", como dijo una vez un profesor norteamericano, porque muestra "estados de desorden" y de "confusión". Aún más: se ha señalado el peligro de que "siga habiendo una ciencia social de segunda clase" (al sur del río Bravo) si los norteamericanos "se pliegan románticamente" a las decisiones latinoamericanas en cuanto a la selección de temas de investigación. Este asunto se relaciona con el problema de la imitación colonialista, que es otra manera de expresar la "fuga espiritual" del talento en una región dada.

Soy el primero en admitir que nosotros, los científicos sociales de América Latina, todavía tenemos mucho que aprender para llegar a ser tan respetados y hábiles como los científicos físicos o los naturalistas, y tan independientes como ellos. Comenzamos la carrera más tarde, y nuestra juventud posiblemente nos limite un poco. Sin embargo, el trabajo de muchos colegas latinoamericanos puede compararse favorablemente, desde el punto de vista técnico y desde muchos otros, con cualquier trabajo realizado por cualquier científico en cualquier parte del mundo. De hecho, ellos pueden responder con propiedad algunas de las preguntas formuladas por los colegas de otras partes, y se verá que no son tránsfugas intelectuales. Su ejemplo como profesionales creadores y originales es digno de estudio, porque puede estar indicándonos cómo combatir la fuga del talento y cómo salir de la mediocridad en que nos hallamos, especialmente aquellos que, como yo, hemos seguido rutinariamente, a veces, los modelos extranjeros "asépticos" de la ciencia no comprometida, creyendo de buena fe que estos eran los cánones más altos de la metodología de la investigación.

Sin duda es interesante descubrir que la creatividad de algunos de los mejores profesionales latinoamericanos contemporáneos va en relación inversa a su dependencia de los modelos de investigación y de los marcos conceptuales diseñados en otras partes, tales como los que se acostumbran en Norteamérica y en Europa. En otras palabras, a mayor creatividad y perspicacia en la investigación local, menor dependencia de la versión actual de la tarea intelectual que se observa en los países avanzados, y menor el impacto posible del "robo de cerebros". Pero esta conclusión no debería sorprender a nadie, porque de hecho la ciencia social de segunda clase que se observa entre nosotros puede deberse a la cándida imitación que hemos

hecho de las teorías de segunda clase y de la conceptualización estéril que se originan en los países avanzados, y que se difunden de ellos a nosotros.

Los trasplantes conceptuales de una cultura a otra, a diferencia de los injertos de órganos en el cuerpo humano, no han recibido toda la atención que merecen. Sin embargo, el principio de la aceptación o rechazo de ideas nuevas puede ir al meollo del problema de la investigación colaborativa y del servilismo científico. Naturalmente, es inevitable que las ideas y conceptos se difundan rápidamente en medios propicios, y en el mundo de hoy el compañerismo y la comunicación entre los científicos son más estrechos que nunca. Pero la experiencia nos demuestra que tal facilidad de contactos científicos y culturales puede tener efectos positivos así como negativos. La imitación simple, aparte el deseo honesto de confirmar una hipótesis, con frecuencia ha resultado ser un callejón sin salida, como puede verse en las disciplinas sociales cultivadas en la América Latina.

Por ejemplo, en la sociología y en la psicología social el trasplante del modelo del equilibrio para explicar transformaciones locales, o el de la hipótesis de la anomia como una variable dependiente automática de la urbanización, o el de la medida de actitudes n-Ach, en general, no ha tenido éxito. En antropología, los esfuerzos para aplicar el concepto de "indecisión social" a los grupos campesinos en transición, así como algunas tipologías bipolares, han resultado algo estériles. En geografía humana, el método Köppen de clasificación de climas y la búsqueda de las óptima loci no han llevado a ninguna parte. En economía, la teoría del "despegue" o take off del desarrollo no parece tener bases firmes.

Por otro lado, habrá mucho que aprender de los principios de organización social que se aplican a la "civilización selvática" y a la tecnología desarrolladas por las guerrillas del Vietnam y de otras partes; y también hay mucho que deducir de los experimentos sociales de Cuba que se llevan a cabo en gran escala, y sobre los cuales ha de existir, por lo menos, la curiosidad natural de los científicos.

Por lo tanto, aquellos que recibimos el impacto de culturas dominantes debemos ahora más que nunca tener la precaución y el buen juicio de saber adaptar, imitar o rechazar los modelos extranjeros. Debemos desarrollar un sexto sentido para descubrir esquemas y conceptos que no darían resultado; o, por lo menos, desarrollar un diseño experimental para controlar la difusión de teorías sin importancia aparente, evitando así el desperdicio posterior de recursos y de tiempo a que daría lugar la imitación colonialista, y la eventual fuga de talentos.

Así mismo, nosotros, los científicos del tercer mundo, deberíamos esforzarnos por ser verdaderos creadores, para saber usar materiales autóctonos y normas conceptuales originadas en situaciones locales. Naturalmente, el desarrollar esta capacidad autónoma de "andar solos" es una prueba final, en cualquier parte, de ciencia fecunda y provechosa, y requiere trabajo arduo, más duro aún que el que nosotros hemos podido realizar hasta ahora en la América Latina y que nos hace tan perezosamente inclinados a adoptar lo extranjero. Esta tarea exige que los científicos sociales de la América Latina "lleguemos a los hechos", nos "ensuciemos" las manos con las realidades locales y demos un mejor ejemplo de dedicación industriosa y productiva que pueda igualarse a la de los colegas de otras partes.

Algunos latinoamericanos pueden estar evitando los temas más candentes y delicados de nuestra sociedad, lo cual es un defecto porque coarta la originalidad. Pero afortunadamente esa no es la tendencia actual. No es comprensible que la colaboración en la investigación y el acercamiento interdisciplinario no puedan brindar contribuciones en este sentido, especialmente si los interesados se mueven dentro de los mismos marcos de referencia, se respetan mutuamente y se inspiran en el mismo compromiso social. Una ciencia universal más rica sería el producto natural de esta colaboración hasta cierto punto "centrípeta". De hecho, también es tiempo de que los científicos de regiones menos desarrolladas realicemos con audacia y autonomía más estudios sobre los Estados Unidos y otras naciones avanzadas e imperialistas en etapas de superdesarrollo. Pero no para protocolizar la fuga del talento, sino para conocer mejor a los poderes dominantes, con miras al progreso y a la realización de la potencialidad de los países dominados.

Pero más que asistencia técnica unilateral lo que se está necesitando es colaboración honesta. Hay muchos profesionales de países avanzados que no solamente conocen los problemas sociales de otras partes, sino que se sienten políticamente atraídos por ellos. La colaboración con esa clase de profesionales rebeldes, que miran con simpatía los esfuerzos nacionales hacia una profunda renovación social, puede ser productiva. Se observa en esos profesionales el nacimiento de una antiélite intelectual articulada. Y la antiélite puede ser signo saludable del cambio subversivo necesario en una sociedad. Esta renovación en las academias de los países avanzados puede estarse produciendo con rapidez, y ya se expresa en movimientos de protesta social y política y en la aparición de publicaciones iconoclastas.

Así, es importante tener un sentido real del compañerismo intelectual, un compromiso firme con el cambio social necesario y un sincero afán de crear una ciencia propia y respetable, para evitar la fuga espiritual del talento, así como la emigración del científico frustrado.

LA ANTIÉLITE: AGENTE DE CAMBIO

La antiélite y su papel en el cambio social

En la literatura sociológica se han hecho pocos intentos de sistematización del concepto de "antiélite" y, en cuanto este autor lo ha podido verificar, no existe en la actualidad una descripción completa de este grupo social, a pesar de su indudable importancia política y social. Las dificultades prácticas y aún los peligros de estas tareas son también evidentes.

Sin embargo, el concepto mismo ha sido adoptado por tratadistas de reconocida competencia. Harold D. Laswell, por ejemplo, define la antiélite como un grupo de individuos "que profesan una contraideología" (concepto aceptado por T. Parsons) y a quienes, sin embargo, "se reconoce como personas que ejercen una influencia significativa sobre decisiones importantes... [Y además] que inhiben, o en alguna forma modifican a la élite establecida".[1] S. N. Eisenstadt afirma que las antiélites auspician "la rebelión general" dentro de la sociedad con el fin de "interrumpir la continuidad social y establecer un nuevo orden social secular", y ve en ellas un elemento de juventud.[2] Chalmers Johnson se refiere a las antiélites como "personas que protestan contra el *status*" *(status-protesters)* y para los cuales existen dos cursos de acción; o bien reconstruir la existente escala de posiciones, o bien restaurar la antigua jerarquía.[3] Y en uno de los análisis pertinentes más recientes, las antiélites son identificadas como "élites desafiantes" por Robert E. Scott, quien además subraya sus tendencias entreguistas o conservadoras.[4]

Es evidente que hay un elemento de realidad en este concepto, discernible para el observador que examine los hechos históricos dentro de un marco sociológico, y que aprecie el fenómeno más ampliamente conocido como la "circulación" de Pareto. Hasta cierto punto, el valor práctico del concepto de la "antiélite" está ligado al de la "élite", definida como el conjunto de

1 Laswell, H. D. & Lerner, D. (Eds.) (1965). *World Revolutionary Elites: Studies in Coercive Ideological Movements*. Cambridge, MA, USA: M.I.T. Press, p. 16-17; Parsons, T. The Social System. Glencoe, IL: Free Press, p. 355.

2 Eisenstadt, S. N. (1964). F*rom generation to generation. Age groups and social structure.* New York, USA: Free Press, p. 314-315.

3 Johnson, C. (1966). *Revolutionary Change*. Boston, USA: Little, Brown, Cap. 5, especialmente, p. 106.

4 Scott, R. E. (1967). Political Elites and Political Modernization. En Lipset, S. M. & Solari, A. (Eds.). *Elites in Latin America.* New York, USA: Oxford, University Press., p- 126-127.

personas que monopolizan el prestigio y el poder de una sociedad. Por lo mismo, está también sujeto a las ambigüedades que han afectado a esta categoría general, especialmente en lo relacionado con el origen y composición social de los grupos dominantes. Pero esto no debería ser así, y un esfuerzo de investigación mayor podría dar resultados positivos en este sentido.[5]

Así como las élites se expresan bajo diferentes circunstancias históricas y sociales, también ocurre igual con los grupos que las retan. Cuando este reto proviene de un grupo de pares, o de sus iguales, con el propósito de variar las reglas del juego y la estructura de poder de la sociedad (especialmente en sus estratos más altos), se dan los requisitos más básicos y generales para la aparición de la antiélite. Esencialmente, por lo tanto, una antiélite puede definirse como aquel grupo de personas que ocupando posiciones de alto prestigio se enfrentan a los grupos dominantes para arrebatarles el poder político.

La productividad de esta definición depende de una variable independiente –"posiciones de alto prestigio"– así como de las características del conflicto entre la élite y la antiélite. Por "posiciones de alto prestigio" se entiende el conjunto de posiciones que ocupan las personas que han alcanzado símbolos valorados, o a quienes éstos se adscriben, especialmente en relación con el conocimiento y la educación, el poder político y eclesiástico, la riqueza, y las actividades administrativas o de explotación económica. Esta subdefinición permite incluir en el análisis de antiélites grupos claves o estratégicos de diferentes orígenes sociales, como los intelectuales, los estudiantes y profesores universitarios, los líderes religiosos, militares y laborales, y los políticos que en un momento dado puedan conformar la oposición a un régimen, aunque no pertenezcan a las clases altas o aristocráticas.

Entender la verdadera naturaleza del conflicto entre élite y antiélite es tan importante como estar alerta al origen y a la composición social de sus miembros. La acción política es de especial importancia en este sentido, porque la base del poder social queda en entredicho, con todas sus consecuencias económicas e ideológicas. En tanto que los resultados de la investigación nos lo permitan, es posible afirmar que dos clases de conflictos parecen importantes en este sentido: aquel que es principalmente generacional, y el que es principalmente ideológico.

Las antiélites generacionales parecen ser una característica regular o permanente de la sociedad. Su origen radica en las desviaciones autónomas que se producen por la socialización y otros mecanismos de diferenciación social, como la edad, el matrimonio, la familia, la educación, etc., que no amenazan las bases valorativas del orden social. Algunas perspectivas divergentes acerca de las normas y la organización social, y modos diferentes de compartir o distribuir los beneficios y los símbolos del prestigio, pueden aparecer entre las generaciones, aquella de los mayores

5 La línea seguida por Pareto, Mosca y Michels en sus investigaciones sobre las élites no es aceptada por los marxistas ortodoxos, debido a que es contraria a la interpretación económica de la historia que ellos siguen. Sin embargo, sería interesante volver a analizar los trabajos sobre élites y conflictos escritos por marxistas y neomarxistas como C. Wright Mills y Ralf Dahrendorf, con el fin de ver si es posible un acercamiento entre las dos posiciones. Una obra importante es Bottomore, T. B. (1964). *Elites and Society,* Londres, UK: Watts. Marx mismo tomó nota del fenómeno de las antiélites en *El 18 Brumario de Napoleón Bonaparte.*

y la de los adultos jóvenes; de igual manera entre quienes están en el poder y los que esperan su turno. Tales perspectivas encontradas estimulan el conflicto interpersonal al nivel político. Los conflictos pueden resultar tan graves que la guerra civil se vuelve probable.

Pero estas divergencias, aunque potencialmente destructivas, no minan profundamente las reglas del juego. Por el contrario, la solución bélica a este tipo de conflictos generalmente no debilita el *statu quo*. En América Latina, las reglas del juego han incluido el derecho a la revuelta, pues ésta ha sido sancionada desde las guerras de independencia. En esta forma ocurre una circulación de las élites sin que cambie el orden social.[6] Así, en tales circunstancias, las antiélites generacionales ejercen una función de preservar las estructuras tradicionales de la sociedad y de servir como mecanismo de renovación para los grupos dominantes. Todo este proceso puede verse más como una simple adaptación social que como una sustitución definitiva de las instituciones.

Las antiélites ideológicas surgen de las generacionales en algunos períodos históricos críticos. Esto ocurre cuando los miembros de una antiélite –generalmente algunos de los más jóvenes y los intelectuales– son capaces de articular una ideología basada en incongruencias e inconsistencias recién observadas en su sociedad, o en la necesidad sentida de redistribuir entre grupos desprovistos y marginales los símbolos de poder y de prestigio y los beneficios alcanzados. Cuando logran organizarse y extender su rebelión a otras colectividades con intereses enfocados hacia el cambio, las antiélites ideológicas producen un efecto inmenso en la transformación de la sociedad, y se vuelven, de hecho, instrumentos para el logro de un nuevo orden social. Se convierten entonces en elemento clave para iniciar una subversión, es decir, se convierten en un tipo de "disórgano".[7] En estas circunstancias, las antiélites ideológicas parecen tener las siguientes funciones:

1) Iniciar la creación y difusión de antivalores y antinormas dentro del orden social establecido;

2) Servir como grupo de referencia a otras colectividades rebeldes ubicadas en los diferentes niveles o estratos de la sociedad;

3) Retar a los grupos dominantes desde dentro, utilizando sus propias armas y procedimientos.

Las antiélites son importantes para la iniciación de la subversión, aunque no son tan efectivas para mantener la presión de la compulsión subversiva. Para esta difícil tarea es necesario que aparezcan disórganos más comprometidos y constantes. Esto es así debido a que las antiélites, aún en los períodos subversivos, parece que sufren de una metamorfosis en dos etapas,

6 La definición de "orden social" empleada en este ensayo se basa en la sistematización de este concepto hecha por el autor en: Fals Borda, O. (1967). *La subversión en Colombia*, Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia-Tercer Mundo Editores, cap. 2. (Véase también el capítulo precedente sobre el cambio marginal). El capítulo al que hace referencia el autor se titula "El cambio marginal: su aplicación a la guerra de liberación (1809-1830)", contenido en el mismo libro de donde se extracta el presente capítulo. [N. de los E.].

7 Ibid., cap. 1 y apéndice B, para una discusión sociológica de la "subversión". "Los disórganos son el conjunto de grupos innovadores, instituciones desafiantes del orden social y *status*-roles emergentes que sostienen una actividad heterodoxa, rebelde o iconoclasta, con el fin de producir, difundir o imponer antivalores y contranormas". Ibid., p. 267.

una de las cuales permite un proceso de captación que tiende a frenar el impulso revolucionario. Estas etapas son:

1) La etapa iconoclasta, durante la cual el cisma de la élite es real, estimulando la crítica y la protesta activa. Cuando las incongruencias e inconsistencias del orden social se observan con apoyo ideológico -y si al mismo tiempo se mantiene el compromiso con el cambio- esta etapa se convierte en subversión.

2) La etapa de asimilación durante la cual la antiélite se institucionaliza y, o bien se cristaliza en una nueva élite una vez suplantada total o parcialmente la antigua, o sus miembros son captados sucesivamente por los grupos dominantes tradicionales a medida que éstos maniobran para asegurar su supervivencia. Este proceso de captación toma dos formas: (a) una positiva, por medio de la cual la élite acepta compartir y redistribuir los símbolos del poder y del prestigio así como los beneficios correspondientes, y abre nuevas posibilidades de acción social y política (los casos de Inglaterra, Suecia, México, Japón); y (b) una reaccionaria, por la cual son reducidos los rebeldes –o éstos se dejan seducir– por el halago de posiciones o prerrogativas en el "sistema", o con regalos, sanciones, y cosas similares; o son presos, desterrados o muertos cuando no se someten.

Los sociólogos citados anteriormente están de acuerdo en que el proceso de captación es una característica que afecta a toda antiélite. Por lo tanto, podría concluirse que la antiélite es un grupo que tiene las mismas tendencias conservadoras de autopermanencia e institucionalización que son propias de otros grupos sociales. Esto parece ser especialmente cierto en el tipo generacional de antiélite, así como en la del tipo ideológico después de iniciarse la acción subversiva. Sin embargo, la aparición del tipo ideológico en períodos recientes de subversión y el martirio de la rebeldía ha significado para algunos de sus miembros en varios países quizá demuestra la gran potencialidad, de esta antiélite como factor de cambio social.

En teoría, las antiélites pueden ser elementos poderosos para la revolución cuando no se dejan captar. El esfuerzo de impedir la captación o, al menos, de reconocer los peligros de ésta, especialmente la reaccionaria, parece ser de suma importancia para asegurar la eficacia de las antiélites en las sociedades que se transforman. Esto queda más claro cuando se hacen estudios de casos históricos pertinentes.

En consecuencia, la eficacia del cambio en el orden social va en relación directa con el grado de compromiso que se tenga con la subversión. Naturalmente, el resultado del conflicto no depende sólo de la antiélite (lo cual sería caer en una explicación unicausal, simplificada y errónea), sino de la combinación de muchos factores sociales y económicos durante el período de la subversión (antivalores, antinormas, disórganos políticos y de otra índole, e innovaciones tecnológicas).[8] Si la antiélite y otros grupos rebeldes permanecen fieles a los fines originales de la subversión (incluso a sus elementos utópicos) y si tienen éxito en compeler y apresurar el ritmo de la transformación, y en crear las condiciones objetivas para la

8 Ibid., caps. 9 y 10. Véase el capítulo 1 de este libro. El "capítulo 1" al que hace referencia el autor está contenido en la presente selección de escritos bajo el título "La subversión justificada y su importancia histórica". [N. de los E.].

rebelión, se logra un nuevo orden social que puede ser revolucionariamente distinto al anterior.

Un caso de captación reaccionaria (1848-1854)[9]

Hubo un momento en la historia de Colombia en que una antiélite generacional se convirtió en otra realmente ideológica. Esto ocurrió entre 1848 y 1854, cuando los cambios en la política económica nacional, unidos a reflexiones procedentes de la segunda Revolución francesa, llevaron a varios grupos a conformar una honda oposición al gobierno y a poner en duda toda la estructura de valores y las bases de poder y prestigio en la sociedad. Durante este período el orden señorial heredado de los tiempos coloniales, que no había sido seriamente afectado por las guerras de la independencia, recibió su primer reto decisivo. Fue el reto de la "subversión liberal". Ésta estaba representada principalmente por una antiélite, cuya existencia se había formalizado en una asociación llamada Escuela Republicana, y por otras organizaciones rebeldes (para las cuales servía como grupo de referencia) que se establecieron bajo el nombre de Sociedades Democráticas. El estudio de este período señala no sólo cómo se dan los pasos para que una antiélite se "ideologice" con todas sus consecuencias revolucionarias, sino también cómo este grupo estratégico puede ser captado reaccionariamente con el fin de frustrar cualquier acción revolucionaria posterior.

Los cambios en la estructura normativa que fueron consecuencia del conflicto y del liderazgo antihispánico de la década de 1820 dieron fruto durante el período subversivo de la década de 1850. La tecnología derivada del vapor, comenzó a ser aceptada en el país, el nacionalismo recibió estímulo a través de la investigación científica local, y se debilitó el predominio de la Iglesia católica. Estas tendencias encontraron voceros en los miembros de las generaciones más jóvenes que asistían a clases en el Colegio Nacional (universidad). Pertenecían al grupo de los monopolizadores del poder y del prestigio; aún más, la mayoría de ellos eran de origen aristocrático o estaban relacionados con la burguesía en ascenso: Salvador Camacho Roldán, Santiago y Felipe Pérez, Aníbal Galindo, Manuel Murillo Toro, José María Samper, José María Rojas Garrido, Foción Soto. Su influencia en la élite puede medirse por el hecho de que el mismo Presidente de la República asistió a la inauguración de esta asociación rebelde, el 25 de septiembre de 1850.

Las más populares Sociedades Democráticas habían sido organizadas como agencias culturales en 1838 y, durante un tiempo, tuvieron una función política anticonservadora. Sin embargo, habían cambiado radicalmente su orientación en 1848, cuando algunos artesanos, perjudicados por la nueva política librecambista, comenzaron a ingresar a sus filas. Algunos estudiantes universitarios también pertenecieron a estas Sociedades. Su crecimiento fue tan grande que en 1852 había por lo menos 200 de ellas dispersas hasta en las aldeas de provincia. Los Democráticos querían un retorno al proteccionismo e igualdad de oportunidades con otros grupos económicos. Este conflicto las llevó a organizar guerrillas en las áreas rurales y fuerzas de choque en la ciudad, que lograron intimidar la población. Su influencia, junto con la de la antiélite, se extendió hasta los círculos gubernamentales. Dos presidentes sucesivos de la República fueron elegidos

9 Los dos casos que siguen han sido descritos y documentados en Ibid., caps. 5 y 7.

principalmente a causa de las presiones ejercidas por estas Sociedades; y por la misma razón los congresos de la época promulgaron algunas de las leyes más radicales que se hayan registrado en la historia de Colombia. El impulso revolucionario de estas Sociedades las llevó finalmente a imponer la dictadura de un miembro de clase inferior, el general José María Melo, en abril de 1854.

Para ese año ya el reto a la tradición había sido tan fuerte y peligroso, que los defensores del *statu quo* ante comenzaron a articular su propia ideología y a defenderse. Esta confrontación produjo las primeras indicaciones claras de que había una lucha de clases en Colombia. También marcó el comienzo de la traición a la revolución por parte de los miembros aristocráticos de la antiélite republicana, que comenzaron a sufrir la presión de sus iguales y mayores para que volvieran al redil. En efecto, hubo choques en las calles entre los miembros de las Sociedades Democráticas -simbolizadas por su vestido popular (una ruana o poncho)- y aquellos de extracción social superior, simbolizados por sus casacas. Los miembros de la antiélite comenzaron a unirse a estos últimos.

En 1854, cuando el general Melo tomó el poder, la guerra civil le fue declarada por los grupos tradicionales, y la antiélite ideológica dejó de funcionar como tal. Algunos errores de táctica durante la guerra sellaron el destino de Melo, y en diciembre de 1854 éste fue depuesto y condenado al exilio, mientras los artesanos rebeldes y otros compañeros fueron enviados a presidio de por vida en Panamá. En forma irónica, algunos miembros de la antiélite entreguista fueron encargados de organizar esta persecución, cerrando así el ciclo de su captación reaccionaria.

No obstante, a pesar de la captación se creó un nuevo orden social durante esos años de intensa revolución y conflicto social. Aparece una burguesía con una nueva base de poder y de prestigio, asimilada a los grupos señoriales anteriores. Pero la plena subversión liberal se frustró, y los ideales que habían dado pábulo a la protesta social de 1848 fueron olvidados o relegados a homenajes verbales. Las incongruencias de la sociedad permanecieron y aún se empeoraron, mientras la generación rebelde se volvió conservadora y entregó a la siguiente los mismos problemas insolutos: la falta de participación social y la falta de estímulos para la auténtica realización del pueblo. La tradicional estructura biclasista continuó. Esta situación no había de ser retada nuevamente sino hasta la década de 1920, cuando otra antiélite ideológica hizo su dramático debut en Colombia.

Un caso de captación positiva pero inconclusa (1922-1948)

La antiélite ideológica de la década de 1920 en Colombia estaba compuesta por estudiantes universitarios jóvenes y otros intelectuales atraídos por el socialismo y la Revolución comunista rusa. El país estaba comenzando a sentir los efectos de la revolución industrial. Nuevas ideas y palabras como "huelga", "derechos laborales", "redención del proletariado", entraban más y más en la conversación diaria. Se aceleró la inmigración rural-urbana, las industrias se multiplicaron, y los sistemas de comunicación y transporte rompieron el tradicional aislamiento de las provincias. Pero para el manejo de estos problemas sociales sin precedentes en el país, había un gobierno conservador incapaz de la tarea.

El país sintió la necesidad del cambio, y los intelectuales y los estudiantes tomaron ventaja de la ocasión. Gabriel Turbay, Alberto Lleras Camargo, Juan y Carlos Lozano, Germán Arciniegas, Moisés Prieto, Guillermo Hernández Rodríguez, Luis Tejada, Jorge E. Gaitán, Luis Cano, Alejandro Vallejo, y muchos otros, estaban entre aquellos rebeldes ("Los Nuevos"). Su edad oscilaba entre los 20 y los 27 años. Con excepción de Gaitán, pertenecían a las clases alta y media alta; pero todos ellos tenían un alto prestigio, por lo menos a causa de su educación universitaria. Se reunían en cafés, frecuentemente en secreto, e incluso ensayaron el terrorismo. Su influencia creció con el tiempo, hasta el punto que los jefes del partido liberal adoptaron algunas de sus tesis socialistas. "Los Nuevos", así como otros grupos innovadores relacionados con ellos, difundieron en años siguientes muchas ideas subversivas y las pusieron en práctica, a través de la organización de sindicatos en las ciudades, de ensayos de colectivización entre los campesinos (algunos invadieron haciendas y formaron gobiernos locales sui generis como en el área de Viotá, cerca de la capital), y del establecimiento de una belicosa organización estudiantil.

Con estas inusitadas armas sociales, la vida política en Colombia se activó. Aparecieron agrupaciones nuevas, los partidos socialista y comunista se establecieron en 1926 y 1930, respectivamente. Pero los principales resultados del trabajo de la antiélite fueron: el rejuvenecimiento del tradicional partido liberal y su gran triunfo electoral de 1930. Una vez en el poder, la jerarquía liberal comenzó a premiar a los miembros de la antiélite con poder y prestigio, especialmente por medio de nombramientos en el gobierno. Esta captación positiva se hizo sin mayores peligros para los propósitos originales del cambio y, en efecto, la "subversión socialista" de esos años siguió fuerte hasta la década de 1940.

Pero ya en esos años se aplicaron una vez más las maniobras de refrenación, y algunos de los antiguos miembros de la antiélite, ahora convertidos en soportes del "sistema", empezaron a hacer esfuerzos para impedir cambios más profundos. Sólo Gaitán continuó llevando el impulso revolucionario original, aunque él también sufrió de la captación. Pero el dinamismo popular desatado por este proceso subversivo era tan fuerte, que sólo la muerte y el fragor bélico podían suprimirlo. La élite trató de hacerlo, y el resultado para el país fue "La Violencia".[10]

Como había ocurrido durante la década de 1850, la subversión organizada por los grupos rebeldes desde los años de 1920 hasta la década de 1950 aceleró la transformación del país. Surgió un nuevo orden social: la síntesis socialista-burguesa, con su aparato político del "Frente Nacional"[11] La captación positiva permitió avances dramáticos en muchos campos. Pero no se quiso que tales cambios pasaran de cierto punto más allá del cual

10 "La Violencia" se cononce como el período histórico en el cual la lucha entre los dos partidos políticos tradicionales (liberal y conservador) alcanzó la cuota más alta de barbarie y los límites de inhumanidad y sevicia fueron superados con creces. [N. de los E.].

11 El "Frente Nacional" (1958-1974) fue el pacto interpartidista que se mostró como salvación al proceso desatado por "La Violencia". En dicho pacto, los partidos tradicionales se repartieron el poder durante 16 años en partes iguales, con cuotas burocráticas previamente establecidas. Este pacto significó la anulación del debate político y la exclusión de la escena política de cualquier propuesta partidaria distinta a la tradicional. En medio del Frente Nacional surgieron todas las guerrillas de ideología marxista o de corte nacionalista del siglo XX en Colombia. Algunas de ellas, como el ELN y las FARC-EP aún siguen en actividades insurgentes. [N. de los E.].

pudiera ponerse en peligro la supervivencia de los cuadros tradicionales establecidos.

Por lo tanto, los efectos completos de la subversión socialista fueron cortados y muchos de los problemas sociales que debían ser resueltos no lo fueron, sino que se transmitieron como legado preocupante para las generaciones futuras. La antiélite prestó un gran servicio, pero sólo en cierta medida. La débâcle de su final en el infierno de "la Violencia" entre 1948 y 1957 plantea serias dudas sobre su sentido de la responsabilidad histórica, especialmente con la gente del común a la que debía servir. Tristemente, la población de los campos fue diezmada, y los campesinos quedaron abandonados a sus propias fuerzas. Los jefes captados los habían dejado sin liderazgo, dándoles apenas una visión parcial de la nueva Colombia que debía surgir de la catástrofe: aquella normal esperanza humana de ganar la paz, es cierto, pero fallida por el retorno de las obsoletas instituciones políticas del pasado, las mismas que habían producido "la Violencia".

La búsqueda de nuevas antiélites

Si la aparición de antiélites ideológicas es un síntoma inicial de modificaciones significativas y anticipo de la subversión de la sociedad, entonces el observador hace bien en estar alerta a cualquier indicación de tales cambios en el presente o en el futuro inmediato. En Colombia se está viviendo ahora un período de orden social en el que el cambio ocurre sólo parcial o gradualmente, y en el que las expresiones iconoclastas quedan fuera de lugar. Pero este orden social, como otros anteriores a él, ha heredado las incongruencias socioeconómicas y las inconsistencias morales del pasado, y por eso contiene en sí mismo todos los ingredientes necesarios para permitir el comienzo de un nuevo ciclo de subversión.

Aparte de los grupos rebeldes hoy comprometidos en la acción, como las guerrillas, ha habido algunos nuevos intentos por transformar la sociedad. Que ellos sean totales o inconclusos, lo dirá el futuro; pero es lo más probable que no produzcan sino cierto cambio marginal. Hubo hace poco una campaña renovadora del ala izquierda del partido liberal; pero sus líderes más visibles fueron captados a través de maniobras políticas. El movimiento rebelde del padre Camilo Torres, miembro él mismo de una familia aristocrática, fue frustrado por la reacción y por la conducta errática de los grupos que podrían apoyarle, todo lo cual llevó a la muerte del líder. Y un grupo de jóvenes políticos e intelectuales, denominado el grupo de "La Ceja", que parecían tener visos de ser una antiélite ideológica, hoy está prácticamente asimilado y se está quedando no más que una antiélite generacional.

Si estos episodios de la historia social enseñan alguna lección, ello sería no perder de vista la posibilidad de que algunas transformaciones importantes pudieran ser estimuladas por grupos rebeldes colocados en el ápice del poder y del prestigio. Claro que esto no es nuevo. Sin embargo, no debe abrigarse mucha esperanza de que tales grupos lleguen a ser decisivos y eficaces para la subversión, porque las antiélites pueden ser intrínsecamente captables. En los casos colombianos estudiados, las antiélites se opusieron a cambios más profundos, una vez que entró a actuar la captación.

Pero cuando el problema se examina desde el punto de vista de los grupos populares, la perspectiva es igualmente oscura. Casi ningún cambio revolu-

cionario ha sido registrado hasta el momento en la historia de Colombia, en que grupos populares lo hubieran iniciado o sostenido; uno de tales grupos se articuló por "la Violencia", y los resultados de este ensayo son debatibles. Por eso parecería que el descubrir o utilizar antiélites e impedir su captación reaccionaria es el menor de los males, por lo menos en las condiciones hemisféricas actuales: o bien se logran algunos cambios significativos, o no se alcanzan sino transformaciones intrascendentes.

Sin embargo, es del caso anotar que las clases populares con frecuencia han obligado a las antiélites a una mayor acción, imponiendo sobre ellas un compromiso parcial. Las debilidades de los líderes se compensan con la decisión y el atrevimiento de la gente del común. Un margen importante de previsión se abrirá a los estrategas de la subversión cuando comprendan cómo la defección de la antiélite podrá ser anticipada al avanzar la rebelión: en este caso, un liderazgo de origen popular podría remplazar a la antiélite y seguir adelante con la lucha.

Por lo tanto, desde el punto de vista revolucionario, el preparar estos cuadros dirigentes del pueblo y darles un apoyo institucional –es decir, el estimular la creación de una "antiélite popular"– parecería ser de la mayor importancia.

La hora de la antiélite[1]

La IAP y la subversión moral

Sobre la investigación participativa ya abundan los buenos textos, como el que trajo el profesor de la Universidad de Pernambuco (Brasil) João Francisco de Souza (La IAP, ¿qué es?), cuya lectura recomiendo. Nuestra metodología ha superado las viejas polémicas sobre cientificidad, neutralidad valorativa y validez de resultados, y ha dado suficientes pruebas de su utilidad en los cinco continentes. Hasta sus cultores han retomado el asunto del paradigma alterno en las ciencias sociales que parece estar surgiendo alrededor de sus principios teórico-prácticos, y así se ha percibido y dicho en el presente Simposio. Las ponencias han sido magníficas y convincentes, y la Universidad de La Salle, con este evento mundial, ha confirmado su liderazgo como educadores populares y asumido un cierto papel de vanguardia en nuestro medio, por lo que sus directivas deben ser felicitadas.

Para el nutrido contingente colombiano que acudió a estas aulas, queda una seria responsabilidad: la de demostrar en la práctica y en el contexto propio –el de los trópicos– que es capaz de hacer frente a la actual y severa crisis de nuestra sociedad, y trabajar con fuerza en transformarla de arriba abajo. Las razones nos están golpeando todos los días: nos gobierna o nos trata de gobernar una mafia de origen narcoparamilitar que solo puede aliviarse buscando paz con justicia social. Las anteriores generaciones y los previos y actuales gobiernos han perdido o están perdiendo credibilidad. La urgencia de hacer algo o mucho al respecto, crece de día en día. Quienes conocemos la IAP creemos que por ahí va el camino de la transformación. Y esta debe ser tan profunda que solo el corrupto de subversión moral o total puede incluir lo necesario.

De allí mi nuevo y urgente llamamiento a levantar la voz y movilizarnos para aplicar otra vez, como en anteriores períodos críticos de nuestra historia, la teoría y la práctica de la antiélite, un concepto que introduje en los libros *Revoluciones Inconclusas en América Latina*, 1809-1968 (México, 1968) y, *La subversión en Colombia* (Bogotá y New York 1967-1969).

1 Extractos de la conferencia de aceptación del doctorado Honoris Causa en la Universidad de La Salle, durante el Simposio Internacional de Investigación-Acción Participativa (IAP). Bogotá, mayo 18 de mayo de 2007.

Teoría de la antiélite

La teoría de la antielite no es muy complicada. Observa, en primer lugar, que los órdenes sociales estables funcionan mediante un juego interno de cuatro elementos: valores sociales, normas, instituciones y tecnologías. Variaciones significativas en cualquiera de estos elementos llevarán a transformaciones en los otros. Pero los cambios más profundos y duraderos son aquellos inducidos en la escala de valores, que llevan a crear contranormas y cuerpos antagónicos como las antielites y los disórganos.

Las antielites se forman por grupos claves de jóvenes de clases media y alta que, al advertir fallas de conducción política en las oligarquías de sus mayores y faltas de orientación ética en instituciones formativas, se rebelan contra sus mayores y proclaman la doctrina de la rebelión justa, sea afirmándose en santos como San Agustín o San Ambrosio, o en seglares anarquistas o de otras tendencias revolucionarias, como Kropotkin y Rosa Luxemburgo.

Cuando las antielites triunfan y llegan al poder, cambia el orden social. Pero también puede ocurrir una negativa cooptación de sus miembros por los mayores (con puestos o dinero, etcétera), en cuyo caso se frustra la rebelión justa. En el primer caso se trata de una antiélite ideológica; en el segundo, de una antiélite generacional.

Casos históricos colombianos

En Colombia, no ha habido transformaciones revolucionarias sin la aparición e incidencia de algunas de estas dos antielites. En los casos ideológicos ha ocurrido una subversión moral, positiva para el cambio estructural. Tales fenómenos han sido observables, con o sin cooptación: desde los años de la Expedición Botánica a finales del siglo XVIII con jóvenes como Nariño, Caldas y Lozano; en 1809 -1810 con jóvenes rebeldes como José María Carbonell y Juan Nepomuceno Azuero. En los años de la Revolución de Medio Siglo (1850-1854), se encontraban en las Sociedades Democráticas con Rojas, Camacho, Samper, Murillo y con socialistas como Lorenzo M. Lleras, Nieto y Melo; en las primeras décadas del siglo XX, con universitarios como Olaya Herrera, Gabriel Turbay, Juan y Carlos Lozano, María Cano, Germán Arciniegas, Guillermo Hernández Rodríguez, Baldomero Sanín Cano, Luis Tejada, Alberto Lleras, Jorge Zalamea y Jorge Eliécer Gaitán, del llamado Grupo de los Nuevos que desplazaron a la anterior Generación del Centenario. La acción de estos llevó a la Revolución (liberal) en Marcha, y a la repetida fundación del Partido Socialista. Casos más recientes incluyen a personas como Gerardo Molina, Antonio García, Camilo Torres Restrepo y los movimientos revolucionarios de la Universidad de los Andes y otras partes, que originaron el MOIR y el M-19. Hoy somos, en parte, hijos de la juvenil propuesta antielitista de la Séptima Papeleta y la Constitución de 1991.

Frustrado en parte por la violencia, todavía no se ha fraguado de manera armónica un nuevo orden social en Colombia, pero los efectos de previos procesos de revolución y conflicto han introducido contranormas y disórganos en las instituciones y fuertes innovaciones tecnológicas. La disrupción de la "violencia" y después la de las mafias del narcotráfico y la parapolítica, no han permitido dar el salto al nuevo orden que, según parece, sería

de naturaleza socialista y raizal. Se han postulado para el efecto, doctrinas de democracia radical. Y se han formado partidos nuevos que reflejan la rebeldía antielitista, como el Polo Democrático Alternativo. Las crisis se sobreponen y hasta las Iglesias Católicas y protestantes empiezan a dejar su increíble mutismo.

El reto actual

En este importante simposio de La Salle, observo síntomas alentadores de una nueva, y constructiva antielite ideológica, alimentada por disciplinas sociales y técnicas como las de la IAP. Ya era tiempo: nuestra situación sociopolítica y económica de base es intolerable. La crisis moral no puede ocultarse, ni aún con los trucos mediáticos acostumbrados. La urgencia del qué hacer está acendrada.

Ahora se necesita también otro grupo clave debidamente ilustrado y capaz, que ponga para arriba el mundo al revés que hemos heredado. Es la tarea de jóvenes como los aquí presentes, ansiosos de conocimiento útil y de lealtades políticas satisfactorias. Y se rebelan contra los falentes mayores y contra este fatal estado de cosas.

Me parece, pues, que llegó otra vez a Colombia, con la IAP, la hora de la rebelión justa, que ha sonado antes entre nosotros en inolvidables gestas de acción cívica y movilización popular. Ahora se tienen unas herramientas técnicas e ideas más claras que las que yo mismo tuve en mi juventud. No desaprovechen este buen momento de acumulación científica y tecnológica en bien de la colectividad. Denles el alma y sóplenles el hálito de vida que de por sí no tienen. Que sepan a Colombia, con la curiosidad de "El cucarachero", la imaginación de "Una casa en el aire", la profundidad y seriedad de "Mercedes", el dialógico paseo vallenato.

Con la dinámica humana y técnica de la IAP, en particular, se puede llegar a las metas del renacer, las del Kaziyadu de los huitotos, al que me he referido en varios escritos. Y por eso mismo miro aquí este respetable entorno con gran esperanza. Porque nuestras gentes del común son capaces de pensar, crear y luchar. Para este gran equipo de la nueva antielite, va mi corazón.

Sigamos entonces adelante con nuestros ideales de lucha y de servicio a los pueblos desvalidos y con la difusión del conocimiento necesario para ayudarles a avanzar y progresar con equidad y dignidad. Esta es nuestra ideología, con la que hemos tratado de sobrepasar a los reaccionarios, a los capitalistas salvajes, y al gamonalismo corrupto, entre otros factores de la violencia del régimen actual. Solo así, subvirtiendo éticamente a la sociedad desequilibrada y a la ciencia explotadora o neutra que la sustenta, podremos justificar nuestra existencia.

Y aquí estamos otra vez, algunos como yo envejecidos y limitados, pero todavía mirando con ojo clínico nuestro intolerable sistema sociopolítico, con sus manipulaciones mediáticas; y hay otros como ustedes, que ayuden a resolver problemas cotidianos, que siguen siendo vitales. No es realista hablar de triunfos finales; pero sí vale la pena seguir insistiendo sobre la transformación, como lo hacemos en partidos nuevos y juveniles y con dirigentes intachables comprometidos con la democracia radical, que es otra forma más descriptiva de ver y entender la Democracia Participativa que prescribe la Constitución Nacional; o también la Democracia Socialista, un

pleonasmo al que hay que añadir que es raizal, como se viene proponiendo en el continente.

De nuevo, en mi propio nombre y en el de mi esposa María Cristina Salazar –socióloga como yo, comprometidos ambos con los pueblos originarios– en nombre de los dos quiero repetir nuestro muy sentido agradecimiento por este magno evento y por el doctorado Honoris Causa. No fue fácil realizarlo, ahora será más fácil añorarlo.

Se pasa así una encrucijada y se voltea una hoja. Allí estarán ustedes, trabajando por el mejor mundo que con el nuevo paradigma se pueda construir. Con la ayuda del Dios omnipotente y de nuestras vigilantes deidades telúricas, retornen a sus hogares con los recuerdos de estos días y que, como siempre, tengan buen viento y buena mar.

Primera lección: saber interactuar y organizarse

La tensión entre bases y activistas

Cuando se inundó aquella vez, una de muchas, el barrio "Carlos Alberto Guzmán" de Puerto Tejada, mil quinientas familias resultaron afectadas. Eligieron un comité pro-damnificados, pero las familias no pudieron defender sus intereses y resultaron manipuladas por los caciques políticos de siempre, que tan solo se preocupaban de usurpar los dineros y auxilios provenientes de afuera y asegurar votos en las elecciones. La gente siguió allí viviendo mal, sin conseguir los drenajes ni el puente que necesitaban para resolver en parte su problema. Apenas unas cuantas familias recibieron raciones enviadas por el gobierno. Y para colmo, a Andrés, el dirigente principal del barrio, lo amenazaron los policías si continuaba trabajando en el comité.

¿Por qué tantos desastres? Porque la gente del barrio no supo organizarse para contrarrestar, con su propio poder los abusos y faltas de respeto de los caciques y de sus agentes armados. No ejerció el contrapeso político. Pero la comunidad del puerto aprendió la lección: debía descubrir como movilizarse mejor si quería progresar y asegurar un trato justo por parte de terceros, especialmente de los agentes del Estado, y cómo interactuar con estos. Dicha actitud los llevó a entrar en contacto con personas de otras regiones y clases sociales, que pudieran compenetrarse con la situación del campo y con el tema de estudio propuesto por las bases. Ocurrió que Andrés y otros compañeros habían conocido a un grupo de profesionales de la Fundación EMCODES –casi todos de clase media– en la cercana ciudad de Cali, que se encontraban estudiando asuntos campesinos y apoyaban a los sectores populares. Andrés les explicó el problema propuesto por la comunidad: "Nos preguntamos un día qué han hecho los llamados jefes políticos de la zona para evitar las atrocidades contra los pobres del norte del Cauca, y vimos que ellos cabalgaban sobre nuestras necesidades. Nos dijeron que nos harían la reforma agraria, y ahí está la caña de los ingenios invadiéndonos; nos dijeron que mejorarían nuestras condiciones de vida y ahí seguimos con bajos salarios, sin trabajo, sin educación, enfermos, mal alimentados, endeudados y todos los días más pobres." Los profesionales caleños, aun-

que técnicamente muy idóneos, no estaban totalmente preparados para colaborar con Andrés y su gente; pero, a pesar de su origen de clase, empezaban a sensibilizarse sobre la necesidad de encontrar métodos más eficaces de trabajar "con las bases" del pueblo. Las fórmulas tradicionales que ellos conocían se encaminaban a "promover el desarrollo social" desde los centros de poder, donde campean los profesionales, los académicos y los técnicos; o proponían "adelantar el proceso de cambio" desde arriba donde se aposenta una vanguardia radical que imparte la teoría y los conceptos revolucionarios que deberían guiar la acción colectiva. Ni las unas ni las otras habían satisfecho el afán honesto que inspiraba a aquellos jóvenes serios, entusiastas e idealistas, algunos de los cuales habían pasado por las experiencias prácticas de los "pies descalzos".

La iniciativa de los vecinos de Puerto Tejada creó la necesaria situación de confianza mutua y movió a los profesionales caleños a comprometerse más a fondo con la realidad de la población. La eficacia que todos querían –tanto los pobladores como los profesionales– dependía de que el conocimiento adquirido en el proceso calara hondo, hasta el alma del pueblo, para que éste articulara sus luchas al entender mejor sus vivencias. Implicaba desarrollar una praxis especial para combinar la teoría con la práctica y establecer una interacción fructuosa en la cual la práctica fuera elemento determinante.

Las herramientas analíticas aprendidas en las universidades resultaban demasiado costosas, petulantes e innecesariamente complejas para el contexto local. Además, no permitían profundizar en el sentido vivencial propio de aquella praxis. Por el contrario, tendían a distorsionar la realidad o a verla como a través de una bruma con tintes de culturas de otros continentes. Por ejemplo, lo que los activistas identificaban como "capitalismo agro-industrial" en los ingenios de caña del área no se entendía así en el entorno de la región. Aquel concepto remitía al proceso histórico del capitalismo europeo. En Puerto Tejada, en cambio, se observaban pautas de explotación extrema y directa de la fuerza de trabajo, resumidos en la imagen popular del "cerco verde". El proletariado clásico tan buscado por grupos revolucionarios tampoco era de transparente evidencia en la zona, donde se encontraban múltiples formas de trabajo formal e informal que desbordaban el concepto aprendido en los libros.

Pese a las discrepancias existentes entre las gentes del pueblo y los intelectuales en lo que atañe a la visión del mundo, resultó obvio para todos, desde un comienzo, tanto que el saber no transforma por sí mismo la realidad cuanto que la acción no estudiada o reflexionada se vuelve ciega y fútilmente espontánea. Era preciso ir más allá y combinar no solo la teoría con la práctica sino también la sabiduría emanada de varias fuentes. La tarea del cambio social no podía acometerse a cabalidad sin una alianza ideológica de compromiso mutuo entre los pobladores locales y los intelectuales de afuera para llegar a unas metas compartidas.

La coexistencia en la praxis de técnicas, conocimientos y orígenes sociales distintos, cuando existe de por medio un compromiso ideológico real con el cambio, generó una tensión dialéctica entre ambos polos que obligó a modificar las respectivas situaciones de donde provenían los actores. De una parte, los profesionales buscaron superar la actitud de clase, el viejo vanguardismo, la academia y la racionalidad cartesiana de la

costosa y complicada ciencia moderna, para convertirse en intelectuales orgánicos de las clases trabajadoras. De la otra, la gente procuró descartar el complejo popular de inferioridad, aportar su experiencia y saber tradicionales en pos de su propia racionalidad práctica, y desarrollar una nueva concepción social –no tan alienada– del mundo.

Se establecieron así los fundamentos de un encuentro promisorio, con dos objetivos importantes: 1) sembrar una conciencia crítica y reflexiva en el pueblo que iluminara la realidad y superara la anterior alineación de su conciencia, condicionada por la explotación tradicional; y 2) forjar un pensamiento que unificara a las masas populares y a los activistas o cuadros, convertidos en intelectuales orgánicos como tipo de vanguardia de servicio con el propósito de organizar la acción ante enemigos comunes de dentro y fuera de las comunidades de base. Se trataba de fundamentos para construir y ejercer a fondo el poder popular y el contrapeso político propio de las masas del campo y la ciudad. A ese mismo punto de tensión dialéctica, confianza mutua y conciencia crítica en la praxis estaban convergiendo ya, o irían a converger pronto, los compañeros de El Cerrito, el Mezquital, San Agustín Atenango y El Regadío, en el norte de Colombia, México y Nicaragua. Cada cual con su cultura, su idioma y su visión especial del mundo, pero con problemas específicos que requerían también una alianza de fuerzas y clases sociales comprometidas con las mismas metas de cambio, como ocurría en Puerto Tejada.

Las 120 familias de El Cerrito no habían podido defender, desde 1969, el derecho legal al uso de mil hectáreas que el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, INCORA, había desecado y declarado baldías tres años antes. Esa rica tierra iba quedando irregularmente en poder de grandes propietarios vecinos, sin que valieran para nada las quejas individuales ante las autoridades. Clovis, un trabajador de Montería (capital del departamento de Córdoba, a 15 kilómetros de distancia), quien había sido dirigente del movimiento agrario regional (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC), intentó, sin mucha suerte, entrar a la ciénaga con el fin de sembrar comida para su familia en un pequeño lote. Con los relatos del compañero Clovis sobre su experiencia en la ANUC, los vecinos de El Cerrito decidieron a organizarse. Al igual que en Puerto Tejada, los campesinos adelantaron sus propios sondeos sobre la situación, inicialmente en medio de la clandestinidad para garantizar la observación en las haciendas vecinas a través de compañeros trabajadores, y establecieron un comité de defensa encabezado por don Medardo, persona respetada del pueblo, devoto de Santa Lucía, de 50 años de edad y analfabeto. El comité dispuso luego invitar a los intelectuales de la Fundación del Sino, en Montería, que habían ayudado antes a la ANUC regional en el combate contra el latifundio. Entre todos, los unos aportando su iniciativa y datos empíricos, los otros su entrenamiento previo, estudiaron ahora con mayor decisión y confianza la situación económica, social y legal de la zona y se prepararon para actuar en defensa de los amenazados derechos de los campesinos.

En el Mezquital, México, la iniciativa para la acción educativa básica no había provenido al comienzo de los campesinos pobres, sino de funcionarios que, no obstante, cometieron el error de saturar el valle con entrevistadores y encuestas casi inútiles, provocando una reacción negativa entre

las gentes. Pero el contacto permanente con el área, desde 1975, los fue llevando a corregir los procedimientos elitistas así como la estrategia desarrollista con la cual empezaron. Los funcionarios del Centro de Educación de Adultos, CEDA, advirtieron que a los campesinos no les interesaba tanto un certificado de escuela primaria cuanto obtener conocimientos para mejorar sus condiciones de vida y defender el mercadeo de sus productos. El intercambio respetuoso de puntos de vista permitió no solo que después de un tiempo los campesinos participaran con mayor entusiasmo en las actividades educativas, sino que los promotores se vincularan a las actividades que dirigían los labriegos. Una herramienta nueva para la acción pedagógica y política de las masas se había descubierto en el Mezquital, gracias a la tensión dialéctica: fue lo que los técnicos llamaron después el "autodidactismo solidario" o la enseñanza por sí mismos, que siguieron empleando en diversos campos.

Los atenanguenses, por su parte, habían logrado sobrevivir gracias a su tradición oral, al vigor de las instituciones antiguas y a la lengua mixteca; pero constantemente eran víctimas de ladinos y blancos de otros pueblos que los veían como gentes "que no son de razón." El agua de riego no les llegaba a tiempo; les robaban el abono de los murciélagos recogido en las cuevas cercanas; las autoridades no hacían caso de sus quejas verbales. Pero algunos de ellos eran parientes de licenciados en ciencias sociales y económicas orientados hacia la IAP, que trabajaban en la capital. Se abrió eficazmente en esta forma la posibilidad de un contacto que permitió plantear a la comunidad atenanguense la importancia de la investigación participativa.

Los repetidos viajes de los licenciados a San Agustín Atenango fueron creando una dimensión especial de confianza frente a los activistas, así como en las relaciones del pueblo con sus vecinos y en la manera como los propios habitantes se miraban a sí mismos. Atenango ya no fue el mismo de antes. Tampoco los licenciados pertenecían ahora a la categoría académica clásica. Eran más orgánicos con el pueblo.

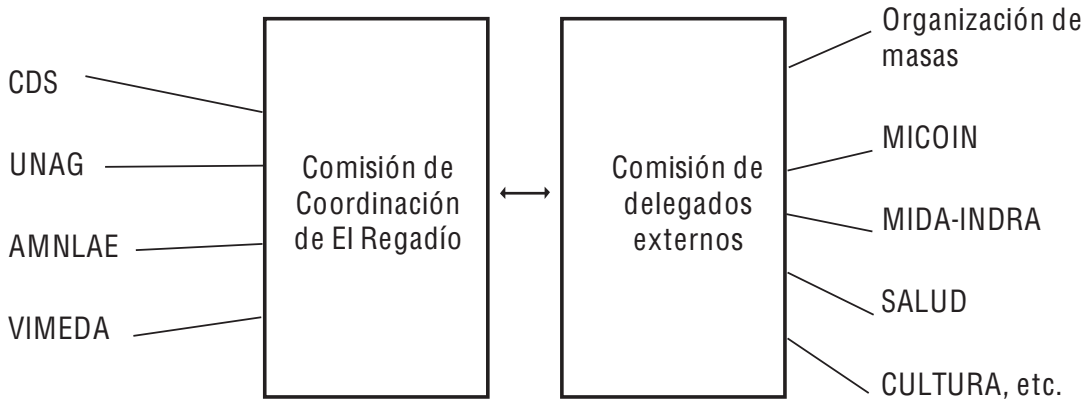
El Regadío era conocido en los medios gubernamentales de Managua como una "comunidad de vanguardia": cerca de ella se habían librado combates por la revolución sandinista, con el combatiente Miguel Ángel Cortés a la cabeza, y allí se habían instalado, desde 1979, representantes de los organismos de masas de la Revolución. El proceso de cambio avanzaba. Pero no a la velocidad esperada ni con la convicción necesaria.

La oportunidad de alimentar el proceso de construcción de la nueva sociedad con comunidades militantes como El Regadío surgió al ser considerada la IAP en los medios gubernamentales como una herramienta eficaz para la investigación y la acción en el contexto revolucionario. Las preguntas que se hacían allí eran: ¿Cómo desarrollar revolucionariamente un movimiento campesino y cooperativo que sea al mismo tiempo soporte y motor de las transformaciones sociales? ¿Cómo poner en marcha un proyecto de transformación que movilice, que una el pasado, el presente y el futuro, que muestre el camino hacia dónde ir? ¿Quiénes elaborarían el proyecto?" Y se contestaron: con miras a concretarlo, hay que conocer e investigar primero la estructura cultural y educativa del pueblo para centuplicar su fuerza con las armas del propio conocimiento y con otras nuevas, convergentes y necesarias, buscando construir una conciencia crítica en las bases.

En El Regadío se daban buenos elementos para ese ensayo. Además, estaba cercano a la amenazada frontera con Honduras. Por eso se escogió. Una vez cimentada la confianza de las gentes del vecindario mediante repetidas visitas de preparación y explicación del trabajo, el resultado fue un mutuo enriquecimiento de los funcionarios y los campesinos locales, especialmente los de la Comisión de Coordinación integrada allí, por elección democrática. Las experiencias se atinaron para descubrir cómo los Colectivos de Educación Popular, CEPs, además de seguir en su labor didáctica, pudieran impulsar la vital producción agropecuaria regional. De esa suma de conocimientos salió la idea de "incorporar la vida práctica en el proceso de aprendizaje continuo", y también la de aplicar formas participativas entre los maestros y alumnos de los CEPs, conceptos que irían a extenderse a otras partes del país y, de retorno, a los mandos superiores del gobierno central.

"La articulación de las instituciones del Estado con la comunidad organizada de El Regadío enfrentó momentos de tensión, como era previsible, al ejercer funciones de contrapeso popular hacia fuera de la comunidad, especialmente cuando el contacto entre los delegados municipales y departamentales del gobierno y los miembros de la Comisión de Coordinación local creó una natural oleada de esperanzas. En la medida en que los vecinos iban adquiriendo conciencia crítica y conocimiento sistematizado sobre su propia realidad, fueron respondiendo con prontitud a las solicitudes de los funcionarios. En sentido inverso, sin embargo, los delegados no correspondían a las demandas de las masas con la misma eficacia. Esto trajo como consecuencia una interpretación nerviosa de las expectativas creadas por el proceso de formación de contrapesos populares externos. Pese a ello, los vecinos comentaron que "sabemos que el país está en una situación pobre y no podemos resolver todo, al mismo tiempo, lo que queremos es conversar sobre lo que es posible hacer juntos, con nuestro apoyo." De esta suerte se llegó al umbral de una fructuosa articulación pueblo-Estado, tras un proceso de aprendizaje y esfuerzo recíprocos.

De allí surgió un interesante esquema de coordinación e interacción de los dos niveles (comunidad y Estado) que se muestra así:



CDS Comités de Defensa
UNAG Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos
AMNLAE Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa A. Espinosa
VIMEDA Viceministerio de Educación de Adultos
MICOIN Ministerio de Comercio Interior
MIDA-INDRA Ministerio de Desarrollo Agropecuario e instituto de Reforma Agraria.

Las dos comisiones han logrado corregir en la práctica la idea de dependencia tan extendida de que todo debe provenir del Estado; y la de verticalidad centralista que impide tomar mejor en cuenta la realidad comunal para impulsar el progreso de una región. Este dialogar e interactuar de niveles y poderes facilita en Nicaragua la combinación de las miles de propuestas creativas surgidas de las bases con las iniciativas del Estado, es decir, permite articular las perspectivas de la micro y la macro planificación, el conocimiento que atesoran las bases sobre su peculiar realidad con una visión amplia de los pasos de retroalimentación, aclaración permanentes, vistas las confusiones y desconocimientos que se van presentando por ambas partes.

En esta forma múltiple y variada se expresa la articulación e interacción entre promotores, activistas externos y pueblos de base en la praxis del poder popular, lo cual produce una inevitable tensión dialéctica en los trabajos de la IAP. Cuan creadora sea depende por supuesto de otros factores, que estudiaremos en próximos capítulos.

Rompiendo la relación de sumisión

La unificación del pensamiento entre bases y profesionales con miras a crear confianza mutua y alcanzar en la praxis metas comunes de transformación social y poder popular, no es tarea fácil. El peso mayor de la responsabilidad, según los casos observados, recae menos en los elementos internos de la comunidad y más en los promotores, activistas, brigadistas, animadores, cuadros y, en fin, "agentes externos", cuyas calificaciones generales ideológicas y técnicas se mencionaron atrás. Tanto las comunidades involucradas como los 2 observadores independientes esperan de los activistas, además, un esfuerzo especial de superación, modestia, comprensión, proyección, empatía y. capacidad autocrítica que del trabajo de campo. Como lo dicen en México, que "necesitan nacer con sangre" y saber

hacer sus tareas, porque "no todos los que chiflan son arrieros." Esto parece indicar, en efecto, que en la IAP es necesaria la presencia de agentes o animadores externos con capacidad de vivencia y con las calidades críticas y orientaciones expresadas aquí, especialmente en la iniciación de los procesos, cuando deben compartir con las bases las primeras decisiones respecto a las investigaciones por realizar y su desarrollo. Con intelectuales orgánicos de las propias bases las tareas y problemas son similares, aunque se den a un nivel distinto, igualmente comprensivo y dinámico. La visión política de los animadores externos (y de sus contrapartes de las bases), así como su destreza en las relaciones humanas son vitales para el éxito. Pero este éxito depende en buena parte del rompimiento de las relaciones de sumisión o dependencia entre los cuadros y las bases.

En los casos de descomposición o decadencia en los trabajos, las fallas personales de los agentes de cambio externos e internos, al no aplicar aquellas reglas de conducta, fueron causa suficiente de las crisis resultantes: podían convertirse en hombres-pivotes orientados por intereses ajenos a las comunidades: obsequiosos. Ante las presiones ejercidas desde fuera por instituciones u organismos explotadores en consecuencia, les era fácil caer en las redes de la cooptación, es decir, dejarse convencer por ventajas. Reales o ficticias ofrecidas por otros para abandonar los trabajos emprendidos, sucumbían a las tentaciones de la corrupción con dineros, sueldos excesivos y honores o dignidades de otra índole; o se veían enredados en la telaraña de la fatiga por no advertir avances rápidos ni hacerse entender de las bases, o por sufrir el bombardeo constante de la crítica externa. Podían quedar también hipnotizados por la radicalización de las ideas, como fanáticos tercos y dogmáticos incapaces de reconocer la verdad en los demás, y proceder a guerras santas internas, denuncias, purgas y castigos irracionales y contraproducentes por las divisiones generadas, o listos a desarrollar procedimientos confusos, tales como la mezcla de lo gremial y lo político en la misma organización (anarcogremialismo).

Por regla general, estas actitudes soberbias de los hombres-pivotes estuvieron ligadas casi siempre a una especial noción de vanguardismo, inspirada en las revoluciones del pasado. Según tal vanguardismo las pautas del cambio deben ser verticales y monopólicas del grupo minoritario, esclarecido en la lucha ideológica y organizada en un partido político radical. En nuestro caso, con el enfrentamiento de las distintas siglas y subdivisiones (mitosis) nacidas en la polémica vanguardista ocurrió algo muy peculiar: que aquella discusión ideológica se redujo a los dirigentes "esclarecidos" de las minorías políticas pero no se extendió a las bases. Estas guardaban silencio en las confrontaciones y observaban desde la barrera, a veces con sorna, la verborragia y el canibalismo de los "doctores". El sentido común de las gentes les ordenaba marginarse de tales artificios en lo que demostraron ser superiores a los dirigentes y saber ejercer diestramente el contrapeso vigilante hacia adentro. Creían que la vanguardia debía ser otra, concebida como elemento de catálisis social, estímulo y apoyo del proceso popular para hacerlo avanzar con su dinámica, y no como guías impositivos e infalibles de esa marcha.

A los dirigentes fallidos no les quedó otro recurso, si querían volver a ser eficaces y a tener audiencia, que retornar a "cargar baterías" en nuevos y

más respetuosos contactos con las bases. Por eso, Mario Giraldo, uno de los dirigentes del Movimiento Obrero Estudiantil Colombiano, MOEC, alcanzó a proponer ya en 1972 que "entendemos que poder popular hace relación a que el pueblo pueda, y no a la pretensión de que los cuadros marxistas (creyéndonos el partido) podamos".

Parece, pues, que las técnicas vanguardistas y anarcogremialistas del pasado reciente han sido criticables en nuestro contexto y que sus fallas prácticas han llevado a las gentes a buscar alternativas de liderazgo adecuadas, sin caer necesariamente en la opuesta espontaneidad ineficaz. La experiencia con la IAP deja ver tres de esas alternativas de contrapeso interno basadas en el destierro de la subordinación que las técnicas vanguardistas implican. Estas alternativas son: 1) la dirección colectiva o en colectivos, 2) el principio del "primero entre iguales" (*primus inter pares)* en la dirigencia, aunque no resultara en sitios como El Cerrito donde existe una acendrada tradición machista y caciquista de clase pivotal que habría que estudiar mejor, ni en San Agustín Atenango, donde persiste el carisma tradicional del Tata Yiva; y 3) el paralelismo en la relación de la política con los organismos gremiales, cívicos y culturales para no confundirlos y respetar su autonomía. Trataremos estos asuntos en el resto de este capítulo y en el siguiente.

El nuevo tipo de liderazgo catalítico esclarecido, servicial y comprensivo que se dibuja en la IAP –el equipo responsable orientador, sistematizador y ejecutor de los trabajos junto con las bases– responde a la aparición y desarrollo de valores sociales nuevos que cuestionan la sociedad existente y buscan superar sus contradicciones e inconsistencias. Se inspira en la función integral de los intereses orgánicos (especialmente los desarrollados en las propias clases trabajadoras), cuando las actitudes y convicciones de los activistas son como las que se estipularon atrás. El quebrar la tradicional dependencia, si se hace bien, haría redundante el papel de los dirigentes vitalicios, hombres-pivotes y vanguardias cancerberas que han monopolizado el conocimiento y los recursos y explotado indebidamente a las masas. El liderazgo catalítico de equipo se forma con una amplia participación política (no solamente con la técnica u operativa), como se ha ensayado en Nicaragua, concediendo cierta autonomía a los organismos de base y haciendo una verdadera delegación de poderes de los organismos centrales a los regionales. Este liderazgo de servicio, de impulsos catalíticos, se está destacando como una "vanguardia" de nuevo estilo y superior filosofía de la vida y de la acción, frente al desarrollo revolucionario del país.

Resultó duro en las experiencias observadas resistir, las tentaciones vanguardistas y anarcogremiales antiguas por el peso de la costumbre, el falso o bien ganado prestigio de tareas políticas anteriores. Cuando no se pudo, hubo problemas graves.

Pero se descubrió que anticipar esas tentaciones con el objeto de equilibrarlas era un factor vital en los cuadros como mecanismo de contrapeso interno, para no desvirtuar la creatividad de los procesos desencadenados junto con las bases.

El vanguardismo antiguo no fue el único obstáculo que enfrentaron los cuadros. Tampoco pudieron sustraerse a permanecer con la experiencia para sí.

Actitudes paternalistas impidieron el pleno florecer de la autonomía comunal, esa sensación de poseer la capacidad de asumirle control del de-

sarrollo propio. Evidentemente, desde las etapas iniciales de nuestro contacto con la IAP se vio la importancia de vigilar e impulsar las labores con cautela; hacer frente a coyunturas específicas y peligros diversos se tornó tarea crucial de los cuadros externos. Estos se cuidaron de no fomentar lazos fuertes de dependencia que alimentaran la sumisión tradicional, y trabajaron para que su propia presencia fuera haciéndose progresivamente redundante. La regla de la redundancia potencial –opuesta al paternalismo constante– estipula que las comunidades organizadas queden capacitadas para continuar solas autónomamente, las labores emprendidas, sin tener que apelar a los técnicos o intelectuales de afuera sino en casos extremos.

En el fomento de la redundancia potencial de los cuadros externos radica una de las diferencias principales entre la IAP y los métodos desarrollistas o académicos: en el esfuerzo necesario para quebrar en el terreno (y en la vida) la relación de sumisión entre el entrevistado y el entrevistador y por extensión, también entre el campesino u obrero y el patrón o funcionario, entre las masas y los caciques, entre el pueblo y los intelectuales, entre alumnos y profesores, entre clientes y burócratas, entre productores directos y técnicos, entre el trabajo manual y el mental. En términos teóricos, este objetivo se identifica rompiendo del esquema sujeto (yo)/objeto (el otro), para que quede entre cooperadores, es decir, de sujeto a sujeto. Cuando se alcanza tal simetría de trabajo y de vida se practica la verdadera participación y los resultados que aparecen en la acción social y política pueden resultar superiores.

Acabar con la relación de dependencia, hacerla simétrica y autogestionaria, romper el esquema sujeto/objeto ya descrito, significa dar paso a un trato más amplio y rico en el que las personas que interactúan no se diluyen ni desaparecen como tales.

Esta dilución personal sería teórica y prácticamente imposible y, si así ocurriese, crearía un vacío inmanejable. Las diferencias entre personas siguen existiendo aun en condiciones de redundancia; de modo que la nueva relación busca la complementación, la sana emulación, la convergencia en las miras. Se vuelve un nexo dialéctico en el cual las bases populares, como sujeto colectivo, condicionan el tono y la forma del proceso con miras a seguir produciendo conocimiento, mejorar la producción material y superar el problema político. ¿Con cuáles criterios? La experiencia de Colombia, Nicaragua y México señala por lo menos tres, que serán estudiados más adelante con algún detenimiento: la validación permanente en la práctica, la ideología pluralista y la democracia participante (Capítulo 3).

Veamos algunos altibajos, tal como se observaron

La Comisión de Coordinación de El Regadío, Nicaragua, conformada al comienzo de nuestra práctica, debía enterarse de todas las tareas de la investigación, ver que el censo de la comunidad se hiciera bien y ayudar en el análisis de sus resultados. Pero los investigadores observaron que los méritos de la comisión empezaban a quejarse de dolores de cabeza, espalda, nuca, etcétera, precisamente en los momentos de mayor exigencia reflexiva, con el propósito latente de que los agentes externos dieran las "respuestas correctas". Como éstos no se prestaban a tal propósito, surgían momentos tensos de silencios profundos en espera de las respuestas; o la

reunión se dispersaba en conversaciones triviales y en chistes. Con otra orientación, nuestros investigadores habrían asumido fácilmente el papel de dirigentes indispensables que era esperado "normalmente" por los campesinos de El Regadío. En cambio, aquello exigió a éstos repasar críticamente sus propios patrones de dependencia, autoritarismo y paternalismo heredados del sistema de explotación tradicional que seguían vivos allí a pesar de la Revolución del 19 de julio de 1979. Junto Con los resultados del censo, el análisis histórico-social fue otra excelente manera para que la comunidad se observara a sí misma: era la primera vez que los vecinos lo hacían y así su historia "adquirió un rostro", tal como lo acababan de emprender los otomíes del valle del Mezquital. En esta forma se dinamizaron en El Regadío los procesos de cambio y los vecinos pudieron asumir nuevas tareas para su propio desarrollo con mayor eficacia y seguridad en sí mismos.

Si no se hubiera roto el esquema de sumisión, el censo comunal habría fracasado porque los entrevistados habrían dado contestaciones falsas. La desconfianza terminó cuando los encuestadores surgieron de la comunidad y fueron adiestrados allí mismo (con sociodramas, entre otras técnicas) por los investigadores, estableciéndose la relación directa de sujeto a sujeto. "Si hubiera venido gente de otro lado habría estado mala la investigación, porque hay compañeros que creen que les van a quitar algo", concluyó correctamente la Comisión de Coordinación.

En el caso nicaragüense no hubo ningún problema, en adiestrar a los cuadros y encuestadores populares en técnicas simples de registro, conteo, sistematización y análisis. Así se desmitificó el fetiche de la "investigación como algo mágico y difícil", monopolio exclusivo de expertos y académicos. Algo parecido ocurrió en Puerto Tejada, Colombia, al momento de investigar las condiciones de la vivienda popular. Ello afianzó la confianza de las comunidades en las tareas reivindicativas. Allí se puso especial cuidado para que los nuevos cuadros no asumieran actitudes superiores de explotación y se convirtieran en hombres-pivotes precisamente por haber recibido aquel adiestramiento que, en una u otra forma, los distinguía de los demás. Esta capacitación selectiva mal hecha tuvo efectos contraproducentes precisamente en el valle del Mezquital. Como parte del rompimiento de los ritos de sumisión y dependencia se adoptó en los tres países el procedimiento físico de trabajar en círculos, donde todos los presentes pudieran verse sin recurrir obligatoriamente al "líder" colocado al frente, como ocurre en las escuelas tradicionales entre maestros y alumnos. Así, al recomponer circularmente las bancas o silletas, la gente se sentía más cómoda para participar en las discusiones. Y más dispuesta a aportar información, con un sentido democrático de la relación establecida entre los visitantes y la comunidad. También se empleó con éxito la técnica del socio drama, como viene dicho.

El proceso de mutuo descubrimiento y estímulo de sujeto a sujeto se hubiera obstruido de no haber mediado otro paso en los tres países, que parece obvio a primera vista: la adopción por parte de los agentes externos del mismo código de comunicación que regía internamente en los grupos de base.

Sobre este asunto volveremos a referirnos en detalle al hablar de la producción y difusión del nuevo conocimiento.

Por ahora vamos a subrayar que una forma práctica de aprender el código popular fue, por supuesto, conversar, actuar y convivir con la gente, aplicando la comunicación horizontal entre los cuadros y las bases. Así se hizo en reuniones de amigos, como en El Cerrito, Colombia. Lo mismo en los talleres de discusión y círculos de estudio de San Agustín Atenango e Ixmiquilpan, México, en las sesiones colectivas "para socialización de los datos", de El Regadío y, en los talleres de análisis de Puerto Tejada.

El impacto de la necesidad comunicativa tuvo singulares consecuencias en los esquemas de superioridad/subordinación de los cuadros externos visitantes. En las convivencias y en la discusión colectiva convino mucho más a los cuadros oír que ser oídos. Ello contradijo las expectativas creadas por el teoricismo y la jerga ideológica que se acostumbran en esas reuniones por los cuadros con los naturales efectos de confusión, susto y humillación en las audiencias expuestas a tales peroratas.

Un primer efecto de la comunicación horizontal fue destacar el contraste entre el intelectualismo de los modelos que por regla general presentan los cuadros y el pragmatismo de quienes escuchan. Los animadores mexicanos, por ejemplo, al principio no llegaron a tomar conciencia de ésa falla sino cuando, al reaccionar ante las presentaciones, los campesinos oyentes exigían no perder más tiempo en discusiones" pues "los problemas no se resuelven discutiéndolos." El método empleado divorciaba el análisis de la realidad y el estudio puro del contexto directo, esto es, consagraba la distancia entre el sujeto y el objeto, entre la teoría y la práctica.

Otra resultante fue el combate a la "reunionitis" que sufren muchos cuadros, ajenos a los ritmos de vida y los ciclos de trabajo de la gente del campo. En estos casos los "objetos" del valle del Mezquital lograron imponer sus puntos de vista sobre los "doctores" por simple sustracción de materia: no asistieron a las reuniones citadas.

Aun así, al hacer frente a los problemas iniciales del encuentro de ambos mundos, muchas veces se presentó la tendencia a mantener la asimetría del binomio sujeto-objeto cuando algunos cuadros narcisistas tendieron a monopolizar el uso de la palabra en las sesiones, arrebatando al pueblo el ejercicio del derecho a emitir sus opiniones. Y la persistencia en tales actitudes fue desdibujando la imagen positiva de algunos cuadros hasta inducir cierto rechazo a su presencia entre las bases, como ocurrió en el norte del Cauca.

El rompimiento del esquema de sumisión se registró formalmente cuando los campesinos sostuvieron con convicción que "ya perdimos el miedo de hablar." Esta nueva habilidad –y adopción de más poder– puede reforzarse con la tecnología moderna, como pasó en el valle del Mezquital cuando unos empresarios de la ciudad de México ofrecieron a una comunidad instalar un balneario si les cedían parte de las tierras comunales. Los campesinos grabaron la conversación y cuando los empresarios no cumplieron, transcribieron el casete y repartieron volantes sobre el caso. El control horizontal de la comunicación se cumplió con el apoyo de la técnica, y los campesinos pudieron ejercer el poder de emisor de iniciativas –contrapoder externo– que les correspondía.

La práctica de la tensión dialéctica entre bases activistas y el quiebre de la relación de sumisión implican el reforzamiento de las conocidísimas organizaciones formales de las comunidades, con las cuales se ejerce el contrapeso político hacia afuera en casos necesarios: comités veredales, acciones

comunales, cooperativas, sindicatos, colectivos, brigadas, juntas cívicas, clubes deportivos, grupos culturales, conjuntos teatrales, etcétera, frente al Estado y las instituciones públicas y privadas de diferente índole. Así como "saber es poder", de la misma manera saber organizarse e interactuar por la justicia ante propios y extraños es reconocer el viejo dicho de que "la unión hace la fuerza." En estos casos, el desplegar el contrapeso popular hacia afuera es una expresión de la lucha de clases y puede llegar a ser un verdadero contrapoder.

Pero hay que aprender a hacer la unión y a permanecer unidos no solo hacia fuera sino también hacia adentro, con el fin de vigilar las actividades de la organización y la conducta de los "líderes" o dirigentes formales e informales. Aquí también se practica un contrapoder popular, pero internamente, para evitar que ocurran aquellos errores, desfases, derrotas y desganos que impiden llegar a las metas del cambio social. A este nivel, el contrapoder popular alimenta una conciencia colectiva de base que mantiene a la gente alerta contra los abusos y descuidos del poder formal propio.

Para persistir: articulación sin plazos

¿Cuánto tiempo puede tomar el rompimiento de la relación de sumisión y la aplicación de la regla de la redundancia en la praxis? Las experiencias estudiadas no ofrecen ninguna fórmula segura: solo que debe perseverarse en la búsqueda y en el sostenimiento de la organización para la acción de la autonomía popular. A veces la dependencia y el paternalismo subsisten por períodos prolongados, según las coyunturas, como las estudiadas enseguida. Pero no deja de ser una prueba del éxito el que las personas que logran romper el binomio sujeto-objeto persistan en ello por sus propias fuerzas y sin necesidad de tutores. He aquí una prueba de fuego para la IAP.

Los trabajos nunca estuvieron siempre bien en nuestros pueblos. Hubo altibajos en las campañas y en los estudios, algunas veces bastante dramáticos, producidos por crisis diversas y problemas graves de personas y situaciones que no podían controlarse ni anticiparse lo suficiente.

¿Cómo explicar los descensos de interés, las fatigas con los procesos de interacción y organización? Por fortuna, tales hechos negativos no parecían ser definitivos, pues la tendencia general se encaminaba hacia el avance del cambio. Se presentaban más bien como un problema especial situado tanto en el plano de las expectativas como en el del tiempo. Tenían que ver con ritmos de trabajo, incidentes sociales y actitudes personales. ¿Podrá haber plazos fijos, planificación, evaluación formal y leyes absolutas en la praxis de la investigación-acción participativa, o implica esta un devenir menos riguroso y más coyuntural.

Una de las grandes diferencias que se observaron entre la investigación-acción participativa empleada local y regionalmente en México, Nicaragua y Colombia, y los métodos clásicos de investigación social, resultó ser la vigencia abierta, plástica e indefinida de la IAP. Pudo verse que esta no tiene cortes fijos o seccionales, como las encuestas; ni corre contra reloj para llenar requisitos o escribir tesis con miras a graduarse a tiempo. Sus períodos son determinados tan solo por el compromiso de los cuadros investigativos (intelectuales orgánicos) con los organismos, movimientos y acciones resultantes, según las metas del cambio alcanzadas. El trabajo de la IAP

resulta, por lo general, de largo plazo, tan largo como sus protagonistas lo quieran y tanto como persistan en sus justos empeños.

Dentro de estas perspectivas, como se observó en los casos estudiados, la constancia táctica y la flexibilidad cuentan más que la regimentación central, disciplinada y alejada de las bases. Los movimientos sociales de origen IAP están sujetos a fuerzas propias que desbordan la planificación y evaluación formales, y que mantienen por fortuna, la autonomía espiritual del hombre pensante, actuante y creador, capaz de responder coyunturalmente a medida que avanza hacia el cambio propuesto. No parece haber leyes en este campo ni predicciones científicas absolutas: prima lo aleatorio dentro de marcos generales. Por eso, los organismos y movimientos sociales de la IAP están expuestos a ritmos marcados por flujos y reflujos según el interés, eficacia o amplitud del envolvimiento e interacción de las bases y los cuadros, y no por exactos principios teóricos, ideológicos o científicos. Su regla de oro estriba en la persistencia dentro de lo posible, con miras a alcanzar las grandes metas de transformación radical, más sin desesperarse por resolver antes de tiempo los graves problemas estructurales que afectan a las gentes laboriosas. Tal es la peculiaridad de su evaluación.

Persistir, en este sentido, no significa estar en pie de lucha día y noche –arengando, en las plazas públicas bloqueando el tráfico o echando bala en el monte o en las calles– porque ello sería imposible.

Las comunidades necesitan detenerse y respirar profundo de vez en cuando para tomar nuevo impulso. Persistir significa mantener constantemente la iniciativa para crear hechos que cubran frentes múltiples (desde el cultural hasta el ecológico, en diversas clases sociales), unos tras otros o varios al tiempo, según las oportunidades y sin bajar la guardia, con el fin de cristalizarlos en organizaciones permanentes. La lucha es larga, abarca todos los flancos imaginables y es urgente. No debería ser difícil persistir, y saber hacerlo, si existe la voluntad. A veces la voluntad acción se pierde, tanto en las comunidades como en los cuadros dirigentes y de allí provienen en parte los ritmos aludidos. Los organismos y movimientos de base sufren como intervalos de muerte y resurrección, entre estallar como burbuja o llegar a enraizarse como buena sernilla. Los ritmos aparecen cuando las comunidades ceden a la rutina de la explotación y sumisión, cuando vuelven a la inercia antigua u olvidan sus mecanismos de contrapeso de protesta y vigilancia. Y cuando los cuadros se dejan cooptar, se corrompen, se fatigan, se radicalizan fanáticamente o mezclan lo gremial con lo político, a veces por las limitaciones del vanguardismo impaciente y las contradicciones de los hombres-pivotes.

La diversidad en la concepción del tiempo entre ellos. El problema surge cuando entre los activistas aparecen urgencias, a veces de origen pequeño burgués, que los llevan a actuar compulsivamente, ¡como si de repente quisieran todo y al instante! En cambio, al pueblo no lo atormenta la presión de "pasar a la historia" como celebridad, aunque sea heroico cuando actúa. Pero sabe esperar y abriga en el futuro, sobre todo cuando se reconoce a si mismo y descubre las potencialidades de la acción.

Una ilustración de esta dialéctica de flujos y reflujos, ritmos y tendencias, burbujas y semillas, impaciencias y esperanzas, proviene de Puerto Tejada y del Movimiento Cívico Popular Nortecaucano que se fue perfilando como frente político al compás de ensayos locales de la IAP desde 1978. Supe-

rada la etapa académica con la entidad auspiciadora, se hizo entonces la búsqueda de un modelo participativo de acción social y económica. Hubo reacción contra los dogmas de la izquierda vanguardista de donde provenía la mayoría de los cuadros activistas; pero todavía quedaba algo de aquel mesianismo de elites, equilibrado solo por la obvia necesidad de responder a los graves problemas del área.

La labor promocional avanzó tanto, que pronto fue posible detectar, en potencia, intelectuales orgánicos de la clase campesina con quienes practicar la tensión creadora que proviene del rompimiento del binomio sujeto-objeto. Andrés es uno de ellos: un maestro de origen campesino. Entre los agentes externos e intelectuales de la localidad como él se planeó el gran foro de 1981 sobre problemas regionales, que fue como el clímax del movimiento. El éxito alcanzado alentó el siguiente paso táctico jugar en las elecciones para asegurar concejales en los pueblos de la zona. Se ganaron dos curules. Pero enseguida –quizá por eso mismo– comenzaron los desbarajustes.

El movimiento había sido "popular" hasta entonces, vale decir, se fundaba en la lucha por reivindicaciones concretas en lo económico, cultural y político. Ello gustó a la gente, especialmente a la hastiada de la politiquería imperante con sus engaños demagógicos. En la IAP veían una forma nueva, inteligente y útil de "hacer política". Pero la posterior adición de "cívico" al nombre de la organización dio lugar a estrepitosas discusiones. Muchas personas empezaron a marginarse de las actividades al descubrir en estas una dimensión confusa que recordaba viejas y malas prácticas anarcogremiales.

Los desconfiados tenían en parte la razón. El movimiento estaba sufriendo dos clases de impactos, de grupos organizados cuya metodología de trabajo no era participativa sino impositiva y mesiánica. El otro provenía de la inesperada autosuficiencia de algunos cuadros fundadores que, tal vez por reacción, empezaron a hacer barricada y a tratar de imponerse a toda costa, ellos también, en los encuentros y reuniones. La agrupación dejó de ser del pueblo por un tiempo para tornarse en arena de riñas bizantinas de índole personal y grupal, convertida en un interés creado por encima y por fuera de los organismos de base de la gente común. El reflujo no se hizo esperar, con varios resultados nefastos: por una parte el fraccionamiento en por lo menos dos grupos, en Puerto Tejada y Santander de Quilichao; por otra, se registraron deserciones y fallas personales en activistas que flaquearon en actitudes, convicciones y manejos. Pero estos yerros tuvieron el efecto de avivar en otros sectores el ritmo del trabajo. Se descubrió que las orientaciones básicas y la praxis desarrollada hasta entonces habían sido, a pesar de todo, bien encaminadas. Se intuía que la metodología participativa propuesta resultaba útil y seguía siendo tácticamente aprovechable. Para empezar, la dirigencia local, abandonada a sus propias fuerzas pudo por fin pasar a primer plano. Varios Andrés, surgidos de la región, empuñaron el mando del proceso. Los propósitos, un poco más modestos que al principio, maduraron políticamente. Se aprendió a manejar los ritmos de la práctica.

También se advirtió que la gente amiga no había desaparecido: allí estaba, expectante, calientita como una brasa esperando el soplido del cocinero. A los primeros vientos renovados de acción y estudio volvió a verse la punta de la flama en Puerto Tejada. ¿Se extenderá otra vez, por las atribuladas veredas del Norte del Cauca y quizá más allá? Es posible. ¿Hasta cuándo? Lo

ignoramos, porque es una lucha de vigencia abierta, una praxis sin término. Sabemos que el compromiso de la IAP no entraña plazos fijos, ni termina sino hasta que no gane la justicia y se obtenga el progreso comunitario en cada lugar y en cada región donde se investiga y actúa. Esta es su evaluación real y final.

Un proceso similar, aunque en período más prolongado, se observó en El Cerrito y en el departamento de Córdoba, en general. Los primeros ensayos de la IAP se realizaron allí desde 1972, insertos en el movimiento campesino para ayudar a organizarlo y promoverlo como poder popular auténtico. Hoy, doce años más tarde no se puede decir que hayan culminado, y el personal comprometido en ellos –algunos desde el primer día, otros incorporados después– sigue allí trabajando con insistencia. Su responsabilidad histórica no ha cesado, como tampoco han concluido los movimientos sociales en que quedaron aquellos activistas inscritos.

Los primeros reflujos del trabajo campesino en Córdoba casi fueron mortales, pues el gobierno de entonces y otras agencias intensificaron la represión y sabotearon la institución madre, la ANUC, durante el resto del decenio de 1970. Simultáneamente, algunos grupos autodesignados como vanguardias revolucionarias se encargaron, por procedimientos anarcogremiales y sin adecuada vigilancia interna, de destruir las instituciones del pueblo bajo cuyos auspicios se adelantaban los ensayos de la IAP en Córdoba. Solo quedaron los rescoldos en algunos "baluartes campesinos", como recuerdos rescatables de luchas anteriores, y en ciertos dirigentes y personas inoculados por el virus de las pasadas luchas, preocupados por la suerte de la gente y listos a asumir de nuevo su responsabilidad.

En efecto, al tercer año de reflujo, algunos compañeros que habían participado en las primeras experiencias de la IAP se encargaron de revivirlas, reconstruyendo las instituciones muertas. Resolvieron el problema del anarcogremialismo creando organismos paralelos, unos cívicos de masas, otros políticos congruentes, con el mismo personal o con una parte significativa de las bases, para no mezclar ambos aspectos del trabajo. Por ejemplo, formaron comités de defensa ecológica, fundaciones investigativas, cooperativas, sindicatos y grupos de discusión por una parte; y organizaron movimientos populares, paros, marchas, comités de impulso a la acción política y células partidarias, por la otra. Desde entonces abrieron diversos frentes en los anteriores sitios y en otros nuevos, adquiriendo la capacidad táctica para apoyar a tiempo la lucha por la tierra en El Cerrito, expandirse a otras partes cenagosas del departamento (Ciénaga Grande, Martinica, Betancí, el río San Jorge) y sentar bases para una reestructuración eventual del movimiento campesino en los niveles regional y nacional.

En el valle del Mezquital, las crisis más serias desde el inicio de los ensayos de "autoenseñanza", provinieron, en 1975, de la manipulación que algunos ejercieron desde arriba contra las reglas democráticas que ellos mismos predicaban de labios para afuera. Allí, los procesos de cooptación puestos en marcha desde estructuras partidistas sin la debida vigilancia interna de las comunidades, fomentaron hombres-pivotes en nuevos cacicazgos. Estos últimos impidieron que los procesos autoeducativos del primer proyecto avanzaran adecuadamente y se convirtieran en el movimiento sociopolítico arrollador para el que tienen todo el potencial. Como en

Colombia, en el Mezquital hubo que establecer instituciones paralelas, ir y venir con el fin de sostener el ritmo original del trabajo y aplicar las reglas del método participativo.

En San Agustín Atenango al cabo de dos años, se dibujan nuevos frentes tácticos de acción popular reivindicativa, que anticipan una labor constante si los investigadores propios y externos no claudican.

La tragedia coyuntural de la guerra contra los "contras" que repetidas veces han invadido a Nicaragua por la frontera hondureña, ha puesto en parte freno al desarrollo de la investigación participativa que se inició en 1982 en El Regadío. Allí se impuso la pausa de la guerra. Ocho de los doce miembros de la Comisión local de coordinación del estudio ingresaron a las milicias defensoras de la comunidad y combaten hoy en las zonas cercanas a Estelí. Amanecerá y veremos. El hecho es que la semilla de la participación ha quedado también sembrada en Estelí, esperando la oportunidad de retoñar, sin plazo fijo, en vigencia abierta, hacia un nuevo flujo de cambios profundos en la región.

Finalmente, advertimos que en lo que compete a la IAP la dimensión espacial es tan importante como la temporal. En Colombia, México y Nicaragua, durante el desarrollo inicial de la experiencia de la IAP en busca del poder popular, los cuadros externos nos fascinamos primero con los trabajos de base más pequeños. Quisimos llegar a las raíces, entender mejor la cultura popular y asumir directamente, junto con campesinos y trabajadores sus limitadas reivindicaciones. Por eso se puede hablar tan detalladamente de sitios donde los investigadores de afuera hemos desarrollado vínculos afectivos, donde la gente de la comunidad nos hizo sentir como parte de su vida y su mundo.

Pero la praxis local no ha resultado suficiente para conocer los problemas sociales en su verdadera dimensión ni para organizar acciones de contrapeso político realmente eficaces y de efecto más duradero sobre las estructuras injustas. Hemos sentido que hay que buscar lo macro, lo más grande. Este es un esfuerzo en el espacio y en el tiempo que requiere constancia, paciencia, persistencia. Cuando se hacen bien, los trabajos de la IAP exigen permanente expansión, como la onda circular que se inicia al lanzar un pedruzco a un estanque. Se necesitan espacios cada vez mayores para seguir apoyándose en las luchas. De allí nacen otras dos tensiones en la IAP –lo micro versus lo macro, lo cívico versus lo político– que vienen del descubrimiento de la importancia de lo regional. En este aspecto los cuadros externos pueden hacer un aporte importante.

Nuestra experiencia en los tres países indica que este proceso regional se desarrolla en dos sentidos verticalmente, en las mismas comunidades, cuando los cuadros se topan con personas u organizaciones activas igualmente preocupadas por la situación social y deseosas de aumentar la eficacia de sus trabajos; y horizontalmente, en otras comunidades, al hallar diversos grupos constituidos por personas que rara vez se encuentran entre sí pero que luchan por los mismos ideales. Despertamos entonces a la realidad de que ha existido por un buen tiempo en nuestros países un esfuerzo regional múltiple de transformación y lucha, con numerosos padrinos y creadores, desconectados unos de otros.

Y ocurrió algo más complejo todavía. Al descubrirnos los unos a los otros empezamos a articularnos en una red de relaciones que, al entretenerse,

añadió una dimensión adicional a las tareas que se adelantaban, sin que estas se desdibujaran ni perdieran su autonomía y liderazgo propios. Esta dimensión no era simplemente cívica o sindical, económica o cultural, religiosa, ecológica, deportiva, sino una dimensión más formal y organizativa de sabor político. Se trataba ya de movimientos sociales de base.

Siendo esto así, la IAP se descubre como un método científico de trabajo productivo (no solo de investigación) que implica organizar e impulsar movimientos sociales de base como frentes amplios de clases populares y grupos diversos comprometidos en alcanzar metas de cambio estructural. El quehacer de los investigadores va quedando tan ligado a tales movimientos, que al fin resulta difícil distinguir entre estudio y militancia.

Los movimientos de base aparecen, por tanto, como una parte experimental y esencial de la IAP a todo nivel. Allí se confirman o desvirtúan los presupuestos teórico-prácticos, hipótesis de trabajo, se ajustan los objetivos según la relación dialéctica entre lo esperado, lo observado y lo ejecutado y, en fin, al consolidarse el compromiso personal de los cuadros, se realiza la praxis mas amplia de la vivencia de la IAP. Allí se diferencian los desarrollos episódicos o superficiales del proceso –"la burbujas"– de los más serios o permanentes –"las semillas" o "gérmenes"–.

Los movimientos sociales generados por la IAP, sean episódicos o permanentes, hacen parte de la búsqueda constante abierta del conocimiento que el método entraña, con miras a perfeccionar la eficacia y el compromiso en la lucha transformadora. En las experiencias de los tres países hemos visto que la teoría se va creando con y en la propia acción. Aunque pueda haber reflexión consciente (como en el yoga) en la cual esta disminuya relativamente, no cabe esperar que en la IAP la tarea de construcción teórica se cumpla por fuera de la acción, sino en relación praxiológica y simultáneamente con ella.

Estudiemos ahora cómo se han desenvuelto los incipientes procesos de teorización y militancia en nuestro caso trabajo con el contrapoder resultante. De Puerto Tejada habían partido comisiones de solidaridad hacia los municipios vecinos durante la crisis de la vivienda. Pero el rompimiento de las fronteras locales nunca fue tan dramático allí como el día en que llegó de las montañas de Cauca y Nariño, al sur del país, con sus atuendos y caramillos, una "marcha indígena" de paeces, guambianos y del Gran Cumbal que se dirigía a Bogotá en son de denuncia por las constantes persecuciones y para hacer reconocer los derechos de los pueblos indígenas. Los indios y los negros, de manera inusitada, concertaron allí mismo un pacto sagrado de lucha contra la opresión común. Todo el pueblo se movilizó para recibir a los visitantes con carrozas, música y danzas, con vítores, pancartas y pólvora. Y quedaron sentadas las bases para futuras investigaciones y acciones coordinadas.

La realización de la Asamblea Regional configuró otro paso importante para tupir la red de relaciones que se tejía allí de manera tan auspiciosa. Estuvieron presentes delegados de seis sitios distintos de la región nortecaucana con sus respectivos estudios y ponencias sobre problemas locales. De la asamblea salieron las primeras indicaciones firmes sobre la posibilidad de un movimiento regional de alcance político formalizado en términos culturales propios.

A fuerza de persistencia, el naciente Movimiento Popular nortecaucano extendió su red hacia el sur del vecino departamento del Valle del Cauca

(Jamundí, Villapaz) y luego remontó la cordillera de los Andes. Pacientemente se fueron articulando los diversos grupos locales de estudio y acción, horizontal y verticalmente.

En la nueva etapa, que llega hasta hoy, la gente del Cauca y el Valle se enteraron de que también había movimientos independientes y críticos similares en departamentos como Tolima, Cundinamarca, Córdoba, Sucre, Antioquia y Caquetá. Los contactos con ellos fueron, al principio, nerviosos e inseguros. Poco a poco la relación se fue haciendo más calurosa, hasta por que se vio era posible llegar al nivel de acción suprarregional y cimentar un "movimiento popular" nacional cuya primera convención se efectuó en Bogotá entre el 24 y el 25 de septiembre de 1983, dos años después de aquellos, tímidos reconocimientos. Dicho "movimiento popular" no resultó monolítico ni tiene jerarquías ni jefaturas, sino que es multiforme y pluralista. Ha alcanzado a coordinar nacionalmente los movimientos cívicos y regionales, y ha seguido impulsando el mismo proceso en lo cultural, científico, social, económico y religioso. Se espera que, al mantener su autonomía y liderazgo, converjan todos ellos en un proyecto político común con miras a producir transformaciones fundamentales en la sociedad colombiana.

Es significativo que en Colombia este proceso haya conducido a la articulación de un movimiento y no de un partido político como tal; y que el procedimiento adoptado haya sido de las bases hacia arriba y de la periferia al centro, y no lo contrario, como ha sido costumbre en los partidos y sectas tradicionales, incluidos los de izquierda. Hubo resistencia de los grupos locales a "fundar el partido" como lo habían visto hacer infructuosamente tantas veces en las ciudades por decisión de intelectuales desconectados de las bases. Un eventual partido se veía más como resultante del trabajo de base que como un instrumento dado para impulsar las tareas.

Algo parecido se observa en México, donde al cabo de un tiempo, coordinadoras locales y frentes amplios con actividades concretas (algunas de ellas inspiradas en la IAP) empiezan a dar frutos políticos que pueden socavar los monolitismos partidarios. La unión de ejidos, las organizaciones de invasores de terrenos, las redes de salud popular, las ligas de solidaridad entre colonos e indígenas perseguidos (grupos involucrados en técnicas participativas) van produciendo constelaciones nuevas que preludian, movimientos, independientes, como en Colombia. Algunos síntomas de ese ajuste político se sienten ya en San Agustín Atenango y en el valle del Mezquital, como en muchas otras regiones de México.

En primer lugar, la validez y el juicio evaluativo de tal aprendizaje provienen de la praxis expresada en la acción de las bases, en la opinión colectiva de los cuadros auténticos y en el éxito alcanzado a la luz de las metas propuestas. Se trata de un proceso de validación permanente, paso a paso e intrínseca a la práctica, que toma el lugar de las normales evaluaciones posteriores a los hechos (post facto). En segundo lugar, la validez de los trabajos se juzga desde el ángulo de una determinada ideología, en este caso pluralista, independiente y crítica, promovida por una estructura organizativa más fluida y flexible, más informal y colectiva que la acostumbrada en partidos tradicionales.

En los tres países estudiados el concepto central de referencia para dicha validación práctica permanente resultó ser una democracia participan-

te y enraizada en la historia regional, en la cultura y sabiduría populares congruentes con las metas del cambio. Por estos hechos culturales viene aquella a distinguirse de la democracia representativa o parlamentaria importada en el siglo anterior, con sus constituciones nacionales traducidas del inglés y del francés, tal como se ha venido practicando. La democracia participativa es más auténtica y propia. Tampoco es lo mismo que el centralismo democrático aplicado después en otras partes, modelo igualmente importado, La democracia participante emana de la metodología de la IAP al buscar el rompimiento de la relación de subordinación de representante/representado, y se acerca más a los conceptos de "democracia directa" o "autogestionaria".

Por eso, como la IAP toma en cuenta la historia popular rescatada, la esencia cultural nacional y las aspiraciones reales de los grupos de base, Ño Didacio, don Silvestre, don Vicente, doña Jovita y la Teresa gozan con la libertad que vislumbran, se regodean con la creatividad posible y retan confiados las injusticias descubiertas. Quizás puedan ahora contestar mejor por sí mismos aquellas preguntas que nos hicimos al principio: "Abuelo, ¿qué es poder?" y, "¿el poder para qué?".

Ayuda en esta lucha ir tejiendo con persistencia la red de organismos participativos de base (comités de acción, sindicatos, cooperativas, grupos, ligas, etcétera) en veredas, comarcas, pueblos y regiones, como se ha venido haciendo en los tres países hasta hoy, muchas veces a partir de asociaciones autóctonas e indígenas. El reto actual de Nicaragua, con la experiencia de El Regadío, sobresale en toda su importancia, pues en este campo lleva ventajas sobre otros países latinoamericanos. En El Regadío se vio cómo generalizar el proceso con base en la instancia articuladora de las comisiones de masas, y se constató que es posible desembocar en el refuerzo de sistemas productivos permanentes con esquemas educativos de participación, convirtiendo, por ejemplo, el CEP en cooperativa agrícola. Esto es importante y vital para el ideal de democracia participante proclamado por el Frente Sandinista al finalizar la Campaña Nacional de Alfabetización el 23 de agosto de 1980: "Democracia significa participación del pueblo en los asuntos políticos, económicos, sociales, culturales."Lo cual lleva a una política de "desestatización paulatina" (¿marchitamiento del Estado?) a medida que los organismos de masas devienen en sujetos activos del proceso de reconstrucción y cambio social.

La forma colectiva del control político en Nicaragua, las consultas con los grupos de base y organismos de masas, como la Consulta Nacional de Educación en 1981, la búsqueda de soluciones amplias a viejos problemas estructurales, los CEP, las comunidades cristianas de base, las brigadas de salud, las unidades autónomas de producción, todo eso y mucho más hacen de la experiencia nicaragüense de estos años una alternativa interesante de naturaleza participativa, como invento propio de América Latina, que respeta y aprende de las experiencias de otros países.

La construcción paciente y perseverante de la red participativa nicaragüense para construir la propuesta democrática planteada por el Frente Sandinista en 1980 –que puede llegar a ser de alcance hemisférico– se vuelve así indispensable para que realmente sobreviva.

Universidad y Sociedad[1]

Señor Rector, señores Vice Rectores, Decanos y Decanas, profesores y estudiantes, profesor Alain Touraine, maestra Elsa Gutiérrez y coristas del Conservatorio Nacional que, como siempre, han cantado tan bellamente mi "Mensaje a Colombia", maestro Carlos Gaviria y señora, amigas y amigos todos.

Los eventos de esta noche son causa de alegría y también de nostalgia. Alegría por los honores, nostalgia por el recuerdo de mi finada esposa María Cristina Salazar. Pero hagamos la síntesis, seamos fuertes y ayudémonos. Porque vale la pena mirar aún el futuro con optimismo.

Aprovecho para agradecer al arquitecto Fernando Samper Salazar, ganador del concurso organizado por la Facultad de Artes y a su supervisor, el notable pintor Gustavo Zalamea, por el diseño y ejecución del precioso mausoleo construido en el jardín de la Capilla en nuestra Ciudad Universitaria, que recibirá esta noche los restos mortales de mi esposa.

Constituye para mí y para mi familia un inmenso honor recibir un Doctorado Honoris Causa de mi alma máter, la que resume y traduce la esencia de las naciones colombianas. No puedo articular suficientes palabras para agradecer este honor, que acepto con grande emoción, en especial porque su entrega va vinculada, por voluntad de las autoridades de la universidad y con el impulso de nuestra Asociación Colombiana de Sociología y de su coordinador, el eminente colega y amigo el profesor Gabriel Restrepo, a la colocación de las cenizas de mi compañera la profesora María Cristina Salazar, en el sitio indicado.

A María Cristina dedico con absoluto reconocimiento, gratitud y gran amor la distinción que hoy recibo. Estoy por lo mismo doblemente conmovido, y este evento me será imperecedero. Todavía más porque está presente mi querido amigo y colega de mucho tiempo, el eminente sociólogo de reconocimiento universal, el doctor Alain Touraine. Mil gracias a todos y todas.

Se acostumbra en estas ocasiones presentar una tesis especial o reflexión académica pertinente. No obstante, pienso que no es regla absoluta y pido humildemente que se me exonere en esta ocasión. En parte, porque estoy

1 Para el Doctorado Honoris Causa en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, diciembre 9 de 2006.

seguro de que lo que diría a ustedes ya lo habrán escuchado de mis labios en alguna otra ocasión, por ejemplo, sobre investigación participativa, ordenamiento territorial, violencia, democracia radical y socialismo del siglo XXI o raizal. Cada uno de estos conceptos requiere capítulos especiales o críticas a fondo. Hay mucho talento y resistencia entre ustedes, acendrados por nuestros sufrimientos para hacer esta tarea. Tales experiencias empáticas de riesgo abundan entre ustedes, a pesar de estar actuando y viviendo en uno de los países más descompuestos, conflictivos y desequilibrados del mundo, les dejo este encargo.

Pero todos llevamos la ilustre y trágica carga de nuestros mártires, héroes y heroínas que han sufrido la muerte, maltratos, torturas y desapariciones a manos de agentes de un Estado que no puede verse sino como terrorista. A partir de la confrontación bélica de nuestro fundador Camilo Torres, siguen los maltratos y torturas a tantos colegas, compañeras y compañeros, durante el primer régimen de "seguridad democrática", y el asesinato de Alfredo Correa y Jaime Gómez con el sinnúmero de colegas indígenas, negros, campesinos y colonos de nuestros grupos originarios, estudiantes y maestros víctimas del actual gobierno de inseguridad antidemocrática. *É pur si mouve*: a pesar de este trágico destino para nuestra sociología aquella reflexión de Galileo la hemos proclamado todos ante el pasmo universal.

Repito, pues, me parece que esta tarea reconstructora de la sociedad resulta mejor si la hacen los colegas. No me cabe duda de que ustedes, con nuevas perspectivas y técnicas, podrán ir más lejos que yo en estas materias y entrar a nuevos y más fértiles campos.

Evidentemente, una tarea intelectual y académica en esta forma es lo que estamos necesitando con urgencia en las instituciones superiores, en especial en nuestra Universidad Nacional donde se está experimentando, como en otras universidades, un impresionante renacer de la investigación crítica. La creatividad nacional ha sido desafiada. Hay conciencia de los límites de la colonización intelectual eurocéntrica. Se buscan y miran, con mayor interés e intensa curiosidad, las raíces de nuestros pueblos fundantes con sus especiales culturas. Se aprecia más lo tropical. Son síntomas positivos que me dan a entender que se está fraguando por fin la "ciencia propia" que pedía en mi libro mexicano de 1970. Si esto es así, como lo espero, ello motivaría para todos el mayor de los triunfos, y le daría al país una certidumbre tecnocientífica propia necesaria para mostrar cómo se suma el saber científico a la sabiduría y experiencia populares. Se buscaría derrumbar los muros que aún separan, más de la cuenta, a la universidad de la comunidad y de los problemas vitales de nuestras once regiones histórico-geográficas.

La descentralización del conocimiento y el acceso de las masas a las técnicas modernas constituyen, de esta manera, otro gran reto para todos. Lo que implica "desbogotanizar" el gobierno y tener mayor confianza en la capacidad de autonomía de los pueblos de base. Lo que sería otra prueba más de nuestra madurez intelectual y política.

Ya veremos entonces si las universidades colombianas, y en especial la Nacional, se colocan a la vanguardia de esta gran transformación. La universidad viva, la de la participación horizontal sujeto-sujeto, sería más útilmente productiva para las mayorías necesitadas de la población, más

que para las elites y clases burguesas condicionadas hoy por el *ethos* de la acumulación capitalista y el egoísmo del prurito personalista.

Quizás yo mismo no alcance a ver esta vibrante evolución. Pero todavía me ha quedado alguna energía para pedir que se realice. Nada me haría más feliz que observar desde el más allá, junto a María Cristina, cuánto valía la pena el gran esfuerzo. Y deade allí, enviaremos las lluvias cósmicas de energía solar y lunar para alimentar la savia de los pueblos. Que así sea, es mi final deseo en esta inolvidable y bella jornada con tantos amigos y colegas, muchos de toda la vida, que me vieron crecer con ellos en la búsqueda eterna de la certitud y de lo verosímil.

De nuevo mil gracias por este honor que tanto me complace y que llenará mis futuros días de nuevas esperanzas y de infinitos logros. Hasta pronto y hasta siempre.

LA PRAXIS: CIENCIA Y cOMPROMISO

¿Es posible una sociología de la liberación?

La vía propia de acción, ciencia y cultura, como acaba de verse, incluye la formación de una ciencia nueva, subversiva y rebelde, comprometida con la reconstrucción social necesaria, autónoma frente a aquella que hemos aprendido en otras latitudes y que es la que hasta ahora ha fijado las reglas del juego científico, determinando los temas y dándoles prioridades, acumulando selectivamente los conceptos y desarrollando técnicas especiales, también selectivas, para fines particulares.

Hace apenas unos pocos años no era posible hablar en estos términos, escribir sobre una disciplina comprometida, ni mucho menos postular una ciencia rebelde y subversiva. He aquí que esta parece ser una de las consecuencias de la agudización de la crisis de todo orden por la que pasa la América Latina. Las estructuras políticas, económicas, ideológicas y culturales sufren tensiones cada vez más fuertes, y estas tensiones sacuden y cuartean las torres de marfil en que preferían acomodarse los científicos. No hay ahora escapatoria posible, y quienes salen de esas torres a respirar el aire del cambio tienen que hablar un nuevo lenguaje científico, y sobre temas inusitados, quizá espeluznantes, aparentemente anticientíficos porque no encajan dentro del molde de lo normal que nos viene de otros territorios o de nuestros antiguos grupos de referencia.

Uno de esos campos nuevos para la sociología sería, indudablemente, el de la liberación, es decir, la utilización del método científico para describir, analizar y aplicar el conocimiento para transformar la sociedad, trastocar la estructura de poder y de clases que condiciona esa transformación y poner en marcha todas las medidas conducentes a asegurar una satisfacción más amplia y real del pueblo.

Ya pueden verse las arrugas en frentes venerables y las cejas ceñudas de los críticos que pertenecen a la tradición "respetable" de la ciencia internacional. ¿Una "sociología de la liberación"? ¿Dónde encaja esa tal disciplina? ¿Por qué no se sigue hablando del *status-roles*, de función, del pequeño grupo? Precisamente, por razones de prioridad e importancia. No hay ninguna causa lógica que nos haga pensar que el problema de la "difusión de innovaciones", por ejemplo, sea más o menos importante que el de la "liberación", a menos que aceptemos el criterio sobre prioridades que imponen

los sociólogos rurales norteamericanos y europeos. Pero la escala de valores es o debe ser distinta en estos países críticos, y quizá no haya persona consciente que niegue la importancia que para todos sus habitantes tenga el proceso histórico, social y político que pueda llevarles a una posición autónoma y digna, es decir, a su liberación. Nada podría ser más vital en este momento para la colectividad. Por lo mismo, ¿por qué no se justificaría entonces hablar de una sociología del proceso liberador y, aún más, trabajar para que el proceso se acelere y así aprender más de la sociología aplicada como ciencia a la liberación?

Por fortuna, las barreras del prejuicio se están rompiendo y ya se pueden ver horizontes más amplios. Un buen ejemplo lo constituye el opúsculo que ha publicado en la Argentina el distinguido ingeniero Óscar Varsavsky, titulado *Ciencia, política y cientificismo* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969), en el que propone una ciencia rebelde y "hacer ciencia guerrillera", aplicable no solo a lo social y económico sino también a lo físico, exacto y natural. "La misión del científico rebelde –dice– es estudiar con toda seriedad y usando todas las armas de la ciencia los problemas del cambio de sistema social, en todas sus etapas y en todos sus aspectos teóricos y prácticos. Esto es, hacer ciencia politizada". Sostiene que esto no es destruir la ciencia, sino enriquecerla; no es negar su universalidad sino precisamente llegar a ella a través de la originalidad impuesta por las realidades locales; no es producir por producir, como robots dentro de una economía de consumo, sino como seres pensantes animados por un verdadero espíritu de servicio; no es seguir las reglas del juego ni los criterios de importancia fijados en otras latitudes, sino fijar los propios y actuar en consecuencia. Una ciencia rebelde va en contra de la rutina amiga de lo extranjero, entroniza la crítica inteligente, batalla contra el colonialismo en todas sus formas (como el integracionismo de la OEA) y estimula la formación de frente interdisciplinarios en respuesta a las complejidades que plantea la crisis. Su justificación es la investigación del proceso de toma del poder y la construcción de un nuevo sistema social. Por eso, en esa ciencia nueva no podrán participar sino científicos rebeldes, politizados, "a quienes poco importa sacrificar su carrera científica dentro del sistema, y que saben (tener en cuenta) esas condiciones ambientales: intereses hostiles y falta de fondos".

¡Ni que decir en cuánto Varsavsky tiene la razón! Sus preocupaciones son las de un verdadero hombre de ciencia, animado por el presente y el futuro de su pueblo, haciéndose las preguntas más pertinentes, levantando dudas sobre lo esencial y lo secundario en la ciencia en el momento actual. En efecto, la misión de la ciencia en una sociedad como la nuestra consiste en "participar directamente en el proceso de reemplazarla por otra mejor, y en la definición e implementación de esta".

La sociología debe reflejar, más que la física y la ingeniería, esas preocupaciones científicas. Por fortuna, los síntomas de apertura siguen acumulándose con rapidez. Ya en un congreso internacional de sociología rural, realizado en Enschede (Holanda) en agosto de 1968, empezaron a escucharse voces discordantes del tercer mundo. Se trató allí, en especial, el tema del adiestramiento de los sociólogos. Tomando la voz de América Latina hice la siguiente exposición, que he complementado en algunos de sus aspectos para hacerla más clara y pertinente:

En las actuales circunstancias históricas, el adiestramiento de sociólogos (y de otros científicos sociales) en la América Latina afronta un problema ideológico abrumador. Es un problema de orientación en la política científica que implica abrir o cerrar las puertas a la creatividad y la originalidad de nuestras gentes.

Si se acepta la premisa general de que las concepciones científicas están inevitablemente condicionadas por –y ligadas a– la estructura de la sociedad en la cual son concebidas, el sociólogo latinoamericano de hoy en casi todos nuestros países no puede dejar de reaccionar ante las dramáticas incongruencias e inconsistencias sociales que le rodean. Mientras más conciencia tiene de la conexión entre conocimiento y conflicto, más efectivo puede llegar a ser, bien como científico o como miembro de la comunidad. Esta tesis no es nueva: fue expuesta por Dilthey y Cooley, entre otros, quienes la practicaron.

Por lo tanto, un objetivo lógico del adiestramiento en ciencia social en estos países sería ayudar a los estudiantes a alcanzar una nueva dimensión de la objetividad científica: aquella derivada del estudio de las situaciones reales de conflicto y desajuste presentes en la sociedad, y de su participación activa en tales situaciones para buscar la liberación de esa misma sociedad. Esto es, estudio y acción combinados para trabajar contra la condición de dependencia y explotación que nos ha caracterizado, con todas sus consecuencias degradantes y opresivas expresadas en la cultura de la imitación y de la pobreza, y en la falta de participación social y económica de nuestro pueblo.

Es claro que en el caso cubano nos vemos ante otro horizonte. Allí se encuentra la sociedad en otra etapa, la de la reconstrucción, y por lo mismo sus urgencias científicas son otras: las de la superación. Pero aun en ese país subsiste la disyuntiva política que llevaría a la experimentación y a la creación de algo nuevo en las ciencias sociales, si se permite que aparezcan y se mantengan las coyunturas favorables. Este reto especial a los cubanos proviene del hecho obvio de que rompieron el marco institucional que ha limitado el remozamiento de la ciencia en el resto de América Latina. Por eso las posibilidades que se les abren de ser genuinamente creadores e innovadores, son muy grandes. Estas posibilidades aumentan cuando los marcos de referencia con que trabajan no son importados, sino que se basan en la propia realidad y se enriquecen mucho más cuando logran echar raíces en la América Latina, dentro del contexto actual de su crisis. Por ejemplo, en Cuba se puede hacer con relativa facilidad (porque no hay muchos intereses creados fuertes) una ciencia social verdaderamente interdisciplinaria: esto sería una novedad en cualquier parte del mundo. Con esta ciencia social interdisciplinaria –quizá pueda llamársela sociología, pero de nuevo cuño– se podría no solo articular diversas explicaciones de la revolución que ilustren el proceso ante propios y extraños, sino seguir siendo útil a la causa revolucionaria.

Pero esta ciencia nueva no puede alcanzarse si se insiste en seguir los diseños funcionalistas y las manías metodológicas norteamericanas y europeas que han encontrado un nuevo canal de difusión en la Unión Soviética y en otros países socialistas, donde el prurito de ponerse al día (además de otras razones de índole cultural) les ha hecho relegar el marxismo y olvidar la bondad de otros métodos clásicos de investigación social más a

tono con el ambiente y la realidad revolucionarias o prerrevolucionarias, en Cuba y en nuestros países.

Semejante desarrollo científico frustraría la potencialidad creadora cubana e impediría a su revolución proyectarse en el campo científico-cultural sobre el resto de América Latina.[1]

En cuanto a los otros países latinoamericanos que todavía deben romper sus marcos políticosociales, entender bien el problema de la objetividad es fundamental.

Generalmente se confunde la objetividad con la indiferencia ante situaciones reales en que pueda verse envuelto el hombre de ciencia. Pero aún Max Weber, el pontífice en esta materia, ha aceptado que tal posición es errónea, ya que la indiferencia en este sentido equivale a estar comprometido con el statu quo*. Para superar esta trampa ideológica, el buen científico social generalmente da un paso metodológico adicional: combina los modelos sincrónicos de corte seccional con los del proceso social e histórico, diacrónicos. Si esta combinación es aceptable en universidades importantes de otras partes, se torna aún más indispensable para entender la situación contemporánea en América Latina, y para sentar allí las bases de un sólido adiestramiento social en este campo.*

El adiestramiento sociológico por lo regular ha estado limitado, como norma, a dar interpretaciones estructurales que han reflejado la idealización de las respectivas sociedades en las cuales funcionan las universidades. Con algunas excepciones muy recientes, los pensum*, cursos e investigaciones de centros universitarios en países avanzados (aún en la URSS) reflejan en gran parte esta orientación estática, en la cual el "orden" y la "funcionalidad" son las normas supremas.*

Desde luego, "orden" y "función" no son características notorias de los países en desarrollo. Por lo tanto, la orientación ofrecida en los países avanzados a estudiantes venidos de aquellas regiones subdesarrolladas generalmente no es suficiente. Éstos llegan impulsados por cuestiones que tienen su origen en las realidades dinámicas de su sociedad, y con frecuencia abrigan la idealista intención de hacer algo tangible para mejorar las condiciones sociales y económicas de su pueblo. Debido a la orientación incompleta que reciben obtienen sólo respuestas parciales a aquellas cuestiones: los temas ofrecidos en las universidades "avanzadas" pueden resultar insulsos, y las técnicas de investigación aprendidas allí pueden ser ineficaces al aplicarse a las realidades de su propia tierra.

Este problema de orientación abre por lo menos dos cursos de acción complementarios: 1) modificar las ideologías, los pensum *y los marcos de referencia investigativa en las universidades de los países avanzados, con el fin de reflejar la necesidad de entender la revolución, el conflicto y el cambio social, tanto en el propio país como en el extranjero, y 2) establecer escuelas para graduados en naciones en desarrollo, las que intentarían construir autónomamente sus métodos y filosofías científicas para manejar los problemas sociales que les atañen y así transmitir a los estudiantes actitudes nuevas y más dignas hacia sus realidades nacionales.*

El primer curso de acción (modificar la ideología, los pensum *e intereses en los países avanzados) significa crear disidencia dentro de las actuales*

1 Ver mesas redondas en la Universidad de La Habana, 7 y 8 de octubre de 1969.

instituciones de educación superior. A juzgar por hechos recientes en Europa y en los Estados Unidos, el proceso de disidencia ha venido ganando terreno. Esto parecería positivo, porque podría estimular la creación de una antielite intelectual en aquellos países avanzados, que pudiera acercarse espiritualmente a los grupos que se han rebelado por justa causa en el tercer mundo, y llegar a entenderlos. Este descubrimiento de identidad de propósitos de cambio social en diversos contextos puede justificar la colaboración internacional y los programas de intercambio entre científicos y estudiantes de naciones más o menos desarrolladas, siempre y cuando, además, la antielite intelectual de las naciones desarrolladas libre su propia batalla contra la injusticia económica internacional y contra el aparato de "contrainsurgencia" que limita la independencia de nuestros países. Estas actitudes políticas también condicionan la investigación y la docencia, como ha sido amplia y tristemente comprobado en los últimos años.

Pero visto desde el ángulo de las naciones en desarrollo, el segundo curso de acción (estimular la creación nacional de escuelas independientes) es más eficaz y conveniente. Este curso significa, ante todo, poner fin a la imitación, a menudo ciega, de modelos y temas incongruentes concebidos en otras partes y para situaciones diferentes. Significa disminuir el servilismo y el colonialismo intelectual de los que vivimos en países en desarrollo, sin caer, naturalmente, en el defecto de la xenofobia. Significa sentar bases firmes para hacer una "sociología de la liberación" en nuestro continente, que incluya el examen de los procesos y mecanismos de la toma del poder por las clases populares, la búsqueda de nuestra razón de ser y una explicación propia de nuestras realidades, especialmente de aquellas que aparecen en los trópicos y subtrópicos hoy tan mal utilizados y tan poco comprendidos, que ayudarían a que aquellos procesos se desarrollaran con eficacia y prontitud.

Pienso que el estudiante que lograra esta orientación llegaría a prepararse insuperablemente para hacer contribuciones fundamentales al progreso de su sociedad y de la ciencia. Pero esta no es una vía fácil: exige labor ardua y gran constancia y disciplina. El estudiante aquí descrito debe ser capaz de manejar las técnicas de los países avanzados, y al mismo tiempo debe tener suficiente ingeniosidad, sentida común y seriedad para diseñar sus propios instrumentos con el fin de "llegar al nivel de los hechos". Por lo tanto, debe desarrollar una mentalidad capaz de realizar simultáneamente dos tareas: adoptar e innovar, y pulir una personalidad capaz de combinar el pensamiento y la acción.

No hay duda de que esto es difícil; pero no debe ser imposible. De otra manera no podría explicarse la inventiva en los países hoy dominantes, que una vez estuvieron más atrasados que la América Latina, España o Portugal.

En resumen, opino que el adiestramiento en ciencias sociales para la América Latina debe incluir la investigación autónoma e independiente de los hechos sociales del área, estimulando el pensamiento creador y la originalidad para liberarnos de antiguas o presentes tutelas de toda clase. Esto es indispensable, porque las realidades encontradas son de un tipo conflictivo y discrónico sobre el cual se conoce muy poco en los países avanzados de donde se difunden las pautas científicas; las metodologías y orientaciones ofrecidas en estos países pueden ser parcialmente contraproducentes. En cambio, de la observación directa y de la intervención personal en los procesos del cambio profundo, muchas veces revolucionarios –tan

característicos de las regiones en desarrollo–, pueden derivarse las más valiosas contribuciones al conocimiento sociológico, siempre y cuando se trabaje en ello con seriedad y disciplina.

Por lo tanto, impulsar activamente el logro revolucionario de una sociedad superior a la existente puede brindar, en fin de cuentas, el mejor tipo de adiestramiento sociológico en el momento actual.

Cejas que se fruncen, voces a iradas que se levantan en el público, amenazas de pérdida de empleo. Epur si muove. *La tendencia sigue marcándose, para llegar a una expresión concreta en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, en México, en noviembre de 1969. Si en alguna forma puede catalogarse ese congreso habrá de ser como la culminación de una actitud intelectual de real compromiso con el cambio social, con la acción necesaria para transformar revolucionariamente la sociedad latinoamericana, sin perder la rigurosidad científica. La idea de crisis saturó ese congreso como nunca antes, llevando a sus participantes a apoyar la ciencia rebelde. La declaración final es muy elocuente. Además de condenar la represión policiaca, militar y política, reclamar la libertad de presos políticos y, señalar la intervención del imperialismo como un factor responsable de las condiciones de dependencia que nos ahogan, los sociólogos presentes proclamamos:*

> *"En la fase actual de crisis y de transición hacia una nueva forma de vida económica, social y política, los países de América Latina necesitan de la colaboración crítica de los especialistas en ciencias sociales, en los diversos procesos históricos de transformación social. Por esto, no anhelamos regalías académicas ni privilegios sociales, sino el derecho de ejercer nuestras actividades de enseñanza y de investigación con plena identificación con los intereses y angustias de nuestros pueblos. Queremos y exigimos la existencia normal de condiciones de trabajo que permitan convertir las ciencias sociales, en nuestros países, en instrumento de conciencia crítica, en factor de autonomía cultural y política y en medio de lucha contra la miseria y las desigualdades sociales. Nuestro objetivo más amplio consiste en poner las ciencias sociales al servicio de los derechos fundamentales del hombre y de la creación de formas auténticas de democracia económica, social y política.*
>
> *Estos objetivos son esenciales tanto para el desarrollo autónomo y la integración de los países de América Latina como para la reorganización de las universidades y para el progreso de las ciencias sociales en una perspectiva latinoamericana. Por esta razón defendemos tales objetivos, conscientes de que formamos parte de los pueblos latinoamericanos y de que somos sus actores intelectuales en los procesos de cambio social."*

La "sociología de la liberación" queda así lanzada, enmarcada por la máxima entidad sociológica regional. Se vindica una posición. Se abren nuevas perspectivas. El sentido de autonomía crece a medida que se reenfoca la temática y se la relaciona con la crisis.

He aquí un concepto clave para la sociología de la liberación: ¿Qué es crisis? ¿Cuál es nuestra crisis? El congreso trató también de contestar estas preguntas inusitadas, rompiendo así otra tradición: la del formalismo sociológico estilo euronorteamericano, donde tales temas tabúes no se tratan.

Por un conocimiento vivencial[1]

A raíz de mi reciente retorno a la Universidad Nacional de Colombia (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales), un colega me preguntó qué tendencias dentro del campo científico social me habían parecido las más significativas durante el período de veinte años de mi retiro de las aulas. Me puso a pensar: no había duda sobre la gran significación de algunos procesos vividos durante el período. Decidí entonces valerme de esta conferencia mensual del Instituto, que formaliza mi reintegro al mundo académico, para articular una primera y rápida respuesta a aquella incitante pregunta.

Entre las tendencias de los últimos dos decenios dignas de tal reflexión, hay una medio escondida que merece salir del claroscuro. Me refiero a la incidencia sobre determinados grupos académicos y políticos de Europa y Norteamérica, de una contracorriente intelectual autonómica que se ha formado entre nosotros los del Tercer Mundo. Junto a este fenómeno, como elemento de refuerzo de la misma tendencia, figura un mayor y respetuoso conocimiento de la realidad cultural y humana de nuestras sociedades tropicales y subtropicales adquirido durante este período tanto por nosotros cuanto por los euroamericanos.Tiendo a pensar que muchos de estos descubrimientos se han realizado dentro de un marco crítico común que invita a retar políticamente a las instituciones del poder formal así en los países dominantes como en los dependientes. Pero el otro de este movimiento, con sus impulsos raizales y remolinos revolucionarios, parece hallarse más entre nosotros los periféricos que en el mundo desarrollado.

Por supuesto, estas premisas implican varios puntos debatibles. El primero, que en los últimos años en verdad se ha configurado, en nuestros países pobres y explotados, un grupo de científicos sociales y políticos retadores del *statu quo* cuya producción independiente ha tenido efectos localmente y más allá de las fronteras nacionales. El segundo punto diría que se ha acumulado tanta información fresca sobre sectores de nuestras sociedades como para dar base a una reflexión teórica y metodológica propia que modifica anteriores interpretaciones por lo regular exogenéticas

1 Conferencia inaugural en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, abril 7 de abril de 1987, auspiciada por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI).

o eurocéntricas. Claro que los trabajos rutinarios no han desaparecido de entre nosotros, ya que sus marcos de referencia continúan reproduciéndose por inercia en instituciones académicas y en medios de comunicación masiva controlados por personas caracterizables como colonos intelectuales. No obstante, la producción de estas personas por regla general no ha trascendido las fronteras nacionales precisamente por el mimetismo que despliegan.

Todo esto es debatible, pero quizás haya acuerdo general en que existen pruebas para demostrar en principio las dos premisas sugeridas, lo que me excusaría de tomar el tiempo de esta conferencia para hacerlo. Más bien me dedicaré a explorar una hipótesis complementaria. Sostendré que aquella incidencia intelectual del Tercer Mundo tropical sobre grupos homólogos críticos de países dominantes encuentra acogida en razón de la crisis existencial que afecta a las sociedades avanzadas de las zonas templadas, sea por las proclividades auto objetivantes de la ciencia y la técnica modernas desarrolladas allí, sea porque hoy surgen amenazas serias para la supervivencia de todo el género humano relacionadas con los avances inconsultos de esa misma ciencia euroamericana fetichizada y alienante.

Los euroamericanos, evidentemente, progresaron y se enriquecieron con el desarrollo científico-técnico, mucho a expensas de nosotros los del Tercer Mundo. Pero ello fue también a expensas de su alma y de los valores sociales, como en el contrato mefistofélico. Ahora, después de haber botado la llave del arca del conocimiento prístino de donde partió el progreso, hastiados de este por la forma desequilibrada que tomó, y avergonzados de la deshumanización resultante, los nuevos Faustos pretenden reencontrar la llave del enigma en las vivencias que todavía palpitan en las sociedades llamadas atrasadas, rurales, primitivas, donde existe aún la praxis original no destruida por el capitalismo industrial: aquí en América Latina, en África, en Oceanía.

Si esto fuese cierto, tal constatación de las fallas existenciales e ideológicas en la zona templada podría darnos todavía más certeza y justificación a los del Tercer Mundo en la búsqueda autónoma para interpretar nuestras realidades. Y más seguridad en nuestra capacidad de saber modificarlas y construir formas alternativas de acción política y social para beneficio nuestro y, de contera, también para el de todos los pueblos explotados y oprimidos de la tierra.

La frustración del eurocentrismo

No es nuevo lo que voy a decir a continuación para sostener estos puntos de vista iniciales, y lo repetiré sucintamente. Desde comienzos del presente siglo, y en especial a partir de los desastres materiales y espirituales de la Primera y Segunda Guerras Mundiales, muchos científicos y filósofos europeos reconocieron el problema existencial aludido y cuestionaron el propósito final de sus conocimientos y acumulaciones técnicas, así en las universidades como en los laboratorios. El inspirador de esas tareas había sido el cartesianismo analítico junto con la tentación teleológica de obtener control sobre los procesos naturales. Además, en lo político se habían diseñado formas democráticas representativas apuntaladas en un positivismo funcional y en las ideologías de la libre empresa y la propiedad absoluta. Como no todo anduvo bien, la sociedad europea se dividió entre utopistas y

realistas, dando origen a esa controversia permanente que parte de Hobbes y encuentra su nadir en el fascismo.

Al cabo de casi dos siglos de experiencias, la desilusión y la protesta se convirtieron en alimento diario de aquella sociedad. Recordemos, entre otras voces díscolas, el pesimismo de Spengler sobre los resultados de la búsqueda del desarrollo económico, y la crítica fenomenológica de Husserl sobre el desvío del positivismo, creando escuelas que desembocaron en revisiones sustanciales de la interpretación ontológica. Hasta las ciencias naturales experimentaron esta desazón y buscaron una revisión orientadora. Encabezados por los físicos cuánticos, descubrieron la infinitud de la estructura interna de las partículas atómicas y dieron el salto del paradigma mecánico de lo cotidiano, de Newton, al infinitesimal y relativo de Einstein, complementándolo con la inesperada y herética constatación (de Heisenberg) sobre la indeterminación del conocimiento experimental y el papel antrópico del observador.

En el campo filosófico hubo también esfuerzos para alejarse del cartesianismo y del positivismo que vale la pena recordar: entre otros los de la Escuela Crítica de Frankfurt al combinar el rechazo al nazismo con el rescate antidogmático del marxismo; y el de la filosofía de la ciencia (Gaston Bachelard). Todos estos esfuerzos fueron de grandes proporciones para el subsecuente desarrollo científico y técnico y para la revisión de actitudes ante el conocimiento y el progreso humano. En los países del Tercer Mundo, quizás por razones de lenguaje, apenas si llegaron los murmullos de esa revisión. En lo concerniente a las ciencias sociales, por ejemplo, estas siguieron apegadas al cientificismo positivista, y todavía hoy se hallan en la anticuada etapa del paradigma newtoniano.

Sin embargo, hubo igualmente las tres persistentes en el desarrollo de la reinterpretación crítica europea. Por lo general, los intelectuales iconoclastas pretendieron resolver, comprensiblemente, sus problemas de concepción y orientación todavía dentro de los parámetros del conocimiento tradicional. Europa seguía siendo el ombligo del mundo, el modelo a seguir por todos los demás aunque su sociedad fuera perdiendo sabor y sentido para sus propios miembros. Se pensó entonces que la solución de los problemas existenciales de las naciones avanzadas podía alcanzarse si se desanduviera allí mismo el recorrido hasta retrotraerlo al complejo cartesiano como reconocido punto de partida del desvío cientificista. Y luego tomar el perdido rumbo humanista que corregiría los peligros de la alienación de los intelectuales y de los científicos.

Estas propuestas de enmienda, evidentemente parroquiales, siguieron discutiéndose por un buen tiempo. Hasta Habermas, la última gran figura de la Escuela de Frankfurt, cayó en el simplismo de la continuidad eurocéntrica y del modelo del desarrollo avanzado. Ello limitó las implicaciones universalistas de sus tesis sobre conocimiento e interés como fórmula p ara superar el síndrome de la deshumanización moderna que advirtió, interpretó y condenó en toda su amplitud.

Desde cierto punto de vista, el eurocentrismo umbilical es inexplicable, porque la sociedad y la ciencia europea son en sí mismas el fruto histórico del encuentro de culturas diferentes incluyendo las del actual mundo subdesarrollado. Es natural preguntarse, por ejemplo, si Galileo y los demás genios de la época hubieran llegado a sus conclusiones sobre la geometría,

la física o el cosmos sin el impacto del descubrimiento de América, sus productos y culturas, o sin la influencia deslumbrante de los árabes, hindúes, persas y chinos que bombardearon con sus decantados conocimientos e invenciones a la Europa rudimentaria del pre Renacimiento.

El revezo de la vieja corriente colonizadora

Últimamente, los grupos de intelectuales sufrientes de Euroamérica han tratado de corregir aquella tendencia narcisista y parroquial. Es posible encontrar ahora entre ellos expresiones de reconocimiento respetuoso del mundo marginal pauperizado, un querer sentir y comprender empáticamente los valores de las sociedades tropicales y subtropicales no industrializadas, cierta admiración nostálgica por la resistencia de los indígenas y campesinos analfabetas y explotados del Tercer Mundo ante los daños y perjuicios del desarrollo capitalista y de la racionalidad instrumental.

No podré hacer ahora un tratado sobre tales grupos de protesta intelectual y científica que van más allá de las descripciones de aspaviento d eviajeros y misioneros de siglos anteriores. Pero vale la pena recordar algunas expresiones notables, y examinar sus lazos o afinidades ideológicas con lo nuestro. Veremos cómo muchos asuntos principales tratados por ellos se enraízan en la problemática del Tercer Mundo y se articulan con ella. Esto demostraría cómo las viejas corrientes intelectuales colonizadoras del norte hacia el sur pudieran estar cambiando parcialmente de curso en estos años para volverse en dirección contraria, del sur hacia el norte, y crear interesantes olas de convergencia temática inspiradas en la vieja consigna de conocer para poder actuar bien y transformar mejor. En cuyo caso, lo que estaríamos observando sería realmente el comienzo de una hermandad universal comprometida políticamente contra sistemas dominantes, una hermandad conformada por colegas intensamente preocupados por la situación social, política, económica y cultural de todos nosotros los que heredamos este mundo injusto, deforme y violento, allá como acá, y que queremos cambiarlo de manera radical.

Para empezar nuestra revisión de datos y experiencias relacionadas con este fenómeno, veamos una expresión de la convergencia temática y compromiso espiritual y político en quienes han rescatado la cultura popular e indígena. Con este esfuerzo se ha descubierto otra visión del mundo muy distinta de la transmitida por culturas opresoras. Como se sabe, para alcanzar esa visión Claude Levi-Strauss hizo viajes frecuentes a América Latina y África, y plasmó en páginas admirativas el "pensamiento salvaje" que allí detectó. Son las realidades cosmológicas sobre circuitos de la biosfera y el mecanismo del "ecohumano" que comunicaron también los indios desana de nuestra Amazonía a Gerardo Reichel-Dolmatoff. Estos estudiosos, como muchos otros autores, recogieron aquella sabiduría precolombina que los científicos occidentales habían despreciado, pero que el pueblo común tercermundista preservó a pesar de todo en sus lejanos caseríos y vecindarios.

No nos sorprenda que allí, en ese mundo rústico, elemental o anfibio (el del hombre caimán y el hombre hicotea) que ha atraído a los antropólogos, se haya configurado también el complejo literario del Macondo, hoy de reconocimiento universal. Científicos e intelectuales del norte y del sur con-

vergieron así creadoramente con novelistas y poetas para abrir surcos nuevos de comprensión del cosmos y retar versiones facilistas y parciales del conocimiento que provienen de la rutina académica. Los Macondos, junto con los bosques brujos de los yaquis, las selvas de los mundurucú y los ríos-anaconda de los tupis son símbolos de la problemática tercermundista y de la esperanza euroamericana: reúnen lo que queremos preservar y lo que ansiamos renovar. Retan lo que cada uno cree que piensa de sí mismo y de su entorno. En fin, lo macondiano universal combate, con sentimiento y corazón, el monopolio arrogante de la interpretación de la realidad que ha querido hacer la ciencia cartesiana.

Tampoco se salvan de los retos del mundo subdesarrollado los practicantes de las ciencias naturales, especialmente aquellos que persisten en ver el universo como si fuese constituido de partículas o bloques elementales finitos, medibles y matematizables. La concepción mecanicista del mundo que heredó el físico austriaco Fritjof Capra, por ejemplo, empezó a caer cuando este y sus colegas analizaron los problemas ecológicos de explotación de la naturaleza y advirtieron formas no lineales en procesos vitales comunes. Eso no lo descubrieron solos, sino que lo aprendieron mayormente de comunidades indígenas y de la sabiduría intuitiva de estas. Capra protestó por la desorientación inhumana de la ciencia moderna, y encontró factores de equilibrio para esa tendencia mortal solo en el I-Ching y en enfoques holísticos basados en el Ying y yang y en el misticismo de los pueblos olvidados del Lejano Oriente. Con base en estos postulados tercermundistas, presentó su desafiante doctrina del "Punto de retorno" y su propuesta de una metafísica que comparten otras autoridades científicas (no todas, por supuesto).

De manera similar, el epistemólogo canadiense Morris Bermandes cubrió las limitaciones de los conceptos académicos de circuito, campo de fuerza, conexión e interacción a través del estudio de la alquimia medieval, del totemismo y de los cultos a la naturaleza de los indígenas americanos. Fueron trabajos de africanos (Chinua Achebe y otros) de los que más le iluminaron para replantear la importancia que tienen para la ciencia moderna tesis derivadas de esas formas no académicas, y la necesidad de "reencantar el mundo" con lo que él llamó "conciencia participativa". Así hizo eco a clamores similares de grupos latinoamericanos e hindúes que planteaban, desde antes, metodologías innovadoras con esta clase de conciencia.

¿Qué llevó a Foucault, por su parte, a postular la conocida tesis sobre "insurrección de conocimientos subyugados" en su primera conferencia de Turín? Él mismo lo explica como una reacción a la tendencia erudita de producir un solo cuerpo unitario de teoría como si fuera la ciencia, olvidando otras dimensiones de la realidad, especialmente las de las luchas populares no registradas ni oficial ni formalmente. No sabemos con exactitud, por su prematura muerte, cuánto incidió en Foucault el constatar la difícil situación de los indígenas americanos a quienes visitó, y de quienes alabó sus supervivencias culturales y uno que otro alucinógeno. No debió ser poco, ya que la homologa con las luchas olvidadas que él mismo documenta sobre el loco, el enfermo y el preso. De allí se derivan sus análisis sobre las relaciones entre el saber y el poder político y los condicionantes sobre el poder científico, análisis que convergen con claras preocupaciones tercermundistas anteriores y contemporáneas.

Puede parecer antipático hacer un examen sobre la originalidad de las ideas en grupos de intelectuales del norte y del sur; pero como la hipótesis complementaria sobre la acogida existencial e ideológica de los norteños que he venido explorando lleva hacia allá, voy a intentarlo con la consideración debida. Me parece que los hechos hablan por sí solos, de modo que procederé no más que a mencionar los polos temáticos respectivos, declarando fuera de concurso, anticipadamente, a escritores-historiadores latinoamericanos como Eduardo Galeano y Alejo Carpentier, por las obvias razones de su demostrada universalidad.

La dialógica moderna se propuso primero en el Brasil (Paulo Freire). Dar voz a los silenciados y fomentar el juego pluralista de voces diferentes, a veces discordantes, se convirtió en consigna de estudio y acción para sociólogos influyentes del Canadá (Bud Hall) y Holanda (Jan de Vries), entre muchos otros, y para todo un movimiento renovador de la educación de adultos a nivel mundial.

Las teorías de la dependencia y el sistema capitalista mundial, así como el desarrollo del subdesarrollo, encontraron sus primeros campeones en Egipto, Senegal (Samir Amin) y América Latina (Fernando H. Cardoso, Celso Furtado, André Gunder Frank), con replicaciones posteriores en Europa (Inmanuel Wallerstein, Dudley Seers). De la misma manera han tenido repercusiones los aportes de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en las teorías sobre el equilibrio económico regional, así como la crítica tercermundista de los "economistas descalzos" (Manfred Max Neef) que demuestra las graves fallas técnicas y teóricas de esta disciplina, sus objetivos y alcances.

La propuesta praxiológica de la subversión moral que se extendió por todo el mundo, incluyendo las universidades de los países avanzados, tuvo su cuna entre las gentes de nuestras islas y montañas y en sus luchas (Camilo Torres, Che Guevara). Así mismo, y en similares circunstancias, emergió de nosotros la teología de la liberación (Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff) que ha llevado a revisar la rutina eclesial católica y ecuménica. El rescate de las luchas populares y de la personalidad y cultura de los "grupos sin historia" ha sido iniciativa de bengalíes, hindúes y ceilaneses (da Silva, Rahman y otros) con resonancias posteriores en trabajos euroamericanos (Eric Wolf, Georges Haupt).

Además del impacto de las revoluciones de Cuba y Nicaragua que han colocado a Latinoamérica en las vanguardias de movimientos de liberación sociopolítica, registramos el positivo efecto sobre el marxismo esclerosado de los europeos con aportes concretos de nuestros investigadores sobre problemas de la periferia en América, África, Asia y Australia (Bartra, Stavenhagen, González Casanova, Benarjee, Taussig, Mustafa). Algo semejante ha ocurrido con las teorías del Estado y la democracia originadas en el cono suramericano (Lechner, O'Donnell); sin olvidar el extraordinario aporte original de los hindúes a la física cuántica.

El Simposio Mundial de Cartagena sobre investigación-acción en el que las voces y experiencias del Tercer Mundo fueron determinantes, sostuvo tesis sobre intervención y participación social que complementaron o reorientaron trabajos convergentes en Francia, Austria, Suiza, Holanda, Suecia y los Estados Unidos.

La lista puede seguir. Pero quizás lo que viene dicho sea suficiente para confirmar parcialmente la hipótesis complementaria que he propuesto sobre la originalidad a que invita el estudio autonómico de nuestros problemas y el acoplamiento a estos estudios entre los norteños que sufren su propia crisis existencial e ideológica. Es evidente: asfixiados por sus nubes tóxicas, basureros radioactivos y lluvias ácidas, aturdidos por la vacuidad juvenil, asustados por misiles y cohetes militares, los euroamericanos buscan respuestas, soluciones y equilibrios en nuestros aires frescos y horizontes vitales. Lo que vengo relatando muestra también cómo la corriente del pensamiento del centro hacia la periferia se ha venido revezando, y cómo ella está tomando igualmente la interesante derivación sus-sur.

Parece que se ha venido formando así, desde hace unos veinte años, un movimiento conjunto de colegas de diversos orígenes nacionales, raciales y culturales preocupados por la situación del mundo en su totalidad, cuyos puntos de vista confluyen a nivel de igualdad de manera comprometida y crítica contra el *statu quo* y los sistemas dominantes. En este movimiento conjunto me parece que hemos quedado involucrados muchos de nosotros en nuestras propias búsquedas, algunos, como yo, por fuera del ámbito universitario.

Un reto político universalmente compartido

En últimas, el efecto de todos estos trabajos es de carácter político y seguramente de alcance universal. Puede verse que la hermandad de los intelectuales críticos del norte y del sur propende por un mundo mejor en el que queden proscritos el poder opresor, la economía de la explotación, la injusticia en la distribución de la riqueza, el dominio del militarismo, el reino del terror y los abusos contra el medio ambiente natural. Como hemos visto, sobre estos asuntos vitales nos reforzamos mutuamente los unos a los otros. Por encima de las diferencias culturales y regionales, reiteramos el empleo humanista de la ciencia y condenamos el uso totalitario y dogmático del conocimiento. Tratamos de brindar, por lo tanto, elementos para nuevos paradigmas que recoloquen a Newton y Descartes. Buscamos dejar atrás a los dostétricos hermanos: el positivismo y el capitalismo deformantes, para avanzar en la búsqueda de formas satisfactorias de sabiduría, razón y poder, incluyendo las expresiones culturales y científicas que las academias y los gobiernos han despreciado, reprimido o relegado a segundo plano. Es lo que, en términos generales, se llamó durante el decenio de 1960, "ciencia social comprometida".

Una revisión detallada de los trabajos mencionados puede demostrar que existe en todos ellos no solo el ideal del "compromiso" de la década de 1960 y la reacción contra el monopólico paradigma positivista, sino el afán político de dar un paso más y ofrecer una alternativa clara de sociedad. Esta propuesta –queda dicho– se alimenta de un tipo de conocimiento vivencial útil para el progreso humano, la defensa de la vida y la cooperación con la naturaleza. Quienes hemos querido ayudar a construir esta propuesta, hemos hablado de participación cultural, económica y social desde las bases, la construcción de contrapoderes populares, la proclamación de regiones autónomas y el ensayo abierto de un federalismo libertario. Además, la propuesta vivencial alternativa invita a revisar concepciones antiguas so-

bre la autodefensa justa, el tiranicidio y el maquiavelismo solo sancionadas antes en España e Italia.

Queremos, pues, fomentar actitudes altruistas que equilibren la parcial visión hobbesiana de la sociedad del hombre lobo para el hombre que nos han transmitido en la escuela europeizante y fuera de ella como verdad universal y eterna. En fin, queremos sondear las relaciones dialécticas que existen entre conocimiento y poder y colocarlos al servicio de las clases explotadas para defender los intereses de estas.

La propuesta alternativa también se construye como neutralizador ideológico de las soluciones nazifascistas, xenofóbicas y de fuerza que acabaron con Europa y amenazan aún a democracias maduras, para favorecer en cambio salidas pluralistas, tolerantes, de diferencias y puntos de vista diversos construidos con movimientos sociales de base, lo cual ha sido una contribución específica de esfuerzos populares del Tercer Mundo con metástasis en el Primero. Paradójicamente, este era el tipo ideal de conocimiento y acción, medio utópico quizás, por el que propugnaron los filósofos principales de los siglos XVII y XVIII, empezando con la invitación de sir Francis Bacon de crear una tecnología humanista. Supongo que Descartes nunca imaginó las distorsiones vivenciales y los desastres ecológicos que sus tres reglas de análisis positivo impusieron a la sociedad. Ni que Galileo hubiera querido que la matematización de la naturaleza iniciada por él, llevara a la bomba atómica.

Aún así, los ideales de bienestar humano de aquellos filósofos y científicos persisten. Las recientes generaciones de intelectuales comprometidos del norte y del sur, sin volver atrás el reloj de la historia, han empezado a revisar mitos y tabúes creados desde la Ilustración alrededor de las instituciones sociales, religiosas y políticas vigentes, ya que estas, con el paso de los años, han perdido su espíritu para tornarse en cosas y fetiches. Tal el caso con los conceptos de Estado-nación, el partido político, la democracia representativa, la soberanía, y la legalidad del poder público, por una parte; y por otra, los conceptos de iglesia-Estado, el concordato eclesial, la prisión, el servicio militar, y el desarrollo económico. El desempeño contagiante de estas instituciones enfermas y alienantes ha sido claramente denunciado por la hermandad crítica del norte y del sur, aunque del Tercer Mundo se hayan levantado voces más claras producidas quizás por el efecto empeorado de la experiencia regional derivada. Porque aquí sí parece que se cumpliera la tesis leninista sobre el rompimiento del sistema por el eslabón más débil.

No es sorprendente, por lo mismo, que estén sobre el tapete las fórmulas alternativas de democracia y sociedad mencionadas atrás. Ello invita a ensayar estilos nuevos de hacer política y entenderla. Por eso, tanto en Europa como en la India y en Colombia buscamos métodos frescos y alegres de organización popular diferentes de los impuestos por los dogmas (así liberales como leninistas) sobre los partidos con sus solemnes tesis sobre racionalidad, verticalidad del mando, centralismo de cuadros y monopolio de la verdad, dogmas y tesis que se han constituido en parte de nuestras crisis actuales. Y salen voces "bacanas" y luces correctivas desde nuestros países subdesarrollados que iluminan la potencialidad creadora de los azares de las luchas, de la espontaneidad y de la intuición de las masas para ir organizando movimientos regionales sociales y políticos independientes.

Por último, si la revisión que acabo de hacer resultara cierta, así fuese parcialmente, tendremos que cambiar los viejos mitos heredados sobre la superioridad del faro intelectual euroamericano que tanto ha condicionado nuestra vida política, económica y cultural y que nos mantiene en el atraso y en la pobreza permanente. Aun admitiendo la sintonía positiva con ese faro, sería triste mantenernos en los paradigmas ya superados por los desarrollados técnico-científicos modernos, y seguir repitiendo e imitando autores, filósofos e ideólogos cuya vigencia puede resultar discutible. ¿Para qué seguir llevando flores a ídolos dudosos, citar acríticamente a escritores obsoletos, o elevar como maestros a colegas cuyo pensamiento ha sido eco o desarrollo de nuestros propios análisis, un eco a veces ampliado por la resonancia de aparatos hegemónicos? Si según muchos euroamericanos prominentes la llave del arca del conocimiento vivencial se encuentra entre nosotros los de la periferia del Tercer Mundo, ¿no resulta absurdo persistir en hallarla a través de terceros que, por razones histórico-culturales, no saben bien de los cofres tropicales y macondianos en que pueda estar escondida?

Como dije al principio, estos datos debieran darnos a nosotros los periféricos todavía más certeza en la interpretación de nuestras realidades, más seguridad en saber transformarlas, y más confianza en construir autónomamente nuestros propios modelos alternativos de democracia y sociedad. Sin embargo, habría que ponernos de acuerdo, los grupos críticos de todas partes, por lo menos en una condición de justicia histórica: que los esfuerzos de interpretación, cambio y construcción de los modelos nuevos se dirijan prioritariamente a beneficiar al pueblo humilde y trabajador que celosamente guardó aquella llave del arca vivencial a través de siglos de penuria, explotación y muerte. Todavía podemos aprender mucho de las formas de creación y defensa cultural así como de las tácticas de resistencia secular de nuestros humildes grupos de base, formas y tácticas que pueden servir para que todos conjuntamente sorteemos con éxito la época de graves peligros en que nos ha tocado vivir.

Haber llegado a sentir, principalmente con colegas de países dependientes, cómo iban conformándose estos procesos sociales, científicos y políticos en tantas partes del mundo, fue de los tónicos que más me estimularon durante estos jalonantes, aleccionadores veinte años de alejamiento de la Universidad Nacional.

Retorno al compromiso práctico[1]

Como lo podrán ver, estoy feliz y orgulloso por el inmenso honor de recibir el galardón Gerardo Molina en todo lo que él significa en el mundo académico y político, dentro y fuera de la Universidad.

Agradezco a los que hicieron posible este feliz momento, empezando por la postulación de la Facultad de Ciencias Humanas, mi querida entidad de origen, así me hubiera alejado de ella en busca de luces alternas en 1970, que hoy es de nuevo, junto con el IEPRI y la División de Extensión Universitaria, mi estimulante albergue intelectual. Agradezco asimismo a los Consejos Superior y Académico y a los miembros de la Orden, por escogerme para formar parte de tan privilegiado núcleo de colegas que evocan y mantienen la figura emblemática del Maestro. Saludo también a mi esposa María Cristina, quien nos acompaña, y a la profesora Blanca Ochoa de Molina, testigos y partícipes de la amistad que compartí con Gerardo por muchos años, y de la atracción que tuvo para mí aquella armonía vital que el Maestro desplegaba entre la labor del pensador-escritor y el compromiso práctico con las izquierdas democráticas y los movimientos populares.

Tres ciclos de búsquedas

Esta dualidad entre el intelectual y el político, característica del Maestro Molina, ha sido observada y muchas veces admirada por tirios y tróyanos.[2] Pero es problemática y más bien cíclica, como ha sido el caso en nuestra Universidad, por lo menos desde finales de la década de 1950 cuando ingresé a ella. Como bien lo recuerda en un Periódico el escritor R. H. Moreno-Durán (en ese entonces estudiante de sociología y derecho), en el decenio siguiente hubo la efervescencia de muchas opciones político-ideológicas, algunas de ellas pugnaces entre sí, pero que siempre tuvieron en mente la gran tarea de contribuir a la construcción de la nación colombiana.

Nos impresionaba, entre otras cosas revolucionarias, la fotografía de Jean Paul Sartre mezclado con la juventud parisina en las Jornadas de Mayo,

1 Discurso al ingresar a la Orden Gerardo Molina –el máximo galardón de la Universidad Nacional de Colombia–, Auditorio León de Greiff, Bogotá, 20 de septiembre de 2002. Agradezco la asesoría del profesor Gonzalo Cataño.

2 Aguilera Peña, M. (ed.) (2001). *Gerardo Molina y la Universidad Nacional.* Bogotá, Colombia: Unilibros.

como ejemplo vivo del compromiso político-intelectual con las buenas causas de la libertad, la creatividad y el anarquismo en esa tarea constructiva de nación. Había conciencia de hacer cultura y política críticas, valores que en cierto modo personificaron entonces Camilo Torres y los estudiantes que partieron con él a la guerrilla.

Ese primer ciclo activista y múltiple, con el fervor utópico a flor de piel, se cerró en las décadas siguientes por el desencanto cómodo del Frente Nacional y la expansión que indujo en tecnocracia y apoliticidad. Siguieron años tristes de indecisión y angustia en los que las nuevas generaciones se sintieron heredando un país deshecho, desgraciado, ensangrentado injusta e inexplicablemente. Según Moreno-Durán, apoyado en Jorge Zalamea –otro epígono de creadora independencia intelectual–, sólo se salvaron los estudiantes que se refugiaron en la literatura y en las artes.

En este segundo ciclo del silencio expectante, los profesores y los estudiantes parecieron perder su norte y abandonaron parcialmente el laboratorio y la investigación. Se decidieron por el autismo, la indiferencia y el escepticismo triste a que aludió nuestro colega Gonzalo Sánchez en su brillante discurso de aceptación de este mismo galardón, hace tres años. Gonzalo nos recordó entonces que los intelectuales en general –y muchos universitarios– no quisieron comprometerse con nada ni con nadie, porque no concordaban en "guerras sin política y políticas sin ideas". Prefirieron ser tecnócratas y apolíticos que se conformaron a la situación existente, así fuera insoportable. De allí la característica de este ciclo como el del silencio cartesiano, el de la inactividad existencial: porque faltaron proyectos colectivos convincentes que resucitaran la utopía necesaria para la construcción de la nación y prender los ánimos e iluminar las conciencias.

Por diversas razones que trataré de determinar –así el tono de este ensayo se vuelva algo político, y parezca que me esté colocando de nuevo las lentes rosadas para observar la vida y la historia–, percibo ahora que podemos estar entrando en la Universidad y en el país a un tercer ciclo de búsqueda de ese equilibrio vivencial que tenía el Maestro Molina entre el intelectual y el político para los fines que he señalado. Parece como si se estuviera reviviendo el afán utópico y un más claro y sereno compromiso, alimentados por fatigas personales y colectivas ante la situación existente. Este probable nuevo ciclo de un compromiso maduro y sentipensante tiene sus orígenes. Me atrevo a colocarlos precisamente en los esfuerzos de Molina de hacer despegar lo que se llamó "terceras fuerzas", como el Movimiento Firmes de los años ochentas, origen a su vez del siguiente Movimiento Colombia Unida del que el mismo Maestro fue proclamado mentor en 1985. Hubo entonces el fervor de las palomas de la paz de Belisario y el nacimiento de la Unión Patriótica, pronto frustrado con la mayor sevicia. Recordemos que por fallas internas de liderazgo y genocidios tolerados por el poder estatal, estos movimientos de la "tercera fuerza" no llegaron a crecer; pero sus restos convergieron en la Alianza Democrática M-19 y coronaron su gestión en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, producto también del movimiento juvenil y universitario en despertar.[3]

3 Múnera Ruíz, L. (1998). Rupturas y continuidades: Poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988. Bogotá, Colombia: IEPRI-CEREC, Universidad Nacional de Colombia.

Cosmovisión ecológica y socialista de estado

Este nuevo impulso cíclico, que ha afectado la vida universitaria aunque no se diga mucho, está arrancando con ideas-acción y proyectos colectivos en forma de frentes sociales, polos y partidos socialdemócratas, y movimientos populares, culturales y cívicos, como pocas veces hemos visto –algunos provenientes del Sur, llegando a gobiernos–, que son, por lo mismo, motivo de optimismo. El fenómeno no es solo nacional sino internacional, y puede estar vinculado a aquella premonición de los marxistas del siglo XIX que veían posibilidades teóricas y prácticas de autodestrucción en el capitalismo. Pudo ser entonces un pensar con el deseo, pero hoy parece haber bases para sospechar que las crisis del capitalismo se están multiplicando y que las curvas de Kondratieff pueden estarse acortando. Las destructivas tendencias entrópicas del sistema dominante pueden sentirse hoy en países latinoamericanos como Argentina y Brasil. En países capitalistas importantes ha habido una reacción interna contra la globalización e instituciones banderas como el Fondo Monetario Internacional, en la que encabezan los jóvenes y los universitarios. Muchos de mis amigos participaron de la revuelta de Seattle, y yo mismo asistí a la protesta de Melbourne.

El neoliberalismo como tal y los aperturistas también están desacreditados y solo les quedan gestos vergonzantes. Porque el sistema dominante no ha podido ni podrá resolver por lo menos cuatro grandes problemas económicos que tienen raíces sociales y culturales descuidadas. Ellos son: la falta de ética, la usura, la pobreza, y la destrucción ambiental. Cada día peor con estos asuntos, el mundo sabe quiénes son los culpables y dónde están localizados. Todo ello lleva a asumir una actitud más crítica y severa ante el *statu quo* y adoptar una mayor esperanza de cambio por la justicia, la equidad y el progreso de las mayorías.

Las actividades de discusión, estudio y acción sobre la actual coyuntura y la crisis de las instituciones, se cuentan por centenas. Incluyen salidas aplicadas de profesores y estudiantes al terreno, como pocas veces antes. La Universidad y su práctica de la extensión se han convertido en un ardiente crisol de intercambio intelectual y político en el buen sentido. El mes de septiembre de 2002, que puede ser sintomático, ha sido excepcionalmente febril y retador desde el punto de vista del análisis y crítica de problemas nacionales y universitarios, en campos muy diversos que van desde la Geografía hasta las Ciencias Naturales. Las discusiones han sido fuertes y constructivas. Esto está lejos de ser una revolución al estilo de los años sesentas, aunque se le acerca, pero plantea a fondo nada menos que la necesidad de la reestructuración estatal y de mejores formas de vida colectiva.

Como prueba de que estamos entrando a este nuevo ciclo de madura preocupación sentipensante que pueda llevar a un compromiso intelectual y político más sereno –según el esquema vivencial del maestro Molina–, me permití presentar en esos días lo que llamé un "Plan V", por Vuelta al campo y a la vida, que busca llevar a una Segunda República o República Regional Unitaria en nuestro país (ver el capítulo 4)[4]. Es un sueño que deseo introducir aquí para repensar el tema de construir nación hacia lo que se ha llamado nación-en-red, y aprovechar planteamientos de refuerzo que

4 El capítulo del cual habla Fals se titula "La segunda república: siete razones en su favor", reunido en el mismo libro de donde extractamos este documento. [N. de los E.].

provienen de las obras de Gerardo Molina. Diría que nos acercamos a otro planteamiento utópico, o idea-acción, la de un ecosocialismo libertario cuyos principios se están perfilando, a nivel mundial, como la única alternativa válida al destructivo capitalismo neoliberal actual, por razones éticas, políticas y ambientales.

Sin entrar a polemizar, estos puntos de vista parecen responder las justificadas reservas intelectuales sobre lo político hechas aquí y en otras partes, y proponen salidas como las que han animado ciclos activos anteriores. Además, se inspiran en sólidos aportes de Molina sobre socialismo y ecología, que podemos recoger de las muchas páginas que sobre estos tópicos ofrece en su penúltimo libro, titulado *Las ideas socialistas en Colombia,* que es un himno al optimismo compuesto en 1987 con su usual madurez y visión de estadista.[5] Debo reconocer y recordar que en este libro Molina me honra colocándome junto a Antonio García y Camilo Torres (p. 331-334) con base en mi opúsculo de 1982, "Un nuevo pacto social y político en Colombia", y avala mi propuesta de un socialismo autóctono, contestatario y participativo.[6]

En dicho libro el Maestro varias veces sostiene que "es un error proponer el modelo vigente en los países ricos, modelo que tiene como ingrediente el despilfarro. Quizás están en lo cierto los pensadores que hablan ahora de la conveniencia de un socialismo humanista, en el que el individuo mide severamente lo que en realidad requiere para ser feliz, sin los sueños desmesurados del siglo XIX" (p. 348).

Y Molina escribe más adelante: "Resulta evidente que la verdadera victoria de la ecología sólo podrá darse dentro del socialismo, ya que es patente que la explotación económica de unos seres por otros, transforma el equilibrio que debe reinar para que la especie humana disponga del medio que le permita realizarse" (p. 350).

Concluye este libro comprometido de la siguiente manera: "El socialismo democrático, a pesar de todo, es posible. Basta que la mayoría de los hombres lo quieran. El deber de los intelectuales es inducirlos a que lo intenten" (p. 360).

¡He aquí el desafío vivencial de Molina, el que le abre la puerta de nuevo a la utopía y al compromiso! El qué hacer con lo aprendido, con lo leído y descubierto, hace patente y resuelve otra vez, en un nuevo plano, el compromiso del intelectual con la nación y su pueblo. Es un compromiso renovado, más claro y profundo, con las gentes victimadas por sistemas explotadores, con el fin de intentar construir, en nuestro país y en otras partes del mundo, una sociedad ecosocialista justa. No es imitar el socialismo conocido del siglo XX, sino otro autóctono, realmente participativo y democrático, que corrija la insatisfactoria situación actual. Según las últimas reflexiones del colega Libardo Sarmiento, el ecosocialismo así postulado tiene dos grandes metas: la autoemancipación de las personas y la autogestión de las comunidades.[7]

¿Puede construirse entre nosotros una nación de este estilo, que es lo que se ha tratado de definir como nación-en-red? Naturalmente que sí, porque hay con qué y con quiénes. Contamos con un pueblo inclinado a ello por

5 Molina, G. (1987). *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.

6 García Nossa, A. (1970). *Una vía socialista para Colombia.* Bogotá, Colombia: Cruz del Sur.

7 Sarmiento Anzola, L. (2002). *Vendimia: Biopolítica y ecosocialismo.* Bogotá, Colombia: Desde Abajo.

tradición, cuyas raíces históricas y culturales se remontan a cosmovisiones similares solidarias, con mecanismos de ayuda mutua inspirados en la propia realidad, que surgieron y florecieron sin haber conocido la usual versión europea doctrinaria. Como lo reitero más adelante, todavía respiran estos pueblos en Colombia, a pesar de las aplanadoras contemporáneas. Como campesinos tienen el derecho a reservas de tierras, a entidades territoriales indígenas y comunidades ribereñas afrocolombianas, y a otras formas productivas de ocupación de la tierra. Son pueblos de relaciones primarias que dominan los problemas de la biodiversidad, los que están en el meollo del futuro del mundo.

Contamos además con un medio único: el del trópico amazónico y andino, al que pertenecemos desde dentro y desde sus orígenes, con todas sus maravillas, misterios y mitos. Estos elementos tropicales no son asequibles ni comprensibles con ideas importadas, como las que dominan todavía en nuestro medio intelectual y político tan necesitado de endogénesis. En estos menesteres, como ya lo hicimos en literatura y artes, podríamos llegar a dar ejemplo y lecciones al mundo entero. Éste es el gran reto, el del trópico. Es la justificación utópica de lo que llamé el Plan V por la Vida y el retorno al campo, ya mencionado.

Como Molina, creo que con un Estado ecológico y socialista enfocado en esta forma hacia un mundo reordenado, gobernable y en paz –que deje de ser el aparato de violencia opresora y corrupción que por generaciones ha venido destruyendo nuestro tejido social–, podemos llegar a este nuevo universo de reconstrucción nacional. La transformación del Estado actual a través de antielites ilustradas, entusiastas y participantes, y con movimientos alternativos –procediendo como hasta ahora de las bases hacia arriba con mucha democracia y participación popular, y desde la periferia al centro respetando identidades culturales–, todo ello puede ofrecernos soluciones válidas y salidas del laberinto en que nos hallamos.

Como lo concibió y propuso el Maestro Molina –como idea-acción–, la humanidad quiere volver a sentir los impulsos, ventajas y placeres de la autonomía local y regional, ejercer la inventiva propia, y alcanzar la libertad política en paz. Tales tareas rehabilitadoras competen al humanismo ecosocialista y al idealismo libertario. Son formas alternas positivas de construir poder y nación-en-red, inspiradas en una literatura pertinente, así universal como colombiana, que ya es amplia y rica. Proviene de serios institutos como el IDEA y de estudiosos y tropicalistas como Miguel Eduardo Cárdenas, Libardo Sarmiento, Arturo Escobar, Luis Eduardo Mora Osejo e Hildebrando Vélez.[8]

8 Quiero destacar que, desde cuando escribí este párrafo, ha habido un inesperado repunte político, no solo en la América del Sur con el presidente Lula del Brasil a la cabeza, sino en Colombia con la persistencia de los movimientos sociales y políticos y de base popular alternativos al bipartidismo. Estas "terceras fuerzas" –por ahora de oposición al régimen– tienden a concentrarse en el Frente Social y Político (FSP) fundado en 1999 por Luis Eduardo Garzón y compañeros/as en el seno del mundo sindical, que ha recogido ideas ecosocialistas, humanistas, libertarias y pluralistas de raíces propias, regionales y ancestrales. De allí surgió el frente parlamentario del Polo Democrático que, si se lo propone, llegaría a una concreción programática articuladora y alternativa, a la que el FSP puede contribuir con consignas macro, como la de la Segunda República. El Polo (con el FSP) obtuvo la tercera votación en las últimas elecciones presidenciales en Colombia (2002).

El legado histórico del compromiso

Este programa político-ideológico ecosocialista hacia una nación satisfactoria, con sus bases técnicas y científicas, no es nuevo entre nosotros, tampoco en la Universidad. Ya se hicieron aquí algunos intentos organizativos de esta índole. Grupos y colectivos han diseñado y trabajado con propósitos sociales y humanistas para buscar el equilibrio de situaciones económicas, sociales y ambientales, muchas veces de alcance cósmico, trabajos que deberán suscitar el respeto de grupos políticos tanto civiles como armados, dentro y fuera de la Universidad. Construyamos sobre ellos y tengamos fe.

En esta forma me parece que podemos volver a tomar, de las manos del Maestro Molina, el legado histórico del compromiso activo con el socialismo sempiterno que se ha venido transmitiendo por el pueblo del común desde tiempos precolombinos como un magma siempre en brasas, que en nuestra tierra ha brotado en momentos estelares: en la revolución de los Comuneros con la participación del reinstaurado Zipa Ambrosio Pisco en Boyacá; la revolución artesanal y campesina de los sabaneros de Bogotá en 1854, que repercutió en la Costa y en el Tolima; los intentos radicales de la década de 1870; las luchas organizativas de María Cano, Raúl Eduardo Mahecha, Vicente Adamo, Francisco de Heredia y Quintín Lame durante la ardiente década de 1920; las comunas de El Líbano y Barrancabermeja en 1948; los esfuerzos críticos e intelectuales de pioneros como Molina, Antonio García y Diego Montaña Cuellar; los sacrificios de Camilo Torres, Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro.[9] Han sobrevivido aquellas jornadas heroicas, compañeros como Jorge Regueros Peralta, José Gutiérrez, Víctor Manuel Rincón, Nelly de Aparicio.

Por razones de sobrevivencia nacional, invito a seguir cerrando el ciclo del silencio de los intelectuales de la última etapa, y a responder ante la crisis nacional e internacional con un firme y claro compromiso práctico por las necesarias transformaciones. Acepto que ha habido una explosión de estudios, muchos de ellos críticos y de buenas intenciones, que demuestran una preocupación saludable de parte de la antielite potencial. Me alegra que queridos colegas como Pierre Ghilodés y Juan Tokatlián hayan hablado claramente contra el euroamericanismo; pero faltan voces fuertes colombianas. Quedan todavía cortos los amigos ante la magnitud de lo que se necesita: muchas veces caen en tautologías timoratas, en eufemismos circulares, en recomendaciones ingenuas.

Ese no es el talante del compromiso que se perfilaba, por lo menos, en los años de la Facultad de Sociología. Más vale la pena contestar los retos con la práctica y con la voluntad de las gentes movilizadas por la justicia. Ésta es la corriente fundadora y comprometida de verdad, que a través de asambleas constituyentes regionales como las que se vienen haciendo, puede realizar el sueño de la Segunda República, la República Unitaria de regiones y provincias (subregiones), meta que constituye hoy, junto a otras tareas capitales de reconstrucción nacional, una esperanza geopolítica de gran alcance.

Otra vez, este parece ser el tiempo de la valentía, de la independencia, la creatividad y la decisión política con madurez y visión, para quitarnos las coyundas que impiden nuestra marcha hacia la paz y el progreso: quitarnos

9 Fals Borda, O. (1987). *Ciencia propia y colonialismo intelectual: Los nuevos rumbos.* Bogotá, Colombia: Carlos Valencia, Cap. 3.

los grilletes de la politiquería bipartidista y los del euroamericanismo imitativo, los de la subordinación ideológica, mental y económica, todo lo que nos ha llevado a frustraciones y tragedias como pueblo.[10]

Ha habido una lucha como colombianos sentipensantes que ansiamos un mundo justo y satisfactorio para las mayorías, que va a cumplir por lo menos un siglo de esfuerzos. Este compromiso sigue vivo para recomponer desde abajo el deteriorado paraguas nacional que ha cobijado de manera desigual a nuestras agrupaciones humanas; sigue vivo para multiplicar los panales de la riqueza con todo el abanico de oportunidades que ofrece el trabajo a las clases productivas; sigue vivo para zurcir la paz y el progreso en la amplia telaraña solidaria de la sociedad.

En fin, la lucha sigue para crear los vínculos actuales y virtuales de una nación-en-red colombiana que satisfaga por dentro y se desborde por fuera en sus cuatro puntos cardinales, para llegar a un mundo mejor. Tal es el legado del ecosocialismo humanista, plural y participante que hemos recibido como idea-acción de Molina y de los otros pioneros y que, en cuanto podamos, seguiremos transmitiendo a las presentes y futuras generaciones.

Como "hombre hicotea"[11] de la Depresión Momposina y como sociólogo, siento de nuevo que es tiempo de dejar el bipartidismo y el silencio autista, y de volver al compromiso práctico, activo y sereno, con el pueblo y con la nación. En el libro citado, escribió el Maestro Molina: "El socialismo democrático es necesario y conveniente, porque no se vislumbra otra salida racional en el presente cruce de caminos" (p. 359).

Hay, pues, proyectos políticos para reconstruir la nación colombiana, que pueden llegar a ser convincentes, que invitan a la participación popular, y a revivir la utopía socialista necesaria para encender la acción. Corresponde adelantar ahora la estrategia de construir la Segunda República en nuestro país, la que habrá de contestar adecuadamente el inédito y fructuoso reto del trópico. Avancemos hacia esta gran meta con el recuerdo del Maestro y con la práctica que él nos demostró.

10 *Revista Pensamiento y acción Nº 10.* Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Tunja, 2002. Incluye materiales pertinentes sobre el compromiso social y político de los intelectuales en su editorial, artículos de Gonzalo Sánchez y Edilberto Rodríguez, y una entrevista con el presente autor.

11 La imagen de "Hombre icotea" es recurrente en Fals Borda para definirse a sí mismo en relación con sus paisanos del Caribe Colombiano. Fals Borda mismo la describe así en el conversatorio al cual lo invitó el reconocido psicólogo colombiano Carlos Arango Cálad y que aparece en este libro (La IAP y la psicología): "el hombre icotea es una imagen popular que es el sentido de resistencia de la gente, cómo resiste y se rebusca para poder vivir en condiciones muy, muy infrahumanas […] es una imagen, un mito". [N. de los E.].

La crisis, el compromiso y la ciencia

Ya varias veces se ha mencionado el concepto de "compromiso", al relacionarlo con las ideas de liberación, crisis y ciencia propia que preceden a este capítulo.

No es posible hablar de ciencia propia y colonialismo intelectual sin hacer un planteamiento más o menos a fondo de todos estos conceptos, más aún porque algunos de ellos, como el de compromiso, están sujetos a confusiones interesadas.

Aprovechando la coyuntura del IX Congreso Latinoamericano de Sociología, antes de que se hiciera público el Informe Rockefeller[1] –que agudizaría aún más esta posición–, escribí el siguiente ensayo que trata de aclarar lo que se debe entender por compromiso y cómo esta idea se relaciona con las de crisis, ciencia rebelde y política nueva, que acabamos de esbozar[2]. El texto presentado a dicho congreso dice así:

Hay muchos indicadores que muestran que la América Latina ha venido pasando por una situación de crisis desde hace algún tiempo, muy probablemente desde fines de la Segunda Guerra Mundial, pero de manera más visible al finalizar la década de 1950. Los estudios técnicos así lo señalan, no solo en el campo de la sociología sino también en el de las otras ciencias sociales, políticas y económicas.

1 En 1968 Nelson Rockefeller, vicepresidente de Richard Nixon, emprendió una gira por el continente latinoamericano y luego, a su vuelta a Estados Unidos presentó su informe. Entre las valoraciones y posiciones que aparecen en dicho informe están las siguientes: 1) Reforzar los gobiernos progresistas existentes en América Latina, así sean dictatoriales y represivos; 2) Defender y favorecer a los grupos poderosos tradicionales, gobernantes, de la alta industria y del comercio; 3) Combatir a Cuba y los países socialistas, así como a las fuerzas revolucionarias del cambio social y económico. Entre ellas se hace especial énfasis en la Iglesia Católica latinoamericana la cual, después de la Conferencia del CELAM en Medellín (1968), tuvo una política de trabajo popular, progresista y revolucionaria; 4) Fomentar una política de violencia reaccionaria que lleva a reforzar los ejércitos nacionales y a impulsar la proliferación de las sectas que brotaban del árbol del pentecostalismo norteamericano; 5) Cifrar especial interés en el control demográfico del subcontinente latinoamericano. El propósito era generar progresivamente una subordinación, primero, y una anexión, desupués, de la región a la política y los intereses estadounidenses, impulsando la homogenización del hemisferio occidental, bajo la premisa de la seguridad interna y externa. [N. de los E.].

2 El texto que sigue, apareció publicado, bajo el título "Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis", en: CORTÉS, R. (Comp.) (1970). *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Tiempo Contemporáneo. (pág. 59-85). [N. de los E.].

La crisis que nos afecta es una fase crucial de nuestra historia que lleva al cambio de las estructuras tradicionales de la sociedad latinoamericana. Es crisis porque las estructuras mismas han llegado a plantearse contradicciones o a sufrir incongruencias de tal entidad que no pueden resolver sin modificar esencialmente sus propias formas y contenidos[3]*. La sociedad sufre así un proceso irreversible de desorganización interna que crea cuerpos y anticuerpos, expresado en valores, normas, grupos, instituciones y técnicas en conflicto. Según algunas interpretaciones teóricas, este conflicto debe ir refractando y agotando el orden social existente para formar finalmente un nuevo tipo de colectividad.*

Este proceso decisivo tiene alcance universal y llega a saturar todos los niveles de la sociedad hasta tocar al individuo en sus grupos. Por eso los científicos sociales, como todas las demás personas, participan del conflicto e inevitablemente reflejan y expresan las disyuntivas, paradojas, complejidades y dificultades de la crisis. Es inoperante preguntarse si en esas circunstancias los científicos actúan como tales o como simples ciudadanos, o si son neutrales o no. No es posible hacer tal diferencia. Este tema de la objetividad y la neutralidad valorativa, ya tan zarandeado, no vale la pena volver a tratarlo. Aquellos que todavía dudan pueden acudir a innumerables fuentes, en todos los idiomas: ya es un asunto de cultura general y de conocimiento histórico.

Aun tomando en cuenta esa participación involuntaria en las crisis que, como decía Hans Freyer, lleva a la sociología a ser una auto-conciencia científica de la sociedad –su redomada expresión intelectual–, queda por resolver si los sociólogos, junto a otros grupos participantes, lograrán ilustrar y orientar aquel proceso decisivo e irreversible. Este problema práctico de la orientación e ilustración del cambio social, que va más allá del planteamiento teórico mismo para situarse en el de la ideología y en el de los métodos[4]*, es de la más crítica importancia, porque de su resolución dependerán la justificación y existencia de las ciencias sociales tanto en la actual época de crisis como en la etapa posterior de reconstrucción social.*

Por lo mismo, sobre estos aspectos prácticos de orientación científica quisiera dirigir la atención. Otros colegas están presentando, por fortuna, síntesis teóricas e interpretaciones específicas de la crisis, tarea que también se necesita. Esta división del trabajo es tanto más necesaria cuanto que en nuestros países subdesarrollados se acumulan en tasa geométrica los problemas por resolver, ya que tenemos por delante no solo el deber de diseñar nuestras propias técnicas de investigación y manejo sino de estar al día con lo que ocurre en países avanzados, para controlar sus implicaciones en nuestro medio.

---

3 Costa Pinto, L. A. (1963). *La sociología del cambio y el cambio de la sociología.* Buenos Aires, Argentina: Eudeba, pág. 44-61, 215-218.

4 Al hablar de ideología en la ciencia nos referimos a la modalidad que el juego de ideas toma como "representación del proceso de producción de conocimientos", que va ligado a "las interpretaciones sobre la naturaleza de la sociología y sus características", como lo indica Eliseo Verón en su estudio "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina" (América Latina, Año II, N 4, octubre-diciembre, 1968, p. 23-30). Por lo tanto, no deben confundirse los conceptos teóricos, ni los sistemas de valores, con la ideología así entendida, aunque todos, inclusive la ideología, forman parte del cuerpo de la ciencia e intervienen simbióticamente en la acumulación del conocimiento.

Visión de la crisis

No obstante, para sentar las bases del examen ideológico y de las tesis metodológicas que siguen es inevitable entrar un poco en lo sustantivo del tema. Lo que sigue resume puntos de vista expresados por muchos colegas autorizados, en obras publicadas (citados en éste y en otros trabajos de la sección 6 del congreso), y responde a observaciones y experiencias directas. No es, pues, una expresión pontifical, ni una mera intuición. Por el contrario, debe tomarse como una autocrítica, ya que de todo ello se ha sido a la vez actor y víctima.

Para comenzar, puede sugerirse que la crisis latinoamericana, en el momento actual, se alimenta de una mayor conciencia colectiva de determinados tipos de problemas políticos que no pueden resolverse sin implicar transformaciones profundas. Hay por lo menos dos tipos de problemas políticos que parecen estar en el meollo de la cuestión. Ellos son:

Las limitaciones del reformismo (o desarrollismo) y sus campañas, que, aunque bien intencionadas a veces, no han inducido sino cambios marginales en la sociedad. Como ésta, a pesar de todo, se sigue desorganizando, la crisis exige ahora soluciones más integrales y significativas de tipo estructural.

La revelación de los mecanismos propios de una dominación bastarda y de una inicua explotación, lo que lleva a concebir la posibilidad de cortar los vínculos coloniales internos y externos en que ellas se basan, suscitando el enfrentamiento en unos, y en otros la represión violenta.

Esto quiere decir que, en la actual etapa de la crisis, estaríamos ante un movimiento colectivo prerrevolucionario de protesta y resistencia, tanto a la marginalidad producida por las políticas de paliativos cuanto al colonialismo opresor de tipo herodiano, que hasta hoy han caracterizado y condicionado el subdesarrollo latinoamericano, esto es, el atraso, la pobreza y la dependencia del área. Puede colegirse de ahí que la crisis que nos afecta no sería resuelta sino cuando se lograran las transformaciones fundamentales exigidas, así en el plano interno con una subversión total, como en el plano externo con un rompimiento de los actuales vínculos de dominación y explotación, para llegar a construir una sociedad más satisfactoria, capaz de auto-determinarse y de autorrealizarse.

La sociología latinoamericana está en capacidad de contribuir a esta revelación de los mecanismos políticos, al enfocar y desmenuzar las condiciones objetivas de la crisis e inducir la racionalidad en los respectivos procesos. Además, ella puede también demostrar, con los trabajos existentes y los futuros, que las dos tesis expuestas se adecúan a la realidad. Ello se puede constatar con la investigación y con la aplicación práctica. En efecto, muchas personas han venido adelantando estudios y trabajos, en todas partes, para entender mejor la problemática de la crisis y acercarse al pueblo que la sufre directamente. Resulta de ahí una cadena de frustraciones no sólo para el observador sino para el pueblo mismo, producidas por factores estructurales. Pero esta experiencia negativa no torna pasivos a sus sujetos, sino que origina en ellos una corriente soterrada de resistencia y esperanza. Muchas veces se engaña a las masas haciéndoles promesas que no se cumplen, para pacificarlas; pero, por el proceso de las contradicciones de los sistemas vigentes, insensiblemente se va llegando a un nivel de saturación y presión semejante al que precede a una explosión.

Así, hasta los paliativos se dinamizan y pueden convertirse en catapultas de acción. Pero este ciclo de cambio social dirigido y controlado, de naturaleza marginal y frustrante, parece llegar a su fin.

Es evidente, por lo mismo, que la crisis latinoamericana es un asunto cualitativo y no meramente cuantitativo. Lo cualitativo empezó a desbordar lo cuantitativo, en el sentido de que las campañas oficiales de desarrollo económico y social, los planes de fomento de la inversión, la teoría del 'despegue' y los mitos de la inyección de capitales no han satisfecho ni a sus propios campeones. El cerrado bastión de las cifras y de los dólares no ha permitido ver los valores sociales que se derivan de los imperativos históricos. Por eso tales esfuerzos reformistas no han provocado sino las modificaciones superficiales señaladas, deformando a la sociedad, aumentando la distancia entre los grupos y creando una barbarie técnica moderna.

Este es un desarrollo social inútil, que hace sufrir en balde al pueblo, porque no dinamiza suficientemente los factores últimos de la transformación. En esencia, éstos no son de índole material sino que llegan al dominio de lo moral y espiritual. Para ganar la autodeterminación política y la autorrealización intelectual que permitan a nuestra región articularse como un todo ante el mundo se necesita formar un hombre latinoamericano nuevo.

Era más fácil para nuestros abuelos organizar revoluciones, porque no existían entonces tantas vinculaciones restrictivas de todo orden con países de fuera del área como hoy, que impiden un enfrentamiento radical conjunto. Pero parece evidente que hay que hacer un reto al mundo desarrollado, si queremos realmente soltar las amarras. Este reto puede hacerse en varios sentidos, pero primordial-mente buscando acelerar el proceso de ajustes y desajustes internos que en ese mundo de los privilegiados se ha desencadenado últimamente, y de cuyo acontecer vienen llenos los diarios. La maquinaria imperialista es demasiado fuerte para que no pueda resistir los ataques externos, aquellos que provienen de su periferia; pero es vulnerable desde el interior. De ahí que la crisis latinoamericana, si se maneja bien, pueda ser un catalítico más en la crisis interna del mundo occidental avanzado que parece perfilarse. Quizá no sea muy ilusorio esperar que las relaciones y los factores de poder varíen sus-tancialmente en esos países, para permitir la formación de un mundo distinto, mucho más justo y menos cruel que el que hemos conocido hasta ahora.

La sociología, respondiendo a esta crisis, entra ella misma en crisis. Plantea entonces las implicaciones que la situación tiene, así para la teoría como para los métodos clásicos de observación e inferencia. Como veremos más adelante, la sociología, al sufrir la crisis, se reorienta hacia las urgencias actuales de la sociedad. Sin ánimo de abusar de los adjetivos, parecería que la sociología latinoamericana, al reorientarse en estos momentos, fuera dejando poco a poco su servilismo intelectual –que la ha llevado a la adopción casi ciega de los modelos teóricos, y conceptos desadaptados a nuestro medio, pero que tienen sus referentes en Europa y los Estados Unidos–, para tratar de 'andar sola' y ensayar su propia interpretación de nuestras realidades. Al mismo tiempo, casi sin notarlo, va adquiriendo una dimensión política central para desentrañar el sentido de la crisis, convirtiéndose en ciencia estratégica para el presente y clave para el porvenir del área.

Si esto es así, entonces la ciencia social verá e! surgimiento de un nuevo e interesante conjunto de teorías y conceptos construidos alrededor del proceso político liberador, en respuesta a la superación de la actual crisis: porque para cambiar el mundo es necesario comprenderlo. Esta 'sociología de la liberación' sería un acto de creación científica que satisfaría al mismo tiempo los requisitos del método y de la acumulación del conocimiento científico, aportando tanto a las tareas concretas y prácticas de la lucha inevitable como a las de la restructuración de la sociedad latinoamericana en esa nueva y superior etapa. Teoría y práctica, idea y acción se verían así sintetizadas -o en fructuoso intercambio- durante este periodo de dinamismo creador.

Esbozo histórico de la "sociología comprometida"

Como dije antes, estas ideas no son nuevas. Constituyen, hasta cierto punto, una convergencia en los trabajos y preocupaciones de diversos colegas de varios países latinoamericanos, cuyo esfuerzo vale la pena ahora colocar en perspectiva, desde el punto de vista de la estructura de su pensamiento ante la crisis misma de la sociología.

Juzgando por las fuentes publicadas pueden distinguirse varias etapas en el desarrollo de este proceso de crisis y protesta intelectual. La primera es la de la incubación del. movimiento. Se recordará que durante la década de 1950 se establecieron departamentos universitarios de sociología que protocolizaron el paso de la sociología filosófico-Iiteraria a la empírica (especialmente en la Argentina, Venezuela y Colombia), y se establecieron institutos de investigación como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), en Santiago de Chile, y el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciencias Sociais, en Río de Janeiro. Estos departamentos y centros se inspiraron en modelos teóricos y conceptos que tendieron a sistematizar el conocimiento e incorporarlo a la corriente intelectual de Europa y los Estados Unidos, donde se habían educado sus principales promotores. Pero pronto se descubrió que ese intento, aunque positivo en varios sentidos, impedía el estudio de algunos temas fundamentales propios de la región, así como la conformación de un pensamiento autónomo sobre la problemática latinoamericana. Este descubrimiento fue relativamente rápido, porque a comienzos de la década de 1960 ya se registraron algunas expresiones articuladas de la protesta intelectual, en respuesta a los crecientes problemas del hemisferio[5].

No menos pertinente había sido el ejemplo de economistas latinoamericanos que acababan de adoptar una posición crítica respecto de su propia disciplina[6]. Otros pensadores, como Alberto Guerreiro Ramos y Sergio Bagú, habían añadido contribuciones iconoclastas de gran interés[7]. Guerreiro Ramos, en especial, hizo disquisiciones completas sobre la 'ley de compromiso del investigador' , la heteronomía y autonomía científicas, la

5 Por supuesto, ya había aparecido obras preocupadas por el proceso general del cambio social y económico, como las del grupo del Instituto de Estudios Brasileiros (ISEB), entre otras: Jaguaribe, H. (1958). *O nacionalismo na actualidade brasileira*, Río de Janeiro, Brasil: ISEB; Vieira Pinto, A. (1960). Ideología e desenvolvimento nacional, Río de Janeiro, Brasil: ISEB; y, Mendes de Almeida, C. (1960). Perspectiva atual da América Latina, Río de Janeiro, Brasil: ISEB.

6 Principalmente Celso Furtado, Jorge Ahumada, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel y Juan F. Noyola.

7 Guerreiro Ramos, A. (1959). *La reducción sociológica*, México, México: UNAM; Bagú, S. (1959). Acusación y defensa del intelectual, Buenos Aires, Argentina: Editorial Perrot.

'sociología consular' y otros conceptos hoy corrientes que en aquella época eran heréticos, lo cual hace de él un verdadero pionero de la 'sociología comprometida'.

Así, de la incubación se pasa a una primera articulación de la nueva posición, todavía indecisa, que es más que todo un reflejo de lo que ocurre en otras disciplinas y en otros lugares. Un momento clave en esta transición parece haber sido la organización del seminario sobre Resistências a mudança en el Centro de Río de Janeiro, en 1959, entonces bajo la dirección de Luiz A. Costa Pinto, otro de los grandes promotores de la 'sociología comprometida' . Convocado durante los tiempos prerrevolucionarios del Brasil, y luego del impacto de la Revolución Cubana, dio ocasión a sus participantes para expresar una crítica más firme a la función de la sociología y de otras ciencias sociales en aquel momento histórico. El volumen con los estudios presentados en ese seminario, publicado en 1960, tuvo una amplia resonancia y abrió la puerta a aventuras de mayor aliento en el nuevo campo de la sociología y de la autocrítica científica, que tan oportuna y tempranamente hacían su irrupción en nuestro medio[8].

En 1961 aparecen algunas observaciones críticas dirigidas a la aplicación del método científico y a la orientación de la sociología, notablemente la de Octavio Ianni[9].

Un evento internacional de gran trascendencia fueron las Jornadas Latinoamericanas y Argentinas de Sociología, realizadas en septiembre de 1961 en Buenos Aires. Allí, entre otros trabajos meritorios, se registra la ponencia de Camilo Torres[10], entonces profesor de la facultad de sociología de la Universidad Nacional de Colombia, titulada "El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana", que es un planteamiento franco sobre la incidencia de los valores en los enfoques metodológicos[11].

La nueva senda se abre en los años siguientes, pasando a una etapa más decisiva del movimiento, cuando éste adquiere mayor seguridad y hace sus primeros intentos firmes de autonomía intelectual. Así, en 1963 aparecen dos obras capitales en que se plantea con mayor precisión el nuevo papel del sociólogo -y del intelectual- ante el desarrollo de la región y sus problemas: la de Luiz A. Costa Pinto, La sociología del cambio y el cambio de la so-

8 Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais (1960). *Resistências a mudança,* Río de Janeiro, Brasil: Editôra Lioro/SA. En esta reunión se hicieron presentes, entre otros extranjeros al área, C. Wright Mills y Jacques Lambert, cuyas obras siguieron ejerciendo alguna influencia en este movimiento.

9 Ianni, O. (1961). Estudo de comunidade e conhecimento científico. *Revista de Antropología*, Vol. 9, Nos. 1-2 (São Paulo), págs. 109-119. De este mismo autor se registran luego, dentro de este campo, "Sociología da sociología na América Latina", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 4, No. 1, junio, 1966, págs. 154-182 y "Sociology in Latin America", en *Social Science in Latin America*, editado por M. Diégues Junior y B. Wood, Nueva York, Columbia University Press, 1967, págs. 191-216.

10 Sacerdote, sociólogo y dirigente político colombiano. Cofundador con Fals Borda de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Estudió Sociología en Lovaina (Bélgica) y dedicó todos sus esfuerzos a romper las dicotomías aparentes en sus tres campos de acción: como sacerdote entre los cristianos y los marxistas; como sociólogo entre teoría y práctica (denunciando la asepsia científica y el colonialismo intelectual y abogando por una ciencia social militante y transformadora); como dirigente político, entre las distintas vertientes de la izquierda y la resistencia colombianas (al plantear la novedosa propuesta de confluencia política que él denominó Frente Unido, y en la cual la Unidad era estratégica). Murió como combatiente del existente Ejército de Liberación Nacional de Colombia (ELN) el 15 de febrero de 1966 en su primer enfrentamiento. [N. de los E.].

11 Torres Restrepo, C. (1961). *El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana*. Bogotá, Facultad de Sociología, Lecturas Adicionales; reproducido ahora en diversas recopilaciones.

ciología[12]*, y la de Florestán Fernandes, A sociología numa era de revoluçâo social*[13]*.*

La obra de Costa Pinto, en especial, trata del concepto sociológico de crisis, del que parten algunos de los planteamientos del presente estudio. En esos años estas obras representaban una posición corajuda y algo insular. Pero estos libros se distribuyeron por toda la América Latina, sembrando justificadas inquietudes[14]*.*

Sea a través de tales publicaciones o de manera independiente -pero que demuestra la vigencia y amplitud del movimiento de transformación latinoamericana-, la misma protesta vuelve a aflorar al nivel intelectual en Colombia y la Argentina entre 1964 y 1965, países ambos que a la sazón entraban en crisis políticas agudas. La organización del VII Congreso Latinoamericano de Sociología en Bogotá da mayor impulso al movimiento intelectual de protesta, al estimular un pensamiento propio sobre la problemática regional, expresado en muchos de los estudios allí discutidos[15]*. Poco después, la nueva Revista Latinoamericana de Sociología, de Buenos Aires, se convierte en portavoz de las nuevas ideas publicando trabajos que expresan las inquietudes corrientes, entre otros los de Jorge Graciarena*[16] *y Torcuato S. di Tella*[17]*. Juan F. Marsal, en su estudio 'Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social', ofrece entonces otra importante contribución en este campo*[18]*. Casi simultáneamente se organiza en Londres un seminario sobre 'Obstáculos al cambio', del cual fue coordinador Claudio Veliz, en el que se logró cristalizar más el pensamiento común de los participantes latinoamericanos ante la crisis del área y la de sus respectivas disciplinas*[19]*; y otro en Buenos Aires, del que resultó el volumen Del sociólogo y su compromiso, editado por Juan Carlos Agulla y otros.*[20]

12 Costa Pinto, Op. Cit. La obra de este autor, en la dirección del "compromiso", viene de muy atrás. El primer capítulo del libro comentado fue una conferencia pronunciada en la Universidad del Brasil el 15 de mayo de 1947 y publicada en la revista Sociología, de Sâo Paulo, meses después con alguna oposición. Los trabajos subsiguientes de Costa Pinto se fueron enfocando en el mismo sentido: *O negro no Rio de Janeiro* (1953), *As ciências sociais no Brasil* (1956), "Sociología y Cambio Social: quince años después", *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (1961). Sin embargo, el impacto firme en nivel continental lo da la obra citada en el texto.

13 Fernandes, F. (1963). *A sociología numa era de revoluçâo social,* Sâo Paulo, Brasil: Companhia Editora Nacional.

14 Debe tomarse nota también de los comentarios pertinentes de José Medina Echeverría en Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina, Unesco, 1963, vol. 2, pág. 46 y subsiguientes.

15 Varios trabajos e intervenciones (como en el acto de clausura) reflejaron el ambiente y las expectativas que reinaron durante este congreso. Hubo una invitación a seguir ensayando la vía autónoma de desarrollo científico en la sociología latinoamericana. El efecto del congreso en Colombia protocolizó la tendencia marcada ya con la publicación de La violencia en Colombia (1962-1964), tendencia que siguió el recién creado Programa Posgraduado de Sociología del Desarrollo con los colegas latinoamericanos incorporados a la Facultad: Guillermo Briones, Jorge Graciarena, LuisRatinoff.

16 Graciarena, J. (1965). Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica, *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, No. 2, julio, 1965, págs. 231-242.

17 Di Tella, T. S. La sociología en América Latina, Revista Latinoamericana de Sociología, vol. 3, No. 1, marzo, 1967.

18 Marsal, J. F. (1966). Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social, *Desarrollo Económico,* vol. 6, N° 22-23, julio-diciembre, 1966.Véase también su análisis de teorías contenido en Cambio social en América Latina, Buenos Aires, Ed. Solar/Hachette, 1967

19 Veliz, C. (Ed.) (1965). *Obstacles to Change in Latín America,* Londres, UK: Oxford University Press.

20 Agulla, J. C. et al. (1966). *Del sociólogo y su compromiso.* Buenos Aires, Argentina: Edit. Libera.

También se registran las importantes aportaciones de Rodolfo Stavenhagen[21], Pablo González Casanova[22], Manuel Maldonado Denis[23], Elíseo Verón[24], Theotonio dos Santos[25], y Aldo Solari.[26]

La de Solari señala algunas debilidades y peligros de la tendencia estudiada y se refiere, en parte, a un estudio del presente autor sobre el mismo tema[27]. En otros países, como Chile, Paraguay, Uruguay, Venezuela y el Perú, hay expresiones varias de esta nueva sociología, no sólo en el plano intelectual y del conocimiento como se viene describiendo, sino en el resultado de diversas investigaciones. La tendencia ha sido registrada también últimamente en Cuba.

Como la crisis misma, este movimiento intelectual de revisión y autonomía no tiene trazas de detenerse. Por el contrario, se ha extendido a otras ciencias sociales como la antropología, la historia y la ciencia política[28]. Se constituyó, además, en tema central de la última asamblea del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), en Santiago de Chile (octubre de 1969), donde figuraron como ponentes Juan F. Marsal, Miguel Wkmczek y Marcos Kaplan[29]. Llega así a cierta culminación este movimiento, confirmada por los aportes para el presente congreso y por la creación de su sección especial sobre 'La crisis latinoamericana'.

En esta ocasión tan propicia conviene seguir delimitando el área de discusión y señalando aspectos centrales. Con base en la división del trabajo ya señalada, por nuestra parte enfocaremos algunos problemas prácticos de la orientación científica en épocas de crisis, bajo los siguientes aspectos:

---

21 Stavenhagen, R. (1966). *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*, Desarrollo Indoamericano, Vol. 1, No. 4, págs. 23-27.

22 González Casanova, P. (1967). *La nouvelle sociologie et la crise de l'Amérique Latine, L'homme et la société,* No. 6, octubre-noviembre, págs. 37-47; y su libro, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, México, México: UNAM, editado el mismo año.

23 Maldonado Denis, M. (1968). *Sobre el uso y abuso de las ciencias sociales*, Ciencias Sociales (Cumaná, Venezuela), Vol. 4, No. 1, junio.

24 Verón, E. Op. Cit., págs. 19-48; y su reciente libro, *Conducta, estructura y comunicación*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Jorge Álvarez, de 1968.

25 Dos Santos, T. (1968). La crisis de la teoría del desarrollo, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile*, No. 3; La crise de la théorie du développment, L'homme et la société, no. 12, abril-junio, 1969, págs. 43-68.

26 Solari, A. (1969). Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales, *Aportes*, No. 13, julio, págs. 6-24; Le crise sociale, obstacle à l'institutionalisation de la sociologie en Am. Latine. *Revue Internationale des Sciences Sociales*, Vol. 21, No. 3 (1969), págs. 478-489.

27 Fals Borda, O. (19668). Ciencia y compromiso, *Aportes*, No. 8, abril, págs. 117-128. Trabajos anteriores pertinentes del mismo autor: "Nuevos rumbos y consignas para la sociología en Colombia", Bogotá, Facultad de Sociología, *Lectura Adicional* 179, octubre 1965; y su ponencia en el Congreso Mundial de Sociología en Evian (Francia), sobre "Sociología subversiva", reproducida en Kölner Zeitschrift für Soziologie, año 18, No. 4, 1966, págs. 702-710.

28 Para fines comparativos, en otras ciencias: *Social Research*, vol. 35, N° 4, invierno. 1968; *Current Anthropology,* vol. 9, No. 5, diciembre, 1968; números recientes de *Catalyst* y del *Berkeley Journal of Sociology*, Marini, R. M. (1968). *La crisis de la sociología latinoamericana, La Gaceta* (del Fondo de Cultura Económica), junio; "Necesidad de nuevos enfoques en la enseñanza e investigación en ciencia económica en América Latina" (documento firmado por un centenar de economistas, de 17 países, reproducido en varias publicaciones); "Declaración de antropólogos mexicanos", publicada en América indígena (1969); etc.

29 Para la Asamblea de Clacso: Juan F. Marsal, "Sobre la investigación social institucional en las actuales circunstancias de América Latina"; Miguel S. Wionczek, "Los problemas de la investigación sobre el desarrollo económico-social de América Latina"; Marcos Kaplan, "La ciencia política latinoamericana en la encrucijada". Todos mimeografiados para una futura publicación del Consejo.

4) Algunas normas y métodos apropiados para el estudio en situación de crisis.
5) La tendencia a convertir a la sociología, en tales circunstancias, en una ciencia política.
6) La consecuente definición del "compromiso" del sociólogo.
7) Las dificultades de este "compromiso" para la acumulación sistemática del conocimiento sociológico.
Discutiremos cada uno de estos problemas a continuación.

Normas y métodos

Es humano y natural que en época de crisis se quiera refugiarse en instituciones más o menos estables de las que puedan derivarse normas claras, o 'reglas del juego', tanto para la disciplina como para la conducta de sus practicantes. Sin embargo, esta tendencia eminentemente escapista –y algo acomodada y floja– debe controlarse en épocas críticas, precisamente porque tiende a fosilizar la acción y a rutinizar el estudio en momentos en que éstos requieren de la mayor libertad y agilidad. Evidentemente, no se trata de abolir las reglas del juego, sino de advertir sus limitaciones cuando tienden a convertirse en cadenas del pensamiento, impidiendo la continuidad de éste y el proceso de acumulación del conocimiento o su formalización, que distingue a toda ciencia.

En efecto, es observable que la crítica científica y la crítica de la crítica -de las cuales se esperan las normas propias de nuestra disciplina- no ayudan a resolver el problema de la ideología que tiene cada investigador, siendo que éste es un asunto básico en momentos de crisis. No es prometedora esa guía, ni aun cuando el criterio que se usa para tal fin es el de seguir las reglas que impone la comunidad de científicos, especialmente si esta comunidad es numerosa y variada. Si por los frutos se puede conocer, la experiencia norteamericana y europea con sus respectivas comunidades científicas, tan numerosas y variadas, no ha sido suficiente para obviar el problema de la ideología de sus miembros; antes al contrario, tal institucionalización ha producido en esos casos un nivelamiento hacia lo superficial o secundario. Para el caso latinoamericano de los últimos años, Verón observa que "el funcionamiento de un proceso autocorrectivo dentro de los mecanismos de la comunicación científica", en sociología, no fue nada eficiente: produjo, en cambio, el reforzamiento de la orientación ideológica dominante (el funcionalismo)[30]. Este nivelamiento lleva a un refuerzo de los valores tradicionales, así de la sociedad como de la imagen 'estereotipada' de la ciencia que esa sociedad transmite. Muy conocidos son los peligros del mutuo 'incensario' y el cruce de ideas dentro de tales grupos de intelectuales que llevan a la mediocridad y la esterilidad científica. Por eso no se supera necesariamente el sociocentrismo –o el etnocentrismo– cuando se establece o amplía la comunidad de científicos, sino que se puede reforzar aquella negativa actitud, disminuyendo las posibilidades de renovación y de reorientación de la ciencia. Así se consagran, más bien, los valores tradicionales de los adeptos, que pueden quedar incongruentes con los de la sociedad mayor en un momento dado. Es lo ocurrido en las venerables academias de élites intelectuales tradicionales (historiadores,

30 Verón, Op. Cit., Pág. 26.

lingüistas, jurisperitos, periodistas), sin contar con otras capillas de reciente constitución, como las de los economistas ortodoxos. En otras palabras, para creer a los críticos, éstos deberían tambien reflejar y estar conscientes de los problemas reales de la sociedad, aunque no llegaran a organizarse.

Las normas generales que mejor podrían guiar el trabajo científico en época de crisis (las de una nueva ciencia rebelde) parecen ser aquellas que resultan de la experiencia misma de la aplicación del método a los procesos sociales, observando las actitudes de responsabilidad y honradez que deben distinguir a todo científico. La mejor manera de saber si se va por la mejor dirección –y saber, por lo mismo, si se está siendo objetivo o no– es la de producir hechos y hacer que las ideas se traduzcan a la práctica: que los estudios demuestren, ante todo, sus méritos y su objetividad por el rigor con que han sido concebidos y elaborados, y por su eficacia en la reconstrucción de la sociedad, y que la teoría se deje guiar por la realidad para que pueda enriquecerse. Así se iría formando, en efecto, una ciencia proyectiva y futurista, adaptada a la comprensión y superación de la crisis existente y que a ella afecta, en la que podrían entrar en juego algunas profecías autorrealizables[31].

Esto es así porque los datos del análisis y los hechos pueden ir cambiando las situaciones reales en que se involucran, en forma tal que las hipótesis se vuelven correctas. La idea de que tales hipótesis puedan validarse "sólo por sus propios canales de verificación y no por la acción política inmediata"[32] *peca de misplaced concreteness, es decir, de confundir la naturaleza de la evidencia. Ello puede ser cierto en el campo de las ciencias naturales, pero no en el de las sociales, porque implica cierta plasticidad e inercia en los elementos naturales que los hechos sociales obviamente, no tienen. En efecto, es elemental que éstos constituyan sistemas abiertos de naturaleza volitiva y reflexiva. Esto induce a buscar canales de verificación sin salir del marco real de la acción social, política o económica. Por ejemplo, la hipótesis de que las antiélites tienen tendencia a la claudicación podría confirmarse dentro del proceso social e histórico inmediato y, en efecto, anticipa esa posibilidad de acción. También puede verificarse a través del examen de una distribución de variables que, en todo caso, estarían condicionadas por la dimensión tiempo, y que marcarían cierta tendencia proyectiva hacia el futuro: viene a ser como la antigua idea de la predicción, pero puesta en nivel más dinámico y, si se quiere, más realista. Una técnica interpretativa distinta nos llevaría a un plano de determinismo cientificista en el que la ciencia aparece como un ente aparte, con volición y leyes propias, desconectadas de la realidad social, como han intentado hacerlo, por ejemplo, algunos demógrafos con el concepto de 'optimum de población'. O llevaría también a aplicar normas naturalistas o exactas improcedentes, lo que es otro error, como bien se sabe desde los sermones de Sorokin sobre 'Achaques y manías'.*

Pero el reconocer esta distinción entre lo natural y lo social no implica subrayar menos el rigorismo. Puede llegarse a la formalización de la

31 Cf. Kaplan, Op. Cit., Págs. 10-40. Esta idea originalmente es mertoniana. Pero la han suscrito muchos otros científicos, notablemente Barrington Moore. Véase también: Rodrigues, J. H. (1966). *Vida e historia*, Río de Janeiro, Brasil: Ed. Civilização Brasileira.

32 Marsal, sobre la investigación, pág. 12.

ciencia social en sus propios términos, y con mayor seguridad, sin seguir aquella vía imitativa un tanto ridicula (que sólo desprecios y burlas nos ha traído de los científicos exactos), adoptando reglas de juego basadas en la experiencia pasada y en la acción proyectiva, sin salir del ámbito de lo social. Ahí radica, precisamente, el mérito que han tenido "profetas" sociológicos como Rousseau, Malthus y Marx, cuyas obras, hasta cierto punto, condicionaron la sociedad futura al emitir hipótesis y hacer proyecciones que se constituyeron en factores activos de cambio social. Es lo mismo que en nuestros días están haciendo estudiosos como André Gorz y Herbert Marcuse, visionarios del marxismo humanista, cuyas ideas (hoy vistas a veces como ilusas) pueden en un momento dado catalizar la acción y transformar las sociedades del Viejo Mundo y del Nuevo, tornando así en verdaderas sus hipótesis. Esta tendencia proyectiva o futurista en la ciencia social, que va confirmando o desvirtuando conceptos en la realidad de la vida, es muy conveniente tenerla en cuenta en épocas de crisis, por lo menos porque muestra ciertos parámetros posibles.

Algunos de los métodos requeridos para esta tarea de análisis y proyección son conocidos, otros muy poco ensayados. Una regla general puede ser aquella derivada del marxismo: la de afirmarse en la realidad ambiente vinculando el pensamiento con la acción. Así, por ejemplo, podrían concebirse las siguientes técnicas graduadas para trabajos de encuesta en el terreno:

1) La observación-participación, el grado más bajo, que tiene defensores muy ortodoxos y una tradición respetable. Aquí la actitud del científico es eminentemente 'simpática' en el sentido de Cooley, es decir, se vuelve sensible a la personalidad de la gente y puede lograr una descripción fiel y piadosa de la comunidad estudiada.

2) La observación-intervención, también ya utilizada, aunque mucho menos, por sociólogos y antropólogos (en el Perú, Bolivia, El Salvador y Colombia) qué implica experimentar con elementos culturales dentro de una situación para observar los efectos de los cambios inducidos dentro de cierto margen. Aquí la actitud del científico sería eminentemente empática, es decir, tiene visos de participación vicaria con la gente estudiada, pero todavía condicionada por un envolvimiento parcial con ella. Está un grado más adelante que la anterior.

*3) La observación-inserción, vista como una técnica muy apropiada en época de crisis, que implica no sólo combinar las dos anteriores sino ir más allá para ganar una visión interior completa de las situaciones y procesos estudiados, y con miras a la acción presente y futura. Esto implica que el científico se involucre como agente dentro del proceso que estudia, porque ha tomado una posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no sólo de la observación que hace sino del trabajo mismo que ejecuta con los sujetos con quienes se identifica. Emplearía así lo que Dilthey llamó la 'comprensión total' (*verstehende Erfassen*), para ganar las rnetas del cambio propuesto y el entendimiento científico del proceso respectivo*[33].

Como no se ha delimitado bien este campo de los métodos, estudios de casos con entrevistas no estructuradas, de preguntas abiertas y con son-

33 Debo a Kaplan la idea de "inserción", como la presenta en su trabajo ya citado, pág. 40.

deos en profundidad, con marcos flexibles bien diseñados, todos ellos parecerían fundamentales. El método de investigación histórica es necesario: la búsqueda de datos históricos y documentales y el trabajo en archivos deben complementar el corte seccional con la perspectiva diacrónica.

En general, se buscaría lo cualitativo y el sentido de las cosas y los procesos, con una visión global e histórica, pero sin rechazar lo mensurable ni despreciar lo sectorial. No se trata de volver atrás, a la sociología elemental de hace veinte años (en lo que tiene razón González Casanova)[34]*, ni tampoco al ensayismo sin rigor de tiempos pasados. Se busca seguir adelante en las técnicas, construyendo sobre lo ya alcanzado, que en muchas partes no es despreciable. Que las cifras y las series tengan sentido y trasciendan al conjunto; que los microestudios adquieran la perspectiva temporal y se coloquen en un marco general; que las técnicas no se vuelvan un mero pasatiempo o ejercicio intelectual; que el diario de campo vuelva a ser herramienta básica del sociólogo, que demuestre cómo el mejor equipo que pueda tener un investigador es su mente observadora y no el computador.*

*En lo que se refiere a la cuantificación misma, quizá valdría la pena desarrollar técnicas proyectivas de análisis semejantes a algunas establecidas en otras ciencias, como la de 'aceleración de sistemas' en psicología industrial, y el 'análisis de paso' (*path*) de los matemáticos. Estas técnicas, así como la del panel, se han ensayado,con relativo buen éxito en países avanzados. Aquí habría que alimentar esos modelos con variables y atributos críticos, con presuposiciones muy diferentes enraizadas en nuestros problemas, con el fin de evitar los peligros de reducida trascendencia que ya se observan en esas técnicas. En similares condiciones, valdría la pena seguir ensayando con modelos de simulación y con la cibernética, como se ha hecho en Venezuela, y con la probabilística de la 'teoría de los juegos' . Valdría la pena, también, volver a preguntarnos sobre las diferencias entre 'tiempo social' y 'tiempo cronológico', plantear las posibilidades de 'correlaciones diacrónicas' , hablar de 'trayectorias' hacia el futuro y del punto en que los cambios cuantitativos producen una transición cualitativa, como lo hace Gaítung en reciente artículo.*[35]

Finalmente, una observación sobre la comunicación de las ideas que puede tener vigencia no sólo en época de crisis sino quizá en todo momento. La sociología ha tenido cierta tendencia a usar eufemismos y barbarismos innecesarios que, como es de esperarse, disfrazan la realidad. Sin perjudicar, por supuesto, el proceso de conceptuali-zación (nomotecnia) que distingue a toda ciencia, el nuevo estilo debe ser preciso y claro, y las técnicas deberían simplificarse al presentarlas al público. Este público incluye también a los planificadores y políticos, hecho que con frecuencia se olvida y que tiende a crear una ciencia de 'recinto cerrado' en momentos en que más se necesita en la propia sociedad[36]*.*

34 González Casanova, P. *La nouvelle sociologie,* pág. 44.

35 Galtung, J. (1969). Correlación diacrónica, análisis de procesos y análisis causal, *Revista Latinoamericana de Sociología,* Vol. 5, No. 1, marzo, págs. 94-121. No deben confundirse estas proyecciones con los simples cálculos de tendencias que se usan sobre todo en la demografía. Estos son modelos más dinámicos y de muchas variables.

36 González Casanova, *La nouvelle sociologie*, pág. 42-43; Wionczek, Op. Cit., pág. 8.

No cabe así pensar que la sociología producida con estas preocupaciones intelectuales y técnicas pueda ser mejor o peor que aquella que defienden los puristas y los científicos que se dicen neutrales. Por el contrario, juzgando por lo acontecido en épocas anteriores de similares encrucijadas decisivas en la historia de la ciencia, puede asegurarse que los trabajos producidos en estas circunstancias, con plena conciencia de la crisis y deseos de superarla en el sentido del cambio real y profundo, son los que justifican y aseguran la existencia de la sociología en tales épocas. Veremos más adelante, al discutir los aspectos políticos, cómo muchos de los nombres más respetados de la sociología están vinculados a este tipo de ciencia que responde a las crisis. Por lo tanto, aquellos que siguen esta tendencia bien pueden mantener la frente en alto. Pero esta justificación científica debe provenir del trabajo arduo y constante y del contacto fiel y estrecho con la realidad. Esta tarea se delinea más claramente en épocas críticas que en etapas 'normales' del devenir histórico. Es una tarea indispensable si queremos asegurar la continuidad de nuestra ciencia y la creación de una nueva y mejor sociedad.

Sociología y política

Es posible derivar diferencias de presentación y forma entre la 'sociología científica' y el 'género literario' del ensayo político, como a veces se ha hecho. Pero, en el fondo, tales diferencias parecen espurias. Cabe preguntarnos si en verdad puede concebirse una sociología sin política, esto es, sin que ataña o afecte en una u otra forma los intereses de la colectividad. Intrínsecamente, ella es una ciencia política, y la llamada 'ciencia política', bien hecha, es sociología científica. Pero lo mismo puede decirse de otras disciplinas sociales. En momentos críticos, más que en otros, se acumulan problemas y decisiones en una escala global tal que ninguna ciencia por separado logra articular respuestas satisfactorias. Aparece así una urgencia de sintetizar y combinar ciencias, lo que lleva al trabajo interdisciplinario. La crisis parece exigir una 'ciencia integral del hombre', sin distinguir fronteras artificiales o acomodaticias entre disciplinas afines[37].

Esto puede ser cierto en todo momento por la índole misma de los problemas que se estudian, pero se refuerza e intensifica en épocas de crisis colectiva. El caso concreto de la sociología y la ciencia política lo ilustra plenamente, y también el de la ciencia económica.

Las obras sociológicas de mayor influencia que se han concebido con la suerte del polis en mente han tenido siempre un definido impacto político. Pero, al mismo tiempo, han promovido escuelas de pensamiento social e introducido importantes teorías y conceptos. Según Myrdal, `las principales orientaciones nuevas en teoría económica, aquellas conectadas con nombres como los de Adam Smith, Malthus, Ricardo, List, Marx, John Stuart Mili, Walras, Wicksell y Keynes, eran todas respuestas al cambio de

37 Este punto de vista es ampliamente reconocido, aunque no se haya llevado a la práctica en universidades y centros sino en escala muy limitada. Véanse, entre otros, tos planteamientos de Costa Pinto, Sociología del cambio; González Casanova, Categorías; Wionczek, "Problemas de la investigación", págs. 2-3, 9. Según Jean Labbens, este esfuerzo integrador es un fenómeno original de América Latina, sin equivalentes en Europa ni en los Estados Unidos, del que puede resultar una nueva teoría del cambio social, y hasta una sociología rejuvenecida. Véase "Les roles du sociologueet le développement de la sociologie' en Amérique Latine", Revue International des Sciences Sociales, vol. 21, N° 3 (1969), págs. 460-464

condiciones y posibilidades políticas [y] estuvieron consientes del subiendo político de sus obras'[38]*. Esto, que parece obvio, debe repetirse porque se olvida con frecuencia. Lo mismo, aunque en otro sentido, puede aducirse de aquellos intelectuales aparentemente menos preocupados con la política, como los sociólogos 'científicos' o 'puros' de la escuela empírica, que han respondido a su manera a las necesidades políticas de sus sociedades, saturando sus obras de racionalizaciones y mediciones de los sistemas vigentes*[39]*. Han llegado hasta a servir (consciente o inconscientemente) a estados beligerantes a través de investigaciones sobre la 'contrainsurgencia', concepto que puede llegar a ser científico en sí mismo.*

En la práctica parece ocurrir que los sociólogos de esta escuela 'científica', como muchos otros científicos políticos, no han sabido estudiar el fenómeno revolucionario de nuestros días y han hecho un parcial análisis del mismo, fomentando ideas erróneas sobre el socialismo y otros movimientos iconoclastas, deformaciones que sólo ahora empiezan a corregirse. Es fácil ver cómo el solo hecho de enfocar la sociedad y sus realidades -especialmente las conflictivas y problemáticas- ya concede al estudio sociológico una dimensión política, si no activa por lo menos latente, y lo convierte, si se quiere, en un ensayo político. Pero esta visión política no niega, ni mucho menos, el quehacer cientificosocial.

Por eso la diferencia que se quiere hacer entre sociología científica y ensayo político no existe en el fondo. Esta diferencia un poco falaz se deriva del vacío conceptual y teórico producido en la sociología desde fines del siglo XIX, que pretendió llenar la escuela empírica, cuantitativa y sincrónica de este siglo, dominante hasta ahora, la que se considera como 'científica' y 'neutra'. La potencialidad política de la sociología, tan evidente en el siglo XIX, vino a considerarse algo anticientífico e indeseable, que había que combatir. En este cambio de enfoque tuvo que ver la búsqueda de la objetividad à la science naturelle, y la acumulación fáctica que obsesionó en especial a los pensadores norteamericanos, una tarea que, como ya hemos visto, es y será fútil como tal. Como se sabe ya ampliamente, lo que produjeron aquellos pioneros anglosajones fue una sociología que desembocó en modelos de equilibrio estructural cuyo efecto político fue el mantenimiento del statu quo*. En cambio, los grandes fundadores de nuestra disciplina en el siglo XIX, aun aquellos que la cultivaron en la América Latina, siguieron una vertiente diferente: la de la historia y los procesos sociales. Su visión era diacrónica y su modelo resultó ser el del conflicto social. Ni qué decir que también ellos tuvieron profundo efecto en la política; pero también de ellos y de su síntesis sociológica y política se deriva buena parte de la teoría y de los conceptos vigentes hoy en nuestra ciencia y que emplean hasta los sociólogos 'científicos' y 'neutros'.*

En consecuencia, la alternativa que se presenta a los sociólogos de hoy es si van a seguir preferentemente los marcos de referencia del equilibrio estructural y la acumulación fáctica de rutina, con su tendencia atenías sin

38 Myrdal, G. (1965). *Var Truede Verden*. (G. Gjessing, Trad.). Oslo: Pax. En: Gjessing, G. (1968). The Social Responsibility of the Social Scientist, Current Anthropology, diciembre, pág. 398.

39 Cf. Gunder Frank, A. (1968). Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología, *Pensamiento Crítico*, N° 23, págs. 152-196; también publicado en Desarrollo Indoamericano (Barranquilla, Colombia), N° 10, mayo, 1969, págs. 30-43; y su "Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista", Ruedo Ibérico (París), N° 15, octubre-noviembre, 1967, págs. 78-82.

trascendencia y con las consecuencias políticas sabidas, o los del desequilibrio y el conflicto, que parecerían estar más a tono con nuestros tiempos críticos y de cuya aplicación también se esperarían, como antes, efectos tanto en lo político como en el enriquecimiento de la ciencia.

La temática reflejaría inmediatamente esta disyuntiva, porque los problemas que se presentan son grandes y complejos. Para pasar por encima del vacío conceptual de este siglo habría que acudir a muchos temas de los sociólogos del siglo XIX y retomar de ellos el hilo investigativo que el empirismo y la microsociología mal entendida dejaron trunco. Así, por ejemplo, en el caso colombiano, para el estudio de la pobreza actual habría que tomar como punto de partida a Miguel Samper (cuya obra fundamental sobre este tema es de fecha 1880) y no a ninguno del siglo XX. El tema mismo de la pobreza, bien entendido, ya tiene una dimensión política, y ésta es inseparable de la sociología de la pobreza. Como no podría evitarse su estudio si se quiere superar la crisis latinoamericana, esta decisión es al mismo tiempo política y científica. Lo mismo habría de decirse de otros pioneros, como Esteban Echeverría, Sarmiento, Lastarria, Saco, Martí, Juárez, Silvio Romero, José Bonifacio, así como de conceptos centrales como 'explotación', 'imperialismo', 'violencia', 'poder', 'liberación', 'democracia' y 'caudillismo'; todos temas del siglo XIX, que al mismo tiempo son sociología y política y que se encuentran en la esencia misma de la problemática actual[40]*. No son menos que otros grandes temas por estudiar, como el neocolonialismo, la contrarrevolución y la dependencia.*

Por eso, cuando afrontan los grandes problemas como deberían hacerlo, los estudios de sociología son también una forma de acción política, ya que la una va inextricablemente mezclada con la otra, aún más en épocas de crisis. Mientras más conciencia se haga sobre ello, mayor control tendremos los científicos sociales sobre el resultado de nuestras indagaciones y el efecto de nuestras enseñanzas, sin esperar por eso que lleguemos a ser 'filósofos-reyes'. Concediendo que esta actividad sea crucial en toda época, una política sociológica, análoga a la ya existente política económica, sería el menor de los males,como lo reconoce Hans-Jürgen Krysmanski en su estudio sobre la sociología en Colombia[41]*.*

Definición del compromiso

Tales dilemas se agudizan al estudiar el problema del compromiso como un hecho social en sí mismo. Debe decirse, ante todo, que no se ha pretendido crear una nueva escuela sociológica 'comprometida', comparable a otras que, justificadamente o no, hubieran precedido a este movimiento. Ello negaría la existencia misma de la sociología, por cuanto ésta es una ciencia con un cuerpo propio de conocimientos, que se alimenta de lo que

40 Véase cómo este nuevo tipo de sociología comprometida va produciendo obras importantes, como los recientes libros de González Casanova, P. (1969). *Sociología de la explotación*, México, México: Siglo XXI Editores; y, Dos Santos, T. (1969). Socialismo o fascismo, dilema latinoamericano. Santiago, Chile: Prensa Latinoamericana.

41 Krysmanski, H-J. (1967). *Soziologische Politik in Kolumbien,* Dortmund, Alemania: Cosal. Véase su traducción al español en la revista Eco, N° 100, agosto, 1968, págs. 404-433, y N°. 101 (noviembre 196S). Admito esta mezcla en mi propia obra Subversión y cambio social (Bogotá, Tercer Mundo, 1968), pero parece generalmente aceptado que los conceptos (nuevos y viejos) allí introducidos son, en todo caso, sociológicos. Cf. Solari, op. cit., págs. 22-23.

a ella le traen sus cultores, sean comprometidos o no. Pero, evidentemente, existe confusión respecto de la naturaleza del compromiso de que tanto se habla. Vale la pena aclararlo, aún a riesgo de parecer elemental.

Hay aquí, desde su origen, un grave problema semántico que debe resolverse, semejante al de otros conceptos ambiguos de nuestra lengua (como subversión, política, igualdad) que reflejan nuestro acondicionamiento cultural y la socialización incongruente con el cambio a que nos hemos visto sometidos desde la niñez. Los franceses tienen la ventaja de emplear dos palabras que dramatizan las diferencias que en el español quedan cobijadas por una sola: engagement y compromis. La idea sartriana de engagement, como se sabe, es la que más se acerca al concepto de 'compromiso' que queremos definir para la sociología de la crisis: es la acción o la actitud del intelectual que, al tomar conciencia de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo, renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa. En tiempo de crisis social esta causa es, por definición, la transformación significativa del pueblo que permita sortear la crisis decisivamente, creando una sociedad superior a la existente. Por lo tanto, haciendo por ahora abstracción de los medios (lo que plantea un problema sociológico distinto, más complejo y menos delimitado aún), el compromiso con esta causa de la transformación fundamental es la acción válida, el engagement consecuente. Es el 'compromiso-acción' que justifica a los activistas y a la ciencia social en un momento histórico como el actual[42].

El otro compromiso, el compromis francés, implica el transigir, hacer concesiones, arreglos, arbitrajes, entregas o claudicaciones. Es el 'compromiso-pacto' que anima consciente o inconscientemente a los que se creen neutrales en situaciones críticas, y a todos aquellos que abren sus flancos a procesos de captación.

Naturalmente, habrá tantas modalidades de compromiso-acción cuantas decisiones personales se tomen sobre el particular. Por ello, para saber si la decisión es válida y consecuente, se hace necesario buscar criterios definidos, como aquellos ofrecidos por la definición sartriana de engagement. Demos un paso más en esta dirección. Lo que sigue no debe interpretarse como una posición insular. Representa el consenso basado en la experiencia de los últimos tiempos de un buen número de sociólogos con quienes he trabajado o mantenido correspondencia sobre el particular. En vista de la falta de un cartabón de este tipo en la literatura disponible, he optado por presentar estos puntos de vista como base de discusión, sin ningún ánimo proselitista. La articulación de las ideas es de mi sola responsabilidad.

El compromiso-acción es, esencialmente, una actitud personal del científico ante las realidades de la crisis social, económica y política en que se encuentra, lo que implica en su mente la convergencia de dos planos: el de la conciencia de los problemas que observa y el del conocimiento de la teoría y los conceptos aplicables a esos problemas. El punto de convergencia sobrepasa el nivel de la producción prácti-

42 Sartre, J.P. (1960). *Questions de méthodes*, París, Francia: Gallimard, págs. 26-31 (especialmente). La idea de engagement fue presentada con fuerza en la década de 1930 por Nizan, P. (1968). *Les chiens de garde*, París, Francia: Francois Maspero, págs. 37-45, quien se basó, en parte, en Lenin y su repulsa a la etiqueta de los "sin partido".

ca de conocimientos para tocar el nivel de la interpretación de la comunicación social, quedando así dentro de la dimensión ideológica de la ciencia que ha aprendido[43]*. Sabido es que estos dos niveles no son paralelos ni independientes: son dimensiones simbióticas de un mismo conjunto científico, que ejercen mutuos efectos en el proceso de sistematización y avance del conocimiento. Por eso el compromiso-acción, aunque ideológico, no queda por fuera de los procesos científicos; antes por el contrario, como veremos más adelante, los enriquece y estimula.*

Una vez adopttda esta actitud, el compromiso-acción lleva al científico a tomar una serie de decisiones que condicionan su orientación profesional y su producción técnica. Estas decisiones tienen las siguientes consecuencias en la acción, de donde se puede juzgar el tipo y la calidad del compromiso adoptado:

1. En la elección, por el científico, de los temas o asuntos por investigar y las prioridades que a éstos concede, así como los enfoques y formas de manejar los datos resultantes. Algunos criterios para ello se ven más adelante.

2. En las posibilidades de creación y originalidad que se abren con su decisión. Cuando se tiene la actitud de compromiso con una rebelión o insurgencia de significación que se considera necesaria, estas posibilidades aumentan porque se rompen los moldes antiguos, así en la sociedad como en la ciencia, el arte y la cultura. (Esta es, precisamente, la posibilidad que se les ofrece a los latinoamericanos de seguir un curso investigativo propio, dejando de imitar lo hecho o propuesto en países avanzados y desarrollando un pensamiento autónomo, sin necesariamente caer en la xenofobia. Es una de las grandes lecciones de la Revolución Cubana, como lo fue de la Mexicana en su primera época. La ciencia del trópico y del subtrópico, por ejemplo, está todavía por hacerse. (¿No hay ahí un cierto reto a la creatividad de los latinoamericanos?).

3. En la determinación de aquellos grupos claves que merecían ser servidos por la ciencia, y en la identificación con ellos, convirtiéndolos así en grupos de referencia del científico, a quienes éste destinaría de preferencia sus aportes. Los grupos claves aplicarían y llevarían a sus resultados lógicos el conocimiento que se les entregara, y serían fuentes de demanda y de apoyo. Esta asistencia mutua permitiría una mayor efectividad y un menor margen de error en la acción de tales grupos[44]*.*

Los primeros dos tipos de consecuencia son ampliamente reconocidos y existen muchas referencias al respecto en la literatura. El tercero tiene pertinencia más inmediata en lo que se viene discutiendo, y a él debemos prestarle alguna atención.

Siendo que el tomar un compromiso es asunto propio de cada investigador, el cuestionarse uno mismo sobre sus grupos de referencia -el saberse ubicar socialmente, como diría Marx- brinda un buen punto de partida. Para definir los criterios de un compromiso-acción pertinente en nuestra época de crisis, y para saber quiénes merecen recibir la asistencia de nuestra ciencia entre la plétora de grupos, movimientos o partidos posibles, por lo menos las siguientes preguntas deben ser absueltas por el hombre de ciencia:

43 Cf. Verón, Op. Cit., pág. 29.

44 Cf. González Casanova, P. *La nouvelle sociologie*, pág. 42; Kaplan, op. Cit., pág. 49.

1. Sobre el previo compromiso (pacto): ¿Con qué grupos ha estado comprometido hasta ahora? ¿A quiénes ha servido consciente o inconscientemente? ¿Cómo se reflejan en sus obras los intereses de clase, económicos, políticos o religiosos de los grupos a que ha pertenecido?

2. Sobre la objetividad: ¿Cuáles son los grupos que no temerían que se hiciese una estimación realista del estado de la sociedad y que, por lo mismo, brindarían todo su apoyo a la objetividad de la ciencia?

3. Sobre el ideal de servicio: Tomando en cuenta la tradición humanista de las ciencias sociales, ¿cuáles son los grupos, movimientos o partidos políticos que buscan servir realmente al conjunto de la sociedad, sin pensar en sí mismos sino en el beneficio real de las gentes marginadas que hasta ahora han sido víctimas de la historia y de las instituciones? ¿Cuáles son los grupos que, en cambio, se benefician de las contradicciones, inconsistencias e incongruencias reinantes?

El no haber podido articular antes estos criterios con claridad es causa de las ambigüedades que se observan en diversas obras sociológicas del género[45]. En este territorio sin demarcar, tan lleno de fieras y tremedales, sólo la experiencia enseña. Así, es interesante constatar cómo diferentes sociólogos han visto la necesidad de reubicarse, ante la magnitud de los hechos que analizan y que les envuelven al mismo tiempo. Esto puede seguir ocurriendo, aunque lleve a la pérdida de posiciones burocráticas o amenazas a las instituciones sociológicas que no se sometan a la pauta establecida[46].

El especificar la naturaleza de esta transición personal, a veces dolorosa, puede ser útil e ilustrativo. Por ejemplo, el intento de identificar grupos claves en Colombia tuvo efectos tanto en la interpretación sociológica como en la política nacional. Esta fue una experiencia interesante desde el punto de vista científico, porque quedó claro que la noción de compromiso no es un simple ejercicio académico, sino que se aquilata, confirma o desvirtúa con la acción. Como se dijo antes (en la sección sobre normas), son los hechos los que en última instancia van indicando la consistencia de la realidad, hasta el punto de que por ahí -por los hechos y las pruebas demostradas en la acción- podríamos saber si estamos llegando o no a los criterios finales de. la objetividad en la ciencia.

Parecería una tarea urgente de la sociología latinoamericana el brindar pautas para determinar y conocer bien los grupos claves o estratégicos que quieren reconstruir nuestra sociedad y que merecerían, por eso, no sólo ser grupos de referencia para los científicos sino también ser servidos por la ciencia. Porque con ellos sería luego el compromiso. Esta urgencia nos lleva más allá de la sociología de los sociólogos para hacer la sociología de los políticos. En ello hay que ser realistas y admitir las dificultades

45 Mi primer libro sobre la subversión es un caso claro de ambigüedad, y en ello se justifica la crítica de Solari (op. cit., págs. 18-19). Fue escrito antes de haberme ubicado socialmente, lo que produjo un desenfoque al identificar grupos claves. Este defecto he intentado corregirlo en posteriores ediciones, incluyendo la inglesa (*Subversión and Social Ckange in Colombia*, Nueva York-Londres, Columbía University Press, 1969). Cf. mi otro opúsculo, las revoluciones inconclusas en América Latina. México, México: Siglo XXI Editores, 1968.

46 El último caso importante puede ser el de Alain Touraine (1966), cuyo libro *Sociologie de,l'action*. París, Francia: Seuil, pág. 15, ya manifiesta sus dudas, que luego encuentran cauce apropiado en su último estudio sobre Le mouvement de mai, ou le communisme utopique, París, Francia: Seuil, 1968, otro magnífico ejemplo de sociología engagée.

teóricas y prácticas de la tarea. Si aplicamos el criterio del ideal de servicio postulado antes, esta regla podría permitirnos identificar determinadas agrupaciones que tienen como fin organizar genuinos movimientos de redención popular, y que están listas a responder de lleno al descontento y las aspiraciones de las gentes. Pero podríamos encontrar que los militantes están a veces obsesionados por consignas irreales, o dominados por sus emociones, y que en la práctica no aprecian totalmente el aporte científico cuando éste contradice sus simplificaciones o prejuicios. La política puede ser ululante y acomodaticia, llevando a dilemas tácticos que inducen la disensión en las propias filas del grupo.

Pero la ululancia, la emotividad y la falta de consistencia pueden ser combatidas, así en el plano científico como en el orden político. En lo científico, competería al sociólogo ilustrar la situación como es,suministrar datos y participar como observador-inserto en la aplicación de la política derivada de esos datos. Sería esencial entonces que la influencia y el ejemplo del sociólogo lograran racionalizar la acción de los grupos claves, para que llegaran a ser más eficaces y menos erráticos, articulando con seriedad sus ideales y transformando su emotividad en mística. El sociólogo no fomentaría el dogmatismo, sino que resistiría las mitologías de los medios políticos, oponiéndose a los macartismos y mostrando la vía de la evidencia y de los hechos, así sea ésta una tarea dura y mal agradecida.

Con la identificación de tales grupos claves en países en etapas prerrevolucionarias no sólo se resolvería el problema práctico y concreto del compromiso, sino que también se ayudaría a iluminar el panorama general, hoy tan oscuro, para hacer más fácil la tarea del cambio político y social necesario. Así, también la sociología dejaría de ser la ciencia del postmortem, que llega a examinar los volcanes cuando ya se han apagado, para ensayar nuevas y más responsables técnicas proyectivas.

El compromiso y la acumulación del conocimiento

Veamos ahora si el compromiso-acción, como expresión ideológica, es o no perjudicial para la ciencia cuando se inclina hacia grupos políticos insurgentes o iconoclastas, especialmente si impide o favorece la acumulación sistemática del conocimiento en tales circunstancias.

En primer lugar, como ideología, es evidente que el compromiso-acción, no produce en sí mismo una acumulación de conocimientos, porque lo que maneja son intuiciones, concepciones o ideales (mensajes de comunicación social, según Verón) que, pueden excluirse o suplantarse mutuamente. En cambio, como hemos visto al nivel de la actividad de producción de conocimientos con el que está ligado, ayuda a la identificación de grupos claves, 'ideas-guías' y temas importantes, y puede llevar a la creatividad en la ciencia.

Pero el compromiso-acción no cumple estas importantes funciones en un vacío mental y conceptual, sino que tiene su fuente y su base en la percepción de un conjunto de fenómenos ya observados y de hechos registrados en el presente y en la historia: es decir, el compromiso-acción tiene una función analítica seria. Aún más: exige trabajo arduo y responsable en el proceso de análisis. La percepción y la observación en que se basa se hacen aplicando las reglas de la inferencia lógica, sin distorsionarlas, en tal forma que subsista la posibilidad del cambio en las ideas y en la visión personal

por el impacto de los hechos y de la eviiencia investigativa. Obviamente, es deshonesto, estéril y contraproducente desvirtuar la evidencia para que armonice con la ideología o con un mito, para servir al interés que se ha escogido (aunque se han visto casos en que el rigor de las pruebas disminuye o aumenta según la atracción ideológica de la proposición que se discute). Tampoco es conveniente descartar el conocimiento serio obtenido por diversas escuelas o, en, etapas anteriores, o considerarlo como de 'segunda clase' por venir de otras vertientes, países o corrientes intelectuales. Eso sería un despilfarro trágico del recurso humano. El aislamiento completo de lo que discurre en otras escuelas y en países avanzados llevaría a un atraso que nunca lograría llenarse, además de que se perderían contactos con grupos afínes en tales países y escuelas, que podrían constituirse en actuales o eventuales aliados para el esfuerzo del cambio.

Ahora bien, aun reconociendo las diferencias lógicas de nivel que existen entre el compromiso ideológico y el proceso acumulativo de inferencias, ocurre que éste no avanzaría sin la ayuda catalítica del primero. Como se haobservado en varios países y para otras ciencias más avanzadas que la nuestra, el conocimiento científico puede irse acumulando ad infinitum, ritualmente, sin que la ciencia avance, produciendo en cambio confirmaciones y reconfirmaciones de hipótesis o acumulación de meros datos, pasando inclusive al clisé y lo insulso e impidiendo síntesis comprensivas. Hasta se puede llegar a saber mucho de un problema sin necesariamente enriquecer la concepción del mismo ni llevar a la decisión de resolverlo; si así fuera, gran parte de los que existen en la América Latina ya estarían resueltos. Así, como puede fácilmente observarse, los científicos de determinadas épocas, tan diligentes en inferir hechos, confirmar leyes y acumular datos y evidencias, se van saturando y hasta aburriendo del conocimiento adquirido -o fatigándose de la indecisión en que se atascan sus planteamientos-, llegando al reconocimiento de una necesidad de cambio, de una síntesis apropiada, de un mayor ejercicio de la imaginación creadora, o de una reorientación científica. Este parece ser el caso actual de la América Latina, donde se ha llegado a una gran acumulación de datos con proliferación de reuniones, declaraciones y consensos que piden ya, a gritos, o la implementación de las tesis o su definitivo descarte. (En realidad es tal la acumulación de palabras e ideas, que parecería conveniente declarar una moratoria de seminarios, conferencias y simposios, hasta tanto no se realice una mayor confrontación con la realidad, para enriquecer la expresión con la práctica y la teoría con la acción).

El mecanismo que lleva a la ciencia a estas etapas reiteradas de producción (y de protesta) intelectual, no se encuentra en el proceso ritual o mecánico de acumulación del conocimiento, sino en aquel otro nivel de comunicación social con el que está simbióticamente conectada. Este mecanismo es ideológico y va implícito en el compromiso de renovación, creatividad y acción que los científicos asumen en un momento dado frente a la problemática-de su ciencia y su sociedad. Va también implícito en el empeño de entender a la sociedad como un todo (lo que no es obtener un simple dato cultural), de subir a las alturas para ver los conjuntos, como aconsejaba Max Weber. La reorientación resultante permite que se reanude la acumulación del conocimiento yendo en otra dirección que se considera más adecuada, o hacia una etapa superior de técnica y

teoría, redondeando el sentido de los hechos y enriqueciendo la visión de las cosas. Lleva así a una nueva justificación de la tarea científica.

Estas ideas, por supuesto, son muy conocidas, y la literatura sobre la sociología del conocimiento se ha venido enriqueciendo más y más. Schumpeter, por ejemplo, colocado hace veinte años ante una crisis intelectual semejante a la nuestra entre los economistas, logró identificar el compromiso-acción con "una visión o intuición del investigador", claramente ideológica, que surge del "trabajo científico de nuestros predecesores o contemporáneos, o bien de las ideas que flotan a nuestro alrededor en la mente pública"[47]. Esta visión se puede rastrear en la historia económica con sus premisas ideológicas, porque "la pauta dei pensamiento científico en una época dada va condicionada socialmente". De ahí que tales premisas se presenten por etapas para ir conformando el cuerpo de la ciencia. Ninguna ideología económica dura eternamente –pues se van 'agostando' una tras otra–, y la disciplina va saliendo de la una para llegar a la otra, según los cambios en las pautas sociales. "Siempre tendremos con nosotros alguna ideología", concluye Schumpeter, `pero esto no es una desgracia. El acto cognoscitivo que es la fuente de nuestras ideologías es también el requisito previo de nuestro trabajo científico. Sin él no es posible ningún nuevo punto de partida en ninguna ciencia. Por su intermedio adquirimos material nuevo para nuestros esfuerzos científicos, y algo que formular, que defender, que atacar. Nuestra provisión de hechos e instrumentos crece y se rejuvenece en el proceso. Y así, si bien avanzamos lentamente a causa de nuestras ideologías, sin ellas podríamos no avanzar en absoluto´[48].

El problema de la reorientación acumulativa de la ciencia a causa de los "cambios en las pautas sociales", dejado un poco en el aire por Schumpeter, queda más concretamente dilucidado por Myrdal. En apoyo a lo anteriormente citado sobre el envolvimiento político de los grandes economistas, este autor aplica la tesis a la etapa actual: "Ahora el liderazgo ha pasado a economistas que dirigen su atención a los problemas dinámicos del desarrollo y su planteamiento. Lo más importante que debemos destacar es que esta nueva dirección de nuestro trabajo científico no resulta de la autónoma reorientación de las ciencias sociales, sino es consecuencia -de trascendentales cambios políticos"[49]. Muchos otros científicos sociales concuerdan con él.

Y así se completa el círculo de nuestra argumentación. El compro-miso-acción es ideológico e implica una visión dentro de la ciencia. Esta visión está condicionada por pautas sociales y trascendentales cambios políticos que llevan a los científicos a una evaluación de su disciplina y a una reorientación de la misma. De este proceso van resultando no sólo la acumulación del conocimiento científico sino también su enriquecimiento, su renovación, su revitalización.[50]

47 Schumpeter, J. (1949). Science and Ideology, *American Economic Review,* N° 2, vol. 39, marzo, p. 345-359; traducido como "Ciencia e ideología", Buenos Aires, Argentina: Eudeba, 1968, p. 20.

48 bíd., págs. 40-41.

49 Myrdal. op. cit., pág. 398.

50 La bastardilla, la sangría y la reducción del tamaño de letra son nuestras. [N. de los E.]

Estas son las coyunturas que se presentan hoy a los científicos sociales ante la crisis de la América Latina, para justificar su tarea y la existencia misma de la ciencia. Son una prueba de decisión, de laboriosidad y de creatividad en la presente etapa histórica. Son una prueba que lleva a combinar el rigor científico con la participación en el proceso histórico, para lograr una postura intelectual autónoma, aunque ella pueda acarrear persecuciones e incomprensiones momentáneas. Quizá de estos empeños resulte no sólo una ciencia social más respetable, firme y propia nuestra, con una más clara definición de la crisis latinoamericana, sino también una política eficaz de cambio que lleve a una sociedad superior a la existente. Tal es la responsabilidad de los hombres de ciencia, y tal el *engagement* que adquirimos ante el mundo y ante la historia.

El tercer mundo y la reorientación de las ciencias contemporáneas[1]

Hay un fenómeno intelectual que ha venido desarrollándose en los últimos dos decenios, pero que no ha recibido quizás la suficiente atención que merece, que trasciende el dominio de todo campo especializado y toca a tesis sobre la universalidad de la ciencia.

Me refiero a la incidencia sobre determinados grupos académicos y políticos de Europa y Norteamérica de una contracorriente intelectual autonómica que se ha formado entre nosotros los del Tercer Mundo, dentro y fuera de las universidades. Junto a este fenómeno, como elemento de refuerzo de la misma tendencia, figura un mayor y respetuoso conocimiento de la realidad cultural y humana de nuestras sociedades tropicales y subtropicales, adquirido durante este periodo tanto por nosotros como por europeos y norteamericanos. Tiendo a pensar que muchos de estos descubrimientos se han realizado dentro de un marco crítico común, que invita a retar políticamente a las instituciones del poder formal, así en los países dominantes como en los dependientes. Pero el orto de este movimiento, con sus impulsos raizales y remolinos revolucionarios, parece hallarse más entre nosotros los periféricos que en el mundo desarrollado.

Por supuesto, estas premisas implican varios puntos debatibles. El primero, que en los últimos años en verdad se ha configurado, en nuestros países pobres y explotados, un grupo de científicos sociales y políticos retadores del *statu quo*, cuya producción independiente ha tenido efectos localmente y más allá de las fronteras nacionales. El segundo punto, que se ha acumulado tanta información fresca sobre sectores de nuestras sociedades como para dar base a una reflexión teórica y metodológica propia, que modifica anteriores interpretaciones, por lo regular exogenéticas o eurocéntricas. Claro que los trabajos rutinarios no han desaparecido de nuestras universidades, ya que sus marcos de referencia continúan reproduciéndose por inercia en instituciones académicas y en medios de comunicación masiva controladas por personas caracterizables como colonos intelectuales. No obstante, la producción de estas personas por

1 Este artículo es una versión revisada para Nueva Sociedad de la conferencia pública con que el autor reinició sus tareas en la universidad, después de 20 años de ausencia, lapso en el que buscó y ensayó formas alternas de obtención y acumulación de conocimientos, hoy sintetizadas por la escuela de Investigación-Acción Participativa (IAP).

regla general no ha trascendido las fronteras nacionales, precisamente por el mimetismo que despliegan.

Todo esto es debatible, pero quizás haya acuerdo general en que existen pruebas para demostrar en principio las dos premisas sugeridas. Más bien me dedicaré a explorar una hipótesis complementaria. Sostendré que aquella incidencia intelectual del Tercer Mundo tropical sobre grupos homólogos críticos de países dominantes encuentra acogida en razón de la crisis existencial que afecta a las sociedades avanzadas de las zonas templadas, sea por las proclividades auto-objetivantes de la ciencia y la técnica modernas desarrolladas allí –especialmente en sus universidades–, sea porque hoy surgen amenazas serias para la supervivencia de todo el género humano relacionadas con los avances inconsultos de esa misma ciencia euroamericana fetichizada y alienante.

Los euroamericanos, evidentemente, progresaron y se enriquecieron con el desarrollo científico-técnico, mucho a expensas de nosotros los del Tercer Mundo. Pero ello fue también a expensas de su alma y de los valores sociales, como en el contrato mefistofélico. Ahora, después de haber botado la llave del arca del conocimiento prístino de donde partió el progreso, hastiados de éste por la forma desequilibrada que tomó, y avergonzados de la deshumanización resultante, los nuevos Faustos pretenden reencontrar la llave del enigma en las vivencias que todavía palpitan en las sociedades llamadas atrasadas, rurales, primitivas, donde existe aún la praxis original no destruida por el capitalismo industrial: aquí en América Latina, en Africa, en Oceanía.

Si esto fuese cierto, tal constatación de las fallas existenciales e ideológicas en la zona templada podría darnos todavía más certeza y justificación a los del Tercer Mundo en la búsqueda autónoma para interpretar nuestras realidades. Y más seguridad en nuestra capacidad de saber modificarlas y construir formas alternativas de enseñanza y de acción política y social para beneficio nuestro y, de contera, también para el de todos los pueblos explotados y oprimidos de la Tierra.

La frustración del eurocentrismo

No es nuevo lo que sigue: desde comienzos del presente siglo, y en especial a partir de los desastres materiales y espirituales de la Primera y Segunda Guerras Mundiales, muchos científicos y filósofos europeos reconocieron el problema existencial aludido y cuestionaron el propósito final de sus conocimientos y acumulaciones técnicas, así en las universidades como en los laboratorios. El inspirador de esas tareas había sido el cartesianismo analítico, junto con la tentación teleológica de obtener control sobre los procesos naturales.

Además, en lo político se habían diseñado formas democráticas representativas apuntaladas en un positivismo funcional y en las ideologías de la libre empresa y la propiedad absoluta. Como no todo anduvo bien, la sociedad europea se dividió entre utopistas y realistas, dando origen a esa controversia permanente que parte de Hobbes y encuentra su nadir en el fascismo.

Al cabo de casi dos siglos de experiencias, la desilusión y la protesta se convirtieron en alimento diario de aquella sociedad. Recordemos, entre

otras voces díscolas, el pesimismo de Spengler sobre los resultados de la búsqueda del desarrollo económico, y la crítica fenomenológica de Husserl sobre el desvío del positivismo, creando escuelas que desembocaron en revisiones sustanciales de la interpretación ontológica. Hasta las ciencias naturales experimentaron esta desazón y buscaron una revisión orientadora. Encabezados por los físicos cuánticos, descubrieron la infinitud de la estructura interna de las partículas atómicas y dieron el salto del paradigma mecánico de lo cotidiano, de Newton, al infinitesimal y relativo de Einstein, complementándolo con la inesperada y herética constatación (de Heisenberg) sobre la indeterminación del conocimiento experimental y el papel antrópico del observador.

En el campo filosófico y universitario hubo también esfuerzos para alejarse del cartesianismo y del positivismo que vale la pena recordar: entre otros los de la Escuela Crítica de Francfort al combinar el rechazo al nazismo con el rescate antidogmático del marxismo; y el de la filosofía de la ciencia (Gaston Bachelard). Todos estos esfuerzos fueron de grandes proporciones para el secuente desarrollo científico y técnico y para la revisión de actitudes ante el conocimiento y el progreso humanos. En las universidades del Tercer Mundo, quizás por razones de lenguaje, apenas si llegaron los murmullos de esa revisión. En lo concerniente a las ciencias sociales, por ejemplo, éstas siguieron apegadas al cientificismo positivista, y todavía hoy se hallan allí en la anticuada etapa del paradigma newtoniano.

Sin embargo, hubo igualmente lastres persistentes en el desarrollo de la reinterpretación crítica europea. Por lo general, los intelectuales iconoclastas pretendieron resolver, comprensiblemente, sus problemas de concepción y orientación todavía dentro de los parámetros del conocimiento tradicional. Europa seguía siendo el ombligo del mundo, el modelo a seguir por todos los demás, aunque su sociedad fuera perdiendo sabor y sentido para sus propios miembros. Se pensó entonces que la solución de los problemas existenciales de las naciones avanzadas podía alcanzarse si se desanduviera allí mismo el recorrido hasta retrotraerlo al complejo cartesiano como reconocido punto de partida del desvío cientificista. Y luego tomar el perdido rumbo humanista que corregiría los peligros de la alienación de los intelectuales y de los científicos.

Estas propuestas de enmienda, evidentemente parroquiales, siguieron discutiéndose por un buen tiempo. Hasta Habermas, la última gran figura de la Escuela de Frankfurt, cayó en el simplismo de la continuidad eurocéntrica y del modelo del desarrollo avanzado. Ello limitó las implicaciones universalistas de sus tesis sobre conocimiento e interés como fórmula para superar el síndrome de la deshumanización moderna que advirtió, interpretó y condenó en toda su amplitud.

Desde cierto punto de vista, el eurocentrismo umbilical es inexplicable, porque la sociedad y la ciencia europeas son en sí mismas el fruto histórico del encuentro de culturas diferentes, incluyendo las del actual mundo subdesarrollado. Es natural preguntarse, por ejemplo, si Galileo y los demás genios de la época hubieran llegado a sus conclusiones sobre la geometría, la física o el cosmos sin el impacto del descubrimiento de América, sus productos y culturas, o sin la influencia deslumbrante de los árabes, hindúes, persas y chinos que bombardearon con sus decantados conocimientos e invenciones a la Europa rudimentaria del pre-Renacimiento.

La reveza de la vieja corriente colonizadora

Últimamente, los grupos de intelectuales sufrientes de Euroamérica han tratado de corregir en las universidades y fuera de ellas, aquella tendencia narcisista y parroquial. Es posible encontrar ahora entre ellos expresiones de reconocimiento respetuoso del mundo marginal pauperizado, un querer sentir y comprender empáticamente los valores de las sociedades tropicales y subtropicales no industrializadas, cierta admiración nostálgica por la resistencia de los indígenas y campesinos analfabetas y explotados del Tercer Mundo ante los daños y perjuicios del desarrollo capitalista y de la racionalidad instrumental.

Evidentemente, tales grupos de protesta intelectual y científica van más allá de las descripciones de aspaviento de viajeros y misioneros de siglos anteriores. Pero vale la pena recordar algunas expresiones notables, y examinar sus lazos o afinidades ideológicas con lo nuestro. Veremos cómo muchos asuntos principales tratados por ellos se enraizan en la problemática del Tercer Mundo y se articulan con ella. Esto demostraría cómo las viejas corrientes intelectuales colonizadoras del Norte hacia el Sur pudieran estar cambiando parcialmente de curso en estos años para volverse en dirección contraria, del Sur hacia el Norte, y crear interesantes olas de convergencia temática inspiradas en la vieja consigna de conocer para poder actuar bien y transformar mejor. En cuyo caso, lo que estaríamos observando sería realmente el comienzo de una hermandad universal comprometida políticamente contra sistemas dominantes, una hermandad conformada por colegas intensamente preocupados por la situación social, política, económica y cultural de todos nosotros los que heredamos este mundo injusto, deforme y violento, allá como acá, y que queremos cambiarlo de manera radical.

Veamos una expresión de la convergencia temática y compromiso espiritual y político en quienes han rescatado la cultura popular e indígena. Con este esfuerzo se ha descubierto otra visión del mundo muy distinta de la transmitida por culturas opresoras. Como se sabe, para alcanzar esa visión Claude Levi- Strauss hizo viajes frecuentes a América Latina y Africa, y plasmó en páginas admirativas el «pensamiento salvaje» que allí detectó. Son las realidades cosmológicas sobre los circuitos de la biósfera y el mecanismo del «eco humano» que comunicaron también los indios Desana de nuestra Amazonía a Gerardo Reichel-Dolmatoff. Estos estudiosos, como muchos otros autores, recogieron aquella sabiduría precolombina que los universitarios occidentales habían despreciado, pero que el pueblo común tercermundista preservó a pesar de todo en sus lejanos caseríos y vecindarios.

No nos sorprenda que allí, en ese mundo rústico, elemental o anfibio (el del hombre-caimán y el hombre-hicotea) que ha atraído a los antropólogos, se haya configurado también el complejo literario del Macondo, hoy de reconocimiento universal. Científicos e intelectuales del Norte y del Sur convergieron así creadoramente con novelistas y poetas para abrir surcos nuevos de comprensión del cosmos y retar versiones facilistas y parciales del conocimiento que provienen de la rutina académica o universitaria. Los Macondos, junto con los bosques brujos de los Yaquis, las selvas de los Mundurucú y los ríos-anaconda de los Tupis son símbolos de

la problemática tercermundista y de la esperanza euroamericana: reúnen lo que queremos preservar y lo que ansiamos renovar.

Retan lo que cada uno cree que piensa de sí mismo y de su entorno. En fin, lo macondiano universal combate, con sentimiento y corazón, el monopolio arrogante de la interpretación de la realidad que ha querido hacer la ciencia cartesiana, especialmente en las universidades.

Esa desorientación inhumana

Tampoco se salvan de los retos del mundo subdesarrollado los practicantes de las ciencias naturales, especialmente aquellos que persisten en ver el universo o bloques elementales finitos, medibles y matematizables. La concepción mecanicista del mundo, que heredó el físico austríaco Fritjof Capra, por ejemplo, empezó a caer cuando éste y sus colegas analizaron los problemas ecológicos de explotación de la naturaleza y advirtieron formas no lineales en procesos vitales comunes. Eso no lo descubrieron solos, sino que lo aprendieron mayormente de comunidades indígenas y de la sabiduría intuitiva de éstas. Capra protestó por la desorientación inhumana de la ciencia moderna, y encontró factores de equilibrio para esa tendencia mortal sólo en el «I Ching» y en enfoques holísticos basados en el yin y el yang y en el misticismo de los pueblos olvidados del Lejano Oriente. Con base en estos postulados tercermundistas, presentó su desafiante doctrina del «Punto de retorno» y su propuesta de una metafísica que comparten otras autoridades científicas (no todas, por supuesto).

De manera similar, el epistemólogo canadiense Morris Berman descubrió las limitaciones de los conceptos académicos de circuito, campo de fuerza, conexión e interacción a través del estudio de la alquimia medieval, del totemismo y de los cultos a la naturaleza de los indígenas americanos. Fueron trabajos de africanos (Chinúa Abebe y otros) los que más le iluminaron para replantear la importancia que tienen para la ciencia moderna tesis derivadas de esas formas no académicas, y la necesidad de «reencantar el mundo» con lo que él llamó «conciencia participativa». Así hizo eco a clamores similares de grupos latinoamericanos e hindúes que planteaban, desde antes, metodologías innovadoras con esta clase de conciencia.

¿Qué llevó a Foucault, por su parte, a postular la conocida tesis sobre «insurrección de conocimientos subyugados» en su primera conferencia de Turín? El mismo lo explica como una reacción a la tendencia erudita de producir un solo cuerpo unitario de teoría como si fuera la ciencia, olvidando otras dimensiones de la realidad, especialmente las de las luchas populares no registradas ni oficial ni formalmente. No sabemos con exactitud, por su prematura muerte, cuánto incidió en Foucault el constatar la difícil situación de los indígenas americanos a quienes visitó, y de quienes alabó sus supervivencias culturales y uno que otro alucinógeno. No debió ser poco, ya que la homologa con las luchas olvidadas que él mismo documenta sobre el loco, el enfermo y el preso. De allí se derivan sus análisis sobre las relaciones entre el saber y el poder político y los condicionantes sobre el poder científico, análisis que convergen con claras preocupaciones tercermundistas anteriores y contemporáneas.

Veamos

Puede parecer antipático hacer un examen sobre la originalidad de las ideas en grupos de intelectuales o universitarios del Norte y del Sur; pero como la hipótesis complementaria sobre la acogida existencial e ideológica de los norteños que he venido explorando lleva hacia allá, voy a intentarlo con la consideración debida. Me parece que los hechos hablan por sí solos, de modo que procederé no más que a mencionar los polos temáticos respectivos, declarando fuera de concurso, anticipadamente, a escritores historiadores latinoamericanos como Eduardo Galeano y Alejo Carpentier, por las obvias razones de su demostrada universalidad.

La dialógica moderna se propuso primero en el Brasil (Paulo Freire). Dar voz a los silenciados y fomentar el juego pluralista de voces diferentes, a veces discordantes, se convirtió en consigna de estudio y acción para sociólogos influyentes del Canadá (Budd Hall) y Holanda (Jan de Vries), entre muchos otros, y para todo un movimiento renovador de la educación de adultos a escala mundial.

Las teorías de la dependencia y el sistema capitalista mundial, así como del desarrollo del subdesarrollo, encontraron sus primeros campeones en Egipto-Senegal (Samir Amin) y América Latina (Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Celso Furtado, André Gunder Frank), con replicaciones posteriores en Europa (Dudley Seers, Immanuel Wallerstein). De la misma manera han tenido repercusiones los aportes de la Comisión Económica para América Latina (Cepal) en las teorías sobre el equilibrio económico regional, así como la crítica tercermundista de los «economistas descalzos» (Manfred Max-Neef) que demuestra las graves fallas técnicas y teóricas de esta disciplina, sus objetivos y alcances.

La propuesta praxiológica de la subversión moral que se extendió por todo el mundo, incluyendo las universidades de los países avanzados, tuvo su cuna entre las gentes de nuestras islas y montañas y sus luchas (Che Guevara, Camilo Torres). Asimismo, y en similares circunstancias, emergió de nosotros la teología de la liberación (Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez) que ha llevado a revisar la rutina eclesial católica y ecuménica. El rescate de las luchas populares y de la personalidad y cultura de los «grupos sin historia» ha sido iniciativa de bengalíes, hindúes y srilanqueses (De Silva, Rahman y otros) con resonancias posteriores en trabajos euroamericanos (Georges Haupt, Eric Wolf).

Además del impacto de las revoluciones de Cuba y Nicaragua, que colocaron a Latinoamérica en su momento a la vanguardia de movimientos de liberación sociopolítica, registramos el positivo efecto sobre el marxismo esclerosado de los europeos con aportes concretos de nuestros investigadores sobre problemas de la periferia en América, Africa, Asia y Australia (Bartra, Benarjee, González Casanova, Mustafá, Stavenhagen, Taussig). El efecto de esta obra es más visible hoy en el mundo del glásnost. Algo semejante ha ocurrido con las teorías del Estado y la democracia originadas en el Cono Sur americano (Lechner, O'Donnell); sin olvidar el extraordinario aporte original de los hindúes a la física cuántica.

El Simposio Mundial de Cartagena de 1977 sobre investigación-acción participativa (IAP), en el que las voces y experiencias del Tercer Mundo fueron determinantes, sostuvo tesis sobre recuperación histórica local,

historia en el presente, devolución del conocimiento, intervención y participación social, que anticiparon, complementaron o reorientaron trabajos convergentes en Austria, Estados Unidos, Francia, Holanda, Suecia y Suiza.

El estudio autonómico de nuestros problemas y el acoplamiento a estos estudios entre los norteños que sufren su propia crisis existencial e ideológica, es evidente. Asfixiados por sus nubes tóxicas, basureros radioactivos y lluvias ácidas, aturdidos por la vacuidad juvenil, asustados por misiles y cohetes militares, los euroamericanos buscan respuestas, soluciones y equilibrios en nuestros aires frescos y horizontes vitales. Lo dicho muestra también cómo la corriente del pensamiento del centro hacia la periferia se ha venido revezando, y cómo ella está tomando igualmente la interesante derivación Sur-Sur.

Parece que se ha venido formando así, desde hace unos 20 años, un movimiento conjunto de colegas de diversos orígenes nacionales, raciales y culturales preocupados por la situación del mundo en su totalidad, cuyos puntos de vista confluyen a nivel de igualdad de manera comprometida y crítica contra el *statu quo* y los sistemas dominantes.

Un reto político universalmente compartido

En últimas, el efecto de todos estos trabajos es de carácter político y seguramente de alcance universal. Puede verse que la hermandad de los intelectuales y universitarios críticos del Norte y del Sur propende a un mundo mejor, en el que queden proscritos el poder opresor, la economía de la explotación, la injusticia en la distribución de la riqueza, el dominio del militarismo, el reino del terror y los abusos contra el medio ambiente natural. Como hemos visto, sobre estos asuntos vitales nos reforzamos mutuamente los unos a los otros. Por encima de las diferencias culturales y regionales, reiteramos el empleo humanista de la ciencia y condenamos el uso totalitario y dogmático del conocimiento. Tratamos de brindar, por lo tanto, elementos para nuevos paradigmas que recoloquen a Newton y Descartes. Buscamos dejar atrás a los dos tétricos hermanos: el positivismo y el capitalismo deformantes, para avanzar en la búsqueda de formas satisfactorias de sabiduría, razón y poder, incluyendo las expresiones culturales y científicas que las universidades, las academias y los gobiernos han despreciado, reprimido o relegado a segundo plano. Es lo que, en términos generales, se llamó durante el decenio de 1960, «ciencia social comprometida».

Una revisión detallada de los trabajos mencionados puede demostrar que existe en todos ellos no solo el ideal del «compromiso», de los años 60 y la reacción contra el monopólico paradigma positivista, sino el afán político de dar un paso más y ofrecer una alternativa clara de sociedad. Esta propuesta –queda dicho– se alimenta de un tipo de conocimiento vivencial útil para el progreso humano, la defensa de la vida y la cooperación con la naturaleza. Quienes hemos querido ayudar a construir esta propuesta, hemos hablado de participación cultural, económica y social desde las bases, la construcción de contrapoderes populares, la proclamación de regiones autónomas y el ensayo abierto de un federalismo libertario. Además, la propuesta vivencial alternativa invita a revisar concepciones antiguas sobre la autodefensa justa, el tiranicidio y el maquiavelismo, sólo sancionadas antes en España e Italia.

Queremos, pues, fomentar actitudes altruistas que equilibren la parcial visión hobbesiana de la sociedad del hombre-lobo-para-el-hombre que nos han transmitido en la escuela europeizante y fuera de ella como verdad universal y eterna. En fin, queremos sondear las relaciones dialécticas que existen entre conocimiento y poder y colocarlas al servicio de las clases explotadas para defender sus intereses.

La propuesta alternativa también se construye como neutralizador ideológico de las soluciones nazifascistas, xenofóbicas y de fuerza que acabaron con Europa y amenazan aún a democracias maduras, para favorecer en cambio salidas pluralistas, tolerantes de diferencias y puntos de vista diversos construidos con movimientos sociales de base, lo cual ha sido una contribución específica de esfuerzos populares del Tercer Mundo con metástasis en el Primero. Paradójicamente, éste era el tipo ideal de conocimiento y acción, medio utópico quizás, por el que propugnaron los filósofos principales de los siglos XVII y XVIII, empezando con la invitación de Sir Francis Bacon de crear una tecnología humanista. Supongo que Descartes nunca imaginó las distorsiones vivenciales y los desastres ecológicos que sus tres reglas de análisis positivo impusieron a la sociedad. Ni que Galileo hubiera querido que la matematización de la naturaleza iniciada por él, llevara a la bomba atómica.

Aun así, los ideales de bienestar humano de aquellos filósofos y científicos persisten. Las recientes generaciones de intelectuales comprometidos del Norte y del Sur, sin volver atrás el reloj de la historia, han empezado a revisar mitos y tabúes creados desde la Ilustración alrededor de las instituciones sociales, religiosas y políticas vigentes, ya que éstas, con el paso de los años, han perdido su espíritu para tornarse en cosas y fetiches. Tal el caso con los conceptos de Estado-nación, el partido político, la democracia representativa, la soberanía y la legalidad del poder público, por una parte; y por otra, los conceptos de Iglesia-Estado, el concordato eclesial, la prisión, el servicio militar y el desarrollo económico. El desempeño contagiante de estas instituciones enfermas y alienantes ha sido claramente denunciado por la hermandad crítica del Norte y del Sur, aunque del Tercer Mundo se hayan levantado voces más claras producidas quizás por el efecto empeorado de la experiencia regional derivada. Porque aquí sí parece que se cumpliera la tesis leninista sobre el rompimiento del sistema por el eslabón más débil.

Más allá de los dogmas

No es sorprendente, por lo mismo, que estén sobre el tapete las fórmulas alternativas de democracia y sociedad mencionadas atrás. Ello invita a ensayar estilos nuevos de hacer política y entenderla, hasta en las mismas universidades. Por eso, tanto en Europa como en la India y en Colombia buscamos métodos frescos y alegres de organización popular, diferentes de los impuestos por los dogmas (así liberales como leninistas) sobre los partidos con sus solemnes tesis sobre racionalidad, verticalidad del mando, centralismo de cuadros y monopolio de la verdad, dogmas y tesis que se han constituido en parte de nuestras crisis actuales. Y salen voces «bacanas» y luces correctivas desde nuestros países subdesarrollados que iluminan la potencialidad creadora de los azares de las luchas, de la espontaneidad y

de la intuición de las masas, para ir organizando movimientos regionales sociales y políticos independientes.

Por último, si esta revisión aquí hecha resultara cierta, así fuese parcialmente, tendremos que cambiar los viejos mitos heredados sobre la superioridad del faro intelectual euroamericano, que tanto ha condicionado nuestra vida política, económica, cultural y universitaria, que nos mantiene en el atraso y en la pobreza permanentes.

Aun admitiendo la sintonía positiva con ese faro, sería triste mantenernos en los paradigmas ya superados por los desarrollos técnico-científicos modernos, y seguir repitiendo e imitando autores, filósofos e ideólogos cuya vigencia puede resultar discutible. ¿Para qué seguir llevando flores a ídolos dudosos, citar acríticamente escritores obsoletos, o elevar como maestros a colegas cuyo pensamiento ha sido eco o desarrollo de nuestros propios análisis, un eco a veces ampliado por la resonancia de aparatos hegemónicos? Si según muchos euroamericanos prominentes la llave del arca del conocimiento vivencial se encuentra entre nosotros los de la periferia del Tercer Mundo, ¿no resulta absurdo persistir en hallarla a través de otros que, por razones histórico-culturales, no saben bien de los cofres tropicales y macondianos en que pueda estar escondida?

Estos datos deberían darnos a nosotros los periféricos todavía más certeza en la interpretación de nuestras realidades, más seguridad en saber transformarlas, y más confianza en construir autónomamente nuestros propios modelos alternativos de democracia y sociedad. Sin embargo, habría que ponernos de acuerdo –los grupos críticos de todas partes–, por lo menos en una condición de justicia histórica: que los esfuerzos de interpretación, cambio y construcción de los modelos nuevos se dirijan prioritariamente a beneficiar al pueblo humilde y trabajador del Tercer Mundo que celosamente guardó aquella llave del arca vivencial a través de siglos de penuria, explotación y muerte.

Todavía podemos aprender mucho de las formas de creación y defensa culturales, así como de las tácticas de resistencia popular, de nuestros humildes grupos de base. Formas y tácticas que pueden servir para que todos conjuntamente sorteemos con éxito la época de graves peligros y oportunidades en que nos ha tocado vivir.

Irrumpe la investigación militante

Tres años han transcurrido desde la publicación de la primera edición de este libro, y siete desde cuando dicté en la Universidad de Columbia en Nueva York una conferencia sobre "Prejuicios ideológicos de norteamericanos que estudian la América Latina", texto que agitó el impensable tema de la sociología subversiva en un medio entonces impreparado para ese debate y que, en cierto modo, fue un punto de partida para preparar el volumen sobre Ciencia propia y colonialismo intelectual.

De entonces acá, evidentemente, la textura intelectual de las ciencias sociales, y de la sociología en particular, ha cambiado bastante, hasta el punto que ya hoy se aceptan normalmente tesis antes escabrosas como la de la ciencia valorativa, las limitaciones de la objetividad, y la función del compromiso en la producción científica, temas discutidos extensamente en este libro.

También en los últimos años han aparecido, en casi todos los países, huestes de científicos sociales "radicales" o "rebeldes" que han puesto a prueba la estructura tradicional de sus disciplinas, demostrando fallas teóricas y técnicas; otros están trabajando en diferentes formas por el cambio estructural de sus sociedades como parte de la tarea vital del científico.

Así, los primeros esbozos que en este sentido hicieron Guerreiro Ramos, Costa Pinto, Bagú, Moore y otros, han surtido efecto en la ciencia social, creando un movimiento intelectual renovador que la pone a tono con las necesidades del momento histórico actual. Ahora se cuenta con las maduras obras de Gouldner, Myrdal, Garfmkel y la escuela de etnometodología, que confirman los puntos de vista antes anotados. Se tienen las obras de Varsavsky y Verón, al sur, las de González Casanova y los antropólogos rebeldes mexicanos ("de eso que llaman..."), al norte, entre otras, que van bordeando esa misma frontera del conocimiento. Pasó el momento álgido de la polémica con Aldo Solari y la histórica discusión sobre la crisis latinoamericana, durante el IX Congreso de Sociología reunido en México en 1969, que tanto impacto hicieron en su oportunidad para despertar a muchos científicos que persistían en rendir culto a la "ciencia universal", sin definir mejor y destapar sus alienantes mecanismos.

En estos momentos, un buen número de científicos sociales latinoamericanos se han propuesto confrontar estas tesis con la realidad ambiente. La

teoría se está llevando a la práctica desde el Canadá hasta Chile, y en otros países del tercer mundo. El reavivamiento del marxismo, adaptado a las condiciones concretas y a la historia de América Latina, está ayudando a enfocar esta tarea, abriendo nuevos surcos así en el mundo científico como en el desarrollo político local. Dentro de esta línea, el compromiso y la inserción de que habla este libro han permitido dar un paso adelante en la metodología y las prácticas de investigación social, recuperando una técnica que había quedado relegada a segundo plano en los medios académicos: la investigación militante, dentro del conocido método de estudio-acción (el basado en la dialéctica entre la teoría y la práctica).

Se recordará que la inserción bien ejecutada[1] requiere combinar las técnicas usuales de investigación social (participación e intervención) e ir más allá para adoptar las metas y valores de los grupos que aspiran a transformar la sociedad. Estos no son cualquier organismo. Se trata de grupos claves cuya principal característica es la de estar involucrados en los procesos de producción. La experiencia indica que se encuentran en movimientos obreros y campesinos organizados contra formas dominantes de explotación por el imperialismo y las oligarquías locales, que tienen en sus manos la clave del progreso económico y político de una región.

En tales circunstancias, el conocimiento se obtiene no sólo observando los procesos sociales concretos en que se ejecuta la inserción (en un determinado sitio o coyuntura) sino actuando en ellos y militando para provocar cambios políticos, sociales y económicos en una dirección determinada. Así se adquiere una información fiel y multi-dimensional que se niega, por lo general, a los etnólogos clásicos, y que sirve para estimular el esfuerzo y ganar las metas de los grupos claves.

Como la inserción, según la definición propuesta en este libro, se realiza dentro de unproceso histórico y social de cambio, ella no viene a ser una experiencia exclusiva de intelectuales externos que pretenden "insertarse" en grupos claves, como si éstos fueran polos de atracción. La práctica ha enseñado que, dentro del marco del grupo clave, cualquier persona capaz puede ejecutar la inserción. Por eso ésta descarta la manera tradicional de distinguir entre "gentes observadas" y "observadores" del proceso. Allí tanto los unos como los otros trabajan conjuntamente, todos son sujetos pensantes y actuantes dentro de la labor investigativa. No ocurre así que unos exploten a los otros, como "objeto" de investigación, principalmente porque el conocimiento se genera y se devuelve en circunstancias controladas por el mismo grupo (véase más adelante). A lo más habrá una división funcional del trabajo basada en capacidad y experiencia personales.

Al concebirse en esta forma, la inserción lleva consigo dos determinantes: 1) la de constituir una experiencia intelectual de análisis, síntesis y sistematización, realizada por un personal comprometido con grupos claves o perteneciente a éstos, o sea, por elementos científico-políticos de diversos niveles de capacitación técnica; y 2) la de ceñirse a diferentes modos de aplicación local según alternativas o coyunturas históricamente condicio-

1 La inserción puede desenfocarse y producir efectos contraproducentes cuando no se tiene un compromiso consecuente y se llega a una comunidad simplemente a "agitar", sin tomar en cuenta el nivel de conciencia política de las gentes de la localidad; o cuando se llega con el fin de "manipular" las masas. Sobre este particular y otros temas relacionados con la investigación militante, véase el libro Bonilla, V. D., Castillo, G., Fals Borda, O., & Libreros, A. (1972). Causa popular, ciencia popular, Bogotá, Colombia: Rosca de Investigación y Acción Social.

nadas. Estos determinantes configuran la técnica básica de la investigación militante. En otros círculos, con algunas modificaciones, se le llama "investigación-agitación", o *innovationfrom below*.

El objetivo de esta técnica no es simplemente acumular el conocimiento científico en un medio revolucionario, lo que puede ocurrir automáticamente en estos casos. La meta principal es aumentar la velocidad de la transformación, o subir el nivel de las confrontaciones de clase, gracias a la mayor eficacia que habrán ganado los grupos organizados con estos fines, lo cual puede llevar, en la práctica, a articular o reforzar un movimiento y una organización política de avanzada. Por eso es suicida (o contraindicado) para las tendencias conservatizantes de derecha, aplicar esta técnica.

Según las experiencias observadas[2], el investigador militante sigue un derrotero que le permite actuar en el terreno y armonizar con los fines de los grupos con los cuales se identifica políticamente, así:

1. Análisis de clase. Ante todo, analiza la estructura de clases de la región donde se ejecutan los trabajos de los grupos claves que,como queda dicho, están vinculados a los procesos de producción, sea como proletariado industrial o como campesinado (pequeña agricultura, pesca, madera, minería, etc.). Una vez en la región, advierte la manera como la tradición y los factores de índole etnocultural y demográfica inciden en la concepción de clase y afectan el trabajo político (cf. punto 3).

2. Generación del conocimiento. El investigador está atento a los temas y enfoques que preocupan de manera prioritaria a los grupos o sectores; con ellos escoge los temas y prosigue a elaborarlos de acuerdo con el nivel de conciencia política y capacidad de acción que allí se encuentra (no según el nivel político del propio investigador, que puede ser demasiado avanzado, aunque éste pueda estimular los siguientes pasos). De este esfuerzo surgen técnicas apropiadas de estudio, y aparecen investigadores locales y otros colaboradores (muchas veces espontáneos) que facilitan la labor y hacen los contactos necesarios. Así se va generando el conocimiento dentro de los grupos.

3. Recuperación crítica. El investigador y sus colaboradores buscan luego las raíces históricas de las contradicciones que dinamizan la lucha de clases en la región, especialmente aquellas instituciones que en el pasado sirvieron al pueblo para defenderse de sus explotadores.

Al lograr dinamizarlas nuevamente en el contexto actual para vigorizar esa lucha –y sin provocar reacciones nativistas o románticas de tipo folclórico– se efectúa un proceso denominado "recuperación crítica". Ejemplos de recuperación crítica en casos colombianos, son: la revitalización de resguardos de tierra colectiva y cabildos en regiones hoy ocupadas por un campesinado indígena que, mal que bien, ha logrado sobrevivir, con ellos, las invasiones de conquistadores y latifundistas; el uso del "combo", el "palenque" y la "mina" como elementos etnoculturales de rebeldía pro-

2 La Rosca de Investigación y Acción Social y otras entidades están aplicando estas técnicas en varias regiones colombianas. Tareas similares o convergentes se realizan en Chile e Indonesia (comunicaciones de Darcy Ribeiro y Gerrit Huizer). En algunos países africanos se intenta lo mismo. El interés por estas técnicas parece crecer, hasta el punto de que será tema de discusión en el próximo Congreso Mundial de Sociología que se realizará en Toronto, Canadá, en 1974.

venientes de la época de la esclavitud, que sobreviven hoy entre grupos de trabajadores explotados mulatos y negros de zonas costaneras y fluviales; la organización de "baluartes de autogestión" en la costa atlántica, con base en experiencias campesinas socialistas de la década de 1920.

4. Devolución sistemática. Por último, el investigador militante devuelve los resultados de la investigación a los grupos con quienes se identificó, de una manera sistematizada, ordenada y racional.[3] No trabaja entonces para publicar nada (esto puede ser inconveniente tácticamente), ni para ganarse un título académico, aunque el conocimiento adquirido sea válido para esos fines rutinarios de la sociedad burguesa.

El trabajo realizado en esta forma con trabajadores urbanos y campesinos está demostrando la utilidad de esta orientación para producir, no sólo una ciencia social propia y fresca, muy de nuestro pueblo, sino para crear una serie de hechos políticos que llevan a transformar radicalmente nuestra sociedad.

Los datos que se obtienen y las publicaciones que al fin salen a luz (una vez autorizadas) constituyen contribuciones de rigor científico, y contienen información muchas veces fundamental para el conocimiento político y social de una región o del país en general.[4] Son datos serios y fidedignos que no habrían podido recogerse en archivos ni bibliotecas de academia, ni en obras de científicos de clase alta, sino que han sido producto de experiencias personales directas, muy ricas en sentido y contenido; o son datos rescatados de la memoria popular o sacados literalmente de baúles destartalados donde el pueblo común ha atesorado su propia historia. Esta es la historia y los hechos ignorados en los textos oficiales, o desvirtuados y deformados por los cronistas de nota. Así, lo que está emergiendo de este esfuerzo es un análisis cultural del conflicto de clases y una verdadera historia y sociología de la lucha popular y sus héroes en América Latina, que bien estaban haciendo falta.

Además, esta ciencia social propia de estirpe popular exige una claridad de exposición y explicación que lleva a técnicas especiales de redacción y concepción de materiales, claridad que no se encuentra muchas veces en los textos tradicionales –de derecha o izquierda– tan afectados de petulancia y dogmatismo conceptual. Y exige también desarrollar una serie de técnicas sencillas, pero igualmente efectivas, para llegar a las metas que se proponen.

Desde el punto de vista estrictamente metodológico, el resultado es una serie de conceptos e hipótesis que encuentran confirmación o rechazo, no según el veredicto formal de grupos de científicos o académicos situados en universidades o en países extranjeros dominantes, sino en el contacto inmediato con la realidad viva, según el juicio directo de las gentes que participan en el estudio y en la acción pertinentes. Estos se constituyen así en grupos de referencia del investigador militante.

3 Cf. el principio de Mao Tse-tung, "de las masas, a las masas". En: Tse-tung, M. (1968). Obras escogidas, Pekín, China: Ediciones en lenguas extranjeras, tomo III. Medidas pertinentes tomó Vo Nguyen Giap en el Vietnam en relación con sus investigaciones campesinas.

4 Se encuentran publicaciones de este género en Colombia, como las siguientes: Quintín Lame, M. (1971). En defensa de mi raza. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores; E! petróleo es del pueblo colombiano (1971); Lomagrande, el baluarte del Sinú (1972); Tinajones, un pueblo en lucha por la tierra (1972).

Si hay alguna forma de romper las cadenas que nos han atado a esa clase de ciencia euro-norteamericana que ha justificado e ideologizado nuestra explotación, ésta de la investigación militante referida a grupos claves en lucha contra el sistema político-económico dominante, parece ser una salida natural y factible. Vale la pena seguirla ensayando, aunque siga implicando el cierre de facultades y escuelas de ciencias sociales y la persecución a maestros y estudiantes liberados de aquella influencia. Ya llegará el momento del resurgimiento digno y productivo de nuestras disciplinas. Mientras tanto, debemos seguir luchando para que nuestros trabajos sean concebidos en nuestros propios términos, para nuestros pueblos, y en defensa de nuestros recursos humanos, naturales y culturales, hoy amenazados.

En resumen, las tesis generales de este libro están encontrando justificación práctica. Su tema central parece confirmarse. La ciencia se va tornando más y más en un instrumento crítico de cambio social, especialmente útil cuando sus marcos generales de referencia se rompen, como ahora, para dar paso a formas más adecuadas de explicación y acción.

Para llenar ese vacío cultural de nuestra época, ha reaparecido el método de estudio-acción, con las técnicas adecuadas de la investigación militante.

SECCIÓN II: METODOLOGÍA (IAP)

El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis

Introducción

Son relativamente pocas las ocasiones de confrontar directamente, en el curso de la vida, procesos fundamentales de transformación social. Es nuestro privilegio, como generación, de vivir este proceso hoy día, y hacerlo con las ventajas y desventajas que ofrece el desarrollo contemporáneo. Es también nuestra responsabilidad, como pertenecientes a una comunidad de científicos, saber interpretar esta transformación y derivar datos adecuados a entenderla para ayudar a construir el futuro.

Cómo combinar precisamente lo vivencial con lo racional en estos procesos de cambio radical, constituye la esencia del problema que tenemos entre manos. Y éste, en el fondo, es un problema ontológico y de concepciones generales del que no podemos excusarnos. En especial, ¿qué exigencias nos ha hecho y nos hace la realidad del cambio en cuanto a nuestro papel como científicos y en cuanto a nuestra concepción y utilización de la ciencia? Porque, al vivir, no lo hacemos sólo como hombres, sino como seres preparados para el estudio y la crítica de la sociedad y el mundo.

Nuestras herramientas especiales de trabajo han sido y son mayormente los marcos de referencia y las técnicas con las que sucesivas generaciones de científicos han intentado interpretar la realidad. Pero bien sabemos que estas herramientas de trabajo no tienen vida propia, sino que toman el sentido que les demos, con sus respectivos efectos en variados campos de la vida y del conocimiento. De allí que no podamos desconocer el impacto social, político y económico de nuestros trabajos, y que, en consecuencia, debamos saber escoger, para nuestros fines, aquello que sea armónico con nuestra visión de la responsabilidad social. Asimismo se satisface también nuestra vivencia.

Estos problemas filosóficos, de concepción del trabajo y de articulación teórica, se han sentido de manera constante y a veces angustiosa, en la experiencia colombiana que un número de investigadores sociales hemos vivido y tratado de racionalizar en los últimos años (1970-1976). El que sólo ahora se pueda articularlos con alguna especificidad es, en sí mismo, parte del proceso vivencial-racional que hemos recorrido. Ello no es demostra-

ción alguna de que hayan quedado resueltos o superados los problemas descritos; pero, consecuentes con nuestras ideas, queremos compartir estas preliminares reflexiones –que son también un balance de nuestra experiencia– en aras de una discusión que se nos sigue haciendo necesaria e inevitable. Es ya una discusión a escala mundial, porque las preocupaciones aquí esbozadas sobre el caso colombiano se multiplican casi dondequiera que se ha intentado, desde hace varias décadas, promover conscientemente cambios revolucionarios, para verlos luego frustrados o tomando direcciones inesperadas o contrarias. Se trata, pues, de un problema teórico-práctico de suma gravedad y urgencia.

No es indispensable detallar la naturaleza de la experiencia colombiana de "investigación-acción" ("estudio-acción") que es tema de la parte específica de este trabajo, ya que ha sido motivo de varias publicaciones y amplia controversia nacional e internacional[1]. Para fines del presente estudio, baste con señalar, a grandes rasgos, las siguientes características pertinentes:

- El esfuerzo de investigación-acción se dirigió a comprender la situación histórica y social de grupos obreros, campesinos e indígenas colombianos, sujetos al impacto de la expansión capitalista, es decir, al sector más explotado y atrasado de nuestra sociedad.

- Este trabajo implicó adelantar experimentos muy preliminares, o sondeos, sobre cómo vincular la comprensión histórico-social y los estudios resultantes, y con la práctica de organizaciones locales y nacionales conscientes (gremiales y/o políticas) dentro del contexto de la lucha de clases en el país.

- Tales experimentos o sondeos se realizaron en Colombia en cinco regiones rurales y costeras y en dos ciudades, con personas que incluían tanto profesionales o intelectuales comprometidos con esta línea de estudio-acción como cuadros a nivel local, especialmente de gremios.

- Desde su iniciación, el trabajo fue independiente de ningún partido o grupo político, aunque durante el curso del mismo se realizaron diversas formas de contacto e intercambio con aquellos organismos políticos que compartían el interés por la metodología ensayada.

Además, con esta experiencia se trató de responder, en la práctica, a la inquietud que el autor había presentado en años anteriores (desde 1967) sobre el "compromiso" de los científicos colombianos (y de los intelectuales en general) ante las exigencias de la realidad del cambio social.

Aunque estos ensayos de investigación-acción no fueron siempre coherentes y padecieron de inevitables errores, destacaron pautas que merecen recogerse y analizarse. Generaron fracasos y altibajos; incomprensiones y persecuciones; estímulos y polémicas. Por lo mismo conviene evaluar la experiencia resultante para medir lo que representa dentro del proceso de

1 Varias instituciones colombianas realizaron experiencias de investigación-acción desde 1970, pero la más conocida, por diversas razones, fue la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social (1970-1976), a la cual perteneció el presente autor. Entre las publicaciones más influyentes o difundidas encontramos: Fundación Rosca, 1972, 1974a, 1974b y 1975. Debe distinguirse la "investigación-acción" de la "investigación militante", que es aquella realizada por cuadros científicos dentro de marcos partidistas y sujetos a las pautas y necesidades de su respectiva organización.

transformación radical que es el signo de nuestra generación y también de las que siguen. Porque el tratar de vincular el conocimiento y la acción –la teoría y la práctica– , como en el castigo de Sísifo, es un esfuerzo permanente e inacabado de comprensión, revisión y superación sobre una cuesta sin fin, difícil y llena de tropiezos. Es la cuesta que el hombre ha venido transitando desde que el mundo es mundo.

Para evitar discusiones innecesarias, conviene establecer desde el principio las bases gnoseológicas del presente trabajo, que pueden resumirse de la siguiente manera:

- El problema de la relación entre el pensar y el ser –la sensación y lo físico– se resuelve por la observación de lo material que es externo a nosotros e independiente de nuestra conciencia; y lo material incluye no sólo lo constatable de la naturaleza sino también las condiciones fundamentales, primarias, de la existencia humana.

- El problema de la formación y reducción del conocimiento no se resuelve diferenciando los fenómenos de las cosas en sí, sino planteando la diferencia entre lo que es conocido y lo que todavía no se conoce. Todo conocimiento es inacabado y variable y queda sujeto, por lo mismo, al razonamiento dialéctico; nace de la ignorancia, en un esfuerzo por reducirla y llegar a ser más completo y exacto.

- El problema de la relación entre el pensar y el actuar se resuelve reconociendo una actividad real de las cosas a la cual sólo se adviene por la práctica que, en este sentido, es anterior a la reflexión; allí se demuestra la verdad objetiva, que es la materia en movimiento.

- El problema de la relación entre forma y contenido se resuelve planteando la posibilidad de superar su indiferencia por la práctica y no sólo por el comportamiento intuitivo o contemplativo; toda cosa se da como un complejo inextricable de forma y contenido, de allí que la teoría no pueda separarse de la práctica, ni el sujeto del objeto.

Ciencia y realidad

Aunque fue en 1970 cuando se concibieron formalmente los trabajos de campo entre obreros, campesinos e indígenas colombianos en la modalidad de la investigación-acción, ya desde antes se venían experimentando dificultades teóricas y metodológicas: no satisfacían ni los marcos de referencia ni las categorías vigentes en los paradigmas normales de la sociología que se habían recibido de Europa y los Estados Unidos. Muchos los hallábamos en buena parte inaplicables a la realidad existente, viciados ideológicamente por defender los intereses de la burguesía dominante, y demasiado especializados o parcelados para entender la globalidad de los fenómenos que se encontraban a diario (Fals Borda, 1976).[2]

Sin entrar a discutir las razones de este rechazo –que son motivo de otros ensayos y que, en general, se conocen ya bastante en la literatura científica reciente (Solari, Franco y Jutkowitz, 1976; Cortés, 1970; Quijano, 1973: 45-

2 Sobre los paradigmas de la ciencia hemos seguido las teorías de Kuhn (1970: 23, 187-281), especialmente en cuanto tienen que ver con la formación del conocimiento y la instauración de nuevos paradigmas ("ciencia extraordinaria").

48; Graciarena, 1974; Bottomore, 1975)– la experiencia acumulada en los últimos años indica que había causas profundas para este rechazo relacionadas con los conceptos de ciencia y realidad que se estaban manejando y que, en este momento inicial, no se alcanzaban a ver todavía en toda su magnitud y trascendencia. Estudiaremos ahora algunas de estas implicaciones.

Sobre la causalidad

Recordemos una vez más, cómo se había insistido en los textos y en las aulas, que la sociología podría ser ciencia natural positiva, pautada al estilo de las ciencias exactas, en la que se debían cumplir las reglas generales del método científico de investigación. Estas reglas son las que en su día le había transferido Durkheim de las ciencias experimentales, y que había popularizado Pearson (y más recientemente Popper) dentro de esquemas fijos de acumulación científica, validez, conflabilidad, inducción y deducción (Durkheim, 1875; Pearson, 1892; Popper, 1959). En esencia, se creía que el mismo concepto de causalidad podría aplicarse así en las ciencias naturales como en las sociales, es decir, que había causas reales análogas tanto en una como en otras y que éstas podían descubrirse de manera independiente por observadores idóneos, aun de manera experimental o controlada.

El trabajo de campo realizado en las regiones escogidas, especialmente en la primera etapa, reflejó esta orientación positivista, que se expresó de manera consciente –en cuanto a la aplicación de algunas técnicas formales– y también inconscientemente, porque los procedimientos salían desde su origen condicionados por el paradigma positivista, sin caer en cuenta de sus posibles consecuencias deformantes para el análisis.[3]

Las principales perplejidades que fueron rompiendo el paradigma normal conocido, surgieron del estudio de los movimientos sociales: éstos, según los cánones positivistas, pueden ser respuestas a impulsos aplicados en determinados sectores del sistema social; o son efecto de situaciones patológicas susceptibles de mejoramiento en sus fuentes, que pueden ser individuales o grupales. Así se justificaban teóricamente campañas de reforma social propiciadas por la burguesía dominante, como la acción comunal, la defensa civil, la beneficencia y el reparto de tierras en granjas familiares, todo dentro del contexto político-social existente.

Pero el estudio más profundo e independiente de los problemas económicos y sociales dejaba traslucir una red de causas y efectos sólo explicable a través de análisis estructurales que se salían de las pautas mecanicistas y organicistas acostumbradas, esto es, del paradigma vigente. No podían aplicarse allí los mismos principios causales de las ciencias naturales, evidentemente, porque la materia prima que se manejaba pertenece a una categoría ontológica distinta, que tiene cualidades propias.[4] Se confrontaban hechos y procesos de concatenación circular o espiral, en sistemas abiertos que iban

3 En efecto, como señala Lukacs, había desde la fuente un cierto acondicionamiento producido por el ideal cognoscitivo de las ciencias naturales que, al aplicarse al desarrollo social, se convertía en un arma ideológica de la burguesía. (Lukacs, 1975: 12).

4 Un principio tan obvio cuán fácil de olvidar, a pesar de las razones claras y elementales expuestas por epistemólogos como Rickert, cuando habla de una "oposición material (real)" entre naturaleza y cultura, para explicar la vieja distinción entre "ciencia de la naturaleza" y "ciencia del espíritu", lo cual llevó a reconocer una "oposición formal" entre el método naturalista y el método histórico que él consideraba propio de la ciencia cultural (Rickert, 1943: 46-47). Ver las reservas que hace al respecto Colleti (1976: 37-38).

alimentando su propio desenvolvimiento y su propia dinámica, muchas veces como profecías que imponían mecanismos para su propia confirmación, en formas de causación no encontradas en la naturaleza, donde predominan sistemas cerrados y donde el principio de la acción y reacción es más simple y directo.[5] En todo caso, se vislumbraba un universo de acción vinculada a las causas que el paradigma vigente no anticipaba convenientemente, o que, más correctamente, dejaba en la penumbra del conocimiento.

Esta penumbra era, precisamente, lo más interesante para el trabajo, y exigía que se le dirigiera la atención. Al hacerse así, lo que pareció dibujarse en ella fue un reflejo del principio hegeliano: "El viviente no deja que la causa alcance su efecto" (Hegel, 1974: II, 497-498). De modo que a las anteriores dimensiones conocidas de multicausalidad, circularidad y autoconfirmación en lo social se añadía, entonces, otro elemento de volición que llevaba a tomar en cuenta lo fortuito o lo aleatorio en el hombre, especialmente en situaciones de coyuntura como las que se experimentaban en las regiones escogidas para la experimentación activa.

No se trata aquí de un azar ciego y mecánico sujeto a reglas matemáticas en un universo homogéneo, como se aplica en las ciencias exactas; sino de un elemento aleatorio humano condicionado por tendencias anteriores o limitado a cierta viabilidad dentro de opciones de acción. Como en lo social el antecedente inmediato de la acción es volitivo, la acción no va determinada en sentido único, sino que tiene una determinación múltiple dentro del proceso o marco en el cual adquiere sentido.[6] La determinación múltiple, con ese abanico de opciones dentro de una coyuntura (posibilidades que se cierran al abrirse otras), explicaría por qué la historia no se repite, por qué sus procesos no son inevitables, excepto quizás en formas muy largas y lentas. Dentro de una tendencia histórica o proceso de mediano o corto plazo, todo es posible: la determinación múltiple y la volición hacen que ocurran vaivenes, como los avances, saltos y retrocesos que se observaban en la realidad de las regiones. De allí la incidencia de protagonistas concretos y los giros singulares que éstos imponían en las campañas de los grupos regionales de base. Así se entendía también la naturaleza última de la relación entre lo táctico y lo estratégico –la construcción consciente de la historia hacia el futuro–, problema que surgía en el trabajo de campo de manera cotidiana, pero sin poderlo entender bien, y mucho menos manejar, en todas sus implicaciones.

Toda esta problemática de la causalidad fue llevando a cuestionar la orientación del trabajo regional y las herramientas analíticas disponibles. Hasta allí se había procedido de manera rutinaria. La experiencia fue indicando que la validación de los efectos del trabajo sólo podía hacerse, de manera definitiva, mediante el criterio de la acción concreta, esto es, que la causa última tenía una dimensión teórico-práctica. Lo aleatorio de la acción social

5 Esta tesis se había venido enfatizando ya en algunas escuelas, en propio Marx, para el estudio de la sociedad humana y de la cultura; recuérdese cómo Karl Marx, en el prefacio a la primera edición de El Capital, al compararse con los físicos, subraya que la sociedad no es un "cristal fijo" sino una entidad que hay que ir "entendiendo continuamente en el proceso de transformación". Cf. también en su carta a Mikhailovsky sobre el método histórico de investigación (1877).

6 Tal es el "principio de impulso" A-B adaptado por Lenin al discutir las tesis de J. Petzoldt, para explicar las diferentes opciones D-C-F que pueden tomarse en la realidad, lo que se explicaría distinguiendo entre "lo fortuito y lo necesario" en la acción social. (Lenin, 1974: 152-154). (Agradezco a René Zavaleta el haber llamado mi atención sobre este aspecto del planteamiento leninista).

que se veía día a día, quedaba al fin y al cabo sujeto al marco de la praxis, como explicaremos más adelante.

Sobre la constatación del conocimiento

Otro resquebrajamiento del paradigma normal se produjo con la transferencia de la noción sobre constatación científica, de las ciencias naturales a las sociales.

Un primer aspecto fue el de la observación experimental. A diferencia del observador naturalista, se sabe que en las disciplinas sociales el observador forma parte del universo por observar. Esta condición especial había sido oscurecida por los cánones positivistas sobre la "objetividad" y la "neutralidad" en la ciencia, con la consecuencia de que algunas técnicas de campo como la "observación participante" y la "observación por experimentación" (muy conocida entre antropólogos) tendían a conservar las diferencias entre el observador y lo observado. Además, tales técnicas "neutrales" dejaban a las comunidades estudiadas como víctimas de la explotación científica.[7]

Como una posible alternativa, desde antes se había propuesto la "inserción en el proceso social". En este caso se exigía del investigador su plena identificación con los grupos con los cuales entraba en contacto, no sólo para obtener información fidedigna, sino para contribuir al logro de las metas de cambio de esos grupos. Se diferenciaba así esta técnica de las anteriores en que se reconocía a las masas populares un papel protagonista, con la consiguiente disminución del papel del intelectual-observador como monopolizador o contralor de la información científica (Mao, 1968: III, 119).

En segundo lugar, aunque el propósito del trabajo investigativo era obtener y entender mejor la ciencia y el conocimiento a través del contacto primario con los grupos populares de base, como fuente promisoria, los resultados de esta variación en el paradigma resultaron decepcionantes. La inserción del investigador en el proceso social implicó la subordinación de aquel a la práctica política condicionada por intereses inmediatos, y el conocimiento alcanzado fue más de perfeccionamiento y confirmación de éste, que de innovación o descubrimiento. Aunque, como veremos más adelante, el sentido común o saber popular es valioso y necesario como fundamento de la acción social, no se vio cómo podía articularse éste al conocimiento científico verificable que se buscaba, para orientar las campañas de defensa de los propios intereses populares.

Finalmente se advirtió que el conocimiento científico verificable resultaba más bien de las abstracciones que se hacían en seminarios cerrados y de las discusiones que se sostenían entre colegas del mismo nivel intelectual, así como del propio estudio de la literatura critica. En esto no se descubrió nada nuevo, aunque las expectativas iniciales sobre las posibilidades de derivar conocimiento científico directamente del contacto con las bases habían sido grandes. Volveremos a este tema cuando tratemos las "categorías mediadoras específicas" y el papel de los grupos populares de referencia.

7 En esta misma categoría colocamos los intentos de la "antropología de la acción" propuesta en la década de 1950 por Sol Tax; y, en parte, los ensayos de "etnometodología" realizados por H. Garfinkel, aunque de éste son dignas de recogerse las premisas prácticas que retan o condicionan la "ciencia normal" de su época. Véase el interesante artículo de Freund y Abrams (1976: 377-393).

Sobre el empirismo

La práctica permitió constatar también que el investigador consecuente puede ser al mismo tiempo sujeto y objeto de su propia investigación y experimentar directamente el efecto de sus trabajos (véase la parte final de este estudio); pero tiene que enfatizar uno u otro papel dentro del proceso, en una secuencia de ritmos en el tiempo y el espacio que incluyen acercarse y distanciarse de las bases, acción y reflexión por turnos.[8] Al buscar la realidad en el terreno, lo que le salva de quedar por fuera del proceso es su compromiso con las masas organizadas, es decir, su inserción personal. Las masas, como sujetos activos, son entonces las que justifican la presencia del investigador y su contribución a las tareas concretas, asi en la etapa activa como en la reflexiva.

No podía, pues, haber lugar en este trabajo a la experimentación social tradicional para hacer ciencia e interpretar la realidad, en tales condiciones, sino al envolvimiento personal y la inserción por ritmos. Las técnicas quedaban subordinadas a las lealtades a los grupos actuantes y a las necesidades del proceso: resultó importante tener conciencia de "para quién" se trabajaba. Así, no se rechazaron técnicas empíricas de investigación usualmente cobijadas por la escuela clásica, como la encuesta, el cuestionario o la entrevista, por ser positivistas (sólo los grupos extremistas confundieron erróneamente el empirismo con el positivismo); sino que recibieron un nuevo sentido dentro del contexto de la inserción con los grupos actuantes. Por ejemplo, no podía haber lugar a la distinción tajante entre entrevistador y entrevistado que dictaminan los textos ortodoxos de metodología: había que transformar la entrevista en una experiencia de participación y consenso entre el dador y el recibidor de la información, en la cual ambos se identificaran en cuanto a la necesidad y fines compartidos de esa experiencia. Por eso, en el texto mimeografiado que se preparó en 1974 ("Cuestiones de metodología", ya citado), se dedica un capítulo a las técnicas empíricas de medición estadística, conteo, análisis y organización del material, que se juzgaron necesarias para comprender la realidad a nivel local y regional.

Este esfuerzo de participación en el estudio puede denominarse empírico en el buen sentido; esto es, busca ajustar herramientas analíticas a las necesidades reales de las bases y no a las de los investigadores.[9] Así, obviamente las técnicas desarrolladas por las ciencias sociales tradicionales no todas resultan de rechazar (como algunos pretendieron), sino que pueden utilizarse, perfeccionarse y convertirse en armas de politización y educación de las masas. Que esto es posible, la experiencia colombiana en inserción (y en "autoinvestigación" como veremos más adelante) también tiende a demostrarlo. Pero hay que colocar en su contexto conformista, y reconocer sus limitaciones, a aquellas técnicas empíricas derivadas del paradigma normal que cosifican la relación social, creando un perfecto divorcio entre sujeto y

8 "Practicar, conocer, practicar otra vez y conocer de nuevo". Esta forma se repite en infinitos ciclos y, con cada ciclo, el contenido de la práctica y del conocimiento se eleva a un nivel más alto. Esta es la teoría materialista dialéctica del conocimiento... y de la unidad sobre el saber y el hacer". (Mao, 1968, I: 331).

9 No hay que dejarse confundir en cuanto al "empirismo" ciego. Este problema fue aclarado por el mismo Marx en 1880, con su "Encuesta obrera". Por ejemplo, los cuestionarios adecuados pueden ser, al mismo tiempo, elementos de politización y de creación de conciencia de clase, como pudo hacerlo Marx en el fraseo de sus preguntas. (Bottomore y Rubel, 1963: 210-218).

objeto de investigación, es decir, manteniendo la asimetría en las relaciones entre entrevistador y entrevistado (como en las encuestas de opinión). Más aún: se admite ya que deben rechazarse tales técnicas, cuando estos ejercicios se convierten en armas ideológicas a favor de las clases dominantes, y en formas de represión y control de las clases pobres y explotadas, como sigue ocurriendo con frecuencia.

Sobre la realidad objetiva

Las pautas positivistas habían exigido "cortes seccionales" como aproximaciones a la realidad, de nuevo en ilógica imitación de las técnicas de muestreo muy desarrolladas en las ciencias exactas. Así se derivaban "hechos" mensurables con los cuales se reconstruía mentalmente, pedazo a pedazo, el mosaico de la sociedad.

Sin negar la importancia de la mensura en lo social cuando ésta se justifica, en el terreno pudo verse cómo estos "hechos" quedaban amputados de su dimensión temporal y procesual. Pero esta dimensión temporal era parte fundamental de la propia realidad de los "hechos" observados. Era su porción dinámica, viva, la que precisamente debía comandar el mayor interés: porque corría ante los ojos de los investigadores la realidad objetiva de materia y movimiento que buscan los científicos como causa final de las cosas.[10]

La realidad objetiva aparecía como "cosas-en-sí"' que se movían en la dimensión espacio-tiempo y que venían de un pasado histórico condicionante. Se convertían en "cosas para nosotros" al llegar al nivel del entendimiento de los grupos concretos, tales como los de la base en las regiones. Así ocurrió con conceptos generales conocidos, como "explotación", "organización" e "imperialismo", por ejemplo, que, entendidos empíricamente o como sensaciones individuales por campesinos e indígenas, pasaban a ser reconocidos racionalmente y articulados ideológica y científicamente, por primera vez por ellos, en su contexto estructural real. Uno de los dirigentes campesinos que plasmaron formalmente su ideología, logró explicar en términos de "lucha inconsciente de clase" determinadas pautas tradicionales de la conducta de los terrajeros a cuya clase pertenecía. Y el recuerdo de la organización campesina que se había dado en una región hacia casi medio siglo, resurgió como "cosa para nosotros", una vez que se tradujo al contexto de las confrontaciones actuales y los viejos luchadores fueron recolocados en el proceso histórico vivo.

Esta transformación de "cosas en sí" en "cosas para nosotros", según Lenin, "es precisamente el conocimiento" (Lenin, 1974: 110, 111, 179).[11] El nivel de conocimiento de la realidad objetiva en las regiones donde se trabajó subió algo, gracias a esta transformación. No subió más porque este esfuerzo de búsqueda y creación de conocimiento quedó frustrado, en parte, por la utilización consciente o inconsciente del aparato conceptual del

10 Este es un postulado tan antiguo como el mismo conocimiento humano, primero articulado por la filosofía griega y revivido por Descartes. Hoy lo confirman muchos pensadores y científicos naturales. La misma tesis fue replanteada por Engels como la "ley del movimiento", cuya ciencia es la dialéctica en el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento (Engels, 1935: 144-145) Lenin, 1974: 165-166, 251). Estos principios derivan más de Aristóteles que de Newton, pero no son por ello menos vigentes o actuales.

11 Lukacs recuerda que estas categorías kantianas, al ser tomadas por Hegel, no se contraponen sino que son "correlatos necesarios"; en lo que coloca en su propio contexto lo que, basado en Engels, sostiene Lenin (Lukacs, 1975: 179; Hegel, II: 464, 479, sobre la realidad).

paradigma vigente. De allí que todo el sentido de la implicación de aquella transformación de "cosas en sí" en "cosas para nosotros" para entender la realidad objetiva, sólo vino a esclarecerse cuando se cuestionaron asimismo las ideas tradicionales que había sobre la vigencia de leyes, la función de conceptos y el uso de definiciones en la ciencia. Aquel principio de aleatoriedad condicionada con el cual re-examinamos los procesos causales, no fue poco para transformar ideas fijas sobre lo heurístico y el armazón conceptual de la ciencia social, como veremos en seguida.

Sobre los conceptos

Con frecuencia tendemos a absolutizar las leyes y los conceptos y a convertir las definiciones en dogmas, esto es, a hacer de la teoría un "fetiche" como objeto de culto supersticioso y excesivo. Así ocurrió en las experiencias descritas con el resultado de que se oscurecía o deformaba la realidad. No fueron pocos los casos en los cuales los investigadores, por falta de claridad en los marcos de referencia y rigidez conceptual y de métodos, querían ver en el terreno, como con vida propia, leyes tales como la de la "reproducción ampliada en la expansión capitalista" y la de la "correspondencia entre estructura y superestructura"; o aplicar fácilmente conceptos complejos como autogestión y colonialismo; o confirmar definiciones amplias como las de sector medio, latifundio y dependencia, para hallar que, naturalmente, salieron mediatizadas, incompletas, deformes y, a veces, contradichas en la práctica. En el caso de las definiciones, muchas resultaron tautológicas, es decir, imposibles de concebir sin sus componentes reales dados, con lo cual poco se ganó en poder de análisis.[12]

Esta mala situación teórica se empeoró por el efecto obsesivo de los slogans y las doctrinas prefabricadas, con su propio juego de leyes, conceptos y definiciones absolutas, que como fetiches saltaban también en los movimientos populares y políticos en las regiones estudiadas. Resultaba demasiado fácil adoptar interpretaciones de otras épocas, formaciones sociales y coyunturas políticas distintas a las que en realidad se encontraban. Y esto a la larga no podía ser positivo ni para ganar conocimiento ni para una acción política eficaz, lo cual es ampliamente aceptado.[13]

Pero no estamos constatando aquí nada nuevo: en efecto, los conceptos, las definiciones y las leyes, aunque necesarios para ligar la realidad observada a la articulación intelectual, es decir, para fundamentar las representaciones de la realidad, tienen un valor limitado y circunscrito a contextos determinados para explicar eventos y procesos. Decía Rickert: "De los conceptos no podemos recoger y sacar más que lo que hemos puesto en ellos"' y, con ellos, "no podemos hacer otra cosa que echar puentes sobre el río caudaloso de la realidad, por diminutos que sean los ojos de

12 Es posible que este sea un defecto intrínseco de toda definición, que la hace incorregible cuando cambian los marcos de referencia: en este caso todo debe caer junto con las definiciones. Cf. lo ocurrido en las ciencias físicas (Kuhn, 1970: 183-184). Hegel había señalado cómo la definición "reduce la riqueza de múltiples determinaciones de la existencia intuida a los momentos más simples", así como otros limitantes que con frecuencia se olvidan (Hegel, II: 700-701).

13 Cf. el análisis convergente de este problema de la falta de coincidencia entre agrupaciones políticas radicales y la visión científica global del desarrollo, lo presenta Moura (1976: 69). La fetichización es evidente cuando los grupos o partidos políticos empiezan a buscar a todo trance el "Palacio de Invierno" en los contextos locales, sacrificándolos a fines meramente tácticos, etc.

esos puentes" (Rickert, 1943: 69, 200; Hegel, II, 516, 700).[14] Marx ya había sugerido que cada período histórico puede tener sus propias leyes[15], y Lenin había escrito que "la ley no es más que una verdad aproximada" constituida por verdades relativas.[16] La dogmatización debía quedar así proscrita de sus obras y de las de sus seguidores más consecuentes.

Así como no resultó conveniente esperar a trabajar con conceptos estables o permanentes que dieran siempre una descripción "correcta, completa y objetiva" de los hechos, hubo de buscarse soluciones teóricas alternas que permitiesen aproximarse mejor a la realidad para entenderla y transformarla. La respuesta más adecuada la ofreció el método dialéctico aplicado en pasos alternos y complementarios, así: 1) propiciando un intercambio entre conceptos conocidos o pre-conceptos y los hechos (o sus percepciones) con observaciones adecuadas en el medio social; 2) siguiendo con la acción a nivel de base para constatar en la realidad del medio lo que se quería conceptualizar; 3) retornando a reflexionar sobre este conjunto experimental para deducir conceptos más adecuados u obtener mejores luces sobre viejos conceptos o teorías que así se adaptaron al contexto real; y 4) volviendo a comenzar el ciclo de investigación para culminarlo en la acción. Estos pasos y ritmos podían ejecutarse ad infinitum, como lo veremos otra vez en la sección dedicada a la praxis y el conocimiento (Hegel: I, 50).

Se sabe que esta forma de trabajar dialécticamente puede evitar que las categorías nuevas se vayan acomodando a formas viejas de pensamiento, lo cual es indispensable en la creación de nuevos paradigmas (Feyerabend, 1974: 38-40). Es lo que ocurre hasta en las ciencias naturales, pues allí también los datos van surgiendo condicionados al medio social en que se forman. Se apela entonces a planteamientos ad hoc que tratan de explicar las áreas no cubiertas por los paradigmas existentes o que dirigen la atención a las porciones oscuras de las explicaciones teóricas vigentes, que en muchos casos pueden ser extensas y significativas (Kuhn, 1970: 13, 83, 152, 153, 172; Bernal, 1976: I, 415, 417, 424, 427). En los casos colombianos muchos de estos planteamientos ad hoc se derivaron de un análisis preliminar del materialismo histórico –como veremos en seguida–; pero tratando de no dejarse esclavizar por sus conceptos más específicos o por sus definiciones más corrientes, aunque hubo el peligro de que algunos vieran allí un fatal "revisionismo".

14 Kuhn (1970: 149), muestra el peso del aparato conceptual y del vocabulario en la reformulación de relaciones dentro de nuevos paradigmas, con su consecuente aplicación a la realidad. Y otro autor crítico nos recuerda que "los conceptos, al igual que las percepciones, son ambiguos y dependen de las anteriores experiencias de la persona, de su educación, de las condiciones generales del medio" así como del vocabulario y del "idioma observacional" (Feyerabend, 1974: 66, 69, 125-126).

15 Karl Marx, palabras finales a la segunda edición alemana de El Capital, 1973; y Prefacio a la primera edición alemana de El Capital, parte final, 1867. Hay que subrayar que el propósito de Marx era "descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna", en sus propias palabras, y no una ley general o eterna.

16 "Cada frase del desarrollo de la ciencia añade nuevos granos a esta suma de verdad absoluta; pero los limites de la verdad de cada tesis científica son relativos, tan pronto ampliados como restringidos por el progreso ulterior de los conocimientos" (Lenin, 1974: 126-127). Sin embargo, Lenin (inspirado en Engels); no dejó de sostener la existencia de "leyes objetivas" en la naturaleza, como la de las estaciones, pero éstas son más bien procesos causales o necesidades naturales. Las tesis sobre la verdad absoluta y relativa fueron también adoptadas por Mao Tse-tung (1968a: 330).

Sobre la ciencia social crítica

En este limitado esfuerzo por adquirir conocimiento válido y útil a la vez, surgió finalmente otro factor que no era nuevo, sino reiterativo: la dimensión del "hecho" como proceso histórico, en que la realidad es un "complejo de procesos". Reconfirmamos por enésima vez que, en lo social, no puede haber realidad sin historia: los "hechos" deben completarse con "tendencias", aunque éstas sean categorías distintas en la lógica.[17]

Como era de esperarse, las tendencias o procesos aparecían simplemente como actos sucesivos válidos para contextos inmediatos, que podían eslabonarse unos a otros para dar dirección a un cambio y sentido a una transformación social de mayor alcance. Había tendencia en las tomas de tierras, por ejemplo, hacia un desarme a fondo de la estructura latifundista tradicional, y este desafío podía llevar, a su vez, a trastocar los basamentos del poder político local y regional. Siendo que estas tendencias venían del pasado (aunque, evidentemente, otras se iniciaron en estos años de experiencia), su comprensión no era posible sin adentrarse en la historia, y mucho menos se sentía nadie capacitado para proyectarlas al futuro sin entender lo que venia del ayer mediato e inmediato.

La adición definitiva de la historia en este esquema para comprender la realidad objetiva (una convicción que, en verdad, venía de mucho antes, desde los primeros estudios de Saucío en 1955 y Boyacá en 1957), terminó por romper el paradigma normal y la vigencia de la sociología positivista y académica. Ya no parecía posible transformar esta sociología académica, desde su interior, en instrumento revolucionario. La sociología en Colombia se había concebido en términos de los intereses conservadores de clase y de poder social y político de la burguesía dominante: ésta no podía suicidarse intelectualmente con su propio instrumento. En las regiones estudiadas se sentía la necesidad de contar con una sociología que fuese ante todo una ciencia social inspirada en los intereses de las clases trabajadoras y explotadas; se necesitaba de una "ciencia popular" como se definió al comienzo del trabajo, que fuera de mayor utilidad en el análisis de las luchas de clases que se advertían en el terreno, así como en la acción política y proyección futura de las clases trabajadoras como actores en la historia (más adelante volveremos a este punto fundamental).

En esta nueva ciencia social del pueblo y para el pueblo trabajador había necesidad de integrar diversas disciplinas: no era con la sociología sola ni ésta como fundamento general. Era el materialismo histórico, como filosofía de la historia, el que brindaba el punto culminante de la unificación, como se había demostrado en otras épocas y latitudes, por muchos estudiosos competentes[18]. Con el materialismo histórico, como decía Lukacs, se estaba ya en capacidad de "revelar la esencia del orden social capitalista y

17 Plantear los "hechos" puros o simplemente empíricos es cosificar la realidad y abandonar el método dialéctico, sostiene Lukacs (1975: 236-239). Lo correcto es tratarlos como lo hace Rosa Luxemburgo en ¿Reforma social o revolución? donde las tendencias se convierten en hechos, pues éstos en sí mismos "constan de procesos" (Marx, III, I: 316).

18 Siguiendo a Rickert y otros, no consideramos al materialismo histórico como ciencia al mismo nivel de las otras, sino como filosofía de la historia, en lo cual creemos que somos fieles a los propósitos de Marx, quien, como se sabe, sólo habló de los "fundamentos materialistas" de su método de investigación (en realidad la designación no es de Marx sino de Engels); (Rickert, 1943: 185). Véase también Bottomore y Rubel (1963: 35-36); Mandel (1972: 46, 56).

atravesar con los fríos rayos de la ciencia los velos puestos por la burguesía para encubrir la situación de la lucha de clases, la situación real": podía ser al mismo tiempo guía científica e instrumento de lucha (Lukacs, 1975:91).

Las otras disciplinas que en este plano podían integrarse a la sociología y a la historia, eran la economía, la geografía, la psicología, la antropología, la ciencia política y el derecho, hasta llegar a redondear algo que se acerca a lo que se denominaba "economía política" en el siglo diecinueve; pero con los elementos de "teoría crítica" que Marx y Engels, como figuras cumbres, le añadieron en sus obras y en su propia acción política, elementos que retomaron otros científicos sociales, entre ellos algunos miembros de la "Escuela de Frankfurt" en las décadas de 1950 y 1960, asi como marxistas de diversas nacionalidades desde hacía varias décadas. Se esbozaba así una "ciencia social crítica" que no era nueva, pero cuya necesidad actual llevaba a aplicarla con mayor intensidad y dedicación (Mandel, 1974: 61; Mansilla, 1970; Solari, et. al., 1976: 66, 67).[19]

No se logró en un primer momento, por los limitados grupos comprometidos en estos experimentos, articular coherentemente el paradigma alterno de la ciencia social crítica; pero pudieron barruntar aproximadamente por dónde podía andar el nuevo esfuerzo investigativo regional, basándose en experiencias e informaciones anteriores pertinentes de Colombia y otros países. A medida que se avanzaba, se vio que el reto para tales grupos era francamente epistemológico, puesto que había de entenderse a fondo las implicaciones teórico-prácticas y filosóficas de lo que se había llamado, con cierto entusiasmo ingenuo, "investigación-acción". Estas implicaciones y sus consecuencias son objeto de análisis en las secciones que siguen.

La praxis y el conocimiento

El rechazo del positivismo y de las técnicas "objetivas" de investigación inspiradas en el modelo conocido de la integración y el equilibrio social no podía dejar la orientación de los nuevos trabajos regionales en el vacio; esto hubiera equivalido a rechazar la ciencia misma.[20] Había, pues, que sustituir la estructura científica inicial de los trabajos por otra más adecuada a las necesidades reales y a la naturaleza de las tareas investigativas concretas en esas regiones.

En la sección anterior se dieron indicaciones de cómo se fue formando un paradigma científico alterno en el campo de la metodología y en la concepción de la realidad. La adopción del materialismo histórico como guía científica e instrumento de lucha fue un paso en esta dirección. Pero la idea central alrededor de la cual cristalizó lo que pudiera considerarse como base del paradigma alterno, fue la posibilidad de crear y poseer conocimiento científico en la propia acción de las masas trabajadoras: que la investigación social y la acción política con ella, pueden sintetizarse e influirse mutuamente para aumentar tanto el nivel de eficacia de la acción como el

19 Solari, et. al., señalan con justeza la "pobreza de la discusión epistemológica en América Latina"' y la poca atención que prestamos a los aportes de la "Escuela de Frankfurt", especialmente en los años que tuvimos la polémica sobre "ciencia, crisis y compromiso" (1968-1970). En efecto, sólo se leía a Marcuse, mientras que otras obras pertinentes, como las de Horkheimer y Habermas, sólo se conocieron en inglés o español después de1970.

20 Tienden a confirmarse así las tesis generales de Kuhn sobre pautas formativas en paradigmas científicos (Kuhn, 1970: 84-85).

entendimiento de la realidad (Fals, 1976: 55, 58, 66, 67, 73, 74; Fundación Rosca, 1972: 44-50; Stavenhagen, 1971: 339; Moser, 1976: 357-368).[21] Tomando en cuenta que "el criterio de la corrección del pensamiento es, por supuesto, la realidad", el último criterio de validez del conocimiento científico venía a ser, entonces, la praxis, entendida como una unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante.[22]

El descubrimiento de la praxis como elemento definitorio de la validez del trabajo regional no era, de ninguna manera, la base de un nuevo paradigma general en las ciencias sociales nacionales, puesto que ese descubrimiento, como ya se dijo, venía de muy atrás y, en efecto, se había aplicado en diversos contextos, dentro y fuera del país. El "nuevo" paradigma era viejo según otros criterios; lo que faltaba en este caso era conocerlo mejor y abrirle posibilidades adicionales de aplicación en medios y organizaciones sociales y políticas diversas, donde indudablemente se justificaba su adopción.[23]

El punto de partida de esta discusión no fue la primigenia definición aristotélica de praxis como acción o ejercicio para alcanzar la bondad y la justicia en la formación del carácter, sino la que la define como acción política para cambiar estructuralmente la sociedad. Su fuente es el descubrimiento que hizo Hegel de que la actividad como trabajo es la forma original de la praxis humana –que el hombre es resultado de su propio trabajo–, descubrimiento que luego elaboró Marx como "acción instrumental", es decir, como la actividad productiva que regula el intercambio material de la especie humana con su medio ambiente natural.[24] El principio de la praxis original, llevado al campo del conocimiento como relaciones entre teoría y práctica, cristaliza en ocho de las once Tesis sobre Feuerbach (1888), especialmente en la segunda y la undécima. Estas "Tesis" de Marx pueden considerarse, a nivel filosófico, como la primera articulación formal del paradigma de la ciencia social crítica: la comprometida con la acción para transformar el mundo, en contraposición al paradigma positivista que interpreta la praxis como simple manipulación tecnológica y control racional de los procesos naturales y sociales.[25]

21 Véase también la discusión sobre los títulos que puede tener la investigación-acción como nuevo paradigma, presentada por Moser (1976: 357-368).

22 "El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el punto de vista primero y fundamental de la teoría del conocimiento" (Lenin 1974: 133). La cita sobre la realidad proviene de Lukacs (1975: 261).

23 Dentro de las izquierdas colombianas, sólo el Partido Comunista ha tenido una política fija de investigación socioeconómica relacionada parcialmente con sus trabajos; publica Estudios marxistas con textos de sus investigadores-militantes. Agrupaciones socialistas empiezan a hacer lo mismo. Y ha habido estudios pertinentes anteriores de Luis E. Nieto Arteta, Ignacio Torres Giraldo y otros (Causa popular, 1972: 70-71). En este sentido, se ha olvidado con frecuencia que las vinculaciones entre la teoría y la práctica son evidentes para quienes han desarrollado la ciencia y la técnica modernas como bagaje de la burguesía dominante o para la defensa del *statu quo*. Su gama corre desde la izquierda hasta la derecha política: cf. Moser (1976: 366) y sus referencias (Ciark, 1962). Norman Birnbaum recuerda el "Moynihan Report" sobre desarrollismo como un caso de "investigación activa" de este tipo (Birnbaum, 1974: 209)

24 Hegel (II: 622, 657-663, 674-680), establece la relación entre la teleología del hombre y la autofinalidad de la naturaleza que el hombre utiliza en su trabajo. Cf. Mandel (1972: 147).

25 También, "human engineering" a la Kurt Lewin o la "ciencia aplicada" como se ha entendido normalmente. Cf. Habermas (1974: 263-267), sobre "el aislamiento positivista de la razón y de la decisión". Una de las primeras discusiones sobre las "Tesis" como clave de la obra de Marx, y su traducción a una "filosofía de la práctica" (praxis), es la de Gentile 1899, citado por Bottomore y Rubel. Cabe señalar aquí que existe, efectivamente, una "filosofía de la praxis" relativamente desarrollada por

En el contexto concreto del trabajo regional aquí examinado, lo que se llamó "teoría" envolvía pre-conceptos, ideas preliminares o informaciones externas (exógenas) relacionadas a "cosas en sí", procesos, hechos o tendencias que se observaban en la realidad, como viene explicado; y "práctica" quería decir la aplicación de principios o de información derivada de la observación, aplicación realizada primordialmente por los grupos de base, como actores y controladores del proceso, con quienes los investigadores compartían la información y hacían el trabajo de campo. Estos pasos se podían dar en forma simultánea, o siguiendo el ritmo reflexión-acción con acercamientos y distanciamientos de la base, como quedó explicado en la sección anterior. La idea era propiciar un intercambio entre conceptos y hechos, observaciones adecuadas, acción concreta o práctica pertinente para determinar la validez de lo observado, vuelta a la reflexión según los resultados de la práctica, y producción de preconceptos o planteamientos ad-hoc a un nuevo nivel, con lo cual podía reiniciarse el ciclo rítmico de la investigación-acción, indefinidamente.

Aunque no pudieron aplicarse estos principios en toda su extensión por razones diversas (véase más adelante), esta modalidad experimental de trabajo produjo buenos avances así en la acumulación del conocimiento científico de la realidad regional como en la acción política y organizativa (coyuntural) de los grupos de base interesados. Se afianzó así la certeza del principio de la praxis para determinar la validez de los trabajos locales, y las posibilidades de desarrollar allí el paradigma alterno de la ciencia social crítica. Varios ejemplos podrán ilustrar este aserto.

1) La hipótesis del "arma cultural" como elemento movilizador de masas había sido expuesta y aplicada por las organizaciones revolucionarias vietnamitas (entre otras) (Burchett, 1969). En Colombia, esta hipótesis no había sido ensayada en firme ni en grande, en parte por considerar –erróneamente en nuestra opinión– que el "frente cultural", con sus expresiones costumbristas, artísticas e intelectuales, debía tener una baja prioridad en la lucha contra el imperialismo y la burguesía. Con la información preliminar sobre la experiencia vietnamita, se decidió estimular el "frente cultural" en una región donde la música popular tiene gran arraigo. A raíz de estos ensayos se obtuvo la formación de conjuntos que cambiaron la música romántica tradicional para darle un contenido de protesta revolucionaria, lo cual sirvió para la movilización y politización de masas campesinas en esa región. Al mismo tiempo, en el campo del conocimiento, se logró un mayor entendimiento del origen, sentido e historia real de esa música como la concibe el pueblo que la canta e interpreta, y no la burguesía que la baila, y se rompieron algunos esquemas clásicos de la historia cultural nacional sostenidos por intelectuales y artistas de la burguesía.

Lenin, Gramsci, Lukacs y otros, pero que no ha avanzado mucho más allá de las Tesis sobre Feuerbach como criterio de orientación o validación; mientras que no hay como tal una "metodología de la praxis", a menos que ésta se traduzca, como intentamos hacerlo aqui, a elementos de la investigación activa con la orientación del materialismo histórico. Es decir, no alcanzamos a advertir en la idea de praxis ningún elemento que permita convertirla, en sí misma, en una categoría analítica.

2) La hipótesis de la "recuperación crítica de la historia", lleva a examinar el desarrollo de las luchas de clase del pasado para rescatar de ellas, con fines actuales, aquellos elementos que hubieran sido útiles para la clase trabajadora en sus confrontaciones con la clase dominante. El período crítico de 1918 a 1929, cuando surgieron los primeros sindicatos en Colombia, era casi un misterio para los historiadores colombianos, así como para las organizaciones políticas. Este misterio no empezó a revelarse sino cuando una de las principales dirigentes de esa época, Juana Julia Guzmán, ya octogenaria, constató el resurgimiento de la lucha campesina en 1972 y se reincorporó a ella. Antes se había resistido a dar ninguna información a los historiadores burgueses y liberales que se le habían aproximado con ese fin. Con la incorporación de Juana Julia al movimiento campesino se obtuvieron los primeros datos fidedignos sobre el papel del anarcosindicalismo en los primeros sindicatos colombianos y el origen del Partido Socialista del país, datos que fueron publicados en un folleto ilustrado que, por un tiempo, era la única fuente citable sobre este importante desarrollo político en Colombia. Simultáneamente, la recuperación de ese período de luchas y de uno de sus viejos dirigentes dio continuidad histórica y mayor impulso ideológico y organizativo al movimiento regional de "usuarios campesinos" entre 1972 y 1974, para llevarlo a una posición de avanzada que le fue reconocida en todo el país.

3) La teoría de la "lucha y violencia de clases" como una constante histórica, ampliamente conocida, se confrontó en una región colombiana con similares resultados pedagógicos y políticos. Con ella en mente se descubrió que, a principios de este siglo, una diócesis había usurpado las tierras de un resguardo indígena para hacer allí un seminario. La investigación histórica de archivo y notaría sobre este tema –como la local en el terreno– llevó, no sólo a confirmar la teoría y enriquecer el conocimiento de la región y su historia desde el punto de vista de la lucha de clases, sino a proveer al movimiento indígena de las armas formales y del conocimiento ideológico y político necesarios para enfrentarse al obispo y recuperar a la fuerza la tierra, en una gran victoria popular.

En cada uno de estos casos se determinó la validez del conocimiento por los resultados objetivos de la práctica social y política, y no mediante apreciaciones subjetivas (Mao, 1968: 319). Así lo aleatorio quedó circunscrito por la acción concreta y el conocimiento pertinente, es decir, hubo cierto control de desemboque de coyunturas que no hubiera sido posible en otra forma. Estos casos tenían referentes teóricos anteriores o exógenos, algunos de ellos basados en experiencias y reflexiones específicas de otras partes; lo cual no invalida la posibilidad de crear conocimiento absolutamente original, en esta misma forma. De todos modos, es demostrable que en estos casos se obtuvo, y se creó, conocimiento científico en la propia acción de masas, pasando éste a ser patrimonio general de los grupos de base y particular de la ciencia social crítica. Al mismo tiempo, se alimentó la lucha popular con ese mismo conocimiento, recibiendo un impulso importante dentro de las opciones ofrecidas por las coyunturas. De allí que pueda sostenerse otra vez que la praxis tiene fuerza definitoria, y que vincular la

teoría a la práctica en el ámbito del cambio radical o revolucionario no es ni tan difícil ni tan complejo como parece, en nuestro medio.[26]

Queda, sin embargo, un interrogante por resolver a este respecto: el del papel de la organización de base en la obtención y utilización del conocimiento y en la ejecución de la praxis. Sin esa organización no se habría ido tan lejos, ni se habrían obtenido los datos con la profundización necesaria, ni éstos habrían tenido la trascendencia y utilidad política que alcanzaron. Pero esto también dependía del tipo de organización y de la naturaleza de las relaciones establecidas entre los investigadores y las bases, lo cual es el tema de la sección que sigue.

Saber popular y acción política

Si se admite que la praxis de validación, como la concebimos aquí, es ante todo política, la problemática de la investigación-acción lleva necesariamente a calificar las relaciones entre los investigadores y las bases populares o sus organismos con los cuales se desarrolla la labor política. Este es un aspecto fundamental del método de investigación porque, como queda dicho, el propósito de éste es producir conocimiento que tenga relevancia para la práctica social y política: no se estudia nada porque sí. Siendo que la acción concreta se realiza a nivel de base, es necesario entender las formas como aquélla se nutre de la investigación, y los mecanismos mediante los cuales el estudio a su vez se perfecciona y profundiza por el contacto con la base.

En la investigación-acción es fundamental conocer y apreciar el papel que juega la sabiduría popular, el sentido común y la cultura del pueblo, para obtener y crear conocimientos científicos, por una parte; y reconocer el papel de los partidos y otros organismos políticos o gremiales, como contralores y receptores del trabajo investigativo y como protagonistas históricos, por otra. A estos aspectos fundamentales se dedica, necesariamente, el resto del trabajo, más aún tomando en cuenta que son tópicos relativamente poco tratados en la literatura crítica. Pueden analizarse ordenadamente de la siguiente manera:

1. Estudiando las relaciones reciprocas entre sentido común, ciencia, comunicación y acción política.

2. Examinando la interpretación de la realidad desde el punto de vista proletario, según "categorías mediadoras específicas".

3. Estudiando cómo se combinan sujeto y objeto en la práctica de la investigación, reconociendo las consecuencias políticas de esta combinación.

Analizaremos cada uno de estos tres problemas, en lo que toca a la experiencia colombiana objeto del presente estudio.

26 No parece necesario elaborar más este punto. Para el efecto consúltense las observaciones convergentes que al respecto hacen Kuhn (1970: 52, 141 y 147, la distinción artificial entre hecho y teoría; 33-34, la acción simultánea de la experimentación y la formación de la teoría); Habermas (1974: 78-79, la filosofía de la historia como guía de la praxis y el sentido político de ésta); Lukacs (1975: 21-22, punto de partida de la práctica; 263, 347, de teoría de la práctica a teoría práctica); Fichte (1913,1: 79, sobre la práctica y la reflexión); Gramsci (s.f.: 72-74, sobre el nexo teoría-práctica, sus relaciones con el sentido común y el papel de la comunidad científica); Althusser (1973: 36, prioridad de la práctica sobre la teoría y del ser sobre el pensar); y otros.

Sobre el sentido común

Algunas de las investigaciones regionales emprendidas se inspiraron inicialmente en una concepción casi romántica de "pueblo", hasta el punto de inclinarse a ver en las opiniones y actitudes de éste toda la verdad revolucionaria. Esta tendencia obviamente errónea, de creer que "las masas nunca se equivocan", provenía de escuelas políticas en que se había enfatizado la identificación personal del estudiantado y de los intelectuales con las masas, demandando demostraciones palpables del compromiso, tales como callos en las manos, y una forma de vida franciscana a tono con la pobreza de los tugurios y caseríos rurales en que se hacía el trabajo. En la práctica este "masoquismo populista" no llevó a ninguna parte: no era esta la mejor forma de vincularse con las masas trabajadoras, por no ser ni intelectual ni humanamente honesta, y por pecar de un objetivismo extremo que, en el fondo, corresponde a la intelectualidad pequeño-burguesa (Mandel, 1972: 51-61).

Pero, evidentemente, como reacción al intelectualismo académico del que venían muchos investigadores, se quiso probar la potencialidad científica de la vinculación con las bases, creando grupos de referencia constituidos por campesinos, obreros e indígenas (Fals, 1976: 58-61; Gramsci, s.f.: 81). La meta era reducir la distancia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, para que los obreros, campesinos e indígenas no siguieran subyugados espiritualmente a los intelectuales. Se quería estimular sus cuadros más avanzados para que asumieran por lo menos algunas tareas investigativas y analíticas que se consideraban monopolio de los técnicos y de los burócratas.

Como no había plena claridad en cuanto a la orientación ideológica de los trabajos –excepto una idea muy general y algo ingenua de compartir la búsqueda de la conciencia proletaria con las bases–, pronto surgió el celo partidista para hacer ver que este tipo de trabajo de "intelectuales independientes" era "voluntarista", por relegar a segundo plano a los activistas y a los cuadros políticos organizados (investigadores-militantes). Estas dificultades políticas impidieron la realización plena de aquellos principios metodológicos, en estos casos.

La primera inspiración de este tipo de trabajo –quizás no muy bien interpretada– iba en otra dirección que no era la de hacer competencia a los partidos o a sus cuadros: era la de la experiencia pedagógico-política directa con las clases trabajadoras. Su origen era Gramsci y su tesis de que es necesario "destruir el prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por tratarse de una actividad propia de determinada categoría especializada de letrados".[27] Por el contrario, se creía, con él, que existe una "filosofía espontánea" contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias o folklore que, aunque incoherente y dispersa, tiene valor para articular la praxis a nivel popular. Gramsci señalaba como una debilidad mayor de las izquierdas el "no haber sabido crear la unidad ideológica entre los de arriba y los de abajo (como se había hecho en la Iglesia Católica), entre los sencillos y los intelectuales", punto de vista de gran importancia para romper con la tradición académica

27 "Todos los hombres son filósofos" (Gramsci s.f.: 61).

e implementar el compromiso de los intelectuales. Además, para el mismo autor, "toda filosofía tiende a convertirse en el sentido común de un ambiente asimismo restringido (el de todos los intelectuales)", lo cual vino a relativizar el problema y a reforzar la decisión de aquellos grupos de investigadores de vincularse a las bases en las regiones (Gramsci, s.f.: 69-70).[28]

Por supuesto, ni Gramsci ni los investigadores aludidos trataban de introducir una ciencia nueva en la vida individual de las masas. Querían dar utilidad crítica a la actividad ya existente, haciendo que la "filosofía de los intelectuales" tomara en cuenta con mayor fidelidad las realidades encontradas y fuera como la culminación del progreso del sentido común; porque como lo sostiene el mismo Gramsci, el sentido común implica un principio de causalidad serio, que se desarrolla quizás de una manera más exacta e inmediata que la ofrecida por juicios filosóficos profundos o por observaciones técnicas sofisticadas. En esto se registran casos anteriores importantes, basados en la transformación de experiencias cotidianas en conocimiento filosófico o científico: el de Kant, por ejemplo, cuyas interpretaciones newtonianas en su *Crítica de la razón pura* van selladas por una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época (Wright Mills, 1969: 111); o el de Galileo, cuya "teoría del ímpetu" expresada en sus primeros escritos sobre la mecánica (De motu) era la expresión de la opinión común sobre el movimiento, a partir del siglo quince (Feyerabend, 1974: 63, 189).[29]

Veamos cómo se tradujo el principio del sentido común a la realidad del trabajo de campo regional en Colombia, recordando nuevamente la naturaleza experimental y preliminar de esas labores.

Primeramente había que tomar en cuenta el saber y la opinión experimentada de los cuadros y de otras personas informadas de las regiones y localidades. Esto se refería ante todo a los problemas socio-económicos regionales y sus prioridades, en lo cual la confianza de los investigadores fue retribuida con creces. La riqueza factual de la experiencia campesina se reflejó en la organización de acciones concretas, como las tomas de tierras; en la interpretación de la agricultura como técnica y como forma de vida; sobre la adopción de costumbres y prácticas nuevas en el medio tradicional; y sobre la utilización de la botánica, la herbología, la música y el drama en el contexto regional específico. En estas actividades, como en otras, se registraron muchos más éxitos que fracasos, lo cual confirmó la secular convicción sobre las posibilidades intelectuales y creadoras del pueblo.

Luego, había que llegar con ideas e informaciones a las bases e ilustrar o modificar el sentido común para convertirlo en "buen sentido" (Gramsci). Este problema enfocaba la tesis más general del destino del conocimiento.

Por lo que viene explicado, la investigación activa no se contenta con acumular datos como ejercicio epistemológico, que lleve como tal a descubrir leyes o principios de una ciencia pura, ni hacer tesis o disertaciones doctorales, porque sí. Ni tampoco investiga para propiciar reformas, por más necesarias que parezcan, o para el mantenimiento del *statu*

28 En cambio para Fichte la "filosofía popular"' va llena de errores porque no logra "presentar la prueba de las cosas como hechos" y no puede "llegar a comunicarla" (Fichte 1913, II: 46).

29 Al político norteamericano Adlai Stevenson se le atribuye el siguiente pensamiento: "En la gente sencilla hay visión y propósito. Muchas cosas se revelan a los humildes que se esconden a los grandes. Espero recordar las grandes verdades que son tan obvias (entre los sencillos) cuanto que en otras partes se oscurecen" (Time, enero 24 de 1977: 17)

quo. En la investigación activa se trabaja para armar ideológica e intelectualmente a las clases explotadas de la sociedad, para que asuman conscientemente su papel como actores de la historia. Este es el destino final del conocimiento, el que valida la praxis y cumple el compromiso revolucionario.

Como mucha de la información se originaba en el terreno, con las bases, el asunto planteaba la devolución de ese conocimiento a las bases. Esta devolución no podía darse de cualquier manera: debía ser sistemática y ordenada, aunque sin arrogancia. En esto se trató de seguir el conocido principio maoísta, "de las masas, a las masas" (ver nota 11)[30]. También se prestó atención a la experiencia vietnamita sobre la utilización de la cultura popular para fines revolucionarios (Mao, 1968, III: p. 119; Chinh y Giap, 1974: p. 5, 25, 102; Chinh y Giap, 1972: p. 55-58).

El principio de la "devolución sistemática" fue uno de los que más energías desató y más polémicas suscitó, quizás por tocar con elementos obvios que muchas organizaciones gremiales y políticas habían relegado a segundo plano, no obstante su importancia. Porque asegurar la comprensión de lo que uno hace, dice o escribe, puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso en un movimiento político o social. Hasta un filósofo ilustrado como Fichte se preocupó por la comunicación de sus ideas, y no tuvo reparos en "traducir" algunos de sus complicados tratados, para "obligar a comprender al lector", como él mismo dijo, con una "exposición clara como la luz del sol, al alcance del gran público" (1801).

El esfuerzo de comunicarse implica, por lo menos, reconocer las posibilidades de comprensión de nuevas ideas por las bases. Si no todos los hombres son filósofos formales, por lo menos los espontáneos abundan, decía Gramsci. En los casos colombianos, el problema radicaba en cómo llegar a las bases, no con simple información periodística o educacional (con lo que podían ya estar suficientemente bombardeadas) sino con conocimiento científico de la realidad que les creara conciencia de clase revolucionaria y disolviera la alienación que les impedía entender la realidad y articular su lucha y defensa colectiva (Mandel, 1974: 61-69).[31]

Se ensayaron, en consecuencia, actividades diseñadas a romper, aunque fuera parcialmente, la barrera cultural con las bases campesinas, obreras e indígenas. Se trató de ajustar aquellos principios y técnicas de comunicación a la situación colombiana, reconociendo que el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base era bastante deficiente. Se aplicó, pues, la regla ya señalada, de comenzar trabajos al nivel de conciencia política de las bases, para llevarlas sucesivamente al "buen sentido" y a la conciencia revolucionaria de clase. Esta ingente tarea hubo de quedar inconclusa a nivel nacional y regional por diferentes causas, algunas de las cuales se especifican más adelante, la más importante de las cuales fue el hecho de que los investigadores activos, como tales, no podían asumir ningún papel como vanguardia política, aunque hubiese, en efecto, un vacío en este campo.

30 Incialmente el texto se remitía a notas al final. Preferimos nosotros incluir las reflexiones en notas al pie para hacer más ágil la lectura. Remitirse, entonces siempre a las notas al pie. En este caso a la nota 11. [N. de los E.].

31 Este conocimiento científico, evidentemente, es el producido por los investigadores activos y los militantes comprometidos con las bases, según principios metodológicos expuestos en este estudio.

No obstante, la experiencia pedagógico-política pudo desarrollarse en algunos aspectos:

En primer lugar, ante el creciente reconocimiento de la importancia de hacer estudios para racionalizar y hacer más eficaz la acción de los organismos gremiales y políticos, se impulsaron estudios históricos y socioeconómicos regionales (Costa Atlántica, Litoral Pacífico, Cauca, Antioquia, Valle del Cauca). Así se cubrieron temas como el origen del latifundio, la formación de las clases campesinas, historias de comunidades, historias de movimientos populares, la situación actual de la educación primaria, factores de represión y violencia estatal, etc.

Estos estudios se plantearon en consulta con las bases (sus cuadros más avanzados ante todo), tomando en cuenta lo ya dicho sobre la experiencia popular, la determinación de prioridades y metas de los grupos de base, y el control de la información. Así se publicaron, con el acuerdo de las bases y buscando simplicidad de expresión, libros como la *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975), *Modos de producción y formaciones sociales en la Costa Atlántica* (1974), *La cuestión indígena en Colombia*, por Ignacio Torres Giraldo (1975), *María Cano, mujer rebelde*, por Ignacio Torres Giraldo (1973), *En defensa de mi raza,* por Manuel Quintín Lame (1972). *Por ahí es la cosa* (1972) y otros similares.

En segundo lugar, con ayuda de los cuadros más avanzados al nivel local, se prepararon y publicaron textos ilustrados, también de fácil comprensión y lectura, derivados del mismo trabajo de campo (*Lomagrande*, *Tinajones*, *Felicita Campos*, *El Boche*, etc.). Así, las bases eran prácticamente las primeras en conocer los resultados de las investigaciones emprendidas. Para mantener este impulso, se fueron transmitiendo al personal de cuadros, mediante manuales y cursillos, las técnicas y el conocimiento necesarios. A los impresos se añadieron luego materiales audiovisuales, películas de corto metraje ("Mar y pueblo", "La hora del hachero", etc.), filminas, transparencias y, por último, grabaciones educativas y el empleo de conjuntos musicales y dramáticos de las propias localidades.

En tercer lugar, se creó en 1974 una revista nacional de crítica política y oposición, *Alternativa*, para ampliar el contacto con las bases e incluir en éstas a porciones de la pequeña burguesía y clase media colombiana. El fenomenal éxito de esta revista, que llegó a ser, en cinco meses, la segunda en circulación del país con 52.000 ejemplares, indicó que se iba por buen camino, por lo menos en la tarea de politizar los sectores medios. En este intento colaboraron importantes agrupaciones de izquierda. Pero el afán de enfatizar el contacto con los grupos de base campesinos, obreros e indígenas a expensas de los medios, llevó a una sonada crisis pública nacional que no fue nada positiva para las causas que los diversos grupos participantes apoyaban, con la división sucesiva de la revista y su temporal suspensión.[32] Así, la comunicación con las bases en el campo periodístico, ayudó poco a superar la alienación y la ignorancia de nadie para llegar al "buen sentido"

32 El presente autor fue de opinión de organizar dos revistas, una como venia y otra para las bases, en lo que contó con el acuerdo del escritor García Márquez, vocero de la contraparte; pero este arreglo fue rechazado por el nuevo grupo editorial de Bogotá, que había asumido, equivocadamente, una actitud triunfalista. La fórmula intermedia de Alternativa del Pueblo falló muy pronto, a los seis meses. La otra Alternativa (del grupo García Márquez), suspendió temporalmente en diciembre de 1976, luego de un recorrido meritorio como critico de la sociedad y del Estado colombiano. Reanudó la publicación en abril de 1977.

y la conciencia revolucionaria de clase, debido al "canibalismo" desatado y a la confusión sobre los fines de la revista en relación con los intereses de los grupos responsables.

En cuarto lugar, mediante cursillos especiales y el texto vulgarizado *Cuestiones de Metodología* (1974) se fueron dando a los cuadros más aptos técnicas simples de investigación social y económica, puestas a su alcance, para permitirles realizar y continuar indefinidamente sus propios estudios con un mínimo de sistematización y análisis, sin tener que acudir a asesoría o ayuda externa: esto es, se quiso estimular la "autoinvestigación" de la comunidad y resolver, en parte, el problema del control de los trabajos y el "para quién" de la investigación.

Finalmente, como ya se sugirió, para todos los proyectos y niveles se trató de adoptar un lenguaje directo, claro y sencillo para la comunicación de resultados. Esto obligó a revisar conceptos y definiciones, como quedó también explicado, y a combatir el estiramiento científico-académico y la verborragia especializada, lo cual llevó a diseñar formas nuevas de publicación y producción intelectual más abiertas y menos esotéricas y descrestadoras.

En cuanto a los grupos de referencia populares que al principio se habían postulado como alternativas de los académicos e intelectuales, éstos se conformaron por cuadros dirigentes experimentados y de cierta capacidad analítica. Pero su influencia resultó ser más práctica que teórica, más política que científica. Aunque fueron bastante útiles, la discusión estrictamente científica hubo de seguirse realizando entre profesionales identificados con el trabajo investigativo que se estaba adelantando, a quienes se llevaban las impresiones –el sentido común– de las bases.

A pesar de las grandes dificultades encontradas, estas actividades tuvieron a veces desarrollos que, en algunos aspectos, fueron asombrosos. Las dificultades e incomprensiones en su realización fueron ante todo de naturaleza política, y podían haberse previsto al recordar los cargos hechos antes sobre "voluntarismo". Pero la principal dificultad en el manejo e interpretación de estos elementos de educación, comunicación y politización parece que estribó en olvidar parcialmente el proceso dialéctico que la praxis implica, para llevar a las bases populares principios ideológicos y conocimientos ordenadores de su propia experiencia que les permitieran avanzar en la transformación de su mundo.[33] En otras palabras, las bases envueltas en estos trabajos avanzaron ideológicamente, pero no suficientemente, porque la filosofía y el conocimiento resultantes de la investigación activa no se tradujeron, a ese nivel, en un sentido común más ilustrado, ordenado y coherente, en un "buen sentido", que llevara a un nivel de acción política superior al existente. Se logró información para las bases, se obtuvieron datos científicos, se hicieron publicaciones y se impulsaron movimientos; pero el trabajo no cristalizó en organismos superiores o en tareas más ambiciosas de transformación social.

Esta tarea superior fue imposible hacerla a los grupos que ejecutaron la investigación-acción, porque implicaba recursos de organización política

33 De aquí el conocido debate sobre la "inyección ideológica" desde fuera de las bases populares, que resolvió Lenin adoptando la política de intelectuales y cuadros de partido, siguiendo los lineamientos de Marx y Engels sobre la teoría de las clases sociales (V. I. Lenin 1944, I: 121. Cf. Moura 1976: 106-108). Esta política, no obstante, puede enriquecerse con el "diálogo" que sobrepasa las diferencias entre sujeto y objeto e impide la imposición unilateral, de arriba abajo, del nuevo conocimiento o de la nueva ideología (véase la sección siguiente).

y permanencia institucional que no tenían: desde el principio habían quedado sueltos, como cuadros espontáneos. Ni tampoco fue posible articular firmemente esta tarea con los partidos revolucionarios existentes, aunque hubo varios intentos positivos, a causa de desconfianzas mutuas que luego se demostraron irracionales.

Aun así lo poco que se hizo en este campo pedagógico-politico destacó la importancia de entrar al aparato de convicciones de las bases y de sus dirigentes para disponerlos a actuar, y actuar con eficacia: parecía ser una manera pertinente de convertir la "psicología de clase" que se encontraba, en conciencia de clase; el ayudar a transmutar la "clase en sí" en "clase para sí" (Lukacs, 1975: 55, 83, 223, 225; Feyerabend, 1974: 82). Que sepamos, no se ha advertido aún otra forma mejor de convertir el sentido común en conocimiento científico, ni darle los elementos dinámicos necesarios para su propia superación política. En este campo, el reto continúa; pero este reto es, mucho más, para los partidos revolucionarios de izquierda como tales, que para los intelectuales comprometidos.[34]

Sobre la ciencia del proletariado

Cuando se iniciaron los experimentos de investigación-acción en 1970 (como dijimos en la primera sección de este estudio), al rechazar la tradición sociológica positivista y académica se empezó a distinguir entre "ciencia burguesa" y "ciencia del proletariado" a la manera crítica acostumbrada por los intelectuales de izquierda. Era evidente que la interpretación dominante de la realidad y del mundo en Colombia –con su propia ciencia e ideología– era y sigue siendo la de la burguesía, dominio que, desde finales del siglo dieciocho, viene combinando con el triunfo de los movimientos políticos liberales que la revolución industrial hizo posible. Esta observación elemental había enseñado objetivamente que tales interpretaciones de la realidad y del mundo vienen condicionadas por procesos impulsados por intereses de clase, esto es, por fuerzas históricas motoras que impulsan los acontecimientos en la realidad. Así como la burguesía hizo su revolución –incluyendo su ciencia como elemento coadyuvante– podía deducirse que es posible configurar una contrasociedad en la cual la clase social determinante sea aquella opuesta a la dominante, en este caso, y por definición, el proletariado. Es, entonces, fácil concluir que el proletariado como clase también puede desarrollar e imponer su propio sistema de interpretación de la realidad, es decir, su propia ciencia.

Por las experiencias revolucionarias exitosas (la cubana, la china, la soviética, la vietnamita y otras), se sabía que esta ciencia ha de ser concebida para entender las contradicciones del capitalismo y actuar sobre ellas, con elementos ideológicos capacitados para superar a éste. No se conoce hasta hoy otra concepción adecuada para estos fines que la propuesta con base en el materialismo histórico, cuyo desarrollo consecuente, sostenemos, ha sido y es la ciencia crítica. Porque el materialismo histórico, como filosofía de la historia, permite combinar el conocimiento con la acción: él mismo es acción. Al actual proletariado le corresponde, por lo tanto, adelantar la

34 Una posibilidad es estudiar a fondo la interpretación fisiocrática del sentido común como "opinión pública", formada ésta por una reflexión colectiva guiada por filósofos idóneos, y como una aplicación concreta de la praxis (control político y acción social); cf. Habermas (1974: 74-81).

lucha en la cual coinciden la teoría y la práctica, tesis que ya aceptamos como válida cuando estudiamos el concepto de praxis.[35] Cómo definir y determinar este proletariado como actor de la historia, incluyendo en él a los propios intelectuales que hubiesen adoptado la ideología proletaria, fue un problema constante en el trabajo. Pero no se logró resolverlo. Había grupos en el campo y en la ciudad que eran, evidentemente, proletarios objetivos, y con ellos se estableció un contacto muy íntimo. De ellos se quiso reconocer y respetar su sabiduría popular y sentido común, para ver si, por allí, se podía desarrollar su propia ciencia; pero esto no dio resultados palpables. Había, evidentemente, una interpretación campesina y obrera de la historia y de la sociedad, como ésta salía de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral y de sus propios baúles-archivos: era una interpretación distinta de la burguesa consignada en los textos conocidos de historia. Hubo casos estimulantes en que se logró que diversos cuadros campesinos plasmaran por escrito sus concepciones ideológicas nuevas; estos escritos tuvieron un efecto positivo en la politización y creación de conciencia proletaria en otros compañeros, y sirvieron para delinear una "ciencia popular" como se postuló en 1972.

Pero, en general, la voz de las bases tuvo acentos muy tradicionales que reflejaban el peso de la alienación a que los tenía sujetos el sistema capitalista: eran necesariamente personas educadas en, y corrompidas por, la sociedad capitalista. Hasta los cuadros considerados avanzados muchas veces demostraron no tener conciencia clara de su acción en la historia, mucho menos capacidad para articular una interpretación científica de su propia realidad ni proyectarla hacia el futuro.

Así, con característica impaciencia, fueron los investigadores activos y sus aliados intelectuales quienes hubieron de definir lo que querían como "ciencia popular" en contraposición a la burguesa, e inyectar su propia definición intelectual en el contexto de la realidad. Era como buscar un fantasma: a falta de uno, sintieron la necesidad de crearlo. Y el resultado fue una aplicación especial del concepto de inserción en el proceso social, para "colocar el conocimiento al servicio de los intereses populares", como se dijo, y no ante todo derivarlo de las condiciones objetivas del proletariado, como hubiera sido teóricamente más correcto (Marx, 1971: 109, 191).[36] No obstante, se llegó a proponer y aplicar pautas cooperativas de investigación con los grupos proletarios del campo, en que éstos tomaron un papel activo, en la solución de este problema.

En todo caso, ante la dureza de este problema real, los fundamentos de la orientación y validación del trabajo de campo y de la búsqueda científica siguieron siendo los del materialismo histórico y la praxis que éste implica. Como el materialismo histórico era patrimonio casi exclusivo de los investigadores activos e intelectuales comprometidos, éstos no tuvieron otro camino que compartirlo y difundirlo en la base como ideología, lo cual llevó a adoptar como "categorías mediadoras específicas" las que de manera clási-

35 Lukacs ha definido las funciones ideológicas del materialismo histórico como arma del proletariado: juzgar el orden social capitalista y revelar su esencia, como señalarnos antes. En estas circunstancias, "el conocimiento lleva sin transición a la acción" (Lukacs, 1975: 90-91).

36 "A medida que la lucha del proletariado toma forma con mayor claridad (los teóricos) no tienen más necesidad de encontrar una ciencia en sus propias mentes; sólo tienen que observar lo que ocurre ante sus ojos y hacerse sus vehículos de expresión", para llegar a ser "ciencia revolucionaria", (Marx 1971: 109,191).

ca se exponen como postulados generales del marxismo. En esta forma, lo que se llamó "ciencia popular" tuvo que ser un calco ideológico de algunas tesis generales del materialismo histórico como se han desarrollado en diversos contextos y en diferentes formaciones sociales, es decir, se cayó en la más grande forma histórica del dogmatismo, que es la mimesis.[37]

Esta transferencia de conceptos y categorías dadas resultó acertada en algunos aspectos y desacertada en otros. En la práctica no se sintió que se hubiera enriquecido ninguna "ciencia del proletariado", porque lo que se anticipó como "ciencia popular" no alcanzó, por aquel dogmatismo, a reflejar fielmente las realidades objetivas encontradas y, a veces, las distorsionó u oscureció, como ocurrió en las discusiones sostenidas entre los investigadores y con otros, sobre el papel y funciones de la vanguardia revolucionaria, el dogma de los cinco modos de producción, la supervivencia del feudalismo en Colombia y su relación con la formación social, el determinismo económico y la caracterización de la sociedad, que más que todo parecieron ser diálogos de sordos.

Un resultado ambiguo como éste podía haberse previsto: la condición histórica y social de las masas colombianas parece que no da aún para formar y enriquecer el complejo científico y cultural propio de los intereses de las clases trabajadoras (frente a los de la burguesía) como acto de un sujeto histórico capaz de producir el futuro anticipando el resultado, es decir, capaz de ver y entender la realidad concreta del presente y construir así, conscientemente, su propia historia. No había que hacerse ilusiones sobre el material humano real con el que se contaba (aunque se tendía a idealizarlo), y las opciones de lo aleatorio quedaban demasiado condicionadas por el sistema tradicional: la revolución, en efecto, no es cosa de un día, y las fallas humanas de las bases y sus cuadros no dejaron de hacer su costosa irrupción.[38]

Así, la experiencia de búsqueda de una "ciencia del proletariado" quedó inconclusa y sin respuesta, en espera de que sucesivos intercambios, contactos y esfuerzos educativos disminuyeran el efecto de la ignorancia y la alienación tanto en el proletariado como en los intelectuales, para permitirles dar el salto cualitativo que les capacitara a todos para construir ese futuro y esa ciencia, y para liberarlos políticamente.[39] De allí la renovada responsabilidad de aclaración y crítica que les compete a los cuadros revolucionarios contemporáneos en la praxis porque, como lo señala Hobsbawm, si los intelectuales no son necesariamente decisivos, tampoco sin

37 Según lo concebido por Platón; cf. Lukacs (1975: 261). "Sobre categorías mediadoras específicas", Lukacs (1975: 201).

38 Este es tema para otro estudio. El presente autor trabajó bajo el supuesto de que puede crearse una conciencia y una moral revolucionarias que determinen el uso del dinero y otros recursos materiales necesarios para las tareas. Mucho de la critica que se hizo al efecto corruptor del dinero, la ayuda externa, etc., tuvo visos de moral pequeñoburguesa con elementos de falsa o mala conciencia, como se hizo ver, inútilmente, en repetidas ocasiones (Fundación Rosca, 1976: 39-45). Estos experimentos en investigación-acción fueron apoyados económicamente por una gran diversidad de instituciones que iban desde las cívicas de países neutrales o socialistas (como el SIDA de Suecia) hasta la campaña Solidaridad de Holanda y el Comité Nacional de Auto-Desarrollo de los Pueblos, de Estados Unidos. Ninguna de estas instituciones impuso condiciones al uso de los fondos recibidos.

39 Es posible desarrollar dirigentes maniatas de base, si seguimos la experiencia de Gramsci, que estipula "trabajar para promover élites de intelectuales de nuevo tipo surgidos directamente de las masas, que permanezcan en contacto con ellas para convertirse en el núcleo básico de expresión" (Gramsci, s.f.: 81). Mandel (1974: 63-67), y su tesis sobre los "obreros avanzados"; Fals Borda (1975: 46).

ellos podrán las clases trabajadoras hacer la revolución, mucho menos hacerla contra ellos (Hobsbawm, 1973: 264, 266).[40]

Sobre el sujeto y objeto de conocimiento

Como hemos visto, el paradigma de la ciencia social critica estipula que la diferencia entre sujeto y objeto puede reducirse en la práctica de la investigación. La experiencia colombiana de investigación-acción tiende a comprobar esta tesis que, en verdad, no es nueva: ya Hegel había explicado cómo, en la idea de la vida, el dualismo de sujeto y objeto queda superado por el conocimiento, en una síntesis que se logra al reducir el segundo al primero (Hegel, II: 671-674).

En consecuencia, el trabajo de campo en las regiones colombianas estudiadas no se concibió como mera observación experimental, o como simple observación con empleo de las herramientas usuales (cuestionarios, etc.), sino también como "diálogo" entre personas intervinientes que participaran conjuntamente de la experiencia investigativa vista como experiencia vital, utilizaran de manera compartida la información obtenida, y prepararan y autorizaran la publicación de los resultados en forma táctica y útil para las metas de los movimientos involucrados[41].

Este entendimiento entre personas de distinto origen, entrenamiento y, muchas veces, clase social, tuvo lugar cuando aquella que se consideraba mejor preparada modificó la concepción de su papel –sea como cuadro o como investigador– y adoptó una actitud de aprendizaje y de respeto por la experiencia, el saber y la necesidad de la otra, alistándose al mismo tiempo para dejarse "expropiar" su técnica y conocimiento. Esta actitud comprensiva tuvo consecuencias políticas positivas, como se constató en el terreno. En efecto, cuando quiera que se tomó en cuenta el nivel real de conciencia de la situación encontrada (que tenían los miembros de las comunidades de base) como punto de partida para la acción, y no el nivel del cuadro mismo, cuya conciencia podía estar mucho más adelantada que la de las bases, se evitaron errores políticos por exceso de activismo o por ignorancia[42]. Además se trató de evitar también (no siempre con éxito) decisiones

40 Es cuestionable si en otros países, aun en algunos desarrollados, la situación ideológica del proletariado sea mejor que en Colombia. El desempeño histórico del proletariado en los países capitalistas avanzados, como se sabe, es una de las paradojas más agudas del marxismo actual, aun tomando en cuenta que en Europa aparecieron obreros-filósofos de categoría, como Joseph Dietzgen, a quien alabó Marx y de cuyos escritos tomó Lenin algunas de sus principales concepciones ideológicas. El marxismo ha sido allí más bien un movimiento de la alta intelectualidad, desde finales del siglo diecinueve, cuando empezó a imponerse en los medios académicos y científicos; cf. Bottomore y Rubel (1968: 44-63); Colletti (1976: 54, sobre la transformación de Lukacs de ideólogo revolucionario en profesor universitario).

41 El concepto de "diálogo" tiene dimensiones revolucionarias en este tipo de contacto, como lo expone Freire (1970: 83-84). Supone descubrir la realidad objetiva y crear conciencia sobre la situación para eliminar la opresión; véase también la opinión de Gramsci (c.f.: 89-91) sobre la relación pedagógica. Experiencias pertinentes en educación de adultos son hoy materia de reflexión, como el "participatory research" (Convergence, 1975: 24-78).

42 En esta forma podría interpretarse la organización de lo que se llamó "baluartes de autogestión campesina" en Colombia, como parte de la Organización de Usuarios Campesinos; (véase Fals 1976: 143-144). Recuérdese también el consejo de Mao Tse-tung a sus "trabajadores de la cultura": "En todo trabajo que se realice para las masas, se requiere partir de sus necesidades y no del buen deseo de un individuo... He aquí dos principios: uno, las necesidades reales de las masas, y no necesidades imaginadas por nosotros, y el otro, los deseos de las masas y las decisiones que toman ellas mismas, y no las que tomamos nosotros en su lugar" (Mao, 1968b, III: 186-187)

unilaterales o verticales que podían oler a paternalismo y que, de pronto, habrían podido ser formas nuevas de explotación intelectual y política de las masas, formas que se querían combatir a todo trance.

La investigación así concebida –que era, en parte, "autoinvestigación"–, llevó a una división del trabajo intelectual y político que tomó en cuenta los niveles de preparación, tratando de evitar discriminación o arrogancia en los cuadros. Por ejemplo, el análisis cuantitativo lo ejecutaba un cuadro avanzado, mientras que la entrevista directa, la grabación con ancianos, la búsqueda de documentos y retratos antiguos en los baúles familiares, o la fotografía, podían realizarlas otros menos entrenados. Lo principal en estos casos fue la plena participación de los interesados en el trabajo, y el conocimiento y control de la investigación y sus fines por parte de todos, especialmente por la organización gremial, en estos casos. Así se procedió en el terreno, con resultados que sobrepasaron toda expectativa. En muchas situaciones motivadas por la naturaleza de las luchas que se vivían, no habría sido posible adelantar estudios ni ganar conocimiento sino en esta forma "dialógica" en la que se disminuían las diferencias entre el sujeto y el objeto de la investigación.

Como los estudios que se realizaron en esta forma no eran simples ejercicios intelectuales sino que iban condicionados a la práctica política mediata o inmediata, no podían verse sólo como producto de una síntesis entre sujeto y objeto. Había que verlos como un entendimiento entre sujetos y objetos activos que compartían la experiencia dentro de un mismo proceso histórico, en el fondo, actuando como un solo sujeto. Por lo tanto, había que plantearse el problema del sentido de la inserción que se realizaba en el proceso histórico, como efecto político sobre las masas y sobre sus propios organismos.

En general, la experiencia colombiana dejó entrever que es posible realizar este tipo de estudio-acción por investigadores aislados cuando van en función de intereses objetivos de las bases o de sus gremios; pero que, obviamente, su efecto político cae en el vacío cuando el trabajo no es convergente con los de partidos u organizaciones políticas, o cuando no está directamente auspiciado e impulsado por éstas con sus investigadores militantes. En vista del peligro que esta indefinición podía representar, cuando quiera que los investigadores activos se apartaron de esta regla hubo acusaciones de "espontaneísmo", y el celo partidista con frecuencia agudizó situaciones o autorizó la persecución, la macartización y el "canibalismo" a los cuadros e investigadores que se consideraban responsables.

Este choque producido por el sectarismo partidista, por una parte, y por el afán espontáneo e individual de participar en el proceso revolucionario, por otra, creó presiones para responder al impasse políticamente, es decir, para que los investigadores se constituyeran a su vez en grupo político. Pero, aunque se dieron algunos pasos en este sentido, a la larga no fue posible hacerlo por diversas razones: 1) las diferencias sobre el enfoque de aparatos de comunicación (especialmente la revista Alternativa), llevaron a una dramática escisión en tales grupos, con efectos públicos adversos; 2) las bases campesinas y obreras se afectaron también por una división interna que agudizó contradicciones relacionadas con interpretaciones tendenciosas y personalistas sobre el trabajo regional y el origen económico de los aportes (ver Nota 37); 3) en el momento de la decisión, algunos optamos por inclinar la balanza y guardar la distancia enfatizando el papel

del científico comprometido dentro del proceso y no el papel del político pragmático y calculador que podían exigir las circunstancias. De cualquier manera, tales dilemas y tentaciones simplemente confirmaron la importancia básica, también ya aceptada, que en estas actividades teórico-prácticas tiene la organización, para desarrollar toda la potencialidad revolucionaria.

Sabido es que, desde el punto de vista de los principios ortodoxos del marxismo-leninismo, "la organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica" (Lukacs, 1975: 312; Gramsci, s.f.: 76; Mandel, 1974: 61). Por lo tanto, la organización es la que debería disponer, en últimas, cómo ejecutar la investigación, cuándo y con quiénes: pues es la que controla opciones en lo táctico y juega con lo aleatorio del cambio en las coyunturas. Tal tesis es válida para aquellas organizaciones no fetichistas que conceden importancia a la investigación, porque aplican correctamente el principio leninista de que "sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria", y el maoísta de que "quien no ha investigado no tiene derecho a opinar" (Mao, 1968b: 9; Colletti, 1976, Parte II). Sin embargo, en el caso colombiano, se sentía muchas veces que no había mucho más que un reconocimiento ritual a tales principios, y que casi todas las energías y los recursos organizativos se dedicaban a la acción directa. Semejante solución, aunque respetable desde muchos puntos de vista, no parecía conveniente para el proceso revolucionario en general, especialmente en sus aspectos estratégicos de formación de una contra-sociedad fuerte y convencida. Pero el proceso fue enseñando: los sucesivos golpes de un enemigo de clase mejor informado por el estudio y la investigación científica llevaron a algunos de aquellos grupos activistas y partidos a reconsiderar su posición. En estos casos, la experiencia en el proceso condujo en Colombia a formas más maduras de mediación entre la teoría y la práctica, que ya no pueden ignorar los principios metodológicos de la investigación-acción y la ciencia social crítica, como aquí se han esbozado.

El adentrarse en el saber popular y el intercambio con la experiencia de base sobresalen así como necesidades tácticas. El sentido común y la formación de una opinión pública basada en la conciencia de clase y consciente de su verdadera historia, son elementos a considerar seriamente, por las posibilidades que ofrecen de crear y enriquecer una eventual ciencia del proletariado. La comprensión dialéctica de sujeto-objeto en la praxis va al corazón de este problema, por cuanto toma en cuenta el desarrollo social y político de las masas.

Como ya se sabe, sin las bases organizadas no es posible el cambio revolucionario y la construcción del futuro; ni tampoco sin ellas es posible la adquisición del conocimiento científico necesario para tareas tan vitales. Pero este conocimiento sigue siendo, mal que bien, la responsabilidad de los científicos. Evidentemente, serán científicos más consecuentes, eficaces y productivos, si mantienen el equilibrio, el ritmo y la dialéctica de esta oposición, y si la organización política les estimula, acoge y respeta como tales.

Reflexiones sobre la aplicación del método de estudio-acción en Colombia[1]

La vinculación entre la teoría sociológica y la práctica social y política ha venido recibiendo una mayor atención tanto por científicos como por políticos. Este antiguo problema, tan estudiado por los clásicos de las disciplinas sociales, vuelve hoy a la palestra por razones obvias.

En Colombia, varios grupos lo han venido planteando y, en algunos casos se han puesto a prueba principios generales pertinentes.

Entre estos grupos se encuentra la "Rosca[2] de Investigación y Acción Social", una fundación sin ánimo de lucro creada el 29 de diciembre de 1970 según las leyes colombianas.

La Rosca es una iniciativa de sociólogos, antropólogos, economistas o historiadores colombianos que han querido buscar salidas nuevas y más eficaces a las ciencias sociales, que desean tener esa rara oportunidad de poner en práctica las ideas que se exponen en las aulas o en los libros, o involucrarse en la realidad de los procesos sociales de base. Oficialmente, según sus estatutos, la Rosca pretende "realizar trabajos y buscar nuevos métodos de investigación y acción social, destinados a aumentar la eficacia de la lucha por la justicia y la autonomía, en Colombia; estimular la adopción de una perspectiva propia, para el estudio de la realidad nacional y para la actividad social, política y económica; y promover la dinamización de la cultura popular necesaria para este esfuerzo simultáneo de construcción científica y cambio social".

1 UNESCO – FLACSO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura – Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – UNESCO) SIMPOSIO SOBRE POLÍTICA DE ENSEÑANZA E INVESTIGACIONES EN CIENCIAS SOCIALES. Lima, Perú, 19-24 de Marzo de 1972.

2 La palabra "rosca" es un colombianismo que tiene diversos sentidos en los países latinoamericanos, de allí que sea necesario el explicar lo que aquí se quiere dar. Originalmente, "rosca" se derivó de "rosquilla", término usado en la Edad Media según Cejador y Frauca, para indicar un tipo de plan en forma circular. Es un término que no viene del latín ni del griego, sino más bien del catalán, quedando incorporado tardíamente al Diccionario de la Academia de la Lengua probablemente durante el siglo XIX. En Colombia aparece, en el sentido de "enroscarse" circularmente como lo señaló Rufino José Cuervo en sus "Apuntaciones", pero sin indicar nada derogatorio como ahora se estila (camarilla, trinca, trenza, etc). Lo más cercano a su sentido original, en el habla popular se encuentra en la palabra "corrosca" (un sombrero de paja) que registra el mismo Cuervo como puro bogotano. Se quiere ahora rescatar el sentido original de esta palabra volviendo a su clásica acepción como CIRCULO, en nuestro caso, un círculo de personas colocadas en pie de igualdad que se identifican con un mismo ideal de servicio y trabajo con el pueblo.

Siguiendo las instrucciones para este Simposio, la presente descripción trata solamente los antecedentes conceptuales que llevaron a la constitución de la Rosca, los métodos principales de investigación y acción que se han aplicado hasta hoy, y las implicancias científicas y teóricas que esta labor tiene. Sobra decir que la crítica a esta labor –como la autocrítica– es necesaria, y que la Rosca la espera con espíritu positivo y con agradecimiento.

Antecedentes conceptuales: en busca de un método

Uno de los hechos iniciales de la constitución de la Rosca, fue su origen intelectual, de pequeño burgués, pero con la característica de haber adquirido una mayor conciencia de la necesidad de transformar básicamente la sociedad en vista de la coyuntura política existente. Para ello, fue necesario que adoptáramos una mente abierta a lo que habíamos de aprobar de las nuevas experiencias en que nos embarcaríamos, y pautas modestas, pero efectivas en el quehacer científico.

Esta actitud básica de búsqueda y descubrimiento al mismo tiempo, era lo que en su día, y desde antes, se denominaba "compromiso". Este concepto –que se debatió bastante en innumerables círculos literarios y científicos[3]– nos sirvió como ariete para romper los moldes científicos o intelectuales en que nos sentíamos constreñidos. El compromiso, también en esa época, llevaba a replantearnos el problema del método investigativo y la orientación del conocimiento científico.

Estos ya no serían objeto de simple curiosidad erudita, ni serían más trompetas apocalípticas para despertar a las clases dirigentes e inducirlas a ser más responsables ante la crisis que ellas mismas provocaban, sino que se pondrían al servicio de una causa política popular concebida en colaboración con las mismas masas, como un esfuerzo de contención a la dominación imperialista y a la explotación oligárquica tradicional a quienes podía imputarse buena parte de esa crisis.

En esos momentos de reorientación intelectual y política, las técnicas de investigación conocidas más cercanas a lo que queríamos realizar eran las que en antropología y sociología se conocen como "observación por participación" y "observación por experimentación" (Participación-intervención) que implican ciertamente el envolvimiento personal del investigador en las situaciones reales, y la interferencia de éste en los procesos sociales locales. Pero de pronto se vio que estas técnicas quedaban cortas ante las exigencias de vincular el pensamiento a la acción fundamental necesaria.

Luego, hacia 1969 apareció el concepto de "inserción" que hizo avanzar el nivel de envolvimiento del científico social (y natural) dentro del nuevo compromiso revolucionario que se vislumbraba[4].

Sirvió entonces como un reto para implementar el compromiso o impulsar los intelectuales a la línea de acción, ya con un marco metodológico un poco más claro. Constituyó así lo que a veces se define como un "broakthrought", o impulso definitorio que abre nuevas perspectivas.

3 Véase un recuento en Fals Borda, O. (1971) (2 ed.). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México: Nuestro Tiempo. La polémica se ha extendido en la sociología a casi todas las ciencias sociales, especialmente la antropología y la politología. Se desarrolló hoy en muchos países occidentales, y con particular intensidad en los Estados Unidos, Alemania y Francia.

4 Ibid. pp. 53-60.

En el caso de la Rosca, seguramente, la inserción sirvió para definir a más de uno a decidirse por su conformación y para ayudar en la búsqueda de la especificidad de su labor. Como modalidad de trabajo teórico-práctico no era ninguna novedad, ya que se venía recomendando y aplicando por diversos marxistas, notablemente por Lenin, Kao Y Giap –en sus propios términos– al referirse al "observador-militante"[5]. El observador-militante traduce a la realidad el compromiso y aplica la inserción, de allí que su concepción sea básica en este contexto.

Inicialmente, la inserción se concibió como un paso que implicaba no sólo combinar las dos técnicas clásicas de observación ya mencionadas, sino ir más allá para ganar una visión interior completa de las situaciones y procesos estudiados, y con miras a la acción presente y futura. Esto implica que el científico se involucre como agente dentro del proceso que estudia, porque ha tomado una posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no sólo de la observación que hace sino del trabajo mismo que ejecuta con las personas con quienes se identifica[6].

En otras palabras, la inserción se concibe como una técnica de observación y análisis de procesos y factores que incluye, dentro de su diseño, la militancia dirigida a alcanzar determinadas metas sociales, políticas y económicas. Se aplica por observadores militantes con miras a llevar a cabo, con mayor eficacia y entendimiento, cambios necesarios en la sociedad. Al mismo tiempo la inserción incorpora a los grupos de base como "sujetos" activos –que no "objetos" explotables– de la investigación, que aportan información e interpretación en pie de igualdad con los investigadores de fuera. Así, el compromiso viene a ser total y franco entre éstos grupos.

Como puede observarse, esta concepción de la inserción lleva consigo dos determinantes; 1º la de constituir una experiencia esencialmente intelectual –de análisis, síntesis y sistematización– realizada por personas involucradas en los procesos como cuadros comprometidos a varios niveles de preparación y estudio (observadores-militantes) y 2º la de ceñirse a diversos modos de aplicación local según alternativas históricamente determinadas. En esencia, éstas técnicas vienen a constituir un método especial, el método de estudio-acción, cuyo objeto es aumentar la eficacia de la transformación política y brindar fundamentos para enriquecer las ciencias sociales que coadyuven al proceso.

Ha habido alguna convergencia en la aplicación de estos principios en varios países (según información parcialmente recogida), pero todavía queda mucho trecho por andar para lograr la sistematización del concepto de inserción y el perfeccionamiento del método de estudio-acción. No obstante, todos los que los han ensayado concuerdan en la importancia teórico-práctica de los mismos.

En los casos colombianos, la aplicación en el terreno del método de estudio-acción, con las técnicas de inserción, permite distinguir dos dimensiones, como se explica a continuación.

---

5 En Mao esta técnica –que contribuye a la teoría del conocimiento– se expresa en su principio "de las masas a las masas"; véase sus *Obras escogidas*, Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, (1968, III, Pág.119). De Lenín puede consultarse diversas obras, especialmente *¿Qué hacer?*. Otro autor notable, antiguo profesor de historia, es Nguyen Giap, de quien puede leerse sus investigaciones campesinas en Vietnam y otros ensayos.

6 Fals Borda, op.cit., Pág.58.

La primera dimensión del método

Como quedó dicho, fueron los profesionales (especialmente los científicos sociales, aunque se observaron casos entre los de las ciencias exactas y naturales) quienes se plantearon primero la necesidad de la inserción al proceso histórico en varios niveles, especialmente el local o comunal, como forma de romper moldes de explicación y acción inadecuados. Este fue uno de los puntos de partida de la Rosca. Para el efecto, algunos abandonamos los recintos universitarios o pusimos en cuarentena los marcos de referencia de la ciencia ortodoxa y parcelada transmitida por la universidad tradicional (la inspirada por Scheler y traída luego a nosotros, la especializada y departamentalizada en intereses creados académicos). Salimos al terreno entonces a constatar teorías con hechos, a descartarlas si era el caso, a ensayar la interdisciplina, a reformular conceptos y a trabajar con las bases.

Nuestro objetivo ha sido colocar nuestro pensamiento o nuestro arte al servicio de una causa. Esta causa es, por definición, una transformación fundamental, que es la que exige de toda persona la acción válida y el compromiso consecuente. Este compromiso nos lleva, como profesionales: 1° a producir ciencia y cultura como natural emanación de nuestra conciencia social, con una moral nueva, sin pensar en contraprestaciones y ventajas egoístas; 2° a elegir temas y enfoques adecuados a nuestra conciencia de los problemas y a concederles prioridad; 3° a determinar "grupos claves con los cuales comprometernos y de los cuales aprender; y 4° a actuar con consecuencia. La determinación de grupos claves –aquellos de la base como se explica enseguida– nos ha llevado igualmente a cambiar nuestro "norte" intelectual para desplazar a los grupos de referencia profesional que habíamos aceptado en los medios universitarios del país, y de los centros académicos euronorteamericanos.

Ya no se cita a éstos –así sean de derecha o de izquierda– como autoridades finales o inapelables. Ahora los grupos claves de base son nuestros grupos de referencia, lo cual ha implicado: a) que los trabajos se conciban directamente con ellos y sus órganos de acción; b) que la producción intelectual y técnica sea primeramente para ellos y en sus propios términos, es decir, escrita con los grupos de base (en el caso del científico, éste se deja "expropiar" sus conocimientos técnicos y herramientas por los grupos de base para dinamizar el proceso histórico); c) que se establezca un nuevo "idioma" mucho más claro y honesto que el acostumbrado en la ciencia sofisticada de salón de clase; y d) que los conceptos e hipótesis emergentes encuentren su confirmación o rechazo, no en los esquemas teóricos de "grandes pensadores" de la ciencia universal" (que en este sentido no puede existir porque la que así se considera, no es sino parte del aparato de dominación impuesto por países avanzados sobre nosotros), sino en el contacto con la realidad y en la confrontación con los grupos de base, al revertir hacia estos grupos el conocimiento que ellos mismos han suministrado.

Los grupos claves mayormente estratégicos para la transformación revolucionaria en Colombia (como los de vanguardia) se encuentran entre las clases explotadas, urbanas y rurales, es decir, en las capas conformadas por aquellos que trabajan en el proceso de producción. Cuales concretamente, depende de las circunstancias regionales o históricas, lo cual implica una búsqueda flexible e intensa. Hemos observado cómo la labor ha llegado

más lejos y ha sido más útil cuando se ha realizado por sectores populares. Así, se está estudiando y trabajando entre grupos campesinos organizados, entre obreros, entre indígenas y negros, con elementos marginados de tugurios, y con otros grupos del proletariado y hasta el lumpen proletariado, en la ciudad y en el campo.

Esto no quiere decir que hayamos entrado como intelectuales a las clases trabajadoras para desempeñar las tareas específicas de éstas, sino que hemos tratado de adoptar la ideología de la clase proletaria dentro del conjunto de relaciones sociales, rompiendo nuestra identificación con las clases opresoras de diferentes maneras o en distintas modalidades.

En consecuencia, ahora las decisiones sobre investigación y acción no pueden tomarse unilateralmente por nosotros, ni de arriba hacia abajo, ni desde nuestros bufetes, sino conjuntamente con los grupos claves actuales o en potencia que son nuestros nuevos grupos de referencia.

Esta participación de las organizaciones de base plantea a la Rosca –y a los intelectuales en general– problemas teóricos y prácticos que llevan a una concepción diferente de la ciencia y la investigación, como se discute más adelante.

Técnicas de inserción por profesionales

Como queda dicho, el acercamiento a las clases trabajadoras o explotadas ha sido con el ánimo de aprehender la realidad en su propia función y en razón de necesidades y urgencias históricas. Este es el compromiso consecuente que lleva a la acción válida y al estudio pertinente y necesario. No obstante, ha habido modos en la aplicación de la inserción llevados a cabo por la Rosca y grupos distintos a ésta, motivados por ideologías políticas a veces divergentes, y por alternativas especiales. Examinémoslas:

l. Cuando no se tiene el compromiso consecuente con las urgencias revolucionarias y se aplican técnicas semejantes a las descritas, resulta una inserción desenfocada que lleva: primero a la deformación profesional por la manera como se emplea, remunera y manipula a los investigadoras o cuadros dentro de los programas de trabajo; y segundo al conservatismo, reformismo o desarrollismo, por la búsqueda consciente e inconsciente de fórmulas de continuidad del *statu quo* o de preventivos para la contra insurgencia. El conocimiento así adquirido no lleva sino a la evolución ordenada, el paliativo adecuado, la modificación parcial o el parche temporal, prácticas que, como ya se sabe, no corrigen las injusticias reinantes, ni ponen en entredicho sus causas, ni enriquecen la ciencia social comprometida con cambios fundamentales.

Esta técnica, que en Colombia se ha aplicado en regiones rurales, es parecida a la que los antropólogos clásicos han llamado intervención (participación-intervención) y, en efecto, puede ser lo más cercano a la inserción que ofrecería la antropología tradicional. La técnica de la intervención puede ser, así, consecuencia de desenfoques en el compromiso científico coyuntural de los intelectuales que la practican, lo cual crea, a su vez, confusiones al nivel popular.

2. Otra técnica de inserción es la llamada activación, cuya aplicación, hasta el momento, ha tenido afectos dudosos en la articulación real de las masas al proceso revolucionario, aunque ésta haya sido la intención. La activación

se basa en la hipótesis de que cuanto más estratégico sea el cambio propuesto en una sociedad, mayor será el conflicto que genere.

De allí que el activista investigue contradicciones específicas en una comunidad y se inserte en ella, esperando generar conflictos. Procede entonces por etapas, desde un nivel inferior hasta otro teóricamente superior, adoptando un papel de mecánico de las fuerzas sociales que cree estar entendiendo.

Hasta ahora lo ocurrido indica (como en casos promovidos por una organización política en Colombia) que el activista logra fomentar, en verdad, algunos de los conflictos teóricamente postulados; pero no los consigue proyectar a la estructura de clases existentes debido a las limitaciones del marco de referencia que ha empleado (muy confuso a veces), ni logra que las gentes alcancen el nivel adecuado de conciencia política para asegurar la continuidad autónoma del proceso que ha iniciado. Muchas veces el cuadro se hace expulsar de la comunidad sin que esta se hubiera organizado realmente para la lucha, dejando una imagen y una información defectuosas sobre lo que es este proceso. Por eso, este tipo de inserción, en las circunstancias descritas, no ha sido aconsejable.

3. Cuando se estudia y trabaja en regiones y comunidades con ánimo de determinar puntos reales de partida, para reivindicaciones que puedan llevar a sucesivos esfuerzos en la lucha por la justicia, hasta llegar al conflicto de clase (luchas cívicas, salariales, por la tierra, obras públicas, escuelas, puestos de salud, etc.,) se realiza una incentivación o agitación táctica. En este caso se determinan por la investigación incentivos parciales que utilizan diversos elementos de la localidad, así humanos, como materiales e históricos. Los incentivos provienen de problemas que las comunidades experimentan, así sean ellos institucionales o grupales. La Rosca ha realizado este tipo de inserción con observadores-militantes. En otras entidades éstos se identifican como "investigadores agitadores" cuya función es esencialmente la misma.

Una modalidad de esta técnica es la que puede denominarse recuperación crítica. Se hace recuperación crítica cuando, a partir de una información histórica y de un reconocimiento de corte seccional adecuado, los observadores-militantes llegan a las comunidades para estudiar y aprender críticamente de la base cultural tradicional, prestando atención preferente a aquellos elementos o instituciones que han sido útiles para enfrentarse, en el pasado, a los enemigos de las clases explotadas. Una vez determinados esos elementos, se procede a reactivarlos para utilizarlos de manera similar en las luchas de clases actuales.

Así se recuperan para el esfuerzo revolucionario, y se ponen a tono con organismos de lucha más abiertos y decididos, a los que habría que apoyar en un momento dado dentro de la estrategia general antiimperialista y antioligárquica.

Ejemplos de prácticas tradicionales o instituciones recuperables de esta clase –en la experiencia de la Rosca– son: el resguardo de indígenas, el cabildo, el cambio de brazos, la "guachinga", la "tiradera" y la "mina" (expresiones culturales y económicas del campo colombiano). En esta técnica, el papel de los cuadros de base ha sido fundamentalmente por la forma como estos han respondido y aportado conocimiento dentro del proceso de estudio-acción.

Las comunidades incentivadas en esta forma de recuperación crítica, han logrado dar un salto adelante considerable en el nivel de conciencia política. Esto no constituye un retorno simplista a lo primitivo o bucólico, ni absuelve a la tradición como lastre cultural. Es simplemente una utilización dinámica y realista de los recursos que ofrece la memoria colectiva, que obliga, además, a los observadores-militantes (o investigadores agitadores según el caso) a comenzar su trabajo al nivel real de conciencia política de las gentes y no al nivel que aquellos tienen (esta actitud dogmática de superioridad en los cuadros, por regla general, ha conducido a lamentables fracasos en el terreno).

Con las técnicas de incentivación, la Rosca ha ido a las comunidades a aprender de sus realidades, contribuyendo de su parte con diversos proyectos de colaboración local. En estos proyectos se ha observado cómo se descubre la amplia gama de recursos con que cuentan los grupos de base –expresados, por ejemplo, en su historia, en su folklore, en su liderazgo, en su "malicia" y experiencia– lo que les lleva a aglutinarse alrededor de intereses, acelerando situaciones críticas necesarias que llevan a una mayor conciencia de clase.

Pero también nosotros hemos aprendido del proceso, al respetar el conocimiento y la opinión de las gentes del común.[7]

Estas técnicas de estudio-acción, evidentemente, van más allá de las clásicas formas de observación por participación, el "survey", el camuflaje, la entrevista diplomática o equilibrada, y la empatía sin compromiso ulterior que se fundan en una ideología consensual.

Descartan el trabajo de campo como de interés para el administrador, para el manipulador externo de acción comunal o para el científico simplemente curioso o erudito, para plantearlo como una labor investigativa necesaria para el organizador o agitador táctico y para el "pez en el agua".[8]

En resumen, puede verse que en esta forma se logra pasar de una "metodología del consenso" a una metodología de la contradicción, a tono con los postulados de la teoría del conflicto con que se trata de explicar la actual problemática colombiana (véase más adelante). Por eso los observadores-militantes comienzan con un compromiso serio y respetuoso con las gentes que estudian y con el proceso social en que van inmersos; dirigen su atención a las contradicciones del sistema para entenderlas y manejarlas en cooperación estrecha con los grupos claves de base; ensayan hurgar el sistema y agitar tácticamente para determinar sus áreas reales de tensión, provocar las instituciones, destruir mitos y tomar parte, junto con los grupos de base, en los choques inevitables; y devuelven a estos grupos, con mayor claridad, y sistematizadas, las ideas que recibieron de ellos con confusión.

Segunda dimensión del método

Las técnicas de incentivación y recuperación crítica, como se han practicado por la Rosca, añaden una dimensión importante a la metodología de estudio-acción.

Hasta ahora se ha visto la inserción como una expresión concreta del compromiso de profesionales intelectuales que hemos querido –y quizá logra-

7 Guevara, E. (1965). *El socialismo y el hombre en Cuba*. La Habana.

8 Cf. Stavenhagen, R. (1971). *Decolonializing Applied Sciences*, Human Organizatión, Winter.

do– involucrarnos en tareas fundamentales a nivel de base de un contexto dado o en una región. En estos momentos confrontamos una de las consecuencias inmediatas de esa inserción, cual es la del descubrimiento y formación de cuadros locales que se han incorporado al proceso de estudio-acción, enriqueciéndolo y dándole virajes realistas y eficaces.

Sería absurdo negar las posibilidades de personas de variado origen y preparación intelectual para contribuir al proceso revolucionario mediante la reflexión, el análisis, la síntesis y la sistematización de las ideas. En efecto, en los grupos claves de base existen personas que, si no han aportado ya esa visión de las cosas, están listas a hacerlo al menor estímulo. Se ha establecido así un tipo de relación entre los llamados "profesionales" o "intelectuales" –que adoptan en ese momento el papel de observadores-militantes en el contexto político-científico– y los cuadros de base que ingresan al proceso de estudio-acción.

Esta relación implica obligaciones para ambos. Los primeros –los "profesionales"– valoran, utilizan y cuidan bien a los cuadros. Éstos, según el nivel de preparación, aportan su experiencia para la comprensión de los fenómenos al convertirse en buenos observadores y críticos de su propia acción; afinan la técnica revolucionaria; y además, colaboran para que la inserción sea todavía más eficaz en los fines que contempla.

Si todo sigue como va, el resultado de este esfuerzo sería una feliz síntesis de la teoría y la práctica, donde la inserción ya no se vería dicotomizada como hasta ahora, como ejercida por elementos externos a los grupos de base, sino hecha dentro de un mismo proceso histórico que cobijaría a todos por igual, sin distinción entre intelectuales y trabajadores. Es decir, la inserción, como se ha visto atrás, en esta dimensión desaparecería como tal, y sólo quedarían trabajando, hombro a hombro, cuadros políticos-científicos de diferente nivel.

Es a partir de este momento cuando se debe plantear, otra vez el problema de la ciencia y la teoría. Por que las etapas de estudio-acción que siguen pueden ser aún más complejas y difíciles tanto al nivel de la práctica como en el de la comprensión. Veamos ahora estos aspectos.

Implicaciones científicas y teóricas

El método de estudio-acción tiene el mérito de plantear y buscar el equilibrio entre la reflexión constante y la práctica diaria. Por eso los cuadros se definen como observadores-militantes, es decir, como personas adiestradas tanto en técnica de observación científica como de militancia social y política. El trabajo quedaría corto si estas personas se limitaran a un empirismo a ultranza o a un aventurismo fanático en el que primaría el ensayo y el error; y si en el plano de la reflexión hicieran abstracción de los conceptos centrales que guían el trabajo en terreno y los marcos teóricos previos y emergentes.

En el caso del empirismo ciego hay otro peligro: el de engañarse a sí mismo pensando que se es absolutamente original. En este campo no hay tabla rasa, ya que el cuadro llega al terreno con ideas básicas, motivaciones y ciertas técnicas previas. El no reconocer esta continuidad es un despilfarro de los recursos que se tienen a la mano para hacer los procesos históricos mucho menos erráticos de lo que ya son. Por eso la inserción, en sus di-

versas modalidades no implica el olvido de técnicas de investigación que son probadamente útiles, como la encuesta de corte seccional, el de análisis histórico, la investigación de archivo, la medición estadística de lo mensurable, todas colocadas dentro de marcos conceptuales amplios y ágiles.

Hay que partir entonces modestamente del hecho de que no se ha trabajado ni se trabaja en un vacío conceptual sino que, por el contrario, existen derroteros técnicos y teóricos previos que se han venido utilizando consciente o inconscientemente. Este es un proceso de estudio-acción que, viéndolo bien, también corre por la vertiente de la tradición. En efecto no debe olvidarse que la ideología capitalista y la construcción de los imperios modernos han sido posibles en gran medida por un desarrollo científico y tecnológico adecuado a los fines que han perseguido.

En contraste con esa corriente científica imperialista, el trabajo de la Rosca busca poner el conocimiento que adquiere al servicio de los grupos explotados y oprimidos dentro de una causa de transformación fundamental. En consecuencia, continúa la tendencia –estimulada ya desde la década de 1960 por varios científicos sociales colombianos– de relegar a segundo plano escuelas sociológicas que en la práctica sólo han servido para afianzar el poder de las clases opresoras. Así, hemos seguido descartando los modelos de explicación científica de la sociedad que provienen de la tradición positivista o comtiana, por reflejar ésta los intereses de una aristocracia (la postnapoleónica en Europa) que se identificó con la emergencia del capitalismo, y cuyas tendencias particulares persisten hasta hoy. También por inadecuados, hemos confirmado nuestro anterior rechazo a los marcos del estructuralismo funcional que describe la sociedad como el producto de un "equilibrio" basado en un ordenamiento interno y en el principio de la integración social. No encontramos satisfactoria tampoco la escuela formalista, por hallarla reducida a mediciones exteriores y mecánicas de los fenómenos sociales o a explicaciones limitadas de la cultura manifiesta. En cambio, la Rosca ha encontrado mayor inspiración y una más clara orientación para su trabajo en el ejemplo y en las obras de diversos rebeldes nacionales y extranjeros que fueron articulando explicaciones de las situaciones críticas en que se vieron envueltos y que buscaron enraizarse en el pueblo y en las realidades terrígenas. En Colombia se conoce poco al respecto, por la forma como se ha escrito y enseñado la historia –que sólo refleja los intereses de clases dominantes inclinadas a adoptar lo extranjero–. Pero los materiales pertinentes existen, y ha sido uno de los fines de la Rosca descubrirlos, recuperarlos y divulgarlos.[9] Además, permanece vivo el recuerdo de rebeldes recientes, como Camilo Torres Restrepo, y de teóricos como Rafael Uribe y Luis E. Nieto Arteta, cuyas obras siguen siendo referencia obligada, aparte de haber servido como pioneros del pensamiento socialista en Colombia.

Esta olvidada corriente intelectual que se nutre de la confrontación popular con el *statu quo*, que busca la raíz de las contradicciones en cada

9 Se realizó el proyecto de publicar las memorias del extraordinario luchador indígena del siglo XX, Quintín Lame, *En defensa de mi raza*, editado por Gonzalo Castillo, Bogotá, Ed. La Rosca, 1971, y están en proceso las contribuciones de María Cano e Ignacio Torres Giraldo, precursores del socialismo nacional. Se impone la búsqueda de la literatura sobre la lucha popular desde fines del siglo XVIII; los comuneros con Galán a la cabeza; los artesanos durante la Revolución de 1852; los campesinos antilatifundistas del Sur de Antioquia; los líderes obreros de la Costa Atlántida a partir de 1917; la rica tradición guerrillera del país, etc.

época, que destaca los antagonismos y los intereses de las clases sociales en pugna abierta o soterrada, converge hacia la escuela sociológica del conflicto social.

Dentro de esta escuela evidentemente, son pertinentes las obras de Marx –su principal figura– y de los seguidores de éste, mucho más que los de aquellos que siguieron la vertiente emparentada de Bagehot y Gumplowicz.

La Rosca trata así de construir sobre fundamentos intelectuales antiguos, que desembocan naturalmente en la conocida ciencia de la revolución: el marxismo-leninismo.[10] La teoría del conflicto social concretiza conceptos e hipótesis desarrollados por observadores de sociedad; dentro y fuera del país.

Esto en sí no es, en manera alguna, novedoso, aunque equivalga a una toma de posición o a una clarificación teórica necesaria. Pero la Rosca no se casa con esa teoría dogmáticamente, sino que trata de redefinir conceptos a la luz de la evidencia que recogen los cuadros u observadores-militantes. Por lo tanto, no se hace aquí ningún calco del marxismo-leninismo empleado en otras latitudes y países, ni se incurre en el colonialismo intelectual de izquierda que ha castrado a tantos grupos revolucionarios y universitarios, porque el método de estudio-acción surge de las realidades colombianas y exige una respuesta auténtica a ellas en términos de actos y evidencias, y no sólo de palabras o debates meramente ideológicos.

Así, este método lleva a replantear la sociología marxista del conflicto en términos de una sociología de la situación real colombiana, lo cual vino a ser una manera propia de ver y entender en su conjunto nuestros actuales conflictos y la naturaleza de nuestra sociedad dependiente y explotada.

La contribución específica de esta escuela de pensamiento social –a nivel universal y en la teoría del conocimiento– parece estar en la reformulación de la problemática del conflicto según dos grandes polos conceptuales que se complementan. 1) la dependencia, que incluye el estudio de los factores de explotación económica y cultural externos al área de su expresión imperialista y neo-colonial; y 2) la subersión, en-

10 Los fundamentos de la escuela del conflicto, como se sabe, parten de Horáclito y Polibio, van al mundo árabe con Ibn Khaldun, vuelven al occidente con Hobbes, Hegel y Marx, y pasan últimamente al oriente con Nao y Giap, entre otros. La Lectura de estos autores es útil para ilustrar marcos generales del conflicto de clases en Colombia, no para explicarlo. Entre otros autores que se han hallado útiles se cuentan Simmel, Coser (por estudiar funciones positivas del conflicto social) y Schaull (filósofo que postula la necesidad de la subversión permanente). Entre los autores colombianos más pertinentes del siglo XIX, se cuentan Manuel Ancízar y Eugenio Díaz, sobre el problema rural, Emiro Kastos, quien planteó en 1851 la amenaza imperialista norteamericana, Miguel Samper por su estudio de la miseria humana; Aníbal Galindo, Medardo Rivas y Diego Mendoza Pérez, en diversos de sus escritos. En este siglo: Alejandro López I.C., Eugenio J. Gómez, Guillermo Hernández Rodríguez, Indalecio Liévano Aguirre, (estos dos últimos en sus primeras épocas). Entre otros marxistas colombianos cuyas obras se están utilizando se mencionan: Mario Arrubla, Francisco Posada, Rafael Baquero, Diego Montaña Cuéllar, Antonio García y Estanislao Zuleta. Además pueden mencionarse los estudios publicados por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en la década de 1960 sobre la violencia, el conflicto y otros problemas sociales colombianos (obras de Camilo Torres, Juan Friede, Germán Guzmán y otros) que rompieron el marco funcionalista entonces en boga (el que se ha identificado, erróneamente, como "norteamericano"). Nuevas obras están apareciendo dentro de esta escuela crítica, como las históricas de Germán Colmenares (*Partidos políticos y clases sociales,* Bogotá, Universidad de los Andes, 1868). Las sociológicas de Alvaro Camacho Quizado (C*apital extranjero, subdesarrollo colombiano*, Bogotá, Punta de Lanza, 1912), las económicas de Alvaro Tirado Mejía (*Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1971), y las antropológicas de Víctor Daniel Bonilla (*Siervos de Dios y amos de indios*, Bogotá, Tercer Mundo, 1968).

tendida positivamente como el análisis de factores "internos" políticos y sociales que llevan a la organización rebelde antiimperialista y antioligárquica.[11]

En esquema:

Sociología del Conflicto	Filtro de la realidad latinoamericana	Teoría de la Dependencia (Factores externos)
(Escuela Marxista-Leninista)		Teoría de la subversión (Factores internos)
	Nuevo aporte teórico a nivel universal	

Este marco teórico general ha permitido a la Rosca hacer incursiones algo novedosas sobre indigenismo, etnia, arte popular, región y nación, como elementos para entender mejor y dinamizar la lucha de clases en términos colombianos. Son conceptos que tienen una tradición respetable en la literatura sociológica y política de la cual se partió, pero que se descubren con nuevos visos para la determinación y uso de grupos claves regionales.

Perspectiva final

Ahora se perfila un mayor rigor en la tarea investigativa del observador-militante. Habrá que desarrollar y ensayar técnicas de estudio y acción realmente interdisciplinarias –con las ya conocidas que sean adecuadas, y otras nuevas– que permitan aprehender la compleja realidad en su propia función, sin distorsionarla. Esto quiere decir que los cuadernos deberán dominar los marcos metodológicos y conceptuales de la sociología, la historia, la antropología, la economía y la geografía, de manera combinada y simultánea, tratando de romper los comportamientos estancos en que estas ciencias se encuentran (especialmente en la universidad) para producir una acción más eficaz y una teoría más ágil y realista.

Además los cuadros deberán saber dirigir la atención hacia los hechos más pertinentes y significativos de cada región para fines de organización, educación y acción en ella; sabrán combinar el estudio de lo "macro" con el análisis de lo "micro"; y podrán anticipar un determinado nivel de síntesis y sistematización de conceptos que luego reviertan como información a los grupos de base para la constatación final con la realidad.

11 Vienen a la mente las obras de Ernesto Che Guevara, Régis Debray, Hugo Blanco, Marighela y otros, en un sentido; y de Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Rodolfo Stavenhagen, Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos, André Gunder Frank, Enzo Faletto, Francisco Weffort, Octavio Ianni, Florestan Fernández y muchos otros, todos los cuales en verdad han hecho impacto renovante en las teorías marxistas, a nivel universal, con la especificidad latinoamericana. Las palabras "interno" y "externo" son obviamente relativas y suplementarias dentro de este esquema. Cf. Fals Borda, O. (1971). Subversión Y desarrollo en América Latina (estudio reproducido en diversas publicaciones); y Revoluciones inconclusas en América Latina, México: Siglo XXI Editores, 3a. edición, (1971).

Este tipo de constatación puede ser suficiente para ir acumulando el conocimiento desde el punto de vista científico, sin necesidad de acudir a computadoras electrónicas o referirse a marcos "universales" de pensadores ilustres de otras latitudes con ese mismo fin; y va construyendo una ciencia propia y popular que parece converger a dimensiones igualmente universales.

En resumen; la ciencia puede seguir existiendo aún con la modestia y las contradicciones del subdesarrollo y puede irse enriqueciendo al paso de las generaciones que experimentan conflicto y que van en busca de la justicia social y económica. Es a la vez una herramienta crítica para el cambio social, especialmente útil cuando algunos de sus marcos generales se rompen y dan paso a esquemas más adecuados de explicación. Los marcos descartables son aquellos que reflejan valores sociales conservadores que sirvan a clases explotadoras y a sociedades superdesarrolladas.

Otros han demostrado cómo una explicación teórica adecuada de la realidad facilita la acción y simultáneamente, como este proceso llega a ser un aporte a la ciencia. Es posible que las ciencias sociales en Colombia sean más claras y eficaces al cabo de esfuerzos de búsqueda autónoma como el que trata de adelantarse con el método de estudio-acción. Sobrevivirán y se acumularán aquellos conceptos y técnicas que pasan por la prueba de fuego de la experiencia revolucionaria. Estos serán seguramente los mismos que aplicarán futuras generaciones de observadores-militantes en las subsiguientes etapas de reconstrucción nacional, cuando las clases populares habrán conquistado el poder.

Romper el monopolio del conocimiento

Situación actual y perspectivas de la Investigación-Acción Participativa en el mundo[1]

Puntos de partida

Hace casi veinte años se hicieron en varios países del Tercer Mundo las primeras tentativas de lo que hoy se llama Investigación-Acción Participativa, IAP.[2]Quienes tuvimos en los primeros años de los 70 el privilegio de tomar parte en esta vivencia[3] cultural, política y científica tratamos de actuar ante la terrible situación de nuestras sociedades, la excesiva especialización y vacuidad de la vida académica, y las prácticas sectarias y verticales de un gran sector de la izquierda revolucionaria. Pensamos que eran necesarias y urgentes unas transformaciones radicales en la sociedad y en el uso de los conocimientos científicos, los cuales, por lo general, se habían quedado en la época newtoniana. Para empezar, nos decidimos a buscar soluciones dedicándonos al estudio activo de la situación de las gentes que habían sido

1 Este estudio es una traducción por el profesor Howard Rochester en la introducción al libro, Breaking the Monopoly of Knowledge: Recent Views of Participatory-Action Research, en proceso de publicación en Londres, que recoge contribuciones de varios autores sobre experiencias de la IAP y sus análisis teóricos realizados en América Latina, Asia, África, Oceanía y Norteamérica. Fue escrito por Fals Borda en compañía de Mohammed Anisur Rahman.

2 IAP, la sigla de "Investigación-Acción Participativa", se usa en la América Latina. PAR, o sea "Participatory Action Research", se ha adoptado no solo en los países de habla inglesa sino también en el norte y centro de Europa; "Pesquisa Participante" en el Brasil; "Ricerca Partecipativa," "Enquéteparticipation", "Recherche-action", "Pantizipative Aktionsforchung" en otras partes del mundo. En nuestra opinión, no hay en estas denominaciones diferencias significativas; no las hay especialmente entre IAP e IP (Investigación Participativa). Pero es preferible, como en la IAP, especificar el componente de la Acción, puesto que deseamos hacer comprender que "se trata de una investigación-acción que es participativa y una investigación participativa que se funde con la acción (para transformar la realidad)" (Ralunan 1985: 108). De ahí también nuestras diferencias con la vieja línea de procedimiento de la investigación-acción propuesta por Kurt Lewin en Estados Unidos con otros propósitos y valores, movimiento que, según parece, ha llegado a un punto muerto intelectual (véase la Sección 3). Así mismo, señalamos nuestras divergencias de la limitada "intervención sociológica" de Alain Touraine y la "antropología de la acción'' de Sol Tax y otros, escuelas qué no pasan de ira técnica del muy objetivo y algo distanciado observador participante.

3 Vivencia es un neologismo introducido por el filósofo José Ortega y Gasset, al adoptar la palabra Erlebnis de la literatura existencialista alemana, en la primera mitad del siglo XX. En inglés *rife-experience* es una forma común pero aproximativa; en realidad, el concepto abarca un sentido más amplio, pues según éste una persona no llega a la realización de su ser en las actividades de su interior, en su yo, sino que la encuentra en la osmótica "condición de ser otro" que es de la naturaleza y en toda la extensión de la sociedad, así como en el proceso de aprender con el corazón, más que con el cerebro.

las víctimas principales de los sistemas dominantes y de las llamadas "políticas de desarrollo": es decir, las comunidades pobres en áreas rurales.

Hasta el año de 1977, aproximadamente, nuestro trabajo inicial se caracterizó por esta tendencia activista y un tanto antiprofesional (abandonando algunos nuestros cargos universitarios); de ahí la importancia dada a técnicas innovadoras de investigación en el terreno, tales como la "intervención social" y la "investigación militante" que contempla una organización de partido político. Además, aplicamos la "concientización" de Paulo Freire, como también el "compromiso" y la "inserción" en el proceso social. Encontramos inspiración en el marxismo talmúdico que por entonces estaba en boga. Nuestra disposición de ánimo y nuestras lealtades se oponían en forma decidida a las instituciones establecidas (gobiernos, partidos políticos tradicionales, iglesias, la universidad anquilosada), de tal modo que se pueden considerar aquellos años más que todo como la fase iconoclasta de nuestros trabajos. No obstante, asomaron ciertas constantes que habían de acompañarnos a lo largo de los períodos subsiguientes hasta hoy; entre ellas están el énfasis en puntos de vista holísticos (integrados) y en métodos cualitativos de análisis.

El activismo y el dogmatismo de ese primer período fueron reemplazados por la reflexión, sin que perdiéramos nuestro impulso en el trabajo de campo. Esta búsqueda del equilibrio se evidenció de manera notable en el Simposio Mundial sobre Investigación-Acción celebrado en Cartagena, Colombia, en abril de 1977, con el auspicio de Instituciones Democráticas de Apoyo Popular (IDAP) colombianas[4] y algunas entidades ONG nacionales e internacionales. Además de Marx, se destacó en ese encuentro, lo mismo que en posteriores ocasiones similares, a Antonio Gramsci como importante guía técnico.

De Gramsci tomamos, entre otros elementos, su categoría del "intelectual orgánico", por la cual aprendimos a reinterpretar la teoría leninista de la vanguardia. Comprendimos que para que los agentes externos se incorporasen en una vanguardia orgánica deberían establecer con el pueblo una relación horizontal –una relación verdaderamente dialógica sin presunción de tener una "conciencia avanzada"–, involucrarse en las luchas populares y estar dispuestos a modificar las propias concepciones ideológicas mediante una interacción con esas luchas; además, tales líderes orgánicos deberían estar dispuestos a rendir cuentas a los grupos de base en formas genuinamente democráticas y participativas.

No es nuevo, claro está, el interés en una participación social, política y económica como elemento de la democracia. Ya Adam Smith en su definición de "equidad" hablaba de la "participación en el sentido de compartir el producto del trabajo social". Esta definición, complementada luego por ideas de P. J. Proudhon y J. S. Mill y por ensayos escritos por Tolstoi y el príncipe Kropotkin, nos permite ver las crasas deficiencias ideológicas de los teóricos liberales, las de las burocracias internacionales de guantes profilácticos, y las de los despóticos hombres de Estado contemporáneos que se atreven a designar sus movilizaciones y políticas represivas como "participativas". Pero nosotros no podíamos contentarnos con proponer

4 Parece que está más de acuerdo con los hechos emplear esta sigla positiva que la corriente designación de ONG ("Organización No Gubernamental"), puesto que, por lo general, los gobiernos y las instituciones oficiales no son los referentes de tales entidades.

solamente una participación equitativa en el producto social, si el básico poder original para crear ese producto, es decir, ejercer la iniciativa no fuera compartido también en forma equitativa. Todo lo cual imponía la necesidad lógica de definir cada vez qué se quería decir con el concepto central de participación y con sus elementos concomitantes, y en cuáles contextos.

Por consiguiente, durante este período de autorreflexión descubrimos la necesidad de la transparencia en nuestras exposiciones y en nuestros actos. Insistimos en ella en toda proposición teórica sobre participación, democracia y pluralismo. Estas tesis orientaron nuestras labores posteriores. Empezamos a comprender que la IAP no era tan solo una metodología de investigación con el fin de desarrollar modelos simétricos, sujeto/sujeto, y contraopresivos de la vida social, económica y política, sino también una expresión del activismo social. Llevaba implícito un compromiso ideológico para contribuir a la praxis (colectiva) del pueblo. Resultó ésta ser también, desde luego, la praxis de los propios activistas (los investigadores de la IAP), toda vez que la vida de cada persona es, de manera formal o informal, una suerte de praxis. Pero el apoyo a los colectivos populares y a su praxis sistemática llegó a ser, como lo es todavía, un objetivo principal de la IAP, hasta el punto de proponernos crear una orientación interdisciplinaria denominada "praxiología", o sea "la ciencia de la praxis". (Cf. O'Connor 1987: 13).

El traducir tales ideas a la práctica y viceversa llegó a ser la tarea de varios colegas en muchas partes del mundo: el grupo Bhoomi Sena de la India; los finados Andrew Pearse (Inglaterra-Colombia) y Anton de Schutter (Holanda-México); Gustavo Esteva, Rodolfo Stavenhagen, Lourdes Arizpe, Luis Lopezllera en México; Vandana Shiva, Walter Fernandes, Rajesh Tandon, S.D. Sheth, Dutta Savle en la India; S. Tilakahatna y P. Wignaraja en Sri Lanka; Yash Tandon en Uganda; Kemal Mustafa en Tanzania; Marja Liisa Swantz en Finlandia; Guy Le-Boterf en Nicaragua y Francia; Ton de Wit, Vera Gianotten en Perú; Joáo Bosco Pinto, Joáo Francisco de Souza, Carlos Rodrigues Brandáo, Hugo Lovisolo en el Brasil; Gustavo de Roux, Álvaro Velasco, John Jairo Cárdenas, Ernesto Parra, Augusto Libreros, Guillermo Hoyos, Víctor Negrete, Marco R. Mejía y León Zamosc en Colombia; Harald Swedner y Anders Rudqvist en Suecia; Xavier Albó y Silvia Rivera en Bolivia; Heinz Moser y Helmut Ornauer en Alemania y Austria; Budd Hall en el Canadá; Sithembiso Nyoni en Zimbabwe; Mary Racelis en las Filipinas; John Gaventa, Manuel Rozental, D. G. Thompson en América del Norte; Jan de Vries y Thord Erasmie en Holanda; Francisco Vio Grossi y Marcela Gajardo en Chile; Ricardo Cetrulo en Uruguay; Isabel Hernández en la Argentina; Paul Oquist, Carlos Núñez, Raúl Leis, Oscar Lara y Malena de Montis en Centroamérica; y muchos otros (véanse bibliografías en Fals Borda 1987 y 1988). Algunas instituciones, como la Oficina Internacional del Trabajo, el Instituto de las Naciones Unidas de Investigaciones para el Desarrollo Social, el Consejo Internacional de Educación de Adultos y la Sociedad de Desarrollo Internacional, hicieron contribuciones a nuestro movimiento.

En 1982 hubo una primera presentación formal de nuestro tema en los círculos académicos durante el Décimo Congreso Mundial de Sociologia en la ciudad de México (Rahman, 1985). A consecuencia de ello y de la etapa reflexiva anterior así como del impacto de los procesos de la vida real, la IAP logró establecer hasta cierto punto su identidad, y avanzó más allá de las restringidas cuestiones comunitarias, campesinas y locales hasta los

más amplios y complejos problemas urbanos, económicos y regionales. De especial interés resultaron las esperanzas y perspectivas de los movimientos sociales y políticos independientes (muy rara vez nos relacionamos con partidos políticos establecidos), movimientos que esperaban de nosotros apoyo teórico y sistemático.

Los investigadores de la IAP nos pusimos entonces a emplear el método comparativo (Nicaragua, México, Colombia: Fals Borda 1988) y a extender nuestra atención a campos como la medicina, la economía "descalza", la planificación, la historia, la teología de la liberación, la filosofía, la antropología, la sociología y el trabajo social, agudizando esta atención a veces mediante discusiones tangenciales. Hubo mayor comprensión para ver el conocimiento también como poder; sentimos la necesidad de intercambiar información en talleres y seminarios; y descubrimos la necesidad de preparar un nuevo tipo de activistas sociales. Se ensayó la coordinación internacional entre nosotros en varios lugares (Santiago de Chile, México, Nueva Delhi, Colombo, Dar-es-Salaam, Roma) y se puso en operación un Grupo Internacional de Iniciativas de Base (IGGRI) en 1986. Hubo en años recientes una pausada clarificación de ideas y procedimientos, inclusive una discusión epistemológica sobre vínculos y fines.

Este fue, por lo mismo, un período de expansión. La IAP dio más pruebas de madurez intelectual y práctica, a medida que llegaban noticias de trabajos en el terreno y se acumulaban publicaciones en varios idiomas sobre realizaciones incuestionables en la recuperación de fincas rurales (de modo sangriento muchas veces, por desgracia), en las formas de atender la salud pública combinadas con la medicina popular, en la educación crítica más allá de la concientización, en el control de la tecnología adoptada entre los campesinos, en el estímulo de la liberación femenina, en el apoyo a la cultura popular y a la música de protesta, a actividades constructivas de la juventud, a cooperativas de pescadores, a comunidades cristianas de base, etc.

Este trabajo, naturalmente resultó tentador como alternativa para aquellas organizaciones de la sociedad civil y otras agencias que venían, hacía décadas, haciendo "proyectos de desarrollo" paralelos, especialmente en desarrollo comunitario, cooperativismo, educación vocacional y adulta y extensión agrícola, pero sin resultados convincentes. Así fue como miradas antes escépticas o desdeñosas se dirigieron cada vez más a las experiencias de la IAP. Aumentaron las críticas a las ideologías de la "modernización" y el "desarrollo" (Escobar, 1987). Se generalizó una mayor comprensión, y se abrió el camino para movimientos favorables a una posible cooptación de parte del Establecimiento, así como para una convergencia con colegas que comprendieran nuestros postulados pero hubieran tomado puntos de salida diferentes. A medida que nuestro enfoque fue adquiriendo respetabilidad, muchos funcionarios e investigadores empezaron a dar a entender que practicaban la IAP, cuando en verdad hacían cosas distintas.

Esto fue para nosotros un reto que nos incitó a puntualizar todavía más los conceptos, de modo que no hubiera confusión. Además, quisimos construir defensas contra la cooptación.

Es importante tener muy en cuenta el hecho de que este proceso decooptación esté ahora bien desarrollado y que también una convergencia teórica y metodológica con la IAP haya avanzado, si bien algunas veces sin completa comprensión de la fusión de conceptos y procedimientos (véase más ade-

lante). Estos signos tienen para la IAP múltiples consecuencias, de las cuales debemos ser muy conscientes quienes a ella nos dedicamos. Dejemos por el momento de pensar que hemos ganado una justificada victoria sobre los sistemas dominantes de pensamiento y de política y reconozcamos, más bien, que en esto hay peligros para la supervivencia de los ideales originarios de la IAP. Claro que estos signos llevan también a modificar nuestra visión de la IAP al colocarla en una perspectiva histórica más amplia, y mirar más allá de sus actuales contornos.

Esperamos que las últimas contribuciones sirvan para examinar constructivamente estas tendencias de modo que podamos avanzar hacia el futuro con el ánimo de reforzar nuestro propósito original y reavivar nuestras primeras decisiones críticas. No debemos arrepentirnos de nuestra iconoclasia original.[5] Y conviene, en este momento de desafio, que recordemos nosotros y recordemos a los demás, que se hace una decisión o escogencia existencial más bien permanente cuando uno decide vivir y trabajar con la IAP. Nuestro propósito no ha sido ni es el fabricar un producto terminado, hacer un fácil anteproyecto totalmente definido o proponer una panacea. Recordemos que la IAP, a la vez que hace hincapié en una rigurosa búsqueda de conocimientos, es un proceso abierto de vida y de trabajo, una vivencia, una progresiva evolución hacia una transformación total y estructural de la sociedad y de la cultura con objetivos sucesivos y parcialmente coincidentes. Es un proceso que requiere un compromiso, una postura ética, y persistencia en todos los niveles. En fin, es una filosofía de la vida en la misma medida en que es un método.

Esta escogencia o decisión filosófica, ética y metodológica es una tarea permanente. Además, debe entenderse y hacerse más general. Un investigador-activista comprometido no va a desear, ni ahora ni en el futuro, ayudar a las elites y clases oligárquicas que han acumulado poder, y conocimiento con un irresponsable espíritu de corta visión y craso egoísmo. Ellas mismas saben que han administrado mal ese conocimiento y ese poder que hubieran podido favorecer a la sociedad, la cultura y la naturaleza, porque han preferido inventar e impulsar estructuras explotadoras y opresivas. Por tanto, obviamente, una tarea principal para la IAP, ahora y en el futuro, es aumentar no sólo el poder de las gentes comunes y corrientes y de las clases subordinadas, debidamente ilus tradas, sino también su control sobre el proceso de producción de conocimientos, así como del almacenamiento y uso de ellos. Todo con el fin de romper y/o transformar el actual mono polio de la ciencia y la cultura detentado por los grupos elitistas opresores (Rahman 1985.' 119; cf. Hall 1978).

Cooptación y convergencia

Hoy se ven claramente los síntomas de cooptación con la Investigación -Acción Participativa. Por ejemplo, muchas universidades (varias en Europa y en Norteamérica) ofrecen ahora seminarios y talleres como sustitutos de cursos tradicionales de "ciencia aplicada" en los que se presenta, erróneamente a nuestro juicio, una separación entre la teoría y la práctica. Varios

5 Es útil recordar las dificultades iniciales de René Descartes en la Universidad de Leíden cuando propuso su método, habiéndolo escrito no en latín sino en francés como un desafío a la rígida tradición académica, y tuvo que abandonar su puesto por ser acusado de anabaptista. Lo que los victoriosos cartesianos hicieron después con ese método es otro asunto, aunque nos interesa igualmente.

colegas han retornado a la carrera académica, incluso uno de los coautores. Prestigiosos periódicos profesionales han publicado artículos pertinentes (cf. Fals Borda 1987 en Internacional Sociology; Rahman 1987 en Evaluation Studies, donde peritos en psicología aplicada descubren de esta manera la "naturaleza intrínsecamente conservadora de la evaluación de programas"). Los congresos mundiales más recientes de sociología, sociología rural, antropología, trabajo social y americanistas han incluido discusiones y foros sobre la IAP, con extraordinaria concurrencia. Muchos gobiernos han nombrado investigadores formados en la IAP y han permitido alguna experimentación interna al respecto. Agencias de la Organización de las Naciones Unidas han reconocido esta metodología como alternativa viable, aunque es un desafío a sus establecidas prácticas de "donaciones", "entregas de recursos" y "expertos técnicos". Y muchas Instituciones Democráticas de Apoyo Popular (IDAP, distinto de las usuales ONG), están buscando apoyar, a través de la investigación participativa modos más decisivos de acción de grupos con el fin de superar el paternalismo que fomenta una sumisa dependencia y se constituye en estorbo para el trabajo de todos. Estas entidades han hecho frente al reto adoptando conceptos modulares, tales como "orientación participativa" o empleando adjetivos como "integrado", "sostenible" o "autosuficiente" para describir lo que ahora llaman "desarrollo participativo".

Desde luego, no todo lo que estas instituciones llaman "participativo" es todavía auténtico según nuestra definición ontológica, y por esta causa se ha producido mucha confusión. Por consiguiente, la filosofía particular de la IAP siempre debe ser recalcada para contrarrestar tan erróneas asimilaciones. Así, la opinión de comunidades reales involucradas en la acción, consideradas como "grupos de referencia", debiera ser definitiva para comparar resultados y realizar evaluaciones en forma independiente de criterios estadísticos como la consistencia interna. Y ya que la utilización de la IAP en grande escala, y de los principios que abren paso al poder popular, suscita muchas veces represión por parte de los intereses creados y de los gobiernos, esta metodología puede también suministrar razones prácticas e ideológicas para organizar la autodefensa de las comunidades y la contraviolencia por la justicia. Son éstos también criterios valorativos igualmente válidos. En situaciones tan conflictivas, la prudencia, las coaliciones y el diálogo con las instituciones pueden dar buenos resultados si se obra dentro de los márgenes de tolerancia de ellas al ejercer al implícito "derecho a la subversión moral". Los practicantes de la IAP pueden de este modo efectuar una contrapestración en las instituciones establecidas y poner en práctica la cooptación al revés.

Existen casos de convergencia intelectual de diversas escuelas hacia la investigación-acción participativa, y éstos también merecen ser mencionados. Entre ellos está la escuela de educación crítica que ha venido desarrollando nuevas teorías, tales como las de Iván Illich y Paulo Freire, muchas veces con expresiones sociales importantes (por ejemplo, "Aprendizaje Global", en el Canadá). Otro caso de convergencia intelectual es el examen de experiencias de base emprendido por economistas a fin de "adelantar colectivamente" (Hirschman, 1984; Max-Neef, 1986), y otro, la incorporación de principios de participación en la planificación socioeconómica. Los antropólogos han revisado ciertos aspectos de la vida agrícola y acudido a

una "antropología social de apoyo" que "asume la perspectiva de los grupos oprimidos en un proceso de cambio" (Colombres, 1982; Hernández, 1987). Algunos historiadores han reivindicado las "versiones populares" de los acontecimientos y tomado en cuenta a los "pueblos sin historia". Los etnólogos se están acercando a las culturas nativas y locales con un esquema de referencia participativo, llegando así más allá de Sol Tax, C. Levi-Strauss y D. Lewis (Stavenhagen 1988; Bonfil Batalla, 1981).

Así mismo, los sociólogos rurales están reavivando la orientación hacia la problemática social en su disciplina, que existió en el decenio de 1920, y de esta manera se ha producido un acercamiento a la IAP. Por eso se están revalorando aportaciones de investigadores veteranos, como T. R. Batten ("procedimiento no directional"), Irwin Sanders ("exploración social") y Harold Kaufman ("procedimiento basado en la acción") (Feas y Schwarzweller, 1985: xi-xxxvi). "La validez político-económica es tan importante como la validez científica": es éste un principio heterodoxo recomendado ahora para aplicar la "investigación - acción al desarrollo comunitario" (Littrell, 1985). Este adelanto cualitativo y participativo en la sociología rural contemporánea ha resultado útil para el estudio de sistemas agrícolas, los síndromes de pobreza y hambre, el control del ambiente y el manejo de la producción agrícola vistos como una "sociología de la agricultura" más comprensiva; en tanto que otros hablan de "agricultura alternativa", de "tecnologías alternativas" y aun de una "sociedad alternativa".

La escuela psicosocial de Kurt Lewin, quien fue el primero en presentar en los Estados Unidos el concepto de "investigación-acción" en el decenio de 1940, está en trance evolutivo hacia ésta convergencia. Si bien el trabajo de Lewin en general expresaba preocupaciones similares a las de la IAP de hoy (teoría/práctica, el uso social de la ciencia, el lenguaje y la pertinencia de la información), sus seguidores, un poco después de su muerte, redujeron la muy amplia trascendencia de las intuiciones de Lewin, atándolas a procesos en grupos pequeños, como en la administración de una fábrica, y a cuestiones clínicas, como las atinentes a la rehabilitación de excombatientes. Ya en 1970 los implícitos dilemas experimentados por los seguidores de Lewin habían llegado a ser evidentes (Rapoport 1970); pero eso no les impidió formar la actual vertiente llamada de Desarrollo y Organización (DO) para la investigación-acción, que se ha aplicado en el trabajo comunitario, los sistemas educativos y el cambio de organizaciones. En los primeros años del decenio de 1980 se hicieron esfuerzos para usar lo que se quiso considerar como un método de "investigación-acción participativa", y así lo designaron algunos. No obstante, hace muy poco se nos informó que el DO es unidimensional, que no alcanza a promover ningún conocimiento significativo de la sociedad, y que refuerza y perfecciona el *statu quo* convencional (Cooperrider y Srivasta 1987).

Los nuevos críticos del Desarrollo y Organización aconsejan dos maneras de evitar esos fracasos: 1) desarrollar una "metateoría sociorracionalista" que incluya valores éticos y una "visión del bien"; y 2) practicar un "modo de indagación valorativa" como "manera de convivir con las diversas formas de organización social que necesitarnos estudiar, y también de participar directamente en ellas''. Es fácil percibir que la escuela de Desarrollo-Organización, acaso como resultado de una comunicación intelectual osmótica, se ha acercado a la IAP, a la cual se la llama allí con el nuevo mote

de "indagación valorativa", en tanto que a la praxiología se la bautiza como "socio-racionalismo". Quizá les fuera más fácil aclarar sus posturas teóricas si las aportaciones a la IAP hechas en el Tercer Mundo y otras partes fuesen tenidas seriamente en cuenta por los miembros del DO, y también por los sociólogos rurales, de manera que los paradigmas buscados por ellos pudieran al fin ser construidos.

En cuanto a nosotros los de la IAP, si bien a veces hemos tenido la tentación de creer que hemos estado desarrollando un paradigma alternativo en las ciencias sociales, nuestra actitud ahora es más cautelosa. Sí aplicamos literalmente los principios de Thomas Kuhn, no querríamos convertirnos en cancerberos autodesignados del nuevo conocimiento para dirimir sobre cuáles elementos son científicos y cuáles no. Hacer el mismo juego de los colegas del rutinario ámbito universitario, el juego de superioridad intelectual y control técnico del cual nosotros desconfiamos, sería una victoria pírrica para nosotros. Acaso, según lo antes explicado y de acuerdo con Foucault, debiéramos contentarnos con sistematizaciones conceptuales sucesivas más modestas de "conocimientos subyugados" como una tarea perpetua, lo cual resulta más estimulante y más creador.[6]

El significado actual de la IAP

¿Se necesita la investigación-acción participativa hoy en nuestras sociedades tanto como se necesitaba, a nuestro juicio, hace veinte años? Dentro de las limitaciones de todo proceso natural y de los movimientos sociales que pasan por el ciclo normal de nacimiento, madurez y muerte la respuesta es sí, siempre que se comprenda que la IAP es un medio para llegar a formas más satisfactorias de sociedad y de acción emprendidas para transformar las realidades con que empezamos el ciclo. Pero debemos mirar más allá de la IAP, porque la actual etapa de cooptación y convergencia tiene necesariamente que llevarnos, como por un puente, a otra cosa distinta, algo que, siendo cualitativamente diferente, resulte todavía, a lo mejor, útil y significativo para la realización de los propósitos de la IAP. Ese algo aún no sabemos qué será, tal vez una IAP homeopoiética y enriquecida. Para verlo, tenemos que activar el desarrollo de la crisálida que salga del actual capullo.

Aceptada esta condición evolutiva, se puede decir que, a favor de una utilización continuada de la IAP, hay más argumentos hoy que los que existían en 1970. Como una vez lo escribió Walter Benjamin: subsiste el deseo de que en este planeta experimentemos algún día una civilización que haya abandonado la sangre y el horror. Creemos que la investigación-acción participativa, como procedimiento heurístico de investigación y como modo altruista de vivir, puede continuar y alentar ese deseo.

6 Puede hacerse una lista de sistematizaciones conceptuales o proposiciones teóricas que han salido de trabajos con la IAP y sus vertientes, entre ellas las siguientes: teorías sobre la regionalidad, la dialógica (no confundirla con el reciente descubrimiento del "dialogismo" de M. Bakhtin, que se discute como elemento de la teoría del lenguaje y la comunicación), la subversión moral, el culturalismo político, la autonomía, las relaciones de producción del conocimiento, la dinámica comunicativa, la vanguardia orgánica, y los movimientos sociales. A este respecto, compárese este resultado de trabajos concretos sobre la realidad social, política, económica y cultural con las disquisiciones de Fernando Uricoechea en Análisis Político, No. 4 (mayo-agosto 1988), al reseñar la séptima edición del libro de O. Fals Borda. C*iencia propia y colonialismo intelectual: Los nuevos rumbos* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1987) (Adición de OFB, octubre de 1988).

Es evidente que, en general, el mundo atraviesa aún la misma era de confusión y conflicto en que nació la IAP. Varios países caracterizados por la opresión clasista mantienen condiciones en las que grandes sectores de la población siguen privados de los bienes de la producción, de manera que al pueblo se le ha convertido en sujeto dependiente. Esto ocasiona sufrimientos materiales, siembra la indignidad humana, produce pérdida de poder para afirmar el modo propio de pensar y sentir de los pueblos, en otras palabras, causa una grave pérdida de autodeterminación. Se produce, en efecto, una degeneración de la democracia política, la que, cuando mucho, queda reducida a votaciones periódicas para escoger de entre los privilegiados unos individuos que manden sobre los demás y en esta forma perpetuar la opresión clasista. Es esto lo que sucede en la mayoría de los países denominados "democráticos" y "desarrollados".

Durante mucho tiempo se pensó que una solución para esta situación sería provocar una revolución macrosocial encabezada por un partido vanguardista de activistas educados de la clase media, comprometidos con transformaciones radicales. Se suponía que de esta manera se redistribuirían los bienes en una forma más equitativa, se daría la debida libertad a la energía creadora del pueblo y se instauraría una democracia genuina de tipo socialista en la cual los productores directos determinasen su propio destino y el de toda la sociedad.

Hoy día se sabe que algunas revoluciones de esta índole han producido graves distorsiones. La distribución de los bienes, por cierto, se ha mejorado en esos casos, pero las nuevas élites se han apoderado de las estructuras supremas de la sociedad y gobiernan sin sentirse responsables ni obligadas a rendir cuentas al pueblo. Estas nuevas élites han faltado en la obligación de efectuar un mejoramiento sostenido de la vida material y cultural de los pueblos. En cambio, el poder del Estado ha crecido en forma fenomenal, contra la propia visión de Marx quien predijo el "marchitamiento del Estado" y, además, propuso adelantar iniciativas populares conducentes a este fin. Por fortuna, la crisis de las izquierdas ha producido reacciones positivas como Solidaridad en Polonia, reconsideraciones en Vietnam y glasnost en la Unión Soviética. Esta saludable tendencia, si continúa, podrá ser uno de los pocos puntos luminosos en la situación contemporánea que, por lo demás, sigue siendo peligrosa e inhumana.

No obstante, en sociedades de una categoría distinta, por ejemplo varios países africanos al sur del Sahara la diferenciación de clases en microniveles y la opresión clasista no son significativas; pero las estructuras directivas de la sociedad permanecen en manos de otras élites, que han asumido la tarea de "promover el desarrollo" al nivel popular. Esto ha dado por resultado el aumento del poder del Estado y el dominio de la burocracia sobre el pueblo, una burocracia por lo general corrompida e incapaz de generar verdadero progreso para la sociedad.

La IAP hasta ahora nos ha permitido estudiar esta trágica situación y obrar sobre ella, reconociendo la incidencia de las relaciones que se forman entre conocimientos diversos. Esto supera el ritual de los análisis que se hacen rutinariamente sobre la producción material, y nos ayuda a justificar la persistencia cíclica de nuestro enfoque. Como se recuerda en páginas anteriores, podemos comprender que, a fin de dominar al pueblo y hacerlo dependiente y sumiso en espera de liderazgo e iniciativa (sea para el llama-

do "desarrollo", sea para el cambio social), el arma decisiva en manos de las élites ha sido la supuesta autoridad de los conocimientos formales sobre el conocimiento popular. Lo formal ha sido propiedad exclusiva de esas élites. Grupos que se han arrogado la postura de vanguardias se han servido de esos conocimientos formales como medio para hacer valer sus credenciales como conductores del pueblo hacia movilizaciones revolucionarias, así como para la reconstrucción posrevolucionaria. De igual modo, en otras sociedades, líderes provistos de sus propias credenciales educativas (y además acompañados de una cohorte de profesionales a sus órdenes) han tenido la misma presunción.

Por tanto, las relaciones desiguales de producción de conocimiento vienen a ser un factor crítico que perpetúa la dominación de una elite o clase sobre los pueblos. Esas relaciones desiguales producen nuevas formas de dominación si las antiguas no se eliminan con cuidado o previsión. Creemos y afirmamos que la IAP puede seguir siendo durante un buen tiempo un movimiento mundial dirigido y destinado a cambiar esta situación, a estimular el conocimiento popular, entendido como sabiduría y conocimientos propios, o como algo que ha de ser adquirido por la autoinvestigación del pueblo. Todo ello con el fin de que sirva de base principal de una acción popular para el cambio social y para un progreso genuino en el secular empeño de realizar la igualdad y la democracia.

Hemos esperado que, como parte de este empeño, la investigación-acción participativa se proyecte "más allá del desarrollo" y más allá de sí misma hacia una humanística reorientación de la tecnología cartesiana y de la racionalidad instrumental. Hemos tratado de hacerlo dando más importancia a la escala humana y a lo cualitativo, y desmitificando la investigación y su jerga técnica (cf. Feyerabend 1987). Así mismo, hemos trabajado para que simultáneamente la sabiduría popular y el sentido común se enriquezcan y se defiendan para el necesario progreso de las clases trabajadoras y explotadas dentro de un tipo de sociedad más justa, más productiva y más democrática (cf. Boudon 1988). El empeño nuestro ha sido tratar de combinar esos dos tipos de conocimientos, con la mira de que se inventen o se adopten técnicas apropiadas sin destruir raíces culturales particulares.

Es esta una tarea esencial que nos atañe a nosotros y a muchos más, una tarea en la que el mejor y más constructivo conocimiento académico se pueda subsumir con una pertinente y congruente ciencia popular y tradicional. Los activistas de la IAP hemos venido construyendo "puentes para el reencantamiento" entre las dos tradiciones. Parece importante perseverar en esta tarea, a fin de producir una ciencia que en verdad libere un conocimiento para la vida.

Por otra parte, queda el asunto de la índole problemática del poder estatal de hoy con sus inclinaciones y expresiones violentas. Nos hemos acostumbrado a ver el centralizado Estado-nación como algo dado o natural, como un fetiche. En realidad, se ha gastado mucha energía para construir tales máquinas y estructuras de poder durante varias generaciones, desde el siglo XVI, con los nada satisfactorios resultados antes expuestos. Hoy los practicantes de nuestra metodología, así como personas de muchas otras vertientes, nos estamos dando cuenta de la necesidad de refrenar ese violento poder estatal y dar otra oportunidad a la sociedad civil, la oportunidad de recargar sus baterías y de articular y poner en acción su difusa

potencia. Es éste el poder del pueblo. Se trata de un esfuerzo que se extiende de abajo hacia arriba y de las periferias a los centros, un empeño en dejar de alimentar de manera incondicional el poder derivativo del Príncipe (tengase en cuenta lo que con dramáticos resultados ocurrió hace poco en México, en Haití, en Chile, en las Filipinas). De ahí la tendencia actual a la autonomía, la independencia, la descentralización, el movimiento insurgente de las regiones y provincias, así como la reorganización de obsoletas estructuras nacionales emprendida por muchos grupos de base y por recientes movimientos culturales, étnicos, sociales y políticos y, en diferentes partes, también por las Instituciones Democráticas de Apoyo Popular, muchas de las cuales han tenido alguna relación con la IAP o han sido estimuladas por ella.

Gran parte de nuestro mundo contemporáneo (especialmente en el Occidente) se ha construido sobre una base de odio, codicia, intolerancia, patriotería, dogmatismo, autismo y conflicto. La filosofía de la IAP estimula lo dialécticamente opuesto a esas actitudes. Si el binomío sujeto/objeto ha de ser resuelto con una dialógica horizontal, como lo exige la investigación participativa, este proceso tendrá que afirmar la importancia de "el otro" y tornarnos heterólogos a todos. Respetar diferencias, escuchar voces distintas, reconocer el derecho de nuestros prójimos para vivir y dejar vivir o, como diría Michael Bakhtin, sentirlo "exotópicó": todo esto bien puede llegar a ser un rasgo estratégico de nuestra época. Cuando nos descubrimos en las otras personas, afirmamos nuestra propia personalidad y nuestra propia cultura, y nos armonizamos con un cosmos vivificado.

Parece que estos ideales pluralistas, destructores/constructores a lo yin y el yang, van relacionados con profundos sentimientos de las masas populares en pro de la seguridad y la paz con justicia, en defensa de múltiples y valoradas maneras de vivir y a favor de una resistencia global contra la homogeneización. Se nutren con un regreso a la naturaleza en su diversidad y se fortalecen como una reacción de supervivencia ante los tipos y actos de dominación (casi siempre de temple machista) que tienen a este mundo medio destruido, culturalmente menos rico y amenazado por fuerzas mortíferas.

Si la investigación-acción participativa facilita esta tarea, de manera que ganemos una libertad sin furias y logremos una ilustración con transparencia, es posible justificar la permanencia plena de sus postulados. Será su función la de producir un enlace, en la práctica y en la teoría, con subsecuentes etapas evolutivas de la humanidad. Aquel viejo compromiso con la vida, sigue latente.

Ginebra (Suiza) y Bogotá (Colombia), agosto de 1988.

Orígenes universales y retos actuales de la IAP
(Investigación Acción Participativa)

A finales del año pasado recibí de la Universidad de Bath (Inglaterra) una invitación para contribuir, con mis memorias y apreciaciones personales, a un Manual Internacional de Investigación Acción que publicará SAGE en Londres. Decidí aceptar por tres razones: 1) Creo llegado el momento de hacer un balance histórico-intelectual de lo realizado sobre el tema en varios países, en especial en Colombia que fue uno de los pioneros. 2) El Manual puede ser una contribución a la búsqueda de paradigmas alternos en las ciencias contemporáneas, lo que volverá a discutirse en el próximo Congreso Mundial de la IAP en Australia en septiembre del 2000. 3) Quise que Análisis Político y su público conocieran antes estas reflexiones, por cuanto debemos al IEPRI mucho del impulso mundial del tema mediante su auspicio del Congreso de 1997. Esta es entonces la versión española de la que se leerá posteriormente en inglés, con lo que aspiro a cerrar el ciclo de mis intervenciones publicadas sobre la materia (que Análisis Político inauguró en 1988), dejando paso a los que vienen.

Los últimos treinta años fueron testigos de una deliberada transición en la forma como se han venido examinando las relaciones entre la teoría y la práctica. A partir de la conocida insistencia académica sobre la neutralidad valorativa y la independencia en la investigación, por las insatisfacciones que éstas producen resultó compulsivo para muchos asumir posiciones personales más definidas en cuanto a la evolución de las sociedades. Las recurrentes crisis estructurales que todos experimentamos lo han venido haciendo necesario.

Esas tensiones vitales activaron en estos años conocimientos y técnicas relativamente nuevas, comprometidas de lleno con la acción social y política, que han tenido como objetivo inducir las transformaciones consideradas necesarias. Las condiciones para llevar a cabo tales tareas parecían y siguen siendo evidentes: se hallan a flor de tierra en regiones pobres y subdesarrolladas, donde una explotación económica extrema y dura ha ido acompañada de destrucción humana y cultural.

El presente artículo explica cómo un buen grupo de intelectuales (sociólogos, economistas, antropólogos, teólogos, comunicadores, etc.), entre ellos el autor, preocupados por situaciones tan problemáticas, trabajamos para hacerles

frente. Trataré de describir las principales formas que ha tenido aquella búsqueda, en la que han confluido una metodología participativa de investigación y una filosofía positiva de vida y de trabajo. Además, me referiré a algunos de los "retos del futuro" que se evidenciaron y discutieron en el Congreso Mundial de Convergencia Participativa realizado en Cartagena en 1997.

1970: un año crucial

El primero de una serie de puntos de inflexión afectados por las invivibles situaciones que observábamos, ocurrió en 1970. Entendíamos que las crisis se producían por la expansión del capitalismo y por la modernización globalizante, fenómenos que estaban acabando con la textura cultural y biofísica de las ricas y diversificadas comunidades que conocíamos. Guardar silencio y hacernos los ciegos ante el colapso de valores y actitudes sobre la naturaleza y los seres humanos que creíamos positivas, era una tragedia que sufríamos como en carne propia.

Para prepararnos mejor en tan difíciles coyunturas, tuvimos necesidad de hacernos una autocrítica radical así como de reorientar la teoría y la práctica social. La experiencia iba en contravía de nuestras concepciones sobre la racionalidad y el dualismo cartesianos y sobre la ciencia "normal": de éstas no podíamos derivar respuestas certeras ni obtener mucho apoyo, en especial de las universidades e instituciones donde nos habíamos formado profesionalmente. En consecuencia, a medida que nos sentíamos más y más insatisfechos con nuestro entrenamiento y con nuestro aprendizaje, algunos de nosotros rompimos las cadenas y decidimos abandonar la academia.

Fue precisamente en el curso del año de 1970 cuando empezamos a crear instituciones y formalizar procedimientos alternos de investigación y acción, enfocados hacia los problemas regionales y locales en los que se requerían procesos políticos, educativos y culturales emancipativos. Curiosamente, estos esfuerzos sobre la sociedad y la cultura se realizaron de manera independiente y casi al mismo tiempo en continentes diferentes, sin que ninguno hubiera sabido de lo que los otros estaban haciendo. Fue como una telepatía inducida por la urgencia de comprender la naturaleza del mundo trágico y desequilibrado que se estaba formando. También acusamos el estímulo de las revoluciones políticas del siglo XX.

Entre aquellos trabajos de 1970 que tuvieron efecto considerable en nuestras subsecuentes actividades con el empleo de la Investigación (Acción) Participativa que se fue formando[1], destaco los siguientes:

- La aparición del Bhoomi Sena (Ejército de la Tierra) en Maharashtra, India, con masivas tomas pacíficas de tierra dirigidas por Kaluram, un científico social que nunca terminó sus estudios, pero que asistió en la formulación de principios básicos de IP.[2]

1 En este artículo colocaré la palabra "Acción" entre paréntesis para intercambiar los términos IAP e IP por considerarlos sinónimos, como más adelante lo explico.

2 La Fundación Dag Hammerskjöld de Uppsala, Suecia, publicó un informe detallado de esta extraordinaria experiencia, escrito por un grupo de científicos sociales comprometidos: G.V.S. de Silva y Ponna Wignaraja (de Sri Lanka), Niranjan Mehta (de la India) y Md. Anisur Rahman (de Bangladesh). En el informe se señaló que "activistas y cuadros [de inspiración socialista] se unieron a nosotros como colaboradores en la investigación... para que en conjunto creáramos conocimiento". Bautizaron este método como "investigación participativa", yendo más allá de lo dialógico. Ver: De Silva, G.V.S., P. Wignaraja, N. Mehta, M.A. Rahman. (1979). "Bhoomi Sena, A Struggle for People's Power". En: Development Dialogue. Uppsala No. 2, p. 3-70.

- La organización y registro formal en el Ministerio de Justicia de una de las primeras ONG de Colombia, la Rosca de Investigación y Acción Social, fundada por un grupo de profesores que habíamos abandonado los predios universitarios y empezábamos a cooperar con campesinos e indígenas para combatir el latifundio.[3]
- La terminación de un proyecto de inmersión participativa de cinco años en la aldea de Bunju en Tanzania, por la antropóloga Marja Liisa Swantz, proyecto que abrió posibilidades de investigación alternativa en el África y en otras partes del mundo.[4]
- La comunicación subterránea, de mano en mano, que facilitó la lectura en el Brasil del clásico libro de Paulo Freire, Pedagogía del oprimido, antes de su publicación por fuera del país durante el mismo año. Paulo, quien ya estaba exilado por la dictadura militar, encontró un hogar intelectual en el Centro IDAC del Consejo Mundial de Iglesias, Ginebra, Suiza, que dirigían los educadores Miguel y Rosisca Darcy de Oliveira.[5]
- Como en el Brasil, durante el mismo año en México, Guillermo Bonfil y un grupo de colegas iniciaron acciones críticas en la Universidad Nacional Autónoma para exigir cambios en la orientación del departamento de antropología.[6] Otro crítico, Rodolfo Stavenhagen, trabajaba entonces en Ginebra en el Instituto de Estudios Laborales terminando su influyente ensayo, "Cómo descolonizar las ciencias sociales aplicadas", y preparándose para regresar a su país y fundar el innovador Instituto de Cultura Popular.[7]

3 Fals Borda, O. (1979) "The problem of investigating reality in order to transform it". (Dialectical Anthropology. Vol. 4, No. 1, p. 33-56). También en Simposio de Cartagena 1979 y el libro Por la praxis. (Bogotá, Colombia: Tercer Mundo, 1980) y sucesivas ediciones. La Fundación Rosca incluía, además del presente autor, a los colegas Augusto Libreros, Jorge Ucrós, Víctor Bonilla, Gonzalo Castillo, Carlos Duplat y muchos otros que trabajaron en diversos frentes. Nos guió el marxismo humanista y revivimos pensadores como Gramsci, Lukacs y Mandel. Conceptos no muy populares entonces, como praxis, la dicotomía sujeto-objeto y el sentido común fueron introducidos y discutidos. Dogmas como el de la "ciencia del proletariado" fueron rechazados por falta de evidencia empírica. Elaboraciones comparadas de la IAP se encuentran en Fals Borda, O. & Rahman, M.A. (eds.) (1991). Action and Knowledge: Breaking the Monopoly with PAR. (Nueva York/Londres: Apex Press and Intermediate Technology Publications). Edición en español: Acción y conocimiento. Bogotá, Colombia: CINEP, 1991, y en otras fuentes citadas más adelante. Sobre nuestros esfuerzos de independencia intelectual, ver: Fals Borda, O. (1986). Ciencia propia y colonialismo intelectual. (México, México: Nuestro Tiempo, 1970. Ver la más completa tercera edición de 1986).

4 El primer trabajo de Swantz no fue auspiciado por la universidad y tampoco tuvo la orientación de ninguna teoría política, no obstante infundió el impulso necesario para aportar conocimiento de apoyo a pueblos marginados de la región. Poco después ella inició otro proyecto con la tribu pastoril Massai en Jipemoyo (Tanzania), con la colaboración de Kemal Mustafa, Odhiambo Anacleti y otros colegas del Ministerio de la Cultura de Tanzania, que tuvo influencia en sucesivos trabajos y enfoques sobre "investigación-acción" y desarrollismo. Swantz, M.L. (1978). "Participatory Research as a Tool for Training, the Jipemoyo Project in Tanzania". En: Assignment Children., No. 41, UNICEF, p. 93-109. Y Swantz, M.L. (1986). Ritual and Symbol in Transitional Zaramo Society. Helsinki.

5 Los boletines del IDAC en tres idiomas sobre la IP tuvieron una amplia repercusión, con resultados considerables en México/Holanda (Anton de Schutter), Chile/Venezuela (Francisco Vío Grossi, Marcela Gajardo), India (Rajesh Tandon, Smitu Kothari), Nicaragua/Francia/Holanda (Guy Le Boterf, Marc Lammerink), Perú/Holanda (Vera Gianotten, Ton de Wit), etc.

6 Bonfil, G. (1970). "La antropología social en México: Ensayo sobre sus nuevas perspectivas". En: Anales de Antropología No. 7. México. Warman, A. (Et al.) (1970). De eso que llaman antropología mexicana. México, México: Nuestro Tiempo. Otro pionero mexicano, el antropólogo Ricardo Pozas, expuso sobre técnicas de la IP durante el 9o. Congreso Latinoamericano de Sociología en México en 1969. Esta fue una ocasión extraordinaria para considerar ideas radicales sobre cambios sociales y académicos.

7 Stavenhagen, R. (1971). "Decolonialising Applied Social Sciences". En: Human Organization Vol. 30, No. 4, p. 333-344. Stavenhagen propuso "observación activa" más allá de la clásica observación participante, porque los científicos no pueden "rehusarse a decidirse" y para el efecto "deben destacar problemas y crear nuevos modelos que tomen el lugar de aquellos que se descarten, y si se puede,

Durante el mismo año, hubo esfuerzos dispersos, pero convergentes, en Paris, Ginebra y México donde aparecieron materiales de apoyo sobre "engagement" (compromiso), subversión, herejía, liberación y crisis política. Estos materiales fueron publicados en la revista Aportes, en la serie de lecturas de conferencias del Foyer John Knox, y en la nueva casa editorial "Nuestro Tiempo".[8] Y más que coincidencial, luego de la rebelión parisina estudiantil de 1968, salieron a la palestra los maestros de la Escuela de Frankfurt, y Tom Bottomore, Henri Lefebvre y Eric Hobsbawm, entre otros, que impulsaron la transformación en ciernes y desafiaron la institucionalidad dominante.

Fue también especialmente valiosa para nosotros la aparición en 1970 de la edición en la Universidad de Minnesota del libro Contra el método, de Paul K. Feyerabend, distinguido colega de Thomas Kuhn el reformulador del concepto de paradigma. Este libro nos suministró munición adicional para avanzar en los empeños de transformación sociopolítica de nuestras sociedades, ya que presentaba tesis sobre la utilidad del anarquismo como filosofía para reconstruir la epistemología, y para disponer de mejores bases en la práctica científica.

Algunas preocupaciones iniciales

Al discurrir la década de los 70, nos resultó cada vez más claro que la I(A)P necesitaba de nuevos elementos conceptuales que guiaran nuestro trabajo. Queríamos ir más allá de los primeros e inseguros pasos que habíamos dado con la psicología social (Lewin), el marxismo (Lukacs), el anarquismo (Proudhon, Kropotkin), la fenomenología (Husserl, Ortega), y las teorías liberales de la participación (Rousseau, Owen, Mill). No nos pareció suficiente hablar sólo de acción o de participación. También sentimos la necesidad de continuar respetando la validez inmanente de la metodología crítica, aquella que dispone de una sola lógica para la investigación científica, tal como nos lo enseña.[9] Queríamos realizar nuestras tareas con la misma seriedad de propósitos y cultivada disciplina a que aspiran aún las universidades.

De estas urgencias de los años 70 derivamos las preocupaciones iniciales del qué hacer. Además de establecer las reglas de una ciencia rigurosa y pertinente, quisimos prestar atención al conocimiento de las gentes del común. Estuvimos dispuestos a cuestionar los meta-relatos de moda, como

---

actuar cuando sea necesario". De los once comentaristas de este artículo, ocho se declararon de acuerdo con Stavenhagen. Su presencia en el Congreso Mundial de Cartagena en 1997 fue uno de los motivos de máximo interés en la reunión. Véase una versión completa de este artículo en Salazar, M.C. (ed.) (1992). Investigación Acción Participativa: Orígenes y desarrollo. Bogotá, Colombia: Cooperativa Magisterio, p. 37-64. En este útil libro también se encuentran los aportes centrales de Lewin, Tax, Kemmis y Park mencionados en este artículo.

8 Agulla, J.C. (1970). "Protesta, subversión y cambio de estructuras". En: Aportes. No. 15, París, p.47-61. Fals Borda, O. (1970). "La crisis social y la orientación sociológica". En: Aportes. No. 15, París, p. 62-76. Fals Borda, O. (1970). Subversión y desarrollo en América Latina.Ginebra, Suiza: Foyer John Knox. (También en inglés y en francés). Fals Borda, O. (1970). Ciencia propia y colonialismo intelectual. México, México: Nuestro Tiempo. Ver la más completa tercera edición (1986) que refuerza la actitud de independencia intelectual que queremos. Warman, A. (et al.) (1970). De eso que llaman antropología mexicana. México, México: Nuestro Tiempo. En estos libros y artículos se hace referencia a la "sociología de la liberación" inspirada por la Revolución Cubana y los escritos y vida práctica del sociólogo, guerrillero y sacerdote Camilo Torres Restrepo.

9 Gadamer, H.G. (1960/1994). Truth and Method. Nueva York, USA: Continuum.

el liberalismo y el desarrollismo. Descartamos nuestra jerga especializada con el fin de comunicarnos en el lenguaje cotidiano y hasta con formas de multimedia. Y ensayamos procedimientos novedosos de cognición, como hacer investigación colectiva y con grupos locales con el propósito de suministrarles bases para ganar poder. Ahora, con el beneficio del retrovisor, podemos ver que, en algunas formas, nos anticipamos al postmodernismo. Cuando nosotros trabajábamos así, los pensadores de esta corriente apenas iniciaban su juego. Creo que nosotros los desbordamos cuando buscamos articular los discursos con experiencias prácticas y observaciones concretas en el terreno, en lo que llegamos a diferenciarnos de ellos.

A partir de esta serie de preocupaciones prácticas, asumimos tres grandes retos relacionados con la deconstrucción científica y reconstrucción emancipatoria que queríamos realizar. El primer reto tuvo que ver con las relaciones entre ciencia, conocimiento y razón; el segundo, con la dialéctica entre teoría y práctica; y el tercero, con la tensión entre sujeto y objeto. A continuación me referiré sucintamente a cada uno de estos retos y a las formas como tratamos de asumirlos.

Sobre la ciencia, el conocimiento y la razón

Para empezar a dirimir estas cuestiones, pusimos en entredicho la idea fetichista de ciencia-verdad que nos había sido transmitida como un complejo lineal y acumulativo de reglas confirmadas y leyes absolutas. Empezamos a apreciar, en los hechos, que la ciencia se construye socialmente, y que por lo tanto queda sujeta a interpretación, reinterpretación, revisión y enriquecimiento. Nos pareció obvio postular que el criterio principal de la investigación debería ser la obtención de conocimientos útiles para adelantar causas justas. De allí provino la dolorosa confirmación de nuestra propia incapacidad para adelantar estas tareas, pero también la esperanza de descubrir otros tipos de conocimiento a partir de fuentes reconocidas pero no suficientemente valoradas, como las originadas en la rebelión, la herejía, la vida indígena y la experiencia de la gente del común.

Al descubrir las formas de producir convergencias entre el pensamiento popular y la ciencia académica, creo que pudimos ganar un conocimiento más completo y aplicable de la realidad, en especial para y por aquellas clases desprotegidas que tienen necesidad de apoyos científicos. Hallamos que era posible y conveniente efectuar estas convergencias. La necesaria armonía intelectual de la nueva experiencia pudo obtenerse apelando a aquellos pioneros que se habían apartado de algunas formas del empirismo lógico, del positivismo y/o del funcionalismo. Así, de Kurt Lewin y Sol Tax tomamos el concepto triangular de la "investigación acción" (IA). Del informe de Daniel P. Moynihan sobre la pobreza (para el gobierno del Presidente Johnson de los Estados Unidos)[10], dedujimos que la IA era en efecto aplicable en comunidades no muy consideradas, como las negras, lo que estimuló la serie posterior de "subaltern studies". Y el educador americano Myles Horton, junto con los mineros del carbón de los montes Apalaches, logró fundar el Centro Educativo e Investigativo de Highlander, que se convirtió en un bastión de la IP.[11]

10 Cf. Birnbaum, N. (1971). Toward a Critical Sociology. Nueva York, USA: Oxford University Press.

11 Lewis, H.M. (1997). "Myles Horton, Pioneer in Adult Eduction", Ponencia 6, Congreso Mundial

Para discutir el difícil problema del propósito de la ciencia y del conocimiento, empezamos a examinar con mayor cuidado los conceptos de racionalidad transmitidos desde el siglo XVII. Ahí constaban la operatividad racional de Newton y la razón instrumental de Descartes para comprender y controlar la naturaleza. Como se sabe, estas ideas adquirieron de manera implícita un componente autoobjetivo identificado luego con el cientifismo. Pero, en cambio, también aparecieron los argumentos de Bacón y Galileo sobre la práctica y las necesidades comunitarias, con el fin de justificar la existencia de la ciencia y explicar las funciones generales de la vida cotidiana. Estos dos procedimientos, que quedan igualmente sujetos a procesos de causa y efecto, pueden sumarse si recordamos que el conocimiento popular siempre ha sido fuente del conocimiento formal. Por lo tanto, el principio de acumulación académica con sabiduría del común se convirtió en un importante cartabón teórico para nuestro movimiento, sin necesariamente darle siempre la razón al pueblo. Tratamos de hacer un rescate crítico de lo popular evitando las trampas de la apología del populismo.

Igualmente confirmamos nuestra impresión de que este proceso cognitivo tenía un componente ético. Al dar por sentada la vida corriente y dejarla de lado, con la racionalidad instrumental se había permitido acumular un potencial letal que puede llevar al genocidio y a la destrucción mundial, como lo hemos palpado en nuestro siglo. Los científicos instrumentales pueden así descubrir fórmulas que capaciten llegar a la luna; pero sus prioridades y valores personales les impiden resolver los sencillos problemas de la campesina que debe buscar cada día el agua para su casa. Lo primero es de interés del desarrollo técnico; lo segundo es expresión de inhumanidad e inequidad.

Por estas razones llegamos a declarar que las gentes del común merecen conocer más sobre sus propias condiciones vitales para defender sus intereses, que aquellas otras clases sociales que han monopolizado el saber, los recursos, las técnicas y el poder mismo, es decir, que debemos prestar a la producción del conocimiento tanta o más atención que a la producción material. Así podíamos inclinar la balanza en pro de la justicia para los grupos desprotegidos de la sociedad.

En esta forma, la ciencia bien concebida exige tener una conciencia moral, y la razón habrá de ser enriquecida -no dominada- con el sentimiento. Cabeza y corazón tendrían que laborar juntos, enfocando desafíos que no se pueden encarar sino con posiciones éticas que busquen equilibrar lo ideal con lo posible mediante la aplicación de una epistemología holística. Estos argumentos, que tienen que ver con la construcción de un paradigma científico satisfactorio, los elaboro más adelante.

Sobre teoría y práctica

Al entender más claramente cómo el conocimiento popular podía ser congruente con la heredad de la ciencia académica, tuvimos que descartar al-

de Cartagena. Horton, M. & Freire, P. (1990). We Make the Road by Walking. Philadelphia: Temple University Press. Mientras tanto, como otros soportes: el sociólogo C. Wright Mills ya venía criticando a las ciencias sociales por su falta de imaginación; Alvin Gouldner había hecho lo mismo al no encontrarse con ninguna sociología reflexiva de basamento ético; y Barrington Moore estaba produciendo su inigualado análisis de la democracia y la injusticia. En cambio, la ciencia económica nos resultó falla, por su insistencia, sin fundamento suficiente, en aparecer como ciencia exacta, interpretación que había sido fuertemente rechazada por Gunnar Myrdal y otros economistas más humanos.

gunas definiciones profilácticas de "compromiso" (compromiso-pacto) que nos habían enseñado. Advertimos que aquellos colegas que aducían trabajar con neutralidad y objetividad absoluta, terminaban voluntaria o involuntariamente apoyando el *statu quo*, con lo que obscurecían la realidad o buena parte de ella, e impedían las transformaciones sociales y políticas en las que estábamos inmersos o que ansiábamos impulsar. Rechazamos la tradición académica de utilizar (y a veces explotar) la investigación y el trabajo de campo principalmente para hacer carrera.

Estas preocupaciones nos llevaron a dos etapas difíciles y algo peligrosas: 1) la de descolonizarnos, esto es, descubrir en nuestras propias mentes y conductas aquellos rasgos reaccionarios que se nos habían implantado, mayormente por el proceso educativo; y 2) la de la búsqueda de una estructura valorativa basada en la praxis que, sin olvidar las reglas de la ciencia, pudiera dar soporte a nuestra obra.

Este compromiso-acción, inspirado en la praxis, encontró fundamento en la actividad iconoclasta de líderes del Tercer Mundo como el sociólogo-sacerdote guerrillero Camilo Torres en Colombia, a quien delineamos como prueba del "subvertor moral"; del educador Paulo Freire tomamos el atrevido modelo de la "concientización dialógica"; del Mahatma Gandhi, la práctica de la no-violencia; y del presidente tanzanio Julius Nyerere, sus políticas de "ujamaa" para el progreso y la justicia en las atrasadas aldeas africanas.

Vimos, por fortuna, que no estábamos solos en estas luchas prácticas por la transformación social. En América Latina (además de los pioneros trabajos de los socialistas José Carlos Mariátegui, Ignacio Torres Giraldo y otros), revisamos los aportes pertinentes de escritores como el brasilero L. A. Costa Pinto sobre resistencias al cambio; y los análisis de la explotación por el mexicano Pablo González Casanova. En el África, los estudios del imperialismo por el economista Samir Amin fueron indispensables, así como el examen de algunas experiencias sobre "recherche action" en Senegal.[12]

Uno de los problemas específicos que tuvimos, se radicó en las tendencias hacia la auto-objetivación en las ciencias a que hice alusión antes. El cientifismo y la tecnología, dejados solos, podían producir una gran masa de datos e informaciones redundantes, como ocurrió en los Estados Unidos entre los positivistas, funcionalistas y empíricos enloquecidos por explicar formas de integración social. Nosotros, en cambio, tratamos de teorizar y obtener conocimientos a través del involucramiento directo, la intervención o la inserción en procesos concretos de acción social. Esta solución alivió un tanto la separación cíclica entre teoría y práctica. También fue posible rescatar entre nosotros las tradiciones utópicas y activas de fundadores sociológicos como Saint-Simon, Fourier y Comte, y aprender de movimientos sociopolíticos del siglo XIX como el cooperativismo, la alfabetización, el Cartismo, el feminismo y el sindicalismo.

En este punto estratégico de nuestro desarrollo intelectual y político, entró el importante contingente de los educadores comprometidos con la

12 Más tarde, en Europa descubrimos los estudios críticos sobre "contracorrientes" en las ciencias, de Helga Nowotny y Hilary Rose; la crítica de Karl Polanyi al "observador independiente"; la historia obrera de E.P. Thompson; la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas; las teorías de la acción y de los movimientos sociales, de Alain Touraine; los conceptos de "habitus" y "objetivación participante" de Pierre Bourdieu; las desmitificantes lecciones de Foucault, Lyotard y Todorov sobre la realidad social y la retórica académica. Los grandes insumos intelectuales de estos pensadores europeos, sin ser de nuestra corriente participativa, nos dieron confianza en lo que estábamos haciendo.

praxis, los de la educación popular y de adultos, y los trabajadores sociales. Seguimos entonces el rumbo señalado por Freire y Stenhouse sobre la necesidad de combinar la enseñanza y la investigación, y de trascender la rutina pedagógica con fines de alcanzar claridad comunicativa, justicia social y avivamiento cultural. El Consejo Internacional de Educación de Adultos (ICAE) del Canadá, con la dirección de Budd Hall, organizó una red mundial de IP con nodos en Nueva Delhi, Dar-es-Salaam, Ámsterdam y Santiago de Chile, y publicó la influyente revista Convergence. Casi simultáneamente, en la Universidad de Deakin, Australia, un grupo de profesores encabezados por Stephen Kemmis empezaron a trabajar con los Aborígenes Yothu-Yindi y a producir conceptos centrales de la I(A)P como la "espiral", el "ritmo reflexión-acción" y la "investigación emancipativa".[13]

Finalmente, fue Bacón quien otra vez nos resolvió los dilemas que se crean por la acción directa y la primacía de lo práctico. En su folleto de 1607 titulado, *Pensamientos y conclusiones*, leímos: "En la filosofía natural, los resultados prácticos no son sólo una forma de mejorar condiciones, sino también una garantía de la verdad... a la ciencia se le debe reconocer por sus obras, como ocurre con la fe en la religión. La verdad se revela y establece más por el testimonio de las acciones que a través de la lógica o hasta de la observación". De modo que proseguimos con mayor convicción a adoptar la guía de que la práctica es determinante en el binomio teoría/praxis, y la de que el conocimiento debe ser para el mejoramiento de la práctica, tal como lo enfatizaron los educadores de la concientización.

Sobre el sujeto y el objeto

Evitamos igualmente extender al campo de lo social aquella distinción positivista entre sujeto y objeto que se ha hecho en las ciencias naturales, y en esta forma impedir la mercantilización o cosificación de los fenómenos humanos que ocurre en la experiencia investigativa tradicional y en las políticas desarrollistas. Sin negar características disímiles estructurales en la sociedad, nos parecía contraproductivo para nuestro trabajo considerar al investigador y al investigado, o al "experto" y los "clientes", como dos polos antagónicos, discordantes o discretos. En cambio, queríamos verlos a ambos como seres "sentipensantes", cuyos diversos puntos de vista sobre la vida en común debían tomarse en cuenta conjuntamente.

La resolución de esta tensión nos llevó a adoptar lo que Agnes Heller[14] llamó después "reciprocidad simétrica"[15], que incluye respeto y aprecio mutuos entre los participantes y también entre los humanos y la naturaleza, con el fin de arribar a una relación horizontal de sujeto a sujeto. Además, la resolución de esta tensión se nos convirtió en otra forma de definir lo que es una auténtica participación, distinta de las versiones manipuladoras de liberales conocidos (como la del politólogo Samuel Huntington), y como una fórmula para combinar diferentes clases de conocimiento. Al aplicarse plenamente,

13 Carr, W. & Kemmis, S. (1986). Becoming Critical: Knowledge, Education and Action Research. Londres, UK: Falmer Press. Ver capítulo de Kemmis en Salazar. Op. Cit.

14 Heller, A. (1989). "From Hermeneutics in Social Science Toward a Hermeneutics of Social Science". En: Theory and Society. Vol. 18, No. 3, p. 304-305.

15 Según Heller, el propósito central de la ciencia social es "hacernos libres", es decir, tiene una connotación liberadora o emancipativa. Una contribución importante en este campo es la de Denzin, N.K. y Lincoln, Y.S. (1994). Handbook of Qualitative Research. Londres: Sage. Parte V.

esta filosofía participativa podía producir cambios en la conducta personal, y también transformaciones sociales y colectivas, como en los movimientos políticos (por ejemplo, los de participación popular en Colombia que fueron incorporados a la Constitución de 1991).

Estos principios de horizontalidad tuvieron consecuencias prácticas en nuestras tareas investigativas. Por ejemplo, las encuestas o cuestionarios debían concebirse y construirse ahora de manera diferente, no vertical o autoritariamente, sino con plena participación de los entrevistados, desde el mismo comienzo. Se hizo posible la investigación colectiva o grupal, con ventajas en la obtención de datos más interesantes, con resultados ajustados y triangulados. Y aquella barrera en las relaciones entre los intelectuales y las gentes de las bases y sus líderes pudo vencerse un tanto. Tratamos de convertir el sentido común en el "buen sentido" de Antonio Gramsci recuperando su consejo de sobreponerse a las tendencias autoritarias de la religión y el mismo sentido común, con el fin de inducir transformaciones libres para la cohesión y la acción social. Aunque la "organicidad" no fuera necesariamente partidista, en esto nos identificamos como "intelectuales orgánicos" de las bases, como aquel pensador lo había recomendado, y conformamos nuevos "grupos de referencia" con líderes de las bases populares. Estos pronto reemplazaron a los profesores universitarios que habían sido nuestros referentes en épocas formativas.

Una vez reconocida la relación vital y simétrica de la investigación social, procedimos a inventar la técnica de la "restitución" o "devolución sistemática" con fines comunicativos, para facilitar la apropiación social del conocimiento. El papel fundamental del lenguaje fue reconocido. Tuvimos que modificar nuestras costumbres de informar al público para que éste entendiera bien los datos y mensajes reportados. Desarrollamos así una técnica diferencial de comunicación según nivel de alfabetización que tuvo como consecuencia rescatar y corregir la historia oficial o elitista, y reinterpretarla siguiendo intereses diferentes de clase social. Practicamos la imputación acumulativa de información y la proyección simbólica. Desarrollamos cuentos-casetes, folletos ilustrados, vallenatos y salsas protesta, retratos hablados y mapas culturales.

También se afectó el estilo de la escritura, al introducir un procedimiento literario que llamamos del "Logos-Mythos", de dos lenguajes combinados o simultáneos. Según este procedimiento, se combinan los datos "duros" o "datoscolumnas" del meollo del relato –que hay que respetar y citar sin deformar– con una interpretación imaginativa, literaria y artística en la "corteza" del mismo, colocando la información dentro de marcos culturales definidos. Estas técnicas las aprendimos de los novelistas del "boom" latinoamericano: Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez y Eduardo Galeano.[16]

La I(A)P como filosofía de la vida

Durante aquellos años de elaboración de la investigación participativa, tuvimos el privilegio de observar directamente, dentro de los procesos mismos, algunos resultados de nuestra labor. Sin duda los procesos eran

16 Este es el sentido del experimento con las dos columnas paralelas que se observa en Fals Borda, O. (1979-1986). Historia Doble de la Costa. Bogotá, Colombia: Carlos Valencia Editores. 4 tomos, como también se explica en Fals Borda, O. (1996). "A North-South Convergence on the Quest for Meaning". En: Collaborative Inquiry. No. 19, Bath, 1996. Algunos otros autores han hecho presentaciones similares en antropología y medicina, escritos en inglés y francés.

y siguen siendo lentos; pero todo avance logrado en mejorar las condiciones locales y estimular el poder y la dignidad del pueblo, así como la autoconfianza de las gentes de base, resultó siempre en una maravilla, en una experiencia que nos llenaba de satisfacción y que nos formaba a todos, así a los líderes de los grupos de base como a los investigadores orgánicos o llegados de fuera. Vimos que era posible desplegar el espíritu científico aún en las más modestas y primitivas condiciones; que trabajos importantes y pertinentes para nuestros pueblos no tienen por qué ser costosos o complicados. En consecuencia, comprobamos la inutilidad de la arrogancia académica y en cambio aprendimos a desarrollar una actitud de empatía con el Otro, actitud que llamamos "vivencia" (el Erfahrung de Husserl). Nos fue fácil así, con el toque humano de la vivencia y la incorporación de la simetría en la relación social, escuchar bien aquellos discursos que provenían de orígenes intelectuales diversos o que habían sido concebidos en sintaxis culturales diferentes.

El clímax de aquella temprana búsqueda de nuevos tipos de trabajo que combinaran lo científico con lo activista/emancipativo, ocurrió en Cartagena en 1977, cuando se celebró el primer Simposio Mundial de Investigación Activa.[17] Esta reunión resultó en un fructuoso y estimulante intercambio intelectual, en el que participaron, entre otros, nuestro primer epistemólogo, Paul Oquist, quien poco más tarde se convertiría en ministro de la Revolución Sandinista de Nicaragua. Se reclamó la necesidad del paradigma alternativo por el filósofo y educador alemán Heinz Moser. Escuchamos advertencias juiciosas de científicos políticos como James Petras (Estados Unidos), Aníbal Quijano (Perú) y Lourdes Arizpe (México) en relación con el trabajo científico y la acción política. El profesor Ulf Himmelstrand (Suecia), quien pasaría luego a ser presidente de la Asociación Internacional de Sociología, tendió puentes a los académicos escépticos; y hubo muchas más contribuciones sobre valores sociales, poder popular y vida política.

Se definió entonces a la investigación participativa como una vivencia necesaria para progresar en democracia, como un complejo de actitudes y valores, y como un método de trabajo, que dan sentido a la praxis en el terreno. A partir de aquel Simposio, había que ver a la IP no sólo como una metodología de investigación sino al mismo tiempo como una filosofía de la vida que convierte a sus practicantes en personas sentipensantes. Y de allí en adelante, nuestro movimiento creció y tomó dimensiones universales.[18]

17 Se presentaron 32 ponencias en este Simposio, por delegados de 17 países, que se publicaron por la Fundación Fundarco Simposio de Cartagena (1979). Crítica y política en ciencias sociales. Bogotá, Colombia: Punta de Lanza, 2 tomos. Estos tomos son considerados clásicos. No se hizo edición inglesa (sólo de artículos particulares), pero hubo una edición parcial en alemán como libro Moser, H. & Ornauer. H. (1978). Internationale Aspekte der Aktionsforschung. Munich, Alemania: Kösel Verlag. Estudios recientes y descripcions regionales de la I(A)P pueden leerse, entre otros, en Whyte Whyte, W.F. (eds.) (1991). Participatory Action Research. Londres, UK: Sage; Park, P. (et al.) (1993). Voices of Change: Participatory Research in the United States and Canada. Ontario, Canadá: Oise Press, ver su capítulo en Salazar Op. Cit. y McTaggart, R. (ed.) (1997). Participatory Action Research: International Contexts and Consequences. Ithaca: State University of New York Press. Véase también, por ejemplo, Cabrales, C. & Hernández, J. (eds.) (1997). Una visión participativa de la Costa Caribe colombiana. Cartagena, Colombia: Universidad de Cartagena.

18 El primer Simposio de 1977 aceleró la adopción y difusión de la I(A)P en el mundo. Además de la red internacional de IP auspiciada por el ICAE, la Asociación Europea de Investigación y Adiestramiento para el Desarrollo (EADI) fue más allá del marco de las necesidades básicas una vez que adoptó las conclusiones del proyecto tanzanio de Jipemoyo, en 1978. En 1979, en el Instituto de las Naciones Unidas de Investigaciones para el Desarrollo Social (UNRISD) de Ginebra, Suiza, los

Perspectivas liberacionistas y el nuevo paradigma

Una vez definidos los retos existenciales y revisado críticamente el trabajo realizado o en progreso, nos preguntamos: ¿Qué hacemos con el conocimiento así obtenido? Hé aquí nuestra respuesta relativa: no parece haber salidas únicas, sino que debemos persistir en la transformación y reencantamiento del mundo, en una búsqueda plural y abierta de condiciones de vida más constructivas y mejor equilibradas.

Tal ha sido, en efecto, el tema implícito, y con frecuencia explícito, de nuestras ocho reuniones mundiales.[19] Estos congresos –en especial el realizado en junio de 1997 también en Cartagena, al que asistieron cerca de 2.000 delegados de 61 países[20]– han condenado la situación actual de nuestro mundo y han propuesto fórmulas para superar las incertidumbres del presente. Ni la acumulación del conocimiento científico y sus técnicas, ni las afamadas políticas de desarrollo socioeconómico han resuelto los críticos problemas locales y regionales, tampoco los nacionales. La herencia de la racionalidad que nos dejara la Ilustración no ha sido suficiente y, en consecuencia, las instituciones nacionales e internacionales a cargo de proyectos de desarrollo han visto necesario buscar alternativas. Como se ha demostrado en nuestros congresos y en el terreno, los proyectos de investigación participativa, sin ser únicos, son bastante diferentes, han demostrado éxitos, y su lenguaje se considera ahora "políticamente correcto". De allí que

antropólogos Andrew Pearse y Matthias Stiefel iniciaron una serie de estudios y publicaciones sobre la participación popular. La OIT y la UNESCO hicieron lo mismo con el economista bengalí Md. Anisur Rahman y el Programa MOST. El Comité de Investigaciones sobre Práctica y Transformación Social de la Asociación Internacional de Sociología abrió una sección sobre la IP, con la dirección de Peter Park y Michal Bodemann. Centros importantes de I(A)P se establecieron en Nueva Delhi, Colombo, Santiago, Caracas, Amsterdam y otras ciudades. La enseñanza de esta materia comenzó formalmente en las universidades de Massachusetts, Calgary, Cornell, Caracas, Dar-es-Salaam, Campinas, Managua, Pernambuco, Bath y Deakin. Hoy son innumerables las universidades que lo enseñan incluyendo algunas colombianas. La Sociedad para el Desarrollo Internacional (SID), con la iniciativa de Ponna Wignaraja, organizó en 1980 un Grupo Internacional de Iniciativas de Base (IGGRI) que incluye a Majid Rahnema, Gustavo Esteva, Marja Liisa Swantz, Luis Lopezllera, Ward Morehouse, Rajni Kothari, Smitu Kothari, Paul Ekins, Manfred Max-Neef y el presente autor, entre otros. El Banco Mundial ha organizado su propio Grupo de Estudios de Desarrollo Participativo, con la dirección de los sociólogos Michael M. Cernea y Anders Rudqvist. El Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL), con sedes sucesivas en Santiago de Chile y México, ha jugado importante papel en el campo de la IP con la organización en 1981 de una red regional especial coordinada por el educador brasilero Joao Francisco de Souza. Esta red incluye a casi todos los países latinoamericanos. En las instituciones relacionadas de América Central trabajan activistas intelectuales importantes como Raúl Leis, Oscar Jara, Carlos Brenes y Malena de Montis. En Colombia: Gustavo de Roux, María Cristina Salazar, Ernesto Lleras, Elías Sevilla, Marco Raúl Mejía, Raúl Paniagua, Rosita de Paniagua, Lola Cendales, Rosario Saavedra, Alejandro Sanz de Santamaría, Francisco de Roux, y muchos otros. En Australia, además de las universidades mencionadas, se encuentra la Asociación de Aprendizaje-Acción, Investigación Acción y Gestión de Procesos (ALARPM) que ha estimulado la adopción institucional de estas "escuelas", con el liderazgo de Ortrun Zuber- Skerritt, Ron Passfield, Colin Henry, Yoland Wadsworth, Iaian Govan, y otros.

19 Además del Simposio de 1977, los otros siete congresos mundiales se han llevado a cabo en Ljubljana, Yugoslavia (1979, con auspicio del ICAE); Calgary, Canadá (1989, con auspicio universitario por primera vez); Managua, Nicaragua (1989, con auspicio del CEAAL); Brisbane, Australia (1990 y 1992, en la Universidad Tecnológica de Queensland, con ALARPM); Bath, Inglaterra (1997, en la Universidad de Bath); y otra vez en Cartagena, Colombia (1997, con diversos auspicios nacionales e internacionales). El noveno congreso se ha convocado en la Universidad de Ballarat, Australia, para septiembre del 2000.

20 Cf. Fals Borda, O. (1998). People's Participation: Challenges Ahead. Nueva York/Londres: Apex Press y Intermediate Technology Publications. Edición española: Participación Popular: Retos del futuro, Bogotá, Colombia: COLCIENCIAS, IEPRI, ICFES, 1998.

los desarrollistas apurados (y los académicos, los expertos, los empresarios asustados) hayan hecho estampida para cooptar la I(A)P.[21] Las formas de trabajo y estudio que se consideraban subversivas en 1970 ahora se ven útiles, y se buscan para dar comienzo a un nuevo juego: el de la utopía pluralista que asimila la Razón a la Liberación.[22]

Por supuesto, no es dable hablar hoy de liberación en un mundo postmoderno en aquellos mismos términos intencionales de las revoluciones anteriores, comenzando con la Francesa y terminando con la Cubana. La liberación nacional como resultado de la toma del poder del Estado por la fuerza de las armas no parece tener mucha resonancia hoy, y el síndrome del Palacio de Invierno de nuestros años formativos ya no es aplicable. Pero persisten los viejos ideales del avance personal y social y de la insurgencia política. El sentido del reto progresivo e insurgente ha sido descrito por Immanuel Wallerstein[23] en relación con "dos modernidades": la de la tecnología y la de la liberación. Según su opinión, este par simbiótico conforma "la contradicción cultural central de nuestro moderno sistema mundial, el del capitalismo histórico... que lleva a una crisis moral e institucional".

Este es, pues, el llamamiento contemporáneo a la liberación que debe llevar a una democracia sustantiva y plural y a la realización humana, una "modernidad eterna" que se puede dispensar entre los billones de personas de los países pobres, tal como lo hemos vivido los investigadores de la I(A)P. Creemos que todavía hay necesidad de herejes y de cruzados que adelanten la gran aventura de la emancipación de los pueblos, con el fin de romper el ethos explotador y opresivo que ha saturado al mundo.

Tan inmenso desafío ha llevado a la generación actual de practicantes de la IP a redefinir el compromiso. Se ha sentido la necesidad de fundar las vivencias no sólo en la praxis como viene dicho, sino en algo más allá, porque no es suficiente con llegar a ser un mero activista. Ello ha llevado a añadir al concepto marxista-hegeliano de praxis, otro de Aristóteles: el de "frónesis". La frónesis debe suministrar la serenidad en procesos políticos participativos, debe ayudar a encontrar el justo medio y la proporción adecuada para las aspiraciones, y sopesar las relaciones hermenéuticas entre "corazón" y "corteza" que provee la técnica del Logos-Mythos.

Este compromiso renovado por una liberación de servicio, amarra hoy la forma de vida y de práctica de la IP. Como viene dicho, la Investigación-Acción Participativa no ha sido una simple búsqueda de conocimientos. También conlleva una transformación en actitudes y valores individuales, en la personalidad y en la cultura, vista como un proceso altruista. Tal pue-

21 En relación con las fallas de las políticas de desarrollo y la cooptación de la I(A)P por organismos mundiales y nacionales, ONGs e instituciones académicas, véase la voluminosa literatura crítica, con obras como las de Arturo Escobar, Wolfgang Sachs y Majid Rahnema. Greenwood, Davydd & Levin, M. (1998). "Action Research, Science and the Co-Optation of Social Research". En: Studies in Cultures, Organizations and Socieites. Vol. 4, No. 2, p. 237-261, han denunciado la función defensiva de intereses creados académicos ortodoxos. Un interesante caso concreto de frustración del desarrollo, referido al Perú, es el de Apfel-Marglin, F. (ed.) (1998). The Spirit of Regeneration: Andean culture confronting Western notions of development. Londres/Nueva York: Zed Books.

22 Véase la nota 9; cf. Girardi, G. (1997). "Investigación participativa popular y teología de la liberación", Ponencia 32, Congreso Mundial de Cartagena. 1997. Sobre la teoría de la investigación emancipativa véase Carr & Kemmis, Op. Cit. (1986). Sobre ética y política, consúltese el informe sobre las discusiones del Congreso Mundial de 1997, en Hoyos, G. & Uribe, A. (eds.) (1998). Convergencia entre ética y política. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre.

23 Wallerstein, I. (1995). "The End of What Modernity?" En: Theory and Society, vol. 24, No. 4, p 471-474.

de ser el sentido más profundo de la I(A)P como proyecto histórico. Por lo tanto, el ethos de liberación/emancipación va relacionado con un nuevo desafío intelectual: la construcción de un paradigma práctica y moralmente satisfactorio para las ciencias sociales, con el fin de hacerlas congruentes con el ideal de servicio.

Cuando en el Simposio de 1977 se discutió la posibilidad de un paradigma alterno, hubo dudas en muchos de los participantes por cuanto preferíamos construir la I(A)P como un proyecto abierto, distinto del circuito cerrado y defensivo de la comunidad de científicos, convertidos en cancerberos del paradigma positivista. Al paso de estos veinte años, en el Congreso Mundial de 1997 ya hubo una opinión diferente. Colegas de prestigio consideraron que los valores que por regla general se consideran constitutivos del paradigma dominante (consistencia, simplicidad, cobertura, certeza, productividad) pueden enriquecerse con valores participativos como el altruismo, la sinceridad de propósitos, la confianza, la autonomía y la responsabilidad social. Otros delegados añadieron elementos de las teorías del caos y de la complejidad, como lo fractal y la serendipidad.

En fin, el paradigma alterno que aquí se dibuja por sumatoria parece confirmar el trabajo anterior y actual de la I(A)P, en especial el del Tercer Mundo donde nació, al combinar la praxis con la ética, el conocimiento académico con la sabiduría popular, lo racional con lo existencial, lo sistemático con lo fractal. Rompe la dicotomía sujeto-objeto. Se inspira en un concepto democrático pluralista de alteridad y de servicios, que favorece vivir con las diferencias, y que introduce perspectivas de género, clases populares y plurietnicidad en los proyectos.[24] Pero este paradigma no aparece aún como algo redondeable o final: sigue vivo el rico desafío estratégico de la apertura del proyecto, que la IAP no se construya como algo excluyente o totalista.

Los participantes del Congreso Mundial de 1997 consideramos que esta suerte de paradigma abierto ayudaría también a enfocar las multidisciplinas, esto es, aquellas áreas grises de traspaso en las fronteras formales de las artes y las ciencias. La idea de mezclar visiones y metodologías con sus varias lecturas, se aplica en especial a las universidades para recobrar su capacidad crítica, sacudir su mundo departamentalizado, tedioso y rutinario, y llevar a estudiantes y profesores a un mayor contacto con los problemas de la vida real. No es necesariamente antiacadémica. Se aplica por igual a nuestro propio trabajo como investigadores participativos, ya que nosotros también estamos experimentando cierta dispersión. En nuestro primer Simposio ya había dos tendencias: una activista representada por el contingente latinoamericano, y otra de colegas educadores canadienses. A la contribución de los primeros sobre "investigación acción" los segundos añadieron la idea de "participación", con lo que nació la fórmula combinada de "investigación-acción participativa" (IAP) que dió la vuelta al mundo. Las dos tendencias sobrevivieron separadas hasta cuando la reflexión obviamente aclaró que la participación incluía elementos de acción y compromiso (como en efecto lo había dicho Polanyi), por lo tanto la IAP, en el

24 Consúltese el tomo-resumen del Congreso Mundial de Cartagena (Fals Borda, Orlando. Ob. Cit., 1998, p. 189-191, p. 235-236). Véanse los puntos de vista de apoyo de Gadamer, H.G. (1960). Truth and Method. New York, USA: Continuum, p. 302- 307, p. 567 sobre "experiencia vital" y "fusión de horizontes". Para Gadamer, la reflexión hermenéutica apropiada es "una tarea crítica y emancipatoria".

fondo, podía verse también como IP. Para facilitar esta transición, propuse –sin mucho éxito hasta ahora– conservar el elemento de la acción, dejando la A en paréntesis por un tiempo prudencial.

No obstante, al celebrarse el Congreso Mundial de 1997 el número de "escuelas" o tendencias de IP y trabajos relacionados había crecido a cerca de 32, lo cual reflejó realidades y condiciones locales. El compás de sus diferencias corría desde las ayudas técnicas propuestas por Robert Chambers con su Diagnóstico Rural Participativo, hasta la sofisticación teórica de la Investigación Constructivista de Yvonna Lincoln. En la Universidad de Calgary en Canadá se ensayó un intercambio electrónico por e-mail, antes del Congreso Mundial, entre once de tales "escuelas" o corrientes, con el fin de inducir su convergencia. El informe sobre este experimento dió lugar a una de las más positivas e interesantes sesiones de aquella reunión.[25] Aunque inconclusa, esta convergencia fue sostenida por los teóricos de sistemas también presentes en el Congreso, que han seguido las orientaciones de P.B. Checkland sobre investigación activa y teorías emancipativas[26] (1991; Churchman 1979; Flood y Jackson 1996; Flood 1997), con base en un pluralismo de causas y efectos y en una epistemología de índole holística o extensa (Reason 1994; Levin 1994). Un grupo de colegas escandinavos en el mismo Congreso fueron de la opinión, también convergente, de que la IP es simultáneamente descubrimiento y creación, y que se desarrolla en un espacio epigenético en el que "lo que es" sólo puede definirse en el contexto de "lo que debe ser".[27] Este punto de vista reforzó los componentes éticos del nuevo paradigma de servicio, así como el compromiso duplo de praxis más frónesis, que viene explicado.

Algunas tareas emergentes

El Congreso Mundial de 1997 ayudó a articular una serie de ideas como agenda para décadas futuras, con la ventaja de que en Cartagena ya hubo un diálogo fructuoso entre las diversas "escuelas" de investigación y acción

25 Entre las "escuelas" que se hicieron presentes en el Congreso Mundial de Cartagena en 1997, las siguientes once realizaron un intercambio electrónico por E-mail, lo que fue sumamente valioso: Diagnóstico Rural Participativo, Sussex (Robert Chambers). Teoría Crítica de Sistemas, Hull (Robert L. Flood). Investigación Acción, Cornell (Davydd Greenwood). Investigación Acción, Escandinavia (Morten Levin). Investigación Constructivista, Texas (Yvonna S. Lincoln). Aprendizaje Acción, Australia (Robin McTaggart). Investigación Cooperativa, Bath (Peter Reason). Investigación Acción Participativa, Alemania/Perú (T. Tillmann y Maruja Salas). Investigación Acción, Austria (Michael Schratz). Investigación Acción Participativa, India (Rajesh Tandon). Investigación Acción Participativa, Calgary (Timothy Pyrch, coordinador). Véanse los informes completos de esta experiencia en Pyrch (1998a, 1998b).

26 Checkland, P.B. (1991). Systems Thinking, Systems Practice. Chichester: Wiley. Churchman, C.W. (1979) The System Approach and its Enemies. Nueva York, USA: Basic Books. Flood, R.L. (1998). "Action Research and the Management and Systems Sciences". En: Fals Borda, Orlando. Ob. Cit.K, 1998, p. 131-156. Flood, R.L. y Jackson, M.C. (eds.) (1996) Critical Systems Thinking. Chichester: Wiley.

27 Toulmin, M. & Gustavsen, B. (eds.) (1996). Beyond Theory: Changing Organizations Through Participation. Amsterdam, Holanda: John Benjamins. Según estos autores, la unidad de atención de los sistemas abiertos de la I(A)P es un sistema constituyente observable que ofrece una estructura ABX en la que aparecen un sujeto epistémico A y un objeto empírico B dentro de una situación social investigativa X. En las conciencias de quienes participan en este sistema, la misma estructura pasa a ser ABX:pox (la persona, el otro y X). Esta situación se asemeja a aquella postulada en la física cuántica con los principios antrópico y de indeterminación. De allí el potencial que tiene de enriquecer nuestras discusiones sobre el nuevo paradigma de las ciencias, visto desde otro ángulo. Este libro estimulante también ofrece un estudio macro de IP sobre Turquía. Cf. Van Beinum, H. (1998). "On The Practice of Action Research". En: Concepts and Transformation. (Vol. 3, No. 1, Amsterdam p. 1-30).

participativa, y con el buen número de colegas que se hicieron presentes.[28] Como resultado de aquella reunión, las siguientes son algunas de las principales tareas para los practicantes actuales de la IP, que me parece fueron allí articuladas.

La multidisciplina y la transformación institucional

A través de la práctica, y siguiendo las enseñanzas de innovadores como Gregory Bateson, Fritjof Capra, Ilya Prigogine y otros, hemos asimilado los méritos de la labor multidisciplinaria. Hemos demostrado su importancia para escuelas y universidades, y también en contextos globalizados, en empresas y en compañías. ¿Será imposible soñar con investigadores, educadores, filósofos, etc. trabajando hombro a hombro con físicos cuánticos y biólogos, y continuar la convergencia con los teóricos de sistemas? Si nos sentimos más a gusto con éstos que con los colegas tradicionales, si nos encanta combinar nuestro trabajo científico con expresiones literarias y artísticas, y si ello también le gusta a nuestra audiencia, ¿no podremos hacer avanzar los procesos holísticos y conectarnos más profundamente con diversas comunidades académicas y técnicas e inducir la convergencia entre los componentes internos de las instituciones? Al menos se podría producir una división académica del trabajo más satisfactoria y para beneficio de todos, incluso para la propia familia de la investigación activa. Además, ¿qué tal si nos proponemos seguir trabajando para desarrollar mayor coherencia entre los proyectos de IP, IA e IAP, así para las bases sociales como para la academia? (Ver más adelante).

Criterios de rigor y validez

Sabemos que el rigor de nuestros trabajos se obtiene al combinar medidas cuantitativas, si son necesarias, con descripciones y críticas cualitativas y/o etnográficas, que la validez no es un ejercicio autista ni sólo una experiencia discursiva interna a los cómputos. Criterios pertinentes de validez pueden derivarse también del sentido común mediante el examen inductivo/deductivo de los resultados de la práctica, de las vivencias o del envolvimiento empático dentro de los procesos, y del juicio ponderado de grupos de referencia locales. Aún más: una evaluación crítica puede hacerse en el proceso mismo del trabajo de campo sin tener que esperar el final de períodos arbitrarios o prefijados. Entonces, ¿cómo vamos a superar la persistencia del amateurismo en muchos de nuestros esfuerzos e informes sino trabajando más duro y con mayor cuidado? Así se siente hoy ampliamente, aunque todavía aspirando a una mejor práctica.[29]

Proyectos generalizables

Creemos que para investigar síntomas de patología social como la anomia, la violencia, el conflicto y la drogadicción –que son tan comunes hoy

28 En el Congreso Mundial de 1997, además de las "escuelas" mencionadas en la nota 18, hubo muchos otros grupos: de educación, organización social y política, artes y literatura, la economía, la pobreza, el conflicto, teorías de sistemas, comunicación, postmodernismo, globalización, filosofía, gestión de procesos, administración de empresas, ambientalismo y recursos naturales.

29 Cf. McTaggart, R. (1998). "Is Validity Really an Issue for Participatory Action Research?". En: Studies in Cultures, Organizations and Societies, Vol. 4, No. 2, p. 211-236.

en nuestro mundo–, no hay mejores métodos que aquellos provistos por la I(A)P. Es esencial hacer observaciones cuidadosas y respetuosas en las localidades. Al considerar la necesidad de compartir y extender el conocimiento adquirido para combatir aquellas expresiones, ¿cómo vamos a hacer estudios micros y macros de casos significativos con el fin de generalizar las interpretaciones teórico-prácticas, sin caer en la trampa de los "proyectos pilotos" tradicionales que tanto han fallado?

Deconstrucción de uniformidades globales

Hemos descubierto que hay tendencias globales hacia la uniformidad perjudiciales para la cultura y el medio ambiente (como las promovidas por políticas desarrollistas), que pueden ser subvertidas mediante esfuerzos locales de naturaleza cultural y de reavivamiento educativo para defender regiones y zonas. Ello debe ser satisfactorio para los investigadores activos. Pero como el enemigo es de proporciones tan enormes, poco se gana con esfuerzos aislados. ¿Cómo vamos a favorecer la deconstrucción del desarrollismo y de otras tendencias y prácticas globalizantes que son adversas a los intereses populares? ¿Cómo vamos a poner límites a las tendencias entrópicas y autodestructivas del capitalismo?

Investigación científica, educación y acción política

Sabemos que la educación, la información, la investigación y el trabajo científico y técnico actuales están diseñados ante todo para reforzar estructuras injustas de poder. Entonces, ¿cómo podremos dar prioridad a la producción de conocimientos adecuados y responsables, de tal forma que los pueblos que han sido víctimas de la explotación y abuso capitalistas se conviertan en los principales receptores y beneficiarios de la investigación y de la docencia? Aquí nos abocamos al clásico dilema del intelectual responsable y el político pragmático. El Congreso Mundial de 1997 apoyó la idea de asumir un sentido moral de responsabilidad en la investigación, en la enseñanza y en la acción, aceptando las claras consecuencias políticas de todo ello. Si no, sería difícil entender cómo puedan resolverse situaciones insostenibles, mediante la aplicación de formas del contrapoder popular. Investigación, acción y enseñanza políticamente comprometidas con el progreso y la justicia social, e inspiradas en un nuevo humanismo, se destacan como soluciones, porque la I(A)P necesariamente implica la democratización. La democracia participativa construida de abajo hacia arriba con movimientos sociales, políticos y culturales de apoyo, debería ser un resultado natural de nuestros esfuerzos.

Alivio del conflicto, la violencia y la represión

Hemos constatado que la I(A)P puede revelar bien los imaginarios y las representaciones que subyacen en la lógica de los actos conflictivos, violentos y represivos. Sabemos que podemos proponer salidas para prevenir o diluir tales actos, como ninguna otra metodología. Podemos descubrir sus orígenes en la pobreza extrema, la ignorancia y el hambre que producen los sistemas económicos, formas que pueden ser combatidas con medios disponibles de la revolución tecnológica. ¿Podremos impulsar metanarrativas

como el socialismo pluralista que la experiencia real nos ha demostrado como posible y conveniente? ¿Cuánto más vamos a tolerar que avancemos hacia un suicidio colectivo, por no resistir las fuerzas inhumanas implícitas en sistemas occidentales de pensamiento y acción?

Construcción de un ethos etnogenético y emancipativo

Este es el reto más general y ambicioso que tenemos, y que debemos considerar seriamente para mitigar los efectos del ethos actual de incertidumbre. Tal tarea puede resultar doblemente difícil, porque requiere de una profunda preparación conceptual para llegar al paradigma científico alterno. También necesitamos de una discusión clara y visionaria, con decisiones efectivas para traducir las propuestas resultantes a la práctica local, donde más se necesitan.

No seamos modestos. La búsqueda teórico-práctica de un nuevo paradigma y de un ethos alterno satisfactorio ha venido andando por lo menos desde la década de 1970, como lo hemos recordado. Hemos procedido juntos a partir de las teorías utópicas y participativas de los siglos XVIII y XIX y estamos en el umbral de otro juego de teorías sobre la liberación postmoderna, la complejidad y el caos. Lo hemos hecho de la mano de gigantes intelectuales y políticos y con su impulso personal. Ahora, con estas bases, los filósofos de la acción, los elocuentes postmodernistas, y los teóricos críticos pueden proceder con mayor propiedad y seguridad para convertir aquellas ideas en herramientas eficaces para la liberación de los pueblos que sufren sistemas opresivos de poder.

¿Podríamos entonces ser al mismo tiempo intelectuales estudiosos y agentes del cambio con el fin de cooperar en este movimiento intelectual y político, dirigido a levantar la bandera del poder y la autonomía populares, para defender la vida en todas sus formas, y para adelantar la construcción de una ciencia útil y pertinente? ¿Podremos comprometernos como académicos y como ciudadanos en esta trascendental tarea?

Estas necesidades reconstructivas de un ethos altruista apto para acomodar formas heterogéneas de cultura, tiempo, espacio y población, llevan a hacer un esfuerzo mundial para combinar recursos intelectuales, políticos y económicos tanto del Norte como del Sur, del Este y del Oeste. Hubo un momento cuando nuestras preocupaciones sólo nos llevaron a crear relaciones parciales dentro de nuestras respectivas regiones. Ahora aquellos desarrollos paralelos han tenido una importante consecuencia: estamos convergiendo con más seguridad, y nuestras tareas como practicantes e intelectuales participativos tienen mayor claridad.[30]

En últimas, el efecto del trabajo de la I(A)P lleva consigo un acento libertario y político global. La naciente fraternidad de intelectuales críticos tiende a construir sociedades pluralistas y abiertas en las que quedan proscritos los poderes centralizados opresivos, la economía de la explotación, los monopolios y la desequilibrada distribución de la riqueza, el dominio del militarismo y del armamentismo, el reino del terror y la intolerancia, el abuso del medio ambiente natural, el racismo y otras plagas. Estos problemas vitales nos unen, por cuanto insistimos en la utilización humanista

30 Cf. Chambers, R. (1998). "Beyond 'Whose Reality Counts?' New Methods we Now Need", Studies in Cultures, Organizations and Societies. Vol. 4,No. 2, p. 279-287.

de la ciencia, el conocimiento y la técnica. Nuestro trabajo colectivo puede contribuir a que las comunidades víctimas se defiendan mejor. Tal parece ser hoy nuestro compromiso global.

Las formas confluyentes en que podemos articular la investigación y la acción también determinarán la supervivencia de nuestras "escuelas" de IP y la traslación de nuestros puntos de vista a la aplicación local en ciudades y barrios, en las familias, empresas, iglesias, artes y medios comunicativos, en las universidades y escuelas.

Al llegar al nuevo milenio, es satisfactorio esperar que la I(A)P pueda aportar todas estas cosas y compartir en la búsqueda de mejores formas de organización científica, técnica y social, con el fin de mejorar las condiciones de vida y enriquecer las culturas de toda la humanidad.

Tansformaciones del conocimiento social aplicado: lo que va de Cartagena a Ballarat[1]

Ballarat, en el Estado de Victoria, es la ciudad símbolo de la identidad australiana histórica. Allí, en medio de bosques de eucaliptos poblados por koalas y canguros, tuvo lugar en diciembre de 1854 la primera y única revolución en la historia del continente austral. Fue una corta asonada de mineros del oro que querían mejores condiciones de vida y que luchaban por eliminar impuestos abusivos decretados por autoridades corruptas.

Sofocados a sangre y fuego, como era de esperarse, los mineros lograron de todos modos sembrar en los socavones y en la región de Victoria la semilla radical del socialismo que algunos de ellos habían traído de la Europa agitada de 1848 y como Cartistas. En el humilde pueblo de entonces ondeó durante los días de la revuelta, por primera vez en todo el Imperio Británico, una bandera distinta de la inglesa. Bordada por las mujeres de Ballarat, el bello estandarte de la Cruz del Sur con sus cinco estrellas aparece hoy, en su propio cuartel, dentro de la bandera oficial de Australia. También es el distintivo de la Universidad de Ballarat, donde me honraron nombrándome Profesor Visitante durante el mes de septiembre, cuando se realizaba el 9º Congreso Mundial de IAP (Investigación-Acción Participativa) y 5º de la asociación australiana correspondiente (del 10 al 13 del mismo mes, año 2000).

Lecciones sobre horizontalidad

Una vez inaugurada formalmente la reunión por autoridades estatales y universitarias, el primer número del programa fue recordar el tránsito desde el último Congreso (el 4/8) en Cartagena de Indias en 1997, tarea que me fue encomendada por el organizador del evento, el mundialmente conocido educador y sociólogo Stephen Kemmis. Nuestro Congreso caribeño resultó tres veces más grande y más complejo en temas y actividades culturales que el de Ballarat; pero de partida se observó que el de Australia (el 5/9) había nacido con un profundo sentido de continuidad con el anterior. Así se había destacado en todos los materiales de convocatoria. Hubo, sí, un mayor número de conferencias plenarias, sumamente bien atendidas,

1 El autor agradece la contribución de los colegas del IEPRI que en el Seminario Interno ("Gólgota") hicieron valiosas críticas y sugerencias que mejoraron sustancialmente el texto, especialmente a William Ramírez, María Emma Wills, Luis Alberto Restrepo, Javier Guerrero y Fernando Cubides.

en las que se expusieron asuntos de gran interés de los que aquí trataré de resumir los principales argumentos.

Evolución del ethos de incertidumbre

El evento, en general, me produjo sorpresas que pueden tomarse como lecciones sobre el curso que autónomamente toman las ideas. La primera sorpresa provino de la evolución del sentimiento de la reunión al pasar del ethos de incertidumbre que se percibió en Cartagena a un ambiente de optimismo y de afirmación crítica para las tareas que nos convocaban. La reunión de 1997 se vio afectada por un "bajón" de varios años creado por una crisis de afirmación y comunicación defectuosa de resultados del trabajo en participación y educación popular, así como por peligros políticos y dificultades de la investigación por hechos de violencia (dos de nuestros compañeros acababan de morir asesinados en Colombia). En contraste, en Ballarat sentimos como si estuviéramos saliendo de aquella depresión, quizás gracias al considerable aumento en la producción de los colegas de los países avanzados.

En Ballarat hubo menos juventud que en Cartagena y más presencia de profesionales junto con académicos, editores, funcionarios oficiales, representantes de ONG's, empresarios industriales y dirigentes comunales. Los presentes confirmamos con cierta satisfacción que la IAP ha dejado atrás los problemas de su infancia intelectual y política, y que se ha institucionalizado, como se vió, por ejemplo, en la increíble montaña de libros y revistas –la mayoría en inglés– sobre participación e investigación cualitativa que se nos ofrecieron por editores australianos y europeos en el hall del Congreso, incluso el nuevo *Manual Universal de Investigación Acción*, grueso volumen de 43 capítulos editado por Peter Reason y Hilary Bradbury (el Capítulo 2, de mi autoría, fue publicado en su traducción al español, por la revista *Análisis Político* en 1998). También se lanzó la nueva edición del magnífico *Manual de Investigación Cualitativa*, de Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (Estados Unidos).

Vanguardia teórica en el Norte

La publicación de tantas obras sobre la IAP producidas en los países avanzados con predominio de autores europeos y norteamericanos y en sus idiomas, me golpeó por los cambios observados en la institucionalización de nuestras escuelas desde los años 70. Caí en cuenta de que la presencia dominante que teníamos los autores y activistas del Tercer Mundo, de la cual nos ufanábamos en aquellos años y que se nos reconocía abiertamente, podía estar pasando a colegas de otras latitudes: éstos nos han alcanzado. La gran corriente contemporánea de la IAP tiene ahora dos motores combinados: uno en el Sur, que no ha cesado de trabajar y producir como lo vimos en Ballarat, y otro en el Norte con recursos más abundantes para este tipo de trabajos, donde se ha formado una nueva vanguardia teórica guiada por paradigmas abiertos (suma de saberes, holismo interdisciplinario).

La norteña vanguardia teórica ha hecho contribuciones a la IAP y a la teoría en general, en campos como la epistemología extensa, la sistemática crítica, las teorías del caos y la complejidad, y el macroanálisis. Inspirados en las tesis de H.G. Gadamer sobre "fusión de horizontes" y en los postulados sobre la "mente universal" de Gregory Bateson, el colega Peter Reason (Inglaterra)

nos ha presentado una "epistemología holística o extensa" basada en participaciones equivalentes o en reciprocidades simétricas. Esta epistemología extensa se expresa en cuatro tipos de conocimiento que juegan entre sí: el vivencial ("experiential"), el práctico, el proposicional y el presentacional.

La teoría crítica de sistemas, elaborada, entre otros, por Robert L. Flood (Inglaterra), toma como punto de partida los trabajos de P.B. Checkland en los que se encuentran como elementos de trabajo: el método analítico, el área de aplicación y el marco de la acción. Ahora se añade la dinámica del conocimiento/poder con fines de transformar las narrativas de resistencia al cambio, en narrativas de liberación.

Con las tesis del caos y la complejidad, guiados por Prigogine y Maturana, han estado trabajando colegas de la "escuela escandinava" como Bjorn Gustavsen y Stephen Toulmin. Han postulado tesis sobre el "espacio epigenético" en el trabajo participativo y la conformación de una estructura de la observación semejante a la postulada por Heisenberg en la física cuántica para relaciones de indeterminación. Han introducido conceptos técnicos útiles como los de la fractalidad, la función cotidiana del azar, y el "efecto mariposa".

Las posibilidades del empleo del macroanálisis en la IAP se han visto más claras con los trabajos institucionales de colegas como William F. Whyte (Cornell) sobre la gran cooperativa española de Mondragón, y los de Michael Cernea y Anders Rudqvist en el Banco Mundial, donde se ha promovido una "planificación participativa" a diversos niveles territoriales, llegando hasta el regional y nacional. Así se está complementando la inicial reducción a lo microsociológico que se había observado en la IAP desde sus inicios.

Articulación del postdesarrollismo

Tan marcados avances intelectuales, institucionales y materiales en el mundo pueden ser resultado de los vínculos creados por encuentros regionales y por la Internet; por el mayor sentido de camaradería que se ha formado entre nosotros a nivel mundial; y porque en el Norte un buen contingente de intelectuales empiezan a asumir, con mayor consideración, las implicaciones de las políticas desarrollistas de sus países para con el resto de la humanidad. La globalización actual está desbordando lo económico para involucrar lo espirítual y lo cultural, lo político y lo social: es en realidad un fenómeno multifactorial en el que nuestras escuelas juegan un gran papel de análisis y denuncia. Creo advertir que la IAP del Norte se afirma ante estas preocupaciones para estimular esa otra universalidad, hasta ahora medio escondida, que descarta los abusos explotadores y opresores de anteriores épocas imperialistas. Si no fuera así, sus cultores estarían denegando su propio sentido de la participación horizontal que es esencial en nuestras escuelas y formas de vida.

En consecuencia, son comprensibles las esperanzas creadas por la IAP y sus escuelas convergentes de investigación y acción sobre perspectivas constructivas, dialógicas y democráticas que cubren por igual a las sociedades atrasadas y a las avanzadas, en lo que podemos advertir nuevas y positivas propuestas para una gran política socioeconómica postdesarrollista.

Así lo sentimos todos solidariamente en Ballarat, al tomar nota del Foro Económico Mundial que se celebraba simultáneamente en la cercana ciudad de Melbourne con gran protesta popular, especialmente juvenil. Esta

protesta -que se encadena con las de Seattle, Washington, Filadelfia y Praga- fue índice de la resurrección electrónica y física, a escala mundial, de anteriores movimientos radicales por la justicia económica y social, la paz y los derechos humanos que la IAP ha venido apuntalando. Es muestra decisoria contra la insensible codicia de las corporaciones. Para éstas, la historia enseña poco. Todavía hoy, después de noventa años de la patética denuncia del capitalismo salvaje en las fábricas de salchichas de exportación de Chicago, que hiciera Upton Sinclair en su narrativa social, La jungla, el mismo horripilante salvajismo con todas sus consecuencias inhumanas, se sigue extendiendo impunemente a los países periféricos.

Por eso, ante la desfachatez pontificante del magnate Bill Gates en el Foro de Melbourne, contestó allí mismo nuestra colega hindú Vandana Shiva, la defensora de los árboles y campeona de la causa de la mujer. Ello fue simbólico de una situación general de acción y rechazo sobre graves problemas mundiales y regionales, de la que no pudimos, ni podremos, excusarnos los "participativos", así los del Norte como los del Sur.

Otros avances en Ballarat

Los avances de Ballarat sobre Cartagena fueron sustanciales. Conforman temas y problemáticas que en 1997 no se trataron o se trataron muy de paso. Hay cuatro conjuntos, en mi opinión, de tales asuntos: la educación universitaria participativa; la globalización e ideología popular; las culturas indígenas y aborígenes; y los valores sociales y vivencias de reconciliación. Por la importancia que tienen, me detendré en estos asuntos.

Educación universitaria participativa

En Ballarat se sintió una fuerte preocupación por el presente y futuro de la universidad ante el impacto de las políticas neoliberales. Hubo consenso sobre lo deletéreo que ha sido para el espíritu universitario la tendencia a la privatización de instituciones de enseñanza superior y el cambio de la clásica relación profesor-alumno a una especie de transacción material en la que el alumno se convierte en cliente comercial.

Por supuesto, aquella relación dominada por el principio del "magister dixit" también está en crisis, en parte por culpa de profesores arrogantes, elitistas y rutinarios que no han alcanzado a entender la flexibilidad informal inducida por valores postmodernos, el pluralismo democrático y accesos alternos al conocimiento universal. En este contexto, mantener intactas las actuales estructuras universitarias con sus "comunidades científicas" es una tarea ciclópea: parece que no se podrán sostener, y que las "torres de marfil" están sentenciadas. Hay retos provenientes de la problemática de la realidad ambiente actual que socavan esas torres. Al mismo tiempo se rompen las clásicas especialidades, creando zonas grises de contacto que no encuentran aún nichos interdisciplinarios en la concepción eurocéntrica del siglo XIX, la de facultades y departamentos según Humboldt y Fichte, cuyos intereses creados siguen dominando.

La crítica sobre este asunto en Ballarat recibió oportuno impulso con el lanzamiento allí de la segunda edición del *Manual de Investigación Cualitativa*, de Denzin y Lincoln, cuyo tercer capítulo escrito por Da-

vyd J. Greenwood (Estados Unidos) y Morten Levin (Noruega) se titula, "Cómo reconstruir con la investigación acción las relaciones entre las universidades y la sociedad".

Partiendo de la necesidad de revisar las conexiones entre teoría y práctica en el contexto actual, los autores proponen la IAP como el vehículo más adecuado para transformar las estructuras internas de la universidad, y para estimular el diálogo entre los académicos y sus contrapartes más allá de los claustros, democratizando la investigación. Rechazan las distinciones clásicas entre investigación pura y aplicada y entre la cualitativa y la cuantitativa, así como el prejuicio contra la praxis, pero sin romantizar el saber popular.

Combinando el pragmatismo de John Dewey con el humanismo de Habermas, la idea de estos autores es construir universidades nuevas en las que las conferencias magistrales se conviertan en situaciones de aprendizaje y vivencias personales basadas en la búsqueda de soluciones a problemas de la vida real, por parte de profesores y estudiantes trabajando conjuntamente. Las estructuras actuales serían menos elitistas y arrogantes, y más abiertas a otros grupos de conocedores, con menos compromisos con corporaciones y con colegiaturas académicas positivistas y cartesianas. En esta forma se espera que la universidad pueda avanzar mejor en sus funciones dentro de la era de la postmodernidad y el postdesarrollo.

En algunas universidades, notablemente en los Estados Unidos, más ágiles que sus copias entre nosotros, los departamentos ya se están convirtiendo en sistemas coherentes y flexibles de proyectos investigativos comprometidos con la realidad práctica. Empieza un nuevo tipo de extensión universitaria comprometida socialmente. Sus fórmulas principales, inspiradas en la filosofía participativa, han destacado la necesidad de derribar los actuales muros universitarios –internos y externos– para permitir la entrada de corrientes nuevas de conocimiento científico y experiencia artística creadas fuera de la institución; y para facilitar la proyección de elementos cognoscitivos y didácticos generados en la institución, que guarden pertinencia con la vida comunitaria externa. Se trata de un proceso simultáneo de implosión y explosión en ámbitos universitarios, a lo que la socióloga y educadora británica Susan Weil, siguiendo a Greenwood y Levin, se refirió con el concepto de "investigación co-generada", esto es, la producción conjunta de conocimientos útiles para el cambio social provenientes de diversas fuentes. Este proceso de autopoiesis participativo lo ilustró con el trabajo de extensión universitaria realizado por ella y su equipo de colaboradores en la Universidad de Northampton con personal de la salud, mediante la aplicación de análisis sistémicos. La propuesta de Susan fue ampliada por los profesores Ray D. Williams y Molly Eagle con trabajos conjuntos en la defensa de cuencas fluviales y recursos naturales.

Semejante posibilidad de vinculación de la universidad con la realidad práctica externa confirmó las tesis de la IAP sobre suma de esfuerzos investigativos originados así en la academia como en el conocimiento popular, lo que obligaría a una concepción muy distinta de la universidad tradicional para convertirla en una universidad abierta, democrática y participativa. Ella puede anticiparse, si hacemos caso a los informes traídos de lugares tan apartados como Cornell University (según Peter Malvicini) y Yucatán (según Dolores Viga). Margaret Zeegers llevó también al Congreso una in-

teresante ponencia sobre "participación periférica legítima" para referirse a lo mismo en la Universidad de Phnom Penh, Cambodia.

Uno se figuraría una universidad de este tipo como menos jerárquica formal y más simétrica que la que hemos conocido; con más trabajo en equipo y menos genios autistas, egoístas o engreídos; con mayor cercanía, colaboración y amistad entre profesores, estudiantes y trabajadores; con conjuntos interdisciplinarios flexibles enfocados a problemas concretos de la vida real; con menos especializaciones y más visión global del universo estudiado; interesada en formar personas para servir a la comunidad, no para explotarla; que trabaje con menos austeridad y más alegría y cultura; que difunda y comparta libremente lo que descubra; que resulte económico el ingreso, por contar con suficientes subsidios estatales y apoyos sociales.

Un obstáculo reconocible para este proyecto proviene de un creciente distanciamiento entre el personal académico y la burocracia administrativa en cada institución, como lo destacan Greenwood y Levin. De seguirse imponiendo el neoliberalismo, las decisiones docentes, dicentes y hasta tecnocientíficas quedarían en manos de quienes no sienten la vivencia participativa sino a través de sumadoras y negocios con corporaciones que se suponen interesadas en el fomento de la investigación. La filosofía y la historia parecen ser las primeras disciplinas en desaparecer por falta de interés y de clientes; técnicas como la informática, sin mayor profundidad humana, tienden a surgir. No se entenderían conceptos de la IAP formativos del carácter, como el de la "educación liberadora" que popularizó Paulo Freire, ni habría interés para impulsar los conocidos programas del "educador como investigador" de Stenhouse.

Así, nos estamos acercando a una crisis ética e institucional seria, sin habernos decidido a configurar estructuras y orientaciones universitarias congruentes. Según los asistentes al Congreso, ya es tiempo de irlo haciendo en todas partes. Las vanguardias de este nuevo movimiento social están apareciendo –¡oh sorpresa!– en los medios estudiantiles radicales en pro de la justicia económica y en contra de la privatización corporativa en los Estados Unidos, tienen rabiando a más de un rector entreguista.

Globalización e ideología popular

Mohammed Anisur Rahman, economista de Bangladesh y co-autor del libro *Acción y conocimiento,* hizo importantes aportes en dos sentidos: 1) para desnudar ("deconstruir") las políticas oficiales de globalización; y 2) para sistematizar elementos en la construcción de una ideología de acción popular que equilibre los efectos nocivos de la globalización. Además, nos dio el gusto de escucharle cantando, con su armonio portátil, algunos bellos poemas de estirpe social de Rabindranath Tagore, como el de "¡Ya llega el Gran Humano!".

Para el primer asunto –políticas globales– Rahman propuso definir la pobreza como una condición relativa y cultural, no expresada en la conocida "línea" estadística que tanto utilizan los planificadores. La pobreza no se "alivia" con medidas gubernamentales desarrollistas que buscan ante todo mantener la productividad material mínima de seres humanos que trabajan, como si éstos no fueran sino ganado de engorde para el matadero de la producción y el mercado.

Esta regla estadística de medición de la pobreza, ligada como política al ya viejo concepto de "necesidades básicas", sólo se explica en el contexto de la modernidad capitalista: no se trata de un problema económico sino de uno de justicia, para lo cual habrá que tomar en cuenta no sólo el salario suficiente sino la satisfacción vital en la actividad laboral, así como el sentido de dignidad que proviene de la humanización de la economía. Lo cual tiene raíces en culturas regionales y situaciones locales que no pueden ignorarse, so pena de hundir a toda la sociedad en situaciones anómicas a la larga inconvenientes hasta para la acumulación de capital. De allí que la globalización pueda condicionarse con la conciencia opuesta de la "glocalización", esto es, con la fuerza de lo local, lo cultural y lo social que puede expresarse con políticas de descentralización bien entendidas y ejecutadas.

En cuanto a lo segundo –ideología popular– Rahman articuló los siguientes elementos, que bien pueden servir como bases para un programa de gobierno inspirado en el socialismo humanista: 1) replanteamiento de la democracia directa como opción política, en especial la democracia participativa, sin reducirla a los ritos periódicos de votación, ampliando las funciones de control y seguimiento permanentes de los ciudadanos/as sobre los elegidos, con revocatoria efectiva de mandatos; 2) construcción de los movimientos políticos necesarios usando a la IAP como soporte orientador y metodológico y proceder desde las bases sociales hasta las cúpulas, incluyendo a las antiélites que converjan con lealtad en la lucha popular por el cambio democrático; 3) derechos humanos reconocidos y respetados, incluyendo el derecho a la protesta y el derecho a exigir participación en la plusvalía propia que los mismos pueblos generan, para alcanzar la "justicia global" sin detenerse en el "mercado global"; 4) defensa vital del medio ambiente tomando en cuenta las culturas y conocimientos locales; 5) descentralización político-administrativa con ordenamiento territorial realista y flexible; y 6) el ejercicio del papel de "mayordomos del futuro" para el mundo, que deben desempeñar organizaciones de género/mujer y de jóvenes/estudiantes, que sobresalen, junto a las antiélites críticas, como grupos estratégicos de importancia para el cambio social y político, en todas partes. Este punto se elaboró más atrás, al tratar la crisis universitaria.

En estas formas se desata una activa sinergia popular, para lo cual la IAP puede contribuir trabajando por valores humanos que desarrollen el poder popular y animen la formación de grupos cooperativos y solidarios. La educación colectiva, más autosuficiencia y menos caridad, completan esta propuesta sociopolítica.

Culturas indígenas y aborígenes

En Ballarat pasamos de una admiración pasiva de lo indígena y aborigen como en Cartagena, a un reconocimiento activo de su pertinencia y necesidad para la sobrevivencia del mundo contemporáneo. Ello provino de las excelentes exposiciones de dos colegas muy distintos: Mundawuy Yunupingu, del grupo musical Yothu-Yindi (que significa la reciprocidad "criatura-madre"), líder aborigen proclamado como "Australiano del año" en 1992 (cuando precisamente en su pueblo nativo de Yirrkala me hicieron hijo de su Clan del Cocodrilo). Y Martin von Hildebrand, compatriota

colombiano fundador del COAMA (Coalición Amazónica) que recibió el año pasado en Suecia el Premio Nobel Alternativo por trabajos con los indígenas amazónicos.

De Mundawuy recogimos la importancia de la negociación y el diálogo intercultural para asegurar un "nuevo amanecer" en la reconstrucción social por la paz y la justicia, en lo que se sumó a la gran campaña nacional australiana de la reconciliación. No es posible seguir en la vía autodestructiva de la negación del Otro y del desprecio a prácticas diferentes, sin tratar de entenderlas antes. Las formas del conocimiento y del arte aborigen pueden articularse a las del mundo "civilizado" y académico, de tal manera que se traigan al presente prácticas originales de ocupación del territorio y de pensamiento propio que son absolutamente funcionales, incluso para el bienestar general. Además, se necesita recobrar el sofisticado conocimiento tecnológico que aquellas comunidades desarrollaron en sus mejores días.

De Martin escuchamos las formas como los indígenas reconocen su compromiso para con la sociedad nacional y para con la región tropical de la que forman parte. Desarrollar sus propios modelos de asimilación técnica y avance socioeconómico en las circunstancias que las culturas dominantes imponen, tal como lo han venido haciendo los indios, con éxito, desde la Conquista española. Habrá que tener menos actitudes misioneras con ellos, de parte de los dominadores, e inventar técnicas mestizas o híbridas que combinen lo útil para ambos mundos, como los bellos y exactos mapas culturales que han hecho para identificar y defender sus territorios. En especial, hay que apreciar todo lo concerniente a la conservación de la selva húmeda y sus riquezas, a la ocupación de la tierra sin conflictos con los no-indígenas, y al empleo de la intuición y lo espiritual ("esotérico") para la comprensión de la vida en sus diversas expresiones.

Valores sociales y vivencias de reconciliación

El reconocimiento de valores aborígenes e indígenas hizo muy real la urgencia de la reconciliación y de la paz para el progreso general, así en Australia, donde los primeros han sido casi exterminados, como en Colombia, donde impera una práctica de la violencia que es múltiple, compleja y generacional. A estos países se sumaron Sur Africa y Tailandia cuyos delegados al Congreso (Manoco Seerane y Alphom Chuaprapaiasilp, respectivamente) dieron testimonios devastadores –y también llenos de promesa– sobre sus respectivas situaciones. De esta manera al concepto de vivencia personal ("Erfahrung") se añadió una dimensión colectiva.

La idea de reconciliación como expresión vivencial se extiende a todos lo grupos y clases sociales: por ejemplo, se necesita entre naciones divididas como las dos Coreas (cuyo ejemplo de unificación para los juegos olímpicos fue notable), las de la antigua Gran Colombia, y las africanas que sufren todavía de las dentelladas de los imperios coloniales. Se necesita la comprensión entre etnias, sectas, ricos desarrollados y pobres subdesarrollados; entre viejos y jóvenes, y mucho más. Las diferencias pueden tenderse y tolerarse en aras de un mundo mejor, según las presentaciones que hicieron Margaret Ross (Australia) sobre las funciones de las artes, Ritha Ramphal (Sur Africa) y Riza Primahendra (Indonesia).

El coro de denuncias, protestas y lamentos fue severo. La reconstrucción de valores alrededor de un nuevo ethos, más positivo que el de incertidumbre sentido en Cartagena, se vio posible de alcanzar con el aporte de metodologías participativas que son congruentes con estos ideales y potencialmente eficaces para la reconstrucción social y el conocimiento útil.

Continuidades en Ballarat

Hubo continuidad con Cartagena en los esfuerzos para estimular la convergencia disciplinaria. En efecto, se escucharon excelentes aportes provenientes de la sociología, la economía, la antropología, la ingeniería, las artes y la educación. Fue sensible la ausencia de historiadores y filósofos, aunque muchos no dejamos de citarlos o sentir su gran influencia. En compensación parcial de esta carencia, Marja Liisa Swantz (Finlandia) hizo un recuento de los orígenes de la IAP en Tanzania desde los años 70.

La convergencia de nuestras corrientes socio-investigativas, también estimulada en Cartagena cuando se contaron 32, tuvo desarrollos nuevos. En Ballarat hubo un intercambio libre en el uso de los acronímicos IAP, IP e IA. La escuela de Sussex, mundialmente conocida por la PRA (Participación-Reflexión-Acción) y la de Educación-Acción se asimilaron a la IAP, llevando en su cortejo a los colegas de Gestión de Procesos y Administración, lo cual hizo también reducir el nombre de la Asociación ALARPM de Australia a sólo ALAR (Educación-Acción e Investigación-Acción). De modo que, en conclusión, puede decirse que se consolidó la "Familia Participativa" (IAP) para fusionarnos en un número menor de corrientes disparejas, tal como se había propuesto desde Cartagena. Estos hechos pueden ser interpretados como pasos hacia una más madura postura profesional tanto dentro como fuera de las universidades.

El equilibrio entre teoría y práctica que se ensayó en Cartagena resultó formalmente más débil en Ballarat: hubo más práctica que teoría, aunque las presentaciones de plenaria fueron invariablemente bien articuladas desde el punto de vista conceptual. No hubo grandes elaboraciones teóricas, con excepción de la esclarecedora exposición de Flood sobre sistemas, y la de Rahman sobre resistencias a la globalización, que quedaron señaladas. Pero hubo ponencias específicas muy buenas que lograron vincular las prácticas de sus autores con teorías emergentes de alcance medio, como las de Stephen Kemmis (Australia) sobre liderazgo de servicio; la de Robert Chambers (Inglaterra) sobre impotencia social; la de Timothy Pyrch (Canada) sobre dificultades del desarrollismo en Ucrania; la de Susan Weil (Inglaterra) sobre educación polifónica; y la de Yvonna S. Lincoln (Estados Unidos) sobre "misión de servicio" en instituciones universitarias. Estos son procedimientos serios hacia una construcción responsable de teorías y conceptos vinculados a realidades regionales que necesitan ser mejor entendidas.

Silencios en Ballarat

Con toda la riqueza de sus 168 ponencias provenientes de 32 países, y 20 exposiciones plenarias, hubo en Ballarat algunos silencios sobre problemas o aspectos del trabajo participativo contemporáneo que bien merecen tratamiento. No quiero dar a entender ninguna malicia al respecto: el Co-

mité Organizador conformado, entre otros, por colegas dedicados como Ortrun Zuber-Skerrit, Yoland Wadsworth, Colin Henry y Ron Passfield, hizo un excelente trabajo motivador y responsable. Los silencios a que aludo se refieren a la falta de discusión (y ponencias) sobre: políticas estatales y partidistas, en especial sobre movimientos sociales; la búsqueda de paradigmas científicos alternos; la recuperación histórica (a pesar de la sensacional aparición reciente en Australia de la contrahistoria *Why Weren't We Told?* [¿Por qué no se nos dijo?] del historiador y profesor de la Universidad de Tasmania, Henry Reynolds, libro que corrige extendidos mitos regionales); y la cooptación y mal uso generalizado del concepto de participación.

No se puede recapitular aquí al respecto, porque cada uno de estos asuntos puede dar lugar a artículos largos. Sin embargo, el problema de la cooptación merece algún tratamiento urgente. Escuchamos primero un excelente estudio de John Gaventa (Sussex) y de sus colegas, que mostró evidencias de la adopción de la idea de participación como principio guía para futuras políticas de desarrollo por el Banco Mundial, los peligros de la asimilación institucional del concepto, y la necesidad de examinar autocríticamente nuestras prácticas de la participación, que pueden estar cayendo en absolutizaciones de su propia y diferente racionalidad.

Cuando se presentó el último informe del Banco Mundial sobre Desarrollo del Mundo 2000, se supo que su principal coordinador, Ravi Kanbur, había renunciado por desacuerdos en el empleo de prioridades conceptuales. En los días siguientes, un grupo de delegados protestamos por el desconocimiento de última hora por parte de la dirección del Banco Mundial -aparentemente por indicaciones del Departamento del Tesoro de Estados Unidos-, de la prioridad que el grupo universal de consulta, coordinado por Kanbur, tras laborioso trabajo, le había dado al concepto de "poder" ("empowerment") por encima del de "crecimiento" ("growth"). En la publicación final estos dos conceptos aparecen trastocados (con la adición consensual del de "seguridad"), con los ajustes respectivos de redacción.

Siendo que dicho Banco no sólo había reconocido la importancia de la participación popular y del "empoderamiento" en previos documentos y decisiones, sino que había enviado una representación autorizada al Congreso Mundial de IAP en Cartagena, aquel ajuste conceptual de última hora tuvo visos de una manipulación inaceptable por parte de terceros. La cooptación de nuestras ideas como la del poder popular y la asimilación de nuestros ideales como el de la participación, que han ido poco a poco barriendo obstáculos a partir de las cúpulas de la sociedad desde hace años, no puede seguirse prestando para tales abusos.

Los consejos de Robin McTaggart (Australia) sobre "participación como ética" resultaron por ello oportunos y convenientes en el Congreso. Ser facilistas en este sentido, y no respetar el trabajo serio y responsable que se ha venido haciendo por muchos colegas en todo el mundo sobre lo que consideramos "participación auténtica", como lo explicó McTaggart, puede llevar al descrédito de lo ya alcanzado en este campo, dentro y fuera de la universidad así en el Norte como en el Sur. La reciente publicación por la Universidad de Manchester de un libro titulado *Participation: A New Tyranny?* (editado por B. Cooke y U. Kothari) es sintomática de la preocupación existente al respecto.

Por eso, para terminar, algunos de nosotros propusimos que este delicado tema de la cooptación del concepto de participación sea motivo de autoinvestigación y autocrítica, como lo sugirió Gaventa, y además que sea formalmente incluído en el próximo Congreso Mundial de IAP en el año 2003, el décimo de la serie, para cuya sede se postuló a Sur Africa.

Situación contemporánea de la IAP y vertientes afines[1]

Difusión y aceptación actual de la IAP y vertientes afines

Aquella propuesta de "investigar la realidad para transformarla" por la praxis, que algunos articulamos en la década de 1970 en países del Tercer Mundo, ha empezado a institucionalizarse ¿Es esto avance o retroceso? Todavía no podemos contestar la pregunta, excepto para observar que se ha cumplido la etapa inicial de la implantación y difusión de aquella idea, proceso quizás inevitable cuando la idea demuestra su bondad, así se pierdan un poco sus aristas de nacimiento.

No sobra rememorar las principales razones que tuvimos al sembrar aquella semilla de rebelión intelectual como búsqueda alterna en nuestros países. Un propósito fue protestar contra la castrante y fútil rutina universitaria, colonizada por la cultura del Occidente euroamericano, con una subordinación tal que no nos permitía descubrir ni valorar nuestras propias realidades; ello nos hizo trabajar de manera independiente y fuera de los claustros, lo cual, en balance, todavía nos parece positivo. Otra razón, algo quijotesca y más utópica, fue la de corregir entuertos para mejorar la forma y el fondo de nuestras sociedades en crisis, combatiendo sus injusticias y buscando erradicar la pobreza y otras plagas socioeconómicas producidas por los sistemas dominantes. Lucha dura, cruel y a veces peligrosa, que en verdad no ha terminado, aunque puedan verse hoy los atisbos de un nuevo horizonte y de otro mundo, quizás más aceptable que el que sufrimos en mi generación.

Describamos, pues, la situación contemporánea de la investigación-acción-participación (IAP), por lo menos en sus expresiones principales como se presentaron en el 8° Congreso Mundial de Cartagena, en 1997. Al vencer las viejas dudas de académicos y funcionarios, se calcula que la IAP se enseña y/o practica hoy en por lo menos dos mil quinientas universidades de ssenta y un países. La cooptación del método participativo es aún mayor, demostrable al recordar que ha llegado hasta el Banco Mundial y las Naciones Unidas, y que se ha convertido en factor central de planes de

1 Realizado para el I Encuentro Internacional de Investigadores en Acción, Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt", en Cabimas, Zulia, junio 22, 2006.

gobierno, muchas veces visto como alternativa al concepto de "desarrollo económico y social" que ha ido de crisis en crisis desde hace tiempo.

Tales avances también se expresan en el auspicio y en la continuidad de los congresos mundiales sobre la materia, que se han realizado a partir del pionero de Cartagena (Colombia) en 1977. Se han realizado diez congresos mundiales, el último en la Universidad de Pretoria (Sur África) en el año 2003. El próximo será un congreso doble y simultáneo en Holanda y México, el año entrante. A partir del tercer congreso en Calgary (Canadá), los sitios de encuentro han sido en campos académicos. Ahora hay muchas universidades que aceptan tesis de grado sobre temas de IAP y en algunas, como en Ithaca, Uppsala, Bath y Melbourne se han instituido como programas de postgrado.

El núcleo disciplinario principal de la IAP ha sido sociológico-antropológico, pero se ha extendido su empleo y su filosofía a las disciplinas más diversas, tales como agronomía y veterinaria, medicina y enfermería, odontología, ingeniería, administración de procesos, educación, trabajo social, derecho, economía, historia, pintura y música, periodismo y comunicación, literatura, y etno-matemáticas.

Puntos de partida y avances teóricos

¿Se han presentado avances teórico-prácticos en esta impresionante expansión institucional de treinta años? En mi opinión, sí, y conviene enfatizar que lo alcanzado en este campo ha sido, con claridad, construido sobre las bases generales propuestas en el Primer Congreso de 1977, a saber:

1. Búsqueda de una ciencia/conocimiento interdisciplinario centrado en realidades, contextos y problemas propios, como los de los trópicos y subtrópicos.

2. Construcción de una ciencia/conocimiento útil y al servicio de los pueblos de base, buscando liberarlos de situaciones de explotación, opresión y sumisión.

3. Construcción de técnicas que faciliten la búsqueda del conocimiento en forma colectiva, la recuperación crítica de la historia y la cultura de pueblos raizales u originarios y otros grupos, y la devolución sistemática y fácil de entender para la gente del común, del conocimiento así adquirido.

4. Búsqueda mutuamente respetuosa de la suma de saberes entre el conocimiento académico formal y la sabiduría informal y/o experiencia popular.

5. Transformación de la personalidad/cultura del investigador participante para enfatizar su vivencia personal y compromiso moral e ideológico con las luchas por el cambio radical de las sociedades.

Estas bases fueron, en general, producto del ritmo reflexión-acción y de la experiencia de investigadores activos conscientes de los problemas de pobreza y explotación en sus países, así del Sur como del Norte del mundo.

Según los análisis que se hicieron en el 8° Congreso Mundial (1997) en el que se contaron 32 vertientes de investigación-acción (11 de ellas participaron en un fructuoso intercambio previo por Internet), la IAP se ha desa-

rrollado en oleadas sucesivas de teóricos y activistas, en las que la composición Norte-Sur ha ido cambiando, pasando poco a poco al manejo de las instituciones norteñas.

El idioma inglés es hoy el elemento principal de comunicación universal en nuestro campo, el de las grandes visiones comparativas y de conjunto. Pero siguen saliendo contribuciones en lenguas y dialectos que son indispensables para la lucha y el trabajo local, aunque adolezcan muchas veces de suficiente sistematización, que también va produciéndose, aunque lentamente.

En la primera oleada de los años 70, que es la de los pioneros gigantes, hubo predominio claro de los países meridionales: Paulo Freiré, Camilo Torres y el equipo colombiano, Rodolfo Stavenhagen, G.V.S. de Silva, Myles Horton y Marja Liisa Swantz. Para la segunda ola, en la década de los 80, se observó un gran repunte con cierto equilibrio regional. En los años 90, el Norte tuvo ya una mayor presencia, con importantes trabajos de colegas universitarios. Aparecieron también trabajos pertinentes en otras vertientes convergentes en varios sentidos, de Robert Chambers, Chris Argyris, Bill Torbert, Alain Touraine y David Cooperrider que enriquecieron el campo de la investigación-acción/intervención rápida o de procesos, y de manera general.

Para terminar el recuento, las siguientes son las principales fuentes en las que, en mi opinión, hoy se observan avances teórico-prácticos sumamente interesantes:

1. El informe bilingüe sobre el 8° Congreso Mundial titulado "Participación popular: retos del futuro" (Bogotá-New York-Londres, 1998).

2. El manual "Handbook of Action Research", editado por Peter Reason y Hilary Bradbury (Londres, 2001).

3. El manual "Handbook of Qualitative Research" editado por Norman Denzin e Yvonna Lincoln (Londres, 2000).

4. La revista "Action Research" editada en las Universidades de Bath (Inglaterra) y Western Reserve (USA), por Peter Reason y Hilary Bradbury, a partir de 2003.

5. La revista "Systemic Practice and Action Research", editada por Robert L. Flood, en la Universidad de Hull (Inglaterra) desde 1999.

6. La revista "Concepts and Transformation" editada por H. Van Beinem en la Universidad de Halmstad (Suecia) desde 1998.

7. Obras básicas como las de la escuela escandinava (M. Toulmin y B. Gustavsen "Beyond Theory", Amsterdam, 1996), las de la escuela iberoamericana (Boaventura de Sousa Santos "La caída del Ángelus Novus", Bogotá, 2003), y las de la escuela australiana (Robín McTaggart "Participatory Action Research: Contexts and Consequences", New York, 1997).

Retos para la IAP y otras escuelas

Los conceptos y teorías que se encuentran, en mi opinión, en la avanzada y que, por lo tanto, deberían tomarse en cuenta así en la enseñanza como en la práctica y difusión actuales, pueden resumirse de la siguiente manera,

haciendo enseguida la aclaración de que no estoy recomendando ninguna resurrección del colonialismo intelectual de derechas o de izquierdas, ni del Norte o del Sur.

Me parece importante que en cada región, y principalmente en el Tercer Mundo tropical y subtropical donde se originó esta metodología, se utilicen raíces propias de explicación, descripción, sistematización y transformación de los contextos y de las condiciones sociales existentes. En estos procesos no sólo se deben poner a prueba los principios ya fogueados y los de avanzada, sino también proponer conceptos propios e invenciones intelectuales adecuadas y vinculadas a las realidades de donde surgieron.

Creo que éste es el reto especial que tienen hoy las universidades e instituciones de investigación científica en nuestros países. Observo que la IAP, en sus diferentes vertientes, aparece como respuesta a la crisis que experimenta hoy la modernidad romántica, desarrollista y neoliberal, instaurada por fuerzas ideológicas, económicas y técnicas de la Europa de los siglos XIX y XX, como lo explicaron y criticaron en su momento los filósofos de la Escuela de Frankfurt, los neomarxistas y los posmodernistas contemporáneos.

En efecto, las investigaciones más fructuosas cuentan hoy con una batería de apoyos teóricos más amplios que los existentes en los dos siglos anteriores, ahora con marcos interdisciplinarios ofrecidos por notables escuelas de pensamiento y acción, como las siguientes: 1) el holismo humanista, inspirado en los escritos de Gregory Bateson y Fritjof Capra, entre otros; 2) las reglas sistémicas de Churchman, y las de los sistemas abiertos de Checkland, Mayr y Gadamer; 3) las teorías sobre complejidad de Prigogine y Maturana; y 4) las del caos y fractilidad de Mandelbrot y Lorenz.

Pero, en nuestros países atrasados, ojalá no vayamos a depender de esas teorías exógenas, aunque no las desconozcamos. Como viene dicho, me parece preferible que busquemos nuestras propias explicaciones hacia la construcción de un paradigma alterno, estudiando nuestros grupos originarios o fundantes regionales, destacando sus valores de solidaridad humana. Son grupos que se extienden de un país a otro sin respetar actuales fronteras territoriales, como se observan, por ejemplo, en América Latina con los indígenas precolombinos portadores de valores de cooperación y ayuda mutua; los negros cimarrones en sus palenques, portadores de valores de libertad; los campesinos-artesanos antiseñoriales y comuneros llegados de Hispania con sus valores de dignidad; y los colonos de la frontera agrícola interna con sus valores de autonomía en paz. De los valores fundamentales de los grupos fundantes se deriva un ethos mayor identificable con un socialismo raizal no violento, que merece ser rescatado para reconstruir nuestro deteriorado tejido social. Es una tarea posible, parecida a la búsqueda de orígenes que intelectuales alemanes del siglo XIX hicieron a su vez con el concepto de "Ur-Sozialismus". Y también Mariátegui y Arguedas en el Perú y los fundadores de la República Maya de Yucatán, en 1921.

Si a estos planteamientos posmodernos añadimos críticas metodológicas y teóricas de fondo como las de Paul Feyerabend y Jürgen Habermas y, en América Latina, las de Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Arturo Escobar, y otros maestros, no es sorprendente pensar que la IAP y las escuelas o "sabores" afines vayan marchando hacia el paradigma alterno menciona-

do, que definitivamente no sería funcionalista ni positivista ni estructuralista. Estas escuelas clásicas están quedando atrás.

Creo además que la IAP y escuelas afines de punta son ahora capaces de producir teorías novedosas, como la "cosmovisión participativa" del británico Peter Reason, que invita a concebir un mundo superior al existente en el que se resuelvan las duras crisis cíclicas producidas por la entropía capitalista. O como el concepto de la "investigación de simposio" del australiano Stephen Kemmis, que trata de combinar la razón práctica con la razón crítica y avanzar en el chequeo con la cambiante realidad empírica, mediante métodos más sofisticados que los existentes. Aprender de estas nuevas teorías y conceptos y proseguir la marcha, parece ser nuestro destino como intelectuales comprometidos con el cambio radical.

Los desafíos para nuestros pueblos

Finalmente, me parece que hemos resuelto, en esencia, las viejas cuestiones del comienzo de la IAP, tales como los problemas sobre validez y rigor científico; los ciclos o ritmos de teoría y práctica; el equilibrio entre sujeto y objeto; y los retos éticos de la ciencia y la conciencia. Ahora nuestra metodología tiene ante sí el desafío creador de entender y combinar, como paradigma alterno en el contexto regional, las complejidades de nuestras sociedades: lo oral, lo particular, lo local, lo actual y lo espontáneo de éstas. Nuestras sociedades están descubriendo cómo resistir los embates homogenizantes de la globalización para defender nuestras identidades y nuestras vidas como naciones y pueblos autónomos. Además, tenemos ante nosotros, como parte de la tarea científica, el deber político, objetivo y no neutral, de estimular lo democrático y lo espiritual, con el socialismo autóctono.

Lo reitero: he aquí el gran desafío del momento para todos, así en universidades y entidades de formación como en las comunidades urbanas y rurales donde vivimos y actuamos, para llegar a metas de superación y de participación popular. En nuestros países todavía estamos tratando de dejar atrás las taras del modernismo que heredamos, y romper las cadenas del atraso estructural. Para ello necesitamos de nuevos movimientos educativos, culturales, políticos, sociales y económicos en los que cuenten más los grupos raizales de origen, los excluidos, los sin voz, y las víctimas de los actuales sistemas dominantes. Así lo observo, esperanzado, en la bienvenida ola socialista mejor enraizada, que ha avanzado desde el sur del continente suramericano hasta el Ecuador y Venezuela. Nos justificaremos como investigadores vivenciales, decididos y sentipensantes, sólo si nos vinculamos a fondo con estas transformaciones fundamentales.

Para ello los griegos nos dieron una buena regla: complementar la praxis directa con la frónesis ética, esto es, que al simple activismo que no puede ser suficiente, hay que combinarle la guía del buen juicio, en busca del progreso para todos.

Tratemos de llegar a esta bella meta. Aún con el simple intento, ya nos habremos enriquecido y avanzado. Por eso, como dicen ahora en el ciberespacio virtual de las galaxias: "¡Qué la fuerza sea con nosotros!".

La ciencia y el pueblo: **Nuevas reflexiones sobre** la Investigación-Acción (Participativa)

Sigue creciendo el interés mundial por la metodología de la investigación-acción que se aplica para ayudar a producir cambios radicales en la sociedad. Desde el Simposio Mundial de Cartagena (1977) se han realizado encuentros internacionales sobre el mismo asunto en Filipinas, India, Bangladesh, Tanzania, Perú, Canadá, Venezuela, México, Suecia y Yugoslavia. Casos de aplicación concreta se han registrado también en otros países de los cinco continentes. UNESCO, OIT, FAO y UNRISD han inaugurado divisiones especializadas con el mismo objeto. Muchos artículos y varios libros en seis idiomas distintos han aparecido sobre el tema en el último año. Y el asunto será motivo central de discusión en los próximos congresos mundiales de sociología y antropología.

Claro que no se perciben en Colombia, por razones obvias, expresiones dramáticas del método de investigación-acción, y una de las instituciones que lo auspiciaban (FUNDARCO) dejó de existir. Pero es natural que el interés persista entre nosotros, que se estén llevando a cabo diversos ensayos en varias regiones del país, y que algunas de las fallidas experiencias anteriores se reaviven periódicamente. No es para menos, puesto que este asunto científico-político de tantos alcances, tuvo uno de sus primeros puntales en Colombia. Además, el pueblo trabajador sigue necesitando de este tipo de metodología teórico-práctica para adquirir experiencia y conocimientos que lo lleven a adelantar las luchas y reivindicaciones de clase que cada día se hacen más urgentes y apremiantes.

De estos trabajos y experiencias, así como de la discusión en las reuniones nacionales e internacionales efectuadas, se deduce que uno de los problemas centrales a aclarar en la metodología de la investigación-acción para el cambio radical es el de la producción del conocimiento científico. Del proceso de producción de este conocimiento dependen mucho el alcance y el sentido del trabajo de campo que se realiza con grupos de base, sea táctica o estratégicamente. Como en el momento actual se experimenta también una crisis global en la justificación ideológica del aparato científico dentro del sistema capitalista, conviene reflexionar sobre estos problemas.

Uno de los aspectos pertinentes a reexaminar y revalorar es aquel que se ha identificado como "ciencia popular" o "ciencia del pueblo" desde co-

mienzos del presente siglo. Aquí advertimos una línea de estudio y acción que puede hacer aflorar conocimientos subyacentes y articular una voz respetable que ha sido reprimida en aras de la ciencia instrumental, cuyos avances hoy nos aturden e hipnotizan. Una voz y un conocimiento seculares que, en su aparente simplicidad, puedan ofrecernos algunas de las respuestas vivenciales que más necesitamos para continuar la lucha y los esfuerzos.

1. Bases generales

Comencemos por sentar bases generales sobre las cuales podamos construir alguna argumentación coherente sobre tan importante asunto como es el de la ciencia popular.

Concepto de ciencia

En primer lugar, no es correcto hacer de la ciencia un fetiche, como si esta tuviera entidad y vida propias capaces de gobernar el universo y determinar la forma y contexto de nuestra sociedad presente y futura. La ciencia, lejos de ser aquel monstruoso agente de ciencia ficción, no es sino un producto cultural del intelecto humano, producto que responde a necesidades colectivas concretas –incluyendo las consideradas artísticas, sobrenaturales y extracientíficas– y también a objetivos determinados por clases sociales que aparecen como dominantes en ciertos períodos históricos. Se construye la ciencia mediante la aplicación de reglas, métodos y técnicas que obedecen a un tipo de racionalidad convencionalmente aceptada por una comunidad minoritaria constituida por personas humanas llamadas científicos que, por ser humanas, quedan precisamente sujetas a las motivaciones, intereses, creencias y supersticiones, emociones e interpretaciones de su desarrollo social específico.

Por lo mismo, no puede haber ningún valor absoluto en el conocimiento científico, ya que su valor variará según los intereses objetivos de las clases envueltas en la formación y acumulación del conocimiento, esto es, en su producción. Para nuestros fines del momento nos interesará examinar este proceso de producción del conocimiento científico –incluido el tecnológico y cultural– mucho más que el producto final mismo representado en objetos, artefactos, leyes, principios, fórmulas, tesis, paradigmas o demostraciones. Estos productos son los que aparecen como absolutos en textos y tratados, sin que necesariamente lo sean.

Niveles de producción del conocimiento: dominante y emergente

En segundo lugar, si lo que más interesa es el proceso de producción del conocimiento para fines prácticos, tácticos y estratégicos, cabe preguntarnos sobre los niveles de formación y comunicación en que cristaliza este conocimiento para tener consecuencias en la conducta colectiva y en el acaecer cotidiano.

Uno de tales niveles es el de la comunidad de científicos occidentales especializados que hoy pretende monopolizar lo que es la ciencia y dictaminar sobre lo que es o no es científico. Este nivel tiene claras consecuencias en el mantenimiento del *statu quo* político y económico que se revuelve alrededor del sistema capitalista e industrial dominante. En estas condi-

ciones, la producción del conocimiento a este nivel se dirige obviamente a mantener y fortalecer este sistema.

Para ello, los científicos del sistema prefieren manejar objetos, datos y hechos congruentes con las finalidades del sistema capitalista, y relegan, reprimen o suprimen otros que, de destacarse o inventarse, revelarían alternativas contradictorias, inconsistencias y debilidades inherentes al sistema.

A priori, estos datos y objetos incongruentes del sistema poseen, como los otros, su propia estructura cognoscitiva, y pueden tener su propio lenguaje y su propia sintaxis de expresión. Pero como responde a otros intereses, desembocan en un nivel de formación y comunicación que aquí vamos a identificar como el de la "ciencia o cultura emergente" o "subversiva".

A posteriori, ello no significa que este nivel reprimido o emergente sea anticientífico ni que vaya en contra del proceso de acumulación general del conocimiento científico, tecnológico y artístico que ha sido una constante desde la aparición de los humanoides. Sin embargo, reconoce una antigua y respetable dimensión del quehacer científico y cultural que ha ido y va por fuera de canales institucionales, formales, gubernamentales y académicos. Y que, por el contrario, ha sido factor positivo de animación, creación e innovación aún en las propias instituciones establecidas que han sido retadas (Nowotny y Rose, 1979).

Concepto de ciencia popular

En este nivel de la ciencia emergente o subversiva –o de cultura reprimida y silenciosa– puede incluirse la llamada ciencia popular cuando pretendemos dinamizarla políticamente y, en consecuencia, incorporarla al desarrollo socioeconómico y a la corriente científica general para que deje oír su voz.

Por ciencia popular –o folclor, saber o sabiduría popular– se entiende el conocimiento empírico, práctico, de sentido común, que ha sido posesión cultural e ideológica ancestral de las gentes de las bases sociales, aquel que les ha permitido crear, trabajar e interpretar predominantemente con los recursos directos que la naturaleza ofrece al hombre.

Este saber popular no está codificado a la usanza dominante, y por eso se desprecia y relega como si no tuviera el derecho de articularse y expresarse en sus propios términos. Pero el saber popular o folclórico tiene también su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, es decir, puede demostrarse que tiene mérito y validez científica en sí mismo. Queda naturalmente por fuera del edificio científico formal que ha construido la minoría intelectual del sistema dominante, porque rompe sus reglas, de allí el potencial subversivo que tiene el saber popular.

Así, por ejemplo, el conocimiento de un curandero campesino es inadmisible para un médico doctor. Y no es admisible porque ignora y sobrepasa, en este caso, los esquemas institucionales del médico de consultorio con sus equipos importados, cuyas fórmulas abstractas juegan como fichas en un gran dominó explotador. Lo mismo se puede decir de las ciencias económicas y agrícolas y de sus practicantes.

Ciencia e interés de clase

Sería preferible no usar adjetivos cuando hablamos de ciencia o de cultura, si queremos verla como un único proceso formativo de conocimien-

tos válidos que tienen consecuencias en la conducta colectiva y en el acaecer cotidiano. Como se sugirió antes, la ciencia es un proceso totalizador y constante que se mueve en varios niveles y que se expresa a través de personas y grupos pertenecientes a diversas clases sociales. Puede, por lo mismo, sumar y restar datos y objetos, enfatizar ciertos aspectos y oscurecer otros, acordar mayor importancia a determinados factores, en fin, construir y destruir paradigmas de conocimientos comparables.

Por eso, estrictamente hablando, no puede haber "ciencia popular" como tampoco "ciencia burguesa" o "ciencia proletaria". Ocurre que, en determinadas coyunturas históricas, diversas constelaciones de conocimientos, datos, hechos y factores se articulan según los intereses de las clases sociales que entran en pugna por el dominio social, político y económico (Kuhn, 1970: 23, 181-187). Así, existe un aparato científico construido para defender los intereses de la burguesía, y este aparato es el que domina hoy a nivel local y general en las naciones llamadas occidentales, el que condiciona, limita o reprime el crecimiento de otras construcciones científicas y técnicas; por ejemplo, las que responden a intereses de clases campesinas y proletarias, o las de otros grupos populares a quienes se les ha aplicado la ley del silencio.

El devenir histórico lleva a un cambio en esta relación de subordinación de clases, sin que necesariamente esta revolución lleve a descartar todos los conocimientos que han hecho posible la dominación burguesa, como antes la feudal. Al contrario, puede anticiparse que muchos de los elementos tecnológicos descubiertos por los científicos burgueses servirán para beneficiar a las clases proletarias y afianzar el poder de éstas, una vez que lo ganen por la acción política. No es imprescindible destruir todo lo anterior para construir según nuevos o revolucionarios esquemas científicos o técnicos. (Así lo indica el mismo Lenin en uno de sus ensayos: Tareas de la asociación juvenil).

Ciencia y poder político

Evidentemente, esta amplia interpretación de lo que es la ciencia lleva a reconocer en ella una dimensión ideológica y política importante. Paradójicamente, el triunfo actual de la ciencia al imponerse casi como un fetiche de ficción ha llevado a que se le caiga tanto la careta de la neutralidad valorativa con que deambula, especialmente en las universidades, como la peluca de objetividad con que quiso impresionar al gran público.

La ciencia no pudo escaparse por esos recovecos, sino que quedó engarzada en los avatares de la política corriente. El concepto de verdad, por lo tanto, ya no parece fijo ni terminado, sino que se da desde una posición de poder que formaliza o justifica el conocimiento aceptable. Y esta aceptación va condicionada a visiones concretas de la sociedad política y su desarrollo. Por eso, ser científico hoy es estar comprometido con algo que afecta el futuro de la humanidad. Así, la sustancia de la ciencia resulta ser cualitativa y cultural; no es la sola medición estadística, sino la comprensión de las realidades.

Si el proceso de producción del conocimiento va ligado, como viene dicho, a una base social, es necesario descubrir esta base para entender los vínculos que existen entre el desarrollo del pensamiento científico, el contexto

cultural y la estructura de poder de la sociedad. Hoy no existe la urgencia mítica de hacer ciencia pura o exacta encerrado en un laboratorio lleno de pipetas y cubetas, o en una facultad universitaria clásica, sino que el científico alerta y verdadero se pregunta: ¿Cuál es el tipo de conocimiento que queremos y necesitamos? ¿Para quiénes es el conocimiento científico y a quiénes va a beneficiar?

Por lo tanto, debemos seguir examinando fríamente e impulsando la ciencia emergente y reprimida y la cultura subversiva, y trabajar por un reordenamiento del quehacer científico que sea útil y conveniente. Para ello es inevitable tomar en cuenta las necesidades de las grandes mayorías, víctimas del avance que ha traído el progreso desequilibrado de la misma ciencia.

A las sugerencias del pueblo que trabaja y produce, el que padece los efectos de la experiencia capitalista, se le da hoy, a regañadientes, gran atención por la amenaza que presenta al sistema dominante. Hay, pues, que acercarse a las bases no sólo para entender por dentro la versión de su propia ciencia práctica y reprimida extensión cultural, sino para buscar formas de incorporarla a necesidades colectivas más generales, sin hacer que pierda su identidad y sabor específico. A este problema, y aparente dilema, me referiré en las páginas que siguen.

2. Enseñanzas de la investigación-acción participativa (IAP)

Acercarse a las bases populares ha sido uno de los propósitos de la izquierda política y de sus grupos competidores en todas partes. Con ello se ha buscado fundamentar una acción consecuente con fines revolucionarios o conservadores. Pero no siempre se ha actuado con sabiduría y prudencia en esta búsqueda. Conviene tomar en cuenta las experiencias habidas al respecto, pues de allí pueden derivarse formas adecuadas de incorporación del conocimiento del pueblo a la corriente científica y cultural general con efectos radicales, y viceversa.

Aportes del saber popular

Si aceptamos la premisa de que la ciencia del pueblo común o folclor –es decir, el conocimiento práctico, vital, empírico que le ha permitido sobrevivir, interpretar, crear, producir y trabajar por siglos con medios directos naturales– tiene su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, conviene empezar por tratar de entender aquella racionalidad y esta estructura en lo que tienen de propio o específico. Gramsci señaló una ruta cuando sostuvo que en las clases trabajadoras existe una "filosofía espontánea" contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias que, aunque incoherente y disperso a nivel general, tiene valor para articular la práctica diaria (Gramsci, 1976: 69-70).

En efecto, no sobra recordar lo mucho que este saber y cultura popular ha hecho por la civilización, lo cual va desde productos agrícolas indígenas hasta prácticas empíricas de salud y ricos aportes artísticos. No es infrecuente encontrar personas cultas que se apropian del saber popular o de sus técnicas y artes y los transforman haciéndolos aparecer como nuevos descubrimientos y modas: es el caso de artículos como la "ruana" en la caballería española, bailes como la cumbia en los salones, el primitivismo en

pintura, la narrativa costumbrista. Muchos inventos mecánicos importantes se diseñaron con base en la experiencia rústica, como ocurrió con los de Franklin, McCormack, Le Tourneau, y los hermanos Wright. Las interpretaciones newtonianas de Kant en su Crítica de la razón pura llevaban el signo de una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época; y Galileo plasmó en su De motu una teoría del ímpetu que era la expresión técnica de la opinión común sobre el movimiento que venía desde el siglo XV (Muís, 1969: 111; Feyerabend, 1974: 63, 189).

Dramaturgos como Shakespeare eran de estirpe netamente popular, así como lo fueron sus tragedias; y los clásicos filmes de Cantinflas y de Chaplin, o la música de los Beatles no se habrían producido si no hubieran tenido sus raíces en el mundo de la gente común. Foucault encuentra en esta dimensión popular elementos suficientes para la "historia viva" que postula en su arqueología del saber (Foucault, 1970: 22-23). Por otra parte, Lévi Strauss se le acerca, aunque con prejuicios, al referirse al "pensamiento salvaje"; y muchos antropólogos llegan a admitir que "no hay mejores colectores de datos que los propios nativos" y que el papel de los científicos debería reducirse a anotarlos y editarlos (Radin, 1933: 70-71).

Además, la interpretación campesina y obrera de la historia y la sociedad, "como esta sale de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral y de sus propios baúles archivos", es una interpretación válida que corrige la versión deformada que corre en muchos textos académicos, y que puede "recuperarse críticamente" así como aspectos especiales de la cultura en general (Fals Borda, 1978: 235).

De esta manera puede verse cómo se articula el saber popular, cómo se expresa a la primera escarbada investigativa, y cómo se defiende de los ataques externos a su clase y de otras influencias desorientadoras. De allí el respeto con que el observador y el activista deben acercarse a la cultura del pueblo y a la "filosofía espontánea" de que habla Gramsci. Pero desafortunadamente no ha sido siempre así.

Metodología (1): autenticidad y compromiso

Una primera falta de respeto a esa cultura y filosofía es la de simplemente aparentarlo. Fue lo ocurrido en los últimos años de la década de 1960 y comienzos de 1970 en varios países, cuando huestes de fervorosos activistas intelectuales desertaron de la universidad para adentrarse en el pueblo y beber de sus fuentes mimetizándose en él. La intención era honesta; pero resultó equivocada. El diploma que se buscaba entonces era presentar manos encallecidas y la piel tostada al sol, como pruebas de que el intelectual había aprendido la lección de que "el pueblo nunca se equivoca", una de las falacias más socorridas por revolucionarios desorientados. Pero el pueblo no se equivocó esta vez al desautorizarlos repetidamente por su falta de autenticidad, hasta cuando los intelectuales se convencieron de que eran víctimas de un objetivismo extremo que sólo podía corresponder a la intelectualidad pequeño-burguesa (Mandel, 1972: 51-61).

La lección se aprendió parcialmente: en efecto, en las luchas populares hay campo para los intelectuales, sin necesidad de que se camuflen como campesinos u obreros natos. Sólo que deben demostrar honestamente el

compromiso que les anima, en el aporte concreto de su disciplina para los fines que los movimientos populares buscan.

Metodología (2): antidogmatismo

Aún así, esta importante apertura política y científica ha sido malograda a veces por los mismos intelectuales comprometidos en la investigación-acción, cuando éstos han pretendido aplicar ciegamente sus conocimientos técnicos y los principios ideológicos de diversas organizaciones políticas. En algunos países la situación se ha complicado cuando se ha impartido, por los cuadros activistas, la consigna de buscar y construir en el terreno una "ciencia proletaria" que neutralice la "burguesa" a la que se imputa, correctamente, mucho de la alienación reinante.

Las experiencias realizadas en varios países enseñan que no conviene aplicar con rigidez en el terreno los principios ideológicos puros que animan a los investigadores o cuadros, sea porque éstos pertenezcan a partidos cerrados (verticales) o porque hayan sido fuertemente adoctrinados en universidades y otros medios. Lo mismo ocurre con lo aprendido en facultades científicas como técnicas o especializaciones. El dogmatismo no sólo es anticientífico sino que se constituye en obstáculo para el avance de iniciativas que puedan ser positivas para la lucha de clases (Marx, 1971: 109). Esto es aplicable tanto al colonialismo intelectual de las derechas políticas como al de las izquierdas (Fundación Rosca, 1972: 72). Pero no quiere decir que el investigador actúe contra la organización o la sobrepase: al contrario, se la reconoce como instancia mediadora entre la teoría y la práctica política, como lo sostuvo Lukacs, entre otros. Depende de la organización, no obstante, el que logre asimilar con la debida amplitud por las ideas críticas, a los intelectuales involucrados en estos trabajos de base, así como a los trabajos mismos, para darles la cobertura política necesaria.

Para estos fines, en casi todas partes se ha empleado con éxito el materialismo histórico como guía científica abierta y orientación adecuada para entender las realidades problemáticas encontradas. No es conveniente usarlo sólo como meta probatoria anticipando sus tesis, lo que lo desvirtuaría como ciencia.

En cambio, la búsqueda de una "ciencia proletaria" en sí misma ha resultado contraproducente e inoficiosa. Si se es dogmático en estas labores, puede ocurrir que se vaya produciendo una "ciencia para el pueblo"', entregada y concebida de arriba abajo e impuesta de manera paternalista, y no como un conocimiento genuino y ordenado del pueblo trabajador que este pueda entender y controlar para defender sus propios intereses (Fals Borda, 1978: 235).

Metodología (3): devolución sistemática

El problema gramsciano de cómo convertir el sentido común popular en "buen sentido" ha tenido, en cambio, un desarrollo más positivo en varios países. Se parte del hecho de que la cultura popular, especialmente la campesina (la tradición) no es tan conservadora como se ha pretendido sino realistamente dinámica, pues aunque incluye elementos contradictorios provenientes de las clases dominantes urbanas, responde a necesidades específicas impuestas por el medio rural y el sistema político-económico.

De allí proviene en parte la alienación que ha llevado al campesinado con frecuencia a actitudes pasivas o resistentes al cambio, y a imitar valores sociales que provienen de clases terratenientes o urbanas.

Hay, pues, en la tradición y cultura campesinas, elementos positivos y negativos hacia el cambio social que abren posibilidades para transformaciones revolucionarias en el conocimiento y en la acción. Esto es obvio: no en otra forma se explicarían tantas revueltas campesinas como han ocurrido en la historia universal. En muchos casos es fácil determinar algunas de las fuentes y canales de la alienación que impiden una acción consecuente campesina, aquella proveniente de la difusión de valores burgueses. Se puede, por tanto, equilibrar el peso de estos valores alienantes mediante una devolución enriquecida del mismo conocimiento campesino, especialmente de su historia y realizaciones, que vaya llevando a nuevos niveles de conciencia política en los grupos. Así se va transformando el sentido común de estos para hacerlo más receptivo al cambio radical de la sociedad, y a la acción necesaria, así como para hacer oír, a nivel general, la voz de las bases populares antes silenciosa y reprimida.

Esta devolución, extensiva a todas las clases trabajadoras, no puede darse de cualquier manera: debe ser sistemática y ordenada aunque sin arrogancia intelectual, en lo que se trata de seguir el conocido principio maoista, "de las masas a las masas" (Mao Tse-tung, 1968, ni: 119). Por eso se llama "devolución sistemática" a esta técnica de desalienación y de formación de nuevos conocimientos a nivel popular. Cuatro reglas pueden destacarse en este sentido:

a) **Diferencial de comunicación**. Una primera regla de esta técnica es la de devolver materiales culturales e históricos regionales o locales, de manera ordenada y ajustada según el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base que suministran la información o con quienes se hace la inserción investigativa o técnica, y no según el nivel intelectual de los cuadros que, por lo general, es más adelantado o muy distinto.

Por eso los materiales resultantes se pueden publicar primero en lo que se llama el Nivel 1 de comunicación, que son como folletos estilo "comics", bien ilustrados y sencillos. Las bases son las primeras en conocer así los resultados de las investigaciones que emprenden en esta "recuperación histórico-cultural". A estos "comics" se pueden añadir después materiales audiovisuales, filminas, transparencias, grabaciones, conjuntos musicales y dramáticos propios del pueblo y películas cortas hechas con la misma gente del pueblo (la técnica que desarrolló Jorge Sanjinés en el Perú y Bolivia). Después se pueden publicar los mismos textos a un nivel más complejo y completo, para los cuadros (Nivel 2); y por último, los mismos temas tratados a nivel descriptivo y teórico más general, tomando en cuenta contextos nacionales y regionales, para los intelectuales comprometidos, los universitarios, profesores y funcionarios (Nivel 3). No todo se puede publicar o comunicar: ello depende de necesidades tácticas y de anticipar el mal uso que los enemigos de clase puedan hacer de la información que se suministra.

b) **Simplicidad de comunicación**. La segunda regla es expresar los resultados de los estudios y trabajos en lenguaje accesible, descartando el dirigirse ante todo a la comunidad tradicional de científicos dominantes en su propia terminología complicada y esotérica, o empleando sus esquemas clasificatorios latinescos y simbólicos. Esto exige un nuevo estilo de presentación de materiales científicos que puede llevar a una cierta liberación político-económica de la producción científica y a una mayor efectividad en la difusión de las ideas (Fals Borda, 1979).

c) **Autoinvestigación y control**. La tercera regla se refiere al control de la investigación por los movimientos de base y el estímulo a su propia investigación. Ningún intelectual o investigador debe determinar por sí mismo lo que se pueda investigar o hacer en el terreno, sino que debe definir sus tareas en consulta con las bases populares y sus personeros más esclarecidos (constituidos como grupos de referencia como adelante se explica), y tomando en cuenta las necesidades y prioridades de las luchas populares y las de sus organizaciones auténticas. Así se ha resuelto no sólo el problema del "para quién" de los trabajos y estudios, sino el de la inserción misma del científico o cuadro dentro del proceso social y su justificación personal en el medio donde le toca actuar. Para el efecto se pueden adoptar técnicas dialógicas que rompan el esquema asimétrico del objeto y sujeto de la investigación y de la acción (Freire, 1970).

d) **Vulgarización técnica**. La cuarta regla es la de reconocer la generalidad de las técnicas científicas más simples de investigación, y colocarlas al servicio de los mejores cuadros populares. Así se pueden enseñar cursos sobre metodología corriente de la investigación a los cuadros más adelantados, para que rompan su dependencia de los intelectuales y realicen fácilmente la autoinvestigación.

Sumando la aplicación de estas cuatro reglas en los países referidos, examinando los materiales acumulados y evaluando la marcha de las luchas populares en algunas partes, puede concluirse que el conocimiento de la realidad se enriquece bastante con la devolución sistemática. Se llega, por ejemplo, a desplazar héroes culturales burgueses por otros propios de las luchas. El campesinado logra equilibrar un poco la alienación en que vive como parte de su tradición, y puede mantener vivos movimientos que, a pesar de la represión, ponen en jaque a los gobiernos reaccionarios. Puede así verse cómo el sentido común de las gentes trabajadoras va adquiriendo nuevas aristas mediante la educación política, para asumir una voz propia e irse convirtiendo en "buen sentido". Empieza a parir una nueva tradición a un nivel más alto de conocimiento, práctica e impulso vital.

Metodología (4): reflujo a intelectuales orgánicos

Por supuesto, no todo el proceso pedagógico-político se reduce a recuperar críticamente la historia y la cultura y devolverlas sistemáticamente a las bases populares. También se realiza un reflujo dialéctico o "feedback" de las bases hacia los intelectuales y cuadros comprometidos. Esto es parte importante del proceso total de búsqueda e identificación de la ciencia del pueblo.

Una consecuencia y condición de este reflujo dialéctico es la necesidad de diferenciar papeles (roles) en el terreno, en tal forma que el científico o investigador no tenga que recurrir a camuflarse de campesino u obrero, como queda dicho, sino que sea reconocido y respetado por las bases y sus organizaciones políticas y gremiales como quien es. Al advertir la inevitable división del trabajo científico que ha impuesto la acumulación del conocimiento (ya que no todos pueden hacer todas las tareas con la misma eficiencia), se ve la posibilidad de desarrollar en la práctica el concepto del "intelectual orgánico" propuesto también por Gramsci. Estudiemos un poco este importante asunto.

Los intelectuales comprometidos con la lucha popular en algunos países han intentado formar grupos de referencia ad hoc conformados por los campesinos, obreros e indígenas de mayor experiencia, altruismo y visión que estuvieron involucrados en tareas organizativas y agitacionales, con el fin de desplazar a los grupos de referencia constituidos por académicos y profesores universitarios (la élite dominante) (Fals Borda, 1978: 233).

Estos grupos ad hoc, de donde deberían salir los verdaderos intelectuales orgánicos de las clases trabajadoras, hasta ahora no han alcanzado a responder totalmente a la discusión científica misma, como se ha planteado, sino que han contribuido más a los aspectos prácticos y políticos del trabajo en el terreno. La discusión científica de cierto nivel actual sobre lo que se va haciendo se sigue realizando entre personas preparadas más tradicionalmente, en una minoría más o menos seleccionada por el conocimiento y la experiencia. A este nivel se hace la articulación entre lo específico regional y lo teórico general o nacional, para producir una visión totalizante e integrada del conocimiento adquirido.

Pero esta discusión de minorías ya viene enriquecida por la práctica en el terreno, por el contacto con las gentes de base y sus problemas concretos y por las opiniones y conceptos de los cuadros campesinos del grupo ad hoc de referencia. Hay un aporte intelectual crítico de parte de estos cuadros que se expresa en exigencias tales como de claridad y precisión en la exposición de la teoría; observaciones a la aplicabilidad de la teoría en el contexto inmediato; descripciones fieles y vividas de procesos sociales; explicaciones de estrategia y táctica en la lucha popular; información profunda sobre motivaciones de conducta individual y colectiva no visibles para personas extrañas al medio; elementos de cultura como la herbología y los mitos; términos empleados en la agricultura, la pesca y la caza; y principios técnicos en el manejo de utensilios y herramientas rústicas.

Todo esto es información valiosa de primera mano, sobre un *know-how* que enriquece los análisis realizados a nivel científico más general por los grupos de intelectuales.

Se tiene así la convicción de que el folclor del pueblo campesino, su conocimiento empírico, vital y práctico, puede encontrar un nicho en el curso del desarrollo de la ciencia como proceso totalizador y constante, y que su voz apagada puede adquirir nueva resonancia. Los agentes de este proceso dialéctico han sido o son intelectuales orgánicos. Pueden tener la misma sensación que en su tiempo tuvieron Kant y Galileo cuando bebieron de fuentes populares, o la de quienes diseñaron tantos inventos mecánicos contemporáneos con base en la experiencia rústica, como se dijo anteriormente.

Metodología (5): ritmo reflexión-acción

En consecuencia, una de las responsabilidades principales de los investigadores (intelectuales orgánicos) ha sido la de articular el conocimiento concreto al general, la región a la nación, la formación social al modo de producción y viceversa, la observación a la teoría y, de vuelta, la de ver en el terreno la aplicación específica de principios, consignas y tareas. Para que esta articulación sea eficaz, se ha adoptado un determinado ritmo en el trabajo que va de la acción a la reflexión y de la reflexión a la acción en un nuevo nivel de práctica.

El conocimiento avanza entonces como una espiral en que se procede de lo más sencillo a lo más complejo, de lo conocido a lo desconocido, todo en contacto permanente con las bases y los grupos ad hoc de referencia. De estos se reciben los datos; se actúa con ellos; se digiere la información en un primer nivel; y se reflexiona a un nivel más general. Luego se devuelven los datos de manera más madura y ordenada; se estudian los efectos de esta devolución y así indefinidamente, aunque dentro de plazos prudenciales determinados por la lucha misma y sus necesidades.

Metodología (6): ciencia modesta y técnicas dialógicas

Las condiciones mínimas para el desarrollo de este ritmo de reflexión-acción y del reflujo cultural de las bases hacia la minoría científica orgánica pueden reducirse a dos ideas:

1) La de que la ciencia puede avanzar hasta en las situaciones más modestas y primitivas y que, en efecto, en las condiciones populares encontradas la modestia en el manejo del aparato científico y en la concepción técnica (especialmente descarte de instrumentos muy sofisticados y mayor uso de elementos locales, económicos y prácticos) es casi la única manera de realizar los trabajos necesarios, lo cual no quiere decir que, por modesta, esta ciencia sea de segunda clase, o carezca de ambición.

2) La de que el investigador debe: a) descartar la arrogancia del letrado o del doctor, aprender a escuchar discursos concebidos en otras sintaxis culturales y asumir la humildad de quien realmente desea aportar al cambio social necesario; b) romper las relaciones asimétricas que se imponen generalmente entre entrevistador y entrevistados para explotar unilateralmente el conocimiento de estos; y c) incorporar a las gentes de base, como sujetos activos, pensantes y actuantes, en su propia investigación.

Ciencia modesta y técnicas dialógicas o participantes se constituyen así en referencias casi obligatorias para todo esfuerzo que busque estimular la ciencia popular o aprender del saber y cultura del pueblo para multiplicarlo a nivel más general. Es lo que se pretende hacer con el método de investigación-acción en su modalidad participante radical (IAP), y con el apoyo de las ciencias emergentes y subversivas.

3. Enseñanzas de coyunturas revolucionarias

En la idea de "pueblo" que he venido usando he incluido, para simplificar, un conjunto de personas que en realidad son más heterogéneas de lo que el concepto indica. Sólo he destacado, como ingredientes básicos para estudiar lo que es la ciencia y la cultura popular, el componente proletario y

la antigua relación folclórica con la naturaleza. Esta relación corresponde evidentemente a sistemas precapitalistas, y se deriva de la actividad productiva como forma original de la praxis, aquella que regula el intercambio material de la especie humana con su ambiente natural. Los ingredientes mencionados no son sino elementos iniciales de análisis, aunque dejen una impronta permanente que no puede ignorarse en el asunto que nos ocupa.

El problema es más complejo, y esto lo podemos ver en los desarrollos del presente siglo, cuando se realizaron las primeras revoluciones socialistas y ocurrió, casi simultáneamente, un vigoroso ascenso en el control instrumental del hombre sobre elementos naturales, gracias al avance científico-educativo y a la expansión del modo de producción capitalista e industrial a nivel mundial. Esto afectó las posibilidades de desarrollo de la ciencia del pueblo o folclor como se ha conocido tradicionalmente, y abrió compuertas que pueden llevar a su eventual desaparición.

El proletkult

La revolución rusa tiene mucho que enseñarnos a este respecto, ya que, en sus comienzos, hizo un importante intento de construir por la base una cultura proletaria de índole científica, llamada "Proletkult", que fuera congruente con los fines revolucionarios (Bettelheim, 1977: 475, 528). Encabezadas por intelectuales comprometidos, estas campañas político-literarias se iniciaron poco después de la revolución de febrero de 1917 y duraron hasta 1922, cuando recibieron el rechazo de Lenin y de Trotsky (Deutscher, 1968: 64).

La tónica principal del trabajo del Proletkult fue la arrogancia contrarrevolucionaria de sus prosélitos. Tomando al pie de la letra la negativa y limitada impresión de Marx sobre el papel del campesinado en la revolución francesa, estos intelectuales rusos consideraron a los rústicos de su país como sacos de patatas.

El médico e ideólogo Alejandro Bogdanov, el primer impulsor del movimiento, sufría de un marxismo superficial que le llevó a sostener tesis incongruentes con la teoría vigente del partido, como la de que el desarrollo de la conciencia proletaria de clase reposaba ante todo en la práctica de la producción y no en la lucha de clases. Sus seguidores creían que los sabios, artistas, ingenieros, etc. de origen obrero, producirían una cultura especial diferente de la burguesa, y ese origen, según ellos, debía conferirles una esencia indescartable. A los sabios del Proletkult se les consideraba como "ingenieros sociales" cuya tarea era tratar a las masas inferiores como si fuesen un material de cera al que había que moldear desde arriba y desde fuera.

Claro que todo ello llevaba a agudizar la diferencia entre trabajo manual e intelectual, y así lo hizo ver Lenin cuando habló críticamente sobre la "ficción de los orígenes" (Bettelheim, 1977: 528, 530). Con razón los más altos dirigentes bolcheviques hubieron de frenar este desorientado movimiento que, desgraciadamente, todavía tiene sus metástasis en otros países.

La intelligentsia rural

El Proletkult pasó a mejor vida. Pero la coyuntura específica de la revolución rusa a partir de la muerte de Lenin, el exilio de Trotsky y el advenimiento del stanilismo, especialmente hacia 1928, hizo que la política oficial

hacia el campesinado ruso no fuera muy distinta, en sus efectos, de aquella sugerida por el Proletkult. El Estado soviético y el Partido Comunista habían determinado crear la cultura y la ciencia proletarias como bases ideológicas y políticas para proceder a la industrialización necesaria. Se privilegió así al proletariado urbano, y se castigó al campesinado con el peso de la nueva planificación.

El campesinado ruso, que no había sido unánime en el apoyo a la revolución –con altibajos producidos por la influencia de Kulaks y Mujiks– se constituyó en el pararrayo natural de la desconfianza oficial. Por consiguiente, Stalin resolvió imponerles la "civilización proletaria" desde arriba –y desde las urbes–, con el empleo de cuadros obreros y urbanos del partido, y con institutores y especialistas agrarios (la llamada "intelligentsia rural avanzada"). Ni siquiera se reclutaron cuadros campesinos para esa tarea. La desconfianza llegó hasta ordenar que los tractores y las máquinas que se llevaran a los nuevos kolkhozes no fueran manejados por campesinos, sino por obreros.

Toda esta campaña desde arriba y desde fuera llevó al tremendo genocidio rural de todos conocido, y a la destrucción cultural del campo ruso, algo que dejó minúsculas las crueles gestas autocráticas de Pedro el Grande. Naturalmente, al destruirse en forma tan masiva la base tradicional del campo ruso, se perdió también buena parte de la cultura popular o folclórica y se relegó a segundo plano la tradición científica del pueblo común soviético. Pero se crearon nuevas bases humanas, sociales, culturales y tecnológicas que han servido para reconstruir la sociedad rural en la Unión Soviética, y esta creó otro sentido común y otra tradición más moderna y avanzada que la descrita por Tolstoi.

Ahora bien, ¿será este ya el "buen sentido" que esperaba Gramsci? ¿Valía la pena pagar el alto costo social y humano de esa hecatombe para llegar al inmenso desarrollo actual de la Unión Soviética? ¿Se construyó en verdad una ciencia proletaria hegemónica? Una cosa es cierta: en el esfuerzo se perdieron muchos valores de la cultura y ciencia campesinas que podían haber sido congruentes con la revolución y que la habrían enriquecido de seguir su marcha, como ocurrió en los casos chino y vietnamita. Algunos de esos valores que sobreviven, como en la música y el arte, y en las artesanías, ayudan a darle sabor e identidad hasta al mismo Estado soviético; otros, como las creencias religiosas, continúan con cierta fuerza.

De todos modos, aquí vemos el caso patético de un pueblo revolucionario que decidió descartar masivamente la tradición campesina, con su ciencia y todo, con el fin de construir un proletariado técnico e industrial que tuviera una ciencia propia y una cultura congruente con los fines de la revolución. Pero no es una ciencia nueva la que se produjo allí, y en eso se equivocaron los intelectuales del Proletkult y sus sucesores. Es la acumulación, difusión y perfeccionamiento de técnicas y conocimientos anteriores originados entre capitalistas y burgueses rusos y extranjeros, que han pasado al control político y económico de su clase antagónica. Hubo un cierto tipo de popularización del conocimiento científico, cultural y técnico contemporáneo que, si se quiere, puede verse como una "ciencia del proletariado"; pero esta, como realidad propia, no sería entendible así sino en el contexto soviético.

La revolución cultural

En la China Popular, para fines semejantes, se observa un proceso diferente. No hay genocidio y ocurre una mayor participación de las bases campesinas y obreras en la conformación de una nueva cultura y ciencia armónicas con la revolución. El climax de esta tendencia ocurre, por supuesto, durante la herética Revolución Cultural de 1966 a 1968 (con efectos visibles hasta 1976) de lo cual podemos derivar así mismo importantes enseñanzas.

Muy diciente fue uno de los incidentes iniciales de la Revolución Cultural: el acto de rebeldía con afiches en la Universidad de Pekín porque el rector, un historiador anticuado, entre otras cosas dificultaba que los estudiantes hicieran labores manuales, y ejercía discriminación contra alumnos provenientes de familias trabajadoras o campesinas (Wheelwright y McFarlane, 1972: 127). Aquí parece residir el meollo de la cuestión: se trataba de romper el elitismo tradicional que, influenciado por la burguesía china occidentalizada, tenía sus raíces locales en Confucio y sus enseñanzas ancestrales. El elitismo tradicional llevaba a imitar y adoptar lo extranjero, y a respetar y obedecer a las autoridades superiores (padres, ancianos, líderes del partido, gobernantes, funcionarios, emperadores) y a los hombres de ciencia, intelectuales, maestros y letrados de uñas largas y pulidas. Por todo ello, no era una simple revolución generacional la que se iniciaba en 1966. Era una acción ideológica que seguía la clásica línea maoísta "de las masas a las masas", para reorientar valores de antaño, "solidificar el concepto del mundo proletario-comunista para la masa del pueblo" y crear una nueva opinión pública, o sentido común. Esta opinión nueva iría a reforzar los objetivos de la revolución, combatir las tendencias conservadoras de la disciplina partidista y llevar a una nueva concepción científica y cultural nacional (Blumer, 1972: 72, 186-187).

Por eso sus primeros abanderados y activistas fueron jóvenes y, además, reclutados exclusivamente de las clases trabajadoras: campesinos, obreros, taxistas, hasta pordioseros, a quienes se les impartió el mínimo de orientación contenida en el famoso "Librito Rojo", personas que iban decididas a ser "antes que maestro, el primer alumno de las masas", a "luchar contra el egoísmo" y a "servir al pueblo que es el que hace la historia". Actuarían por fuera de estructuras formales partidistas, en lo que este movimiento fue realmente inusitado.

Se propició así un gigantesco intercambio rural-urbano, con 25 millones de citadinos que visitaron el campo y millares de obreros que fueron a escuelas, con lo cual se esperó romper la verticalidad de la dependencia con el Estado y el partido, promover un desarrollo ideológico más auténtico que emergiera de las mismas y, en fin, "modificar la faz intelectual de toda la sociedad".

Transparente fue una de las metas técnico-científicas trazadas por Mao: en efecto, el presidente quería adiestrar a los trabajadores para convertirlos en técnicos (como se hacía ya en el Instituto de Ingeniería Mecánica de Shangai), y que los estudiantes tuviesen experiencia práctica y regresaran a la producción luego de unos años de estudio. Se reconocían en esta forma las conexiones que la educación tiene con el trabajo productivo, reconocimiento que llevó a modificar los pénsumes oficiales de enseñanza.

Excesos de la ortodoxia política

Es difícil negar el estímulo que este gigantesco esfuerzo –como el de las comunas populares anteriores– tuvo a nivel de las bases, especialmente en el desarrollo de la medicina popular ("médicos descalzos"), el alfabetismo, la artesanía (conversión del hierro) y la tecnología intermedia en la agricultura, el transporte y otros medios, así como a nivel industrial se registraron innovaciones técnicas ingeniosas y productivas (Wheelwright y MacFarlane, 1972: 191, 194-195). Se estaba en verdad fomentando una "ciencia del pueblo" controlada por este y sus personeros inmediatos, que tomaba como punto de partida una tradición cultural recuperada y selectiva, sin destruirla totalmente. Era una ciencia modesta y realista que no trabajaba sino dentro de los parámetros históricos de los conocimientos populares. Y así avanzó bastante para el beneficio de estos, hasta años más recientes.

Pero, como se sabe, ocurrieron excesos de celo producidos por un deseo irracional de imponer la ortodoxia política en niveles incongruentes, tales como el manejo de fábricas y en la alta tecnología. El anti-intelectualismo y el anti-burocratismo a ultranza fueron llevando a una crisis anárquica en la producción, tal que el gobierno tuvo que echar pie atrás: disminuyó el impulso y fervor juveniles del movimiento, reglamentó mejor los comités políticos que imponían estructuras organizativas contraproducentes y volvió a llamar a personas y trabajadores de experiencia para que siguieran administrando fábricas, escuelas e institutos. Además, se vio que la consigna de que las masas se educaran a sí mismas no había podido cumplirse al pie de la letra, pues seguían necesitando de asistencia externa, especialmente de la orientación del partido.

Políticamente, Mao triunfó en esta forma sobre elementos conservadores de la sociedad y de su propio partido y aseguró que la revolución china siguiera por el derrotero que le había marcado hacia el socialismo. Cultural y científicamente, impulsó valores y conocimientos a nivel de base que sirvieron para afirmar la colosal reconstrucción económica de la nación china, una reconstrucción relativamente autónoma que le ha permitido a esa nación ocupar una posición de comando a nivel mundial, y a su pueblo tener un nivel de vida grandemente mejorado.

Hubo aquí mayor respeto que en la Unión Soviética por las bases campesinas. Se rompió parcialmente el monolitismo del partido y de su guardia dogmática. Los cuadros fueron reclutados más equilibradamente desde el punto de vista de sus orígenes. No hubo tanto énfasis en imponer pautas verticales, de arriba hacia abajo. No obstante, se vio la necesidad de seguir diferenciando entre ciencia popular y ciencia avanzada, dejando que esta continuara siendo provincia especial de la minoría intelectual y técnica que la Revolución Cultural había intentado reeducar por el trabajo manual y la práctica en el terreno. Por eso se enfatiza hoy allí a la "ciencia y tecnología" como una de las cuatro modernizaciones planteadas como metas a alcanzar para el año 2000. Porque sólo así puede la China mantener su liderazgo a nivel mundial y defenderse de las potencias que la siguen asediando.

4. El reto del control instrumental

La Unión Soviética y la China Popular ofrecen casos dramáticos de cambio social en que se realizaron reformas profundas del alma popular. Otros ejemplos nacionales de este tipo de subversión son también de interés: lo ocurrido en el Japón a la Restauración Meiji y durante la ocupación americana; el efecto de la autogestión obrera y campesina en la sociedad yugoslava; la revolución cubana y el "poder popular"; el impacto del culto de las cargas en comunidades primitivas melanesias; la experiencia del Bhoomi Sena y del Movimiento por la Ciencia del Pueblo en la India. Quizá en todos ellos se encuentren elementos comunes que ayuden a identificar y comprender el problema de las bases populares y la ciencia y la cultura que tanto nos interesa como fenómeno contemporáneo.

Impacto de la cultura masiva

Un hecho casi incontrovertible es que la ciencia y el saber o cultura popular, por tener sus fundamentos y raíces en sistemas precapitalistas, se han visto amenazados de extinción debido al acelerado desarrollo de la tecnología moderna y del control instrumental del hombre sobre la naturaleza que van unidos al sistema capitalista dominante. Podemos ver esto fácilmente en los países industrializados, cuyos sociólogos empiezan a hacer una distinción más específica entre la cultura folk como aquí la hemos entendido, y la "cultura masiva popular" (Lewis, 1978: 14-25).

En los países avanzados, según Lewis, la cultura popular tiene aspectos negativos que se refieren a la masificación por los grandes medios de comunicación (televisión, radio y prensa). Esto lleva a que el común de las gentes sea víctima de empresarios que no piensan sino en el lucro, y así van rebajando el nivel cultural o empobreciendo y anulando el existente o folclórico tradicional. En estas condiciones, la cultura popular de esos países tiene la tendencia a imitar elementos de la llamada "alta cultura" –que puede ser más creadora y particular– rebajando su calidad y desvirtuando el talento, hasta llegar al "gusto abyecto de la mesnada". Además, tiene el peligro de estimular al totalitarismo por fomentar audiencias pasivas que se adaptan primordialmente a la manipulación demagógica, como lo anticipó, mal que bien, Ortega y Gasset. En fin, este tipo de desarrollo instrumental capitalista avanzado produce el mayor índice de alienación popular hasta ahora conocido, pues lleva a lo que Marcuse definió como "hombre unidimensional", y culmina en la contra-utopía Orwelliana de la granja de animales con el *Big Brother* en todas partes.

Si así ocurre en esos países industrializados, bien puede entenderse lo que pasa cuando de allí se exportan a los países subdesarrollados, no sólo las técnicas alienantes sino los mismos productos terminados, o "envasados". Se registra entonces un fuerte impacto cultural que barre los valores propios, haciendo olvidar aquellos elementos del folclor que constituyen lo que se ha dado en llamar "la esencia de la nacionalidad"'. Se va borrando así la "filosofía espontánea", el lenguaje, el sistema de creencias y el sentido común tradicional de los habitantes de estos países pobres, para suplantarlos por otros que son xenofílicos e inauténticos. Así se limitan también las posibilidades raizales de producir e inventar en los campos científico y tecnológico.

La región: valores sustanciales y marginales

Lo increíble es que los conocimientos populares de los países pobres, de origen precapitalista, hayan podido resistir tantos impactos instrumentales desde hace tanto tiempo, y que todavía queden elementos útiles para la identificación regional y nacional, con posibilidades de recuperación y creación. Esto lleva a pensar que en el aparataje cultural de las gentes en sus regiones –hasta llegar al nivel de caserío, barrio y comunidad– existen por lo menos dos clases de valores: los más acendrados y sustanciales, que podrían compararse con el almendrón de una fruta o la savia de un árbol; y los ajustables o marginales que, aunque van intrínsecamente envueltos con los otros, pueden modificarse por distintas causas sin que sufra el aparato cultural total.

La racionalidad propia del aparato cultural popular, su estructura y sabor específicos derivan de los valores sustanciales, y de estos depende la versión especial que los grupos populares dan a la comunicación y sus niveles, como cuando el intelectual comprometido o el activista se les acerca con mensajes de devolución del conocimiento o para recuperar la historia y la cultura.

¿Cuáles son, pues, esos valores sustanciales? Es posible que sean aquellos fundamentados en la especial visión del mundo (Weltanscnauung) o filosofía de la vida que caracteriza a los grupos populares regionales menos contaminados, especialmente los que se articulan aún con la praxis original, como los campesinos, y los que han defendido el ancestral contacto con la naturaleza y ambiente regional específico. En últimas, estos son los valores que se arraigan en creencias sobre lo sobrenatural y extra-científico, los mismos por los cuales se han armado guerras en el pasado, con los cuales se crean y destruyen mitos, se fabrican ideologías y movimientos, se conforman utopías. Son los que han hecho del hombre lo que es, los que le han dado a la historia su sentido teleológico.

La racionalidad de estos valores sustanciales parecería por lo tanto irracional, si le aplicáramos los criterios cartesianos sobre la Razón que nos han inculcado en universidades y academias, y sobre los cuales se ha construido la idea contemporánea dominante de ciencia. Pero se trata de una contextura racional diferente que tiene su propio lenguaje expresivo y su propia sintaxis. Para entender y llegar a los valores de este tipo racional popular es necesario sobreponerse a las barreras cognoscitivas dominantes y asumir actitudes vivenciales que sean tan extra-científicas como las de los grupos populares. Y, si se puede, lograr el dominio simultáneo de dos o más lenguajes científicos o niveles de comunicación diferentes.

Para empezar a adquirir esta vivencia popular y el dominio simultáneo de lenguajes diferentes que ello implica, quedan pocos caminos aparte de destacar estratégicamente la región y emplear las técnicas ya sugeridas cuando nos referimos a la investigación-acción radical, esto es, el empleo subversivo y crítico de la ciencia modesta y técnicas participantes (IAP).

Papel de minorías orgánicas especializadas

No es necesario imaginarnos cómo sería la estructura educativa formal en un país donde la llamada ciencia popular fuera hegemónica. Ya vimos lo ocurrido en dos casos históricos en los cuales se puede aducir que, política-

mente, el proletariado advino al poder. Las diferencias con los sistemas formales científicos del pasado fueron mínimas. Sólo resultó necesario mantener el control de la estructura del Estado para que los nuevos esfuerzos educativos y científicos fueran congruentes con los intereses de las clases trabajadoras, y estimular tecnologías intermedias. Aun así, hubo necesidad de reconocer la continuidad del conocimiento y el papel de minorías orgánicas especializadas, para mantener el ritmo de la producción y elevar el nivel de vida de las poblaciones.

El hecho de que deba haber miñonas para sostener este esfuerzo científico no significa que toda la estructura institucional se conciba casi exclusivamente para formarlas y sobreeducarlas, como ocurre ahora. Hemos dicho que los principales retos en este campo provienen del intercambio teórico-práctico directo con las bases regionales explotadas por el capital. Derivan de una ciencia crítica e integrada, modesta y realista. No provienen del diálogo cerrado dentro de una élite de científicos sofisticados con orejeras profesionales, que puedan llegar a determinar el sexo de los ángeles. La potencialidad de la investigación-acción radical reside precisamente en el desplazamiento que promueve de los recintos universitarios al terreno concreto de la realidad. Este tipo de investigación rompe los esquemas clásicos de la academia al desconocer las diferencias entre sujeto y objeto de estudio. Lleva a que los letrados desciendan de las torres de marfil y queden sujetos al juicio de idoneidad que imparten las comunidades en que viven y trabajan, y no dependan necesariamente del de los decanos y rectores.

Recordemos que en esa forma funcionaban en el siglo XIV las primeras universidades en París y en Uppsala, con grupos pequeños de maestros y estudiantes en casas particulares, fuera de los conventos que monopolizaban el conocimiento, en talleres artesanales, en plazas y vecindarios donde se aprendía de la vida y se orientaba la enseñanza y la investigación a los problemas cotidianos de la comunidad. No había doctorados entonces, ni diplomas. Se sentía urgencia práctica del saber, y esta vivencia se compartía a nivel de base en formas simples, toleradas al menos por una buena parte del sistema social y político de entonces. Pero había personas más sabias y enteradas, de genio y chispa, que fueron guiando ese desarrollo, con su propia versión de la vivencia y del compromiso social.

La universidad en diáspora

¿Valdrá la pena pensar en nuevos tipos de talleres populares contemporáneos, dispersos en ciudades y en el campo, por fábricas y fincas, cada uno con su problemática especial, que formen técnicos y prácticos instrumentales de nivel intermedio, pero orgánicos con las clases trabajadoras? ¿Podremos concebir una universidad en diáspora que se juzgue según efectos sociales de conjunto y no por facilidades físicas? ¿Podremos articular, en esta forma y de manera permanente, el conocimiento teórico con la praxis?

¡Cuántas ventajas no tendría un plan educativo de este tipo! Desaparecerían las falsas divisiones creadas entre las ciencias (los conocidos departamentos profesionales, las academias y las especializaciones) y se fomentarían verdaderas actividades interdisciplinarias. Sabido es que los principales problemas contemporáneos, como los de la pobreza, el hambre, la destrucción ecológica, la explotación del hombre, la violencia institucional

y general, exigen niveles complejos de análisis que desbordan las especialidades. Aparecerían entonces nuevos campos de acción científica y técnica vinculados directamente a necesidades comunitarias urgentes, y no para que sigan beneficiando a la burguesía enriquecida que viene arrasándolo todo. Y habría organizaciones, orientaciones y acciones mucho más democráticas, participantes y pluralistas que terminarían con la dictadura de organismos dogmáticos y con estados fascistas que quieren levantar cabeza, especialmente en el hemisferio americano.

Se vería así más claro lo que es un verdadero pueblo con su propia ciencia ejercitada como herramienta vital, para la defensa de su identidad, de sus intereses y de los valores sustanciales que lo animan, una ciencia levantada ya a la altura del saber.

La investigación: obra de los trabajadores

Hay un problema de definición de lo que es, realmente, la investigación participativa. Entonces, yo quiero comenzar por ahí para aclarar un poco ese tema de lo que es, por lo menos, en la vertiente sociológica esta corriente de pensamiento.

Pienso que la razón de nuestra disparidad en este campo tiene un origen histórico y radica en la forma como se ha trascendido el paradigma freiriano, original de la concientización. En los años 60, P. Freire tuvo la oportunidad de practicar en Chile la idea de la educación popular en un contexto de praxeología y esta iniciativa que, si mal no recuerdo fue en "El Recurso", envolvió una experiencia muy concreta de mejoramiento de condiciones de vida y economía de los campesinos. También se hizo lo mismo en otros sitios de Colchagua, por ejemplo. Había un elemento ideológico presente en ello que el mismo Freire sostiene en sus libros hasta hoy. Entiendo que lo que se pretendía hacer aquí en Chile era algo fundamental, un cambio radical, y el sistema revolucionario chileno de aquellos días permitía ese tipo de acciones.

Pero, en los desarrollos sucesivos de la experiencia chilena, con la exportación que luego se hizo del paradigma de la concientización a otros países, entre ellos por J. Bosco Pinto, esta articulación original de la concientización como elemento revolucionario, liberador, fue perdiendo sentido. Se fue transformando en otra cosa, no por causa de Freire, ni de Bosco Pinto, a quienes admiro, sino porque como ha ocurrido en tantos otros conceptos, técnicos y tácticos en el campo social, estos elementos fueron siendo sucesivamente asimilados por el sistema dominante. Fueron cooptados. Lo que aparecía en el contexto chileno como algo revolucionario y positivo, al pasar a Haití, al pasar a Colombia recibió un sentido integracionista y muchas veces, contrarevolucionario. J. Bosco Pinto, a pesar de sus grandes esfuerzos por determinar la metodología de la concientización, no sólo logró producir, por lo menos en mi país, una corriente del pensamiento que reta al sistema pero que termina en el Desarrollo Rural Integrado (DRI), o sea, un programa favorecido por el *statu quo* como un paliativo económico y político.

No logra, por lo mismo, desarrollar toda la potencialidad de la idea de la concientización como originalmente se había planteado.

Ustedes aquí han hecho la crítica a ese tipo de desarrollo de la concientización como paradigma, cuando se refirieron a cómo una búsqueda encaminada a determinar temas generadores en la terminología de P. Freire, resultó en la determinación de anti-temas, cómo la realidad estaba contradiciendo un poco el instrumento de su concepción. Y, alguien más lo señaló, que lo que finalmente había resultado de estas experiencias se condecía bastante con el utopismo pedagógico. Piaget parecía influir más que Marx en este paradigma de la concientización aún cuando P. Freire reconoce la influencia de Marx en su concepción educativa. Sin embargo, ya en el plano de la realidad era en el aspecto puramente educativo, yo diría, cíclico, donde se sentía el efecto del trabajo freiriano. Por lo mismo, se detenía en el proceso, en un momento dado, sin poder impactar la dimensión social y política, siendo que esto era lo que se esperaba en la teoría amplia de la concientización.

Había, pues, una discontinuidad, una contradicción en el paradigma de la concientización que, a la larga, vino a ser insatisfactorio para todos aquellos que deseábamos un trabajo todavía más profundo y radical en la transformación de nuestras sociedades.

La crisis del paradigma de la concientización llevó a buscar formas de trascenderlo. Esto empezó a sentirse a principios de la década de 1970 básicamente a través del descubrimiento de un concepto marxista, el concepto de praxis, que aunque incluido en la teoría de la concientización, no se destacaba lo suficiente. Y no se destaca lo suficiente por la falta, en dicha concepción, de un verdadero método de investigación sociológica.

La piedra filosofal de aquella trascendencia de un paradigma a otro radicó en la idea de que el conocimiento para la transformación social no radicaba en la formación liberadora de la conciencia, sino en la práctica de esa conciencia. Es en la práctica de donde se deriva el conocimiento necesario para transformar la sociedad. Aún más: que así mismo en este paso y de ese sentir de la praxis, también se deriva un saber y un conocimiento científico.

Hasta ese momento, en las ciencias sociales se hacía una diferencia tajante entre teoría, por un lado, y práctica, por otro. Había cierta relación de una con otra; que la teoría permitía que la práctica fuera más eficaz y que la práctica se fuera inspirando en la teoría, y así, que esa combinación fuera haciendo avanzar el conocimiento científico. Pero no se había reconocido la posibilidad de que en la misma práctica, en la acción, pudiera haber al mismo tiempo la posibilidad de una acumulación del conocimiento científico. Fue esta posibilidad la que, en mi opinión, permitió superar las dificultades ideológico-políticas del paradigma de la concientización. A ese paso se le denominó, en aquellos primeros años de la década de los 70, como investigación-acción.

Sin embargo, una vez que se habló de investigación-acción y se le dio ese sentido radical de transformación profunda y revolucionaria, se cayó en cuenta que ese concepto de investigación-acción estaba también contaminado por la tradición sociológica. Inclusive había sido ya cooptado. Por investigación-acción se podía entender toda una gama de trabajos que, en términos políticos, iban desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. En esa gama de investigación-acción caía Kurt Lewin al proponer la investigación-acción era el adaptar a los obreros a las condiciones de trabajo de las fábricas. Era, pues, absolutamente integracionista. Más tarde

los antropólogos retomaron la idea de la antropología activa y apareció Sol Tax y toda su escuela representando poco más que la ya conocida observación participante.

Investigador-investigado

Pero ya se sentía la tensión dentro de las ciencias sociales, que aquellos esquemas no eran suficientes. Los sociólogos y antropólogos empezaron también a introducir elementos nuevos en el curso de la vida real de las sociedades y a experimentar con ellas. Y aquí surgió el enfoque metodológico de la intervención-experimentación.

Pero ¿qué pasaba entonces con la práctica? ¿Con la praxis? La praxis allí no estaba clara. Había una diferencia entre lo que hacía el investigador y el investigado. Por más que el antropólogo y sociólogo dijera que estaba participando o que era un observador participante, él seguía siendo el doctor; él controlaba la investigación; él disponía todo lo concerniente al trabajo investigativo, él era el sujeto de la investigación. Los otros eran clientes, eran objetos y, por lo tanto, eran explotables de la investigación. Casi siempre, estos investigadores produjeron monografías o libros para promoverse ellos mismos o para sacar títulos, sin tomar en cuenta ni siquiera la necesidad de devolver ese conocimiento a quienes lo habían facilitado. Continuaba pues, esa diferencia tajante entre sujetos y objetos de investigación.

Cuando tuvo lugar el Simposio Internacional de Cartagena en 1977, algunos de nosotros insistimos en el tema de la participación. Sin embargo, no fuimos lo suficientemente claros. Y así salió del Simposio de Cartagena una confusión aún mayor porque a partir de ese momento la idea de la investigación-acción o la investigación activa fue retomada por otros no bien informados.

Y ¿qué es lo que está ocurriendo en este momento? Aquí viene nuevamente el juego de términos y palabras. Anisur Rahman, sociólogo de Bangladesh, con gran experiencia en este tipo de trabajo participativo, ha propuesto quitar ya esa idea de investigación-acción en tanto que esta cubre toda la gama, y decir que lo que queremos nosotros hacer es Investigación Acción Participativa (IAP; PAR en inglés). Entonces, si vamos a seguir dentro de esta tendencia de desarrollo conceptual y teórico, lo que tenemos que hacer ahora es ver si podemos desarrollar esa IAP, con mucha más especificidad, para que los sociólogos y antropólogos del futuro no la sigan cooptando como hasta ahora ha ocurrido con los términos anteriores. Esto suena como un problema puramente nominal, pero tiene su importancia.

El criterio metodológico central para lograr una meta-defensa conceptual debe ser la insistencia en romper el binomio clásico de sujeto y objeto de investigación. Ahí está el secreto de la cuestión. Ya no es solamente la praxis. Se aprendió la lección de la praxis y ella ha quedado incorporada dentro de la teoría y el método de la investigación acción participativa. Ahora queda ese misterio de lo que significa el rompimiento del binomio sujeto-objeto. Es un misterio, porque no se sabe exactamente qué es lo que pasa con ello en el terreno, aunque esfuerzos como el que han hecho Carlos Rodríguez Brandão y otros que ustedes han mencionado aquí, son pasos que se dan en esta dirección.

Yo diría, como científico social, que podría compararse la potencialidad que tiene el rompimiento de este binomio con lo que en la física ocurrió

cuando se rompió el núcleo del átomo. Debe haber allí energías sociales latentes. Este rompimiento del sujeto-objeto sería en las ciencias sociales el equivalente a lo que en la física ha sido la energía nuclear. Si esto tiene esa potencialidad, ello sugiere, por supuesto, un cambio muy radical en las concepciones del trabajo, de la metodología y de la teoría de las ciencias sociales.

Para poder romper ese binomio tiene uno que empezar por las cosas más prosaicas. En los proyectos sociológicos de investigación de aspectos sociales, la concepción tendría que hacerse con los grupos de base, desde el puro inicio del trabajo y con la temática misma. La propuesta, según esto, debe iniciarse a partir de los grupos de base y no como clásicamente ha ocurrido como inspiración de una persona determinada, de un sociólogo o de un técnico que cree que presentando determinadas hipótesis va a descubrir ciertas leyes sociales o hacer avanzar el conocimiento. Con este referente de base pasa, por lo mismo, el control de la investigación al grupo de base que pertenece a una clase social explotada u oprimida.

Un criterio clave

¿Qué otros criterios podemos mencionar, de acuerdo con la metodología de la IAP? Uno es el de la recuperación histórica. El estudio de la historia tiene un papel fundamental con fines de recuperarla para movilizar a las gentes de base. Además al leer los resúmenes se nota que las técnicas empleadas son bastante complejas; no se aplica el criterio de una ciencia modesta que es otro de los criterios importantes en esta metodología. Creemos que las técnicas de investigación no deben ser sofisticadas ni complicadas, para que personas que no han ido a la universidad sean capaces de dominarlas y aplicarlas. Recordemos que una ciencia no deja de ser ciencia por ser modesta. Grandes descubrimientos se han hecho sin tabuladoras IBM y sin dinero. No es una necesidad disponer de un presupuesto de agencias internacionales o mundiales para hacer propuestas pertinentes.

Luego viene el problema del lenguaje. Al aplicar el principio de la devolución sistemática (aunque a algunos no les guste la palabra devolución, no encuentro otra adecuada) del conocimiento a las bases, veo que en los casos presentados se usa un lenguaje bastante esotérico. Por eso, uno se hace la pregunta clásica: ¿para quién estamos trabajando? ¿Para quién estamos investigando? ¿Para nosotros mismos, para la Fundación Ford, para el CIID, para el gobierno? ¿O para las bases? Si es para las bases, como lo espero, este lenguaje tiene que ser modificado fundamentalmente. Claro que existen problemas de comunicación, de semántica, de sintaxis y de fonología que muchos de nosotros todavía no dominamos y que tenemos que dominar si queremos realmente ser eficaces en cuanto a metodología.

Quisiera enfatizar que estamos en una búsqueda, que no hay una sola respuesta. Pero está cristalizando un pensamiento y este es muy importante en concreto. Porque los problemas de nuestros países cada vez se agudizan más y es necesario estar presentes en el proceso con herramientas adecuadas. Ya se logró trascender aquel paradigma de la concientización. Ahora estamos viviendo otro paradigma que es el de la participación. ¡No nos dejemos engañar en el desarrollo de este nuevo paradigma; no nos dejemos cooptar, ni nuestras ideas ni nuestras personas! Ya se ha dicho aquí, que tanto la educación popular como la investigación participativa tienen

efectos políticos inevitables. Es necesario que este efecto quede explicitado y no nos engañemos, porque muchas veces, cuando no lo explicitamos, queremos directa o indirectamente, mantener el *statu quo*. La idea del compromiso fue lo que permitió en los años 70, dar aquel paso hacia el descubrimiento de la praxis. Pero el compromiso no era el único: también era necesaria la inserción en el proceso social. Pienso que esto ya lo aprendimos, ojalá de manera irreversible.

La Investigación Participativa y la geografía[1]

Saludo con cariño este Congreso que estimula necesarias convergencias interdisciplinarias para nuestro mundo académico, en especial para el estudio de la naturaleza tropical y subtropical que es el de nuestras entrañas. Sin duda es el mundo donde habrá que encontrar a muchos geógrafos observando, estudiando y gozando todo lo que en otras partes del mundo nos envidiarían. Y también encontraremos a muchos científicos sociales interesados en los mismos problemas.

Me invitaron los organizadores para que expusiera cortamente cómo se puede relacionar la geografía –en sus aspectos ecológicos y humanos– con las ciencias sociales activas, donde se han introducido las técnicas de una escuela relativamente nueva, llamada "Investigación-Acción Participativa" (IAP). Lo hago recordando a los estudiantes de geografía que tuve en mis cursos sobre paradigmas abiertos, quienes se caracterizaron por una suprema curiosidad por estas materias. Lo que me pareció estimulante y positivo, no sólo para ellos, sino para los estudiantes asistentes de otras disciplinas y para mí mismo. Había, a no dudarlo, una problemática común, referida al ordenamiento de los espacios geográficos de Colombia y otras partes, para proceder con eficacia, sea con el fin de gobernar bien, saber insertarse en los procesos sociales y económicos, y ganar la paz y el progreso para los pueblos.

Quiero asegurarles que, con la IAP, estas tareas no resultan complejas, ni difíciles, ni costosas. Además de la voluntad de compartir vida y conocimientos de los intelectuales con el pueblo con objetivos de progreso colectivo, ahora principalmente se necesitan dos clases de disciplinas: las sociogeográficas y las socioecológicas. En ambas pueden aplicarse técnicas de participación como las hemos venido definiendo en la sociología activa. Para ambas se pueden emplear procedimientos que combinan el método de trabajo, el espíritu de servicio y compromiso, con las urgencias populares, es decir, que tomen en cuenta la necesaria relación entre lo técnico y lo político en estas materias.

Ustedes conocen mejor que yo los procedimientos sociogeográficos necesarios. Con técnicas de este tipo se determinan los límites de contenedores territoriales, se establecen características de suelos y su utilización, y se producen mapas necesarios para orientar decisiones sobre uso y desarrollo del

1 Presentación en el Congreso Internacional de Estudiantes de geografía, Universidad Nacional de Colombia, auditorio Camilo Torres, Bogotá, 24 de octubre de 2002.

espacio-tiempo a varios niveles: local, regional y nacional. Para el efecto, se sale al terreno, se sobrevuela, se desarrollan técnicas digitales y sistemas de información con base en computadoras, tareas que permiten hacer vigilancia y seguimiento a planes de ordenamiento territorial.

Pero no solo hay cartografía técnica; también existen la cartografía social y cultural y sociogramas que son descriptivos de relaciones humanas y ecológicas en los espacios. Este tipo de representación es producto del conocimiento y de la participación de los habitantes de los sitios respectivos, aún de aquellos que no saben dibujar ni pintar mapas corrientes. Son los que completan la información oficial, la corrigen y le dan sabor y sentido. Muchas veces, como lo he visto en el Amazonas, producen los mapas más bellos posibles de sus respectivas comunidades. Los sociogramas que resultan de encuestas sobre desplazamientos y mudanzas de pobladores, el efecto de los caminos y vías, y los sitios de trabajo, son fundamentales para determinar límites reales de bioespacios o comunidades rurales y urbanas, desde el punto de vista de sus actividades, y de sus vinculaciones con zonas vecinas. Estas tareas se realizan y facilitan mediante procedimientos de la IAP que he llamado socioecológicos participantes. Son de preferencia descriptivos o cualitativos, pero se utilizan técnicas cuantitativas o estadísticas cuando se necesitan. Todos son importantes para entender el trópico a fondo.

Para adelantar estas técnicas, es necesario rechazar algunas insistencias académicas tradicionales, como la de la neutralidad valorativa y la independencia profiláctica en la investigación. En situaciones conflictivas y problemáticas como las de los países del Tercer Mundo –y en otras partes también–, no se puede ser neutral ni independiente, so pena de someterse al *statu quo* que está en crisis y que se debe transformar. Cuando se afectan intereses relacionados con el espacio y uso de los territorios, donde hay tantos desequilibrios e injusticias, ayuda asumir posiciones personales definidas en cuanto a la evolución de las sociedades y tener compromisos que satisfagan las aspiraciones colectivas mediante la acción social y política. Estas orientaciones no soslayan aspectos de rigor ni de validez científica que son generales, pero enfatizan que lo más importante del esfuerzo investigativo es el impacto que éste tenga sobre la realidad para transformarla cuando es necesario, más que el valor de acumulación del conocimiento por sí mismo.

Hay dos tipos de tensiones en el trabajo de campo de la IAP que deben tomarse en cuenta: las que aparecen entre la teoría y la práctica, por una parte; y las que resultan de las relaciones entre sujeto y objeto, por otra. De estas tensiones emerge lo que la experiencia nos ha enseñado como lo esencial de la investigación participativa. Por eso las enfatizo aquí.

Teoría y práctica

En cuanto a las primeras, esto es, las tensiones referidas a la teoría y la práctica, quienes desarrollamos las técnicas de la IAP en los años setentas propusimos algunas guías que son aplicables al estudio del espacio/tiempo que encaja en la geografía, entre otras las siguientes: descartar la jerga especializada con el fin de comunicar resultados de los trabajos en un lenguaje cotidiano y entendible; practicar la investigación colectiva y

con grupos locales tomando en cuenta la composición de clases, etnias y culturas; rechazar la idea fetichista de ciencia, verdad transmitida en la academia como un complejo lineal y acumulativo de reglas confirmadas y leyes absolutas. A lo más que debemos aspirar es a llegar a la verosimilitud. Así como se construye socialmente el territorio/espacio, también se construye socialmente la ciencia como conocimiento, que queda sujeta a interpretación, reinterpretación, revisión y enriquecimiento constantes. En esta forma, lo que se aprende y descubre con la IAP queda listo para su desarrollo y aplicación inmediata en las políticas de ordenamiento territorial, en el uso del ambiente ecológico y en otras prácticas sociales y económicas.

Sabemos que los académicos, doctores y diplomados no son los únicos depositarios del conocimiento. Esto es falsamente arrogante. La experiencia, arte y ciencia de habitantes de las unidades territoriales y sus dirigentes cuentan también, ya que estos son los que viven la realidad y aprenden de ella y la modifican en su propia secuencia de causa y efecto, que es el paso inicial de toda ciencia. Cuando el pensamiento popular y la ciencia académica se dan las manos para estos fines, como se ha hecho desde el comienzo de la modernidad, se gana un conocimiento más completo de los elementos y factores pertinentes, aplicable en especial para y por aquellas clases desprotegidas que tienen necesidad de apoyos científicos, como es evidente en el caso de quienes ocupan territorios o deben pasar de uno a otro para sobrevivir. Las clases dominantes y los grupos poderosos cuentan ya con suficientes elementos de defensa, pero pueden ser igualmente partícipes de esfuerzos investigativos comprometidos de este tipo.

Estos procesos cognitivos prácticos (así colectivos como individuales) tienen un componente ético. La cientificidad transmitida por Descartes, Bacon, Newton y Galileo, con todo y las ventajas que ha ofrecido para el desarrollo técnico, ha franqueado la puerta a un potencial mortal, que lleva al genocidio y a la destrucción mundial posible, como se ha palpado en nuestro siglo. Para el estudio de los espacios y la modificación de su distribución, se debe reconocer la importancia de la participación popular, no sólo como un expediente político sino también como una obligación moral, con el fin de inclinar la balanza en pro de la justicia para con las gentes del común.

Muchos de los investigadores participativos hemos encontrado estímulo intelectual en la búsqueda de un compromiso-acción inspirado en la praxis hegeliana-aristotélica. Participar en los procesos reales de la población, como los que tienen lugar en el uso y abuso de los espacios territoriales y en el ambiente ecológico, se convierte en regla importante para entender los fenómenos involucrados. No es suficiente con observar estos procesos desde fuera o desde arriba: la vivencia, la inmersión y la intervención bien entendida, deben ensayarse con prudencia y persistencia, y además deben ser esfuerzos serios. Ello puede dar origen a movimientos sociales, regionales y políticos enraizados en las comunidades de base, movimientos que son necesarios para obtener reivindicaciones populares y luchar por transformaciones radicales. Una ciencia geográfica comprometida con estos objetivos sociales y políticos, es altamente deseable y necesaria en las terribles circunstancias del mundo actual.

Sujeto y objeto

En cuanto al segundo tipo de tensiones en el terreno cuando se aplica la IAP, esto es, las que se originan en las relaciones entre sujeto y objeto de investigación, hay que hacer algunas salvedades. En las tareas investigativas conectadas con el territorio, el espacio/tiempo y el ambiente ecológico, debe evitarse extender al campo de lo social aquella distinción positivista entre sujeto y objeto que se ha hecho en las ciencias naturales por obvias razones. En otra forma se mercantiliza o cosifica la relación investigativa, como ocurre en los estudios tradicionales y desarrollistas. Resulta contraproducente ver a los investigadores y a los investigados como polos antagónicos o discordantes. Hay que verlos en un mismo plano horizontal para crear una relación respetuosa, productiva y confiable: la del sujeto-sujeto. Estas relaciones simétricas, que pueden construirse como sistemas abiertos, se extienden a las relaciones con la naturaleza que son esenciales en la consideración y uso de los espacios, especialmente las zonas aisladas o las que se quieran ocupar con población.

Como consecuencia de esta horizontalidad sistémica de sujeto-sujeto, hay que concebir y construir las encuestas y los formularios con plena participación de los encuestados desde el mismo comienzo y planteamiento de los estudios. Luego, al analizar los resultados con el rigor necesario, habrá que buscar formas adecuadas y entendibles de presentarlos al gran público, principalmente a las comunidades intervinientes o participantes, ajustadas a niveles diversos de alfabetización. Puede pensarse en videos y películas, folletos ilustrados, cuentos-casetes, dramatizaciones, música popular explicativa o de protesta, y mapas culturales, además de monografías completas para especialistas, como expresiones de esta técnica de "devolución sistemática".

Hacia la liberación

Por último, voy a referirme a un problema especial de la IAP como filosofía de la vida. La IAP, junto con la geografía, la ecología y la teoría de sistemas, reconoce que trata procesos lentos de ajuste individual y cambio social para mejorar condiciones locales, estimular el poder y dignidad del pueblo, y reforzar la autoconfianza de las gentes en sus comunidades. Produce también grandes satisfacciones personales en los investigadores. Por eso son buenos apoyos para quienes buscamos la paz a través del ordenamiento de los territorios y el mejor uso de las geografías. Es como un nuevo tipo de liberación social.

La herencia de la racionalidad instrumental con estos objetivos, que nos dejó la Ilustración del siglo XVIII, no ha sido suficiente: así lo demuestran las desafortunadas políticas llamadas de desarrollo económico y social, que han fracasado desde hace medio siglo dondequiera que se han aplicado. Por ello las instituciones nacionales e internacionales a cargo de proyectos neoliberales y modernizantes han visto necesario buscar alternativas. Como se ha demostrado en la práctica y en los talleres y seminarios de intercambio e información, los trabajos de investigación participativa han sido exitosos y su lenguaje ahora se considera políticamente correcto. De allí que los desarrollistas apurados, los gobernantes asustados, los exper-

tos y empresarios nerviosos y no pocos académicos, hayan hecho estampida para cooptar la IAP.

No sorprende, por lo mismo, que muchas agencias e instituciones que tienen que ver con la distribución de los espacios, la descentralización administrativa del Estado y la defensa de ecosistemas, hayan recomendado los procedimientos participantes. Lo que no tienen suficientemente asimilado a veces es que la IAP lleva consigo un impulso liberador que busca dar un sentido humanista a la modernización y al cambio social. No se trata de la participación manipulada por gobiernos, ni de la liberación intencional de revoluciones anteriores que llevaban a la toma del poder por la fuerza de las armas, sino de otra más autogenerada en los pueblos, y más auténtica por ello, que incluye viejos ideales de avance personal y social e insurgencia política civilizada, no violenta, pero sí suficientemente eficaz y subversiva en el buen sentido, para alcanzar las metas colectivas de superación.

El llamamiento contemporáneo a la liberación que se aplica al estudio y comprensión de los fenómenos ligados al espacio/tiempo y al ambiente, debe llevar a una democracia sustantiva y plural en nuestra nación, y a la realización humana. De poco vale reordenar territorio o controlar su utilización geográfica si los habitantes y sus dirigentes no sienten que marchan hacia metas superiores de organización social y política, hacia la gran aventura de emancipación de los pueblos, con el fin de romper la situación explotadora y opresiva que ha saturado al mundo con las políticas del maldesarrollo y de la todavía peor globalización capitalista salvaje, cuyos límites deben establecerse por nuestros países y sus gentes, tarde o temprano.

De todos modos, conviene recordar siempre que sin democracia, la IAP no puede aplicarse con facilidad o sin tropiezos; y que sin la IAP, la democracia tampoco prosperaría. Ambas son hermanas en la acción social y en la concepción intelectual.[2]

2 El interés interdisciplinario por la investigación participativa es cada día mayor. Como los geógrafos, los matemáticos incluyeron a la IAP en su Congreso Mundial realizado en Helsingfor, Dinamarca, en abril de 2002, con dos propósitos: mejorar la enseñanza de los números para quitarle el terror que éstos inspiran en los alumnos, ligándolos a la vida cotidiana; y comunicar al gran público de manera convincente y agradable, los resultados de los trabajos realizados en matemáticas. De allí nació una nueva disciplina: la "etnomatemática" (ver el informe respectivo en Análisis político, 46, mayo 2002, 191-197). Los dos primeros manuales universales en este campo fueron publicados en el año 2000, ambos por SAGE en Londres: el *Handbook of Action Research* editado en la Universidad de Bath (Inglaterra) por Peter Reason y Hilary Bradbury; y el Handbook of Qualitative Research, editado en la Universidad Texas A & M por Norman Denzin e Yvonna S. Lincoln. Se anunció la aparición de la primera revista internacional, el Journal of Action Research, por SAGE, Londres, para julio de 2003. Para septiembre de 2003 se convocó al 10° Congreso Mundial de IAP en la Universidad de Pretoria (Suráfrica), con el co-auspicio de la Asociación Australiana de Investigación Participativa, Aprendizaje-Acción y Gestión de Procesos. Se esperan delegaciones de unos sesenta países.

La investigación Acción-Participativa y la psicología[1]

Conferencia dictada por el profesor Orlando Fals Borda el 1 de Diciembre de 1988 en la Universidad del Valle. Moderador: Carlos Arango

Presentación:

Carlos Arango: El profesor Orlando Fals Borda es considerado como el padre de la sociología colombiana, ampliamente conocido por sus obras: Historia doble de la Costa, Campesinos de los Andes, Acción comunal en una vereda colombiana, El hombre y la tierra en Boyacá, La violencia en Colombia, Ciencia propia y colonialismo intelectual, Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla, Conocimiento y poder popular: lecciones con campesinos de Nicaragua, Colombia y México. Es además, uno de los pioneros en la génesis de la Metodología de Investigación Acción Participativa; nombrada por nosotros familiarmente IAP.

En su charla de hoy, va a presentarnos algunos aspectos básicos de lo que es esta nueva concepción metodológica y su relación potencial con la psicología. En esta sesión intentaremos establecer un diálogo aprovechando que aquí están presentes numerosas personas que tienen experiencias de trabajo comunitario y cuya formación proviene no sólo de la psicología sino también de otras disciplinas.

Orlando Fals Borda: Me gusta mucho que sea diálogo, porque dialogar es una de las formas que privilegiamos en la metodología de investigación acción participativa. Además, esta es una actividad que no es exclusiva de los sociológos y por eso me gusta también que haya personas de diferentes disciplinas porque la interdisciplina es una de las condiciones que consideramos más importante en ese campo. Si se estudia la historia de la IAP, se verá que en su nacimiento han intervenido profesionales desde la economía hasta la antropología y también personas que no son ni siquiera universitarios y que tampoco han tenido colegio secundario; son campesinos y obreros que también han contribuido con su conocimiento, con su experiencia a construir esta alternativa de investigación y acción. Así que también están bienvenidos todos ustedes con su saber y experiencia a hacer este diálogo participante y las discusiones que vamos a tener esta mañana.

1 Grabación y transcripción realizada por el estudiante Silvio Rebolledo.

Primero vamos a ponernos de acuerdo en algunas reglas generales. Sí hablamos de investigación acción participativa comencemos por entender ¿Qué es eso? Haré pues, una presentación general. Para algo más detallado y completo les recomiendo los libros que ya mencionó Carlos Arango al principio; esos libros se refieren a estudios colectivos, no son libros míos. En estas escrituras tratamos de no personificar pues en la IAP el conocimiento no es monopolio de una sola persona o de un grupo; el trabajo colectivo es otra de las formas de organización del proceso y el conocimiento en esta metodología.

IAP suena como el ladrido de un perrito, pero significa tres cosas: I por investigación, A por acción y P por participación. Son tres elementos dentro de una unidad y si no están estos tres elementos no es IAP. Ha habido una polémica de si la acción es absolutamente necesaria. Por decir que puede haber una IP y IAP, nos mantuvimos en una confusión bastante grande durante unos diez años entre unos que como yo privilegiábamos la acción y otros que pensaban que se podía hacer este tipo de trabajo de participación sin acción. Esta era una contradicción absoluta, porque participación ya implica acción sola. Después se abandonó esa polémica y ahora todos estamos hablando de IAP.

Hoy muchos hablan de la IAP sin ocuparse verdaderamente de trabajar en sus tres dimensiones: Investigación, Acción y Participación. Precisamente por el relativo éxito que ha tenido en algunos programas de desarrollo institucional todos dicen hacer IAP, bien sean personas, instituciones o gobiernos. Se engañan ellos mismos y engañan a los demás porque no son aplicantes de esta metodología, ni exponentes, ni de buena fe. Estamos hablando del engaño público o de la cooptación oprobiosa que está ocurriendo con este enfoque metodológico.

Entonces, ¿qué significa la I? Investigación. Esto exige seriedad, rigurosidad, disciplina en saber investigar; emplear los conocimientos que se han adquirido para saber observar, deducir e inferir de la observación de una manera responsable. Al investigar es necesario determinar las prioridades. Cuando uno observa todo en la vida, puede uno pasar cien años estudiando el ala de la mariposa. En la IAP privilegiamos aquello que tiene un incidente global notable en los problemas sociales existentes. Sin embargo esto no es suficiente, por que así se podría justificar cualquier tipo de investigación social, incluyendo aquella que haría un gobierno opresor, un gobierno explotador de cualquier parte del mundo. Así que el interés de esta metodología es apoyar principalmente las luchas de los grupos que han sido víctimas de las políticas de desarrollo económico y social de los gobiernos. Se trata de darles armas intelectuales y políticas a estos grupos oprimidos, explotados, subordinados; darles herramientas para que defiendan sus interes. En ese sentido, existe un compromiso de aquellos que hacen investigación con estas clases sociales. Probablemente no soy de la clase campesina, ni de la clase trabajadora, sin embargo adquiero un compromiso con ellos para que lo poco que yo sé o que pueda aprender, se ponga al servicio de sus intereses.

Así nos planteamos el problema de para qué y para quiénes es la investigación. En el contexto de la IAP, la investigación busca transformar la sociedad, puesto que como está es inadmisible. Yo diría inaguantable. Creo que estamos todos de acuerdo. No podemos continuar así. No solamente en Colombia, sino en todo el tercer mundo y en el primero también. El pri-

mer mundo está igualmente sufriendo las consecuencias de una ciencia instrumental, racionalista, positivista, que está destruyendo la naturaleza. Su política de desarrollo económico es totalmente contraproducente, por ejemplo en lo que tiene que ver con las lluvias ácidas y las nubes radioactivas en Europa, que enferman silenciosamente a todos. La gente común y corriente no se da cuenta de lo que está pasando y no comprende por qué se le están cayendo los dientes, por que hay cáncer, etc. Así que el problema es económico y social. Es por eso que decimos que la IAP tiene otro enfoque y un claro compromiso social, es crucial entender el para qué de la investigación, el para qué de la ciencia, el para qué del conocimiento.

Aquí en la universidad también podemos hacernos esta pregunta: ¿para qué la investigación, para qué el estudio y para qué están ustedes acá en la universidad, para qué están ustedes aprendiendo una ciencia, adquiriendo conocimiento que sirva o que no sirva a todos? Muchas veces contestamos que no, por lo menos cuando yo estaba joven estaba muy ilusionado con lo que yo aprendía en la universidad, y me ha servido mucho, no voy a decir que esto no sirvió; de las cosas buenas que aprendí en la universidad cuando estuve allí, fue precisamente ese sentido de disciplina, de rigurosidad, de seriedad. Mis maestros eran positivistas y funcionalistas, todavía se los sigo agradeciendo. Eran la herencia positiva del funcionalismo. Una cosa buena tiene que tener.

Pero hay que contestar esa pregunta dentro de la IAP. Y la respuesta tiene que estar en este sentido: hacia el compromiso con esas clases que más han sufrido las consecuencias del mal desarrollo. Se dice que esto no es un objetivo, pero es que no hay ciencia neutral, no hay conocimiento puro, la ciencia no está libre de valores, los valores sociales pertenecen también a una ciencia. Todos aquellos individuos, incluyendo los físicos, hasta ellos tienen prejuicios, creencias, valores y prioridades, y si en la física ocurre, dígame si no más en las ciencias sociales; entonces aquí en la IAP el porqué de la investigación está condicionada por esos valores morales que tenemos, con ese compromiso que asumimos y con la aceptación de que el conocimiento debe oponerse al servicio de una causa transformadora, en busca de la justicia económica y social. Y luego la otra preguntita de la investigación es el para quien sirve la investigación. Parece una pregunta muy tonta, pero tiene su lógica y su peso. Dígame usted, para quién están ustedes estudiando hoy, o cuando están haciendo su tesis, para quién la están escribiendo. ¿La están escribiendo para el mundo real? ¿Para los fueros de la universidad, o la están escribiendo simplemente para ganarse un título? Y cuando eso ocurra... que su papá y su mamá estarán muy orgullosos de ustedes... ¿Y qué? Entonces fíjense, que el para quién es fundamental, si ustedes persisten en investigar y trabajar para su propia cosecha, para su propia promoción, para ganar el título, escribir un libro y hacerse famosos, y quizás ganar dinero pero no tanto como la venta de estos libritos, estamos mal. Porque el para quién, en este caso, tiene que ser para aquellos grupos por fuera de la universidad, dirigida hacia la vida real, los grupos donde se despejan los problemas reales, problemas comunes, y cuando uno se contesta esa pregunta ¿Para quién es mi trabajo, para quién es mi monografía, mi tesis, mi libro, etc.? Entonces obtiene una conciencia de ese público, de ese grupo a donde se dirige el trabajo, cómo asume entonces como científico, como escritor, otras obligaciones. Una de las más obvias y de mayor importancia:

cómo hacerse entender. Fíjense ustedes la cosa tan obvia que estoy diciendo, y si yo he escrito un libro, una monografía, una tesis, un estudio, dígame si no sería un suplicio completo que quien reciba el texto, no lo entienda. Y sin embargo hay muchos científicos, muchos científicos sociales que se han especializado en escribir ladrillos, que nadie entiende sino ellos, inclusive en las ciencias de todas las clases, se ha desarrollado un lenguaje propio, una jerga propia, que mientras más compleja sea y más absurda, más científica parece. Y eso es para engaño de bobos. Cuanto más científico parece el lenguaje, más superficial debe ser. La ciencia verdadera se construye con conceptos claros, transparentes, que se entiendan, porque según este entendimiento, se hace la comunicación del conocimento, sobre certidumbres ¿Sobre qué más? Y eso exige entonces en este contexto de investigación participativa, que el que lo escriba, el que lo haga, adopte estilos muy sencillos de comunicación. Bueno pues, ¿Es cuestión de literatura? ¿Por qué nosotros en las ciencias sociales vamos a tener que seguir escribiendo ladrillos para aparentar ser científicos, olvidando que los fundadores de la ciencia social fueron grandes escritores? ¿Qué de malo hay en escribir bien, escribir bonito, escribir agradable? Más aún si la vida es tan interesante como parece que es, a pesar de todo, a pesar de lo que ocurre en este país, sigue siendo interesante. ¿Cómo es posible que al pasar por el filtro de la sociología, por el filtro de la psicología, por el filtro de las ciencias sociales, se pierda ese sabor de la vida y queda por allí como masticar madera, sin sabor? Para cada uno de nosotros, en la IAP, lo que se produzca tiene que ser entendible y por eso hay niveles de comunicación desde aquellos en que no se emplea para nada una palabra escrita. Si ustedes van a trabajar con los indígenas donde no se ha desarrollado un habla o un dialecto escrito con la mano, este último caso es tal vez un reto para los que comunican y ya hay trabajos de estos en la universidad, han desarrollado lo que llaman los mapas hablados, la misma gente va pintando los mapas y va hablando de ellos. No hay porque necesitar de escribir nada con ninguna letra y tampoco entender nada complicado. Qué cosa más interesante, pero también se pueden usar otras cosas: los audiovisuales, el teatro popular, la música, tantas cosas que la vida misma nos da para poder comunicar cualquier cosa. Y comunicar también por la música, pues yo escribí ese libro Historia Doble de la Costa, el tercer tomo se titula "Resistencia en el San Jorge" y aparece en la carátula el hombre Icotea que es una imagen popular que es el sentido de la resistencia de la gente, cómo resiste y se rebusca para poder vivir en condiciones muy, muy infrahumanas. Pues aparece en la carátula una tortuga que se llama Icotea, una tortuga de mar, dulce. Y aparece aquí un hombre tocando música entre el mar, bueno, evidentemente es una imagen, un mito, y se llama así: un hombre Icotea. Pues bien el mensaje está allí, en la resistencia. En la semana antepasada estuve en un festival nacional de gaitas en Ovejas (Sucre) y estaba entrando precisamente a la magia de este evento interno donde se agrupan estos hombres Icotea. Y aparece en el festival un porro que se llama Icotea, con letra inspirada en el sentido de la investigación pública. Algo inusitado. Y es que lo más bonito en todo esto es que este señor, este músico, al cual no conozco, interpretó ese mensaje de la resistencia popular mejor de lo que pude decir yo. Lo entendió por fortuna, y así ya yo creo que pasé la prueba de cómo hacerme entender. Es un músico popular: toma un libro de sociología y su mensaje y lo pone en forma

de porro y dígame si de verás me merezco un Ph.D. en sociología, antes no, ahora si me siento feliz con eso. La comunicación del mensaje llega, pues, en la investigación ¿para quienes? Para ese tipo de personas y francamente yo estoy más feliz de haber sido entendido por ese músico de Sucre que el haber establecido comunicaciones formales con doctores o con expertos de las Naciones Unidas. Están en otro mundo, están en otra cosa y trabajan para su propio beneficio, o para el beneficio de las instituciones. Entonces, ¿para qué y para quién? Para el pueblo, para el pueblo que trabaja, para el pueblo que sufre, y eso nos obliga a cambiar de estilo, a cambiar de forma de vida, de filosofía, ¿no es cierto? Y a colocar las causas importantes primero y las de segunda importancia en segundo. Pero si ustedes siguen estudiando, espero que lo hagan, aquí en la universidad o en otras partes, aprendan a ser rigurosos, ser disciplinados, pero recuerden que la vida está por fuera y es allí donde se va a demostrar lo que ustedes aprendieron y lo que están proyectando para ser útiles y para quiénes. Ojalá no le sirva este conocimento a aquellos que han oprimido y explotado a nuestro pueblo, que es todo lo contrario del conocimento. Entonces esta es la I y es todo lo que representa y no hay mucha cosa más que decir, no me quiero alargar mucho, quiero escucharlos a ustedes.

Ahora viene la A de Acción. Bueno si uno se queda toda la vida sentado, estudiando o investigando, lo que pasa es que le va a salir una hernia en las nalgas. Yo la evité, por fortuna, porque aprendí desde muy temprano, y viene de los positivistas, que decían que era conveniente poner a prueba lo que uno creía. Y hacer la vinculación entre la teoría y la acción práctica. Esta es una idea muy antigua, es de Aristóteles. Aristóteles muy preocupado por ese problema de cómo se combina la teoría con la práctica, lo puso en términos de un concepto que estoy seguro que ustedes lo conocen ya, especialmente aquellos que se han interesado por el marxismo, es el concepto de la praxis. Praxis es uno de los conceptos más antiguos de las ciencias sociales y psicológicas: pero praxis como lo entendió Aristóteles, era una práctica para conformar el carácter , teoría y acción pero en un sentido de un perfeccionamiento personal. Con el tiempo Hegel lo toma y lo vincula al campo social. Y dice Marx, que es necesario que la praxis se considere siempre en una relación dialética, la teoría y la práctica. Pero en esta relación dialéctica, lo determinante no es la teoría sino la práctica. Y la práctica va haciéndose en forma cíclica, es decir que en la práctica, como todos hemos visto, uno no debe derivar teoría de la acción directamente. Es muy duro. Porque uno cuando está metido en la acción, la acción le exige a uno una dedicación completa, tanto que una vez en ello no tiene tiempo para reflexionar lo suficiente, pero cuando uno comienza a conceptualizar y a teorizar tiene que sentarse, ahí si a reflexionar. Y entonces se parece a un ritmo, un ritmo de reflexión y acción. Ese es un ritmo en que no se hace una división muy tajante entre uno y otro. Que hay inspiración mutua, hay rayos, digamos, que van al otro polo y que el uno no tiene sentido sin el otro.

Entonces acción en este sentido es praxis, y praxis dentro de un ritmo en el que uno va aprendiendo a reflexionar y a actuar cíclicamente y con miras a enriquecer la experiencia investigativa. Ahí tenemos también el sentido de la acción. La proyección política cuando empieza a actuar no puede actuar en el vacío, cualquier cosa que uno haga mantiene su efecto en la realidad. Entonces, cuando uno empieza a trabajar con la IAP, posiblemen-

te hay una relación persona a persona para iniciar, pero inmediatamente va adquiriendo otras dimensiones sociales, con grupos e instituciones, con municipios, con provincias, con regiones, y cada salto de esos va exigiendo un compromiso más y más político, hasta cuando ya en la IAP no se puede negar que es un efecto político. Pero eso si, no es politiquería, ni tampoco tiene nada que ver con los partidos políticos tradicionales; surgen entes nuevos, diferentes, que son los movimientos. Movimientos sociales, movimientos culturales, movimientos de defensa de la vida, de derechos humanos o movimientos de la juventud, movimientos femeninos, movimientos de defensa de la naturaleza, económicos, todos estos movimientos son políticos, aunque no en ese sentido. Y hemos visto que cuando se sedimentan estas teorías son cada vez más eficaces, pues en la acción van adquiriendo esa dimensión colectiva, en ese aspecto político, más y más hasta cuando llegan al nivel de la nación, se convierten en momentos nacionales.

Y por último la Participación (P), ah, ahí sí que hay confusión y caos. Ahora se dice en todo el mundo, que los programas son participativos, que son participantes, de la política participativa, hay participación comunitaria, hay participación colectiva, y eso no es así. Uno debe tener un poquito de sentido de lo que es fundamental, no dejarnos engañar. La participación como concepto es muy antiguo, quizá hasta los economistas estuvieron interesados en la participación: ustedes deben conocer esa obra maestra de Adam Smith *La Riqueza de las Naciones* ¿no?, en la parte final, Smith habla en términos de participación y muy claramente decía que había que tener equidad en la distribución del producto social, es decir que no debe haber monopolio en la producción de la riqueza, que debía participarse. Fíjense, figúrense, Adam Smith, y puede contarse que casi ninguno de los economistas que siguieron a Smith le dieron importancia a esas páginas que hablan de equidad y participación, ¿por qué? Por algo sería, porque estaba el capitalismo rampante, que era todo lo contrario de la participación.

Los países capitalistas adoptaron políticas oficiales llamadas de desarrollo como uno de los mitos contemporáneos; en los años 40 se presentan ideas de que el mundo subdesarrollado, el mundo pobre, mundo dependiente, ese mundo, tenía que desarrollarse; aparece este concepto de desarrollo, pero fíjense ustedes que aparece en un momento dado, en circunstancias concretas, en 1949, en un discurso del presidente Truman, y ese discurso ha dado la pauta desde entonces a todos los siguientes discursos del desarrollo. El desarrollo de los pobres del mundo tenía que seguir las pautas de los que ya se habían desarrollado y enriquecido en el norte de nuestra América.

Es un modelo político, económico y social que debía ser adoptado e imitado por nosotros. Desarrollo. No había nada que hacer, ni que decir aquí, era un injerto en nuestro sistema. Como todos los injertos cuando se hacen mal, en el cuerpo que los recibe se produce un rechazo. Es lo que va a ocurrir. Las Naciones Unidas acogiendo esta propuesta de Truman decidieron que hubiera décadas de desarrollo; ustedes recordarán amigos míos, que en el año 60, al final de la década de desarrollo, con todo el lujo y la algarabía internacional, se proclamó que en diez años los países subdesarrollados como el nuestro, iban a desarrollarse y enriquecerse. En los años 70 hubo una evaluación, triste evaluación, y la opinión mundial decidió proclamar la segunda década del desarrollo, bueno ahora si vamos a desarrollarnos,

ahora sí. Y llegó el año 80 y entonces estuvo peor la situación y parece que reunidos los grandes jefes del mundo entero se les caía la cara de vergüenza y no se atrevían a declarar la tercera década del desarrollo y ahora en cambio, se decidieron por el "desarrollito", año por año. Inventaron otra cosa: el año de la mujer, el año de los niños, el año del agua, etc. No, en conclusión, fue un fracaso, fracaso total esa política de desarrollo. ¿Para dónde cogen todos estos funcionarios nacionales e internacionales que han vivido y se han enriquecido de esas políticas de desarrollo que todo el pueblo conoce, ah? Participación. Luego, sale este concepto en los años 70 como una iniciativa de nosotros los del tercer mundo, demuestra que pueden hacerse algunas cosas importantes y aparece como un salvavidas para aquellos que persisten en engañarnos con la ideología, el invento del desarrollo. Entonces, para disimular en un primer lugar nos hablan de desarrollo participativo. Entonces convierten a participación de un sustantivo en un adjetivo. En resumen, sigue siendo importante para ellos su *statu quo*, desarrollo. ¿La participación? Bueno es un adjetivo; vamos a seguir haciendo desarrollo pero participativo y han venido todas esas políticas que hoy promueve el gobierno colombiano, que se llaman de participación comunitaria. Lo que se maneja a partir de esto es entonces una manipulación de un concepto, de una idea, para disimular el fracaso de las políticas establecidas.

¿Cuál es nuestra respuesta? Nosotros decimos, cuidado con eso. Eso desacredita lo que nosotros hemos querido hacer, y queremos por el contrario enfatizar nuestra diferencia, la diferencia radica en una implicación filosófica u ontológica de participación. Nosotros hemos definidio la diferencia con los desarrollistas como el rompimiento de una relación de dependencia, sumisión u opresión entre sujeto y objeto. Un sujeto que acabo de decir ha decidido una cosa, que ha dominado, que ha impuesto, y un objeto que ha sido víctima de las decisiones. Nosotros decimos, rompamos esas relaciones de sujeto a objeto. Y concretamos esa relación en una relación horizontal, una relación simétrica de sujeto a sujeto. Cuando se rompe esa relación anterior de sujeto a objeto, cuando se rompe, ahí está la verdadera participación, esta participación, no ninguna otra, es un reto filosófico que también tiene que ver mucho con la psicología. Toda la subjetividad y la objetividad son problemas que están implícitos en ese rompimiento. Pues bien, ese es el sentido de la P. romper esa relación de sujeto – objeto. ¿Cómo se hace? Bueno hay varias formas, no hay fórmulas, pero que se puede, se puede y ha habido 18 años para demostrarlo, no solamente en Colombia sino también en casi todos los países del mundo. Acaba de salir en la Revista del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, donde estoy trabajando como investigador, un artículo que se titula: "Romper el monopolio del conocimento: situación actual y perspectiva de la Investigación Acción Participativa en el mundo", escrito con un economista, bueno, un profesor de economía de la Universidad de Dakar, en Bangladesh, Mohammed Anisar Rahman, traducción al inglés, porque es una introducción a un libro que se está editando en Londres, que resume y reúne experiencias de todas partes del mundo creadas por la IAP, donde se demuestra que estamos pasando a una nueva etapa, la etapa más peligrosa de todas en la IAP, la etapa de la cooptación. Cooptación quiere decir que cualquier entidad quiere tomar la idea para transformarla en otra cosa llamándola por su nombre. Y que parte de esa cooptación es el interés

cada vez más creciente de las instituciones establecidas para aprender, para saber un poco más lo que es la IAP. Hay una parte positiva y una parte negativa. La parte positiva, como por ejemplo la reunión que estamos teniendo hoy, una demostración del interés de la Universidad, del Departamento de Psicología en concreto, de auspiciar una reunión sobre esta metodología. Y permite abrir un compás, establecer una polémica o un diálogo sobre alternativas de investigación social. Pero lo negativo radica en la manipulación que vemos en otras formas donde no existe la franqueza sino la posibilidad de ser despedido de la institución, donde simplemente se dice de boca para afuera lo que estamos haciendo. Y esto es sintomático, por ejemplo, de lo que ha ocurrido en Europa, los Estados Unidos y Canadá. Allí no comenzó esto. De las cosas importantes, interesantes de esta metodología, es que se inició acá en el tercer mundo, un descubrimiento simultáneo de quienes estábamos trabajando en diferentes países, en circunstancias muy parecidas. Diría que los cuatro puntales que iniciaron este movimiento son la India, Brasil, México y Colombia. La iniciativa es de acá, de nosotros, para combatir ese colonialismo intelectual, de que siempre lo que aprendemos en la universidad son copias de los modelos educativos de otras partes. Y ahora resulta que en Europa y los Estados Unidos han introducido talleres y cursos de la IAP. Claro que allá no la llaman IAP, sino que la llaman PAR (Participatory Action Research). Bueno, igualmente en francés, en alemán, italiano. Se ha abierto el compás y yo creo que es el momento también de reconocer en nuestro país las posibilidades que esto tiene y también el compromiso que representa. Ustedes están sentados aquí, estamos aquí, todos participando en esto, esto es una experiencia irreal, y yo no puedo convencerlos de nada en relación con esta metodología, si no la ponen en práctica, porque es a través de la praxis y de la vivencia personal, colectiva. Además, para hacer más complicado todavía el asunto, en esta metodología no hay método, en esta metodología no hay leyes, en esta metodología no hay reglas fijas, de las cosas bellas que esto tiene es que es un proyecto permanente de construcción intelectual. Es un reto que nunca acaba, es un reto de creatividad, es una reto a la imaginación, un reto al sentimiento, y por eso lo que sirve aquí en Colombia, puede no servir en la India y viceversa. En cada sitio existe el reto de saber traducir esta gran filosofía a la acción y cada cual tiene que decidir en su contexto, como aplicarlo, en una discusión simplemente verbal no podemos realmente llegar a concluir si sirve o no, yo no puedo convencerlos a ustedes de nada. Apenas quizás les induzca una cierta curiosidad sobre nosotros, la curiosidad es la madre del ingenio, la curiosidad es la madre de toda la ciencia. Pues ojalá al salir de aquí, algunos de ustedes salgan ya con cierto entusiasmo, dedicación y compromiso para poner en práctica alguna de estas cosas en los problemas cotidianos, por que sentimos lo que hacemos en cada circunstancia, eso es lo importante, y la esperanza que tengo es que ustedes asuman ese riesgo por la vida y asuman ese compromiso con su pueblo. Bueno, gracias a ustedes por su atencion, por haber venido a acompañarnos y ahora vamos a iniciar el diálogo porque creo que ustedes tendrán muchas cosas que decir.

Carlos Arango: Perdón, Orlando. Yo quisiera hacer una pregunta que sea complementaria a la charla antes de abrir la discusión y es una pregunta un poco personal, ¿cuál es la experiencia que usted ha tenido en su trabajo práctico en relación con los psicólogos? ¿Cuál es la imagen que usted se ha

formado de los psicólogos? Y desde ese punto de vista, ¿qué tendría que decirnos a los psicólogos para abrir el diálogo en esa perspectiva?

Orlando Fals Borda: Sí. Me perdonan. Realmente me entusiasmé tanto con la propia carreta que no entré a discutir lo de la psicología, que han sido mis anfitriones. Pues le comento sobre la importancia que tiene la psicología como tal, para esta búsqueda. Es mucho más pertinente para todos la psicología social que la individual. Aunque tal como yo lo veo, como lego que soy en estos asuntos, veo que muchas veces los psicólogos se han restringido en la atención de su problemática, al microorganismo o al microindividuo o a la experimentación concreta en condiciones reducidas, y también conocer, también saber que los experimentos en la psicología han cumplido sus objetivos. Pero yo tengo mis dudas sobre si el tipo de experimentación psicológica, por ejemplo, haya sido suficientemente pertinente, porque a diferencia de la experimentación en las ciencias naturales, en estos experimentos realmente se mantiene la diferencia entre el sujeto y el objeto y la manipulación dentro del experimento es como si fuera en las ciencias naturales. Indudablemente la psicología es más ciencia social que natural; no quiero entrar en esa gran polémica que ustedes ya conocen desde fines del siglo pasado sobre ese tipo de asunto, en mi propia experiencia han sido las dimensiones colectivas del grupo las que me han dado mayores satisfacciones, y por ejemplo, cuando se trata de la formación de la personalidad, yo no he entendido la formación de la personalidad a través de observaciones experimentales, ni individuales, sino que las he entendio siempre en su contexto real como el caso que tu me recordabas acerca de los campesinos de los Andes, en el libro de Campesinos de los Andes, fue el primer libro que yo escribí. En toda una sección, en toda una porción dedicada a la cultura y personalidad, allí había que entender el por qué de la conducta campesina, un tema absolutamente psicológico. Esas problemáticas que supuestamente hay que advertir a través de relaciones simplemente individuales, tuvo que ser de una manera más general y colectiva de entrar a sentir con ellos como grupo, la problemática de la cultura y la personalidad.

Claro, por supuesto, yo construí sobre lo que aprendí. Eran todas aquellas magníficas obras de Ruth Benedict, de Kardiner. Bueno, casi todo eso, tomado del psicoanálisis, para aplicarlo a las culturas; francamente que así si me sentí mucho más satisfecho con la explicación: una psicología que procura una psicología colectiva, psicología regional en que rompía esas reglas freudianas o adlerianas como ustedes quisieran, para una explicación un poco más científica. Después de todo en la ciencia suele considerarse la psicología como una ciencia exacta. No lo creo, tampoco la sociología, tampoco la economía a pesar de todos esos garabatos que nos presentan todos los días y sin embargo todavía sufrimos la inflación desde hace cincuenta o cien años, cuando no han resuelto el problema cotidiano de la inflación con todo ese conocimento y ese saber científico. La psicología podría caer en ese cientificismo perjudicial. Un cientifisismo estéril , aquel que justifica su existencia por sí mismo, este cientificismo es aquella tendencia del científico a ver su ombligo como el centro del mundo, y pare de contar. Eso no es ciencia. En la ciencia se vincula la vida, la ciencia refleja la realidad, no es ese fetiche que nos enseñan, de que hay reglas universales, ni siquiera en la física esa ley newtoniana incluyendo la gravedad, que están todas siendo

revisadas. La psicología tambien, yo creo, tiene mucho que aportar en esta búsqueda de lo colectivo, del alma colectiva, pero no en los términos fascistas de José Ortega y Gasset, sino el alma colectiva real, de los pueblos que sufren. Yo no estoy seguro si en las cátedras de psicología de este país se está promoviendo este tipo de búsqueda, y es por allí por donde creo que debe haber una psicología viva, una psicología comunal, una psicología de todos, una psicología entendible, una psicología comunitaria. Eso, todo eso encajaría sumamente bien dentro de los grupos.

Pregunta del auditorio: Hay una referencia o posición, escrita además, algo esencial en todo proceso investigativo, al menos en todo lo que trata del compromiso; inmediatamente me viene a la cabeza el sentido del compromiso, inmediatamente pienso en lo político y eso es lo que quiero aclarar y la pregunta tiene varios elementos: uno de ellos es del temor en que a veces se convierte el principio científico, entre comillas. Se ha confundido el estudio sociológico con el estudio político, se ha confundido la investigación sociológica con la investigación política, el trabajo científico social y el trabajo político, hay que tener cuidado de no estar haciendo estudio político donde hay que hacer sociología. La pregunta va en este sentido. Existe en la obra de Fals Borda y usted hace obviamente en sus propuestas y sus experiencias concretas y demostrativas, una conceptualización de la política y de lo político, que replantea estilos, métodos, formas del quehacer político, que dejen, entre comillas, de pensar lo político únicamente en los procesos estatales o partidistas de actualidad de la llamada sociedad política, y comiencen a pensar como políticos, tal vez desde una nueva concepción del poder, que entienda la dinámica misma de la sociedad civil en las expresiones de organización. Movilización y protesta popular en los movimientos sociales, existen el funcionamiento de la política y político de Fals Borda.

Orlando Fals Borda: En lo que leíste está la respuesta. Existe una tendencia a confundir lo político con lo partidista. En mi parecer esa es la esencia de la cuestión. Los partidos políticos colombianos son los culpables de esa situación. Es obvio ¿quién me discute lo que acabo de decir? ¿Quién? ¿Habrá alguno que se atreva a levantar una mano en contra? Parece que no hay, a no ser que haya un milagro. Pero veamos ¿Cuál es el origen de los partidos, dónde están los partidos? ¿Ustedes saben cuál es la historia del concepto de partido? Partido, para comenzar, parte de algo dividido en dos. ¿Qué es lo que se divide en dos? Al pueblo. Bueno ¿para qué lo dividen? Para que peleen entre si ¿Por qué pelean entre sí? Ah, ahí está el misterio. Han peleado hasta ahora por lo que dicen otros. Pero batallan por algo. Hay algo malo, algo que no funciona, algo disfuncional en eso de los partidos y por qué desde su comienzo están así mal hechos, comenzaron por un simple accidente, ¿saben como fue? En la Asamblea Constituyente de Francia, la Revolución Francesa, 1789, ocurrió que en los salones del palacio de Versalles reunían los representantes, había unas bancas colocadas de este lado y unas bancas colocadas de ese otro lado, con un pasadizo en la mitad. Como ustedes saben, el interesado tenía la tendencia a sentarse con los mismos, quedaron todavía con los representantes, muchos de la aristocracia, los aristócratas blandos usaban sentarse en el lado derecho y los otros que no eran aristócratas blandos usaban sentarse en lo que quedaba vacío, en la izquierda. Entonces ese pasadizo dio origen al vocablo francés de "parti de la gauche" (la parte de la izquierda) y "le parti de la droite" (la

parte de la derecha), simplemente porque dos tendencias aparentemente cobijadas por un mismo ideal revolucionario estaban sentados en dos porciones separadas, partidas por la mitad. A partir de ese momento, los aristócratas ocuparon los bandos de la derecha y los otros, los del pueblo, los de la izquierda.

Este esquema de la izquierda y la derecha a partir de entonces, corrió por todo el mundo y aquí en Colombia los liberales y conservadores lo adoptaron y propiciaron esta confusión que tuvieron aquí en el año de 1848 cuando adoptaron eso también de partido, cuando en ese momento en Colombia solo habían movimientos, no partidos, resulta que el partido que ellos llaman conservador, quiso llamarse liberal y sus primeros manifiestos eran del partido liberal conservador. Actualmente es social conservador. Pero ya se hizo esta división y fue un resultado manifiesto oligárquico: Pedro Nel Rojas con los liberales, Ospina con los conservadores, surgiendo dos partidos; se divide al pueblo y comienzan las guerras se intensifican las guerras civiles. Hoy son víctimas de ese designio imitativo de los franceses y de una revolución mal entendida. Nos siguen dividiendo artificialmente entre rojos y azules y ese sentido de partido está en crisis. Porque el resultado ha sido un tipo concreto llamado democracia. Se llama democracia representativa o democracia de representación. En esto también caemos en la imitación de los problemas. ¿Cuál es ella? La democracia representativa la importaron de los Estados Unidos e Inglaterra. Dicen que no están en crisis, pero los Estados Unidos en las últimas elecciones demostraron que sí lo están. ¿Cómo está funcionando nuestro Congreso hoy? Pues yo creo que hay más enemigos que amigos y sin embargo se reeligen cuando hay crisis de representación. Nosotros decimos que debe haber alguna alternativa, las alternativas se basan en otro tipo de democracia que es lo que nosotros llamamos democracia de participación. Ah! empiezan a saltar las chispas de los políticos tradicionales y ah! decir que ellos están haciendo política participativa, inclusive han llegado al extremo de adoptar los conceptos y los términos del pueblo para llevarlos a la politiquería tradicional. Eso ha ocurrido con el concepto de poder popular. ¿Cuál es ese poder popular? Aquí tambien hay varios ejemplos: el poder popular está establecido por la Constitución de Cuba y se ha expresado en forma muy clara en el triunfo sobre el PRI en México, en el triunfo de la izquierda hace poquito en Brasil, en la caída de Marcos, en la caída de Duvalier, y en el NO a Pinochet, ese es el verdadero poder popular. Pero aquí los políticos nos salen con el poder popular liberal, como que no hay más pueblo; lo que están haciendo es mantener las mismas maquinarias políticas. Por ahí, tomar partido mis amigos, no hay esperanza. Yo les cuento aquí que con lo viejo que estoy, apenas una vez he votado en mi vida, la última vez en marzo, voté por los movimientos políticos regionales, los nuevos, por más chiquitos que sean los movimientos de este tipo, tienen otra ideología y otros propósitos, son gente nueva, fresca, no están quemados por los medios de corrupción y de cohecho que tenemos.

Y estos movimientos son los que produjeron, sin que nadie supiera o sintiera, la formación de una nueva fuerza política en el país. El elegido político en términos directos, directamente relacionados con los intereses populares. Hizo que en los resultados electorales, ustedes recuerdan cuando empezaron a publicar los resultados parecían una selección: Liberales, tantos,

conservadores, tantos; luego sucede algo raro que no quedaba muy claro para clasificar, porque no era rojo ni azul y pusieron: otros, tantos. Para sorpresa de rojos y azules, los otros comenzaron a subir de número, hasta llegar a un millón quinientos mil, constituyen el 21% de la población total. Ya se hizo un estudio sobre esto, qué es los otros o quiénes son los otros, bueno, de esos 1.500.000 votos, 700.000 fueron para la UP en la elección de sus alcaldes, cosa importantísima, pues, veamos los otros 800.000 votos pertenecieron a movimientos políticos regionales, cívicos, sociales y de otras que tambien eligieron sus alcaldes y concejales y uno se pregunta: Cómo es posible que 800.000 personas por lo menos como yo, aparecieron para votar en contra de los partidos tradicionales. ¿Cómo es eso? Porque se ha venido trabajando desde hace diez años por lo menos, en estas búsquedas y ahí vamos. Y hay que seguir trabajando por ese lado porque la opción democrática participativa auténtica, es la que nos puede sacar de este pantano en que nos encontramos; pues bien, y así como les he hecho la demostración de 800.000 votos, ustedes dirán: son dispersos, no están organizados, no hay una dirección. Cierto. Pero la posibilidad existe, se dio la coyuntura, tal como se dio en las elecciones presidenciales.

En fin, estamos pues ante la disyuntiva o seguimos victimizados por los partidos tradicionales que nos llevan a frustraciones colectivas permanentes o hacemos búsquedas mucho más adecuadas con las necesidades en forma distinta sin repetición en lo político ya no en términos de los partidos sino en términos de los movimientos cívicos y movimientos religiosos, femeninos, etc., a lo político. Hay un temor, yo creo que ya no es el tiempo para regresarnos, es decir, esto que han venido haciendo desde hace diez años es político y de la buena política, la política que necesitamos y que es esa suma de fuerzas de los movimientos de este tipo será la fuerza política indispensable para resolver muchos de los problemas del pueblo.

Pregunta del auditorio: Quisiera ver si puedo relacionar la aplicación que la IAP ha estado haciendo en la educación de adultos y la educación popular y ver si se puede establecer la diferencia, porque hay literatura en donde se trata de demostrar que son distintos de otros donde se trata de decir que simplemente es un adjetivo y de pronto lo popular es más sustantivo.

Orlando Fals Borda: Bueno, la educación popular ha sido otro de los caballitos de batalla de la transformación. Ustedes saben que los movimientos contemporáneos de educación popular se han inspirado en una gran figura, la figura de Paulo Freire, el educador brasilero. Y Paulo Freire, fijense ustedes, ha sido uno de los pioneros de esta Investigación Acción Participativa. Nosotros lo colocamos siempre en uno de los que nos dio dimensiones sobre esto, y de él tomamos dos cosas: Primero, el término o concepto de concientización que refleja ese empeño de devolver al pueblo su conocimento en término superiores de entendimiento de la realidad; el pasado es fuente de conocimento popular y de la persona que llega a concientizar y de las personas que recibe la concientización. Aunque hay otros conceptos que vamos a ver, como sería la dialógica o sea esa relación que se establece, el diálogo que rompe las diferencias sociales, sujeto a sujeto, como ya lo expliqué. Pues bien, por un buen tiempo, unos diez años, estos conceptos de Freire saturaron las campañas de educación de masas. Y aunque Freire lo anticipó, estos dos conceptos fueron reducidos a simples técnicas, de forma que según el contexto donde se aplica-

ran, podían observarse resultados contradictorios. Entonces un régimen dictatorial como el de Chile, podía emplear técnicas de concientización con los mismos procedimientos de Freire e igualmente en otra parte con regímenes democráticos, con esa técnica se producían otros resultados. Entonces hubo una gran polémica, una gran toma de conciencia en asegurar que estos propósitos iniciales de transformar la realidad, en tratar de ser consistentes con las necesidades que hay en otros pueblos, que eso se mantuviera y entonces se puede pasar de la etapa de conscientización, a ese otro concepto que ahora se usa más: educación popular. Pero todavía no podemos; educación popular pueden ser las campañas del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, auspiciadas directamente por una misión alemana, con unos textos muy lindos, muy costosos, donde todo va marcado desde la A hasta la Z y que tiene un contenido; como también la variedad de campañas educativas populares de Nicaragua donde se rebajó las tasas de analfabetismo y donde ya se considera que esa sí es y debe ser la educación popular, producida en el Ministerio. Esa discusión sobre la educación popular, se ha venido planteando y replanteando actualmente en el seno de una organización muy fuerte y muy amplia que se llama CEAAL (Consejo de Educación de Adultos de América Latina) de la cual soy presidente en el momento, donde se trata precisamente de darle al concepto de educación popular, ese contenido de transformación que ha sido olvidado por técnicas anteriores. Entonces hay en el fondo, ustedes lo pueden ver, un problema ideológico y político. Las necesidades de educación popular se viven, sin embargo, hay muchas formas de empezar y en el momento el CEAAL ha dispuesto que se haga una investigación continental para evaluar precisamente ese contenido de la educación, el concepto de la educación popular. Vamos en este momento a una evaluación general; son ciento veinte instituciones que constituyen ese consejo, en todas siguiendo por esa línea, esperamos que al término de ese estudio, puedan dar claridad sobre ese concepto. Actualmente, desgraciadamente, todavía hay confusión al respecto. De mi parte ustedes saben cual es mi posición. Yo no concibo la educación popular sin la aplicación conciente o inconciente de técnicas de participación. Y esta metodología de la Investigación Acción Participativa, en mi opinión vendría a ser ese pegante que haga de la educación popular una experiencia realmente válida. Esa es la esperanza que nos está naciendo aquí en Colombia, en Aipe (Huila) hay una experiencia extraordinaria de transformación de la escuela primaria en cosas mucho más dinámicas. Son estudiantes, niñitos que están haciendo una revolución, por supuesto en este caso de Aipe, como muchos otros , es la escuela formal la que está entrando por esos canales a través de una iniciativa muy importante que tomó FECODE (Federación Colombiana de Educadores) cuando creó el movimiento pedagógico, una de las más grandes y más importantes iniciativas que ha habido en este país en mucho tiempo. A través del movimiento pedagógico se pretende transformar estas escuelas en algo mucho más dinámico, de participación, para llegar a una verdadera educación popular, más flexible, mucho más ligada a la realidad que ese formalismo con su currículo y su modo de cátedra, etc. que han importado a las escuelas y también hasta las universidades. Yo si creo que hasta la educación popular como movimiento llegue también a la Universidad del Valle, ¿por qué no? Sería interesante su resultado.

Pregunta del auditorio: Yo quiero hacer una reflexión en el sentido de lo que cuenta directamente a nosotros en la práctica psicológica, ya sea en el consultorio, en la institución de nuestro trabajo, en una institución donde están cursando estudios universitarios de psicología, porque me parece que se desprende de aquí una conclusión muy importante que el psicólogo y las disciplinas psicológicas y otras ciencias afines descuidan su compromiso político que necesaria e inevitablemente tienen que asumir. Quizá estas reflexiones causen un poquito de inquietud, quizá cause un poquito de temor, pero es algo que está flotando en el ambiente, es algoque algunas personas no sienten el rostro que tienen, pero en realidad yo como psicólogo puedo decirlo, y reconozco que muchas veces la posición de uno es una posición cómoda, es una posición tranquila, es una posición donde uno se limita a su oficio de psicólogo; entonces me parece que es importante cuestionar con nosotros, por ejemplo, hasta qué punto nuestra labor se está limitando solamente a hacer trabajos terapéuticos individuales, a tratar grupos muy pequeños, a hacer terapia, hacer tratamientos, pero no estamos metiéndonos un poco más hacia las grandes colectividades, no estamos asumiendo su compromiso porque en realidad sentimos temor que nos digan que estamos haciendo política, de que de pronto nuestra disciplina científica tenga puntos de contacto con el quehacer político, porque si nosotros estuviéramos abstraídos de todas las problemáticas sociales, económicas y políticas que inevitablemente nos tocan, entonces por una parte como una reflexión para nosotros los estudiantes, los profesores de psicología y los que están muy cómodamente ejerciendo sus profesiones. Pero también me parece que es muy importante que el estudiante de psicología le exija a los departamentos de psicología de las universidades, a las instituciones docentes, que se revise la filosofía y la estructura bajo la cual se están orientando. ¿Para qué formamos a los psicológos? ¿Qué esperamos de los psicólogos? ¿Qué puesto van a ocupar los psicólogos en una sociedad? Y al mismo tiempo nosotros que estamos siendo alumnos y que estamos tratando de ser académicos, ¿pensamos qué es lo que realmente queremos hacer? Solo nos interesa sacar un título, ganar bastante plata, etc., de pronto hacer un trabajo pseudosocial o si queremos identificarnos profundamente con algo que tenga que ver con la sociedad, que tenga que ver con el pueblo, que tenga que ver con las clases sociales e involucrarnos de una manera más real, no solamentea nivel de escritorio o a nivel de las instituciones donde hay un profesor frente a un tablero y uno está allí tomando notas y se echa un discurso, mientra tanto uno se siente entusiasmado, uno se motiva, uno se acalora y participa pero a un nivel netamemte intelectual; ¿Dónde está realmente el trabajo? ¿Dónde están las producciones? Y el trabajo del psicólogo se limita solamente a sacar estadísticas de cuántos enfermos mentales. Por ejemplo hoy, sin tener en cuenta qué tantos problemas sociológicos y económicos esta viviendo la sociedad colombiana ¿sabemos qué está haciendo un psicólogo? Me parece importante, porque primero que todo nos sirve a nosotros como estudiantes y profesores de psicología y otras carreras afines y segundo para cuestionar a los mismos profesores y a que toda la estructura organizativa de los departamentos de psicología para que se oriente mejor tanta herramienta tan buena que tiene un psicólogo. Porque es un hecho que nosotros los psicólogos tenemos muchos elementos, muchas herramientas que podemos utilizar en beneficio de la mayoría del pueblo. Gracias.

Orlando Fals Borda: No sé. En este momento yo quisiera compartir con ustedes una experiencia con los médicos, que estudian medicina pero nada tiene que ver con la IAP. Resulta que los médidos en Canadá y algunos en este país, el año pasado hicieron unas pruebas bastante interesantes con médicos jóvenes en el tratamiento y curación de las llamadas enfermedades sociales, por ejemplo, el reumatismo y la artritis, y estamentos médicos colombianos comenzaron a utilizar técnicas de investigación participativa en el campo de la medicina con estas dos enfermedades. Y haciendo caso a esa medida de rompimiento de relaciones de dependencia de sujeto-objeto, se reunieron con estos médicos y dialogaron entre médico y paciente. Porque muchas veces el médico es un hombre abusivo. Sucede que muchas veces no lo escuchan a uno que lleva la dolencia, sino que lo ascultan, luego lo recetan y lo despachan ¡Y luego cómo cobran! Pues estos médicos que estaban serios, empezaron a quedarse callados y a oír más al paciente y esta tendencia como que les permitió, asumir una actitud ante sus enfermedades, distinta, que les ayudó a sobreponerse. Hicieron una investigación no solamente de la forma llamada técnica de curar una enfermedad, sino también como los llamados teguas, que hay que respetar porque allí también hay salud y hay cura, curaron a los reumáticos y a los artríticos; hicieron un video excelente sobre toda la experiencia de investigación, convocaron a los médicos de Bogotá en una convención, peor hicieron algo que no me gustó, que fue en el salón Rojo del Hotel Tequendama (risas), y se presentaron mil quinientas personas de las cuales mil eran artríticos y reumáticos que conocían todos estos aspectos, que se subieron a la plataforma a explicar la forma, no cómo se habían sanado, sino cómo se habían mejorado y cómo habían vuelto a vivir en sociedad y cómo el resto de la gente comprendía más el contexto de su enfermedad; y créanme, en las primeras cuatro filas estaban estos médicos viejitos, solemnes y canosos como yo, callados. La IAP en acción en la medicina (abro este paréntesis, en Canadá allí emplearon entre otras cosas para salud pública en el estado), a mí se me ocurre, escuchando al compañero que acaba de hablar ahora, que en psicología se podrían intentar algunas cosas. Y se me ocurre por ejemplo con la esquizofrenia, por lo poco que se ha ido descubriendo ya se están preguntando si dejan de ver esquizofrenia como una simple enfermedad individual, para concebirla como enfermedad social, familiar, en todo contexto, que hay mucha posibilidad de aliviar, de mejorar a los esquizofrénicos de nuestros hospitales si aplicáramos técnicas más humanas de participación en el tratamiento y es una posibilidad que yo creo que tiene la psicología y no solamente para el tratamiento del esquizofrénico. Pero esto no es sino una sola cosa, es una preocupación que tengo, que se las dejo.

Carlos Arango: Yo quisiera hacer un comentario en ese sentido, porque definitivamente si hay disciplina en la que pueda decirse que se da una transformación de la persona en el proceso mismo de investigación, es en la psicología; y es precisamente en el campo de la intervención psicoterapéutica donde nosotros los que tenemos alguna experiencia clínica, podemos constatar cómo se transforma la realidad del sujeto a través del proceso de investigación. Desafortunadamente el éxito mercantil de la relación terapéutica lleva a que esto sólo se trabaje a nivel técnico y abandone el campo de la investigación propiamente dicha, de la conceptualización y a que la dinámica de la persona se quede encerrada en el carácter privado

de su problemática y en el consultorio privado. Y por otro lado los psicólogos hemos recibido un entrenamiento bastante claro para no ver en esa dinámica del sujeto y de la persona y en ese proceso de transformación del sujeto una dinámica intrapsíquica y no ver la dimensión social y las condiciones objetivas de esa problemática. Yo pienso que nosotros los psicólogos tenemos la herramienta de trabajo sobre investigación participativa en nuestras manos, porque de hecho trabajamos con ella, promovemos la participación de la persona en la transformación de su realidad y lo que necesitamos es lograr ubicar la descripción de la dinámica de este sujeto dentro de la problemática social y del proceso social dentro del cual está inscrito. Yo quería comentarlo porque me parece muy importante que hagamos un cuestionamiento a la forma, particularmente cómo estamos conceptualizando en el campo de la psicología de la personalidad. Yo tengo un debate con algunos colegas del Departamento de Psicología, en el sentido de que los contenidos de psicología de la personalidad, deben permitirnos investigar las caracteristicas regionales de Colombia, las caracteristicas de personalidad de las regiones en Colombia y algunos colegas insisten en que el curso de psicología de la personalidad es un curso eminentemente clínico ¿Qué significa la palabra clínico, sino hacer abstracción de la dimensión social de toda la problemática del sujeto? Yo quiero dejarlo planteado, porque considero que debemos insistir en que los psicólogos tenemos que conocer la realidad social, la realidad nacional, la realidad internacional y poder ubicar la problemática del sujeto en ese contexto.

SECCIÓN III: PRAXIOLOGÍA

MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICA

El papel político de los movimientos sociales

Acudo ante mis colegas, algo animoso a pesar de las terribles circunstancias de nuestro país, con el fin de comunicar una experiencia –o una convicción– a la que he llegado, junto con muchos otros, por virtud de la práctica y de la reflexión acumuladas en los últimos veinte años.

Aunque me digan que estoy cayendo otra vez en mi inveterado optimismo (que tantos de ustedes me han glosado justamente), deseo hablarles sobre una vía alterna de organización social y acción transformadora que creo puede aliviar nuestra violencia y sus presentes secuelas de terrorismo. No es la única vía, por supuesto, pero se dirige al meollo de la cuestión, que considero política o de manejo político. Esta forma alterna de organización y acción es la que están ofreciendo los movimientos sociales de naturaleza cívica y democrática (no los narcofascistas de reciente data) cuando se deciden a llenar, a su manera y con su propia ideología, el vacío de poder existente. Por que los partidos tradicionales y sus dirigentes, cuyo fracaso y culpabilidad histórica por lo que ocurre hoy en Colombia son evidentes, no nos ofrecen soluciones adecuadas; antes dan muestras de ser "bueyes cansados" y víctimas de sus propios inventos: con todo y su ciega soberbia, están cosechando en violencia, muerte y destrucción lo que sembraron, especialmente a partir de 1928.

Para lograr el objetivo humano y patriótico de reconstruir nuestra maltrecha sociedad, desde hace un tiempo los nuevos movimientos sociales, cívicos y culturales han estado sobrepasando las coyunturas locales en que se iniciaron, se están coordinando en niveles más complejos y, si persisten así pueden llegar a asumir un papel protagónico regional y nacional. Están a punto de realizarlo. Esta es la esperanza que me anima para referirme ahora a este crucial desarrollo, como creo es el caso de muchos otros compatriotas y colegas que han venido estudiando el fenómeno, actuando en él, o sufriendo las consecuencias de las nefastas decisiones políticas de nuestros actuales dirigentes.

Quiero añadir otro elemento: que consultado el horóscopo, este parece ser el momento más adecuado para actuar en la conformación de un gran movimiento alternativo nacional, pues todas las combinaciones posibles de los entrecruces de las estrellas son de buen augurio.

Deseo también invitar a preguntarnos si pudiera haber otras soluciones prácticas o estructurales para la violencia y el terrorismo distintas de la que los movimientos sociales apersonan, o de aquellas propuestas que, aunque bien intencionadas, no han dado el resultado adecuado. Este congreso nos demuestra una vez más cuán completos son los análisis de la violencia vista desde muchos ángulos, y cuán complejas las fórmulas específicas para aliviarla. Eso lo sabemos desde 1962, confirmadoy ampliado con el estudio de los violentólogos de 1987 y otras importantes monografías. ¿Qué más se puede hacer? Pensemos en los aspectos prácticos de todas esas recomendaciones. Veremos con ellas que, en últimas, exigen redefinir lo que queremos decir y hacer en lo político y con la política, reconstruir el Estado y la nación, reinventar los partidos y el poder. Es la tarea evolutiva y crítica que, sin caer en la cuenta de ello totalmente, han venido realizando los movimientos sociales democráticos en América Latina y en Colombia desde cuando irrumpieron en su ciclo actual hacia 1964.[1]

Recordemos que, en nuestro continente, respondimos desde entonces al autoritarismo militar, a las intervenciones externas, a la marginalidad de las masas, y a las desenfocadas políticas llamadas de "desarrollo económico y social" impuestas por países ricos y oligarquías consulares a partir de la Segunda Guerra Mundial.[2] Estas políticas tecnocráticas, que más que todo produjeron subdesarrollo y enriquecieron a los ricos –pues estos no dejaron "gotear" mucho los recursos hacia las clases productoras inferiores– agudizaron la explotación y la dependencia que venían de atrás con el hambre, la miseria y la ignorancia. Se trata, pues, de un ciclo activo, todavía en evolución porque estos problemas básicos de los pueblos no se han resuelto a su favor. En respuesta, millones de personas subordinadas y olvidadas por los poderosos han logrado articular expectativas propias y realizar con sus movimientos luchas independientes por soluciones democráticas. Con ello se ha demostrado una vez más la fuerza de impulso creador del hombre y de la mujer y su capacidad de resistencia ante las injusticias estructurales y ante la violencia rampante.[3]

Esta ponencia tiene dos partes: una analítica, que va primero, derivada de mis observaciones y experiencias directas de los ultimos años; y una proyectiva o interpretativa en la que, basado en lo anterior, expreso mis personales preocupaciones como científico social que siente que no puede quedarse con los brazos cruzados, o silencioso ante los dolorosos procesos que está viviendo en unión con los suyos.[4]

Cómo definimos lo político

Dos de los aspectos prácticos de los movimientos sociales y populares que más curiosidad –y expectativa– han suscitado entre los estudiosos son: 1) su permanencia en el tiempo; y 2) su expansión en el espacio territorialo

1 Es la fecha del golpe militar contra Joao Goulart en el Brasil, pero ya había antecedentes; cf. Germani, G. (1962). Política y sociedad en una época de transición. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

2 Véanse los muchos estudios al respecto, como los citados en trabajos de Tilman Evers, Luis Alberto Restrepo, André Gunder Frank, David Slater, Ernesto Laclau y Richard Falk, que son ampliamente conocidos.

3 Conviene comparar estas observaciones con otras interpretaciones reducidas, como las eurocéntricas de Hedegus, Z. (1989). "Social Movements and Social Change in Selfr-Creative Society", International Sociology, IV, No. 1, marzo, p. 19-36

4Cf. Cardoso, R.C.L. (1987). "Movimientos sociais na América Latina", Revista Brasileira das Ciencias Sociais, II, No.5, p. 27-37.

sociogeográfico. Ambos aspectos son importantes porque constituyen índices de debilidad o fuerza en los movimientos, porque inciden en el comportamiento político, y porque crean "cultura política". Esto es muy significativo, por cuanto la política ha sido una actividad para la cual los movimientos nunca se sintieron listos, especialmente durante los primeros años. Por el contrario, siempre hubo en ellos, o en su persona dirigente y orientador, una gran desconfianza por todo lo que oliera a la politiquería tradicional, desconfianza por lo demás justificada.

Ha habido suficientes explicaciones de esa primera reacción negativa, por lo menos en América Latina. En efecto, recordemos que los movimientos surgieron casi espontáneamente desde las bases y periferias sociales, en sitios específicos y por necesidades concretas. Sus dirigentes eran personas preocupadas por el estancamiento económico y el militarismo, frustradas por la verticalidad y el sectarismo de grupos vanguardistas revolucionarios; éramos académicos y maestros que desertábamos de colegios y universidades incapaces de responder a los desafíos de los tiempos; eran visionarios críticos de la religiosidad que querían construir una Nueva Jerusalén. Habitábamos entonces en el reino de lo micro y cotidiano, el de los cortos pasos cuidadosos, en cuyo contexto coyuntural se realizaban, como se hace todavía, tanto los actos de protesta y rebeldía como las búsquedas de identidad cultural, ecorregional, social, étnica, de género, artística, etc. Casi todas esas actividades quedaban aparte de estructuras partidistas u organismos establecidos.

Juzgando según la experiencia histórica, especialmente la del ciclo anterior de movimientos del siglo XIX, era de esperarse que los de nuestra época fueran tan cortos como las coyunturas en que surgieron. O que sus líderes resultaran igualmente cooptables por los políticos y cayeran víctimas de la represión oficial. Así ocurrió en muchísimos y dolorosos casos, desde Tlatelolco hasta los Mapuches. No obstante, empezó a crearse una concatenación de conflictos que obligaron a ligar una protesta o lucha por derechos y servicios con otra, a buscar aliados firmes de diferentes orígenes sociales, y a conformar redes de apoyo mutuo y coordinadoras a varios niveles. Un mecanismo ágil y eficaz fue el de los foros, encuentros y festivales por temas específicos. Tales tendencias al eutoexamen y a la afirmación interna y externa fueron ampliando el espacio de la confrontación y el nivel del reconocimiento propio, prolongando la vida y mejorando la eficacia de buen número de movimientos. Llevó a articularlos por la acción política, social y cultural en ámbitos mayores, especialmente en la "región" concebida sociogeográficamente. Se sentaron de esta manera los fundamentos para una cultura política ciudadana diferente, una educación para la democracia auténtica.

La institución de contrapoder

En muchas partes, esta primera y esquemática coordinación funcional rompió en los movimientos aquellas resistencias iniciales internas que abogaban contra la formalización y, de manera paradójica, llevó a institucionalizar a los mismos movimientos. Ello no implicó establecer ninguna jerarquía ni mandos centrales, ni hubo predominio de burocracias, aunque con el paso del tiempo aparecieron servicios profesionales calificados. Se

aplicaron principios sobre democracia interna, participación de las bases, cabildos abiertos, colectivización y rotación del liderazgo y absoluta transparencia administrativa, es decir, hubo automedicina y autocontrol. En esta forma se obtuvo una continuidad de acción impensada antes y se expandieron los límites de los trabajos más allá de la comunidad local.

Parecía como si estuviera contradiciendo la razón de ser específica de los movimientos; pero quizás por la profundidad y gravedad de la crisis socioeconómica de nuestros países y por la dinámica misma de los problemas reales confrontados, se fueron despejando ante los movimientos otras rutas prácticas distintas de la protesta específica. Sobresalió de entre esas posibilidades la de actuar contra el poder coercitivo externo y superior cuyo peso limitante en las lucha no podía ignorarse. Constataron entonces que el accionar de los movimientos por el progreso local y la justificación de su continuación como factores democráticos de cambio eran, en últimas, de naturaleza política y macroestructural. Su foco estaba en el Estado desarrollista tecnocrático, autoriatario y monopólico, así como en los pactos sociales que le habían dado vida y legitimidad. Hacia allí debían dirigirse entonces los esfuerzos de cambio, con la misma o quizás mayor intensidad que en las anteriores luchas, articulando un nuevo "contrapoder".

Construcción de redes: de la protesta a la propuesta

Esta nueva cultura política obligó a muchos movimientos locales y a sus dirigentes a desbordar su visión cotidiana original, a descartar los restos de su limitante sectarismo, a expandirse en varias direcciones, y a asociarse en frentes unidos de acción. Pasaron así de lo micro a lo macro, de la protesta a la propuesta. Al hacerlo rompieron las dos condiciones iniciales mencionadas: su coyunturalismo reducido en el tiempo y su localismo territorial; y establecieron canales de dobe vía, de las bases hacia arriba y desde arriba hacia las bases en nuevas y más simétricas modalidades de intercambio. En esta nueva etapa de expansión y equilibrio han venido funcionando en varios países desde hace cerca de un lustro. No es mucho tiempo, pero que esté ocurriendo puede tener un significado trascendental para los pueblos.

En general, no puede ser visto sino como algo extraordinario que los movimientos sociales y populares se hayan sostenido contra viento y marea durante estos veinte años de graves conflictos y violencias múltiples. Han sobrevivido a partidos y agrupaciones políticas fundadas durante este mismo lapso según reglas clásicas de organización, que muy pronto sucumbieron. En cambio, a pesar de las inevitables fisuras, tensiones e inconsistencias internas, a pesar de asesinatos y prisiones y torturas, los movimientos han persistido y se han extendido a las regiones sociogeográficas a través de las redes y coordinadoras mencionadas (asociaciones de juntas comunales y mingas, cooperativas de vivienda popular y de "pueblos jóvenes, campañas de educación popular, etc.). De esta manera unida siguen resitiendo las tentaciones de la instrumentación izquierdista radical, así como los embates de la cooptación y la represión que ejercen sobre ellos y sus líderes los partidos y gobiernos existentes.

Es cierto que ha habido deserciones y transferencias de "mañas" politiqueras al seno de los movimientos. Pero como muchos de los organismos del "Establecimiento" afectan un inmenso desprestigio, ingresar a ellos,

imitar sus prácticas reaccionarias o inmmorales, o reforzarlos en otras formas ya no se ve como un paso adelante para las personas decididamente involucradas en los movimientos. Muchas instituciones dominantes, como los partidos tradicionales, se han deslegitimado ante los pueblos, entre otras razones porque han perdido su capacidad de actuar como mediadores y sustentadores de los intereses de los grupos desprotegidos o perseguidos y han tolerado la descomposición social, como ocurre en Colombia con la violencia y el actual terrorismo.

Nuevas alternativas políticas

En muchas partes, la deslegitimación de los partidos y de los gobiernos por su tolerancia de los abusos, ha creado un vacío de poder. Los movimientos sociales, en su evolución expansiva, han venido llenando ese vacío local y regionalmente, a su manera, como viene dicho, al plantear propuestas alternativas de sociedad y de contrato social en que pueden confluir desde sus diversas actividades y puntos de arranque inicial. Ahora, a través de las redes afirmadas y otros mecanismos ya maduros de coordinación regional, muchos de ellos empiezan a proponer o exigir cambios programáticos o estructurales para toda la sociedad. Estos han constituido una vanguardia nacional o suprarregional de acción y compromiso para el cambio, mientras que los otros movimientos van quedando reducidos a las tareas reivindicativas de los primeros años del ciclo actual de reactivación.

Al dar el salto de lo micro a lo macro y considerar también la vía inversa en estas formas estructurales, al encontrarse en el plano de las ideas y metas generales sin perder la identidad, integridad, liderazgo y autonomía como movimientos, los más adelantados de estos se están convirtiendo, o ya se han convertido en varias partes, en alternativas políticas de consideración. Son alternativas que tienden a afianzarse por el vacío político aludido, por la crisis del desarrollismo y de los organismos o instituciones existentes. Por eso, a diferencia de lo ocurrido en épocas pasadas, muchos movimientos importantes no han reforzado ni dado origen a partidos como los hemos conocido, puesto que estos se ven como fórmulas obsoletas de organización política, o peor, como fomentadores de violencia, corrupción y abuso de poder. Muchos de los movimientos adelantados han empezado a asumir el papel de los partidos tradicionales de manera más directa y eficaz, delimitando un campo mayor de participación democrática.

Esta actitud crítica hacia los partidos está cumpliendo la importante función de desmitificarlos. Muchos activistas han descubierto, como Marx en su época, que los partidos no son las únicas formas posibles de organización para la acción política; que nacieron en Europa en un contexto histórico y cultural específico del siglo XVIII; que no han sido fundamentales para acceder al poder (casos de Cuba y Nicaragua); que se convierten en peso negativo para el cambio cuando se exceden en jerarquización y verticalidad, por los intereses creados de grupo o de clase social a que se ven reducidos, por su frecuente idealización de la fuerza e implementación de la violencia, por la manipulación y degradación que muchas veces toleran. En cambio, en los movimientos se trata de realizar una búsqueda

creadora de formas aternativas de organización y acción política. Todavía no han cristalizado. Pero el desafío a los partidos tradicionales en cuanto a su organización, inspiración y moralidad es cada día más rotundo.[5]

No se trata solo de una cuestión de términos: partido o movimiento, aunque ello pueda tener efectos prácticos. El hecho de que por ley todavía deba haber "partidos", como ocurre en Chile y México, no oculta el reto a fondo que los movimientos adelantados les han hecho en sus concepciones, estructuras y procedimientos: tienen que cambiar si quieren sobrevivir. De otra parte, los movimientos como tales pueden seguir siendo alternativas políticas, ya que aquí hay campo suficiente para la imaginación y la creatividad adaptadas a nuestra especial historia, cultura y medio ambiente. Tendrá que seguir demostrando cómo son las nuevas formas necesarias de hacer política, especialmente para resolver problemas agudos como los de la pobreza, la explotación y la violencia. La experiencia si fue siendo una buena maestra, de modo que conviene analizar algunos de los casos actuales que parecen pertinentes.

Ilustraciones contemporáneas

El Partido de los Trabajadores (PT) del Brasil (aunque se designe "partido", no lo es en la práctica, según lo reconocen sus fundadores y directivos)[6], no es por lo menos un partido como los otros: ha sido el resultado de un proceso organizador totalizante con sectores de trabajadores, líderes comunales y religiosos, intelectuales orgánicos (entre ellos Paulo Freire, el educador), que desarrollaron un programa común de acción política, económica, social y cultural que desbordó lo gremial y local y cubre ahora a toda la sociedad brasileña.[7]

La persistencia y el extenso impacto abierto y subterráneo de los movimientos sociales, educativos y sindicales de Chile fueron factores decisivos para el "No" a Pinochet. La reconstrucción de Ciudad de México después del terremoto de 1985 descubrió cuán sólida era la infraestructura oculta de los movimientos sociales y cívicos locales que fueron capaces de suplantar al Estado con su propio poder popular; ello dio bases para la subsiguiente alianza "cardenista" que hizo tambalear al antes imbatible PRI. Fuerzas políticas nuevas del Perú (izquierda Unida), Bolivia, Venezuela y otros países no habrían avanzado sin el apoyo de movimientos sociales coordinados o sin el de las organizaciones propias del pueblo. La Nicaragua Sandinista tiene mucho que enseñarnos sobre este particular.

En Colombia, en Movimiento Inconformes, iniciado en 1980 por profesores, sindicaliasta y trabajadores de la cultura, es hoy la segunda fuerza

5 Así ha ocurrido en ciclos anteriores de despertar de movimientos, cuando lo político se ha redefinido por su acción. Recordemos, por ejemplo, el caso del cartismo inglés (1838-1848), trampolín del Partido Laborista, o el de los movimientos campesinos, indígenas, sindicales y estudiantiles de Colombia, Perú y otros países durante la década de 1920, que reforzaron y reorientaron al liberalismo. Movimientos maduros como el feminista, el del sufragio universal, el gandhiano hindú, hasta el de los trabajadores, tuvieron el mismo efecto rectador y renovante en los partidos existente.

6 Weffort, F.C. (1989). "Democracia y revolución", Cuadernos Políticos, Nº 56, enero-abril, pp. 5-18.

7 Un proceso similar es el ocurrido con el Movimiento Solidaridad, de Polonia, hoy entrando a cogobernar el país, y con los del Poder Popular en Filipinas y Haití en la primera época postdictatorial. Otros, como los de Defensa de Derechos Humanos y del Medio Ambiente (Verdes) y Antinucleares han emergido de Europa para adquirir dimensiones internacionales. Síntomas de este no-partidismo se observan en la India, en la Unión Soviética y otros países socialistas.

política del departamento de Nariño, con alcaldes, concejales, diputados y una filosofía participativa de acción. Este movimiento, el más importante de una decena de fuerzas similares que han surgido en las regiones colombianas (Tolima, Sucre, Santander, Cauca, Llanos, Cesar, Boyacá, Putumayo, Antioquia), han demostrado en la práctica cómo avanzar de lo micro a lo macro, de las bases hacia arriba, desde las periferias hacia los centros, y viceversa, para conformar redes, coordinadoras y otros organismo de contrapoder popular. Otro caso local interesante es el del Movimiento Peñolia, establecido como fuerza cívica en 1980 en el pequeño municipio de El Peñol, Antioquia, que fue organizando frentes comunales, de vivienda popular y culturales; en 1986 llegó al concejo municipal, hoy tiene alcalde propio, ha desplazado del poder a los gamonales tradicionales de los dos partidos (liberal y conservador), y empieza a coordinarse con los diez municipios de su provincia.

Siguiendo estos ejemplos, en los resquicios que los conflictos dejan en la Colombia descompuesta que tenemos, se han realizado encuentros, foros y talleres, se han marchado por las carreteras, se han hecho paros, agitado ideas y movilizado recursos para exigir un nuevo pacto social entre los colombianos.

El crecimiento en el poder local y regional independiente, a pesar de la violencia, tuvo una clara expresión en Colombia con la puerta entreabierta de la primera elección popular de alcaldes en marzo de 1988, cuando para sorpresa general, un respetable número de tales funcionarios, concejales municipales y diputados departamentales resultaron estar por fuera de los partidos tradicionales. Las tendencias han madurado desde cuando se intentó por esas fuerzas independientes una primera Convergencia en Funza, Cundinamarca, en junio de 1984, otra en Chachagüí, Nariño, en enero de 1987.[8] En junio de 1989 se dio un paso más con una coalición inicial de 37 agrupaciones y movimientos menores, bajo un gran paraguas democrático, pluralista y no-violento, bautizado Movimiento Colombia Unida, de oposición al monopolio bipartidista gobernante, que culminó el 3 de septiembre del mismo año con una convención constitutiva de más de 150 agrupaciones de todos los departamentos y secciones del país.

Así, hasta en Colombia con su violento terrorismo, o quizás por ello mismo, muchos movimientos sociales, civicos, regionales, étnicos y culturales han estado durante estos veinte años redefiniendo lo político, creando otra cultura política en sus propios términos, y deslegitimando al actual Estado desarrollista y autoritario.[9] Lo han hecho con cierto espontaneísmo, quizás sin darse cuenta, oferciendo salidas constructivas a la violencia y los otros problemas estructurales que padecemos en tantas partes. Pero hoy, con la acumulación de experiencias en esta azarosa dirección y con la suma de sus causas y redes coordinadas, los movimientos más avanzados se encuentran ante otro umbral de cambio que les plantea un grave dilema: como se dijo antes, o persisten en la acción política amplia y creadora que ya emprendieron, es decir, sin claudicar como movimientos, no tenerle miedo o repugnancia a plantear visiones políticas compartidas; o pasan a ser partidos nuevos

8 Chaparro, J. (1989). "Los movimientos políticos regionales: un aporte para la unidad nacional". En: Gallón Giraldo, G. (ed.) (1989). Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia. Bogotá, Colombia: CINEP-CEREC, pp. 208-226.

9 Cf. Lechber, N. (ed.) (1982). ¿Qué significa hacer polítca? Lima, Perú: DESCO.

o a reforzar algunos de los existentes al inducir la necesaria renovación de estos. Sobre indicar que me parecería más consistente con la necesidad histórica y justificado por la práctica persistir en la primera opción –la propia de los movimientos– antes que ceder a la fatigada tradición partidista.

Características de los movimientos

Las características más prominentes que podrían pemitir la continuidad y reforzamiento de los movimientos sociopolíticos democráticos más avanzados, son: su naturaleza civilista y pacífica; su empeño descentralizador y autonómico; y su tolerancia pluralista ante la diversidad cultural y humana. Estas características han pasado a ser preocupaciones fundamentales para construir su estructura, conformar su ideología y darles una visión coherente y dinámica que las acerque a un nuevo tipo de democracia de índole participativa y directa. Son una respuesta positiva, una salida a la violencia y al terrorismo actuales.[10]

El civilismo

En primer lugar, el civilismo de tales movimientos adelantados se expresa como una reacción ante la frustración de las vías violentas para acceder al poder estatal, sea en la forma revolucionaria socialista de los años 20, o en la modalidad guerrillera de los años 60, que persiste aún en varios países. En este sentido, han aprendido una importante lección: que la toma del poder como tal no es ninguna panacea; que si no se prepara de manera amplia, aquel acto corre el riesgo de continuar la violencia anterior o reproducir indefinidamente las tendencias bélicas del proceso de lucha. El espejismo jacobino de la toma del Palacio de Invierno de Petrogrado como condición de revolución exitosa se ha desvanecido bastante.

Por eso se insiste en poner en práctica formas democráticas de participación auténtica desde ahora mismo, con la filosofía vivencial de la alteridad, dentro de los propios rangos humanos, en lo cotidiano y en las relaciones de género. Es otra forma de ver, entender y enfrentar la vida. En el fondo, se trata de un planteamiento ético de profundas implicaciones: el maquiavelismo de la fuerza y la maniobra, las excusas hegelianas a los abusos de los grandes hombres, la tesis de justificar los medios con los fines, entre ellos el poder en sí mismo, quedan cuestionados.

La autonomía

De la misma manera, la fuerte reacción deslegitimadora contra instituciones y gobiernos desarrollistas y tecnocráticos se dirige especialmente contra los más centralistas y autoritarios, los monopolizadores de decisiones. Esto parece natural en vista de los orígenes locales de los movimientos, que siguen muy celosos de su identidad y autonomía como formas de supervivencia física. Un aspecto interesante del momento actual de redefinición de lo político es la insistencia en fragmentar el poder existente y modificar las reglas del juego para abrir campo a varias orientaciones novedosas: 1) estimular formas de control e intervención por ciudadanos sobre gober-

10 Cf. Fals Borda, O. (1989). "Ocho tesis para una opción democrática participativa", Vía democrática, No. 1, febrero, pp. 31-35.

nantes (poder popular, renovación de mandatos, cabildos abiertos, plebiscitos, referendos); 2) propiciar formas territoriales diferentes de gobierno o de régimen (como el Estado-Región); y 3) crear formas más eficientes y descentralizadas de organización administrativa (como provincias y distritos autónomos) para establecer una regionalización ecológica-cultural que refleje la dinámica real de la vida comunitaria. Estas tendencias descomponedoras de la territorialidad actual ponen en entredicho las estructuras de unidades de poder, por ejemplo, las circunscripciones electorales de caciques y caudillos ahora vistas como anticuadas o inconvenientes. Porque los territorios son lugares de conflicto y apropiación donde se hace o deshace el Estado.

El pluralismo

Por último, el énfasis en el pluralismo y en la tolerancia es una de las grandes lecciones aprendidas por los movimientos sociales y populares durante estas dos décadas. En verdad, las reglas éticas y altruistas de la apertura hacia "el otro", las del respeto amistoso al derecho a ser diferente, valorar la diversidad ideológica, artística, cultural y social, y reconocer la relatividad de la historia, han permitido la sobrevivencia de los movimientos. Son el secreto moral de su resistencia. Aparte de grupos étnicos oprimidos (negros e indígenas), en esto han jugado muchos dos grupos marginales que en una u otra forma defienden y afirman raíces culturales propias: los jóvenes y las mujeres.

Ambos han dejado sentir su intuición creadora de un nuevo *ethos*, de un tipo mejor de sociedad y de relaciones sociales en las que pueda haber unidad pacífica respetando las diferencias. Con ello han dado valiosas lecciones a la violenta tradición machista, patriarcal y etnocéntrica que ha acompañado a nuestro subdearrollo, y han corregidoa a aquellos partidos y agrupaciones dogmáticas de la vieja izquierda que se ufanaban de ser vanguardias o custodios de la verdad revolucionaria, creencia con la que en cambio castraron el potencial de sus ideales.

En términos generales, los movimientos sociales y populares más avanzados prefieren plantear negociaciones, diálogos y salidas razonables a los conflictos existentes, armados o no, rechazan la violencia desenfocada o ritual, y acuden a elecciones. Algunos han recuperado a Gandhi y Martin Luther King como exponentes de formas adecuadas de resistencia civil. Otros recuerdan a Camilo Torres, la insistencia en el pluralismo de su "Frente Unido" como ideología política y en la transformación participante de la Iglesia liberadora. El reciente auge en el interés por el rescate de la historia oral y regional, la cultura y el arte populares, así como por el respeto al legado indígena y negro, son otras consecuencias de esta positiva actitud política.

El proyecto: reinvención del poder

Tales énfasis en el civilismo por la vida, la autonomía descentralizada con la fragmentación regional del poder estatal mediante nuevos pactos, y la apertura pluralista y ética (junto a otros elementos de democracia participativa que también merecen discutirse) pueden servir para reorganizar la sociedad con modelos democráticos y altruistas que detengan los desastrosos torrentes de la violencia y del subdesarrollo explotador. Han lleva-

do igualmente a algunos observadores a pensar que ciertos movimientos sociopolíticos contemporáneos, entre ellos los más avanzados, se acercan a un cierto tipo de anarquismo. Así lo sugerimos Frank, Falk, y el presente autor[11] entre otros.

Aportes de Kropotkin, Foucault y Clastres

Por supuesto, no nos referimos a la vertiente roja de discípulos de Mijaíl Bakunin, ni a la poco convincente posición antiestatista radical de "acabar con todo gobierno"; tampoco proclamamos adhesión incondicional a la convergente doctrina marxista del marchitamiento del Estado. Nuestra versión es la inspirada en la "ley de la ayuda mutua" y la experiencia autonómica siberiana del príncipe Peter Kropotkin. Se trata más bien de una forma diferente de concebir y entender el poder, como lo sugieren algunos movimientos, todavía con tímidez. Es un neoanarquismo humanista que está en trance de articular mejor su pensamiento. Quizás encuentre inspiración adicional en la lectura de algunos textos herméuticos, como los de Michel Foucault, Pierre Clastres y otros críticos contemporáneos que tienden a desempolvar la función de cemento ideológico que ha incumplido y cumple la sociedad civil en la estructuración de los Estados-naciones contemporáneos.

Se ha dicho en formas diversas que conviene analíticamente distinguir entre el Estado como aparato de coerción y el poder como categoría cultural conformada por nodos de relaciones sociales. Foucault lo ha explicado de una manera que se acerca a lo sentido en la práctica por muchos movimientos, cuando estos sostienen que todo poder "emana" del pueblo. En efecto, el investigador francés ha escrito que "el poder debe analizarse como algo que circula o que funciona como una cadena... se emplea y ejerce a través de una organización parecida a una red".[12] El poder, es obvio, no reside solo en el Estado, sino que hay que buscar sus fuentes más allá, porque aquel "con toda la omnipotencia de sus aparatos, no puede ser capaz de ocupar todo el campo real de las relaciones de poder y porque el Estado no puede funcionar sino con base en otras relaciones de poder previamente existente... [El metapoder resultante], con sus prohibiciones, solo se asegura donde hay toda una serie de relaciones de poder múltiples e indefinidas que le suministran la fuerza necesaria para ejercer formas de poder negativas".[13]

Clastres refuerza estas tesis con la de que el poder existe no solo como dimensión social, sino también como calidad separada de la violencia y de las jerarquías. De la misma manera distingue entre coerción y poder, para sostener que "el poder coercitivo [del Estado] no es la única forma de poder" sino una entre varias, aquella adoptada por el Occidente que hoy se toma como pauta o modelo dominante. Es una fórmula para sociedades histórica; otras, como las arcaicas (cf. la maya) desarrollaron formas colectivas muy diferentes de poder, muchas de las cuales todavía cobijan a inmensas porciones de la humanidad, por ejemplo, entre los grupos tribales de la India o con los consejos indígenas de ancianso de América. En cambio,

11 Fals Borda, O. (1986). El nuevo despertar de los movimientos sociales", Revista Foro, Nº. 1, septiembre, pp. 76-83.

12 Foucault, M. (1980). Power-Knowledge. Nueva York, USA: Pantheon Books, pp.98.

13 Ibíd., p.122.

la jerarquía o autoridad formal es la que crea el lazo político moderno. Por eso la violencia tiene su última y más completa forma en el Estado central impositivo, homogeneizante y monopólico.[14]

Estas ideas no solo explican situaciones paradójicas que muchos movimientos sociopolíticos confrontan cuando quieren impulsar el poder popular y combatir violencias e injusticias, sino que arrojan luz sobre los efectos concretos que los Estados tienen sobre la sociedad para empeorar situaciones o intensificar conflictos hasta llegar al terrorismo. Es el caso, por ejemplo, de los Llanos Orientales colombianos donde el Estado ha sido el principal generador de violencia, sembrándola doquiera se hizo presente por primera vez; con razón surgieron allí en seguida las guerrillas por una parte, una legislación autónoma de las bases movilizadas y un movimiento regional de reconstrucción social por otra.[15] Lo mismo se ve en aquellas regiones étnicas que han sido arbitrariamente divididas por fronteras políticas, como entre los guaraníes de Paraguay y Argentina, los guajiros de Colombia y Venezuela, o los mayas de Yucatán, Guatemala y El Salvador.

No es de sorprenderse por lo mismo, que en muchos movimientos actuales (¿neo-anarquistas?, ¿postmodernistas?, ¿etnoculturales?) se empiece a hablar de temas antes tabú, como el de "reinventar el poder" y el de "demoler mitos existentes". Por ejemplo, descubren que la repetición del modelo leninista de revolución en realidad ha sido excepcional, y que el de los partidos, antes indiscutido, ahora está dudoso. Ven que la toma del poder por asalto frontal, como queda dicho, no implica cambios radicales en el quehacer político.

El desafío moral

Por supuesto, no es dable descartar la lucha por el control del Estado actual, aunque se le deslegitime, y se pueden seguir aprovechando algunos mecanismos de la democracia liberal o representativa, así como los derechos civiles formalmente consagrados. Por eso muchos de los movimientos avanzados, desesperados por la ineficacia estatal, han dado el paso convergente de lo micro a lo macro y se articulan hoy como fuerzas políticas alternativas.

Sería insensato no reconocer el desafío moral que implica para todos el ver la continuación del monopolio de los recursos estatales en manos muchas veces tan ineptas, tan corruptas, tan ensangrentadas. Pero la cuestión de fondo radica en la concepción filosófica del nuevo poder popular que alimentaría a ese otro Estado en las etapas de reconstrucción de la sociedad. Para ello pueden servir las ideas de Foucault y de Clastres, entre otros autores extraños y propios: se discuten y estudian porque se siente que hay que sembrar desde ahora mismo en toda la sociedad civil la semilla ideológica del respeto por la vida, el ambiente y la diversidad cultural que fructifique en mejores bases sociales y más consistentes dirigentes de movimientos, sin esperar a que estos se "tomen el poder".

14 Clastres, P. (1987). Society Against the State: Essays in Political Anthropology, New York, USA: Zone Books.

15 Barbosa E. R. (s/f). Centauros de Guadalupe o la insurrección llanera, 1946-1966. Tesis de Grado no publicada. Departamento de Historia, Universidad Universidad Nacinal de Colombia, Bogotá, Colombia. Datos similares presentados por Molano, A. (1989). La colonización de la reserva la Macarena: yo le digo una de las cosas. Bogotá, Colombia: FEN y Corporación Araracuara.

Cae de su peso la importancia que tiene para todas las fuerzas políticas de esa dispareja sociedad civil –desde las progresistas y de izquierdas hasta las derechas y paramilitares– el volver a conceptualizar el poder y el Estado, desmitificarlos, considerarlos bajo otra luz menos autoritaria y amenazante, y más ética y altruista que la idea hobbesiana legada por los creadores de nuestras nacionalidades. Ello es especialmente útil para limitar los efectos deletéreos o violentos del darwinismo social y del fascismo que de nuevo levantan cabeza entre nosotros.

El reto intelectual y profesional

¿Será posible articular esos nodos del poder colectivo en nuevos pactos sociales para impedir la concentración jerárquica de la fuerza y el monopolio de la decisión de unos pocos? ¿podrá ejercerse el poder formal de puertas para afuera, sin los principios de secreto o razón de Estado, con pleno glasnost? ¿Será posible concebir Estados sin fronteas como expresiones democráticas de participación real e intercambios ciudadanos directos, las formas del poder popular auténtico? ¿Convendrá alejarnos de Marx y Lenin con sus tesis sobre monopolios de clase social sobre los Estados, y acercarnos más bien a Gramsci para definir el sentido pluriclasista de nuevas hegemonías políticas más generosas? ¿Tendrán aplicación entre nosotros las recomendaciones filosóficas que han hecho estudiosos de la violencia estatal como Paul Ricoeur (incidencia de la reconciliación entre los hombres)[16] o Walter Benjamin (formación de un nuevo derecho para las fuerzas nuevas)[17]?

Estas son algunas de las preguntas "científicas" que se hacen hoy en los colectivos de los movimientos más adelantados que buscan la paz con justicia social, que quieren extender la democracia en direcciones participativas y directas, y construir formas alternativas de Estado, como el Estado-Región, revelando, reconstruyendo y reforzando el poder difuso que corresponde a los ciudadanos. La organización eficaz de esos nodos de poder llevándolos hacia formas autonómicas de concepción y acción no violentas, distintas de las naciones-Estados y de los partidos como los hemos conocido, está a la orden del día.

Por eso es importante la función analítica y cognitiva de los intelectuales y profesionales, especialmente de aquellos comprometidos con estas posibilidades políticas, los llamados "agentes de cambio". Para concebir los nuevos pactos se hace necesario equilibrar las actuales tendencias reduccioniastas y arrogantes de la ciencia y tecnología cartesianas, las que llevan a la deformación de valores esenciales, el endiosamiento de la violencia como principal explicación histórica, la degradación del hombre-objeto y la destrucción del medio ambiente, como lo he analizado detalladamente en otros trabajos.[18] Ese equilibrio se alcanzaría mediante la utilización reconocida de formas alternativas de producción de conocimientos antes despreciados como no científicos, tales como el popular y el cotidiano del

16 Ricoeur, P. (1957). The State and Coercion. Ginebra, Suiza: John Knox House.

17 Benjamin, W. (1965). Angelus novus. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

18 Fals Borda, O. (1988). Ciencia propia y colonialismo intelectual: los nuevos rumbos. Bogotá, Colombia: Carlos Valencia Editores. De allí también la importancia que adjudico a la campaña continental sobre educación popular y democracia participante que impulsa la mayor red de redes no gubernamentales de nuestro hemisferio, el Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL).

sentido común que tienden a ser culturalmente más ricos, más respetuosos de la vida y de la naturaleza, más civilizados. Al ejecutar una síntesis vivencial de esos saberes diferentes, como se lo propone la Investigación-Acción Participativa (IAP), los intelectuales y los agentes de cambio podríamos dirigir el conocimiento así enriquecido hacia la demolición de estructuras de fuerza inconsulta, contra el dominio y la explotación inadmisibles, y hacia la reconstrucción social y económica. Nos convertiríamos en pedagogos de la transformación política, al colaborar para que las clases subordinadas y oprimidas conozcan mejor lo que ya conocen a partir de su práctica, y para que amplíen sus conocimientos y participen en la tarea creadora y productiva de la nueva sociedad.

Conclusión: seguir adelante

Con esta apertura participativa hacia los anhelos colectivos, con este desalienante acercamiento de las ciencias sociales a nuestros pueblos y sus culturas, queda justificada la continuada existencia de los movimientos populares. También se logra formular el problema intrínseco del nuevo poder democrático que nos corresponde construir por la paz y el progreso colectivos y la satisfacción de necesidades básicas. Para ello no conviene ni es necesario traducir constituciones o tratados de politología del francés, inglés o alemán que responden a tradiciones culturales diferentes y que resultan republicanas solo en la letra. Ya ha habido entre nosotros lejanos y recientes destellos de esa búsqueda de autonomía creadora y participativa con pactos endógenos, sobre los cuales seguir reinventando el poder, en nuestros propios términos, en formas más humanas, más controlables por el común, menos crueles y violentas.

He aquí un reto teórico-práctico que hay que asumir para que los movimientos sociales y políticos independientes de hoy no se acaben ni se dejen asimilar por los partidos decrépitos como vienen, sino que sigan resistiendo y cumpliendo por mucho más tiempo su bienvenida función como sujetos históricos protagónicos por la paz, la justicia y la vida. Porque tales movimientos son la parte sana que queda de nuestro lacerado cuerpo social. En buena medida, de ellos depende nuestro futuro como naciones y como pueblo.

Hemos revisado cómo los movimientos dieron el paso de lo micro a lo macro en estos diez años y cómo en esta forma redefinieron lo político, en parte como respuesta al vacío creado por la crisis de los partidos. Este ejercicio en transformación social nos ha llevado al umbral de formas nuevas de concepción estatal y de poder político distintas de las aplicadas en nuestro medio desde el siglo pasado. Las tareas que quedan para el futuro inmediato son de tal naturaleza que no puede haber intelectual o político que siga indiferente o neutral. Se trata de reconstruir nuestra sociedad, plantear un nuevo orden social en el que realmente haya paz, justicia y progreso para todos.

Algunas reflexiones actuales sobre movimientos sociales

Muchos sostienen que el momento de los movimientos sociales populares, incluyendo los regionales, cívicos, ciudadanos y culturales, ha pasado en Colombia y en otras partes. Es cierto que no tienen ahora la presencia ruidosa de los años 80, y que el ruido lo están haciendo más las ONG. Pero de que muchos movimientos siguen vivos y activos no puede dudarse. Lo que pasa es que, luego de la etapa represiva que sufrieron, parece que han adoptado tácticas prudentes de sobrevivencia para trabajar con sistemas dominantes y con las bases, no solo para defenderse mejor sino para reconstruirse y actuar con mayor eficacia. Las lecciones se están aprendiendo.

Los movimientos sociales que persisten hoy en esta modalidad de trabajo prudente y paciente, a veces con el estímulo de ONG, se relacionan por lo menos con tres tipos de actividad: 1) la participación ciudadana, 2) la descentralización del Estado y 3) la recuperación o avivamiento de la cultura popular. Si persisten, lo que es probable porque han demostrado suficiente vitalidad, de estos movimientos saldrá un nuevo liderazgo político y social más comprometido con causas radicales para nuestro país. Creo que ya están saliendo algunos de estos dirigentes, si juzgamos por lo ocurrido en Bogotá, Barranquilla, Sogamoso, Cúcuta, Ipiales y muchos otros municipios donde ha pesado el voto protesta contra políticos tradicionales. Describamos, pues, un poco los tres tipos de actividad mencionados.

1) Con la acción de los movimientos que se alimentan de políticas de participación ciudadana se plantean el reavivamiento de unidades locales de poder popular como las JAL y la acción comunal bien hecha, así como el empleo de mecanismos constitucionales: el cabildo abierto, la consulta, el plebiscito. Están frenados por las disposiciones retrógradas de la Ley 134 de 1994, una ley que debe reformarse porque contradice el espíritu de la Constitución de 1991. Pero no cabe duda de que por esta puerta entreabierta de la "democracia participativa" se puede hacer mucho trabajo eficaz para reorientar y reorganizar la acción de los movimientos sociales. Así se ha visto recientemente en países como Brasil (con el PT), Haití (con el Lavalas) y México (con los Zapatistas y otros).

2) En cuanto a la descentralización del Estado, la reacción pública –justificada– es contra la burocracia abusiva y desmotivada de los gobiernos y contra el monopolio del poder. Los movimientos reaccionan ante esta situación criticando las autocracias, estableciendo consigo mismos estructuras flexibles y abiertas, y promoviendo la autonomía como condición de gobernabilidad.

Un efecto importante de esta práctica se ha visto sobre las diversas formas de régimen territorial que se encuentran en crisis, por fallas de racionalización de espacios y servicios. Se quieren crear formas administrativas más eficientes y armónicas con realidades sociogeográficas y ecológicas, como fueron las tesis de la antigua Comisión de Ordenamiento Territorial.

Las ideas sobre neofederalismo, autonomía y descentralización que se dibuaron en dicha Comisión y en el proyecto de ley orgánica territorial frenado hoy en el Congreso, han sido motivos de entusiasta adhesión y activismo por los movimientos locales y regionales, mediante la legitimación de la región, el reavivamiento de la provincia y la creación de entidades indígenas. Los movimientos empiezan a incidir con propuestas específicas de reorganziación territorial que también lo es del poder político, como lo quiere el país real.

3) Pero lo más interesante ha sido la perspectiva culturalista que se les abrió a los movimientos en los ultimos años. Hubo un tiempo cuando trabajar con elementos culturales como la música popular y el teatro o los títeres se consideraba pequeño-burgués o reaccionario. Ya no. En efecto, cuando en los movimientos se logra combinar el sentimiento con el intelecto, aquellos se dinamizan y producen efectos insospechados. Esto está ocurriendo en nuestro país cada vez con mayor intensidad, en parte en respuesta a presiones juveniles.

Apelar a mitos populares –como el Incarrí en el Perú, o Lame y los palenques en Colombia– ha demostrado su eficacia movilizadora. Cuando se estimula con símbolos (sombreros, himnos, banderas, héroes populares, la danza), el regionalismo se vigoriza y alista para producir efectos de organización social, económica y política inconcecibles antes. Cuando además se apela a la religiosidad o a la teología liberadoras, el efecto es aún mayor. Si todo este esfuerzo encuentra raíces históricas o étnicas vivas, ellos tiende a asumir grandes proporciones, como se ha visto en Chiapas, Ecuador, Brasil y en la misma Colombia.

Finalmente, los movimientos sociales colombianos parece que han aprendido la lección de que la transformación social buscada no se gana solo confrontando a los sistemas dominantes con la fuerza de las armas. La aventura de la toma del Palacio de Invierno de San Petersburgo ya no es repetible. Hoy parece necesario emplear tácticas diversas y múltiples de sobrevivencia e infiltración para "tomarse el poder", que pueden incluir ciertas clases de "troyanismo" y la "contra-cooptación", es decir, trabajar por dentro de los sistemas opresivos sin claudicar en los ideales libertarios originales, buscando subvertir a los sistemas casi sin que se caiga en cuenta de los cambios. Es un proceso más largo de lo que los impacientes querrían, pero así también es la vida real de los pueblos.

De este tipo de trabajos novedosos y realistas, adaptados a las circunstancias, podrán surgir los mejores partidos políticos de hoy y del mañana, si

los movimientos llegan a convertirse en ellos o los apadrinan como ha ocurrido muchas veces. Será condición necesaria que en tales organismos se siga insistiendo en la democratización y la no-violencia, en la justicia económica y en el reconocimiento real y satisfactorio del trabajo productivo.

Persistir en estas líneas de acción, con o sin ONG, retribuirá con creces el esfuerzo de los actuales movimientos sociales y justificará su existencia en la historia.

PODER POPULAR, REVOLUCIÓN Y SOCIALISMO RAIZAL

Revoluciones inconclusas en América Latina

La muerte del comandante Ernesto Guevara en noviembre de 1967 produjo, por razones obvias, una de esas pausas que son tan convenientes para reflexionar y sopesar alternativas. Su muerte fue el clímax de un tipo de esfuerzo revolucionario que ha sido defendido por grupos activistas de toda la región como medio principal para alcanzar cambios socioeconómicos profundos en América Latina. Una vez pasada esa penosa crisis, sigue ahora el anticlímax de la indagación tediosa y de la cuidadosa reorganización y recuperación de los grupos que quieren mantener la presión sobre el *statu quo.* Nuevos héroes, nuevas utopías, nuevos rumbos de rebeldía probablemente harán su aparición, porque los problemas básicos de la sociedad latinoamericana persisten e invitan al pensamiento y a la acción iconoclastas. Los activistas seguramente iniciarán otro ciclo de lucha, abriendo una nueva etapa en la que las tradicionales instituciones serán subvertidas con mayor decisión.

La posibilidad de iniciar otro ciclo de subversión plantea el interrogante de su eficacia, porque los esfuerzos subversivos anteriores, aunque significativos no han sido del todo satisfactorios. El temple de la sociedad que está fraguándose hoy en el continente no parece realizar los sueños de los intelectuales, profetas visionarios y líderes políticos que han luchado por el cambio. Por eso surge una sensación de perplejidad acompañada de una ansiedad agnóstica. ¿Será que el esfuerzo revolucionario en ciernes puede terminar en otro punto muerto, como el que se experimenta en el presente? ¿O podrá esperarse que el renovado impulso hacia la transformación social dé al fin una respuesta clara a la larga y atormentada búsqueda de la razón de ser América Latina?

Quizá estemos frente a un problema insoluble, como puede apreciarse al estudiar la historia de las naciones más antiguas. Sin embargo, hay aquí también un dilema ontológico, especialmente cuando los latinoamericanos nos hacemos periódicamente las pregunas obvias: "¿qué somos?", "¿a dónde vamos?", preguntas que preocuparon a Esteban Echavarría no menos que a Benjamin Constant, y que permanecen vivas en el pensamiento latinoamericano.

Pero tan angustia espiritual e ideológica no debería estar siempre presente entre nosotros. Tiene que haber un momento decisivo de la historia en el que las perplejidades desaparezcan. Por ejemplo, no parece que hubieran existido durante el período de la conquista española y portuguesa, excepto en los aspectos menos trascendentales de los instrumentos empleados para llevarla a cabo. En esa época los grupos sociales y económicos claves no estaban animados por utopías, intentando crean un Nuevo Mundo o una sociedad superior a la europea. Los experimentos sociales de los dominicos y los jesuitas, de Las Casas y de Vasco de Quiroga, aunque sin éxito final, mostraron el calibre y la determinación del compromiso ideológico de la época. No existía entonces la angustia del ser, por el contrario, aparecía una atrevida afirmación, un enfoque valiente, una concepción del mundo sin precedentes, actitudes que se usaron para fundir las civilizaciones americanas en el nuevo crisol del imperio. La síntesis resultante persistió como una forma de vida por varios siglos, después de haber logrado la primera revolución social completa de América, aquella impuesta por la subversión señorial y cristiana de la sociedad indígena.[1]

¿Podrá deducirse algo de esa extraordinaria subversión del siglo dieciséis que sea de utilidad para la disyuntiva del presente? Es posible. El análisis sociológico de los mecanismos empleados para lograr el cambio y mantener por generaciones la dirección de ese cambio con el fin de satisfacer sueños utópicos e intereses ideológicos indica que esos mecanismos aparecieron también en períodos históricos subsiguientes, especialmete después de haberse logrado la independencia de España.[2]

Pero la dirección que el cambio tomó en el siglo diecinueve y la calidad de sus transformaciones no parecieron solucionar los problemas de la sociedad, especialmente aquelllos que tenían que ver con la movilización activa y la más amplia participación de las masas marginales: no se rindió sino homenaje verbal y legal a esos ideales. Surgieron nuevos grupos dominantes, es cierto, algunos de los cuales tuvieron un gran impacto sobre la sociedad. Pero al final dejaron su tarea inconclusa, dejando a las subsiguientes generaciones el reto de la renovación social profunda. Por eso, el dilema ontológico persiste hasta el presente. Según muchos observadores, no tenemos todavía un orden social plenamente satisfactorio como un acto propio de creación, que nos dé la capacidad de afirmarnos como región autónoma ante el mundo y que nos permita aliviar los problemas de tensión estructural interna que experimentamos.[3]

1 Para el concepto de "subversión" utilizado en este contexto, véase Fals Borda, O. (1967),, La subversión en Colombia, Bogotá, Colombia: Tercer Mundo, y para una interpretación paralela de la conquista ibérica, Humphreys, R.A. (1965). Tradition and Revolt in Latin America, Londres, UK: Athlone Press edition.

2 Idem. caps. 4, 9 y 10.

3 Para algunas recientes expresiones de esta posición, véanse, de Furtado, C. (1965). "Development and Stagnation in Latin America: A Structuralist Approach", Studies in comparative International Development, I, núm. 11; De Vries, E. & Medina Echavarría, J. (eds) (1963). Social Aspects of Economic Development in Latin America, París, Francia: UNESCO. Para una discusión general sobre la idea de la "calidad del cambio", véase, de Fernandes, F. (1960). "Atitudes e motivaçoes desfavoráveis ao desenvolvimento", en Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, Resistências à mudança, Rio de Janeiro, pp. 219-226. Las referencias a la movilización social y a la participación se derivan de Germani, G. (1962). Política y sociedad en una época de transición. Buenos Aires,

Sin embargo, el esfuerzo de algunos grupos claves anteriores que trataron de responder al reto de los tiempos sí transformó a América Latina, lentamente al principio, con rapidez creciente en las últimas décadas. No puede negarse este cambio: a los ojos de los primeros participantes del proceso parece como si ahora se viviera en un mundo diferente. Existen razones para creer que los elementos conservadores de la sociedad, ahora cada vez más inmersos en la corriente inevitable del cambio, estén dando brazadas de ahogado, aunque en ocasiones sobreagüen y ganen escaramuzas importantes. La caja de Pandora ha sido abierta y ni los más hercúleos esfuerzos podrán volver a someter a las furias escapadas; pero allí también queda la Esperanza. Por eso las más recientes voces académicas, desesperadas por la reaparición del conservatismo y de los mecanismos de restricción en América (representadas por la mayoría de las contribuciones a los volúmenes publicados por Claudio Veliz, Obstacles to change y the politics of conformity, y por Lipset y Solari, elites in Latin América)[4] no tienen sino una vigencia relativa. He aquí un problema de perspectiva. La presente pausa parece ser un compás que se abre temporalmente dentro de una larga lucha en que los grupos tradicionales acorralados están recuerriendo a toda clase de maniobras para poder sobrevivir. El reto es real: la subversión socialista, la revolución cubana, la diáspora de los grupos rebeldes dentro del área, respiran y se agitan. Solo que las bases para la perenne confrontación entre la tradición y la innovación han sido modificadas y llevadas a un nuevo plano. No es difícil ver cómo las tendencias históricas están inclinando la balanza hacia la innovación.

Pero, ¿qué clase de mundo se construye hoy día en la región? Retornan aquí la perplejidad y la duda. No hay ninguna seguridad de que la última innovación sea de una naturaleza tal que impida la evolución gradual y el cambio marginal,[5] para que brinde más bien una transformación total. Puede que no se responda aún a aquella importante pregunta: "¿Qué es América Latina?" Aparecería un eslabón más en la ya larga cadena de revoluciones inconclusas de este hemisferio. Desgraciadamente, los hechos que se discuten a continuación justifican este temor elemental. Ya que no es posible negar la intensidad del cambio socioeconómico ocurrido en el inmediato pasado, los hechos de la pobre calidad y de la dirección errática de ese cambio demuestran la forma insatisfactoria como los grupos dominantes han explotado los mecanismos sociales. Aun tomando en cuenta las condiciones generales estructurales y demográficas –que con frecuencia no ayudan al proceso e incluso reducen el alcance de la acción directiva– hay campo para pensar que algo ha andado mal con las políticas empleadas hasta ahora por los grupos claves de America Latina. Quizá se han puesto falsas esperanzas en procesos sociales que a corto plazo están probando ser más disolventes de revoluciones. O probablemente existe un destino ominoso que debilita la voluntad de los líderes iconoclastas, haciéndoles traicionar sus ideales y dejándoles listos para ser asimilados por el "sistema".

Argentina: Paidós, pp. 147-162.

4 Veliz, C. (ed.) (1965). Obstacles to change in Latin America, Londres, UK: Oxford University Press y también Veliz, C. (ed.) (1967). The Politics of conformity in Latin America, Londres, UK: Oxford University Press; Lipset, S.M. & Solari, A. (eds.) (1967). Elites un Latin America, Nueva York, USA: Oxford University Press.

5 Véase el ensayo sobre el cambio marginal en este volumen; igualmente para el concepto de "cambio significativo".

Parece adecuado, entonces, tomar ventaja del actual paréntesis histórico, que tanto induce a la meditación, con el fin de examinar algunos de los factores de cambio social en América Latina que han llevado a la sociedad local a su presente etapa, una etapa que podría ser designada como de "desarrollo sin rumbos". De esta discusión tengo que excluir a Cuba, no porque no merezca consideración, sino porque precisamente a la luz de las circunstancias actuales, y en vista de la experimentación que allí se adelanta con "incentivos morales" y con la visión de un "hombre nuevo", es hoy la única excepción a la regla del cambio marginal. Como tal merece un tratamiento aparte.

Por supuesto, es difícil determinar científicamente cuál es la calidad del cambio y cuál la dirección que toma o debe tomar de acuerdo con los fines. Estos problemas implican valores sociales. Por lo tanto, los valores deben ser tenidos en cuenta por el científico como parte de la ecuación investigativa, los suyos propios así como los de la sociedad que observa.[6] Los valores deben hacerse explícitos, pues de otro modo sería posible que bajo el disfraz de "la objetividad científica" se oculte un fraude a la verdad. Así, una discusión franca de los problemas de América Latina, especialmente de aquellos que han dado lugar a revoluciones, no puede escapar a una evaluación. Tengo, pues, que proceder en esta forma para el presente ensayo, aún más si quiero indagar a fondo sobre aquel eterno interrogante ontológico con el cual empecé.

Comencemos entonces, a examinar algunas tendencias de los principales procesos sociales, siguiendo con algunas opiniones sobre diversas políticas, para terminar con una rápida revisión de los factores grupales y de personalidad que inciden en los vaivenes del cambio social.

Frustración de los procesos sociales

Para muchos observadores, el proceso de urbanización constituye en sí mismo una revolución. Se supone que el traslado del campo a la ciudad tiene algún efecto mágico sobre los inmigrantes que les hace despojar de su herencia cultural, por lo menos parcialmente, y convertirlos en un nuevo tipo de hombre moderno. Esto en realidad puede ocurrir, y los efectos pertinentes son mensurables. Pero hasta ahora el nuevo elemento urbano no ha demostrado ser muy revolucionario; por el contrario, ha tenido la tendencia a duplicar en la ciudad sus anteriores lazos emotivos y los patrones sociales con que siempre se había familiarizado.[7]

Ahora que estos hechos se están esclareciendo, sus efectos no deberían sorprender mucho. El traslado masivo a la ciudad puede haber sido un movimiento profundamente conservador, una especie de válvula de escape a las tensiones internas del campesinado. Generalmente los mejores hombres y los de mayor ambición han sido los que emigran a las áreas urbanas. Pero si entre ellos había rebeldes, en las ciudades han encontrado Dalilas listas a recortarles los cabellos de su inconformidad. ¡Cuántos Emilianos Zapata no se habrán perdido en este proceso de sutil asimilación al orden establecido, que de haber permanecido en el campo se hubieran alzado

6 Para una discusión más amplia de estos problemas metodológicos, véase, Fals Borda, O. (1968). "Ciencia y compromiso", *Aportes*, París, núm. 8, abril, p. 118-128

7 Véanse enre otros Hauser, P.M. (ed.) (1961). *Urbanization in Latin America,* Nueva York, USA: Columbia University Press, especialmente las contribuciones de Pearse, A. y Matos, J.; Usandizaga, E. & Havens, A.E. (1966). *Tres barrios de invasión*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

contra el *statu quo* con mucha decisión! Conviene recordar también que las revoluciones populares más importantes del presente siglo en América Latina se originaron y pelearon en la aldea, en la ciudad; y que los movimientos populistas (de los que en general se oye hablar más) han resultado ser aventuras superficiales y relativamente cortas, con frecuencia derivadas hacia el neofascismo.

Parecería que los inmigrantes de la ciudad hubieran sido sometidos a un cambio gradual que les permitiese mover apenas un poco en la escala social, pero no lo suficiente como para retar la estructura de clase.[8] Se han constituido sectores medios que se muestran indecisos entre estar por la revolución o contra ella; pero en su mayoría han logrado olfatear con realismo las ventajas de la acomodación social. Este cambio gradual y reducido es satisfactorio para los inmigrantes y otros escaladores de la sociedad, porque les proporciona beneficios comparativamente superiores a las casi inhumanas condiciones en que vivían con anterioridad. Sin embargo, al ampliarse la perspectiva de estas gentes, el ángulo de visión no se abre para mirar hacia arriba, hacia la oligarquía (excepto para imitarla), sino más bien hacia abajo, al lugar de donde han provenido. Entonces sienten que han recorrido una gran distancia en su mejoramiento propio (lo cual puede ser cierto en parte) cuando en realidad quedan sujetos a un nuevo fatalismo: el de caer en la cuenta de que en su vida actual casi no podrán continuar progresando. Se resignan entonces a su suerte, se abstienen de usar el potencial para el desarrollo que habían almacenado, y se convierten en clásicos elementos conservadores. Esta tendencia recibe el estímulo de las instituciones tradicionales, a veces en forma tan encubierta que ni aun los observadores más avezados logran barruntar lo que va ocurriendo. Entonces, en un momento de crisis, como durante la caída del presidente Goulart de Brasil en 1964, los sorprendidos observadores que habían pronosticado una total revolución hacia la izquierda quedan cortos de palabra ante la conducta inesperada de la mujeres de clase media saliendo a las calles de Río y San Pablo a luchar "por Cristo y la familia".[9]

Pero si la búsqueda de mejores condiciones de trabajo y de vida en la ciudad ha tenido estos resultados tan ambiguos, ello no significa que vaya a seguir indefinidamente como escape conservatizante. Un determinado tipo de cambio social ha estado al alcance de las grandes masas y esto contiene factores autónomos que aceleran el proceso. El hecho del crecimiento urbano, añadido a la "explosión demográfica", puede suministrar un gran potencial para la revuelta, especialmente cuando las industrias locales son incapaces de proveer el pleno empleo para los inmigrantes.[10] En ese instante, el proceso de urbanización se vuelve elemento básico de inestabilidad social, y con la inestabilidad vuelve a surgir el problema de la calidad y la dirección del cambio.

Probablemente existe ya una bomba política de tiempo en las ciudades. La decisión de cómo utilizar en la mejor forma esa fabulosa energía social acumulada bien puede ofrecer un momento decisivo –y estelar– para el desarrollo de América Latina. Pero sólo gasta ahí puede llegar la predicción.

8 Cf. Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, 1965.

9 De Kadt, E. "Religion, the church, and Social Change in Brazil", en Veliz, *Politics*, p. 204

10 Hobsbawm, E.J. "Peassants and Rural Migrants in Politics", en Veliz, *Politics*, p. 65.

La Industrialización y la difusión tecnológica son otras panaceas dinámicas con resultados ambiguos. No hace mucho tiempo que los grupos dominantes de América Latina adoptaron "el desarrollo hacia dentro" como un medio para alcanzar el "punto de decolaje" (*take off*) de Rostow. Hubo grandes esperanzas en la difusión de actitudes racionales y de valores técnicos y científicos entre la población. Muchos trabajadores agrícolas y de otros sectores de la economía fueron trasladados a esa tentadora área de la inventiva humana, para que recibieran las bendiciones de la industria y de la tecnología. Así sucedió, en efecto, pero solo en parte y hasta cierto punto se recibieron aquellos beneficios. No parecen haber producido ni la clase y ni la calidad del cambio que se esperaba.[11]

Por una parte, los procesos en estudio estimularon la formación de una "aristocracia sindical" cuyos privilegiados miembros tendían a ser instrumentos o peones de la elite industrial. Sus sindicatos podían ser fuertes, como en los casos de Bolivia y Brasil, pero no persistían en sus luchas revolucionarias. O se volvían cismáticos, como en Argentina. Han preferido sacrificar la ideología acambio del confort mundano, por lo que se la ha tornado natural cobijarse bajo el manto paternalista de los patronos industriales para no asumir ante ellos una posición independiente[12]. Los miembros de esta privilegiada clase trabajadora industrial pueden interpretar la llegada tumultosa de sus parientes marginales como una amenaza, y en consecuencia se unen a los grupos dominantes con el fin de mantener firme la estructura social que ven peligrar. Estos trabajadores acomodados (y los de la clase media) descubren otras avenidas menos peligrosas para el escalamiento social, como el proyectar sus aspiraciones a través de una participación "vicaria", delegada en terceros. Esta es una de las funciones latentes de los eventos deportivos y de los éxitos de los atletas nacionales, la mayoría de los cuales son de las clases populares. Una vez colocados en ese conveniente rincón de escape psicológico, ya no constituyen los trabajadores una amenaza para el "sistema", como los ideólogos del *panem et circenses* de todas las edades bien lo saben.

Por otra parte, la rápida acumulación de la riqueza hecha posible por la industrialización ha ampliado las distancias entre las clases sociales. Esto ha estimulado la formación de una oligarquía modernizante con fuertes vínculos a las nuevas condiciones que ayudó a crear.[13] No es difícil hacer esta síntesis entre lo viejo y lo nuevo, porque el grupo industrial en realidad surge en gran medida de la tradicional aristocracia terrateniente. Los intereses de estos grupos aparentemente encontrados se combinan en forma poco usual, pero muy efectiva, como puede iniciarse en Colombia y en Perú.[14]

---

11 Véanse los análisis presentados por Anderson, Ch. W. (1967). Politics and economic change in Latin America. Princeton, USA: D. Van Nostrand, y sus conclusiones sobre el "desarrollo ambiguo", pp. 310-353.

12 Landsberg, H.A. "The Labor Elite: Is It Revolutionary?" En: Lipset y Solari, pp. 264-268. Para un punto de vista complementario (el trabajador como positivo para el cambio), véase, de Touraine, A. & Pecaut, D. "Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina". *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. II, núm. 2, julio de 1966, pp. 150-178.

13 Cf. De Ímaz, J.L. (1964). *Los que mandan*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba; Lipman, A. (1964). El empresario bogotano. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores; Henrique Cardoso, F. (1964). E*mpresario industrial e desenvolvimiento economico*. São Paulo, Brasil: DIFEL.

14 Fals Borda, O. (1967). *La subversión en Colombia*, op. cit., cap. 6; François Bourricaud, *Poder y*

Este tipo de hombre industrial con paternalismo a la antigua ha resultado ser uno de los más importantes elementos para impedir el auge de los movimientos revolucionarios y para imponer una conversión a la derecha, porque la oligarquía industrial con latifundios instintivamente se vuelve conservadora en los momentos de crisis. El caso de la Revolución mexicana es una ilustración clara del fenómeno. Los terrateniente expropiados (que lograron mantener algún interés en la tierra) acudieron a la industria como una inversión natural, y al hacerlo así mantuvieron su distancia social. Y lo lograron hasta el punto de desvirtuar los fines más atrevidamente humanizantes del conflicto épico de 1910.[15] En la actualidad, esa privilegiada élite industrial , no solo en México sino en otros países, está tratando de llevar la industria a la automación, sin tomar en cuenta sus efectos sobre el desempleo ya rampante, ampliando así la distancia con las clases trabajadoras y creando condiciones más controlables para su unilateral dominio. Esto es parte de la tragedia moral de la revolución industrial de América Latina: que haya sido capaz de producir dinámicos y eficientes capitanes de industria –aun con sus actitudes peternalistas tradicionales–, pero hombres que, por regla general, son indiferentes a la suerte de sus trabajadores y al bienestar de la masa de la población. Los salarios permanecen bajos mientras crecen las ganancias, y no se crean mercados más amplios y democráticos de consumo. El hombre industrial, por lo tanto, ha fallado. Ha sido incapaz de adelantar la clase de transformación socioeconómica total que sería más productiva en la región. Más aún, está resultando ser un lastre moral.

Más reciente, otro proceso potencialmente revolucionario ha hecho una aparición conspicua en el área: la integración regional. Sueño venerable de Bolívar, está hoy de moda y se han dado los pasos importantes en este sentido. Pero lo más avanzado de este asuntono es la integración de los sectores estratégicos de la economía y el comercio como podría esperarse, sino de las fuerzas militares del hemisferio.

Esto hubiera sido una buena noticia en otros tiempos y bajo condiciones históricas diferentes, cuando los ejércitos eran factores positivos para inducir el cambio significativo.[16] Ha habido generales latinoamericanos reformadores y revolucionarios, aun antes de que Ataturk y Nasser hicieran irrupción en el Viejo Mundo. Pero ahora es cosa sabida que los ejércitos, en la mayoría de los países, se han convertido en soporte de regímenes reaccionarios. Esto proviene principalmente del aburguesamiento y la tecnificación del cuerpo de oficiales. Pero también se estimula por fuerzas externas comprometidas en la política mundial. Los ejércitos latinoamericanos han sido guiados ideológica y técnicamente en su lucha contra la "subversión" por el Departamento de Defensa de Estados Unidos, constituyendo

sociedad en el Perú contemporáneo. Buenos Aires: Sur.

15 Ross, S.R. (ed.) (1966). *Is the Mexican Revolution Dead?* Nueva York, Alfred Knopf, 1966; Pablo González Casanova, *La democracia en México, op. cit.*; González Navarro, M. "México: The Lop-Sided Revolution", en Claudio Veliz, *Obstacles to Change in Latin America*. Oxford, Oxford University Press, pp. 226-228. Daniel Cosio Villegas compara la Revolución Mexicana con la Sinfonía inconclusa de Schubert, en su "The Mexican Left", en Joseph Maier y Richard W. Weatherhead (eds.), *Politics of Change in Latin America*. Standford, USA: Standford University Press.

16 Horowitz, I.L. (1966). *Three Worlds of Development*. The Theory and Practice of International Stratification. Nueva York, USA: Oxford University Press, cap. 9; cf. Johnson, J.J. (1964). *The Military and Society in Latin America*, Stanford, USA: Stanford University Press. Por supuesto, los ejércitos pueden ser importantes para el cambio marginal, como se demuestra en varios países como Perú, Colombia y Ecuador.

un poderoso organismo, el Consejo Interamericano de Defensa, para coordinar su acción.[17] Se ha acreditado a esta institución el sofocamiento de la revolución guatemalteca, la frustración de los movimientos izquierdistas de Brasil y de la República Dominicana, y la contención de las guerrillas peruanas, colombianas y venezolanas.

En esta forma, el movimiento hacia la integración regional que es tan estratégicamente importante y que podría desatar tantas nuevas energías se ha convertido en factor contrarrevolucionario, incluyendo un elemento de dependencia internacional hacia Estados Unidos de América. Claro que esta dependencia (en su sentido más amplio) no es nada nuevo, ya que ha ido por turnos de España o Portugal a Inglaterra, Francia y Alemania. Pero si la calidad del cambio que se busca en Latinoamérica debe reflejar la idiosincrasia de nuestras gentes, entonces debería incluir elementos de independencia y autorreafirmación. Si la integración significa colocar a América Latina al servicio de los poderes mundiales dentro del marco de la Guerra Fría, ella llevaría la semilla de su propia frustración. No sería sino una entrega imprudente.

En cuanto a la integración en otros campos, ojalá no llegara a ser la suma total de las instituciones nacionales con sus peculiares filosofías descritas en las páginas anteriores. Todavía es demasiado pronto para juzgar. Por supuesto la integración puede llevar a articular una adecuada posición latinoamericana en el mundo.[18] Si esto se hace, es decir, si se debilita la condición de dependencia de los poderes mundiales y se logra de ellos el respeto debido a la determinación local, se habrá dado un paso significativo en la región que podría ser de carácter revolucionario.

Fallas en campañas socioeconómicas

Desde que los principios de John Locke sobre la propiedad y la democracia fueron incorporados en el siglo diecinueve a la mayoría de las constituciones latinoamericanas, el mito de la división de la tierra ha sido una preocupación tanto de los gobernantes como de los gobernados. El propósito era crear el mayor número posible de terratenientes particulares como un paso hacia las instituciones republicanas funcionales. De acuerdo con esa idea se subdividieron muchos ejidales y resguardos indígenas, y las parcelas resultantes se concedieron en dominio absoluto a sus ocupantes. Esto hubiera podido ser el origen de una profunda transformación social. Sin embargo, se convirtió en otra revolución inconclusa. Los nuevos dueños, la mayoría de ellos minifundistas e ignorantes, pronto malvendieron sus pequeñas propiedades a la tradicional aristocracia terrateniente, quedando en esa forma convertidos otra vez en siervos. El nivel de vida de la población rural no ascendió.[19]

17 Cf. Barber, W.F. y Ronning, C.N. (1966). *Internal Security and Military Power: Counterinsurgency and Civic Action in Latin America*, Columbus, USA: Ohio State University Press. Véase la interesante nota, p. 111, en Nun, J. "The middle-Class Military Coup", en Véliz, *The Politics of Conformity in Latin America*, Londres, Royal Institute of International Affairs, p. 111.

18 Prebisch, R. (1964). N*ueva politica comercial para el desarrollo.* México, México: Fondo de Cultura Económica.

19 Aunque se sabe que este proceso ha ocurrido en la mayoría de los países latinoamericanos, no ha sido plenamente documentado. Para el caso de Colombia, véase Fals Borda, O. (1957). *El hombre y la tierra en Boyacá*. Bogotá, Colombia: Ediciones documentos colombianos; y también Fals Borda, O. (1961). *Campesinos de los Andes.* Bogotá, Colombia: Punta de Lanza.

Pero las elites dominantes aprendieron muy bien las lecciones contradictorias que surgieron de esa revolución ambigua. El mito del labrador independiente, del pequeño propetario y de la parcela de tamaño familiar como esquemas revolucionarios en ciernes, ha llegado hasta nosotros en la atractiva y bien dotada moda de las reformas agrarias; pero principalmente (o sí parece) como elemento de distracción para impedir cambios más profundos. La mayoría de las 18 leyes de reforma agraria aprobadas en América Latina desde que se inició la Alianza para el Progreso buscan crear más propietarios y ciudadanos que participen de la democracia. Esto es parte integral de la transformación socioeconómica de la región. Y, en verdad, se ha alcanzado un cierto tipo de transformación; pero al verla dentro de la perspectiva histórica no parece ser verdaderamente significativa, por lo menos en lo que se refiere a dar a las masas campesinas una participación más amplia, más determinante y más definitiva en la sociedad. Al contrario, por medio de los esquemas agrarios mencionados se ha acallado la justificada inquietud aldeana y se han deprimido las aspiraciones crecientes de la ruralía. Esta clase de medidas de reforma agraria se han extendido como una capa de aceite sobre las aguas agitadas del campesinado que ha venido declarando su rebeldía por la justicia.[20]

El mecanismo restrictivo que permite esta maniobra de distracción, como sugiere anteriormente, es la subdivisión de grandes propiedades con la creación de los minifundios antieconómicos y las llamadas parcelas de tamaño familar. Tienen un corolario: los proyectos de colonización. Esto puede comprobarse en Brasil, Colombia, Guatemala, Argentina, Perú, Ecuador y Chile, sitios de pertinentes estudios.[21] En México, done la revolución fue agraria, los ejidatarios se contentaron con pequeñas parcelas de cultivo, porque la tierra todavía era para ellos el más alto valor social.[22] No había muchas otras cosas que pudieran desear y sus descencientes también han tenido la tendencia a aferrarse a la tierra. El resultado ha sido la formación de un proletariado rural empobrecido. Es fácil ver cómo la actitud de esas gentes ha sido intrínsicamente conservadora. Por eso también se entiende cómo la Revolución mexicana ha venido deteniendo el primer impulso revolucionario y frustrado su inicial promesa.

Sin embargo, estos resultados aparentemente imprevistos se hubieran podido anticipar. En efecto, es raro encontrar minifundistas y colonos que a la vez sean revolucionarios o prontos a adoptar una mentalidad ideológica que abra las puertas a la innovación. (En México mismo, los primeros pasos serios de la contrarrevolución se dieron por el grupo de pequeños propietarios de Jalisco que habían sido empujados a la guerra de los Cristeros). En forma semejante , el dar pequeñas parcelas a nombre de la reforma agraria en los otros países y el colonizar la lejana selva han sido esquemas "tranqui-

20 Consúltense los ensayos incluidos en Delgado. O. (ed.) (1965). Reformas agrarias en la América Latina. México, México: Fondo de Cultura Económica.

21 Véase la espléndida colección preparada por el Comuté Interamericano de Desarrollo Agrícola, Washington. 1965-67; también Solon L. Barraclough y Arthur L. Domike, "La estrauctura agraria en siete países de América Latina", El trimestre Económico, México, vol. XXXIII, núm. 130, pp. 235-301.

22 Entre otros, Cosío Villegas, pp. 131-132; Flores, E. (1976). Tratado de economía agrícola. México, México: Fondo de Cultura Económica. Aun en las áreas de mayor éxito desde el punto de vista económico, como en La Laguna, la participación social y los procesos democráticos no han florecido plenamente; véase de Senior, C. (1958). Land Reform and Democracy, Gainesville, USA: University of Florida Press.

lizadores" que convierten las zonas potencialmente peligrosas en sectores de respetables ciudadanos, pasivos a la subversión. Quizá esto sea a la corta una realización positiva; pero se torna inaceptable cuando se convierte en un fin y no deja proseguir los movimientos renovantes. Aun en Bolivia, tan cerca todavía como está del impacto de 1952, se sienten los mismos efectos frustrantes y ominosos que desvirtúan los fines originales de la revolución. Por lo tanto, parece que cuando se satisfacen las más inmediatas exigencias de posesión de tierras y se paralizan los procesos del cambio, la organización campesina resiste transformaciones más profundas en la sociedad.[23]

Otra esperada "revolución de las expectativas" era la del desarrollo de la comunidad. Cuando este movimiento se introdujo por primera vez en América Latina en la década de 1950, se anticipaban grandes cambios. Sin embargo, exceptuando su aplicación en contextos totalmente revolucionarios como los de Cuba y Bolivia, o el de México en la época de las "misiones culturales", este movimiento ha resultado ser otro caso típico de cambio marginal, frecuentemente simulado. Ha tenido un efecto sobre la sociedad similar al engañoso de la coca en el estómago. Las campañas de desarrollo de la comunidad han esultado ser apenas un paliativo, despojadas como están de sus elementos intrísicamente revolucionarios. Allí han quedado ociosas, engordando del fisco, como un soporte más del *statu quo*.

Los verdaderos retos al "sistema" que los iniciadores de este movimiento trataron de hacer -como en Colombia , Venzuela, y Perú, cuando trataron de ampliar la base de la participación sociopolítica- resbalaron fácilmente al golpear el escudo protector de las élites dominantes. Los políticos, en particular, reconocieron prontamente las posibilidades de manejo de las masas, inherentes a las juntas comunales. El propósito era como el de dar caramelos a ración para ir aplacando a la gente y combatir a la "subversión": una escuela aquí, un camino allá, un centro de salud acullá, de modo que hubiera una sensación de movimiento. A la larga este movimiento resultó ser algo estático, como el que simulan en el cine, pero ya en todo caso las masas habían sido algo satisfechas en lo material. Así,el desarroll de la comunidad sirvió suficientemente bien como para desarmar la subversión, tarea que fue confiada a la acción cívico-militar y a equipos sociotécnicos especiales. Pero allí se detuvo el proceso del cambio: las actitudes y los valores dominantes de la gente, especialmente los relacionados con las estructuras tradicionales políticas y económicas, no cambiaron básicamente. El nuevo liderazgo elegido en las juntas (los "líders naturales") eran despedidos si tenían tendencias radicales; o se les transformaba en agentes políticos. Las tradicionales divisiobnes de partido se llevaron a los procesos técnicos.[24]

Una vez institucionalizado, el desarrollo de la comunidad se volvió respetable y pasó a ser miembro del "sistema". No fue esto un producto del

23 Cf. Quijano Obregón, A. "Contemporary Peasant Movements", en Lipset y Solari, p. 334; Patch, R.W. (1961) "Bolivia: The Restyrained Revolution", Annals of the American Academy of Political and Social Science, núm. 334, pp. 123-132.

24 Estas notas basadas en la propia experiencia y observación del autor. Pueden encontrarse indicaciones pertinentes en estudios tales como en el de Silva Michelena, J.A. "Factores que dificultan o han impedido la reforma agraria en Venezuela", en Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, p.141; Williams, E. (1963). El cambio cultural dirigido. Bogotá, Colombia: Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia; Lynn Smith, T. (1967). The Process of Rural Development in Latin America, University of Florida Monographs, Social Sciene, núm. 33, pp. 76-79; Paulson, B. (1964). Difficulties and Prospects for Community Development in North-east Brazil. Madison, USA: Land Tenure Center.

azar. Hubo grupos reaccionarios, como el de la "Mano Negra" en Colombia, que trajeron del exterior "ingenieros sociales" experimentados en desmontar revoluciones en potencia, que organizaron campañas de consideración "para mantener el control del pueblo". La Iglesia católica también trató de hacer igual con el trabajo de extensión rural y las escuelas radiofónicas. Sus fines seguramente eran distintos y se aplicaron correctivos con prudencia especialmente durante el pontificado del papa Juan XXIII. Sin embargo, el efecto sobre aquella campaña "revolucionaria" fue el mismo: el de la ambigua frustración de su inmenso potencial de cambio.

Factores negativos de grupo y personalidad

Este último punto subraya el papel que los grupos sociales y el liderazgo político desempeñan en el estímulo o en la paralización de cambio revolucionari en América Latina. Por supuesto, ello es de gran importancia estratégica, y merece consideración porque está relacionado con nuestra principal preocupación acerca de la calidad y la dirección del cambio. La frustración de las campañas de desarrollo de la comunidad, los fracasos de las reformas agrarias, la falta de enfoque en la integración regional, las desviaciones morales en el proceso de industrialización, y la esterilidad ideológica de la inmigración rural-urbana pueden estar relacionadas, en una u otra forma, con el modo como los grupos estratégicos y algunos líderes nacionales han reaccionado ante las situaciones en las que se han encontrado. Desafortunadamente las medidas de estos no han producido sino un desarrollo sin rumbos.

El primer grupo que debe ser mencionado es el de los intelectuales, incluyendo entre ellos al profesorado y a los estudiantes universitarios. Su historia, con algunas excepciones honrosas, ha sido una de imitación de contrapartes de Europa y Estados Unidos, de donde proviene la tradición cultural. Una xenofilia exagerada ha subrayado la investigación, los escritos y el entrenamiento de este grupo, con el consecuente colonialismo intelectual.

Casi no se han hecho esfuerzos serios y sostenidos para formar escuelas propias que, además de mantenerse al día con los avances universales, estimulen la creación independiente. Con notables excepciones en la medicina y en la física, las universidades latinoamericanas no han puesto las bases de una secuencia tecnológica propia, una derivada de los trópicos, subtrópicos y sus gentes, y diseñada para ellas. Un esfuerzo tal es de importancia decisiva en cualquier revolución o en cualquier modificación profunda de la sociedad.[25] Pero en América Latina no se está ni siquiera en la etapa de los borradores y muchas universidades persisten en mantener una estructura obsoleta con actitudes precientíficas. Así, los intelectuales y la elite universitaria en general han fracasado en suministrar una ideología y una técnica apropiadas para el desarrollo latinoamericano, suficientemente coherentes como para comenzar a resolver lo que aquí he denominado la cuestión ontológica.[26]

25 Fals Borda, O. *La subversión en Colombia*, op. cit., p. 9; véase Darcy Ribeiro, "Universities and Social Development", en M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America, op. cit.*, p. 377.

26 Bagú, S. (1959). *Acusación y defensa del intelectual.* Buenos Aires, Argentina: Perrot; Harrison, J.P. (1964). *The Role of Intellectual in Fomenting Change*: The University. En: Tepaske, J.J. & Fisher, S.N. (eds.) (1964). *Explosive Forces in Latin America*. Columbus, USA: Ohio State University Press; Ribeiro, pp. 379-380.

No debe pensarse, sin embargo, que este grupo no haya tenido actitudes belicosas ni producido escritos tremebundos. A veces también resaltan sus gestos de dignidad, como ocurrió durante los recientes golpes militares de Brasil y Argentina. Pero más frecuentemente abortan un conjunto confuso de afirmaciones incongruentes. Ciertamente la más furiosa literatura contra el *statu quo* y la injusticia reinante en la estructura social latinoamericana ha provenido de este grupo iconoclasta, desde la mitad del siglo diecinueve. Pero este iconoclasmo –que con frecuencia no ha sido más que un culto verbal a la revolución– tiende a ser esporádico y de corta duración. Esto se comprueba, en especial, en muchos estudiantes universitarios que deben anticipar su asimilación a la sociedad una vez que llegan a los últimos años de estudio.[27] Es impresionante ver cómo estos estudiantes se alejan de la masa general de la población o de la gente del común. En muchos países se resienten cuando ven a los voluntarios del Cuepo de Paz en las pequeñas aldeas o en los barrios pobres trabajando y participando de la vida de los campesinos y de los trabajadores; y, sin embargo, muchos estudiantes latinos no quieren hacer lo mismo por temor a los inconvenientes y a hacer trabajos que a su parecer son denigrantes. Pocos puentes honestos se construyen para acercarles a los campesinos y a los trabajadores; no se hacen esfuerzos de consideración para hablar el idioma de estos o comprender y apreciar la cultura popular. Lo que generalmente pasa, en verdad, es que los intelectuales, los profesores y los estudiantes de este tipo olvidan fácilmente su "lucha por la justicia" y la entregan, en lo que demuestran cuán arraigada ha sido su educación clasista. Tienen lo que un agudo observador ha llamado "el anclaje burgués", relacionado con su mundo privado de sumisión y con sus preocupaciones básicas de alcanzar el confort material y el decoro social.[28]

No queda sino aceptar que pueda haber una falla básica en el proceso de socialización del latinoamericano que produzca tal tipo conformista de personalidad, aún en el más crítico de los grupos, como es el de los intelectuales. Los más articulados elementos no conformes pueden llegar a ser, al final, instrumentos de la elite tradicional o columnas de soporte del *ethos* conservador.

Sin embargo, debe reconocerse el papel positivo que otros grupos del profesorado y el estudiantado universitario (y los estudiantes del bachillerato) han desempeñado en la búsqueda de cambios fundamentales en la sociedad latinoamericana. Con frecuencia han sido estos los únicos grupos que han ejercido presión para la transformación aun en momentos en que era peligroso hacerlo. El idealismo de estas gentes, su honestidad básica por no estar envueltos en intereses creados, su defensa de ideales, su bien intencionada crítica a los sistemas académicos y políticos son cosas a su haber. Como se verá más adelante, hay razones para que la generación más joven desconfíe de las generaciones adultas, por la tendencia de estas a traicionar sus compromisos iniciales y a detener el progreso real. Por lo tanto, puede ocurrir que en un período determinado de la historia los estudiantes se

27 Silvert, K. H. (1964). "The University Students". En: Johnson, J.J. *Continuity and Change in Latin America*. Stanford, USA: Stanford University Press; Williamson, R.C. (1962). El estudiante colombiano y sus actitudes. Bogotá, Colombia: *Monografías Sociológicas, No. 13*, Facultad de Sociologia, Universidad Nacional de Colombia; Solari. A. (1967) (ed.), "Estudiantes y Política", *Aportes*, núm. 5.

28 Bonilla, F. "Cultural Elites", en M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, op. cit., pp. 249-251. Véase, para una perspectiva contraria, Alistair Hennessy, "University Students in National Politics", en Claudio Veliz, *The Politics of Conformity in Latin America*, op. cit., pp. 119-157.

conviertan en censores de la nación, pasando a construir una antiélite. Este movimiento estudiantil, puesto a trabajar para altos fines sociales, no puede sino brindar buenos dividendos para el mejoramiento de la sociedad.

Ha habido líderes de este grupo intelectual y universitario que han sido verdaderamente rebeldes: no han vacilado en incorporarse a expresiones activistas, como la guerrilla. Han sido tan consecuentes y firmes en sus convicciones que la única manera de detenerlos ha sido por el asesinato o a través de la violencia. Su contribución ha sido enorme como ejemplo y como símbolo. Algunos de ellos serán recordados por largo tiempo como individuos totalmente comprometidos con una causa justa. Por esta razón impresiona ver que sus muertes rara vez hubieran producido no más que revueltas de corta duración. Si estas fracasaron tan rápidamente después de la muerte, indican que no hubo un arraigo real de las ideas revolucionarias y de la conducta innovadora que predicaban los jefes. Estos araron la tierra y regaron la semilla de la protesta. Nada más; pero también nada menos.

Por otra parte, el oportunismo, el cinismo y una búsqueda egoísta del poder como un fin en sí mismo y no como medio para servir a la sociedad son algunas de las fallas encontradas en los políticos (como también en muchos intelectuales y en algunos rebeldes). Una de las causas principales de que las revoluciones latinoamericanas sean inconclusas y de que tengan resultados ambivalentes ha sido esta clase de liderazgo acomodaticio.

Podría argumentarse que la política es en sí misma opotunista, y que los líderes progresistas que llegan al poder deben tener en si recetario grandes dosis de compromiso y equilibrio para poder sobrevivir. Pero esta fue precisamente la falla principal de Francisco Madero como líder revolucionario, así como la de otros subversores mexicanos del régimen de Porfirio Díaz. La tendencia a ceder de Madero solo se equilibró por el compromiso atrevido de Zapata, Villa y otros jefes campesinos. Algo similar ocurrió en las primeras etapas de la revolución boliviana, cuando los campesinos impusieron su voluntad sobre el indeciso liderazgo de La Paz. Lo mismo puede decirse en el presente acerca de los enormes esfuerzos que hacen los líderes progresistas para tener éxito como gobernantes de América Latina y en otras partes.

En todo caso, debe haber un límite más allá del cual el compromiso político se convierte en traición de ideales. Y esto ha ocurrido con demasiada frecuencia en América Latina como para permitir que la necesaria subversión prospere. Aun en la actualidad se observan síntomas de ello en la forma como el presidente Belaúnde ha tratado la rebelión de los "termocéfalos" de su partido, políticos que quieren que regrese la plataforma izquierdista que fue base de su campaña electoral; se observa lo mismo en la pasividad del presidente Barrientos ante el problema rural de su país, una actitud despreocupada contra la cual protestaron recientemente los obispos bolivianos; tales maniobras de refrenamiento pueden verse en el tratamiento que ha hecho el presidente Frei del ala izquierda de su partido demócrata-cristiano.

En forma semejante, importa descubrir que líderes destacados de la izquierda sean de hecho latifundistas o miembros prominentes de la comunidad financiera. ¿Cuál es el efecto de los factores psicosociales de su temprana socialización en esos medios, y cómo habrán afectado estos factores los procesos políticos en que aquellos líderes se han visto envueltos? ¿Cuáles son los

imponderables que entran en juego cuando el liderazgo existente no está a la altura necesaria para crear un nuevo orden social, sea debido a la educación que recibió o a algunas de sus conexiones sociales y económicas?

Una mirada hacia atrás a la historia reciente de América Latina demuestra una cierta tendencia en los líderes rebeldes a buscar la acomodación una vez que han llegado al punto peligroso del no retorno. Este es el proceso de la "captación". Son típicos los casos de las primeras belicosas células comunistas y socialistas formadas en Perú, Colombia y Venezuela durante la década de 1920, a las que pertenecieron hombres hoy tan notables como Víctor Raúl Haya de la Torre, Alberto Lleras Camargo y Rómulo Betancourt. Sin duda, como antiélite[29] prestaron un servicio útil al retar al *statu quo* y presionar a los partidos tradicionales para que se renovaran y pusieran al día sus prácticas. El impulso de estos grupos se hizo tan fuerte que, de esos años de conflicto y lucha intensa, surgió la subversión más comprensiva de la sociedad local que se hubiera experimentado desde el lustro revolucionario de 1850. Retaron el "sistema" arriesgando mucho y con mucha dignidad, como se ilustra por sus escritos del período. Y el "sistema" con razón se preocupó por las condiciones socioeconómicas existentes reveladas por aquellos subversores.

Pero entonces, jugando a la vez con la dinámica de las fuerzas históricas y con las debilidades de la carne, las élites comenzaron a captar a los rebeldes ofreciéndoles buenas posiciones en el "sistema" o dejando que se las tomaran. Una vez allí colocados, los antiguos rebeldes completaron el ciclo de la captación al defender sus nuevas posiciones, y volviéndose entonces enemigos de auspiciar nuevos cambios más profundos.[30] ¿Cuánta tensión se evitó en la sociedad por esta captación de antiélites? ¿Fue la captación, favorable o desfavorable para el cambio socioeconómico que se requería? ¿Fueron las tremendas explosiones sociales que surgieron y la aguda "Violencia" y las guerrillas de años posteriores, una consecuencia de tal captación? ¿Cuál es, entonces, la responsabilidad de aquellos líderes en impedir el cambio profundo en lo económico y en lo social en América Latina y en dejar tras de sí transformaciones inconclusas? Estas son preguntas sumanente difíciles de contestar que solo recientemente han sido objeto de estudio para distintos investigadores. Siguen sin respuesta.

Así, en último análisis se llega a un problema de cultura y personalidad. Si los antropológos y psicológos aciertan en este sentido, entonces el ciclo de socialización que produce este tipo de liderazgo captable debe romperse por alguna prte. Este rompimiento puede ser suicida, como ocurrió con el "Che" Guevara y el padre Camilo Torres; puede ser menos dramático para aquellos otros que creen en formas distintas de acción. En la actualidad se vislumbran algunas señales que indican que no se va a continuar indefinidamente con esta clase de liderazgo captable en América Latina. Aparentemente ya existe un mayor compromiso con los ideales, y hay propósitos más claros entre algunos grupos subversivos. Además, se cuenta con una organización internacional sin precedentes. Esto indica que el ciclo de socialización ha venido desorbitándose desde hace algún tiempo. Pero probablemente debería permanecer en esta extraordinaria condición por lo

29 Véase el ensayo sobre las antiélites en este volumen; cf. Fals Borda, *La subversión*, apéndice B.

30 Ibídem., cap. 7; cf. Andreski, S. (1966). *Parasitism and Subversion: The Case of Latin America*. Londres, UK: Weidenfeld and Nicolson, p. 232-243.

menos por una generación completa, para comenzar a pagar dividendos en el cambio social y convertirse en elemento estratégico para alcanzar un nuevo orden social. Además, tendrá que contar con un liderazgo de habilidad sobresaliente, con el fin de que los errores y los cálculos equivocados en la estrategia que han ocurrido en esfuerzos subversivos del pasado –y que también han frustrado la revolución– no vuelvan a acaecer.[31]

Si los latinoamericanos –tan sufridos en la perplejidad como yo mismo lo estoy hoy– queremos saber lo que realmente somos y a dónde vamos, probablemente deberíamos continuar preparando a ciencia y paciencia y con todos nuestros recursos aquella estrategia y acción decisivas que prometan construir en nuestro medio una nueva y mejor sociedad. La pregunta que debe hacerse hoy no se refiere ya tanto a la incidencia o a la intensidad del cambio socioeconómico, o a que sus etapas de despegue y de autosostenimiento: sabemos que esto no ha producido sino resultado ambiguos y un desarrollo sin rumbos. Ahora el problema toca a la esfera de los valores sociales y morales: cómo definir la calidad del cambio que queremos y en qué dirección queremos que avance.

La afirmación de América Latina en el mundo moderno bien pudiera resultar de su voluntad política para anticipar el conflicto con el presente orden social que esa meta implica, y el dar a la lucha inevitable fines constructivos. Así también, podría alcanzarse algo de una autorrealización regional, consumiendo la perplejidad actual y cesando aquella búsqueda larga y tormentosa del ser que comenzó en nuestro continente hace más de una centuria.

31 Ibídem, cap. 9.

En torno al Poder Popular y la IAP

Hagamos ahora una interpretación teórica y conceptual de conjunto de lo que se ha venido exponiendo. Nuestras experiencias con las comunidades campesinas del valle del Mezquital, San Agustín Atenango, El Regadío, El Cerrito y Puerto Tejada nos permiten entender mejor un proceso que combina la investigación científica y la acción política para transformar radicalmente la realidad social y económica y construir el poder popular en beneficio de los explotados. A este complejo proceso, que incluye la educación de adultos, el diagnóstico de las situaciones, el análisis crítico y la práctica como fuentes de conocimiento para ahondar en los problemas, necesidades y dimensiones de la realidad, lo hemos denominado Investigación-Acción participativa, IAP. Con ello se busca diferenciarlo de otros tipos de investigación-acción que no están por el cambio social sino por la conservación y defensa del *statu quo*, como el propuesto por Kurt Lewin.

Se infiere entonces que la IAP no es exclusivamente un procedimiento investigativo ni una técnica de educación de adultos ni una acción política. Presenta a la vez todos estos aspectos, como tres fases no necesariamente consecutivas que pueden combinarse en una metodología dentro de un proceso vivencial, es decir, en un procedimiento de conducta personal y colectiva que se desenvuelve durante un ciclo productivo satisfactorio de vida y de trabajo.

Dicha metodología vivencial –de vida y trabajo productivos– implica un conocimiento serio y confiable cuya mira es la edificación de un poder, o contrapoder, que pertenezca a las clases y grupos pobres, oprimidos y explotados, y a sus organizaciones auténticas.

Los propósitos finales de esta forma especial de combinar poder y conocimiento dentro de un proceso continuo de vida y de trabajo son: 1) Capacitar a las clases y grupos explotados para engendrar con eficacia el peso transformador que les corresponde, traducido a proyectos, obras, lucha y desarrollos concretos, y 2) Producir y elaborar el pensamiento sociopolítico propio de tales bases populares. La evaluación de los objetivos se cumple en la práctica, mediante el examen de los resultados obtenidos por el proceso de la IAP. Como dicen los campesinos: "Ver para creer."

El poder-conocimiento creador se expresa en experiencias pluralistas que conducen a un tipo de democracia muchos más participativa, directa o au-

togestionaria que la observada hasta ahora en el sistema representativo. Una democracia participativa en la cual no habría lugar para las vanguardias dogmáticas ni para mecanismos o instituciones manipuladores, porque las masas se harían respetar en sus propios términos y condiciones. Por lo mismo, se define el poder popular como la capacidad de los grupos de base (explotados hoy por sistemas socioeconómicos) de actuar políticamente y de articular y sistematizar conocimientos (el propio y el externo), de tal manera que puedan asumir un papel protagónico en el avance de la sociedad y en la defensa de sus propios intereses de clase y de grupo.

La aplicación de esta metodología de vida y trabajo productivos en las comunidades rurales mexicanas, nicaragüenses y colombianas mencionadas, entre 1972 y 1983, permitió avanzar en la consideración de dos grandes problemas teóricos:

- Las implicaciones que en la conducta cotidiana, personal y colectiva, supone la percepción de la realidad del ambiente y del mundo contemporáneos, y

- Los efectos que entraña una lucha consciente del pueblo para mejorar las condiciones existentes de vida y de trabajo, y para defender y llevar a término cambios significativos o revolucionarios en la sociedad mediante mecanismos de contrapeso político, internos y externos, en relación con los sistemas dominantes (contrapoder).

Proponemos dos lecciones generales para asumir y ejercer el poder popular como lo hemos planteado aquí:

1) Saber interactuar y organizarse con dichos fines, y 2) Saber reconocerse y aprender dentro de estos contextos.

Nada parece nuevo a primera vista en las dos lecciones propuestas. Muchos observadores dirían que tales tesis vienen implícitas en la literatura corriente sobre desarrollo económico y social. No obstante, hay diferencias significativas de concepción y organización entre la forma desarrollistas y la participativa.

La principal discrepancia entre ambos discursos contiene justificaciones ontológicas. Como se sabe, y en este punto los textos de Foucault sobre la arqueología del conocimiento nos secundan, el discurso desarrollistas conlleva el manejar conceptos, tales como pobreza tecnología, capital, crecimiento, valores, etc., definidos desde el punto de vista de las sociedades ricas e industrializadas, donde precisamente se originó esta teoría, conceptos estructurados en un conjunto intelectual coherente con el fin de racionalizar, justificar o defender el predominio mundial de tales sociedades.

Por el contrario, el discurso participativo o contra discurso iniciado en el Tercer Mundo –quizá como respuesta endógena al otro– postula una organización y estructura del conocimiento tendiente a que las sociedades dominadas, pobres o subdesarrolladas puedan articular y defender su posición sociopolítica y económica con base en los propios valores y capacidades. Se aspira entonces a que actúen para liberarse, de aquellas formas opresivas y explotadoras de poder que han venido propagándose desde los países dominantes, con la mediación de élites locales entreguistas. De esta manera se alcanzarían pautas de vida satisfactorias para todos. Así, otro Weltanschauung más humano estaría emergiendo del mundo explotado.

Un equilibrio creador y una confrontación positiva entre ambos discursos se tornan necesarios para frenar las fuerzas destructivas que se han desatado por el mundo, no por voluntad de los pobres y oprimidos, evidentemente: la carrera armamentista la injusticia flagrante, las empresas abusivas, las elites egoístas y despilfarradoras, la explotación rampante e inhumana. La IAP puede hacer una contribución importante en este campo del conocimiento y de la acción para el progreso social.

La primera lección que nos ofrecen nuestras experiencias –interacción y organización– se funda en la idea existencial de vivencia o *Eriebnis*, tal como la propuso el filósofo español José Ortega y Gasset. Por la vivencia de una cosa intuimos su esencia, aprehendemos su realidad, sentimos, gozamos y entendemos los fenómenos cotidianos, y experimentamos nuestro propio ser en su contexto total. En la IAP, la vivencia se complementa con otra idea: la del compromiso auténtico, derivada del materialismo histórico y del marxismo clásico (Undécima Tesis sobre Feuerbach: "Los filósofos no deben contentarse con explicar el mundo, deben tratar de transformarlo").

La vivencia comprometida aclara para quién son el conocimiento y la experiencia adquiridos: para las bases populares. Reconoce además, dos tipos de animadores o agentes de cambio, desde el punto de vista de las clases y unidades explotadas: los externos y los internos, a quienes los unifica el propósito (telos) de cumplir metas compartidas de transformación social.

Ambos, externos e internos, aportan al proceso de cambio su conocimiento, técnicas y experiencias. Como estos elementos del saber se basan en conformaciones diferentes de clase y racionalidad (la una cartesiana y académica, la otra experiencial y práctica), se crea entre ellos una tensión dialéctica cuya problemática solo se resuelve con el compromiso práctico, esto es, en la praxis concreta. Pero la suma del conocimiento de ambos tipos de agentes permite adquirir un cuadro mucho más correcto y completo de la realidad que se desea transformar. Aunados, él conocimiento académico y el conocimiento popular abren paso a un conocimiento científico total de índole revolucionaria (¿hacia un nuevo paradigma?) que rompe el injusto monopolio de clase.

Dicha tensión dialéctica en la praxis lleva a rechazar la relación asimétrica de sujeto/objeto que caracteriza la investigación tradicional académica y las pautas corrientes de la vida cotidiana. Según la teoría participativa, aquella relación debe convertirse en sujeto/sujeto. Precisamente la quiebra del binomio asimétrico es la esencia del concepto de participación como se entiende en el contexto de este libro y en las expresiones de la rutina diaria (familia, salud, educación, política, etcétera).

Participar es, por lo tanto, el rompimiento voluntario y vivencial de la relación asimétrica de sumisión y dependencia, implícita en el binomio sujeto/objeto. Tal es su esencia auténtica.

El concepto general de participación auténtica que proponemos aquí, se enraíza en tradiciones culturales propias del pueblo raso de nuestros países y en su historia real (no la elitista), convergentes con sentimientos y actitudes altruistas, cooperativas, comunales y verdaderamente democráticas. Este concepto se enraíza en valores populares esenciales que sobreviven desde la praxis original a pesar del destructivo impacto de conquistas armadas, violencias e invasiones foráneas de todo tipo, valores resistentes basados en la minga, la ayuda mutua, el brazo prestado, la hamaqueada de

enfermos, el uso comunal de tierras, ejidos, bosques y aguas, la familia extensa, e! matrifocalismo, y tantas otras practicas sociales antiguas que varían de una región a otra, pero que constituyen las raíces de "nuestra participación". No necesitamos, pues, de otros referentes filosóficos o racionales, profundos o lejanos, que provengan de culturas y tradiciones intelectuales o académicas diferentes, o de otros continentes.

El reconocimiento de nuestra participación autentica, constructiva y altruista, como vivencia real y propia de nuestras gentes y con ellas, debería "disminuir las distinciones entre los intelectuales burgueses y el pueblo de base; entre la vanguardia elitista y las masas; entre expertos (tecnócratas) y productores directos; entre burocracia y clientela; entre el trabajo manual y el mental. De allí la capacidad inmensamente dinámica e innovadora que tiene el rompimiento del binomio sujeto/objeto en nuestra práctica, al permitir rechazar dogmatismos y estructuras verticales autoritarias, planificadas o centralizadas, así como pautas tradicionales abusivas de explotación y dominio a varios niveles. Por ejemplo, en este contexto la dirigencia resultante (llamada vanguardia) sería como un equipo contraelitista enraizado en las masas concientizadas de las cuales adquieren legitimidad y vida. Las masas levantadas y conscientes constituyen la verdadera vanguardia. Así, el equipo dirigente ha de abogar por una filosofía distinta de la vida y el trabajo: debe mostrar capacidad autocrítica, y ser servicial, técnicamente idóneo y empático con la gente. No será impositivo sino consensual, y sus miembros no establecerán jerarquías sino que serán animadores catalíticos del proceso por períodos determinados.

En otras palabras, la búsqueda compartida de estas metas en la práctica social, educativa y política convierte a todos aquellos que intervienen en ella en intelectuales orgánicos de las clases trabajadoras sin que medien jerarquías permanentes. Una prueba del éxito de estos intelectuales reside en volverse eventualmente redundantes en sus localidades de trabajo, es decir, en asegurar que el proceso de transformación popular siga su curso aun sin la presencia física del agente externo, del animador o cuadro.

Lo anterior implica que no todo lo que hoy se llama "participación" es participativo. Existen aspectos, tanto voluntarios como impuestos desde arriba, que han de tomarse en cuenta en los procesos contemporáneos de acción política y social. En particular, los políticos nacionales y extranjeros han exhibido la tendencia de asentar su filosofía de la participación popular en la limitada definición que ofreció Samuel Huntington en 1976: la participación popular busca "afectar el proceso de decisiones del gobierno." Claro que esto no es participación según los estándares de la IAP, puesto que los gobiernos no constituyen referentes últimos (son los pueblos mismos), como lo reconocen politólogos críticos como Seligson, Booth y Gran, quienes admiten las complejidades del proceso participativo en la vida real.

Tampoco satisfacen las tesis de Jaroslav Vanek sobre la "economía participativa", que recomienda a los países del Tercer Mundo pese a la opinión del autor de que los poderosos podrían aprender "algo fundamentalmente bueno" de los pobres y débiles con el fin de consolidar un "mejor nivel de respeto entre las naciones". No satisfacen, porque Vanek redujo su análisis a teorías de equilibrio y convergencia enraizadas en el discurso desarrollista que, como se sabe, falla precisamente porque no ha asimilado sino selectivamente lo "fundamentalmente bueno de los países dependientes."

Los principios sobre interacción y organización en la praxis nos llevan a reconocer otras consecuencias importantes: que el trabajo de la IAP aspira a crear sus propios espacios para extenderse en el tiempo y horizontal y verticalmente, en las comarcas para saltar de lo micro a lo macro, y para adquirir una definida dimensión política. En esta última reside el aspecto evaluativo o aplicado final el método, la posibilidad de formar teoría al tiempo con la acción, o en otros términos, ir cimentando los criterios prácticos de validación del conocimiento a medida que este se adquiere.

Además de los conceptos centrales de cultura y etnia, sobresale el de región (dentro del contexto de la formación social) como elemento clave en la interpretación de la realidad según el método de la IAP, para fines de construir mecanismos de contrapeso político hacia dentro y hacia fuera de las organizaciones populares. Así se entienden mejor las estructuras explotadoras derivadas de caciques y caudillos tradicionales, y las alianzas y sumas de fuerzas hacia coyunturas revolucionarias con un nuevo liderazgo o vanguardia esclarecida. El aporte de los agentes catalíticos externos es fundamental para unir lo local a lo regional y, eventualmente, a lo nacional y mundial. Se logra así sintetizar lo particular y lo general, la formación social y el modo de producción.

La dinámica creadora que se desenvuelve con la IAP puede llevar asimismo a proponer la constitución de un nuevo tipo de Estado que sea menos exigente, controlador y prepotente, inspirado en valores raizales positivos y alimentados por corrientes culturales autóctonas congruentes con un ideal humano y democrático. Un Estado como este no sería imitativo de modelos históricos cuyas fallas se aprecian con facilidad ni tampoco copia de democracias representativas como se han conocido. En él se intentaría distribuir mejor el poder-conocimiento entre sus constituyentes, para asegurar un equilibro más sano entre Estado y Sociedad, con menos controles centrales leviatánicos, más creatividad en las bases, menos Locke y más Kropotkin, esto es, el retorno a la escala de lo humano que se ha venido perdiendo con el paso de la historia reciente.

En general, con la IAP se hace factible resolver contradicciones principales en una región con elementos endógenos e indígenas y hasta aliviar los conflictos suscitados por el nacionalismo chovinista. Al promover actividades que combinan directamente el conocimiento con el poder y la acción política, la IAP adopta un nuevo cariz y abre las posibilidades de aclarar lo que es o debe ser la "militancia". Con las técnicas de la IAP la gente se moviliza de las bases hacia arriba y de la periferia al centro, para conformar movimientos sociales en lucha por la participación, la justicia y la equidad, sin pensar necesariamente en fundar partidos jerárquicos entendidos a la manera tradicional.

Tales tareas de naturaleza sociopolítica no pueden planificarse estrictamente ni generalizarse o copiarse acríticamente, puesto que implican sistemas sociales abiertos, coyunturales, sin plazo fijo, que persisten –cada cual según su visión cultural y su manera política– hasta cuando arriban a las metas propuestas. La empresa puede llegar a ser tan dura como la de Sísifo empujando la roca cuesta arriba. Pero recordemos a propósito que muchas de las metas, de hoy fueron ya planteadas por los cartistas ingleses hace siglo y medio, apenas con éxito parcial. De todos modos, el desarrollo indefinido y abierto de las luchas, como se observó en los tres países estudiados

demuestra sin lugar a dudas que hay flujos y reflujos originados en fallas personales de los cuadros activistas, en la represión oficial, en las guerras internas y externas, los ritmos ecológicos, la carencia de recursos materiales, todo lo cual hace fracasar a las comunidades y ceder ante la violencia estructural de las formas antiguas, señoriales o capitalistas de explotación, opresión y dependencia. Persistir en todos los terrenos y a largo plazo es, por tanto, parte integral del trabajo de la IAP, de la lección endógena de organización e interacción de las bases populares.

Ello no obsta para que los esfuerzos organizativos e interactivos –mecanismos del contrapoder o contrapeso político popular– se proyecten en el plano internacional. En efecto, existen ya importantes instituciones de apoyo a la iniciativa, que responden a este especial y quizá inesperado reto del Tercer Mundo. Se trata de organismos no gubernamentales, fundaciones privadas, ministerios comprensivos, concilios de iglesias (como el Consejo Mundial), agencias alertadas de las Naciones Unidas (como la OIT), etc., cuyos positivos estímulos exigen de los investigadores participativos actuar con ojo avizor para preservar el impulso raizal y refrescante de la IAP como aporte original del mundo periférico.

Numerosos escritores y pensadores de los países dominantes están respondiendo igualmente ante la necesidad de aprehender los fenómenos intelectuales y políticos provenientes de la periferia mundial, para armonizarlos con sus propios esquemas de explicación y acción. De allí el aporte de la teoría económica histórica (Frank, Feder, Barraclough); la escuela de "contracorrientes" en las ciencias (Capra, Berman, Nowotny); el nuevo énfasis en los procesos políticos de abajo hacia arriba (Gran, Wolfe, Galtung, Pitt, Castelis); la epistemología crítica (Oquist, Moser); la hermenéutica aplicada (Hirnmelstrand); la educación radical de adultos (Hall, De Schutter, Le Boterf, Swantz); la ciencia social enfocada hacia problemas (Pearse, Goulet, Bengtsson, Comstock), y los trabajos convergentes sobre intervención y acción social (Touraine), así como la teoría del sistema mundial versus la de la dependencia (Wallerstein, Seers).

Quizá, todos nos hemos venido acercando, cada cual a su modo, vista la crisis científica, económica, política y moral del mundo contemporáneo, para expresar un nuevo tipo de discurso sociopolítico basado en conceptos revaluados como participación, endogénesis, regionalidad y poder tal como aquí hemos tratado de definirlos, que remplacen y superen los vigentes en los medios internacionales sobre desarrollo, subdesarrollo, desarrollo rural integrado, nacionalidad y crecimiento en apoyo de los países ricos, pero que se encuentran hoy en crisis.

La segunda lección, que ofrecen nuestras experiencias –el aprendizaje y reconocimiento propios para, la construcción del poder popular– y sus mecanismos internos y externos de contrapeso político puede tener ciertas bases fenomenológicas.

Tomamos como punto de partida la tesis de que, la ciencia no posee valor absoluto, como si fuera un fetiche, con vida propia, sino que es un conocimiento válido útil para determinados fines y que funciona con verdades relativas. Toda ciencia, como producto cultural, busca un propósito humano determinado y, por lo mismo, lleva implícitos los sesgos valorativos de las clases a las cuales pertenecen los científicos. En otras palabras, favorece a quienes la producen y controlan, aunque su desarrollo desorbitado sea,

actualmente más, una amenaza que un favor para la humanidad. Parece teóricamente viable, por ello, una ciencia del pueblo como proceso endógeno –quizás como elemento de equilibrio de ciertas tendencias destructivas de la ciencia dominante–, una ciencia popular en la cual el conocimiento adquirido y sistematizado con el necesario rigor sirva a los intereses de las clases explotadas. Ella converge en la llamada "ciencia universal" cuando se crea un paradigma totalizante que incorpora el nuevo conocimiento sistematizado, como se señaló atrás.

Es obvio que, en este contexto, las formas y relaciones de producción del conocimiento adquieran tanto o más valor que las formas y relaciones de producción material. Como lo ha señalado Md. Anisur Rahman, la eliminación de las condiciones de explotación en el nivel material o infraestructural no brinda la seguridad suficiente de que se haya derrotado el sistema general de opresión y de que vayan a desaparecer por ese solo hecho la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. Es preciso, remover también las relaciones de producción del conocimiento que tienden a sostener ideológicamente la estructura de la injusticia y las actuales fuerzas destructivas de la sociedad y del mundo. De este modo se entiende plenamente la clásica frase: "Conocimiento es poder". Cuando las clases explotadas lo conquistan, dan un paso fundamental no solo hacia su propia liberación sino hacia la del resto de las clases sociales amenazadas por la destrucción global. El proceso creador de conocimiento serio, totalizante y útil no toma como punto de inserción la "pedagogía" del analfabeto al primer estilo freireano, sino la investigación dialógica de la situación social que vive la persona. Por eso se empieza con la pregunta, "¿Por qué hay pobreza?", cuya respuesta puede llevar simultáneamente a la concientización, la investigación social y la praxis.

Lo ideal es que las bases populares y sus cuadros participen en el proceso investigativo desde el comienzo, esto es, desde el momento en que se escoge el objeto de la investigación, y lo sigan paso a paso hasta la producción final y las publicaciones o técnicas de devolución que se autoricen. Esta es una tarea que concede preferencia al análisis cualitativo por encima del cuantitativo, como se ve en este informe, considera más eficaz el empleo de la lógica afectiva del corazón y el sentimiento que el de la cabeza analítica fría, en bufetes o laboratorios, con miras a obtener la información necesaria para la acción. Aun así, se usan esquemas científicos explicativos de causa y efecto vistos no solo con la lógica formal y la afectiva, sino también con la lógica dialéctica. En términos campesinos: se conoce viendo, recordando, comparando y trabajando.

Con estos objetivos en mente, las experiencias mexicanas, nicaragüenses y colombianas nos han indicado la conveniencia de las técnicas propias de la IAP para buscar el contrapeso político popular. Ellas se resumen así:

1. Investigación colectiva. Es la utilización de la información recogida y sistematizada por el grupo, como fuente del conocimiento objetivo de los hechos, con audiencias públicas, discusiones, sociodramas, preguntas y respuestas en reuniones, asambleas, cabildos, comités, coordinadoras, giras de observación, etc. En esta forma colectiva y dialógica se obtienen no solo datos instantáneamente corregibles sino que se valida socialmente el conocimiento, lo que no es factible con otros métodos individuales de encuesta o de trabajo de campo. Se confirma así el valor positivo del diálogo,

la discusión, la argumentación y el consenso para fines investigativos-objetivos de la realidad social.

2. Recuperación crítica de la historia. Es descubrir selectivamente, mediante la memoria colectiva, elementos del pasado que fueron eficaces para defender los intereses de las clases explotadas y que vuelven otra vez a ser útiles para los objetivos de lucha y concientización. Se trabaja con la tradición oral, por entrevistas-testimonios de ancianos con la memoria analítica; con el archivo de baúl familiar, en busca de antecedentes concretos de épocas dadas; con datos-columnas en relatos y narraciones populares; con la proyección ideológica, la imputación, la personificación y otras técnicas basadas en el reavivamiento de la memoria colectiva. De esta suerte se descubren héroes del pueblo y hechos que corrigen, complementan o aclaran relatos académicos concebidos con intereses ajenos a los de las clases populares. O se aportan detalles completamente inéditos de gran importancia para la historia regional y nacional, con fines de alimentar la batalla por el poder popular.

3. Valoración y empleo de la cultura popular. Para fines de movilización del pueblo, la tercera técnica toma como base valores esenciales de las gentes arraigadas de cada región. Ello permite incorporar al estudio y a la acción elementos culturales y étnicos ignorados con frecuencia en la práctica política, tales como el arte, la música, el drama, el deporte, las creencias, los mitos, los cuentos y otros aspectos atinentes al sentimiento, la imaginación y las tendencias lúdicas, que se reintegran al pueblo como procedimientos investigativos y de movilización.

4. Producción y difusión del nuevo conocimiento. Esta técnica hace parte integral del proceso investigativo por su utilidad evaluativa y retroalimentaria. Ella presupone una división del trabajo en las bases, contando con ellas. Aunque se trata de romper el monopolio de la letra escrita, que es en general elitista, en la IAP aparecen varios estilos y expedientes para sistematizar conocimientos y datos cuyo empleo depende del nivel de conciencia política y la habilidad de comprensión de los mensajes escritos, auditivos o visuales por parte de las bases y del público.

Se identifican, pues, cuatro niveles de comunicación, según que el mensaje y el conocimiento sistematizado se devuelvan a las bases preletradas, a los cuadros y a los intelectuales, lo cual demanda que en la IAP cada producción y cada autor deben saber comportarse, en lo posible en los cuatro niveles con el mismo mensaje pero en sus diferentes modalidades, si quieren alcanzar una eficacia real en la comunicación escrita, auditiva o visual. Un método eficiente de devolución sistemática estriba en el manejo, en un nivel profesional, de los medios masivos de comunicación puestos al servicio de las causas populares y de sus organizaciones, mediante diarios, semanarios y programas radiales y de televisión, como lo hemos visto hacer en Colombia. Además, conviene que las organizaciones y grupos que trabajan con las comunidades, cuenten con "agencias de noticias" que entreguen información a las empresas de noticias locales, regionales y nacionales.

También hay vías expeditas de devolución cimentadas en un lenguaje "total" e intencional, mediante la imagen, el sonido, la pintura, el gesto corporal, el mimo, la fotografía, etc., tales como el video *tape*, los audiovisuales, el teatro popular, la poesía, la música, los títeres y las exposiciones. Por último, existen formas materiales de organización y acción socio-económica

incorporada por las bases (cooperativas, sindicatos, ligas, centros culturales, unidades de acción, talleres, centros de capacitación, etc.), como consecuencia de los estudios hechos.

Es obligatorio devolver el conocimiento a las comunidades y organizaciones de trabajadores valiéndose de los anteriores recursos, de manera sistemática y ordenada, porque ellas siguen siendo sus propietarias: las masas se hallan en capacidad de determinar prioridades en la destinación del conocimiento, como también de fijar las condiciones,para su publicación y uso, como ha ocurrido con el presente libro.

La devolución sistemática del conocimiento cumple el objetivo fijado por Gramsci de transformar el sentido común en, "buen sentido" o conocimiento crítico (la "ciencia revolucionaria" como nuevo paradigma), que sería la suma del conocimiento experiencial y el teórico. Tal resultante trasciende el principio maoísta "de las masas a las masas" porque reconoce a las bases su capacidad de sistematizar los datos, es decir, de participar plenamente en el proceso con sus propios intelectuales orgánicos, desde el comienzo hasta el fin y por los pasos sucesivos de análisis y divulgación. Así se combate, en este flanco, la alienación negativa que ha impedido articular con eficacia el poder popular y sus mecanismos internos y externos de contrapeso político y también se rechaza el vanguardismo sectario e impositivo.

Para ello se requiere un código compartido de comunicación entre los agentes externos e internos del cambio que lleve a una conceptualización o categorización común y entendible. El lenguaje resultante debe basarse en la expresión intencional cotidiana y ser accesible, sin reflejar las pautas frecuentes de arrogancia, alejamiento elitista y monopolio de la jerga técnica que provienen de las prácticas académicas y políticas normales conocidas incluidos ciertos elementos ideológicos hoy dominantes en los discursos corrientes.

Las técnicas propias de la IAP no descartan la utilización flexible y ágil de otras muchas derivadas de la tradición sociológica y antropológica, como la entrevista abierta (siempre y cuando se evite la demasiada estructuración), el censo o encuesta sencilla (muy rara vez el cuestionario de correo), la observación sistemática directa (con participación personal y experimentación selectiva), el diario de campo, el fichero de datos y fuentes, la fotografía, la grabación, las fuentes escritas primarias y secundarias, la estadística, los archivos notariales, regionales y nacionales, y la cartografía. Ello exige que los cuadros no solo aprendan a dominar dichas técnicas con responsabilidad sino que sepan popularizarlas, enseñando a los activistas mas idóneos métodos sencillos, económicos y controlables de investigación, para que puedan proseguir su trabajo sin depender de los intelectuales o agentes externos de cambio ni de sus costosos equipos y procedimientos.

Sería posible así colaborar en la transformación y superación de nuestros pueblos, especialmente en el Tercer Mundo, donde se originó este procedimiento teórico-práctico como respuesta a la crisis contemporánea. La IAP es una metodología de trabajo y de vida productiva que, a diferencia de formas académicas o regulares, puede ser asumida por pueblos oprimidos que necesitan de conocimientos para defender sus intereses y formas de vida. Quizá de esta manera se esté ayudando a construir un mundo mejor para todos, con justicia y paz.

Posibilidad y necesidad de un socialismo autóctono en Colombia[1]

El principio de la endogénesis

Comienzo aclarando que no me refiero al socialismo europeo conocido de los siglos XIX y XX que ha sido suficientemente estudiado y también vapuleado por la inesperada distancia que creó entre su teoría y su práctica. Parto en cambio desde el punto de vista de la crisis ideológica del mundo contemporáneo (constatado desde Spengler) que resulta de disfunciones intrínsecas en los sistemas dominantes de observar, valorar e interpretar realidades ambientes así como en formas de trabajar y crear riqueza, a lo que los físicos llaman "entropía". A causa de la persistencia de estos problemas entrópicos –insolubles cuando se les aplica la racionalidad instrumental capitalista–, se ha abierto un espacio para plantear visiones diferentes de sociedad, política y economía, ojalá más satisfactorias, para enfrentar la vida colombiana. Este espacio solo es concebible cuando a la entropía se le contrapone otro factor del mismo nivel: el de las fuerzas dinámicas que van creciendo desde adentro de los sistemas, en lo que se llama "endogénesis".

Para observadores críticos como yo, debería estar claro que las nuevas visiones, con sus idearios y utopías, no pueden ser continuación de la filosofía liberal/conservadora de origen euroamericano que es soporte del capitalismo, y que ha acompañado y apoyado a este durante los últimos cinco siglos. No podemos confiar ya en la capacidad orientadora de nuestras clases dirigentes urbanas, blancas y xenófilas, que han demostrado tener poco poder de innovación en nuestro desarrollo institucional. Han sido idolátricas de Occidente e imitativas de todo lo norteño, tratando de hacer aquí falsas Atenas. Tenemos que revolcar nuestro morral cultural para encontrar elementos alternos de suficiente poder endogenético.

La crisis entrópica del capitalismo así lo viene exigiendo. Hasta influyentes filósofos políticos del Norte, como el bien vinculado a empresarios poderosos, el profesor Peter F. Drucker, han planteado la necesidad ya inevitable de reconstruir un mundo postcapitalista.[2] Por razones dialécticas inspi-

1 Conferencia dictada en Bogotá, 1 de septiembre de 2003 como parte del ciclo: Los Maestros y Maestras piensan a Colombia.

2 Drucker, P. F. (1993). *Post-Capitalist Society.* New York, USA: Harper.

radas en Marx, el señor Drucker se acerca a un cierto tipo de neosocialismo que cree inevitable para la reconstrucción del sistema mundo.

En efecto, desde mediados del siglo XX se han venido ensayando modalidades socialdemocráticas en los regímenes capitalistas, con medidas que los han morigerado haciéndolos menos salvajes que el que nos trajo la clase dominante europeizante, con la energía de la recién nacida industria inglesa. Se inventó así un "Estado de bienestar" en el que se percibe algo de políticas alternativas de naturaleza socialista ortodoxa o marxista más cercanas a lo popular. Colombia y muchos otros países no han estado ausentes de estas tendencias creadoras, como lo recordaré más adelante. Y cuando no se toman en cuenta, como ocurre hoy por los neoliberales del Fondo Monetario Internacional, las masas estallan: lo hemos visto cada vez que sus directores se reúnen, desde Seattle hasta Cancún.

El principio del contexto

Si esto es así, si la entropía capitalista lleva a buscar alternativas creadoras desde adentro de los sistemas, basadas en realidades que apoyan la vida, vale la pena encontrar fórmulas propias de Iberoamérica, independientes de las conocidas escuelas europeas de pensamiento social, fórmulas que podrían ayudarnos a crear autoestima, a levantar cabeza y a mirar, con más cercanía, los nuevos horizontes. Para ello solo se necesita aplicar otro gran principio general: el de la contextualidad. Este principio dice que los marcos de referencia que guían la observación, la inferencia y la práctica, "como obra de humanos, se inspiran y fundamentan en contextos geográficos, culturales e históricos concretos. Este proceso se justifica en la búsqueda de plenitud de vida y satisfacción espiritual y material de los que intervienen en el proceso investigativo y creador, así como de los que lo difunden, comparten o practican.[3]

Nuestro contexto vital, obviamente, es el continente americano donde, por muchos siglos desde antes de Colón, sin contactos con el curiosamente llamado Viejo Mundo, sus pueblos migrantes o sedentarios fueron desarrollando soluciones propias para la vida y el trabajo sobre el medio geográfico que fueron encontrando. Sin embargo, solo a partir de los descubrimientos de John Stephens y Frederick Catherwood en Chiapas en 1843, los hombres de ciencia empezaron a equiparar los hallazgos arqueológicos de este lado del océano (en especial los logros de Mayas e Incas) a los justamente admirados de Egipto y Mesopotamia. Hubo acá descubrimientos únicos en matemáticas, astronomía, agricultura y artes que son de alcance universal y que, en varios casos clásicos desbordaron el conocimiento acumulado en Occidente. Aquí hay bases para empezar a autoestimarnos y perder nuestro complejo de inferioridad ante lo extranjero, es decir, a construir ciencia propia sin chauvinismos.

Para mí, está claro que debemos priorizar estudios que, como mariposas en busca de polen y de mieles, revoloteen alrededor de los hechos y elementos de nuestro medio inmediato. Conviene seguir la trocha abierta por el pensador antioqueño Fernando González al insistir sobre la importancia

3 Mora-Osejo, L.E. & Fals Borda, O. (2002). *La superación del Eurocentrismo*. Bogotá, Colombia: Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Cf. Sarmiento Anzola, L. (2002). *Vendimia: biopolítica y ecosocialismo*. Bogotá, Colombia: Desde Abajo.

de lo propio y del orgullo que en ello debemos tener.[4] Esta sabia reflexión de González ayuda a explicar el proceso endogenético y contextual por el que se fue formando en Occidente una civilización adaptada a sus propios entornos, en una secuencia que incluye Egipto, Asiria, Grecia, Roma, Israel, Arabia, con adiciones de Asia y norte de Europa. Pero el epicentro de esta secuencia formativa fue el Mar Mediterráneo. Allí está la dura madre de la cultura que llegó a ser dominante en Europa y otras partes, y que ha recibido la designación de "cultura universal" junto con la de "historia universal". Las otras no existen sino en referencia a la mediterránea. Se entiende así porque los mismos europeos, por diversas y quizás respetables razones, se autodesignaron como maestros y guías del mundo imponiendo, con técnica, espada y cruz, sus propias instituciones, sin importarles que fueran condicionadas en su origen por el contexto septentrional.

El principio del trópico

Quizás ello fue inevitable, pero logró dramatizar el contraste entre el Norte y el Sur del mundo; pero más notablemente con esa porción del globo terráqueo que corre 23 grados al norte y 23 grados al sur de la línea ecuatorial, que se llama zona tropical por estar limitada por los trópicos de Cáncer y de Capricornio respectivamente. Lo tropical aquí incluye no solo lo amazónico y selvático de esa zona, sino también las montañas y páramos andinos, las áreas costaneras y los mares. Las diferencias con Europa siempre fueron tan notables, que ello explica por qué Buffon y otros enciclopedistas tenían un bajísimo concepto del trópico y de nuestras gentes; por qué Simón Bolívar no era sino un bandido para Carlos Marx; y por qué para Hegel no había otro Estado posible que el prusiano que lo sostenía.

Ni qué decir sobre los dogmas cristianos que debían imponerse en todas partes para destruir cultos y creencias consideradas salvajes y demoníacas. Se trató así de trasladar, en todo muchas veces, instituciones sociales, económicas, políticas y culturales a situaciones en las que quedaban incongruentes y, en todo caso, donde se producían tremendos cambios no siempre favorables para los pueblos dominados. Esto se ha sabido desde hace tiempo. Y el contexto más sufrido, y también el más rico siempre fue el del trópico: nuestro propio medio tropical.

La matriz aborigen. No obstante, contradiciendo ideas muy extendidas, hubo en este contexto americano una formidable creatividad cultural y técnica en tiempos precolombinos. Siguiendo de nuevo a Fernando González, se trataba de una secuencia formativa muy distinta de la del Mar Mediterráneo, que puede ser descrita así: Pueblo-Maya-Chibcha-Inca-Mapuche-Guaraní. Sus formas de vida y pautas de pensamiento y acción obviamente eran precapitalistas y lo siguen siendo en gran medida entre sus descendientes actuales, excepción hecha de aquellos que por sus contactos se han subordinado al valor dinero.

En general, estas pautas locales de vida y pensamiento pueden interpretarse del tipo propio de ecosocialismo o parasocialismo que estoy tratando de identificar aquí. Han resistido el embate de Occidente con tácticas de resistencia y supervivencia que incluyen la acomodación, la simbiosis y el sincretismo; y también la revuelta, la contraviolencia y la adopción

4 González, F. (1970). *Pensamientos de un viejo.* Medellín, Colombia: Bedout.

selectiva.[5] Por supuesto, hoy no son las mismas formas de creación y acción de hace cinco siglos o más, y han adoptado muchos elementos de los invasores, pero guardan valores esenciales vernáculos que vale la pena investigar y retomar para buscar equilibrios que aminoren la entropía capitalista actual. Entre ellos destaco los valores de índole comunitaria y filantrópica, los de ayuda mutua, intercambio de brazos, producción colectiva, resguardos, ayllus, mingas y respeto por la naturaleza, en fin, valores altruistas que no han sido del todo destruidos o desplazados por el moderno individualismo egoísta.

En nuestro país se encuentran todavía restos vivos de aquellas culturas primigenias en alrededor de sesenta y cinco naciones indígenas con idioma y habitat propios, cuyas organizaciones por fortuna van recuperándose. Esta tradición autonómica es especialmente prominente en naciones fronterizas como la Wayúu, Curripaco, Tukano, Motilón y Cuna, mundos tropicales que deben examinarse con cuidado para aprender de ellos y defender su legado cultural, biodiverso e histórico. Es distinto lo ocurrido con culturas casi desaparecidas como la Muisca o Chibcha de las mesetas y montañas de la Cordillera Oriental. Sin embargo, los estudios rurales que muchos hemos realizado en estos sitios muestran que la cultura Muisca no ha desaparecido del todo, incluso hasta en los años de 1930 se hablaba con mucha seriedad sobre la vigencia actual de la llamada "malicia indígena". En estos casos aparentemente catalépticos, conviene también investigar las fuentes y aplicar técnicas de punta en reconstrucción documental, como lo he sugerido para la búsqueda del perdido Libro Quinto de la Recopilación Historial de Fray Pedro de Aguado, sobre los Chibchas.[6]

En otros países, donde la tradición aborigen aún es fuerte, se cuenta con aportes interesantes como los profundos análisis de la literatura quechua y del *ethos* incásico por José María Arguedas, las adaptaciones del marxismo a la cultura andina peruana por José Carlos Mariátegui, ideas retomadas por Haya de la Torre para su genial propuesta del partido APRA, fallido más tarde por la búsqueda pragmática del poder estatal. Una República Maya fue fundada por activistas de esta índole vernácula en Yucatán poco después de la Revolución Mexicana, fabulosa experiencia lastimosamente incomprendida y destruida por los dirigentes nacionales.[7] Paraguay es en buena parte una república indígena que merece mayor comprensión, como también Bolivia, Ecuador, Guatemala, el norte de Argentina y el sur de Chile. Como lo estudió en meritoria obra el antropólogo Guillermo Bonfil, en todas estas partes existe ese sustrato colectivista vivo que puede ser insumo importante para lo que podemos

5 Estos conceptos se elaboran e ilustran para el caso de los Zenúes, en: Fals Borda, O. (2002). *Historia Doble de la Costa,* Tomo III, Resistencia en el San Jorge. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional/Banco de la República/Vicepresidencia de la República/ Áncora, capítulos 1 y 2 (Canal B).

6 Véase la primera llamada de atención que hice sobre este asunto en mi artículo, "Odyssey of a 16th century document: Aguado's Recopilación", Hispanic American Historical Review, XXXV, 2 (mayo 1955), 208-209 (traducido y publicado por los Padres Franciscanos de La Porciúncula, Cali, 1956). Cf. Juan Friede, "Fray Pedro de Aguado y Fray Antonio Medrano, historiadores de Colombia y Venezuela", R.H.A., No. 57-58 (1964), 205, 223; este autor da a entender que tenía notas al respecto, ojalá preservadas por sus herederos en la valiosa biblioteca que Friede tenía.

7 Paoli, F. & Montalvo, E. (1977). *El socialismo olvidado de Yucatán.* México, México: Siglo XXI Editores. Rivera Dorado, M. (1980). *Los mayas de la antigüedad.* Madrid, España: Alhambra.

ya definir como "socialismo autóctono" o "mestizo". [8] Este puede ser base para buscar nuestra autoestima y construir una ciencia propia que nos enseñe cómo enfrentar mejor las crisis que nos consumen.

El factor indígena es apenas uno de los elementos de este socialismo sempiterno. Es una matriz en la que se han insertado otras tres modalidades históricas de agrupaciones precapitalistas: las negritudes, los campesinos antiseñoriales y los colonos autonómicos, que paso a describir.

El aporte africano. Las negritudes de palenques formados por cimarrones rebeldes que preservaron valores africanos de origen, fueron muy dinámicas desde principios de la época colonial esclavista. Ocuparon extensiones de tierras baldías en las costas Atlántica y Pacífica y cuencas fluviales como las del Magdalena Medio, el Patía y el Cauca. Como en el caso de los indígenas, allí también quedan sus restos vivos y activos para reconstruir el socialismo autóctono, tarea para lo cual contamos con los estudios de Nina de Friedemann y Jaime Arocha, entre otros.[9]

El aporte antiseñorial. Otro elemento proviene de los paisanos españoles "libres" y de sus mezclas en los campos americanos durante la era colonial con el traslado a nuestras tierras de ciertas tradiciones comunales del medioevo ibérico, tales como los cabildos abiertos y mayores, y los fueros citadinos y antiseñoriales que los nobles y los reyes debían jurar respetar.[10] Constituyen una semilla libertaria de no pequeña importancia, cuyos sucesores en nuestras viejas comarcas y provincias son los actuales concejos municipales, corregidores y otras prácticas de gobierno local independiente, esto es, casi sin ninguna presencia de un Estado central. Semejante situación privilegiada para el autogobierno (parecida a lo que el príncipe Peter Kropotkin encontró positivo entre los paisanos siberianos más lejanos de la corte del Zar), es congruente con el socialismo que postulo.

El aporte de los colonos. Finalmente, de aquellos viejos núcleos independientes rurales emergió también el grupo de colonos explotados por terratenientes y autoridades abusivas muchas veces en guerra entre sí, campesinos sencillos que huyeron de los poblamientos tradicionales para reconstruir su sociedad y cultura en paz en espacios lejanos y marginales, en la frontera agrícola.[11] Allí se prendió el fogón de la mestización triétnica, la raza cósmica a la que aludió el pensador mexicano José de Vasconcelos, con una fértil mezcla en los contextos tropicales de los cuatro grupos etnoculturales aquí señados: los antiseñoriales, los palenqueros y los aborígenes. Un buen ejemplo de esta mezcla cuádruple es lo ocurrido en el Magdalena

8 Bonfil Batalla, G. (1981). Utopía y revolución: El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina. México, México: Nueva Imagen. Cf. Vega Cantor, R. (2002). Gente muy rebelde, Tomo 4. Bogotá, Colombia: Pensamiento Crítico, p. 123, quien recupera el sentido de mestizaje y búsqueda de lo propio que tenía Francisco de Heredia, gran luchador y fundador del primer Partido Socialista en Colombia (1924-1926).

9 Fals Borda, O. (1982). *Historia de la cuestión agraria en Colombia.* Bogotá, Colombia: Valencia Editores.

10 De Hinojosa, E. (1905). *El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña.* Madrid, España: Librería Victoriano Suárez. Ots Capdequí, J. M. (1946). *El régimen de la tierra en la América Española.* Ciudad Trujillo: Editora Montalvo.

11 Fals Borda, O. (1982). *Historia de la cuestión agraria en Colombia.* Bogotá, Colombia: Valencia Editores.

Medio, como también la hubo sobre las vertientes de las cordilleras para desarrollar la cultura del café.[12]

Los mestizos "cósmicos" completaron así la conformación de nuestras raíces telúricas para alimentar no solo nuestra especial idiosincrasia regional de colombianos (una variada y rica "colombianidad"), sino también la ideología socialista humanista, libertaria y ecológica que aquí vislumbro. Estos son los valores triétnicos y pluriculturales –distintos de los de la élite blanca europeizante y citadina–, que habrá que cuidar y estimular con una posible política de retorno al campo en Colombia, si se quiere corregir la catastrófica situación nacional a que nos han llevado los aperturistas neoliberales.[13]

Erupciones históricas del socialismo raizal

El Movimiento Comunero-indígena de 1781

Las autoridades y paisanos "libres" que trasplantaron de la península ibérica los fueros antiseñoriales y cabildos autonómicos, respetaron en parte las tradiciones indígenas sobre organización social y territorial. Esta combinación mestizada, llevada a su climax por la dinámica poblacional, culminó en el Movimiento Comunero del siglo XVIII cuando ciento cincuenta pueblos se rebelaron. Entre nosotros fue notable que el pueblo Muisca o Chibcha, aparentemente pasivo hasta entonces, intentara reconstruir su imperio y restaurara su identidad al proclamar como nuevo Monarca de Bogotá y señor de Chía a un descendiente de los Zipas que vivía en Moniquirá (Boyacá), el tendero Ambrosio Pisco.[14]

No importa que el Movimiento Comunero hubiera fracasado y que el mismo Pisco resultó desleal, lo significativo del momento fue la movilización humana. Los valores primigenios subsistían en las comunidades agrarias y en los ejidos y con las prácticas solidarias que aún se observan en los Andes.

De los grupos indígenas y campesinos "libres" y mestizos, así como de los grupos negros que compartieron estas tierras en palenques de cimarrones libres, podemos deducir formas de producción y reproducción que son necesarias para llegar a la autonomía socioeconómica, cultural y alimentaria que nos conviene como pueblo, y a la ciencia propia que necesitamos para progresar. Sin mirar muy atrás al mundo destruido por la Conquista, podemos todavía hallar latente o manifiesto el espíritu colectivo y portentoso que hizo posibles las civilizaciones precolombinas. Los pueblos afectados supieron resistir.[15]

El golpe de Estado de 1854

Hubo, sin embargo, otro corto respiro socialista autóctono (con inesperado insumo europeo) en 1854 en lo que se llamó la Revolución del Medio Siglo. En parte haciendo eco a las revoluciones políticas de 1848 en el Viejo

12 López de Mesa, L. (1933). *De cómo se ha formado la nación colombiana.* Bogotá, Colombia: Librería Camacho Roldán.

13 Cf. Fals Borda, O. (2003). *Ante la crisis del país. Ideas-acción para el cambio.* (1a. ed.). Bogotá, Colombia: El áncora editores-Panamericana editorial, Cap. 2.

14 Briceño, M. (1880). *Los Comuneros*. Bogotá, Colombia: Silvestre y Cia. Para la zona andina sur, Costa de la Torre, A. (1973). E*pisodios históricos de la rebelión indígena de 1781*. La Paz, Bolivia: Ediciones Camarlinghi.

15 Fals Borda, O. (2003). *Ante la crisis del país. Ideas-acción para el cambio.* (1a. ed.). Bogotá, Colombia: En áncora editores-Panamericana editorial, cap. 4.

Mundo, acá se organizaron Sociedades Democráticas mayormente compuestas por artesanos y ciudadanos productivos que se oponían al libre cambio, como hoy nos oponemos a la apertura de la globalización: porque crea pobreza y perpetúa formas inaceptables de explotación.

Estimulados por dirigentes populares como Joaquín Pablo Posada y Francisco Antonio Obregón, los grupos convergentes del campo y la ciudad contaron con el apoyo del Ejército Nacional, entonces comandado por el general tolimense José María Melo. El general Melo, con los artesanos armados, se levantaron en abril de 1854 y por primera vez en nuestra historia, el pueblo se tomó el poder del Estado. La sorprendida oligarquía liberal-conservadora se unió entonces para tumbar a Melo, lo que consiguió con guerra en diciembre del mismo año. Pero la semilla del socialismo moderno, abonando el ancestral, quedó bien sembrada. Desde entonces no se ha podido erradicar del acontecer político colombiano.

La revolución inconclusa del siglo XX

Después de las guerras civiles y la grave secesión de Panamá en 1903, hubo ocasión propicia para volver los ojos a la tierra y descubrir los valores de nuestro pueblo. Ello no lo ofreció el bipartidismo, preocupado ante todo por mantener sus vínculos externos y el monopolio del gobierno, sino el socialismo moderno sobre bases autóctonas, que entró de frente por tercera vez a la lid política con sus propios hombres e ideas. Además, en la década de 1920 a 1930 el bipartidismo de la Primera República hizo crisis: por una parte, el conservatismo se había corrompido con los excesos del poder y del dinero; y por la otra, el liberalismo había quedado huérfano de iniciativas con que atacar al sistema decadente y volver a gobernar.

Estudiemos un tanto este período crucial. Una relectura de Ignacio Torres Giraldo, Gerardo Molina, Gonzalo Sánchez, Medófilo Medina y otros colegas que han enriquecido este campo con sus investigaciones, es conveniente para ello. Es también útil reexaminar los programas de los partidos socialistas colombianos entre 1924 y 1926. El primero suscrito por Francisco de Heredia fue el resultado de consultas con muchas personas del pueblo en varias regiones. Había medio centenar de periódicos socialistas y se habían realizado congresos socialistas y obreros. Se estaba adelantando un trabajo febril en el que se habían comprometido figuras como Raúl Mahecha, María Cano, Luis Tejada, Carlos Melquizo, Manuel Quintín Lame, Vicente Adamo, Juana Julia Guzmán y Tomás Uribe Márquez. Se veía que el socialismo se estaba imponiendo, y nuestro país empezó a suscitar preocupaciones internacionales. En la cresta de esta ola de activismo revolucionario surgió el Partido Comunista de Colombia.

La ofensiva contraria tuvo dos cabezas: la represión violenta con matanza de obreros y campesinos, y la cooptación de ideas y dirigentes que hizo allí mismo el partido liberal en sus Convenciones de Ibagué y Medellín, que copiaron o adoptaron algunas de las metas e ideales del socialismo. Significativo que con ellas el liberalismo ganara el poder en 1930 y en 1934 se empezaron a desarrollar algunas de las ideas nuevas en el llamado "Estado de bienestar" y con la "revolución en marcha". No llegó el socialismo como partido al gobierno, pero sin duda alguna triunfó en muchos aspectos ideológicos y programáticos sobre el bipartidismo tradicional. Colombia no fue más el país decimonónico contra el cual se

reaccionó en aquella década de trabajo revolucionario. Todavía estamos gozando de los restos de ella.

La ola socialista de los años de 1920 indujo la creación de una antielite, es decir, de un grupo de origen oligárquico que se identificó con las metas e intereses de las luchas populares por sus reivindicaciones. A ella pertenecieron, entre otros, don Luis Cano, director de "El Espectador", Roberto García Peña, futuro director de "El Tiempo", los escritores Baldomero Sanín Cano y Jorge Zalamea Borda, el poeta León de Greiff, y el joven político Jorge Eliécer Gaitán, autor de un primer estudio (su tesis de grado) sobre el socialismo. Era un fuerte movimiento crítico que resurgió en los años 1950 y 1960 del siglo XX con los grupos organizados alrededor de Antonio García y Gerardo Molina, y más tarde con las impresionantes campañas del Padre Camilo Torres Restrepo, Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo, Diego Montaña Cuellar y Carlos Pizarro, que pertenecieron también a esos años heroicos. Pero su obra quedó también inconclusa.

Otras erupciones del magma socialista

El gran auge de los estudios regionales que ha tenido lugar entre nosotros y en las universidades desde la década de 1950 muestra la persistencia de las raíces precapitalistas y solidarias en la organización social y económica de nuestros pueblos. Ello se advierte por los historiadores cuandoquiera que ha ocurrido una crisis local o regional, cuando vuelve a estallar el candente magma subterráneo que busca reforzar la vida y defender el agro para asegurar la subsistencia y estimular la productividad.

De allí el registro de revueltas convergentes, aparentemente aisladas, ocurridas desde finales del siglo XIX tales como las siguientes: la "comuna" de Pasto; la "república bolchevique" de el Líbano; la "república de Arauca"; la "comuna de Barrancabermeja; los "baluartes campesinos" del Sinú y tomas de tierras por usuarios de la ANUC; la marcha campesina del Sur de Bolívar hasta Cartagena; los "enclaves" libertarios de la Sierra Nevada de Santa Marta; los "palenques" de cimarrones en el río Cauca y la Depresión Momposina; las "colonias" y "provincias" en vertientes andinas y Llanos Orientales; los recios "resguardos indígenas" del Cauca y de Nariño; las "autodefensas" contra la violencia bipartidista; las "republiquetas" del Guayabero, Sumapaz y otras partes; y últimamente las "comunidades de paz" que buscan aislarse de guerrillas y paramilitares y autogobernarse. Todas estas experiencias han tenido raigambres o manifestaciones de las formas de vida del socialismo que queremos. Son experiencias acumulativas que los pueblos podrán recordar y revivir con esperanza, más aún si las universidades ayudan en este patriótico empeño, con investigaciones pertinentes. Claro que estos movimientos de tan antigua y respetable estirpe, se han visto frustrados a veces por la falta de visión y por el egoísmo de los dirigentes. O por represión ciega del régimen. Pero, el capitalismo rampante y autoritario que adoptó la burguesía como respuesta o reacción, no ha sido solución para nuestra sociedad. Ha habido una acumulación de frustraciones históricas (planteadas primero en 1956 por el profesor Luis López de Mesa): nuestros dirigentes han producido un país de tercera cuyos recursos pueden hacerlo de primera. Han sido imitativos y entreguistas ante lo norteño: no descubrieron la autoestima de lo nacional, lo popular y lo tropical. Sus propuestas no han servido para solucionar nuestras crisis.

Por fortuna todavía nos queda en Colombia mucho de valioso, precisamente aquello que el antiguo pueblo triétnico del común ha logrado defender de la rapiña, del despilfarro y de la corrupción de las clases dominantes y explotadoras, nacionales y extranjeras. Las organizaciones y movimientos populares pueden todavía mostrar salidas propias y revivir el sueño utópico, mostrar a donde debemos dirigirnos para reconstruir la nación: hacia la Nueva República, la República Regional Unitaria de Colombia a la que invita, con toda su fuerza visionaria, la Constitución Política de 1991.

No nos dejemos engañar, pues, ni como educadores y estudiantes, ni como ciudadanos y ciudadanas, por la interesada mentira de que el socialismo –y menos el autóctono– es una doctrina foránea, extraña a nuestra tradición y por lo mismo, subversiva. Esto solo demuestra una infinita ignorancia de nuestra historia y de la idiosincrasia de nuestros pueblos raizales. Por el contrario, el socialismo que queremos y necesitamos desarrollar puede ser más auténtico que el liberalismo o el conservatismo introducidos, ellos sí, por dirigentes europeizantes, y con dudosos resultados. El socialismo autóctono puede llevarnos con mayor satisfacción a la autoestima necesaria y al despertar del Kaziyadu, a lo que nos depara el siglo XXI, como antídoto del capitalismo entrópico.[16] Sirve también para el actual despertar de los pueblos iberoamericanos que marchan, con Brasil a la cabeza, en busca de su real autonomía.

Conclusiones

En cuanto a las consecuencias sociopolíticas que las ideas aquí expuestas puedan tener para resolver nuestras crisis, son varias las posibilidades. Una de ellas es redefinir el socialismo de origen europeo como lo he tratado de hacer aquí, para verlo de índole iberoamericano y mestizo con bases científicas propias, que pueda satisfacer las necesidades de identidad, justicia y paz de los pueblos de base, así en la ciudad como en el campo. Por eso me he atrevido a recomendarlo a movimientos populares emergentes como el Frente Social y Político, Unidad Democrática y otros, en los que actualmente milito.

No estoy proponiendo que se funde un nuevo partido socialista (el sexto en Colombia) sino que se reconozca a este tipo de socialismo raizal como aquella ideología capaz de dar sabor y consistencia a la esencia del nuevo partido unido que se necesita en Colombia para detener los efectos negativos del neoliberalismo, y las consecuencias deletéreas de nuestra guerra sempiterna.

La ideología autóctona o mestiza que percibo para frentear dicha situación y sus crisis, se fundamenta en antiguos valores de equidad, respeto por la vida y su entorno, altruismo y cooperación que vienen desde que el mundo es mundo. Son valores y actitudes todavía cultivados por nuestras gentes en sus comunidades de base, por los cuatro grupos etnoculturales que he mencionado: los aborígenes, las negritudes, los paisanos antiseñoriales y los colonos autonomistas.

16 Otro tratamiento sobre este desarrollo político autonómico a causa de las Reformas Políticas de 2003, puede verse en el libro colectivo: Gantiva, J., Sánchez, R. & Fals Borda, O. (2003). *¿Por qué el socialismo ahora? Retos para las izquierdas democráticas*. Bogotá, Colombia: Fundación Nueva República.

Vale la pena preguntarnos entonces si el ethos de la "raza cósmica" profetizada por Vasconcelos se encuentra en esa miscegenación cuadripartita. Parece evidente que esta mezcla en sus contextos geográficos ha producido la idiosincrasia regionalista –cultura y personalidad– del colombiano común y corriente. Este ethos "cósmico" es distinto del de los valores dominantes de la elite terrateniente, citadina, caucásica y capitalista que ha venido gobernando a Colombia. Los valores de esta elite se han orientado, por regla general, hacia la Estrella Polar y el Norte euroamericano, imperial y explotador de nuestras riquezas, y se han basado en el fomento del individualismo y en la acumulación dinástica de castas por el poder y el capital.

Es de esperarse que del avance de los valores del ethos cósmico pueda provenir el necesario pegante ideológico que permita aquella generosa sumatoria de movimientos y partidos de izquierda democrática, como era el propósito de mi libro de 1970. Ser socialista sería un factor de conciencia personal en dicha alianza, que humanizaría el proceso social y movería a simpatía por las razones que he mencionado.

Sería, pues, positivo contar con este tipo de cemento estructural como inducción para la acción política correctora de las crisis existentes, y como estímulo a la investigación comprometida con los cambios estructurales indispensables en nuestros pueblos y en la nación. En esta forma me parece que se ha enriquecido la concepción primaria de "ciencia propia" que introduje en mi libro de 1970, con elementos nuevos provenientes de principios endogenéticos, contextuales y tropicales introducidos por las ciencias naturales y sociales en los últimos decenios.[17]

Quizás podamos ahora entender mejor a la "ciencia propia" como aquella acumulación sistemática de conocimientos, técnicas y artes derivadas de la comprensión, usos y defensas del contexto tropical, sus gentes, valores, ambientes y culturas, que permiten equilibrar las disfunciones y descomposiciones producidas por el capitalismo, y hacer avanzar a las comunidades de base hacia organizaciones humanistas, libertarias y ecológicas del nuevo socialismo.

Mirar, entonces, como profesores, maestros y estudiantes, y como ciudadanos y ciudadanas a nuestro contexto amazónico, andino, paramuno y costanero con admiración y orgullo, y defenderlo, gozarlo, estudiarlo y aprender a manejarlo con respeto, todo ello puede ser buena parte de nuestra respuesta a la preocupación sobre alternativas ideológicas al capitalismo. Se trata de una respuesta utópica, si se quiere, que no nos debe asustar ni avergonzar. Porque en estos últimos cuarenta años, como los he percibido, hemos aprendido con el cantautor Joan Manuel Serrat, que sin utopías, "la vida sería un ensayo para la muerte, pues no tienen bastante con lo posible; son hechiceras que hacen que el ciego vea y el mudo hable, por subversivas de lo que está mandado, mande quien mande".

17 Esta es una tesis que presento en otro libro de mi autoría que apareció hace poco: Fals Borda, O. (2003). *Ante la crisis del país. Ideas-acción para el cambio.* (1a. ed.). Bogotá, Colombia: El áncora editores-Panamericana editorial. También la elaboro en otro de mis libros: Fals Borda, O. (1981). *Ciencia propia y colonialismo intelectual.* (5a. ed.). Bogotá, Colombia: Carlos Valencia Editores.

Elementos y desarrollos del socialismo raizal[1]

Las contradicciones del capitalismo neoliberal con sus exigencias desorbitadas y las guerras por intereses bastardos, en fin, lo que se ha llamado la "crisis moral y de los valores" han llevado a la humanidad despavorida a buscar alternativas políticas, económicas y culturales que le devuelvan, por lo menos, parte del equilibrio vital colectivo que desde la era neolítica permitió al *Homo sapiens* la creación civilizatoria.

No que el mundo hubiera estado huérfano de salidas a sus sucesivas crisis porque, en efecto, así lo muestra la historia universal. Las penúltimas crisis originadas por la Revolución Industrial a finales del siglo XVIII constituyeron punto de partida para la posterior problemática situación. Con la Ilustración y la Revolución Liberal en Europa, surgieron en Francia e Inglaterra perspectivas novedosas de reforma y protesta que recibieron diferentes denominaciones, entre ellas la influyente versión de Babeuf, *La Conspiración de los Iguales* (1797).

Los ensayos comunitarios de Owen y Saint-Simon a comienzos del siglo XIX recibieron el mote de "sociales", induciendo en sus autores la identificación como "socialistas". Solo apareció este mismo adjetivo en 1826 en Gran Bretaña y en 1832 en Francia para identificar a los Owenitas, a quienes más tarde Marx bautizó como "socialistas utópicos" para diferenciarlos de su propia corriente de "socialismo científico". Casi simultáneamente, hubo un grupo de antropólogos alemanes que dirigieron su atención a los orígenes de sus civilizaciones, y acuñaron el término *Ur-Sozialismus*. Así se amplió la Babel ideológica moderna sobre este tópico.

Destaquemos que lo que viene descrito fue lo ocurrido en la tradición intelectual europea. En sus fuentes ignoraron las evoluciones similares que en el pensamiento hubieran ocurrido, o todavía existieran, en culturas de otros continentes, como las de América aborigen, África y Asia. Está claro que en los otros continentes no habían sufrido los retos de la tecnología industrial y las terribles guerras como en Europa.

Pero, aunque en América a sus habitantes los vieron como seres subhumanos sin alma, fue posible descubrir después que tenían una estructura de valores similares, con capacidad técnica de construir otras sociedades

1 Resumen de explicaciones teóricas en reuniones llevadas a cabo en Bogotá, 2006-2007.

viables y civilizaciones excepcionales. Podían llegar a otras consideraciones ideológicas y valorativas como el *Popol Vuh*, reminiscentes de las europeas en cuanto al socialismo naciente o renaciente, si se aceptan las hipótesis sobre pueblos originarios que más adelante exponemos.

¿Hay convergencias sobre este plano ideológico y valorativo? Júzguelo el lector. De la experiencia europea del siglo XIX, el socialismo como idea fue resumida, con suficiente autoridad, por la Enciclopedia Británica, así: "Doctrinas propuestas por escritores que buscan una transformación completa de las bases económicas y morales de la sociedad, para pasar de un control individual a otro colectivo y de fuerzas individualistas por otras sociales en la organización de la vida y del trabajo".

Hoy sabemos que los dirigentes populares peruanos Mariátegui y Arguedas, sin disponer de aquella Enciclopedia, ni conocer sobre el *Ur-Sozialismus*; concluyeron que las culturas indígenas oriundas de América, en especial las del Inca que estudiaron y observaron personalmente, llegaron muy cerca a la definición inglesa. Sin entrar a la babélica discusión ya creada, conviene que lo que hoy se llama "socialismo" no quede reducido a la definición europea limitada a su propio contexto cultural e histórico, y que se enriquezca con el aporte específico de lo propio americano –y africano y asiático– con sus contextos. Incluyendo la considerable realidad de nuestro exclusivo mundo tropical.

El ejemplo de los dirigentes peruanos nos lleva a examinarnos como americanos y como regionalistas, para determinar nuestros propios orígenes telúricos y fuentes históricas, y rescatar lo que no puede ser otra cosa que la estructura valorativa precapitalista y de respuesta ecológica, con el nodo genético de cosmovisiones actuales de nuestros pueblos de base.

Estos pueblos de base son determinantes en la conformación de nuestras naciones –su cultura y personalidad–, más que los grupos elitistas cuyo norte y patrón ha sido la Europa decimonónica.

Por lo mismo, si examinamos la estructura de nuestros valores sociales y su evolución desde sus orígenes precolombinos, podremos articular con mayor firmeza los elementos constitutivos de nuestro socialismo autóctono, el socialismo que pueda dar respuestas a las crisis del capitalismo actual, como antes lo hicieron en Europa.

De allí nuestra preferencia a identificar nuestro socialismo como "raizal" y "ecológico", por tomar en cuenta las raíces histórico-culturales y de ambiente natural de nuestros pueblos de base. En esta forma respetamos la regla científica del papel condicionante del contexto que, a su vez, satura el *ethos* de los pueblos. El nuestro es diferente del europeo, y produce un socialismo raizal y tropical que es identificable por las gentes del común, que puede ser, por eso mismo, transformador de ideas en movimientos políticos. En esta forma la frase "socialismo del siglo XXI" adquiere un sentido más completo, entendible y defendible, que el que ha tenido hasta ahora.

Quedan por definir cuáles son esos pueblos de origen que, en su historia y en el actual momento, viven y defienden valores sociales fundamentales, que poseen características perdurables y universales. A pesar de la Conquista hispánica, todavía se siente el peso y la vitalidad de aquellos valores fundamentales. Estos pueblos son aún visibles e importantes, son aún actores de nuestra historia. Pueden y deben reconocerse como los creadores de nuestra verdadera identidad como Nación.

¿Cuáles son estos pueblos originarios? Como se detalla en otros apartes, hemos destacado cuatro: los indígenas primarios, los negros de los palenques, los campesinos-artesanos pobres antiseñoriales de origen hispánico, y los colonos y patriarcas del interior agrícola. De ellos derivamos, respectivamente, los siguientes valores fundamentales: solidaridad, libertad, dignidad, y autonomía, que son indispensables para construir y reconstruir nuestras comunidades hoy maltrechas.

Estos son elementos básicos de nuestro propio socialismo raizal, como consigna de acción política. Por razones éticas y de táctica electoral y presentación masiva en el PDA nos hemos referido al socialismo raizal con los términos de "democracia radical" que no solo es etimológicamente lo mismo, sino que tiene raíces a su vez en extraordinarias experiencias del Olimpo Radical en Colombia, entre 1861 y 1880.

Por estas razones, nuestro socialismo raizal, ecológico y tropical, es diferente del socialismo utópico y científico y de las escuelas realistas como las del stalinismo y el maoísmo. Estas escuelas están revaluadas y deben ser superadas en los dilemas que presentan desde la Revolución Rusa de 1917. Se sintió la importancia de esas doctrinas, no sin sectarismo y colonización intelectual.

Finalmente, ¿cómo se dibujan hoy los niveles técnicos y factores socioeconómicos que, según diversas autoridades mundiales, deben tomar en cuenta los socialistas raizales y demócratas radicales? François Houtart, de la Universidad de Lovaina, en su ponencia de Caracas sobre "El socialismo del siglo XXI" (marzo 3 de 2007) corrige el "de" del título de la jornada venezolana, que no tiene sentido, por el más significativo "para el siglo XXI". Houtart sostiene que el papel principal del socialismo es "superar el capitalismo", deslegitimándolo; corrigiendo la relación con la naturaleza; haciendo que el valor de uso predomine sobre el valor de cambio; la reconstrucción participativa y directa de la democracia; el respeto y estímulo a la diversidad de las culturas y adelantos de la ciencia; enfatizando la centralidad de la ética.

Boaventura de Souza Santos contribuye en esta búsqueda destacando la importancia de las raíces: "Nuevas identidades regionales, nacionales y locales están emergiendo, construidas en torno a una preeminencia de los derechos a las raíces. Tales localismos se refieren por igual a territorios reales o imaginados y a formas de vida y de sociabilidad fundadas en las relaciones frente a frente, en la proximidad y la interactividad". (*La caída de Ángelus Novus*, Bogotá, 2002).

Este importante concepto vincula el ordenamiento territorial bien hecho localmente a la construcción del socialismo raizal y subraya las relaciones sociales primarias, implícitas en las raíces de los pueblos originarios, en un nuevo mapa de Colombia, mejor concebido con base en las realidades locales, que así llegaría a ser más útil que el defectuoso mapa oficial. Sería el mapa de la realidad social y cultural del país, respetada por la administración oficial.

Es tiempo, pues, de retomar nuestra historia y geografía real, apreciar más nuestras culturas y revivir los valores fundantes de nuestras naciones y comunidades.

GLOBALIZACIÓN E INTEGRACIÓN REGIONAL

La globalización y nosotros los del Sur[1]

Vertientes de la globalización

Cuando se agudizaron las tensiones y conflictos producidos por lo que algunos gobernantes bautizaron como "globalización", nosotros los del mundo del común –en especial los del Sur, los del Tercero– empezamos a descubrir que estábamos arriesgando una parte esencial de nuestra razón de ser: aquella representada por nuestra idiosincrasia y alimentada por la cotidiana diversidad ambiente. El mundo había crecido, mal que bien, sesgado hacia la acomodación y la acumulación, como un gigantesco caleidoscopio móvil cuyas diferentes piezas, jugando libremente unas con otras, producían efectos, imágenes, procesos y objetos diversos de alcances infinitos, a veces bellos y positivos, a veces deformes o perversos, pero que se iban sumando en olas de integración más o menos ordenada.

Fueron necesarios los estallidos iracundos contra fondos y bancos en las calles de Seattle, Davos, Melbourne y otras ciudades desde hace algunos años para que aquellos sordos gobernantes con sus miopes asesores de cabecera empezaran a reconsiderar sus descomponedoras políticas de "apertura". No podían seguir despreciando lo social, lo cultural y lo humano para reducirlo homogéneamente a lo económico, como lo han querido los neoliberales y los planificadores estatales, sin generar dislocaciones, injusticias y crisis estructurales, cuyos malos efectos se han ido extendiendo a todas partes, afectando especialmente a los pobres y marginales.

La resistencia inicial a lo neoliberal dentro de esta globalización homogenizante fue creciendo hasta arrinconar en parte a los poderes mundiales. Perseguidos por las masas inconformes, ya para los poderosos no hubo otro sitio adecuado para volver a reunirse que el Emirato desértico y feudal de Qatar, lugar simbólicamente significativo del tipo inerte y arenoso de mundo al que nos quieren llevar para que solo quede la economía monopolizada, la de la violencia de los pocos sobre los más. Fue entonces necesario preguntarse sobre qué clase de globalización se estaba hablando, por las diferencias en sus efectos sobre las sociedades. Por eso es significativo que ahora haya tales resistencias igualmente en sectores insatisfechos y ex-

1 En el Foro Social Mundial Temático, Cartagena, junio 19, 2003.

pectantes del Primer Mundo, como las juventudes y los universitarios. Las revueltas callejeras contra el Fondo Monetario Internacional y los ricos del G8 en Ginebra y Lausana (donde residen los poderosos gnomos del capitalismo financiero) son síntomas positivos de protesta por el adverso cambio social que sufrimos en el Sur, los que buscamos un mundo mejor, más justo, democrático y participativo. Hoy muy pocos se declaran neoliberales: les da vergüenza. Sin embargo, quizás por inercia, aspectos de su orientación siguen vigentes. De allí la necesidad de seguirlos combatiendo.

¿De dónde provino y cómo y cuándo se fue articulando esta desigual y policefálica doctrina? Todos lo sabemos: provino de las altas esferas del poder y del conocimiento de Europa y Norteamérica, es decir, de los nichos generadores de la civilización occidental. Muchos interpretaron a la globalización como sucesora natural de las ideas de progreso y libre cambio introducidas por los filósofos de la Ilustración. Tiene poco nuevo desde este punto de vista; pero sus adherentes lograron detectar, desde la década de 1970 por lo menos, que la profecía de Carlos Marx sobre las tendencias expansivas universales del capital se estaba cumpliendo. Para aquellos, alegría por el libre mercado y la acumulación infinita que ya se dibujaban desde la época colonial. Para nosotros, los del común y los del Sur, tocaba apretarnos el cinturón y sufrir adicionales penurias. Por fortuna, a la obnubilante doctrina de la globalización se le podía descubrir el talón de Aquiles. Sus limitaciones en cuanto a la pobreza, el desempleo y el hambre, por ejemplo, pronto quedaron al desnudo y en escándalo de lo insoluble. Ahora, al seguir el examen, solo necesitamos disparar al talón que toque. Como enemigo de las formas patológicas que la globalización ha tomado, en especial con las políticas antipopulares, quiero recomendar que avancemos en el estudio de sus características, porque ello, por supuesto, ayuda al necesario contraataque del qué hacer. Es lo que me propongo esbozar ahora, con las dificultades de tiempo de todo panel, por lo cual anticipo mis excusas.

Tejido analítico-normativo del fenómeno

Para empezar, ya sabemos con mayor certeza que la desenfocada e injusta globalización que hemos conocido, es como un entretejido de dos hilos: uno analítico, para describir sus principales factores intervinientes, que son de naturaleza económica, política y cultural; y otro normativo, para destacar los valores subyacentes a los resultados que persigue en lo económico, lo político y lo cultural. No todos estos resultados son de rechazar: los pueblos en su sabiduría y con el sentido común –como lo han hecho antes– pueden escoger y adoptar algunos de ellos; pero estos deben ser determinados con cuidado, en especial a quiénes benefician o perjudican, en qué monto y a qué costo.

De allí que parezca válido ver a la globalización como una forma polivalente de llegar a la prosperidad o felicidad general, pero si se ejecuta bien. ¿Cuál es su alcance real? Según las políticas públicas que se adopten. Aquellas inspiradas en el neoliberalismo, ya lo hemos visto, han aumentado la miseria y las inequidades del mundo, pero en países desgraciados como Colombia, donde las maldiciones de esta escuela siguen de manera increíble aferradas al poder estatal, las miserias aumentan.

Pongámonos entonces los lentes de la hermenéutica para criticar estos mismos fenómenos. Podemos interpretar ahora la globalización por lo me-

nos de tres maneras: primero, como una serie de discursos muy diversos, por ejemplo, sobre capital social, tecnología comunicativa, impacto cultural, etc. Segundo, como un proceso inducido por acuerdos o reglas de desarrollo económico, como los del Banco Mundial, el posible ALCA, y la Organización Mundial del Comercio. Y tercero, como una institución macro o conjunto de instituciones macro, cuyos ejemplos más notables son las corporaciones multinacionales, muchas ÓNG, los tratados regionales, iglesias universales, y otras entidades y burocracias sin ciudadanía fija. Los interesados pueden concentrar productivamente su atención sobre cualquiera de estas tres modalidades.

Referencias territoriales

Si este tipo de análisis resulta insuficiente, podríamos entrar todavía más a fondo y estudiar las relaciones establecidas entre sociedades concretas y las prácticas que permiten o fomentan la globalización, especialmente desde el punto de vista de las libertades individuales y colectivas. Hay el marco fundamental de este tipo espacial/ territorial: el de los estados-naciones que han cedido, a nivel supranacional y más o menos voluntariamente, parte de su soberanía.

Desde el punto de vista espacial –muchos lo han dicho–, la globalización es un proceso de doble vía que va y viene desde arriba, en las altas esferas de las sociedades, y de abajo para arriba, desde las localidades y regiones con la gente del común y su cultura ancestral. Los canales de arriba abajo han sido dominantes y vienen condicionados por las oligarquías de la civilización occidental eurocéntrica y euroamericana y por sus contrapartes nacionales debidamente actuando como colonos intelectuales. Aquí confirmamos que la occidental es la civilización de origen que provee el sabor y el cemento para la expansión estructural de la globalización. Es su meollo geopolítico.

Este sabor es tenaz y sumamente contagioso. Se transmite en formas culturales, educativas y hasta subliminales que han usado al máximo las ventajas de la tecnología en los medios de comunicación; estos medios no perdonan diferencias geográficas, raciales o lingüísticas: afectan prácticamente a todo el mundo casi sin diferencias de edad o sexo. Es un efecto de contenido y forma sobre gustos y patrones psíquicos, que se prestan a la manipulación y son, en cierta forma, síntomas de opresión.

Una respuesta: glocalización contra eurocentrismo

Esta referencia-marco a naciones existentes cubre localidades y regiones específicas. La calidad localista tiene interés para los oponentes, porque abre un portillo de esperanza para combatir los malos efectos parciales de la globalización, determinar sus flancos débiles y enfrentarlos con fuerzas territoriales de resistencia. Estas fuerzas, pocas veces anticipadas y menos aún apreciadas por los economistas que fungen como asesores de gobiernos, son las que, una vez articuladas, dan origen a una realidad política contemporánea con un fuerte sentido crítico, cual es el de la "glocalización", que cambia la "b" de "bárbaro" por la "c" de "corazón".

Según Boaventura de Souza Santos en su libro *Hacia un nuevo sentido común* (1995), se trata de "localismos globalizados" y de "globalismos loca-

lizados", que muchas veces van acompañados por movimientos sociales y políticos y otras expresiones de la sociedad civil. Esta es una hipótesis feliz que favorece nuestro enfoque crítico. Coloca bases para nuevas prácticas de ciudadanía global que convergen en lo que hemos bautizado ya como "glocalización".

Pero en estas mismas formas y medios peligrosos y ambivalentes aparece un factor analítico limitante de gran interés para montar nuestra defensa en el mundo del Sur: este factor es la determinación contextual del eurocentrismo nodal. Tal como fue definido por el colega egipcio Samir Amin en 1986, el eurocentrismo es la expresión culturalista de las tendencias expansivas del capitalismo. Como tal, es componente articulador de la globalización reciente que llega a nuestros campos y ciudades, el que socava nuestras costumbres, idiomas y visiones cósmicas.

Para entender el impacto de este otro fenómeno, es necesario contextualizar los procesos involucrados. El hecho de que nuestro entorno sea el muy especial y maravilloso de los trópicos y subtrópicos andinos y amazónicos, condiciona y limita los efectos distorsionadores y perjudiciales de la globalización capitalista. Aprovechemos al máximo esta ventaja diferencial de origen por el saber local, la genética y la historia. Hay multinacionales farmacéuticas engolosinadas con nuestra biodiversidad por viejas razones de explotación. Hoy, por fortuna, asistimos a una rebelión muy extendida contra las influencias y efectos del eurocentrismo elitista y hegemónico en los campos cultural, económico, científico y técnico. Es una rebeldía por la justicia que se expresa en la glocalización. Esta ofrece un interesante enfoque alternativo para el qué hacer, que también es mundial, pero desde el lado opuesto en la estructura social y territorial para buscar la emancipación de los pueblos, algo que puede equilibrar las fuerzas monopólicas y opresoras de Occidente.

Sigamos, pues, cambiando dialécticamente la feroz "b" por la esperanzadora "c" de la glocalización. Esto se hace muchas veces con prácticas sencillas pero eficaces. Por ejemplo, en el caso de la Costa Atlántica colombiana, ello requiere reforzar políticas culturales y económicas dirigidas a defender las clases productivas y trabajadoras, los grupos indígenas y afrocolombianos; revivir raíces étnicas, costumbres y lenguas autóctonas; apoyar a los juglares y festivales de la música popular; recuperarla historia campesina, regional y barrial; honrar a los luchadores y soldados del pueblo y no solo a los generales de los ejércitos; estimular la investigación de los contextos propios y la creatividad científica y técnica; y sobre todo tener autoestima y actitudes de dignidad y respeto por las características esenciales de las regiones territoriales. Todo esto sumado y defendido es imbatible. Además, está pleno de vivencias y satisfacciones incomparables.

Otras alternativas del qué hacer: segundas repúblicas

Como lo he recordado, el conflicto que queremos estudiar y comprender está planteado y va en curso, con erupciones en diversas partes de la tierra. Las alternativas geopolíticas sobre tácticas y estrategias son pocas: o dejamos que se estabilice el imperio neoliberal armado y unipolar, que bien estudian Toni Negri y Miguel Hardt en *Imperio*. O toleramos que se sigan deteriorando las estructuras en crisis de las naciones-estados del modelo

Westfaliano centralista, como es el caso de Colombia y de muchos otros países. O propugnamos por la lucha desde abajo, con la glocalización cultural, económica y política como punto de referencia y signo de resistencia.

Me parece que esta tercera opción es la que debe ser la de todos nosotros los que estamos auténticamente preocupados por la horrenda situación creada por los defensores del sistema dominante. Si esta opción se desarrolla, parece inevitable que lleve a cambios fundamentales en materias tales como la concepción de la autoridad legítima y de la política, la coresponsabilidad de gobernados y gobernantes, la veeduría socioeconómica comunal, y la economía solidaria. Abriría las compuertas para otra gran revolución, evocadora de las del pasado, aunque quizás sin los servicios de partera de la violencia armada tradicional.

Esta otra gran revolución se puede fundamentar en la acumulación organizada de experiencias, luchas y saberes que suministran los diversos frentes de la glocalización. Si el proceso local se reduce no más que a lo local y coyuntural, y no trata de coordinar sus fuerzas regional y nacionalmente, hasta llegar también al nivel mundial –donde reposa el gigante global enemigo–, poco se habrá ganado. Por lo tanto, la consigna resultante puede ser la siguiente: organizarse políticamente y combatir por el dominio del poder estatal en todas partes, para arrancarlo de las manos de quienes hoy lo aprovechan en perjuicio de las mayorías productivas.

Esta consigna, por supuesto, no es nueva: es cíclica, quizás permanente. Para estos grandes propósitos han servido siempre los movimientos sociales y políticos abiertos, pluralistas y participativos, así como los partidos de la izquierda democrática y socialista que, como los de América del Sur con el PT brasilero a la cabeza, nos han dado fructuosas lecciones. A ellos tengo el privilegio de pertenecer, en el Frente Social y Político de Colombia que he considerado sucesor de similares y valiosos esfuerzos. Son experiencias sumatorias en las que, en una u otra forma, se ha logrado fraguar el cemento programático o ideológico necesario para conformar organizaciones de masas consecuentes con nuestros ideales. Los amigos de las multinacionales y monopolios, los aperturistas que se aprovechan de las privatizaciones de empresas estatales, también se han organizado en su propia diversidad, creando una aplanadora universal que hay que detener. Nuestro cemento fundante, en mi opinión, no puede provenir de las vertientes dominantes actuales, sino de la renovada ideología del socialismo humanista, libertario y ecológico que es el opositor dialéctico del capitalismo que está llevando al mundo a la destrucción.

Dentro del gran complejo represivo, destaco lo que ha venido ocurriendo con las clases trabajadoras, especialmente en América Latina. Los obreros, campesinos e indígenas están sujetos a una cruel ofensiva que mina sus sindicatos, comunidades y resguardos, recorta sus conquistas e ignora sus derechos. Las prácticas opresoras de los gobiernos en este campo quedan bien ilustradas con el caso de Colombia y lo recientemente decidido aquí, que está erodando peligrosamente el Estado Social de Derecho consagrado por la Constitución Nacional. Estas prácticas opresoras y persecutorias de sindicatos y derechos, deben ser corregidas. El monopolio del poder, cuando se expresa unilateral y represivamente como ha ocurrido aquí, viene a ser sinónimo de tiranía. Y la tiranía lleva a la rebelión justa de los pueblos empobrecidos y perseguidos, desempleados, desplazados y explotados.

Este no debe ser el sentido ni la justificación ni el resultado de la tan cacareada globalización. Hay que voltear la torta, y mientras más rápido, mejor. Organización y acción, tal es la necesidad que proviene de la crisis de miseria y hambre, y también de gobernabilidad, que busca paralizar por el terror. La paciencia y la pasividad deben terminarse: por fortuna todavía hay con qué hacerlo, y con quiénes hacerlo.

Estos problemas de gobernabilidad y represión a todo nivel, llevan a plantear, finalmente una formula macro que podría sintetizar muchas, si no todas, las metas y aspiraciones políticas que he mencionado. Esa fórmula macro es el establecimiento de nuevas o segundas repúblicas que, inspiradas en pegantes ideológicos alternativos como el socialismo raizal, e impulsadas por estos, subviertan y suplanten a las estructuras gubernamentales existentes que, por definición y convicción, deben ser transformadas.

Se trata de un proceso más profundo y diferente que los que han llevado a países como Francia y Venezuela a "quintas repúblicas". En Colombia –y en otros países americanos– se empiezan a afirmar pueblos originarios, como son los indígenas, los palenqueros negros, los campesinos y artesanos antiseñoriales y los colonos-patriarcas internos, al tiempo con valores fundantes y universales como la solidaridad, la libertad, la dignidad y la autonomía. Recobrar y reformar en términos actuales estos valores y los pueblos que los han conservado a pesar de catástrofes seculares, y al repelo del neoliberalismo y la autocracia, puede resultar en la mejor respuesta, de tú a tú, a la globalización capitalista, y con el mejor afianzamiento de los procesos de glocalización.

Todo lo cual puede llevar, a su vez a replantear alianzas multinacionales en nuestro sur, con la paradigmática República de la Gran Colombia Bolivariana. Sería otras de las grandes respuestas a los retos eurocéntricos aquí revelados.

Conclusión

Redondeando, pues, la argumentación, vemos que para hacer frente con la globalización a los embates de la globalización desaforada, y para defender los espacios populares que dramatizan la historia y cultura de nuestras regiones, naciones y repúblicas, debemos comprometernos activamente con los esfuerzos por reivindicar los valores fundantes que provienen de nuestra diversidad étnica, cultural y natural, en especial los atributos biodiversos de nuestros trópicos. Este es un gran reto. Aunque pueda haber modernización congruente o armónica con estas políticas, es necesario seguir defendiendo concepciones tradicionales inspiradas en el socialismo humanista y ecológico que ha caracterizado, desde tiempos precolombinos, a nuestra vida campesina, indígena, silvícola, pesquera y minera. Son otras formas, más humanas, de ser, pensar, crear y producir que los capitalistas no pudieron apreciar, pero que siguen vivas a pesar de todas las hecatombes sufridas desde 1492.

Los elementos afectivos y emotivos de la globalización –los de la vivencia popular y cotidiana y su movilización, que apenas he esbozado aquí– representan una fuerza antihegemónica que neutraliza la razón instrumental de los procesos de globalización, ese complejo frío y letal que transmiten los expertos eurocéntricos y sus colonos intelectuales, los medios comu-

nicativos y las agencias internacionales. El corazón, tanto o más que la razón, ha sido hasta hoy un eficaz defensor de los espacios de los pueblos que aún quedan en actividad raizal. Tal puede ser nuestra fuerza secreta, aún latente, porque otro mundo es posible. Vale la pena ir desplegándola y movilizándola con toda justicia, contra los poderosos de la tierra que no parecen tener alma.

La glocalización: una mirada desde Mompox[1]

Al caer en las violentas trampas neoliberales de la globalización que quiere homogeneizar todo –obsesión de economistas hipnotizados por el frágil oropel técnico que ha revestido su disciplina–, el mundo del común ha ido descubriendo que estaba arriesgando una parte esencial de su razón de ser: aquella representada y alimentada por la cotidiana diversidad ambiente. El mundo había crecido, mal que bien, sesgado hacia la acomodación social, y como un gigantesco caleidoscopio móvil cuyas piezas, jugando libremente unas con otras, producían efectos, imágenes, procesos y objetos de alcances infinitos, a veces bellos, a veces deformes, pero que se iban sumando en olas congruentes de integración más o menos pacífica y ordenada.

Esta diversidad cósmica en el orden de la paz ha sido fuente de vida y de creación, porque en los contactos, intercambios y conflictos entre diferencias y diferentes se han ido formando dimensiones nuevas, funcionales o disfuncionales para la continuidad de la existencia y para la infinita transmisión del papel de la persona humana como hacedor de destinos históricos y complejos culturales.

Fueron necesarios los estallidos iracundos de las calles de Seattle, Davos, Melbourne y otras ciudades desde hace tres años contra fondos y bancos, para que aquellos sordos gobernantes con sus miopes expertos de cabecera empezaran a reconsiderar sus descomponedoras políticas. No podían seguir despreciando lo social, lo cultural y lo humano sin generar dislocciones, injusticias y crisis estructurales, cuyos efectos se iban extendiendo a todas partes.

La resistencia a lo neoliberal dentro de la globalización homogenizante de la fuerza fue creciendo para arrinconar a los poderes mundiales. Perseguidos por las masas inconformes de muchas partes, ya para los poderosos no hubo otro sitio adecuado para volver a reunirse que el emirato desértico y feudal de Qatar: lugar simbólicamente significativo del tipo inerte y arenoso de mundo al que nos quieren reducir para que solo quede la economía global, la de la violencia de los pocos sobre los más.

1 Ponencia en el foro "La Cultura le declara la paz a Colombia", organizado por el ministerio de Cultura en Mompox, el 2 de diciembre de 2001. Este foro tuvo amplia representación internacional y presencia de agrupaciones culturales populares de la región costeña y del mundo intelectual nacional.

Nuestro país no ha sido excepción para estas fuerzas destructivas de lo sociocultural y de sus principales patrimonios, así los materiales como los intangibles. Además, lo hemos pagado en términos de ingobernabilidad, pobreza y violencia. Por fortuna, el neoliberalismo está pasando de moda, aunque sus secuelas se sigan sintiendo. Desde diferentes ángulos se han empezado a descubrir formas para equilibrarlas. Porque a la persistencia de las políticas de globalización y a la angustia de la incertidumbre que las acompaña se puede contestar como un proyecto de compromiso activo y colectivo, con la vivencia histórica que nos viene de comunidades precolombinas socialistas a su modo, y con el sabor específico de lo local, en un saludable proceso de reacción de los pueblos que se ha denominado "glocalización".

¿Cómo se puede ver desde Mompox ese loco proceso universal que tiende a la autodestrucción, como Sansón en el templo filisteo, al ignorar fuerzas y raíces ancestrales en lo social y lo cultural? Con la seguridad que brinda nuestra propia vivencia y con la serenidad que proviene de nuestro "dejadismo" táctico raizal, tenemos la oportunidad de examinar y actuar con la ventaja adicional de sesionar bajo el auspicio del ministerio de Cultura, el Convenio Andrés Bello y la Fundación Candelario Obeso, en uno de esos privilegiados recintos designados por la Unesco como "patrimonios de la humanidad". Podemos usar de este privilegio –tan justificado además– para volver los ojos hacia un lado olvidado de la globalización y tratar de entenderla desde abajo, desde los lugares y sitios donde puedan originarse las fuerzas y energías necesarias para frustrar la destrucción amenazante. Mompox y la Depresión Momposina satisfacen esta especificidad como lugar lleno de sentido y simbolismo, esto es, pueden ilustrar mecanismos eficaces de glocalización para defender valores centrales que pertenecen al corazón de nuestra cultura y personalidad y que, por lo tanto, no pueden perderse.

Para el éxito de lo que hagamos con la glocalización debemos tener dos referentes: uno, que lo universal válidamente sostenido y útil para nuestros fines, pueda aún tomarse en cuenta, no ignorarlo; y dos, que los lastres de injusticia, inequidad, guerrerismo, autoritarismo y explotación que aún quedan de la tradición, se vayan descartando. La idea principal es recuperar el mundo fascinante, aún vivo, de los valores y actitudes raizales, con su propio sabor y acendrada consistencia solidaria.

Comencemos, pues, recordando que la Depresión Momposina es un emporio actual y potencial de riqueza agropecuaria que es, al mismo tiempo, un paraíso de culturas precapitalistas y anfibias típicas de nuestro trópico. Por aquí, para nuestra fortuna como pueblo, todavía campea el precapitalismo humanista, una filosofía popular informal y bondadosa inspirada en ideales de cooperación y suma de esfuerzos, muy cercana al socialismo utópico y al anarquismo idealista. Vale la pena recordarlo en cuanto a sus incompatibilidades con el capitalismo salvaje e individualista que ha querido imponerse en Colombia.

Cuando vale más la palabra de honor que el contrato escrito de mala fe, y se ha sabido vivir y dejar vivir calculando el progreso posible, vamos andando por el buen camino. Así ha sido en la Depresión Momposina hasta hace poco, cuando nos invadieron las fuerzas extrañas del cambio armado que han roto la ilación de nuestra modalidad pacifista. Aquí el "hombre hicotea" y el "hombre caimán", ambos como seres desarmados, o más bien como seres armados con el amor, el sentipensamiento y la resistencia físi-

ca y cultural, han desarrollado una serie de técnicas de sobrevivencia y de identidad aparentemente sencillas pero sumamente eficaces que, en condiciones de estímulo, harían subir de manera prodigiosa los niveles de vida y educación de la población, sin necesidad de expertos extranjeros.

Es mucho lo que la cultura anfibia nos puede enseñar en este medio ambiente tan especial. Y es mucho todavía lo que podemos gozar con ella. Recordemos, por ejemplo, la proeza regional de la construcción de camellones para control de aguas y producción de alimentos durante el siglo X de nuestra era, descubierto en nuestra zona en toda su magnífica complejidad. Aquí nacieron el ñame y la yuca, echó raíces el maíz y se multiplicaron los camarones y el bocachico. Experiencia admirable e invención eficaz la de aquellos ingenieros zenúes y malibúes, que han merecido la atención de técnicos holandeses como opción válida de reconstrucción autógena. Esto nos ayuda a sacudir el complejo de inferioridad por lo que somos, que los colonos intelectuales eurocéntricos de todos los tiempos nos han venido sembrando.

Es fácil ver y entender las incompatibilidades entre el capitalismo y las actitudes ancestrales, si examinamos también aquel colectivismo vital, antibélico y productivo que caracterizó aquí a la diáspora campesina, negra e indígena desde finales del siglo XVIII, en las Tierras de Loba. Nuestros antepasados huyeron del río Magdalena y entraron a los caños ignotos de la Depresión cuando el gran río se convirtió en avenida de muerte con champanes armados y barcos blindados durante la época de los conflictos civiles. Los campesinos auténticos huyeron de la guerra para construir la paz en comunidades vírgenes, donde surgieron caseríos autónomos, con sus propias autoridades e interesantes invenciones, en feliz ausencia de los contaminados gobiernos centrales.

Cuando el historiador recuerda estos hechos relacionados con nuestro *ethos* pacífico, se pueden entender mejor las dificultades que tendría aquí un "cara de palo" como el magnate Bill Gates para apreciar y gozar del mamagallismo que nos caracteriza. No aguantaría las pulsaciones anímicas que produce el sonido de nuestras gaitas andróginas, trastabaría en el sereno paso de la cumbia que va precisamente marchando contrarreloj, algo inadmisible en el Banco Mundial. Los novatos del cambio neoliberal no entenderían aquello de "ir por la tierra cantando" o lo de "sombrero, vaquero y lucero" que hacen vibrar de emoción al raizal momposino y a toda la Costa.

¿Cómo se podría traducir al inglés o al alemán el remolino emocional de "La Piragua", nuestro posible himno regional? ¿O el mensaje recóndito de las tamboras y la vibración del carángano? ¿Serán capaces de entonar melodías aplicando a los labios la hoja del limón, como lo hacen nuestros niños? ¿Cómo duplicar la histórica juglería que acompaña a los verdaderos vallenatos, como los de protesta y relato social?

Dirán los escépticos que nada de lo que he recordado aquí es acumulable en términos de dinero. Claro que no, si se quiere ser econométrico. Se trata de otro concepto de riqueza, de pobreza y de satisfacción humana que sobrepasa la capacidad mental del Fondo Monetario Internacional. Más rica siempre fue la dirigente socialista Juana Julia Guzmán en su choza de Montería que ningún director de banco. Porque Juana Julia era rica en la dignidad que escasea en otros círculos. Suficiente eficacia política y haber económico tuvieron dirigentes de cotiza y cultura como Francisco Serpa, el director de las danzas del pueblo, que logró articular con éxito la resisten-

cia de San Martín de Loba contra la intervención norteamericana de 1920, en la llamada "guerra de la Burrita". Eran pobres ricos, excedidos en sabiduría y experiencia y en el conocimiento de su medio ambiente, expertos en cultura anfibia, que hubieran podido fundar allí mismo el Colegio Momposino del Trópico, para admiración del mundo y ejemplo de colombianos.

Si a todo ello aplicamos además las fórmulas embrujadoras de nuestra cocina macondiana, la magia de nuestros chamanes, los secretos de la biodiversidad selvática que tienen los aborígenes, y la malicia telúrica de nuestra dejadez, sabremos comprender el por qué de la eficacia posible de la resistencia glocal.

Por fortuna, el tropicalismo anfibio y pacífico del "dejao" activo de la Depresión Momposina se extiende a otras partes, desde el Chocó hasta el Amazonas. Aquí y allí existen agrupaciones decididas a defenderse, por medios constructivos, como la juventud con su futuro incierto, las mujeres oprimidas y sobreexplotadas, los ancianos relegados a sí mismos y los marginales desplazados y sujetos a delincuencia y a la violencia armada. Son los grupos que, para subsistir, han dependido y siguen dependiendo de espacios locales y de comunidades específicas, esto es, de la glocalización que vengo describiendo y alabando para comprometernos prácticamente con ella.

Prestar atención y reforzar a las entidades territoriales locales, a sus habitantes y recursos, es decir, a las bases civiles y raíces regionales y provinciales, con sus patrimonios históricos y culturales, se convierte así en una táctica universal de supervivencia colectiva. Tal puede ser la esencia de la enseñanza de Mompox y su Depresión, como patrimonio de la humanidad. Estos son los espacios donde los derechos endógenos a la variedad, la diversidad y la creatividad hacen parte de la vida cotidiana, donde las gentes, valiéndose de la memoria colectiva y de la comunicación oral, "tejen el presente con los hilos de su propia historia". El vecindario, la vereda, el caserío, el barranco, la ciénaga, el caño y el playón son bioespacios fundamentales desde este punto de vista, por su conocido papel en la formación de la personalidad y la cultura.

Redondeando, pues, nuestra argumentación, vemos que para hacer frente con la glocalización a los embates de la globalización desaforada, y para defender los espacios populares que dramatizan la historia de nuestra región, debemos comprometernos activamente con los esfuerzos por reivindicar los valores que provienen de nuestra diversidad étnica, cultural y natural. Aunque pueda haber modernización congruente o armónica con estas políticas, es necesario seguir defendiendo concepciones tradicionales inspiradas en el socialismo humanista que ha caracterizado, en especial, a nuestra vida rural e indígena. Son otras maneras de pensar, de ser y de crear que los neoliberales no pudieron apreciar plenamente.

Los elementos afectivos y emotivos de la glocalización –los de la vivencia popular y cotidiana que apenas he esbozado aquí– representan una fuerza antihegemónica que neutraliza la razón instrumental de los procesos de globalización, ese complejo frío y letal que transmiten los expertos, los medios comunicativos, y las agencias internacionales. El corazón, tanto o más que la razón, ha sido hasta hoy un eficaz defensor de los espacios de los pueblos que aún quedan vivos y activos en muchas partes.

Como he dicho, tal es la enseñanza que hemos recibido, antes y ahora, de Mompox y de su cosmos regional, el Mompox de la insurgencia de las

provincias, el de la dignidad humana representada en su historia y cultura específicas. Tal es la importancia y trascendencia de la celebración en la que "la cultura quiere declararle la paz a Colombia", un proceso fundamental con el que se puede reconstruir y refundar nuestra castigada nación.

Hacia la gran Colombia Bolivariana: bases para enfrentar peligros internacionales[1]

Algunas estrategias de defensa

El asunto que aquí nos congrega está claro, por lo menos para mí: como nuestros países de la tradición bolivariana –Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá– están sujetos a presiones exógenas inconvenientes que provienen de la actual globalización comandada desde el Norte, tenemos que organizar más y mejor nuestras defensas.

De diversas fuentes nos llegan advertencias sobre el cuidado que hemos de tener en nuestras relaciones con los norteños y sus agentes o representantes en cada país. Los recientes desarrollos tienen que ver con propuestas interesadas que nuestros gobiernos han recibido: tratados de libre comercio, modernización de ejércitos, cielos abiertos, guerra al panterrorismo, etcétera, que llevan al neoliberalismo, el belicismo y de pronto al neofascismo. En general, estas propuestas ponen en aprietos nuestra viabilidad e independencia como naciones y nuestras identidades como pueblos. No podemos, pues, quedarnos quietos.

Una obvia reacción vital de defensa ha sido la de unir fuerzas, recursos y conocimientos. Por ejemplo, en nuestro caso, hay iniciativas de agrupación regional de índole económica y comercial, como en el Mercosur y otras en la Comunidad Andina de Naciones. Entre los países bolivarianos mencionados se han venido activando programas de integración en campos culturales, universitarios, comerciales, agrícolas, etcétera, y algunos tratados y acuerdos binacionales, como los realizados entre Venezuela y Colombia desde 1941, han tenido efectos positivos. El caso más reciente lo constituye la reunión presidencial de El Tablazo (Zulia) hace pocos días, donde con una cordialidad misteriosa y bienvenida que no se veía desde algunos años, se aprobaron grandes proyectos energéticos comunes, aunque estos invitan al cuidado de las comunidades afectadas, en especial las del litoral del Pacífico. Gracias a estos pasos importantes, pero sectoriales y a veces declamatorios, no nos sentimos aún totalmente inermes. Hemos adelantado en la mecánica del quehacer conjunto, con alianzas tácticas y una integración

1 En el Parlamento Andino, Semana de la Unidad Andina, en Caracas, julio 26 de julio de 2004.

que algunos han llamado "con hechos". La hermandad patriótica y las muchas décadas de intercambio familiar, personal, educativo y político entre nuestros pueblos, también han dado frutos. Pero nos falta mucho más en el campo geopolítico y en lo valorativo y cultural para la construcción de un solo y grande *ethos* vinculante para los cuatro países bolivarianos. Son los retos que en términos generales se pueden designar como los de una antiglobalización endógena y antihegemónica de supervivencia –los procesos de "glocalización" postulados en otras partes– que luchan ante todo por el bienestar, la vida y las expresiones altruistas y democráticas de nuestras gentes del común.

Estas situaciones de estrés y angustias vivenciales me llevaron, desde el año pasado, a revivir públicamente el viejo y clásico tema de la Gran Colombia, como asunto altamente pertinente, por virtud del legado de los libertadores venezolanos, neogranadinos y quiteños que lucharon juntos por la independencia de nuestros cuatro países.

Inicié las presentaciones precisamente en el marco de la Comunidad Cultural Andina, en su reunión de Lima en noviembre de 2003. Seguí con lo mismo en el presente semestre, en cinco diferentes universidades colombianas, con el estímulo del Frente Social y Político al que pertenezco. Hoy tengo el honor de compartir estas preocupaciones en el prestigioso recinto natural del Parlamento Andino, y con la feliz ocasión de la Semana de la Unidad Andina y el Foro sobre el Pensamiento Bolivariano. Lo cual a su vez me ha añadido el placer de volver a esta querida ciudad y sentir de nuevo el fervor del pueblo venezolano que ansía dar firmeza a los importantes logros democráticos que ha alcanzado en los últimos tiempos, y ganar un cambio colectivo que no puede verse sino como radical. Les deseo todo el éxito posible.

Las perfierias se centralizan

Las innovaciones de la globalización han llevado no solo a la descomposición social en todas partes, incluso en el propio Norte del mundo, sino también a ciertos resultados inesperados. Uno de ellos es el surgimiento de las periferias, en reacción por el tradicional tratamiento que han recibido de los centros dominantes. Los oprimidos y otras víctimas de la historia occidental tienden hoy a sacudirse, dejarse sentir y hacerse oír, lo que es inusitado. En este contexto, las fronteras olvidadas y las zonas marginales en las que se han localizado, están adquiriendo un buen peso específico.

Ello ocurre por la drástica y reciente reducción de la dimensión espacio/tiempo y por el aumento en la velocidad de la comunicación. Ahora las fronteras territoriales y sus zonas tienden a extinguirse y están causando efectos lejanos, como el de la mariposa de los teóricos del caos, para desempeñar funciones paralelas a las centrales y/o tareas que antes eran monopolizadas por los centros o adscritas solo a estos. (Cf. Fals Borda, 2004). Reflejan así con dramatismo y claridad problemas estructurales de las sociedades respectivas, en especial las del Estado-nación, convirtiéndose en fraguas de crítica y cambio como laboratorios sociales espontáneos que reflejan las contradicciones de la gran sociedad. Pues bien, este efecto de eco reflector desde lo marginal que llega al Estado-nación, puede servir también para defender ciertas tradiciones e identidades sustanciales, hoy amenazadas por el desequilibrado desarrollo globalizador.

En este sentido, la aceleración cibernética de la ecuación espacio/tiempo, lleva a mirar los conocidos contenedores territoriales de los estados bajo otra luz y más allá. Invito a prestar atención a dimensiones que desbordan a la región administrativa para llegar a las implicaciones de lo suprarregional y lo supranacional: es decir, a la integración funcional entre naciones existentes. Esta tarea debe ayudar a llevarnos a la aurora de la nueva Gran Colombia, la del siglo XXI.

Para alimentar estas posibilidades sumatorias, conviene examinar apoyos valorativos, como son las raíces ancestrales y actitudes que conforman e impulsan el progreso. Son valores definitorios de las gentes de los trópicos y subtrópicos que nos han pertenecido desde que el mundo es mundo. Vale la pena cuidar, regar, abonar y multiplicar esas raíces sobre este mundo espantoso que otros crearon en contextos norteños y mediterráneos, que hemos heredado más como imposición y no como un acto creador propio. En las fronteras, periferias y otros lugares relegados de nuestros países, pueden estar los ejércitos de reserva humana y cultural de nuestras naciones en peligro. Por eso siento que ha llegado el momento de la articulación activa de las márgenes nacionales como parte incitante de la gran ola de vida poscapitalista, posdesarrollista y posmoderna que nos ahorren las catástrofes anunciadas.

Morfología de las fronteras

Para ver la región territorial más allá de sí misma, voy a examinar algunos aspectos morfológicos binacionales concretos, que van desde la Guajira hasta el Orinoco y el Pacífico, para equilibrar la ladeada simetría de las divisiones administrativas actuales. Con estas morfologías binacionales podemos hacer frente a problemas estructurales que afectan al bien común, especialmente los derivados de la situación internacional.

Recordemos que esta doctrina del bien común –todavía insatisfecha por los gobiernos como tantas otras promesas del Iluminismo del siglo XVIII– fue la que propusieron los Libertadores en el Congreso de Angostura al constituir la República de Colombia, la Grande, el 17 de diciembre de 1819. Recordemos también que en 1863 los constituyentes de Rionegro en Nueva Granada cambiaron el nombre de la República por el de Colombia, con el fin de impulsar la misma idea de integración supranacional, y que el presidente de entonces, Tomás Cipriano de Mosquera, eliminó las visas para los residentes de Venezuela y Ecuador. Estimo que esas viejas metas de integración latinoamericana, total o parcial, tan trascendentales como incumplidas, son recuperables por razones tecnocientíficas que les dan ahora mayor vigencia (Ocampo López, 1981).

Para realizar este gran objetivo de integración entre naciones vecinas y llegar a la meta de una segunda Gran Colombia (no importa el nombre) entre nosotros, es necesario localizar el asunto técnica y conceptualmente en por lo menos dos modalidades de trabajo: una proviene de la geografía humana, y la otra de las ciencias etnoculturales. Vamos a examinar esta morfología según hechos y condiciones palpables de las actuales zonas fronterizas.

El proyecto geográfico es aquel que enfoca cuencas fluviales como ecosistemas que ocupan porciones de países vecinos –Colombia, Venezuela, Bra-

sil, Perú, Ecuador y Panamá– hoy amenazadas por catástrofes ambientales, guerras intestinas e inseguridades limítrofes (Mendoza 1992).

Por el lado colombo-venezolano, hay tres cuencas que son total o parcialmente aptas para las políticas de integración a que he aludido: las de Carraipía-Paraguachón, Catatumbo-Zulia y Arauca-Orinoco (Área y Márquez, 1994). Con excepción de la de Carraipía, en la Guajira, que ha mejorado gracias a un acuerdo binacional de 1989 (Fals Borda, 1984: 196), las otras cuencas compartidas con Venezuela son problemáticas por la contaminación de las aguas, la guerra y la ocupación desordenada y explotación ilegal de la tierra. Colombia carga con buena parte de la culpa porque todas esas aguas se originan en los Andes colombianos. No sería difícil pensar en corporaciones ambientales binacionales autónomas en esos sitios. Aunque parezca mentira, esta buena idea tiene 183 años y se debe a Simón Bolívar. El Libertador demostró tener una correcta visión sociogeográfica de las cuencas por encima de las formalidades fronterizas derivadas del *uti possidetis juris* de 1810, cuando en el Araure (Barinas) opinó, en carta del 18 de mayo de 1821, que debía conformarse un cuarto departamento (además de Venezuela, Cundinamarca y Quito) en la nueva república: el de Pamplona-Mérida-Maracaibo. Se trataba quizás de la región más rica del norte de Sudamérica, gracias a una combinación regional entre la temprana promoción local del café, con la facilidad de exportación por los ríos Catatumbo y Zulia hasta el lago de Maracaibo. La misma idea de esta cuenca compartida fue recogida por Agustín Codazzi en sus estudios zonales de 1842, y por el presidente del Estado Soberano de Santander, el general Vicente Herrera, en 1858 (Pérez López 2003, 14, 19-20). Para los otros grandes ríos que he mencionado: el Arauca, el Orinoco, el Amazonas, el Negro y, el Putumayo, existen tratados de libre navegación casi olvidados, y poco más, con Venezuela, Brasil y Perú. Y con Panamá existe la zona común con Colombia del Tapón del Darién y ríos y caños de parques compartidos, que pueden continuar y mejorar, a los que hay que defender de megaproyectos peligrosamente concebidos, como el de la carretera Panamá-Puebla, que quiere extenderse a Colombia por motivos exógenos.

Entre Ecuador y Colombia corresponde mirar la situación de las cuencas hermanas de los ríos Patía y Mira-Mataje, que tocan con Nariño hasta el océano Pacífico. Actividades pesqueras, madereras y mineras con comunidades negras, sin mucho estímulo ni guía, nos recuerdan que los nariñenses, junto con los ecuatorianos, son responsables de la defensa de esta parte de la mayor riqueza biológica y ambiental del planeta, que allí se encuentra. En cuanto al proyecto etnocultural de las fronteras, encontramos una ocupación continua, desde tiempos precolombinos, de naciones indígenas engarzadas unas con otras a todo lo largo de los límites formales, sin respetar a estos, es decir, con libre desplazamiento a uno y otro lado (Cunill Grau, 1992). Estas comunidades aborígenes pre-estatales brindaron una matriz social original en la que se fueron acomodando y aculturándose otros pueblos inmigrantes, así del uno como del otro lado de las actuales fronteras. Allí ha venido funcionando a todo vapor el crisol racial y cultural "cósmico" (como lo definió José Vasconcelos), y la ocupación y transformación de territorios, a veces en paz, otras con mutua destrucción y conflicto, como ha ocurrido con grupos de mineros, ganaderos, guerrilleros, paramilitares, policías, soldados y hasta misioneros. En todo caso, el proceso

ha dado como resultado la formación de una sociedad híbrida, semiautonómica y muy rica, que llevó al escritor venezolano Arturo Uslar Pietri a definirla como "un tercer país".

En este "tercer país", como viene dicho, los indígenas constituyeron un grupo originario receptor de los demás. Son todavía los guardianes y mejores conocedores de la biodiversidad tropical, y se les puede reconocer como ETI (entidades territoriales indígenas) según leyes orgánicas, y como zonas de paz. Empiezan con la nación wayúu, en la Guajira colombiana, la mayor de todas, que se extiende hasta el norte del estado Zulia. Luego vienen la nación motilona, en el Perijá, por ambas vertientes, y los u´wa, en el Sarare; al sureste están los guajibos, curripacos y tukanos, todos binacionales, y por Leticia los tikunas trinacionales (Colombia, Brasil y Perú). Los huitotos e ingas ocupan el sur de Colombia con el Perú. Por el norte, existen las fuertes relaciones ancestrales entre los cunas de islas y costas panameñas y el Darién colombiano: no olvidemos que la nación cuna se extendió durante el siglo XVII hasta las riberas del río Sinú.

En lo que corresponde a la frontera colombo-ecuatoriana, acabo de señalar la cuenca del Mira con el papel de las comunidades afrodescendientes costaneras que se extienden desde Esmeraldas hasta Tumaco en la costa del Pacífico, y más al norte. Al suroriente reside la nación awa-cuaiquer, desde Ricaurte, por las colinas bajas, hasta más allá de la frontera ecuatoriana, y en la microrregión del Gran Cumbal que bordea la misma frontera, se halla la comunidad de Cabildos y grupos de pastos y quillacingas. Estas naciones constituyen entes binacionales de características similares a las ya descritas para las fronteras con los otros países (Pantoja, 2001).

Todos estos grupos nativos, junto a los otros llamados "originarios", son pueblos respetables que nos han enseñado a resistir con dignidad los furiosos embates de la llamada "civilización occidental" que hoy debemos por lo menos cuestionar parcialmente (Mora y Fals, 2000). Entre estos logros, nos han mostrado una alternativa propia de concebir nación con la fuerza de la cultura y el poder de la solidaridad humana, en contraste con el modelo de nación-Estado planteado como máquina de guerra, según el Tratado de Westfalia (1618), modelo potencialmente fatal (lo demostró la historia europea posterior) que nos trajeron los españoles.

Entonces, ya sabemos mejor cómo y por qué podemos rechazar, con argumentos justos, la presencia de las fronteras binacionales existentes a partir de aquel descontextualizado modelo norteño, confirmado entre nosotros por el uti possidetis. Y también cómo proceder a transformar las incoherencias estructurales de nuestros falibles estados-nacionales.

Sobre el qué hacer: consideraciones políticas

Esta extraordinaria tarea de reconstrucción sociopolítica implica el reclutamiento y preparación idónea en técnicas de investigación-acción participativa de científicos sociales de alta motivación ética y política –en especial geógrafos humanos, economistas con corazón, antropólogos sociales, politólogos, sociólogos de la participación activa (IAP)– capaces de entender y trascender las nacionalidades y los contextos y realidades en que vivimos (De Sousa Santos, 2003). Además, necesitaremos elaborar más las propuestas de integración económica que viabilicen el proyecto general.

Implica igualmente laborar en los frentes de la protesta y de la propuesta en los cuatro países para crear, hasta con la música, la literatura y otras artes, los movimientos sociales y políticos desde abajo y desde las periferias, las redes de trabajo y las comunicaciones necesarias, con el fin de seguir desplazando a los obsoletos partidos tradicionales y a los gobernantes centralistas, verticales o mesiánicos donde todavía quedan o aspiren a quedarse. Y sigamos afirmando el avance socialista por la vida, la justicia y el progreso humanista que viene desde el sur con movimientos y gobiernos de nueva estampa en Uruguay, Argentina, Chile, Brasil, Bolivia y Ecuador.

Entre Venezuela, Ecuador, Panamá y Colombia sería relativamente fácil volver a concebir y construir conjuntamente la Gran Colombia de nuestros libertadores. Lo de los límites entre nosotros me parece secundario, si examinamos los vaivenes de la historia. Hubo momentos en que las fronteras no existían sino por cortos períodos nunca peleados. Por ejemplo, por convenio con generales caucanos, el Ecuador se extendió hasta Pasto y Buenaventura, en 1830; Colombia aceptó en 1848, sin resultados prácticos, que todos los Llanos hasta Villavicencio fueran venezolanos; con una simple carta, el barón de Riobranco quitó a Colombia la entrada hasta el gran puerto de Manaos, en el Amazonas, y por otra nota, Colombia cedió en 1952 a Venezuela los islotes de Los Monjes. Arauca se proclamó independiente por unas semanas en 1917; también Tumaco quiso añadirse al Ecuador en 1988. Perú era dueño del Putumayo en los duros años 20 de la Casa Arana. De modo que, con excepción del absurdo miniconflicto por Leticia en el Amazonas, entre nosotros las fronteras no han sido cicatrices de la historia, como en otros continentes. Nuestros mohanes vigilantes en ríos y montes no lo han permitido.

Esa fluidez juguetona y pacífica de fronteras puede retomarse hoy, sin pruritos y de manera general, dejando atrás el modelo Westfaliano del Estado-nación belicista y otras definiciones foráneas de soberanía e identidad nacional ya superadas. El eterno y enredado "diferendo" entre Colombia y Venezuela no debe existir más. Ante todo hay que pensar en el bienestar de los pueblos en sus regiones, así en la tierra como en el mar. Debemos juntarnos en estas formas nuevas de convivencia y resistir las tentaciones guerreristas que a veces se asoman. Por ejemplo, Colombia no puede prestarse a jugar, por determinaciones extrañas sobre panterrorismo, el papel de esquirol de Sudamérica, como pasó una vez en la guerra de las Malvinas. Lo he venido proclamando en todas mis presentaciones de este tema a partir de 2003 en Lima: que seguramente ningún colombiano con dignidad o cordura querrá levantar las armas ni dirigir tanques de guerra contra nuestros vecinos, y menos contra Venezuela. Aplaudo que este principio de armonía internacional, tan antiguo y respetado hasta ahora, haya tenido que ser reconocido públicamente por el presidente Álvaro Uribe en El Tablazo.

Entonces, me parece necesario y urgente luchar otra vez por la meta común de la Gran Colombia, o como quiera llamarse ahora, para contraponerla a las inconveniencias políticas hegemónicas y violentas de la globalización neoliberal militarista. Por fortuna, como lo reconocieron los presidentes Chávez y Uribe en El Tablazo, las fronteras formales entre nosotros son indefinibles y porosas. Siempre lo han sido así, y me temo que así lo seguirán siendo. No necesitamos ni formalizarlas, ni mojonearlas ni derramar sangre por ellas, porque es la misma geografía la que las deniega y borra en

nombre de los pueblos habitantes. Respetemos, pues, la autoridad tropical de las selvas pluviales y de las cuencas hidrográficas, así como la voluntad autonómica y libre de nuestros ríos salvajes que se burlan cuando quieren de las dragas oficiales, como ocurre en el Arauca vibrador.

Finalmente, como pasos de transición hacia el nuevo Estado grancolombiano y bolivariano, pueden concretarse a escala macro dos propuestas geopolíticas existentes, que son antihegemónicas: una es la República Regional de Colombia, propuesta desde hace un lustro a raíz de la Constitución de 1991. Los principios del regionalismo unitario fueron recogidos localmente y aplicados desde abajo, desde la entraña popular, por los gobernadores de la Región Surcolombiana del último período, a través de la política pública de las asambleas constituyentes regionales, y los indígenas amazónicos también empezaron a articular sus entidades autónomas, con buenos resultados de fondo, sin formalidades tecnocráticas. Estas son admirables respuestas a la globalización con adecuadas prácticas de "glocalización", que deben equilibrar la miopía hipnótica de lo bélico que caracteriza a muchos de nuestros dirigentes.

La otra propuesta geopolítica corriente, junto a la colombiana, es la consagrada por la República Bolivariana de Venezuela, en su actual Constitución, que tiene fines convergentes con la colombiana. Confío en que los altos propósitos morales y políticos perseguidos en esta nueva etapa constitucional, vayan forjando al fulgurante país que el "bravo pueblo" se merece, uno que combine la alegría caribeña y la resistencia llanera con la ponderación andina, y cuya inmensa riqueza sea en verdad para el beneficio común y de las mayorías necesitadas. América Latina esperaría volver a ver a los venezolanos como ya lo fueron en eventos memorables: como los abanderados históricos de nuestra dignidad y libertad suprarregional.

Si a lo anterior sobre Colombia y Venezuela añadimos la fuerza del movimiento indígena ecuatoriano, varias veces cerca del poder y llegado recientemente al gobierno, y además la de los movimientos panameños derivados del Torrijismo reconstructor, más los movimientos de patriotas colombianos desde las regiones, podemos apreciar la potencialidad de la idea bolivariana grancolombiana y libertaria. Estas metas se conseguirían fácilmente si logramos hermanar todas estas fuerzas, movimientos y partidos de los cuatro países, con el mismo pegante ideológico del socialismo ecológico, raizal, humanista y democrático, por las razones históricas, sociales y culturales comunes a todos que he tratado de exponer.

Comprendo también las dificultades de estas posibles transiciones. Han comenzado a verse como peligrosas, de allí la represión que ejercen los reaccionarios de siempre con apoyo de globalizadores, grandes empresarios monopólicos, financieros usureros y otros traidores de ideales. Nuestros esfuerzos son atacados por el imperio del Norte, el del Gran Explotador que es cada vez más el Gran Hermano de la profética novela de Orwell, cuya estrella por fortuna parece ir cayendo. Creo que no merecemos la triste suerte de colonos y robots desmentizados que nos tienen reservada.

Para evitar todo ello, entre otras fórmulas, proclamemos con orgullo que aquí todos somos tropicales y aceptemos con alegría, como vivencia lógica y espiritual, este reto crucial. Si también somos cuidadosos, como he sugerido, con las formas altruistas del conocimiento popular, la vida alterna y el trabajo productivo para todos, podremos equilibrar las crisis entrópicas

del capitalismo global que nos empiezan a afectar. Todavía hay que aprovechar más de aquel singular tesoro vernáculo propio –el del sol radiante–, para que sigamos construyendo, aquí y ahora, un mundo mejor.

EPÍLOGO

Vigencia de utopías en América Latina[1]

"¡Ay! Utopía, cómo te quiero
porque les alborotas el gallinero.
¡Ay! Utopía, que alumbras los
candiles del nuevo día. No pases
pena que antes que lleguen los
perros, será un buen hombre el que
la encuentre y la cuide hasta que
lleguen mejores días. Sin utopía la
vida sería un ensayo para la muerte".
De Utopía, canción de Joan Manuel Serrat, 1992.

Mi formación como sociólogo positivista durante los años 50 me impidió entender a las utopías como algo digno de consideración académica. Había una versión predominante de verlas como aventuras imaginativas al estilo de los Viajes de Gulliver, como desligadas de la realidad: literatura barata aunque interesante, decían mis maestros, de la que poco se puede deducir para el ordenamiento de la sociedad.

Defensa de las utopias

La experiencia extrauniversitaria, con la marcha del tiempo y el testimonio de los anhelos revolucionarios de la década siguiente (los tórridos años 60) me fueron enseñando otra visión y otra explicación justificativa de las utopías. Tuve que empezar a respetarlas y adscribirles cierta vinculación con la práctica concreta, en especial con las posibilidades de construir un socialismo equivalente a democracia auténtica en nuestro continente latinoamericano.

Ello empezó cuando me independicé de la visión de las ciencias como entes libres de valores. Si las disciplinas sociales, en efecto, no eran neutrales, entonces las explicaciones ofrecidas por ellas no podían ser sino relativas, enraizadas en la cultura y en la temporalidad: debían ser explicaciones

1 Ponencia presentada en el VI Encuentro de Ciencias Sociales, Feria Internacional del Libro, Guadalajara, México, 28 de noviembre de 1992.

construidas por los científicos sociales con el inevitable reflejo de sus propios valores, preferencias, fobias y actitudes ante la vida y sus problemas. Con esto no se demeritaba, a mis ojos, el valor de las disciplinas sociales, sino que se hacían más problemáticas y por ende más retadoras y, quizás, más útiles para la misma sociedad. En fin, veía que ellas no podían desligarse de enfoques praxiológicos que desbordaban la entronización de la teoría, y que abrían el campo a la consideración del viejo problema de las relaciones entre los medios y los fines en la conducta humana.

Así llevado, tal razonamiento tuvo que reconocer que no habría teoría social sin algún elemento valorativo, y que, a través de este elemento, se introduciría inevitablemente alguna concepción utópica. Con este enfoque herético, pero posible, algunas enseñanzas clásicas perdieron, para mí, el falso ropaje objetivo e inevitable con el que se enseñaban. Así, por ejemplo, había que volver a leer a Comte, el fundador del positivismo, para descubrir que el padre de la sociología había en verdad desarrollado su sistema con miras a la reconstrucción de la sociedad de su tiempo y que, además, lo había propuesto como una nueva religión, la cientifista. Sus diferencias con utópicos aterrizados como Roberto Owen y Carlos Fourier pasaban a ser simples modulaciones, ya que estos pensadores prácticos, como algunos otros, entre ellos Marx, estaban reaccionando ante los primeros efectos catastróficos de la Revolución Industrial y proponiendo alternativas basadas en el progreso y en la razón. En fin, repensando los esquemas académicos aprendidos, a los funcionalistas podía vérseles entonces como interesados en promover un estado atemporal de equilibrio y armonía; y a los marxistas como impulsando un modelo revolucionario que llevara a una era de total emancipación humana. Esto es, a todos esos escritores podía entendérseles en una u otra forma como utópicos, como intentando presentar, directa o indirectamente, visiones de una cultura diferente con una vida mejor. No va en contra de ellos: esta es una tarea ciertamente justificable.

Al seguir considerando este tema desde el ángulo teleológico, hallé relativamente fácil hacer la recolocación de la utopía y relacionarla con la construcción de un socialismo democrático posible. En primer lugar, resultó evidente que los escritores utópicos no hacían uso exclusivo de su imaginación sino que se basaban en hechos observables. Las utopías tenían raíces y entronques con culturas conocidas, y se concibieron mediante novedosas combinaciones de patrones existentes, como si los autores hubieran querido desafiar, en esas formas, a las sociedades en las cuales vivían, así como también retar al *statu quo*.

En segundo lugar, la ética humanista de las utopías quedó comprensible como consecuencia de la dinámica sociocultural, al advertir que el camino del cambio que tomaran las comunidades podía llevar conyunturalmente tanto a la meta ideal como a la antiutopía. Ello dependía de cómo se vincularan los conceptos a la práctica y, ante todo, de tener claridad sobre la tesis de que una teoría sin implicaciones reconocidas en la acción podía convertirse en inútil o inmoral. De allí el inesperado acuerdo a que en este punto llegaron Saint-Simon, Marx y Proudhon, este como representante de los anarquistas. No menos simbólico resultó la Undécima tesis sobre Feuerbach acerca de la necesidad de transformar el mundo con la praxis.

No nos detengamos en los patéticos fracasos de los socialistas utópicos y los Cartistas del siglo XIX. Está claro que, aunque actuaron, no tuvieron en

cuenta las realidades de clase y poder de la gran sociedad y cayeron ellos mismos en prácticas elitistas; que no comprendieron los mecanismos de la integración comunitaria y el compromiso individual con causas superiores; y que hubo ciertas confusiones con el milenarismo.

Ahora lo importante es saber si de aquella valiente y visionaria tradición de búsqueda de utopías socialistas, anarquistas y liberales queda algo válido para nosotros en nuestros días. Veamos si hay vigencia de ellas en América Latina, y si vale la pena retomar una razón utópica postcapitalista, o postmoderna, para infundir nueva vida en viejos ideales cooperativos y humanistas, que hoy se ven azotados o moribundos por la crisis de los países de la Europa Oriental y de la antigua Unión Soviética que se habían denominado socialistas. Llamemos "socialismo con democracia" o "auténtico" a esta renovable opción, aunque no nos casemos todavía con ningún bautismo.

Las revoluciones de 1989

Mi respuesta positiva ya la di al comienzo, y sus bases se remontan a los hechos de los años 60 y a algunas de sus consecuencias. Pero vamos por partes. Acabo de mencionar la crisis de la Europa Oriental, y debo confesar enseguida que ella me produjo desconcierto, como a tantos otros que veníamos alimentándonos de la utopía socialista clásica. Pasado ese mal primer momento y el maniqueísmo publicitario con que fuimos tratados, podemos ver ahora con mayor serenidad el conjunto de los fenómenos y parar las exculpaciones a que fuimos sometidos. Las Revoluciones de 1989, la Cubana, los diversos movimientos populares que hemos observado o en los que hemos participado, no son material desechable. Ofrecen materia de aprendizaje y práctica útil para seguir adelante, material que podemos analizar como un todo, en especial para advertir sus posibilidades inmanentes.

Porque de esa visión panorámica y combinada podemos deducir respuestas propias a aquella preocupación estratégica sobre una posible recuperación del socialismo con democracia, aquel al que siempre aspiramos con todas sus consecuencias liberadoras y justas en la vida cotidiana, aquel por el que a veces asumimos actitudes de rechazo por los abusos y traiciones que observábamos. Esta tarea reivindicativa es urgente impulsarla si queremos que la nueva utopía pueda, sin tapujos, reasumir el histórico papel de rectificador y crítico antagónico del capitalismo que ha tenido el socialismo. A este papel antiguo se estaría añadiendo otro: el de impulsor de procesos contraculturales estratégicos, tales como los derivados del reconocimiento del Otro (alteridad), el holismo, el pluralismo y la solidaridad.

En primer lugar, apaguemos los acaloramientos sobre los eventos de 1989. Fukuyama, Solzhenitsyn y los otros escritores que gritaron el fin de la historia, el fin de las ideologías y el fin de las utopías, no podían tener razón. Sus apresuradas conclusiones iban contra el decurso mismo de la humanidad, así pretendieran escudarse en la Fenomenología de Hegel. Porque no podía existir vacío en las ideas sólo porque el capitalismo hubiera quedado temporalmente sin contendor. Fueron las posibilidades históricas conocidas las que quedaron exhaustas. El vacío ideológico solo ha invitado a replantear alternativas, esto es, a propiciar el surgimiento dialéctico de nuevos consensos políticos. Y esto es inevitable.

Las Revoluciones de 1989 tienen dos peculiaridades de las que debemos tomar nota: no son futuristas y fueron pacíficas. Miraron al pasado para retomar rumbos perdidos, superar la violencia revolucionaria anterior y corregir el elitismo centralizador y tiránico. Por eso Jürgen Habermas las ha llamado "revoluciones de rectificación" o "recuperantes", ya que algunos de sus personeros como Vaclav Havel, Lech Walesa, hasta Mikhail Gorbachev apelan a pensadores de la Ilustración y buscan revivir los postulados de las revoluciones de 1917, 1848 y 1789. Son los ideales antiguos de libertad, democracia e igualdad, tan malogrados en la historia moderna, que ahora vuelven a aparecer como metas valoradas, además de la paz.

De 1917, se añora el período de gobierno popular y participante de los primeros Soviets, antes de que se bolchevizara el proceso. De 1789 se retoman los ideales democráticos y del ciudadano, pero sin la "tiranía de las ideas" que llevó luego a la frustración del Terror, a las guerras napoleónicas y a la dictadura. De 1848 se rescata la importancia de la sociedad civil y se destaca la revuelta de intelectuales, novelistas, músicos, profesores y estudiantes, tan similar a la de 1989 (y la de 1968...); también se recuerdan las cuestiones divisorias del nacionalismo que plagaron a la Casa de Habsburgo, revividas hasta con mayor acerbidad en 1989, así como la contradicción entre la justicia política y la justicia social que dio origen a confrontaciones de clases que hoy podrían de nuevo aparecer.

¿Se trata entonces en la Europa Oriental de nuevas revoluciones burguesas o liberales? No lo parece, porque las de 1789 y 1848 se consideran esfuerzos frustrados de liberación colectiva. Al tratar de transitar hacia una democracia pluralista con economía de mercado, tomando en cuenta lo anterior, los países de Europa del Este no hacen otra cosa que rectificar rumbos o recuperar tiempo perdido. La historia no ha terminado: ha vuelto a nacer. Por eso no es probable ni posible que aquellos países echen por la borda todo el legado socialista, y en varios de ellos, en efecto, los viejos partidos están volviendo o han vuelto al poder con otros nombres y líderes, pero castigados y expurgados del autoritarismo stalinista y animados por ideales de paz, justicia y bienestar. Por eso mismo han entrado a un extraordinario período histórico en el que tienen la oportunidad de construir un orden social inédito de posible repercusión mundial. Ya no será más el del pasado "socialismo realmente existente" que no podrá repetirse; pero tampoco podrá ser copia del "capitalismo realmente existente".

La herencia del Che y de Camilo

Lo que ocurra en Europa del Este afectará nuestro continente en la medida en que sus pueblos vayan realizando esa búsqueda. Ello no debe condicionar nuestra propia tarea, para no volver a caer en las limitaciones del colonialismo intelectual y práctico de las viejas izquierdas latinoamericanas, incluidas las guerrillas todavía activas en Colombia y Perú que, aunque con algunas ideas nuevas e interesantes, todavía están mayormente aferradas a la teoría del foco de Debray y al maoísmo bélico de Hunan de los años 60. La construcción de la nueva utopía o la recuperación de la socialista auténtica podrá ser más fácil en América Latina si al conocimiento del esfuerzo externo contemporáneo, expurgado "de antiguos dogmatismos y mimetismos, sumamos lo que nosotros mismos hemos producido como correctivo para

enderezar el socialismo conocido y civilizar el capitalismo, incluyendo la variedad xenofóbica y racista que hoy amenaza de nuevo a Europa. Independicémonos, pues, de esas influencias coloniales y extremas, movámonos de la solución militar única e inapelable, y apelemos a nuestras más sanas posibilidades inmanentes.

Conviene, por estas razones, hacer una nueva lectura de las contribuciones de Ernesto Che Guevara sobre los movimientos sociales y el hombre nuevo, "el del siglo XXI", que tanto irritaron a los capitalistas e imperialistas en su momento, releamos las tesis de Camilo Torres sobre el pluralismo y la solidaridad, y examinemos experiencias afines posteriores. Porque son ideas útiles que pueden ser ejecutadas con mayor decisión y claridad que cuando fueron expuestas, y más ahora cuando ha renacido, mal que bien, la democracia en nuestro castigado hemisferio. Aquellas ideas han hecho camino sin proponérselo, a veces imputándose a otras personalidades menos polémicas o llamándolas con otros nombres. Siguen desafiando a nuestras sociedades y regímenes, hasta los de la misma Cuba, así sostengan publicaciones influyentes, como *Cambio 16*, que del Che Guevara no queda nada.

Ello no es así. La carta de Guevara a Carlos Quijano, editor del semanario *Marcha*, de Montevideo, escrita en 1965 ("El hombre y el socialismo en Cuba"), sigue siendo luminosa. Descontando los inevitables párrafos sectarios de la época sobre la dictadura del proletariado, el vanguardismo autoproclamado del partido y la omnipotencia del Estado central, es de este texto de donde se derivan algunos de los más claros signos de una razón utópica contemporánea hacia un socialismo renovado. Destaco solamente las ideas relativas a la necesidad de "sintonizarse" siempre con los deseos y aspiraciones de los pueblos, en especial con los jóvenes; la necesidad de rectificar la política cuando el avance se paraliza; la importancia de las movilizaciones populares como instrumentos moralizantes; las mayores posibilidades del hombre de hacerse oír y sentir en el sistema socialista auténtico, esto es, su participación individual y colectiva en los mecanismos de dirección y producción; y el estímulo a la experimentación artística y cultural. Son de actualidad los consejos del Che a los líderes revolucionarios y guerrilleros activos para que asimilen "grandes dosis de humanidad, del sentido de justicia y verdad para no caer en extremos dogmáticos".

De Camilo Torres también podemos rescatar el propósito reconstructivo de sus "Mensajes" de 1965, la experiencia pluralista y solidaria del movimiento Frente Unido, el primero de su clase, por lo menos en Colombia, y la consistencia teórico-práctica de su sacrificio. Si no era el "hombre nuevo" del Ché, llegó por lo menos a actuar proféticamente como conciencia ética de la sociedad, animado del "amor por todos" que fue también tesis guevarista.

El aporte técnico de Bariloche

El impacto de estos dos personajes y de los hechos desencadenados por la Revolución Cubana fue tan grande en su momento, que llevó no solo a la conocida reacción política kennediana de la "Alianza para el Progreso", sino también a la articulación entre 1971 y 1976 de otra utopía socialista, igualitaria, participativa y no-consumista. Fue realizada nada menos que por un grupo de personalidades liberales reunidas alrededor de Amílcar Herrera (Helio Jaguaribe, Carlos Mallmann, Enrique Oteiza, Jorge Sábato

y Osvaldo Sunkel), en la Fundación Bariloche de Argentina. Estos notables científicos sociales quisieron responder tanto a la Revolución Cubana como al informe neomaltusiano del Club de Roma sobre los peligros del desarrollo económico desorbitado. Produjeron así un "modelo mundial para una nueva sociedad" que, a diferencia de las propuestas del Che y Camilo, aunque convergente, se basó en estudios cuantitativos, sin desconocer la incidencia de los valores y de las ideologías. Plantearon como meta llegar "a un mundo libre de miserias y del subdesarrollo" como sociedad ideal. Para ellos, los problemas a resolver no eran físicos, como se pretendía en Europa, sino sociopolíticos, como resultado alienante y opresivo de una desigual distribución del poder y de la riqueza dentro de las naciones y entre ellas.

El modelo de Bariloche predijo que si para 1992 no se satisfacían las necesidades básicas de la población, ello habría sido prueba de que el sistema de distribución de la riqueza habría seguido desigual e injusto hasta el punto de continuar permitiendo "el consumo irresponsable de las minorías privilegiadas", lo cual sería índice de la cercanía de una catástrofe mundial.

Al llegar hoy a este hito, es obvio entender que no se cumplieron los requisitos del modelo de Bariloche para el amplio acceso a los bienes necesarios e igualdad de oportunidades con el fin de satisfacer las necesidades básicas de la población. Ello es muy preocupante, aunque era de esperarse por la persistente miopía mundial sobre estos asuntos. Pero este estudio quedó como un valioso testimonio técnico sobre la validez de la crítica socialista al sistema capitalista depredador del ambiente y de la humanidad, que hoy vemos en toda su funesta ostentación. Nos refuerza en la vigencia actual de una razón utópica postcapitalista, y en la urgencia de volver a articular formas comunales y cooperativas de manejo y organización social, económica y política.

La Revolución Cubana

Los treinta años de experiencia de la Revolución Cubana no pueden dejar de brindarnos igualmente enseñanzas para esta búsqueda alternativa, a pesar de sus fallas y falta de espíritu crítico en sus estamentos. Mucho de meritorio debe existir en el hecho de haberse sostenido durante algo más de una generación, a pesar del bloqueo de la potencia imperial vecina y de los errores confesos de la dirigencia. En efecto, recordemos las alabanzas suscritas en 1969 por intelectuales reconocidos como Leo Huberman y Paul Sweezy, quienes fueron los primeros en destacar la reducción de desigualdades sociales, la renovación educativa, el impulso a la salud pública y el pleno empleo y, en general, la creatividad y la disciplina personal y colectiva desatadas por la Revolución. Otros logros de este esfuerzo siguen dando dividendos, como por la cultura artística y el desarrollo de la medicina que han creado fuentes respetables de ingresos provenientes del arte, el deporte y la biotecnología, como no se observa en otros países latinoamericanos. Fue gracias a la Revolución, que formó a muchos artistas y atletas, así como a diez mil científicos en 173 centros de investigación, como este avance fue posible. ¿Cómo negar que estos éxitos culturales y tecnológicos tengan raíces en el casi único intento de implantar un sistema socialista formal en América Latina del que aún quedan importantes expresiones?

Los problemas son obvios, como bien los ha descrito el notable periodista uruguayo Ernesto González Bermejo en reciente artículo de la revista

Brecha (sucesora de Marcha). Por ejemplo, González Bermejo destaca la necesidad de cambiar la política informativa del partido y el gobierno cubanos –que es "de una pobreza aterradora"– porque el nuevo hombre del Che debe ser crítico y autónomo si aspira a protagonista de la historia. Habrá que ir más allá de las reformas aprobadas por el IV Congreso del Partido Comunista Cubano y apostar a la democracia pluralista y de movimientos populares autónomos, porque el socialismo al que se apela no podrá existir sin ellos, ni sin el ejercicio de canales de participación real (no formal) en organizaciones estatales y partidistas. González Bermejo se pregunta: "¿Se habrá hecho una tan formidable obra de educación con los jóvenes cubanos para condenarlos ahora a no pensar? ¿No es lógico que exijan coherencia entre el discurso socialista en que se le formó y la realidad de los hechos?"

La sobrevivencia actual de Cuba como nación y de su accidentada búsqueda alternativa forma parte de la vigencia de la utopía contemporánea, quiérase o no. Por ello es indispensable que se prosigan los ajustes internos y de política exterior comenzados en 1985, dirigidos a abrevar de los altos ideales originarios de progreso, libertad, justicia y equidad, ganar de verdad el poder popular de que habla la Constitución cubana, y obtener el respaldo decidido de los países hermanos del hemisferio. Estos ideales y metas no pueden olvidarse ni perderse, sino recolocarse mediante métodos más adecuados de orientación y acción política.

Partidos y movimientos

Quedan por examinar otros componentes latinoamericanos que sirvan para la recuperación planteada. Ya he hecho una defensa general de las utopías, y he interpretado las Revoluciones de 1989, los legados de Guevara, Torres y la Revolución Cubana, y el insumo técnico de Bariloche. Los aportes adicionales de esta clase por fortuna son muchos y variados. Provienen principalmente de movimientos populares y sociales que se institucionalizaron y se convirtieron en partidos radicales durante los últimos veinte años, y de agrupaciones que han adoptado formas de acción para la democratización, la comunalidad y el respeto a la heterogeneidad y a la diversidad en las sociedades.

El más notable desarrollo de este tipo es la aparición y crecimiento del PT (Partido del Trabajo) del Brasil, fundado en 1979. En él se han cumplido dos grandes procesos sin renegar del socialismo ni descartar la democracia: uno es la acumulación de movimientos sociales y colectivos populares autónomos, desde las bases trabajadoras hacia arriba, hacia la coordinación organizativa en un gran proyecto democrático participativo; el otro proceso es la articulación ideológica del pluralismo y la solidaridad, y de la diversidad cultural y étnica.

El PT está haciendo una novedad, distinta de lo propuesto por los pensadores socialistas del siglo XIX que conceptualizaron primero y actuaron después: quiere "teorizar desde la práctica". Se discute así la clásica tesis de si la toma del poder debe ser violenta, como un fin en sí mismo, o una táctica civil diseñada para producir cambios evolutivos profundos en todo el sistema socioeconómico. La tendencia es hacia lo segundo, pero para ello se necesita ampliar la cobertura de alianzas del PT. Están surgiendo así concepciones heterodoxas de Estado, lucha de clases, poder popular y

vanguardia que enriquecen la nueva búsqueda ideológica. Da qué pensar, por el evidente éxito del PT en la política brasileña actual.

Otras experiencias notables son las derivadas de las guerrillas que tomaron el poder, como el FSLN en Nicaragua, o dejaron las armas para luchar por la paz y el desarrollo, como el PCV de Venezuela, el M-19 de Colombia y el FMLN de El Salvador. Lo más significativo de esta evolución ha sido el paso que todos dieron de transformar la organización vertical marcial en proyectos políticos abiertos y legales, aunque en algunos todavía queden los rezagos del autoritarismo o el caudillismo originales. El más antiguo PCV dio el primer ejemplo significativo, al derivar al MAS (Movimiento al Socialismo) en 1971; el M-19 se convirtió, junto a otras tres guerrillas y varios movimientos populares, en la Alianza Democrática M-19 en 1990; el FMLN da paso a su brazo civil, todos comprometidos en la reconstrucción pacífica de sus países. La experiencia de los Sandinistas en el poder (1979-1989) fue una dura lección política de la que sobrevivieron los ensayos participativos y educativos de las bases organizadas, rica reserva con la que pueden volver a ganar el poder.

Por otra parte, el extraordinario esfuerzo anticlientelista del Partido de la Revolución Democrática (PRD) de México, de Causa-R de Venezuela, y de Bolivia Libre es otro síntoma de la persistente búsqueda latinoamericana de alternativas. Oficialmente no son organizaciones socialistas; pero, en este campo, las luchas por la civilidad, las reivindicaciones populares, la autonomía regional, la economía mixta y planificada, la defensa ambiental y, sobre todo, las valientes acciones contra la corrupción administrativa, son hechos que acercan. Todo ello le depara al PRD, a Causa-R y a Bolivia Libre un brillante futuro en la política de sus países.

Del pensamiento de José Carlos Mariátegui podemos rescatar su visionaria propuesta de adaptar el marxismo a las condiciones del campesinado aymara-quechua, en especial la utilización positiva de raíces culturales y sobrevivencias colectivistas del socialismo incaico, a la manera de Arguedas. Este rescate (que lleva a soluciones distintas del confrontamiento armado, poco entendible o aceptable, del Sendero Luminoso) tiene implicaciones para la incorporación de las masas indígenas en países como Guatemala, México, Paraguay, Brasil y Colombia que están luchando por su autonomía y dignidad, por los derechos humanos y por el reconocimiento de sus entidades territoriales. Son también recuperables los escritos visionarios de socialistas de varios países como Gerardo Molina, Antonio García y Diego Montaña, en el caso de Colombia.

En Uruguay, el Frente Amplio ha auspiciado importantes vivencias participativas en el gobierno de la capital. En Chile, muchos grupos formales e informales han dado lecciones sobre cómo combatir las dictaduras y reconstruir la democracia mediante macizas y heterodoxas campañas de educación popular, a veces subterráneas por las circunstancias de la lucha contra Pinochet. El Partido Socialista chileno y otros organismos siguen siendo importantes en el sostenimiento de esta lucha.

Finalmente, podemos preguntarnos si de aquellas experiencias históricas que en 1968 llamé "revoluciones inconclusas" nos quedan enseñanzas pertinentes. En aquel pequeño libro con ese título, y en otros posteriores, recordé lo positivo del corto recorrido de la República Maya de Yucatán y del Partido Popular de la Baja California durante los años 20; la Refor-

ma Agraria de Juan Jacobo Arbenz en Guatemala; la Revolución general de Bolivia de 1952; los interregnos radicales de Salvador Allende en Chile y Velasco Alvarado en el Perú; la primavera del poder popular en Haití; hasta las contribuciones potenciales de los anarquistas peruanos que, en su momento, estimularon la acción política de las izquierdas latinoamericanas. Este rico historial de victorias y derrotas, aciertos y errores no puede pasar desapercibido para la reconstrucción utópica de nuestro tiempo.

Recapitulación

Ha llegado el momento de recapitular, y las conclusiones no me parecen decepcionantes para aquellos que creemos en la dialéctica de la historia. Veamos:

1. Las utopías no han muerto, mucho menos los elementos ideológicos que puedan reunirse alrededor de una nueva opción utópica, llámese socialismo auténtico, o socialismo democrático, o con otro nombre. Por el contrario, si el socialismo retoma este proyecto político alternativo en su histórico papel crítico y antagónico del capitalismo, y añade el de alimentador de procesos contraculturales, justificaría su continuidad. Porque las contradicciones, abusos y conflictos del capitalismo rampante y de su sistema social son hoy más evidentes y cada vez más inadmisibles. Las reformas estructurales siguen siendo necesarias y urgentes, porque el triunfo del capitalismo a escala mundial no ha resuelto los problemas de las guerras, la ignorancia y la pobreza ni la explotación de las mayorías, mucho menos los abusos del medio ambiente natural.

En cambio, como lo anticipó el estudio de Bariloche, la distribución de la riqueza es hoy más desequilibrada e inequitativa que antes, lo cual es y seguirá siendo fuente de inestabilidad y confrontación. La contaminación ambiental y la depredación de recursos naturales se empeoran cada día, por el continuado énfasis en el progreso técnico-material. Y el capitalismo sigue haciendo tabla rasa de las diversas culturas del mundo con toda su riqueza humana y biológica.

2. Los partidos liberales que han venido acompañando la expansión del capitalismo con políticas desarrollistas están incapacitados para hacer frente a las consecuencias del crecimiento desorbitado actual, y satisfacer las necesidades de la población, creando así las bases para un vacío de poder. No se ve por qué se deba privatizar todo o desmontar completamente a la planificación y al Estado benefactor. El vacío de poder producido de esta manera, lo están llenando movimientos populares y de base autónomos inspirados en una especie de antipartidismo, buscando redefinir lo político y hallar nuevas formas de hacer política mediante prácticas democráticas, solidarias y participativas con fórmulas novedosas, como la revocatoria de mandatos a elegidos indignos. En lo económico, se trata de implantar políticas de equilibrio entre la iniciativa empresarial, el fomento estatal y el cooperativismo.

3. La nueva política tiene visos de seguir pautas pluralistas y no violentas, con apertura a la construcción de nuevas culturas y la comprensión de diferencias grupales, sociales, étnicas y de género así en lo cotidiano como al nivel comunitario. Esta política combate la homogenización de la sociedad mediante el rescate de relaciones primarias. Lleva también a la desmilitarización de las sociedades y de las costumbres.

4. Un nuevo tipo de poder estatal menos centralista, vertical o elitista se dibuja, para reconocer autonomía a regiones, provincias y otras entidades territoriales, en una posible evolución del Estado-nación al Estado-región como expresión de autodeterminación democrática. Esta evolución tiene fuertes raíces populares, de tal manera que sería posible concebir tanto políticas microregionales como macrorregionales de integración –hasta ciudadanía compartida como lo quería el APRA– que sobrepasen los obstáculos actualmente ofrecidos por fronteras internas y externas de los estados nacionales. Además, este reconocimiento mutuo, y la necesidad de macrointegración, pasa a primer plano en lo que tiene que ver con las relaciones Norte-Sur y con las convergencias estratégicas entre los pueblos del antiguo Tercer Mundo.

Aparece así otro temple de política en el que juega la moral práctica, la sociedad civil, la cultura popular, los movimientos sociales, el respeto por los derechos humanos, y la defensa de la paz y del medio ambiente como elementos de una nueva razón utópica para nuestro tiempo. Es una política que no es del gusto completo del capitalismo ni de los liberales clásicos o desarrollistas. Sin embargo, hasta estos podrían beneficiarse si por el impacto de esta política se vuelven más democráticos y respetuosos de las necesidades colectivas, especialmente de las clases pobres, para que el capitalismo adquiera, por lo menos, un viso humano.

Surge de este modo una estrategia posible para los que hasta ahora han sido víctimas del poder establecido y del desarrollo socioeconómico mal concebido y ejecutado, los que no han podido hacer sentir su voz ni actuar, los oprimidos, olvidados y marginados. Una política de todos aquellos que buscamos entender a fondo las bases existenciales y culturales de lo político para desterrar dictaduras, partidos verticales y formas diversas de alienación y violencia.

Transparencia y ética; equidad, autarquía y responsabilidad; solidaridad, tolerancia y paz; todo aquello que prometió y no logró cumplir el capitalismo realmente existente: he allí algunos de los valores centrales constitutivos de esa utopía posible, de un socialismo redivivo, si se quiere, con la democracia participativa que le sería implícita en nuestro mundo.

Sería esa "utopía incorregible" que, como lo canta Serrat, "no tiene bastante con lo posible, hechicera que hace que el ciego vea y el mudo hable, por subversiva de lo que está mandado, mande quien mande".

FUENTES
(De donde tomamos los textos)

Libros

Arango Cálad, C. (2007). *Psicología Comunitaria de la convivencia*. (1a. ed.). Cali, Colombia: Universidad del Valle.

- La Investigación Acción-Participativa y la Psicología.

Fals Borda, O. (1971). *Las revoluciones inconclusas en América Latina.* 1809-1968. (3a. ed.). México, México: Siglo XXI Editores.

- La subversión justificada y su importancia histórica.
- La antiélite y su papel en el cambio social.
- Revoluciones inconclusas en América Latina.

Fals Borda, O. (1981). *Ciencia propia y colonialismo intelectual.* (5a. ed.). Bogotá, Colombia: Carlos Valencia Editores.

- Antecedentes de una idea.
- El pro y el contra del reto.
- Casos de imitación intelectual colonialista.
- ¿Es posible una sociología de la liberación?
- La crisis, el compromiso y la ciencia.
- Irrumpe la Investigación Militante. (Apéndice *post scriptum* a la primera edición).

Fals Borda, O. (1986). *Conocimiento y poder popular: lecciones con campesinos de Nicaragua, México, Colombia.* (1a. ed.). Bogotá, Colombia: Siglo XXI Editores.

- Primera Lección: saber interactuar y organizarse.
- En torno al Poder Popular y la IAP.

Fals Borda, O. (1997). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis.* (7a. ed.). Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

- El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis.
- La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la Investigación-Acción (Participativa).

Fals Borda, O. (2003). *Ante la crisis del país. Ideas-acción para el cambio.* (1a. ed.). Bogotá, Colombia: El áncora editores-Panamericana editorial.

- Ciencias Sociales, integración y endogénesis.
- La superación del eurocentrismo. Enriquecimiento del saber sistémico y endógeno sobre nuestro contexto tropical. (Escrito con el biólogo Luis Eduardo Mora-Osejo).
- Retorno al compromiso práctico.
- La Investigación Participativa y la Geografía.
- La glocalización: una mirada desde Mompox.

Fals Borda, O. (2007). *Hacia el socialismo raizal y otros escritos.* (1a. ed.). Bogotá, Colombia: Desde abajo.

- El neohumanismo en la sociología contemporánea.
- La hora de la antiélite.
- Situación contemporánea de la IAP y vertientes afines.
- Hacia la Gran Colombia Bolivariana: bases para enfrentar peligros internacionales.
- La globalización y nosotros los del Sur.
- Elementos y desarrollos del socialismo raizal.

Fals Borda, O. (2008). *La subversión en Colombia. El cambio social en la historia.* (4a. ed.). Bogotá, Colombia: Fica-Cepa.
- De la subversión y la finalidad histórica.

Revistas

Cuadernos del CES
- No. 2, Universidad Nacional de Colombia,Bogotá, 2003: Posibilidad y necesidad de un socialismo autóctono en Colombia.

Revista Análisis Político
- No. 5, Septiembre-Diciembre, 1988, p. 30-42: Romper el monopolio del conocimiento. Situación actual y perspectivas de la Investigación -Acción Participativa en el mundo.
- No. 18, Enero-Abril, 1993, p. 45-53: Vigencia de Utopías en América Latina.
- No. 38, Septiembre-Diciembre, 1999, p. 75-92: Orígenes universales y retos actuales de la IAP. (Investigación Acción Participativa).
- No. 42, Enero-Abril, 2001, p. 101-110: Transformaciones del conocimiento social aplicado: lo que va de Cartagena a Ballarat.

Revista Aquelarre
- Nº11, Primer semestre 2007, Ibagué: Centro Cultural Universidad del Tolima, p. 103-114. Por un conocimiento vivencial.

Revista Colombia Hoy Informa
- No. 146. Bogotá, Junio de 1996. pp. 20-21: Algunas reflexiones actuales sobre Movimientos Sociales.

Revista Foro
- No. 50, junio de 2004, p. 108-112: Me queda la angustia de la continuidad. Carta a Pedro Santana. Fechada la carta en Bogotá en marzo de 2004.
- No. 11, 1990, p. 64-74: El papel político de los Movimientos Sociales.

Revista Nueva Sociedad
- No. 107. Bogotá, mayo-junio de 1990, p. 169-181: El Tercer Mundo y las reorientación de las Ciencias Contemporáneas.

Publicaciones virtuales
- Cendales, L., Torres, F., Torres, A. (2004). Uno siembra la semilla pero ella tiene su propia dinámica. Entrevista a Orlando Fals Borda. Recuperado el 31 de enero de 2010, del sitio web de Dimensión Educativa: http://www.dimensioneducativa.org.co/
- Fals Borda, O. (1993). La investigación: Obra de los trabajadores. En: *Revista Aportes* No. 20. Investigación acción participativa. Bogotá, Dimensión Educativa (1993). (en Word). Tomado de: http://www.dimensioneducativa.org.co/biblioteca.shtml?AA_SL_Session=feb43821a58912f46b0ba34c46b33ca9&x=20160023
- Fals Borda, O. (1972). *Reflexiones sobre la aplicación del método de estudio-acción en Colombia.* Tomado de: http://www.dimensioneducativa.org.co/biblioteca.shtml?AA_SL_Session=c71aa691c527e8a0850874c4dff1d7ba&x=20160025

El presente libro da cuenta de la complejidad de la obra de Fals Borda y de la superación que el intelectual promovió de la visión parcializada y limitada a la cual se vieron abocadas las disciplinas de las ciencias sociales durante todo el siglo XX. Su propósito no es el de la curaduría académica ni de la reverencia contemplativa. No intentamos "reconstruir" el camino de Fals, más bien buscar pistas que nos aporten hoy para la praxis, por eso la persona que se acerque a este material intentando seguir, como en el famoso cuento de Hansel y Gretel, el proceso y las preguntas del maestro, podría incurrir en decepción. La publicación tiene una intencionalidad política manifiesta: la recuperación de la memoria histórica como herramienta de acción política hoy. Esto quiere decir que nos interesa compartir a Fals Borda, porque nos puede aportar al quehacer político cotidiano, ya sea desde nuestro lugar de científicos y científicas sociales comprometidas o desde la militancia social de base. Por eso, el nombre de la obra *Ciencia, compromiso y cambio social* revela claramente nuestras intenciones (y creemos que también las de Fals).

Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán

EXTENSIÓN**LIBROS**

LANZAS Y LETRAS

EDITORIAL EL COLECTIVO

ISBN: 978-9974-0-1125-0